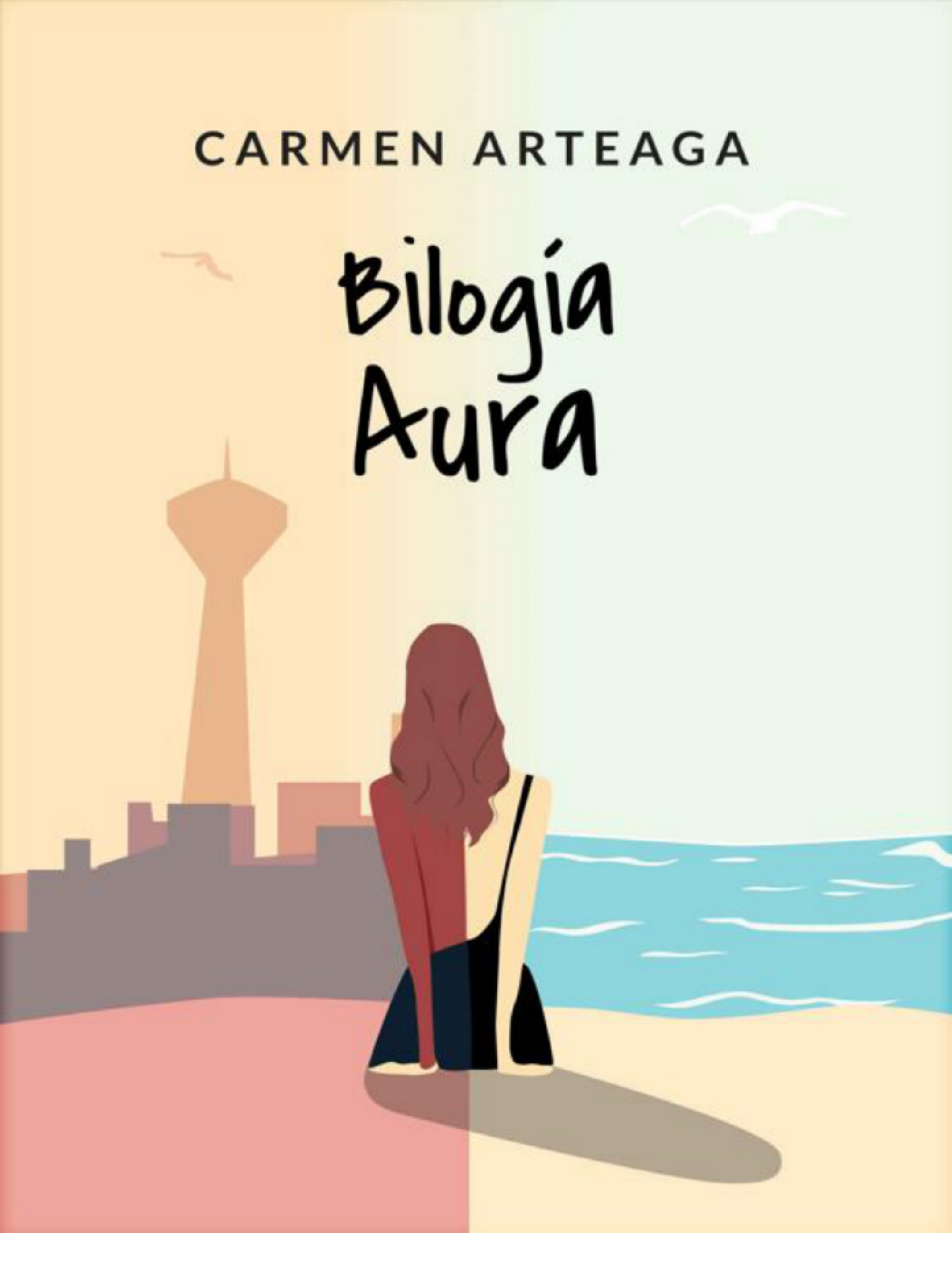
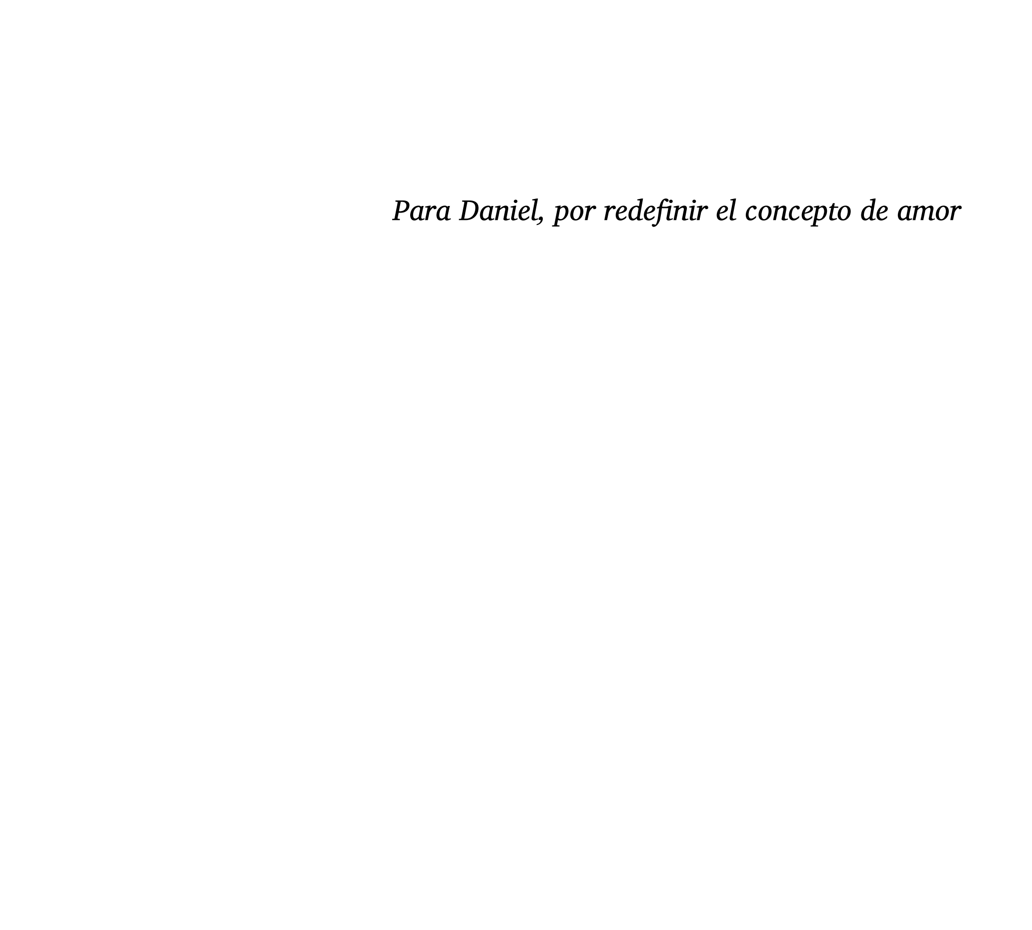

CARMEN ARTEAGA
Bilogía
Aura

Bilogía Aura

Carmen Arteaga

1ª edición, junio de 2023

Diseño de portada: Juan Hidalgo



Para Daniel, por redefinir el concepto de amor

La isla de
Aura

«Sabía quién era esta mañana, pero he cambiado varias veces desde entonces»

Alicia en el país de las maravillas

30 de julio de 2011

AURA

Una cápsula del tiempo. O lo que es lo mismo: una chorrada que se nos ocurrió ayer, bastante perjudicados a causa del vodka y el ron, para despedirnos de nuestras vacaciones en la isla, pero que mis amigos han considerado de transcendencia vital. Y por eso llevamos más de una hora en el salón de mi casa de la playa con esta historia, cuando bien podríamos aprovechar los últimos rayos de sol, esos que, año tras año, siguen negándose a materializarse en mi piel a modo de bronceado. Aun así, no me quejo. No suelo hacerlo. Me limito a estar tirada en el sillón, balanceando las piernas sobre el reposabrazos y jugando con los flecos de mis shorts vaqueros, mientras espero a que Brina, Sol y Teo terminen de meter sus cosas en la caja de caudales que he tomado prestada a mi padre como cápsula del tiempo improvisada. Total, él solo la usa para esconder el tabaco que ya nos hemos fumado a su salud.

Brina muerde el capuchón de su boli al estilo hámster a la vez que medita sentada en el suelo cómo rellenar su papel en blanco. Lleva así veinte minutos.

—No es un examen de la universidad —le recuerdo—. No hay respuesta incorrecta.

—Ya, pero no es tan fácil. No tengo ni idea de qué poner… No sé cómo quiero que sea mi vida dentro de diez años —replica con ansiedad.

Yo he tardado menos de cinco minutos en escribir mi lista, aunque mejor me callo. No quiero estresarla más.

Teo está sentado en el borde del sofá, releyendo concentrado lo que ha escrito. Sol se inclina hacia él, intentando fisgar.

—¡¿Quieres parar?! —le pide, pegándose el papel al pecho.

—Anda, déjame ver lo que has puesto… Yo te enseño lo mío si tú me enseñas lo tuyo.

—No te voy a enseñar nada, pesada.

—Venga, anda, si soy yo, que te he visto hacerte pis en la cama —bromea.

—¿Qué parte no entiendes de que esto es privado? —recalca él, doblando el papel para, a continuación, meterlo en una bolsita de tela.

—No soy muy fan del concepto de propiedad privada —replica Sol, toqueteándose el *piercing* de la ceja—. Por cierto, no has metido lo que te pedí.

—No pienso guardar una muestra de mi esperma —susurra Teo con las mejillas encendidas.

—Y si mueres joven, ¿qué? A lo mejor alguna de nosotras lo necesita en el futuro.

—Si queda un espermatozoide vivo en esa caja dentro de diez años, tendrían que donarme a la ciencia.

—A ver, Sonia y Selena, que tampoco tenemos todo el día —los advierto, viendo que esto no tiene fin.

Así llamamos Brina y yo a Sol y Teo. Todos somos amigos desde la infancia, pero ellos son indivisibles, como el átomo. Su relación ha sobrevivido a pruebas de fuego como un *playback* a la edad de once años delante de todo el colegio, en el que ella lo convenció a él para ponerse un vestido rosa chicle de látex, tacones de aguja y una peluca rubia platino para bailar a dúo aquello de: «Yo quiero bailar, toda la noche, baila, baila, bailando, va, baila, baila, bailando, hey…».

A Brina y a mí nos encanta rememorar aquella actuación estelar, sobre todo si hay alcohol de por medio, y recrearnos especialmente en el momento en que Sol, en plena euforia escénica, decidió sacarse la bola de calcetines que usaba a modo de teta izquierda —y era una teta enorme— para lanzársela a sor Gabriela, sentada en primera fila.

Cuando los tres terminan por fin de guardar sus cosas en las bolsas de tela, cierro la caja y guardo la llave en el bolsillo trasero de mi pantalón. Voy a ser yo la encargada de custodiarla durante una década.

—La podemos enterrar fuera —sugiere Sol.

—Solo si quieres que mi madre me entierre a mí con ella por

destrozarle el jardín… La cocina tiene un falso techo, podemos guardarla ahí.

—¿Os dais cuenta de que la próxima vez que la abramos tendremos treinta años? —apunta Brina con cara de haber chupado un limón.

—Seremos unos viejos —señala Teo.

—Tú ya lo eres, llevas náuticos —le chincha Sol.

—Al menos no mido lo mismo que un pingüino emperador…

Aunque por los insultos gratuitos no lo parezca, no pueden vivir el uno sin el otro.

—Con treinta seguiremos siendo jóvenes —afirmo.

—¿Sabéis que la ciencia dice que a los treinta años es cuando empieza a desarrollarse en nuestro cuerpo el olor a anciano? Es el verdadero principio del fin —asegura Sol.

Los sollozos de Brina y sus correspondientes lágrimas nos interrumpen. Teo pone los ojos en blanco y se levanta para ir a la cocina.

—Cariño, ¿qué te pasa? —le pregunto, sentándome a su lado, aunque imagino la respuesta.

—¿Y si no nos volvemos a juntar así nunca? Tú nos vas a abandonar y ya nada va a ser igual.

Lleva deprimida toda la semana de vacaciones ante nuestra inminente separación.

—Eh, me voy de Erasmus a Dublín, no a la guerra de Irak —bromeo, rodeándola con el brazo.

—Y vamos a hablar por teléfono todas las semanas, así que deja de llorar, pareces la viuda de un torero —comenta Sol.

—¿Unos chupitos para celebrar nuestra última noche juntos? —sugiere Teo, ya de vuelta con cuatro vasos cortos y una botella de tequila casi en las últimas. Sirve las bebidas sobre la mesita de centro y levantamos los vasos.

—Por la amistad —proclama mi amigo.

—Por la amistad —repite Brina, limpiándose el último lagrimón que resbala por su mejilla.

—Por la amistad y por las resacas que todavía podemos

aguantar con dignidad —añade Sol.

—Por la amistad y por todo lo que nos queda por vivir —concluyo y chocamos los vasos.

Nos los bebemos de un solo trago, que arde desde la garganta hasta el esófago, y posamos los vasos sobre la mesa con un golpe seco. La vida no ha hecho más que empezar.

30 de julio de 2011

SERGIO

Giramos de nuevo y enfilamos otra de las calles plagada de tumbas. Esto es un puto laberinto de granito. El sol me quema las pupilas sin compasión, siento la garganta como papel de lija cada vez que trago saliva y la camiseta negra se me empieza a pegar al cuerpo del sudor. El termómetro en Madrid debe superar los 40º C y yo tengo una pinta de mierda. No me he mirado al espejo para comprobarlo antes de salir del hospital, aunque después de haber estado a punto de palmar por una sobredosis de cocaína, supongo que no estoy para fotos. Al menos no ronda por el cementerio ningún *paparazzi* para inmortalizar el momento. El equipo de relaciones públicas ha hecho el trabajo por el que le pago un huevo.

Mi madre se detiene frente a una lápida. Es nuestra segunda parada; la primera fue en la tumba de mi abuela paterna. En esta ocasión, es la de mi abuelo, también por parte de padre.

—¿Vamos a estar mucho tiempo aquí? —pregunto con mala cara y sin entender qué pinto yo en un cementerio en el que no recuerdo haber puesto un pie nunca—. Estoy cansado.

—No deberías estarlo, tienes veintidós años —responde ella antes de coger los claveles, ya secos y mustios, que descansan sobre la tumba gris brillante, y cambiarlos por unos frescos y tan jodidamente llenos de vida que hasta podrían darme envidia. Pero yo, como las flores viejas y descoloridas, estoy demasiado marchito para sentir nada.

—¿Vas a darme ya el discurso de lo mal hijo que soy y lo mucho que estoy desperdiciando mi vida?

—¿Para qué? Te lo sabes de memoria y no parece que te haya calado.

—Entonces no entiendo qué hacemos aquí —vuelvo a protestar —. Tú odias los cementerios, es papá el que viene.

—No es que odie los cementerios, es que no creo que quede

aquí nada de las personas que queremos cuando se mueren —me corrige—. Pero hay gente como tu padre que sí lo cree, y por eso viene a visitar la tumba de tus abuelos.

—¿Y por qué no ha venido él?

—Porque tengo que hacerte una pregunta —afirma sin apartar los ojos de la tumba—. Pero antes tienes que saber que tengo cáncer. Está en un estadio avanzado, lo que en resumen quiere decir que me voy a morir mucho más pronto de lo que me gustaría.

El calor del sol me abandona y lo sustituye un escalofrío que me atraviesa el cuerpo, levantándome el vello de los brazos. Las sienes me palpitan y el corazón se desboca queriendo salirse del pecho. Me equivocaba; todavía puedo sentir algo.

—Mamá… —pronuncio con un hilo de voz.

—Espera —me detiene con tono firme y me mira por fin—. Todavía no te he hecho la pregunta. Porque lo que quiero saber es, ¿cuántas tumbas va a tener que visitar tu padre? La mía seguro que sí. Y tú pareces tener muchas ganas de morir, así que dime, Sergio, ¿va a ser una o van a ser dos?

Diez años después

1

La isla

La carretera principal serpentea a través de suaves colinas verdes. Solo los coches, la mayoría de alquiler, como el MINI Cabrio descapotable que conduzco rompen el silencio del paisaje de fincas rurales y árboles que se abre paso a izquierda y derecha. Mi memoria se aviva al instante. Después de diez años sin pisar la isla, todavía recuerdo el camino a casa. Corrijo, la que fue mi casa, en pasado. Y es una suerte, porque sería imposible escuchar las indicaciones del GPS con las dos cotorras que llevo conmigo. No han parado de discutir desde que salimos del aeropuerto.

—¿Quieres que me suicide? —pregunta Sol a Brina desde el asiento trasero y con su melena *bob* rubio platino disparada por el viento—. Porque como suene otra canción de Pablo Alborán, te juro que me tiro del coche en marcha… Aura, por favor, haz algo —me pide a mí esta vez.

—Será mejor tu reguetón y el *Bugs Bunny* ese —responde Brina desde el asiento del copiloto, sin ninguna intención de ceder el control de la radio.

—Es Bad Bunny, lerda. Y sí, es mucho mejor… Un poquito de alegría, un poquito de perreo, por favor, que esto parece la consulta de mi osteópata.

—Ya echo de menos a Teo —me susurra Brina—. Él sabe cómo mantenerla entretenida.

—¿Qué has dicho, mala pécora? —grita Sol, arrugando la frente —. No te oigo con tanto aire.

—¡Vosotras dos! —les llamo la atención con un tono de madre cabreada que solo utilizo con ellas y porque no me queda más remedio —. No pienso hacer de árbitro todo el fin de semana. Queda prohibido pelearse. Y no podéis llevarme la contraria porque es mi despedida de soltera.

Cambio de emisora hasta que escucho a Rita Ora cantar *For you.* Fin de la discusión… por el momento.

El aire se vuelve más denso y húmedo a medida que nos aproximamos a la costa. Respiro hondo, tratando de recuperar el olor a verano de mi infancia; el de los bosques de pinos que se derraman en playas de arena blanca y calas rocosas con aguas azul cian. Un paisaje tan saturado de color que cuando era niña me parecía mágico. Pero mágico de verdad. Recuerdo bañarme con mi padre y sujetarme a su cuello por miedo a desaparecer bajo el fondo del Mediterráneo.

Aminoro la velocidad para atravesar el pueblo. La calma se evapora y los bares y terrazas toman el relevo, animando el ambiente. La verticalidad se impone en forma de torres de hoteles de tres y cuatro estrellas, con toallas de colores colgadas de los balcones. Las calles están atiborradas de bañistas armados con sombrillas y flotadores gigantes que abandonan la playa al atardecer. Tres *guiris* del color de tres salmonetes nos silban y nos llaman «lindas», «bonitas» y algo más que no llegamos a entender. Sol les grita que aprendan otra palabra en español: «melanoma». Brina les recomienda aloe vera y unas friegas con leche. Las tres rompemos a reír. Hemos entrado, ahora sí, oficialmente en la treintena.

Giro en una rotonda y cojo la segunda salida hasta una calle estrecha que desemboca en la playa, justo al lado de mi casa: una construcción encalada de dos plantas y rematada con vigas de madera en la parte superior, en el extremo de una urbanización que mira al mar. «Ya no es tu casa», me vuelve a recordar mi voz interior, «de lo contrario, no tendrías que recoger las llaves en un bar y de mano de un extraño».

Brina levanta el brazo y apunta con el dedo el chiringuito a pie de playa que estamos buscando. «No tiene pérdida», me avisó su dueño cuando nos mensajeamos por Airbnb. Y tenía razón, no pasa desapercibido. Lo anuncia un cartel enorme en color azul celeste, con hojas de palmera dibujadas en sus extremos y las letras «Eva y el mar» en el centro.

Aviso a las chicas de que va a ser imposible encontrar un hueco libre para aparcar. Dejo el coche en doble fila y les pido que esperen mientras recojo las llaves. Me echo un vistazo rápido en el espejo retrovisor y trato inútilmente de alisarme el pelo con los dedos. Al

salir de Madrid, mi melena de color castaño cobrizo perfectamente planchada caía lisa como una tabla por debajo de mis hombros.

—Aura, estamos en la playa —me recuerda Sol, subiendo las piernas sobre el asiento para recostarse—. Relájate y asume tus pelos de puercoespín como voy a hacer yo con mi celulitis al ponerme el bikini.

—No digáis bobadas, estamos perfectas —afirma Brina a la vez que cubre de vaselina sus labios gruesos y mullidos.

La quiero con toda mi alma y sé que lo dice con buena intención, pero cuando has sido bendecida con una melena oscura, suave y ondulada, con unos reflejos naturales que no necesitan ni pasar por la peluquería para aparentar un *balayage* de ciento ochenta euros, unos enormes ojos verdes, una cara redonda y angelical de muñeca, y una piel inmaculada que nunca ha conocido el acné, resulta fácil verse perfecta. Por cierto, aquí va un consejo: si eres una diosa de metro setenta hecha carne cuyo físico parece haber sido bendecido al nacer por tres hadas madrinas, no se te ocurra nunca compararte con tus amigas, porque están jodidas de antemano; ni siquiera pueden odiarte.

Mis pelos locos y yo aceptamos la derrota con resignación. Bajo del coche y estiro mi vestido mini de flores, muy mono pero nada resistente a las arrugas. Al menos de tela para abajo puedo lucirme en condiciones. La tortura de correr seis kilómetros diarios y las clases de *spinning* dos veces por semana se materializan en unas piernas firmes. Blancas, eso sí, como si hubieran vivido secuestradas toda su vida en un sótano.

Camino hacia el paseo que está pegado a la playa y cruzo la pasarela de madera que conduce a Eva y el mar. El sol está dando sus últimos coletazos y proyecta una suave luz anaranjada sobre el bar, revestido de madera clara y bambú. Al llegar al interior, me fijo en que no queda un sitio libre. Cervezas, sangría, mojitos y todo tipo de cócteles acaparan mesas en las que fluyen conversaciones animadas. El exterior está dominado por la arena, con una zona destinada a hamacas, sombrillas, sofás y sillones tipo *chill out*. En un extremo, un DJ pincha una música suave e instrumental que no enmascara el

sonido cercano de las olas. No es el chiringuito de sillas de plástico y manteles de papel que imaginé.

Un par de camareras muy atareadas rondan las mesas con bandejas y dos chicos sirven las bebidas a buen ritmo dentro de la barra. Uno es un rubio cachas de pelo corto y con más anillos de plata en los dedos de los que puedo pararme a contar. Con una dentadura recta y tan blanca como su camiseta hiperajustada, parece sacado de un anuncio surfero. El otro es más delgado, aunque no consigo verlo bien; su pelo ondulado, oscuro y revuelto, le tapa la frente hasta los ojos. La que no pasa desapercibida es su camisa hawaiana de todos los colores posibles.

Decido acercarme a la barra para preguntar por el dueño. Quizá le haya dejado las llaves a alguno de los camareros. Camino con la mirada fija en esa camisa cuyo estampado podría desencadenar un ataque epiléptico. Son melones. Espera, no, son aguacates, creo. Estoy a punto de salir de dudas cuando alcanzo el extremo de la barra, pero mis sandalias de cuña, tan bonitas, tan nuevas y resbaladizas, me lo impiden, haciéndome caer de culo al suelo.

El bar atestado de gente se convierte de repente en una silenciosa biblioteca. Trato de levantarme a toda prisa y, por si la situación no fuera lo bastante bochornosa, resbalo de nuevo en el suelo mojado, espatarrándome más y consiguiendo que el vestido se me suba hasta regalar a cualquiera que me mire una vista integral de mis bragas.

«Menudo hostión», oigo decir a lo lejos, aunque estoy demasiado mortificada para girarme.

—¿Estás bien? —me pregunta una voz ronca que acude a mi rescate y me tiende la mano.

Me agarro a esa mano como si fuera el Espíritu Santo, que tira de mí y me levanta de un salto. Confirmado: son aguacates. Y con ojos. Me miran de frente desde la camisa más fea del mundo. Alzo la vista y otros ojos, marrones, brillantes y felinos, chocan con los míos. Van acompañados de una barba oscura y un labio inferior grueso que invita a morderlo.

—Estaría bien que pusierais un cartel de «suelo mojado» o algo

—me quejo, tratando de recolocarme el vestido y, de paso, esconder mi vergüenza.

Me señala con la cabeza un panel plegable amarillo que lo advierte claramente y que yo he obviado por andar fijándome en su camisa. Además de torpe, bocazas.

—¿Te has hecho daño? —quiere saber.

—Solo en la dignidad —farfullo.

—Entonces no me queda más remedio que invitar a tu dignidad a tomar algo —pronuncia con una voz rasgada que parece acumular más años de los que han pasado por su piel tostada. Esa voz podría dirigir y poner firme a toda la camorra napolitana. Esa voz podría ordenarte al oído que te corrieras y no tendrías más remedio que obedecerla… Vale, Aura, céntrate.

—Te lo agradezco, pero es que tengo algo de prisa. ¿Sabes dónde puedo encontrar al dueño?

—¿Eres de Hacienda?

—No.

—Entonces lo tienes delante.

—¿Eres Sergio? —Frunzo el ceño—. ¿Tú eres el dueño de esto?

—Es por la camisa, ¿verdad? —Se agarra la tela con el pulgar y el índice—. Me resta credibilidad como hombre de negocios.

Y si vamos al detalle, el bañador naranja fosforito a modo de pantalón y esas greñas que no han visto un peine en meses, tampoco ayudan.

—No, perdona, es que no esperaba a alguien tan…

—¿Tan con pinta de haber dormido en la playa?

Me río. No lo habría definido mejor.

—Tan joven.

—Tengo treinta y dos años. A mi edad Alejandro Magno ya tenía un imperio.

—¿A ese no lo envenenaron?

—No se puede ser el estratega más grande de todos los tiempos sin cabrear a unos cuantos. Pero no te preocupes, a mí solo me odian los de Hacienda, y me prefieren vivo para poder sangrarme cada año.

—No soy de Hacienda. Soy Aura. —Entrecierra los ojos por

respuesta—. Quedamos en que pasaría por aquí a recoger las llaves de la casa que te he alquilado el fin de semana —aclaro.

—Ah, joder… —Se frota la cabeza con efusividad y se despeina aún más—. Perdona, soy un desastre, no sé ni en qué día vivo. —Mete la mano en el bolsillo del bañador, saca un juego de llaves y me lo entrega—. Te recomiendo que dejes el coche en el garaje, porque aparcar en la calle es casi imposible y tampoco quieres que un idiota borracho te baile *La Macarena* a las cuatro de la mañana encima del capó —me asegura y deduzco que habla por experiencia—. Al salir de aquí verás a la izquierda una urbanización de casas blancas. Es el chalé número uno.

—¿Aún se sigue atascando la puerta del garaje?

—No, la arreglé cuando compré la casa. Pero ¿cómo sabes tú eso?

—Porque pasé muchos veranos en ella. Era mía… Bueno, de mis padres. Hace años. Tuvieron que venderla... Por eso cuando vi que estaba en alquiler ni me lo pensé.

Mi padre la vendió en plena crisis económica para poder pagarme la universidad en Dublín y los gastos correspondientes, cosa que no supe hasta que volví a Madrid. Sin embargo, mi madre me lo sigue echando en cara diez años después y a la mínima ocasión.

—Sergio, perdona, nos estamos quedando sin hielo picado —lo avisa el rubio cachas, acercándose a nosotros desde el otro lado de la barra.

—Ya voy —responde él sin apartar los ojos de mí—. Si hay cualquier problema con la casa, tienes mi teléfono.

—Sí, claro. Gracias. Ya hablamos el domingo para devolverte las llaves.

—Pásate si quieres a tomar algo esta noche. —Se inclina hacia mí—. Te prometo que hago el mejor hielo picado de toda la isla.

—Sí, no sé, ya veremos…

Sonrío en plan mema y me giro con intención de irme. Esta vez sí evito el suelo mojado y camino con más cuidado.

—Aura —me llama y me doy la vuelta—. Que disfrutes el reencuentro con la casa. Pasa mucha gente por ella. Me alegro de que

sea especial para alguien.

—Lo haré —le aseguro.

***

Mi casa olía a los tulipanes que comprábamos los sábados en el mercado para adornar el salón. Ahora el aroma a flores procede de un ambientador enchufado a la corriente. Nuestros muebles, esos que mi madre preservaba como si fueran las joyas de la Corona, acumulaban bastantes más décadas que la mesa blanca de centro y el sofá gris de tres plazas, ambos de Ikea, que ocupan el salón. De la pared donde mi padre solía enmarcar cuadros con mis dibujos hoy cuelgan fotos de París, Londres y Venecia. Pero la nostalgia por todo lo que mi casa ya no es se ha disipado al subir las escaleras y llegar a mi habitación. La pequeña terraza con la que cuenta, ahora provista de una mesa redonda y dos sillas, dispone de la mejor vista del mundo: el horizonte infinito del mar. Y eso nadie puede cambiarlo.

Escucho a mis amigas subir las maletas y jugarse en el pasillo a «piedra, papel o tijera» quién se queda con la segunda habitación más grande. Gana Brina. Eso o Sol la llama «cabrona» porque sí, que también podría ser.

Me siento en una de las sillas y me quedo embobada contemplando el vaivén del agua hasta que Sol sale a la terraza.

—No has deshecho la maleta. ¿Estás enferma? —me pregunta con guasa antes de encenderse un cigarro y apoyarse en la barandilla.

Tiene el pelo mojado y peinado hacia atrás. Se ha duchado y cambiado de ropa. Lleva puesta una camiseta blanca con un estampado de una vaca vestida de policía y unos pantalones cortos amarillos de chándal llenos de pelotillas. A mi amiga nunca le ha interesado la ropa ni la moda en general. Combina tejidos y colores en función de su estado de ánimo. Si a eso le sumas su metro cincuenta de estatura, es comprensible que todavía le pidan el carné de identidad en las discotecas.

—Me he olvidado de la maleta —admito para mi propia sorpresa—. Y también de avisar a Óscar de que hemos llegado.

—Joder, sí que estás enferma. —Se ríe mientras expulsa el humo.

Lo dice porque soy bastante organizada y metódica para todo. En el móvil tengo tres *apps* solo para hacer listas. Adoro las listas.

Óscar, mi novio desde hace cinco años y futuro marido, cree que soy de lo más útil y que deberían bautizar con mi nombre a algún asistente virtual inteligente, tipo Alexa o Siri. «Aura, ¿hoy va a llover?». «Aura, ¿cuándo es el cumpleaños de mi hermana?». «Aura, tengo diez minutos antes de irme a trabajar, ¿echamos uno rápido?». Bueno, ya me entiendes…

Hasta me he encargado de planificar mi despedida de soltera. No es que sea una loca controladora incapaz de fiarse de sus amigas, más bien trataba de evitar el estallido de la Tercera Guerra Mundial. Brina y Sol se quieren como hermanas, pero de esas que, aunque harían lo que fuera la una por la otra, se llevan a matar. Jamás se hubieran puesto de acuerdo para organizar el viaje. Brina quería recluirnos un fin de semana en un spa de lujo, y Sol, hacer *puenting* en pelotas. Por lo visto, es una opción que existe.

Teo se compadeció de mí, tras reírse a gusto un buen rato, cuando se lo conté por teléfono. Trabaja como ingeniero en Dubái desde hace tres años, así que lo de escaparse un fin de semana para venir a mi despedida de soltera era inviable. Lo perdono por abandonarme con las dos fieras aquí presentes porque asistirá a mi boda, dentro de dos meses, y también porque su regalo ha sido una cafetera superautomática de casi seiscientos euros, capaz de resucitar a un muerto cada mañana.

—Sigue estando aquí, ¿verdad? —inquiere Brina, que aparece con el pelo húmedo recogido en un moño de bailarina y un vestido suelto de color verde botella y lunares blancos.

—¿El qué? —pregunto.

—¿Pues qué va a ser? ¡Nuestra cápsula del tiempo! El otro gran acontecimiento junto con tu despedida de soltera.

Reconozco que eso no lo planeé. Tenía muchas ganas de volver a la isla después de tantos años y encontrar disponible mi antigua casa fue la guinda del pastel. Que coincida con la supuesta fecha de

apertura de nuestra cápsula del tiempo fue pura casualidad.

Según Sol, es un evento aún más especial por la conjunción entre la Luna y Marte. ¿O era Saturno? Ya no me acuerdo. El caso es que a ellas les hace ilusión, y a mí, lo admito, me pica la curiosidad por reencontrarme con mi *yo* de hace diez años. Va a ser una noche interesante.

2

La (puta) cápsula del tiempo

Solo es una antigua caja de caudales cubierta de una fina capa de polvo gris, pero las tres la observamos en el centro de la mesa del salón como quien inspecciona un artefacto explosivo. De serlo, habría estallado hace un rato, desmembrándonos y esparciendo nuestros trozos por toda la cocina, donde se me ocurrió la feliz idea de esconderla hace una década. Menudo *show* hemos montado para recuperarla. Ha sido nuestra tarea principal, y la más arriesgada, tras abastecernos de comida y alcohol para el fin de semana.

Sol y yo nos hemos subido a una escalera oxidada de metal y deseosa de contagiarnos el tétanos que hemos rescatado del garaje. La rubia ha desenganchado las pestañas de la lámpara de plafón y yo he hecho lo propio con los cables, a la vez que Brina suplía la ausencia de luz con la linterna de su móvil. La escena, digna de un atraco mal planeado, podría haberse quedado ahí, pero al meter la mano para recuperar la caja del interior del falso techo, un roce en mi mano, un chirrido agudo y la cara cabreada de una rata gigante —igual no era gigante ni estaba cabreada, pero era una puñetera rata mirándome de frente—, me han hecho gritar y perder el equilibrio. Brina ha tratado de sujetarme y el resultado ha sido mi trasero estampado en toda su cara. Sol ha intentado agarrarme por los hombros, pero ha terminado abalanzándose sobre mí, y las dos nos hemos precipitado hasta caer encima de nuestra amiga. Después solo hemos necesitado otros cuatro intentos antes de atreverme a introducir de nuevo la mano para coger la caja. Lo positivo de todo esto es que, a pesar de mis dos caídas ridículas de hoy, todavía no he acabado en Urgencias.

—Bueno, la abro, ¿no? —comento con la llave en la mano.

—¡No! ¿Qué dices? No podemos abrirla así sin más. Necesitamos un ritual. Comida, bebida y una *beauty party* —asegura Brina con una tarrina de Häagen-Dazs pegada a su dolorida muñeca. Sí, también se la hemos aplastado.

***

Mi despedida de soltera comienza con una sesión de belleza en la que no faltan manicura, pedicura, patatas fritas de todos los sabores y vino blanco para un regimiento. Ya un poco achispadas y tiradas en el sofá, estamos listas para abrir la cápsula, que sigue en la mesa, esperándonos impasible.

—Teo me ha escrito para decirme que no puede unirse por videollamada. Está en una cena de trabajo o algo así —nos cuenta Sol, moviendo los labios a través de la mascarilla coreana de papel transparente que lleva pegada a la cara y que le da cierto aire a Jason en *Viernes 13*—. Tendremos que abrir lo suyo.

—A mí también me ha escrito —apunto mientras introduzco la llave en la pequeña cerradura de la caja.

—Y a mí —afirma Brina con su móvil en la mano, mostrándonos el mensaje que le ha enviado a ella, idéntico al mío: «Dile a Sol que ni lo intente».

—Mamón desconfiado —suelta la aludida con los dientes apretados.

—Y con toda la razón —añade Brina.

—Ojos que no ven… —replica, alargando la mano hacia la caja ya abierta.

—Eh, de eso nada. —Se la aparta con rapidez.

—Venga ya, si es un juego infantil —protesta.

—Haríamos lo mismo por ti si no estuvieras aquí —señalo.

—Yo nunca os lo habría pedido…

—Pero él sí lo ha hecho y vamos a respetarlo. Sus motivos tendrá —zanja Brina con esa voz autoritaria que sospechamos debe acojonar y poner cachondos a partes iguales a sus alumnos de secundaria.

La rubia tuerce la boca con la escasa movilidad que le permite la mascarilla. Lo interpretamos como un «vale».

Brina es la primera en lanzarse a nuestro «viaje al pasado». Coge su bolsita de tela y saca un iPod del interior.

—Joder, ya me siento vieja —gimotea y se ríe a la vez—. Esto

es una pieza de coleccionista.

—Pues espera a escuchar la música que nos gustaba hace diez años, porque ya te digo que era noventa y cinco por ciento Pitbull —afirma Sol.

Brina mete de nuevo la mano en la bolsa y saca una foto. Rompe a reír al instante.

—¡Dios, qué pintas!

Las tres nos apretujamos en el sofá para analizar la foto en condiciones. Es del verano de 2011. Nos la hicimos en el jardín con la cámara Polaroid de Sol, cuando aún no habíamos interiorizado lo que era un *selfie*. Sol lleva el pelo teñido de azul, a juego con sus ojos, un *piercing* en la ceja y otro en la lengua, que enseña a la cámara en un gesto macarra. Brina sonríe mucho más comedida con sus *brackets* porque, por alguna razón, su dentadura perfecta no era lo bastante perfecta para ella. Y yo… Yo soy dos veces yo. Peso unos quince kilos más que ahora y llevo un flequillo que no le sienta nada bien a mis antiguos mofletes. Teo tampoco sale muy favorecido. Con veinte años, la madurez no lo había alcanzado y era un híbrido de adolescente y hombre a medio cocer. Su amago de bigote, que no llegó a prosperar por mucho que lo intentara, tampoco era fotogénico.

—¿Qué nos pasaba en las cejas? —pregunta Brina, achicando los ojos.

—Que no teníamos… —Me río y cojo mi copa de vino.

—Y ahora llevamos dos gatos persas. —Sol desliza el dedo índice por la ceja de Brina, en efecto, mucho más poblada.

—Lo de Teo es peor —dice la morena—. Creo que podríamos chantajearlo con esta foto. Pagaría dinero por evitar sacarla a la luz.

—Al menos los años lo han tratado bien. Ahora está mucho más bueno —aseguro.

—¿Qué dices? —salta Sol tan fuerte que casi me tira la copa—. ¡Teo no está bueno!

—Teo es muy atractivo. Con esa mezcla de empollón despistado y *gentleman* tipo James McAvoy —comenta Brina.

—¡Puaj! —Es su elaborada respuesta—. Teo no está bueno —insiste—. Es como el hermano que nunca tuve.

—Tienes dos hermanos —puntualizo.

—Pero son gilipollas, así que no cuentan.

—Esperad, ahora viene lo bueno —nos adelanta Brina, desdoblando el papel con sus predicciones.

—«Dentro de diez años…». —Se aclara la garganta—. «Ya se me habrá pasado el enfado por el final de *Perdidos*; estaré casada con Robert Pattinson, pero solo si accede a lavarse el pelo mínimo dos veces por semana; seré madre…». Pues sí que voy bien… —ironiza, arqueando una ceja—. Y… —Se detiene con la vista fija en el papel.

—¿Y qué? —inquiere Sol, impaciente.

—«Habré dejado de sentir que no encajo» —murmura casi para sí misma.

—¿Qué tú no encajabas? Pero si a Eva no la sacaron de la costilla de Adán, sino de ti, malnacida, que eres perfecta —replica.

Si algo ha hecho Brina a lo largo de su vida ha sido precisamente eso: encajar. Estudiante de sobresaliente, educada sin llegar a ser estirada, divertida cuando se lo propone y absolutamente preciosa, incluso sin una gota de maquillaje. Es la hija que una madre desearía tener, la mujer con la que cualquier hombre querría casarse y el sueño de todo infiel. Lo de casarse ya lo hizo; hace tres años, con Andrés, su profesor de Mitología Grecolatina en la universidad.

—¿Por qué pensabas eso? —pregunto.

—Bah, vete tú a saber… —dice, quitándole importancia a la vez que lanza su papel sobre la mesa.

—Al menos se te ha pasado el cabreo por lo de *Perdidos* —comenta Sol.

—Sí, pero porque ahora estoy enfadada por el final de *Juego de tronos*.

Es el turno de la rubia, que saca de su bolsa una cajetilla de Lucky Strike y un mechero.

—¿Tabaco? ¿Eso es lo que guardaste? ¿Te pareció muy importante de cara al futuro? —la regaña Brina.

—Eh, esta cajetilla costaba tres pavos hace una década, así que he ganado un euro —señala, satisfecha consigo misma.

Y ahí radica la magia de Sol, en su capacidad para apreciar

detalles que a los demás nos parecen insignificantes, pero que para ella representan la clave de la felicidad.

—Lo que se perdió contigo el mundo empresarial —bromeo, dando el último trago a mi copa.

Sol y yo nos matriculamos juntas en ADE. Ella lo hizo exclusivamente para contentar a sus padres y continuar con el legado familiar de los Álvarez de Henestrosa y Ortiz, compuesto en su mayoría por directivos de grandes compañías. Lo de «pasar por el aro» le duró unos quince días, aunque sus padres no se tomaron mal que abandonara la carrera; sobre todo porque no se enteraron hasta el día de su graduación. Y por eso, al contrario que los de sus cuatro hermanos, su título en Filosofía no cuelga en ninguna de las paredes de las tres casas de sus padres. Aunque eso no fue lo peor. Cuando ya tenían asumido que la descarriada de la familia «solo» podría aspirar a la docencia, Sol decidió que quería dedicarse a la fotografía. Dejaron de hablarla tres meses. Según ella, los tres meses más tranquilos de su vida.

Sol saca su papel y se dispone a leerlo en voz alta.

—«Dentro de diez años habremos consumido los recursos del planeta y la sociedad capitalista, desigualitaria e inhumana en la que hoy vivimos se habrá corrompido hasta colapsar y provocar su autodestrucción. Así que da igual lo que piense que ocurrirá dentro de una década porque a nadie le importará ya una mierda; todos estaremos muertos».

—Suena muy a… ti —resuelvo con un asentimiento de cabeza.

—Lo mismo me adelanté un poco, pero está claro que soy una visionaria.

—Me encantaría escuchar esa opinión en una comida familiar de los Álvarez de Henestrosa y Ortiz —apunta Brina.

—Me la voy a reservar para la cena de Nochebuena —declara.

—Vale, me toca a mí. —Noto cómo se me acelera el pulso, y eso que ni siquiera recuerdo qué escribí en mi papel.

—Espera un momento —me pide Sol—. Creo que me he dejado una cosa...

Agarra la bolsa de Teo y echa a correr hacia el jardín. Brina y

yo nos levantamos y salimos detrás de ella. La perseguimos dando vueltas hasta darnos cuenta de que estamos demasiado borrachas para cualquier tipo de ejercicio físico.

—Sol, ¡no lo hagas! —le pide Brina casi sin aliento.

—Teo se va a cabrear —le advierto al verla hurgar dentro de la bolsa.

—Pues ya se le pasará. —Saca unas gafas de sol y las agita en el aire—. Buah, menudo secreto inconfesable —pronuncia con desgana —. Son sus gafas de Neo. Se las regalé porque *Matrix* era su película favorita.

—Vale, pues no era nada importante, déjalo ya —le pido.

—¡Sol! —exclamamos Brina y yo inútilmente cuando repite el gesto y coge el papel. Lo desdobla con impaciencia.

—«Dentro de diez años, Sol por fin se habrá dado cuenta de que estoy enamorado de ella…». —Se le corta la voz y parpadea de manera compulsiva—. «Y con un poco de suerte, bueno, con mucha suerte, ella también me querrá a mí».

Miro a Brina de reojo y ella me mira a mí. Nosotras no estamos del todo sorprendidas por la revelación.

—¡Joder, joder, joder! —repite Sol mientras se frota la cara, consiguiendo así despegarse parte de la mascarilla.

Brina se acerca a ella despacio y la rodea con el brazo.

—Mejor volvemos dentro.

De vuelta en el salón, nuestra amiga empieza a caminar y dar vueltas cual posesa. Solo nos atrevemos a observarla desde el sofá.

—¡Pero es que no tiene ningún sentido! —espeta con una risa nerviosa a la vez que agita papel en la mano.

—¿De verdad no tenías ni idea? —pregunto con el tono más suave posible.

—¡No! ¡Claro que no! —Abre los ojos desmesuradamente—. ¿Vosotras sí?

—Pues sí, contigo siempre ha sido un *pagafantas* de manual — responde Brina sin anestesia.

—¿Y por qué coño no me lo habéis contado nunca? —nos grita con la mascarilla ya tan despegada que su cara parece caerse a trozos.

—Porque él tampoco lo ha admitido abiertamente —argumento —, y pensábamos que tú lo sabías…

—¿Por qué iba a saberlo yo?

—Porque es capaz de dejar tirada a cualquiera de sus novias si tú lo llamas —dice Brina.

—Porque odia la tarta de limón, pero finge que le gusta para que tú puedas compartirla con alguien cuando salimos a cenar —añado.

—Porque se encarga de llamar a tu madre cada vez que decides que no vas a volver a dirigirle la palabra —continúa Brina.

—Porque te mira como si fueras la Virgen recién aparecida en lo alto de un monte.

Tal vez no sea el mejor ejemplo, pero ilustra bastante bien mi argumento.

—Y porque ha tenido que poner más de cinco mil kilómetros de distancia entre vosotros para poder seguir con su vida —concluye la morena.

—Vete a la mierda —escupe Sol al sentirse atacada—. Yo no le he obligado a irse al puto Dubái.

—No intento hacerte sentir mal, pero tú has querido la verdad.

—Para ser justas, Sol no tenía toda la información —apunto—, así que tampoco es culpa suya.

Supongo que nunca imaginas que el mayor secreto de la persona en la que más confías seas tú misma.

—Vale, perdona, me he pasado —reconoce Brina, arrepentida.

—Es que nunca me dijo nada, ni siquiera lo insinuó.

Sol se derrumba en el sofá y mi amiga le acaricia la pierna con un gesto maternal. A continuación, levanta la mano y le quita la mascarilla de un solo tirón, arrancándole un quejido por la sorpresa.

—Eso por un lado, porque me estabas poniendo de los nervios. Y por el otro… Seguro que no te lo dijo porque pensaba que tú no sentías lo mismo por él.

—¿O sí que sientes algo? —lanzo la pregunta necesaria.

—¡Es Teo! —exclama como si eso fuera suficiente respuesta—. Lo quiero mucho, pero no de esa forma.

—Hace tres años que se fue… A lo mejor sus sentimientos han cambiado —expone Brina.

—Tienes razón, no hay que darle mayor importancia —pronuncia la rubia con contundencia, ya que el argumento le viene de perlas.

Le paso la botella de vino y pega un buen trago.

—¿Mejor?

—Sí.

Mentira. Creo que para eso debería beber hasta caer inconsciente.

Sol se excusa para ir al baño y de camino la escuchamos murmurar «puta cápsula del tiempo». Brina y yo decidimos no hablar de ello por el momento. Necesita procesarlo y presionarla no es buena idea. Conociéndola, es capaz de llamar a Teo en plena madrugada para pedirle explicaciones.

Cuando llega mi turno, se me han quitado las ganas de remover el pasado. No obstante, cambiar de tema ayudará a aligerar el ambiente, así que abro mi bolsa y saco mi antiguo cuaderno de bocetos. A pesar de los años, la tapa dura de color rojo no ha perdido su viveza.

—No me creo que guardaras tu cuaderno de dibujo —declara Brina—. Estabas obsesionada con él.

Lo llevaba conmigo a todas partes, como si fuera una extensión de mi mano, un apéndice vital. Mi madre me reñía a menudo por los constantes dedos manchados, resultado de pasarme horas y horas en mi mundo con los lápices.

Aparto el cierre elástico y lo abro. Paso las hojas, que crujen después de haber pasado tanto tiempo dormidas. Me detengo en el retrato de un chico joven y guapo cuyo pelo asoma rebelde por la capucha de su sudadera. No lo reconozco, imagino que me lo cruzaría cualquier día por la calle, en el autobús o en la biblioteca de la universidad. Observo pequeños fallos en el contorno de la boca. Pero no importa. Más allá de las reglas de proporción, composición o sombreado, dibujar era para mí un acto instintivo, libre, espontáneo. Me encantaba. No tenía que ser perfecto; solo tenía que ser.

—De Erasmus en Dublín no iba a tener tiempo para dibujar —me justifico.

Por eso lo guardé y le dije adiós en silencio.

—Pues es una pena que lo dejaras, tienes mucho talento —afirma Sol.

—Sí, podría haberme dedicado a ello. Seguro que me forraba vendiendo «dos por uno» en el Rastro los domingos. —Me río.

—También se pueden hacer cosas por placer, ¿sabes? Sin buscarle una utilidad material.

Me limito a encogerme de hombros. Si pienso en las cosas que hago solo por placer, solo se me ocurre el sexo, y hasta eso tengo que marcarlo en mi agenda para dedicarle tiempo.

—Os juro que no recuerdo ni una palabra de lo que escribí —digo mientras desdoblo mi papel.

—No puede ser más lamentable que lo mío —señala Brina, metiéndose un puñado de Risketos en la boca.

—Vamos a ver… «Dentro de diez años, tendré un puesto de jefaza en una empresa importante».

—Sí, ser la puta ama a la que las multinacionales llaman cuando están en un lío de pelotas, puede valer como jefaza —añade Sol.

En palabras menos malsonantes, aunque quizá menos descriptivas, soy gestora de crisis y asesora externa de compañías y organizaciones multinacionales. Básicamente, las empresas contratan mis servicios cuando tienen un serio problema de reputación que no saben controlar.

—«Hablaré varios idiomas...».

—¿Cuántos son ya? ¿Tres o cuatro? —pregunta Brina.

—Inglés, francés y alemán. Ahora estoy con el chino, pero no cuenta porque de momento solo me defiendo...

—Cuando te pones en plan humilde nos entran ganas de tirarte cosas —asegura Sol y me lanza un puñado de ositos de gominola.

Brina asiente con la cabeza. Al menos he conseguido que se pongan de acuerdo en algo.

—«No pesaré más de cincuenta kilos» —continúo—. «Me casaré

con el hombre perfecto y viviré en una ciudad extranjera y cosmopolita».

—¡Pero si eso es una descripción detallada de tu vida! —suelta Sol con los ojos abiertos de par en par—. ¿Quién coño hace un pleno con estas cosas?

—Todavía le falta vivir en el extranjero —rebate Brina.

—Me han ofrecido un trabajo en Londres. Tengo que contestar el lunes.

—¡Joder! —Se ríe la rubia, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Te vas a ir? —pregunta mi otra amiga, con el gesto mucho más serio.

—Sería muy bueno para mi currículum y ganaría más.

—¿Te podemos frotar un billete de lotería por la espalda? —pregunta Sol.

—Eso solo vale si tiene chepa —replica Brina.

—Pues que nos cante los números de la Bonoloto, porque los acierta fijo.

—¿En serio has conseguido todo lo que querías en la vida? ¿Con treinta? —Brina coge la botella de vino y bebe a morro—. Yo no he sido capaz ni de aprender zumba y llevo apuntada un año y medio. Soy una fracasada… —Me apunta con el dedo—. Decidido. A partir de ahora te encargas tú de tomar las decisiones importantes de mi vida.

—No, no, déjame a mí, porfa, yo me encargo —le pide Sol, juntando las palmas como una niña.

—De eso nada, contigo acabaría criando gallinas ecológicas y bailando la danza de la lluvia en una secta.

—La danza de la lluvia la hacen las tribus indígenas, inculta.

Siguen discutiendo, insultándose y riendo mientras yo leo una vez más esas metas imaginarias que he materializado con una exactitud que asusta.

¿Y ya está? ¿De verdad he conseguido todo lo que esperaba de la vida? ¿Entonces por qué de repente me siento tan vacía? ¿Por qué todo lo que me parecía importante a los veinte ahora suena tan superficial al pronunciarlo en voz alta? ¿Por qué no apunté «dentro de diez años seré feliz»? Quizá así no me habría olvidado de intentarlo.

3

Sin sueño de una noche de verano

Arropada por la oscuridad y con la vista clavada en el mar en calma, doy un sorbo a mi té frío. El alcohol lo dejé hace un par de horas, en cuanto Brina y Sol se fueron a dormir. No le vi la gracia a seguir emborrachándome en soledad. En defensa de mis amigas diré que me ofrecieron salir de copas para celebrar mi despedida de soltera. Les pedí dejarlo para mañana, poniendo como excusa el cansancio y un repentino dolor de cabeza a causa del vino. No me atreví a confesarles que no tengo cuerpo ni ánimo para mucha fiesta esta noche.

Sentada en la silla de la terraza, trato de no obsesionarme con el papel arrugado que descansa sobre la mesa y contiene la última década de mi vida. No se me ocurre nada más que añadir. Y todo cabe en dos líneas. Hasta los ingredientes de una pizza congelada ocuparían más espacio.

Me encantaría no darle mayor importancia, irme a dormir y olvidar toda esta historia de la cápsula del tiempo, pero soy incapaz. Mi cerebro tiende a acelerarse por las noches y el insomnio y yo llevamos ya cinco años conviviendo juntos. Los dos últimos en armonía, ya que tras probar sin éxito todas las técnicas de relajación posibles y unas pastillas que me convertían por las mañanas en un zombi con tacones, decidí aprovechar la situación en mi beneficio. De madrugada se pueden hacer muchas cosas productivas: leer libros de gestión empresarial, aprender idiomas, preparar bizcocho marmolado…

Un ruido procedente del muro que separa la casa de la calle me hace incorporarme en la silla. Son pisadas y suenan muy cerca. Demasiado cerca. Unas manos aparecen de la nada, como en una película de miedo, y se agarran con fuerza a la barandilla de la terraza. El grito que debería salir de mis pulmones muere en mi garganta, dejándome muda. El único sonido que envuelve el aire es el de la respiración agitada del extraño que está intentando colarse en la casa. No le veo los pies, pero los escucho reptar por la pared. Ahora es

cuando me arrepiento de no haber ido con Sol a esas clases de defensa personal en las que tanto me insistió.

El pulso se me acelera y la adrenalina se dispara. Está a punto de entrar. Salto de la silla y alcanzo la barandilla de una zancada para hacer no sé muy bien qué. Sin meditarlo mucho, no tengo tiempo, le clavo las uñas en la piel con todas mis fuerzas, arrancándole un gruñido. Las manos se escurren y desaparecen de mi vista un segundo antes de escuchar un golpe sordo, como un saco de cemento cayendo contra el suelo. Me asomo y veo un cuerpo tendido en el césped. Un momento. Entorno los ojos para fijarme bien en él. Yo he visto esa camisa antes.

—¿Sergio?

Su respuesta es un quejido agonizante.

—¡No te muevas! —le grito.

—No creo que pueda —articula, intentando recuperar el aliento.

—¡Ya bajo!

Me doy la vuelta y esta vez sí chillo al encontrarme de frente con Brina y Sol.

—¡Joder! ¿Queréis matarme todos de un infarto?

—Pero ¿qué haces dando voces a las cinco de la mañana? —farfulla Brina.

No me da tiempo a contestar. Un gemido ronco y lastimoso llama la atención de Sol y la conduce hacia la barandilla.

—¡Ay, la hostia! ¡Brina, ven a ver esto!

Las dos se asoman y esto ya parece una fiesta con *balconing* incluido.

—¿Quién es ese? —me pregunta Brina.

—El dueño de la casa… ¡Os juro que no quería hacerle daño!

—¿Eso se lo has hecho tú? —pregunta Sol con toda la serenidad de la que yo carezco ahora mismo—. ¿Y por qué te lo quieres cargar?

—¡No me lo quiero cargar! Ha intentado colarse por la terraza y me he asustado —les explico y salgo pitando escaleras abajo.

Ellas me siguen y cuando voy a abrir la puerta del jardín, Brina me detiene. Se acerca a la mesa y coge un cenicero de cristal.

—Vale, ya puedes abrir.

—Pero ¿qué haces? No vamos a rematarlo.

—A ver si te aclaras, eres tú quien lo ha tirado terraza abajo.

—Porque pensaba que era un ladrón.

Salimos al jardín y vemos a Sergio levantándose por su propio pie.

—Chica, pues a mí puede atracarme cuando quiera —susurra Sol.

—Lo siento muchísimo, no sabía que eras tú. —Me apresuro a decir nada más ver el gesto de dolor que cruza su cara.

—No le pidas perdón, deberíamos estar llamando a la policía —interviene Brina cenicero en mano—. ¿Qué hacías intentando entrar en nuestra casa? Porque mientras la tengamos alquilada, es *nuestra* casa —recalca.

—Tienes toda la razón —reconoce él y se lleva una mano a la parte baja de la espalda—. Vivo en la casa de al lado y he perdido las llaves. Siempre tengo guardada una copia debajo de la maceta de esta terraza, y como puedo saltar desde el muro de la entrada, pensaba cogerlas e irme sin hacer ruido —nos confiesa—. De verdad que lo siento, ha sido una estupidez. —Me mira a mí esta vez—. No quería asustarte.

—¡Tú eres Sergio Velasco! —exclama Sol, sin importarle un bledo toda la explicación anterior.

—¿Os conocéis? —pregunto extrañada.

—A él lo conoce todo el mundo. Es Sergio Velasco. El cantante —aclara.

—Excantante —matiza él mientras se masajea la espalda.

¿Sergio Velasco? ¿En serio? Fue uno de los cantantes más famosos de la pasada década. Aunque ha cambiado físicamente. Lo recuerdo más delgado y sin todo ese pelo cubriéndole la cara. No lo habría reconocido jamás.

—Yo escuchaba tus canciones cuando iba a la universidad —tercia Brina emocionada, que ha pasado en un segundo de las amenazas policiales a dedicarle su sonrisa más radiante—. Me encantaba *Corazón de saldo*.

—Y la de *Súbete en mi moto*… ¿Cómo era? —continúa Sol y empieza a cantar con voz grave, creyéndose el Padrino—. «Súbete en mi motooo, hazlo ahora, nena, sabes que nunca seré tu esposooo… No sé qué, no sé qué más… Juntos provocaremos un terremotooo».

Y quien dice cantar, dice descuartizar una canción que no es buena de por sí.

Sergio simula una sonrisa, pero aprieta la mandíbula. Está incómodo, no en plan «casi me partes la espalda y me dejas paralítico», sino más bien parece molesto porque lo hayan reconocido.

—¿Te duele mucho la espalda? —intervengo para desviar el tema—. Porque puedo llevarte al hospital.

—No, estoy bien, de verdad. —Se frota la cabeza—. Aunque si no os importa darme mis llaves… Así no os molesto más.

—Sí, sí, claro, ya vamos nosotras a buscarlas. —Sonríe Brina, la nueva presidenta de su club de fans, para, a continuación, agarrar a Sol y llevársela del brazo entre cuchicheos y risitas.

—Tengo Ibuprofeno y relajantes musculares —le ofrezco.

—No gracias, no suelo tomar nada químico…

¿Que no toma nada químico? A ver si va a ser uno de esos que creen en los remedios florales y la imposición de manos para curarse.

—Bueno, pero si necesitas algo, avísame —insisto—. A la hora que sea.

—Aura, tranquila, estoy bien… Además, ha sido culpa mía. Me lo merezco por descerebrado.

—Un poco sí… —afirmo y él sonríe—. No digo que seas un descerebrado —aclaro—, pero te recomiendo que guardes las llaves para emergencias en otro sitio.

—Lo de lanzarme por la terraza no habrá sido una venganza por lo de esta tarde en el bar, ¿verdad? Porque te juro que he intentado no mirarte las bragas, pero es que ellas no dejaban de mirarme a mí —me suelta a la vez que arquea una ceja.

—Ya decía yo que esa cara de sinvergüenza tenía que llevar la personalidad a juego.

¿Lo he dicho en voz alta? Una carcajada áspera brota de su garganta. Esa risa debería estar prohibida.

Cuando las chicas vuelven con las llaves y nos despedimos de Sergio, que se va caminando como si saliera de un *ring* después de recibir una paliza, yo ya he realizado un estudio de mercado con él. Su nariz es demasiado ancha para unos ojos tan rasgados. La mandíbula marcada, esa piel morena y el pelo revuelto le dan un aspecto salvaje, un tanto rudo. Desde luego no cuenta con un atractivo clásico ni convencional. Además, es el ser humano peor vestido con el que me he cruzado en toda mi vida. Y sin embargo, y en conclusión: jo-der.

***

Apenas consigo dormir un par de horas en lo que queda de noche y cuando por fin lo consigo, Brina y Sol me despiertan con el desayuno ya listo sobre la mesa del salón. Entre café, tostadas y zumo de naranja no pueden parar de buscar fotos y vídeos de Sergio en Google.

—La Wikipedia dice que tiene treinta y dos años, es hijo único y se crio en Madrid con sus padres —nos informa Sol con la vista concentrada en el móvil—. Se dio a conocer en un *talent show* a los dieciséis y fue fichado por Warner Music… Bla bla bla… Que si un disco de oro que si otro de platino… Bla bla bla… Nos da igual…
—Sigue leyendo un rato en silencio hasta encontrar lo que de verdad le interesa—. Sobre su vida privada dice, en resumen, que se ha tirado a todas las actrices de este país y a un noventa por ciento de las cantantes.

—¿Por qué dejaría de cantar? —se pregunta Brina, untando aguacate en su tostada.

—Aquí no dice nada sobre eso, pero mirad, era un malote. Zurró a un *paparazzi*.

Nos muestra una foto de la supuesta agresión y, dada la mala calidad de la instantánea y la distancia a la que está tomada, el protagonista podría ser mi vecino del quinto.

—Creo que no le hace gracia que lo reconozcan —tercio.

—Con esas greñas tampoco es fácil —opina la rubia, dejando por fin el móvil en la mesa—. Ahora es un Robinson Crusoe *buenorro*.

Doy un mordisco a mi tostada. No tengo nada que objetar.

Nada más terminar el desayuno, nos ponemos el bikini a toda prisa. Es el momento de tirarnos a la bartola en la playa. Pero antes de salir de la urbanización, necesito hacer una parada. Quiero comprobar si el vecino asalta terrazas está bien.

Nos acercamos a la casa de al lado y llamo al timbre. Espero un rato y vuelvo a llamar.

—Estará durmiendo —supone Brina.

—Eso o le he provocado una conmoción cerebral y no se va a despertar nunca más.

—Bueno, pues si lo has matado, ya nos enteraremos cuando el cadáver empiece a oler —afirma la rubia, poniéndose las gafas de sol y dando media vuelta.

Y con esa tranquilidad nos vamos a la playa.

4

Montármelo con Michael Fassbender… O algo así

Observo mis quemaduras frente al espejo del baño. Me he abrasado los hombros, el escote y el muslo izquierdo. La cara está intacta, pero solo porque he estado embadurnándome durante todo el día con una crema ultraprotectora resistente a la radiación nuclear, la cual me ha dejado el aspecto de un fantasma vengativo de peli de terror japonesa. Eso me ha dicho Sol, y algo de razón tenía porque un niño ha gritado muerto de miedo al pasar delante de mi toalla.

Me aplico la máscara de pestañas y ya estoy lista. Tras un día repantingadas en la playa, con mariscada incluida en una terraza frente al mar y más mojitos de los que consigo recordar, hemos vuelto a casa para cambiarnos. Un short negro de crepé con estampado de hojas tropicales y unas sandalias de cuña trenzada componen mi vestuario para esta noche, ya que solo tengo permitido elegir mi ropa de cintura para abajo. Por lo visto, la camiseta de «Vamos de princesas, pero bebemos como vikingos», es de uso obligatorio y no negociable.

Después de domar mi pelo con cantidades industriales de spray *anti-frizz*, me he maquillado los ojos con un ahumado suave en tonos rosas y burdeos y he rematado el conjunto pintándome los labios en color granate. Tengo unos ojos marrones muy expresivos, pestañas largas y buenos pómulos. Hasta mi madre lo dice, y esa mujer no regala cumplidos gratuitos. Soy consciente de que no hago girar cuellos a mi paso como Brina, pero tampoco lo necesito. Sé sacarme partido y, con los años, he aprendido a hacerlo por y para mí. Cosa que no resulta fácil si tú misma eres tu peor crítica frente al espejo.

Orgullosa de mi aspecto, me hago un *selfie* y se lo mando a Óscar. Hoy hemos hablado un par de veces por WhatsApp, sin embargo, él sabe que este fin de semana nos pertenece a nosotras. Siempre hemos sido bastante independientes y sabemos respetar el espacio de cada uno. Es una de las cualidades que lo convierte en el

hombre perfecto que tenía en mente cuando rellené ese dichoso papel de la cápsula del tiempo, que ahora mismo me pesa en el bolsillo del pantalón porque no soy capaz de tirarlo a la basura y dejarlo atrás.

«Estás preciosa», me responde mi futuro marido. Y por un momento, deseo no estar preciosa, deseo estar como para follarme contra la pared. No sé ni de dónde sale tal pensamiento, nosotros nunca nos decimos cosas así.

Mi móvil comienza a sonar y el nombre de Teo aparece en la pantalla.

—¿Qué tal, desertor?

—No me digas eso —se queja con un suspiro—. Bastante mal me siento ya por no poder estar ahí con vosotras.

—Lo sé, y te echamos mucho de menos, pero piensa que te vas a ahorrar la diadema con pene y los *boys* en tanga —bromeo.

Salgo del baño y voy hacia el salón, donde me esperan mis amigas.

—Sé que no va a ocurrir, pero pagaría por verlo.

—Eso mejor lo dejamos para cuando se case Sol —digo sin pensar.

—¿Qué tal os fue con la cápsula del tiempo? —pregunta mi amigo, cambiando de tema.

—¿La cápsula del tiempo? —Me paro frente a la rubia, sentada en el sofá, y me entran ganas de estrangularla por obligarme a mentir a Teo—. Bien. Lo típico, ya sabes… Brina iba a casarse con un vampiro con la cara llena de purpurina y tu querida Sol predijo el fin del mundo.

—Me cuadra. —Se ríe—. ¿Y tú?

—Yo tengo muy poca imaginación… ¿Qué tal sigue Dubái?

Ahora soy yo la que cambia de tema.

—Igual de hortera y caluroso, aunque más interesante que de costumbre.

—¿Y eso?

—He conocido a alguien… —pronuncia bajito, casi con timidez, pero intuyo la sonrisa en su voz.

La rubia me observa y arruga la frente. Hay algo que no le

gusta de la conversación ajena, aunque no sabe el qué.

—Ah, pues eso es genial, ya me contarás —lo corto, sintiéndome muy mala amiga—. Ahora nos tenemos que ir de fiesta con nuestros penes en la cabeza.

—Vale, pero ¿me puedes pasar a Sol un momento? La he llamado un par de veces hoy y no me ha contestado.

—¿Sol? —pregunto al aire.

Ella niega con la cabeza y comienza a gesticular exageradamente con las manos.

—Es que se acaba de meter en el baño.

—Puedo esperar.

—Lo mismo tarda... Tiene una diarrea de las malas.

Sol pone los ojos en blanco y yo me encojo de hombros.

—Eh, bueno, pues dile que se mejore… Y que me llame mañana.

—Claro. Un beso, adiós.

—Si no se había desenamorado, Aura acaba de conseguirlo por ti —asegura Brina en cuanto cuelgo.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta la rubia con suspicacia— ¿Qué es eso tan genial que te tiene que contar?

—¿Por qué no lo llamas y se lo preguntas?

Fin de la conversación.

***

En cuanto entramos en el bar de Sergio y lo veo moverse con soltura dentro de la barra, respiro tranquila. He insistido mucho a las chicas para venir a comprobar que está bien. El local se ha convertido en una discoteca en medio de la playa. Las mesas del interior han desaparecido, dejando paso a una pista de baile, la luz es tenue y la música suena a todo volumen. Incluso hay gente bailando en la arena al ritmo de un estribillo que no conozco. A diferencia de Sol, que ha empezado a moverse y cantar como si se hubiera criado en las calles del Bronx.

Dejo a mis amigas bailando y me acerco a la barra para saludar

a Sergio. Lleva una camisa negra de manga corta con un estampado de tiburones rosas y azules enseñando los dientes. Es todavía más fea que la de ayer, si eso es posible. Cuando me coloco frente a él, me pega un repaso sin disimulo desde los ojos hasta las puntas de los pies y lo remata con un «joder» que no escucho, pero puedo leer de sus labios.

—Hola, ¿cómo está tu espalda? —le pregunto, tratando de ignorar el fuego de mis mejillas.

—Bien, gracias por preocuparte.

—¿Seguro? —Me apoyo en la barra para hacerme oír por encima de la música y él me imita. Huele a limón y a hierbabuena —. ¿No has tenido dolor de cabeza? —Abre la boca, pero yo continúo—. ¿Náuseas o vómitos? ¿Somnolencia, visión borrosa, zumbido en los oídos, problemas con el habla? —relato todos los síntomas de conmoción cerebral que he leído en Google antes de venir.

—Tengo problemas con el habla, pero es porque tú no me dejas contestar. —Sonríe de medio lado—. Aura, te prometo que estoy bien.

—Vale, perdona, ya lo dejo.

Debería irme. No quiero ser pesada ni molestarle mientras está trabajando.

—¿Quién se casa? —Señala mi camiseta con la cabeza.

—Yo.

Se inclina un poco más hacia mí, hasta que su pelo me hace cosquillas en la mejilla.

—Qué mala suerte estoy teniendo contigo —me susurra al oído, provocándome un hormigueo en el estómago que no desaparece cuando se aparta—. ¿Te pongo algo de beber?

—Tres chupitos de tequila —consigo pronunciar sin que me tiemble la voz. Lo de las piernas ya es otro tema—. O mejor, cuatro. Déjame invitarte para celebrar que no te he matado.

Coloca tres vasos con rapidez en la barra, coge la botella y sirve el tequila.

—Gracias, pero no bebo alcohol.

—No tomas pastillas, no bebes alcohol… Me haces sentir fatal. Eres la persona más sana que he conocido en mi vida.

Una risa incrédula se escapa entre sus dientes al dejar el salero

y tres rodajas de limón en un pequeño plato junto a los vasos.

—Invita la casa —me dice antes de irse a atender a otro cliente.

***

Creo que las tres estamos intentando establecer un récord: beber en una noche todo que no hemos ingerido durante el resto del año. El bar está hasta los topes, así que hace un rato que nos movimos hacia el exterior. Bailamos con nuestras copas y zapatos en la mano y con los pies descalzos sobre la arena fría.

—Os quiero como a las hermanas que nunca tuve. —Sol nos abraza en plena exaltación de la amistad, fruto de dos caipiriñas y tres ron-cola.

—Ya estamos… Tienes dos hermanas —le recuerda mi otra amiga, partiéndose de risa.

—Pero son unas pedorras, así que no cuentan.

Un empujón por detrás nos hace tambalearnos y derramar parte de nuestras bebidas. Nos damos la vuelta y un chico nos pide perdón para, a continuación, olvidarse de nuestra existencia y meterle la lengua a su acompañante hasta la campanilla. Y por la forma en que se besan, se aprietan y se restriegan el uno contra el otro, se nota que la ropa es lo único que les impide rematar la faena aquí mismo.

—Eso no lo hago yo así desde los veinte —confieso.

—Pues así yo no lo he hecho nunca —tercia Brina.

—Yo, el martes —dice Sol, levantando las cejas insinuante—. Con una aspirante a modelo a la que le hice unas fotos.

Sol nunca se ha planteado cuestiones de género respecto al sexo. Le gusta lo que le entra por los ojos, ya sea una modelo o su frutero, con el que también se acuesta de vez en cuando y que siempre le guarda los pepinos maduros. No es un chiste sexual, de verdad que, según ella, le guarda los mejores pepinos para las ensaladas.

La pareja sigue besándose delante de nosotras, pero mis amigas apartan la vista para seguir bailando. Yo no puedo. La chica cierra los ojos y ahoga un gemido cuando el chico entierra la boca en su cuello y desliza despacio las manos hasta acabar en su culo. En respuesta, ella

le frota el paquete sin pudor. Prácticamente están follando en vertical y yo siento una punzada de envidia ante esa pasión desmedida de la piel llamando a otra piel.

Les digo a las chicas que voy al baño, aunque lo que de verdad necesito es un poco de aire porque me estoy agobiando. Serpenteo entre la gente y camino hasta llegar a la orilla del mar. Respiro hondo y enseguida noto el contraste entre el agua fría acariciando mis pies y el sudor que me baña la nuca. No obstante, no me encuentro mejor. Ni siquiera me siento bien. Un nudo se forma en mi garganta y así, sin más, rompo a llorar.

Me convenzo a mí misma de que las lágrimas son efecto del alcohol, no estoy acostumbrada a beber tanto. Y me lo digo porque me aterra el hecho de no tener ninguna razón para sentirme desgraciada. Debería estar divirtiéndome. ¿Qué coño? Debería estar eufórica.

—Puede que ahora te parezca una buena idea, pero ya te digo que no lo es —suelta una voz ronca a mi espalda.

El corazón se me acelera por el susto, aunque solo me dura un instante. No necesito darme la vuelta para saber quién es.

—¿El qué? —pregunto, limpiándome con disimulo la última lágrima que resbala por mi mejilla.

—Bañarte borracha —responde Sergio mientras se acerca a mí.

—No voy a bañarme.

Yo no hago locuras de ese estilo. Yo nunca hago ninguna locura para ser más exacta.

—¿Estás llorando?

—Sí —reconozco, porque no tiene sentido negar lo evidente—. Es una tontería.

—Una tontería no te deja los ojos así de tristes.

—Ni siquiera sé por qué lloro.

—Seguro que alguna idea tienes —rebate y mete las manos en los bolsillos de sus bermudas rosa chicle.

Imito su gesto y saco del bolsillo de mi pantalón el papel, ya arrugadísimo de tanto manosearlo, que me obsesiona desde ayer. Se lo entrego sin decir palabra y él lo coge sin hacer preguntas.

—«Mis predicciones» —comienza a leer—. «Dentro de diez

años, tendré un puesto de jefaza en una empresa importante. Hablaré varios idiomas. No pesaré más de cincuenta kilos. Me casaré con el hombre perfecto y viviré en una ciudad extranjera y cosmopolita».

Comprobado. De la boca de otra persona suena igual de superficial.

—Es una lista ambiciosa —comenta.

—Sí, y la he cumplido enterita.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No lo sé. Por eso estoy llorando sola en la playa a las dos de la mañana.

—¿No es lo que querías? —me pregunta antes de devolverme el papel.

—Debería serlo, me he matado por conseguirlo.

—Yo casi me mato por una carrera musical que odiaba —admite con total tranquilidad—. A veces nos empeñamos en sufrir.

Como no tengo confianza para preguntarle por su vida, sigo vomitando mis propios pensamientos sin filtro.

—Podría haber escrito cualquier otra cosa: escalar el Annapurna, leer los archivos secretos del Pentágono, montármelo con Michael Fassbender o algo así… No sé, los típicos sueños absurdos e inalcanzables que metes borracha en una cápsula del tiempo, de esos que sabes que no los vas a cumplir, que te entra la risa si te paras a pensarlo, pero que me harían sentir mejor.

—No creo que haya sueños absurdos o inalcanzables. Y, de todas formas, ¿por qué te ibas a sentir mejor?

—Porque entonces no me habría dado cuenta de que he planificado cada minuto de mi existencia durante los últimos años. No me habría dado cuenta de que he utilizado el presente como un medio para un fin. Y ni siquiera estoy segura de que me guste ese fin… Y tampoco me habría dado cuenta de que, si en vez de plantearme la vida en el futuro lo hubiera hecho en el presente, no me habría olvidado de…

—Vivir —concluye él porque yo no soy capaz.

—Sí —confirmo con la boca pequeña.

Me he olvidado de vivir. Joder, qué triste.

—Aura, no te conozco y no soy nadie para darte consejos, pero desde mi experiencia sé que no hay nada que no tenga solución. Y eso te lo dice un exdrogadicto, exalcohólico y ex casi todo lo que se te ocurra que sea nocivo para la salud. —Lo miro y él se encoge de hombros— Soy un cliché.

—Espera, ¿eres exalcohólico y tienes un bar?

—Te avisé de que soy un descerebrado.

—Perdona, no es asunto mío… Y perdona también por haberte soltado toda esta historia.

—No me pidas perdón. He preguntado yo y estamos teniendo una conversación —afirma—. Y siguiendo con ella y con los consejos no solicitados, creo que ya no puedes cambiar lo que te ha traído hasta aquí, pero sí lo que quieres a partir de hoy.

—Ya, bueno, ese es el otro problema, que ya no sé lo que quiero. He hecho todo lo que se supone que debía hacer. Si tuviera que escribir esa lista hoy, no sabría ni qué poner.

—Pues averigua lo que quieres… pero no esta noche. No tienes que decidir nada ahora mismo, tómate tu tiempo. No vas a solucionar nada aquí tú sola. Diviértete, baila con tus amigas y relájate, porque tienes cara de pensar demasiado.

No se lo discuto porque lleva razón, y también porque empiezo a quedarme helada y él tiene que seguir trabajando.

Volvemos al bar en un silencio cómodo. Al menos todo lo cómodo que puede ser el silencio con un desconocido al que le acabas de confesar una crisis existencial.

Antes de separar nuestros caminos, le doy las gracias por escucharme.

—Me encantaría decirte que cuando quieras, pero te vas mañana.

Y se aleja, aunque no me apetece nada que lo haga.

Busco a mis amigas y las encuentro prácticamente abrazadas a la barra del bar. El camarero rubio cachas le está poniendo ojitos a Brina mientras les sirve las copas. Es muy mono, pero ella tiene un máster en ignorar a tíos así.

Me acerco y me abrazan como si no nos hubiéramos visto en un

año. Me preguntan dónde me he metido, aunque no se lo cuento. Pongo el cerebro en pausa y tiro de ellas hacia la pista. Bailamos hasta el amanecer.

5

Hay algo que no nos estás contando

No debes tomar decisiones cuando sufres la mayor resaca de tu existencia. Es más o menos lo que Brina me está gritando mientras da vueltas por el salón con los brazos en jarra, el rímel corrido y la camiseta tan llena de lamparones que podría usarse para desinfectar heridas. Pero es que hay determinadas decisiones que, o te lanzas en el momento, o no lo haces nunca, porque es difícil que vuelvan a presentarse con semejante claridad.

Mi lucidez no es producto del alcohol, sino de las palabras de un desconocido: «no puedes cambiar lo que te ha traído hasta aquí, pero sí lo que quieres a partir de hoy». ¿Y qué es lo que quiero? No lo sé. Lo único que de momento sí sé es lo que no quiero. Montarme en un avión de vuelta a Madrid. Hoy no, al menos. Madrid es el chirrido agudo de un claxon metiéndose hasta el fondo de los tímpanos, es una marea de voces indistinguibles, puro ruido; tan atronador que termina por enmascarar tus propios pensamientos.

Al llegar a casa, a eso de las siete y pico de la mañana, y después de vomitar; Sol en el baño y yo en el fregadero, les he soltado a mis amigas que no voy a volver a casa con ellas. Tras convencerlas —y me ha llevado un rato— de que no se trata de una broma, Brina se ha negado a aceptarlo. Por eso la rubia y yo estamos ahora sentadas en el sofá, con dolor de cabeza y sudando tequila, escuchando a la tercera en discordia tratar de explicarnos los motivos por los que es una pésima idea.

—Te casas en menos de dos meses. ¿No le va a parecer un poquito raro al novio que no te apetezca volver a casa con él? ¿O es que no quieres casarte? —Deja por fin de caminar y se queda clavada en el sitio—. ¡Ay, Dios! ¡Es eso!

—Claro que me quiero casar. —Me masajeo las sienes para tratar de calmar los pinchazos—. Solo estoy diciendo que necesito unos días para mí. Tampoco es para tanto...

—¿Es eso lo que vas a contarle también a tu jefe cuando no

vuelvas mañana? Aura, esto no es una película, es la vida real.

—Trabajo siete días a la semana y me deben unos mil de vacaciones. Puedo permitírmelo.

—¿Y qué piensas hacer con el trabajo de Londres?

—Voy a rechazarlo —afirmo.

Y al pronunciarlo en voz alta siento un alivio inmediato en el pecho. Es mi cuerpo avisándome de que estoy tomando la decisión correcta.

—No. —Niega con la cabeza y se cruza de brazos—. Nada de esto tiene sentido… Hay algo que no nos estás contando.

Es lo que pasa con las mejores amigas, que ven a través de ti como de un cristal. Yo nunca improviso, no soy espontánea ni decido las cosas de un minuto para otro. Analizo todas las posibilidades y hago listas de pros y contras. Por eso tardé un mes y medio en elegir un robot aspirador.

Brina tiene razón al sospechar que hay algo que no estoy contando; el problema es que ni yo sé muy bien qué es ese algo. Y no puedo confesarle lo perdida que me siento, ya que es sobreprotectora hasta la médula y capaz de meterme a la fuerza en una maleta y facturarme como equipaje con tal de llevarme a casa.

—No vamos a movernos de aquí hasta que nos cuentes qué te pasa —me advierte.

—Oye, Madre Gothel, ¿te quieres relajar un poquito? —tercia Sol—. No tiene por qué darte explicaciones y aun así lo está haciendo. —Mira su reloj—. Además, yo que tú me llevaría toda esa mala hostia a la ducha, porque hay que estar en el aeropuerto en menos de dos horas y todavía tienes que hacer la maleta y quitarte el olor a destilería.

—Por supuesto —bufa Brina—. Típico de ti.

—Vale, voy a entrar al trapo, pero solo para que tú puedas descansar un rato —me dice Sol antes de dirigirse a nuestra amiga—. ¿Qué es típico de mí?

—Como todo te importa una mierda y pasas de cualquier tipo de responsabilidad en la vida, estás encantada con todo esto.

El motivo por el que yo nunca discuto con Brina es mi

tendencia a intentar agradar a todo el mundo. El motivo por el que Sol discute siempre con ella es, precisamente, el contrario.

—Pues mira, sí, me parece una idea estupenda. Fíjate que estoy pensando en quedarme aquí con Aura unos días… Así al menos me ahorro aguantarte durante el vuelo.

—¿Será una broma? —espeta, levantando las manos con incredulidad.

—No, qué va. Me apetecen unas vacaciones —decide mientras se recuesta en el sofá.

—Sí, tienes que estar cansadísima de trabajar en dos bodas al mes.

—¿Y tú no lo estás? Porque criticar a todo dios todo el tiempo tiene que consumir mucha energía.

—Chicas, ya vale, por favor —les suplico antes de que me estalle la cabeza—. Lo tengo decidido. Sol, si tú también quieres quedarte, me parece perfecto. Brina, lo siento si no lo entiendes, pero es lo que necesito ahora mismo.

—Vale, muy bien, pues no volvéis conmigo ninguna de las dos, pero una duda que me surge así a lo tonto... ¿Dónde pensáis dormir? Os recuerdo que la casa hay que dejarla en una hora.

Sol y yo nos miramos. ¡Mierda! Y es por cosas así por las que yo nunca improviso.

***

Llamo al timbre de la casa de Sergio con tal ímpetu que podría despertarlo aunque estuviera en coma. Cuando abre la puerta, me encuentro de frente con unos pectorales sin nada de vello, a diferencia del resto de su cuerpo, saludándome de buena mañana. Su única vestimenta la compone un pantalón corto deportivo de color gris claro. Me pregunto si será la única prenda discreta de todo su armario.

—Buenos días, vecino —digo con mi mejor sonrisa.

—O tienes muy buen despertar o todavía no te has acostado —pronuncia con voz de ultratumba a la vez que apoya el brazo en el marco de la puerta.

—No podía acostarme, todo me daba vueltas —bromeo, más o menos.

—Es que tus «no más de cincuenta kilos» no pueden aguantar tanto tequila. —Sonríe, frotándose el ojo—. Supongo que vienes a devolverme las llaves.

—Pues, en realidad, iba a pedirte si puedo quedármelas un poco más.

—Claro, no hay problema si queréis salir un poco más tarde.

—Ya… No, me refiero a bastante más.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Todo el mes, por ejemplo? —pregunto, ilusionada.

—¿Vas a quedarte todo el mes? —replica con el ceño fruncido.

—Sí, esa es la idea.

Y cada vez cobra mayor sentido en mi cabeza.

—Pues en mi casa no va a poder ser.

—Si el alquiler es más caro, puedo pagarte la diferencia.

—Aura, no es por el dinero. La tengo alquilada durante todo agosto.

El pulso se me dispara a mil por hora, que es más o menos la velocidad a la que el avión me va a llevar de regreso a Madrid, a mi vida tal y como la dejé.

—Sergio, por favor, no puedo volver, todavía no. Tú mismo lo dijiste, que me tomara mi tiempo para decidir qué es lo que quiero, y es lo que intento hacer.

Se frota el pelo ya de por sí alborotado durante unos segundos eternos. Creo que lo está considerando.

—En esta época es complicado encontrar casas libres en la isla, pero si el precio no es problema, puedo ayudarte a buscar una —me ofrece.

—Es que no quiero otra casa, es mi casa, y es el último sitio donde recuerdo haber sido feliz. —Abre los ojos con sorpresa. Creo que acabo de despertarlo del todo—. Perdona, eso no es problema tuyo. —Agacho la mirada. Él no es el único impresionado con la confesión—. No te preocupes, en una hora estamos fuera.

Doy media vuelta y camino por el suelo de piedra, aunque sería

más preciso decir que arrastro los pies. Estoy cansada, avergonzada y siento ganas de llorar otra vez. Al abrir la cancela escucho un suspiro seguido de un «joder».

—Aura, espera…

***

Cuelgo el teléfono después de una conversación breve pero tensa. Al igual que mis amigas, mi jefe también ha creído en un primer momento que lo de no ir mañana a trabajar era una broma, aunque rápidamente ha caído en que nosotros no nos gastamos bromas. Los gestores de crisis no somos muy de chistes. Sobra decir que no le entusiasma la idea de no verme aparecer por la oficina durante un mes, no obstante, teniendo en cuenta que dispongo de cincuenta y tres días pendientes de disfrutar, no le ha quedado más remedio que desearme unas felices vacaciones con los dientes apretados.

Descalza en mi jardín, camino despacio, con los rayos del sol calentándome la espalda. Porque es *mi* jardín, pronombre posesivo. Respiro hondo y el aire entra en mis pulmones sin resistencia antes de salir de nuevo. Sergio me ha alquilado la casa por mera lástima, está claro, pero el caso es que es mía durante todo el mes. Para ello se ha visto obligado a inventarse algo sobre una avería en las tuberías.

Como no puedo regalarle un par de botellas de vino a modo de agradecimiento, tendré que comprarle siete cajas de bombones. A no ser que tampoco tome azúcar. Debería preguntárselo. Cualquier excusa es válida para posponer la siguiente tarea de la lista.

Lo primero que siempre recomiendo a mis clientes cuando estalla una crisis es mantener la calma e intentar recopilar toda la información posible para calcular su alcance. En mi caso, el *alcance* se llama Óscar y voy a casarme con él en cincuenta y seis días.

Contengo el aliento durante los cinco tonos que tarda en cogerme el teléfono. En cuanto descuelga, el «Hola, cielo» de siempre es una patada en la espinilla con una bota de punta fina. Me pregunta si ya vamos de camino al aeropuerto y, por un segundo, estoy tentada de responder con una afirmación. Si me doy mucha prisa puedo volver

a casa con él. A lo conocido, a lo seguro. Pero las dudas pesan más que las certezas.

—Aura, ¿me oyes?

—Sí, sí, perdona —respondo distraída, caminando por el césped —. Es que he pensado en quedarme unos días más en la isla.

—¿Unos días? ¿Y eso por qué? —pregunta, extrañado.

Porque un día decidí que mi vida no era lo bastante buena, o quizá fue al revés, yo no era lo bastante buena para mi vida, y cambié. Y ahora no me reconozco. Y no quiero volver a tener esta sensación dentro de otros diez años.

—Me apetecen unas vacaciones —Le tomo prestada la frase a Sol.

—Pero yo no puedo cogerme vacaciones ahora. Con la luna de miel ya voy a faltar quince días en el trabajo.

—Lo sé, lo sé —tercio—, no te estoy pidiendo que vengas.

—Ah. —Un silencio demasiado largo—. Entonces, ¿quieres unas vacaciones de mí?

El aire que entraba tan bien en mis pulmones hasta hace un momento, empieza a atascarse.

—No, no es eso. Estoy estresada por el trabajo y necesito descansar unos días, nada más.

—¿Y qué pasa con la boda? Todavía hay cosas pendientes por hacer.

—Lo que queda puedo hacerlo por *e-mail* o por videollamada —señalo.

O podrías encargarte tú en vez de asumir que soy yo la que debe organizarlo todo. Eso no se lo digo. Lo último que busco es una discusión.

—Aura, ¿pasa algo? Me estás asustando.

Imagino su gesto ahora mismo, pasándose dos dedos por la ceja. Es lo que hace cuando se pone nervioso.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, pero eso no responde a mi pregunta.

—No pasa nada, te lo prometo —miento—. Sol se queda conmigo y van a ser unas vacaciones de chicas.

—¿Y cuánto tiempo van a durar esas vacaciones?

—Hasta que consiga ponerme morena —bromeo para tratar de aligerar la tensión—. Es mi objetivo principal.

—Entonces supongo que no vas a volver nunca —replica e intuyo su risa a través del teléfono.

Yo también me río, a pesar de que la frase no me hace gracia. Por un segundo, no me parece ninguna locura.

***

Sol y yo nos despedimos de Brina frente al control de seguridad del aeropuerto. Mi amiga me está abrazando hasta rozar el estrangulamiento.

—No me voy tranquila dejándote aquí sola —me advierte en cuanto nos separamos.

—¿Y yo qué soy, un espectro? —se queja Sol.

—De ti no me fio un pelo —le espeta antes de mirarme de nuevo—. ¿Te acuerdas de la vez que se encadenó a aquel árbol de la universidad que iban a talar?

—¿Y eso a qué viene? —pregunta la rubia.

—A que te confundiste de árbol —le ladra.

—Joder, porque que eran todos iguales —se justifica.

Me río, le doy otro abrazo de despedida a Brina y le susurro que no se preocupe por mí, aunque sé que es como pedir a una madre que deje de sentirse responsable de su hija. Lleva toda la vida practicando su instinto maternal con nosotras.

Sol y yo salimos del aeropuerto no sin antes renovar el alquiler del coche, cuyo importe me hace querer llorar por decimoquinta vez hoy. A continuación, vamos al supermercado y la rubia llena la mitad de la cesta con comida orgánica y la otra mitad con bollería y chuches. Es una mezcla entre la compra de un hípster y la de una niña de seis años.

Al volver a casa, mi amiga se tumba en el sofá con un paquete de Tigretones y me pide que me siente con ella.

—Ahora que la madre superiora se ha ido y, sabiendo que yo

no te voy a juzgar por lo que pienses, sientas o hagas, ¿me vas a contar de verdad lo que te pasa?

A diferencia de Brina, Sol siempre ha tenido muy claro que no quiere ser madre. Y eso que estoy convencida de que sería la mejor de las tres. A ver, probablemente sus hijos le robarían la marihuana del bolso, sin embargo, eso no quita para que también sea la clase de persona a la que puedes y quieres contárselo todo.

—Lo de la cápsula del tiempo me ha descolocado un poco —reconozco, aunque así dicho suena demasiado suave—. No sé, en teoría conseguir lo que te has propuesto durante años debería ser algo bueno, ¿no? Y no lo siento así.

—¿Hay algo en concreto que te haga sentir peor?

—Apenas consigo dormir, se me cae el pelo por el estrés y cada vez que veo a mi jefe me entran ganas de clavarle un boli en el ojo. Creo que odio mi trabajo.

—Pues lo escondes muy bien —reconoce.

—Ya, supongo que cuando te lo escondes también a ti misma es más fácil fingir.

—Y si lo odias, ¿por qué sigues haciéndolo?

—Por costumbre, supongo, porque ese era el plan… Y por mis padres. Tuvieron que hacer muchos sacrificios para pagarme los estudios en el extranjero y después el MBA. Siempre he sentido la obligación de demostrarles que mereció la pena y quiero que estén orgullosos de mí.

—Ya lo están, Aura. Cada vez que nuestras madres se encuentran, la mía me llama para taladrarme la cabeza con lo estupenda que eres y lo bien que lo haces todo. Si no te quisiera tanto, te tendría muchísimo asco…

—¿En serio? —pregunto, atónita—. Pues a mí no hace más que criticarme.

—Claro, porque es tu madre, es parte de su trabajo —señala con las manos en alto, como si fuera lo más obvio del mundo—. Pero también quiere que seas feliz.

—No tengo claro en qué consiste lo de ser feliz. —Araño la tela del sofá hasta que me produce dentera.

—Porque has confundido la felicidad con las metas que te impusiste —suelta con una puntería de lo más fina—. Sartre decía que la felicidad no es hacer lo que uno quiere, sino querer lo que uno hace —me explica justo antes de dar un mordisco a su Tigretón.

Así es Sol, capaz de citar a un existencialista mientras se come un bizcocho para niños.

—Muy bien por Sartre, pero yo me he quedado igual.

—Pues que le den a Sartre. —Se incorpora en el sofá—. ¿Qué es lo que te apetece hacer ahora mismo?

—Dormir una siesta. Estoy muerta.

—Vale, igual me he quedado corta —reconoce—. Tienes un mes para hacer lo que te dé la real gana. ¿Qué quieres?

—Quiero… un verano memorable —admito en voz baja—. Quiero vivir este mes hasta quedarme sin aliento, por ridículo que suene. Y quiero vivirlo porque tengo la sensación de me estoy limitando a morir despacio.

—Pues ahí lo tienes.

A Sol le llega un mensaje, lo mira y frunce el ceño antes de posar el móvil sobre la mesa.

—Teo —adivino.

—Sí, por tu culpa me está enviando artículos sobre cómo cuidar la flora intestinal.

—Sabes que más pronto que tarde vas a tener que hablar con él, ¿verdad?

No soy la única que tiene asuntos sin resolver.

—¿Un Tigretón? —me ofrece, seguramente para llenarme la boca y cerrármela—. Luego cenamos quinoa para compensar.

—Dame, anda, hace meses que no pruebo el chocolate para poder embutirme en el vestido de novia.

—Y así es, mi joven Padawan, cómo se empieza a vivir de verdad. —Y me lanza el Tigretón directo a la teta.

Dos segundos

¿Ves esas fotos que pululan por internet de lo que pasa cuando compras *online* un vestido con el que crees que vas a parecer Kim Kardashian y lo que te llega es un trapo a modo de braga gigante que se descuelga por todos lados? Pues es la misma diferencia que existe entre lo que yo supuse que sería un verano de película y la aplastante realidad.

En nuestra primera semana de vacaciones en la isla, hemos ido a la playa, salido de copas y comprado un montón de tops y faldas de ganchillo que voy a donar a la beneficencia en cuanto vuelva a Madrid. Por mi parte, también he renunciado a un trabajo en el extranjero muy bien remunerado y que nadie con un mínimo de sentido común se atrevería a rechazar. Aun así, no me siento diferente, ni siquiera un poco mejor.

Según Sol, me estoy obsesionando tanto por disfrutar que estoy estropeando toda la diversión. Y tiene razón. Se ha ido hace un rato en coche para hacer fotos por la isla y sospecho que para perderme de vista. Lo peor es que la entiendo. Huiría de mí misma si pudiera. Según Brina, no voy a solucionar nada alejándome de mis problemas. Y puede que también tenga razón.

Saco con desgana las prendas de la maleta que he empezado a preparar, algo que ya se ha convertido en un hábito, y las devuelvo al armario. Cada mañana me levanto con un subidón y me apetece hacer de todo. Cada tarde me arrepiento de estar aquí y comienzo a guardar mis cosas para volver a casa. A pesar de mis recientes ataques de bipolaridad, ningún día he terminado de hacer la maleta para poner punto final a mi viaje hacia ninguna parte.

No me apetece ir sola a la playa ni quedarme vegetando en casa, por lo que salgo a dar un paseo. Y enseguida me doy cuenta de que no es la mejor idea, pero claro, mis ideas últimamente son bastante malas. El paseo marítimo parece una procesión de Semana Santa, solo han cambiado las túnicas y los capirotes por camisetas de

tirantes, bañadores y chanclas. Además, el sol azota tan fuerte que a los diez minutos de caminata ya me pica la piel de los brazos y el sudor se desliza por mi espalda.

Busco cobijo en el bar de Sergio, pensando que, aunque un par de daiquiris de fresa no me van a arreglar la vida, tal vez me la alegren un rato. Y vuelvo a equivocarme. Beber triste y sin compañía en una mesa solo aporta glamur en las series de la tele.

Estoy sorbiendo con la pajita los últimos restos de mi bebida como si fuera la última gota de agua en el desierto y me acuerdo de mi madre. Si me viera ahora mismo, me daría un bofetón. Sobre todo por lo de sorber.

Una mujer que no conozco interrumpe mis pensamientos, se sienta en la silla que hay frente a mí, cruza una pierna sobre la otra y me planta un folleto de color rosa sobre la mesa.

—Niña, tienes pinta de necesitarlo —me dice a la vez que apoya los codos en la mesa, sosteniendo un cigarro sin encender en la mano izquierda.

A primera vista, pienso que es una vidente de las que te leen la mano o te echan las cartas por cinco euros. Tiene una media melena rizada con capas cortas y teñida de rojo mandarina, lleva un vestido blanco sin mangas sobre el que cuelga un chaleco marrón de flecos y luce una decena de pulseras doradas hasta los codos que tintinean cada vez que mueve sus brazos huesudos. Por las arrugas que rodean sus ojos, calculo que debe andar por los cincuenta y muchos o sesenta y pocos años.

—Creo que aquí dentro no se puede fumar —la aviso.

—Yo no fumo —asegura, gesticulando con la mano que sujeta el cigarro—. Hace diez años caí en la cuenta de que lo que me gustaba era sostenerlo… La mayoría de las veces la idea de algo es infinitamente mejor que ese algo.

No sé si tiene poderes extrasensoriales, pero a mí ya me parece una sabia.

—¿Qué me dices? —me pregunta mientras balancea la pierna.

—¿Sobre qué?

—Sobre esto. —Señala con la punta afilada de su uña color

granate su folleto—. Si te apuntas ahora, te hago un veinte por ciento de descuento. También si te traes a una amiga contigo.

—¿Taller de *autocoñocimiento*? —pronuncio en voz alta y pienso que hay una errata en el texto, hasta que leo debajo—. *Coñócete* a ti misma.

—Eso es, porque la mayoría de las mujeres no se *coñocen* a sí mismas. ¿Cómo te llamas?

—Aura.

—Aura —repite con lentitud—. Un nombre precioso. Yo soy Lola. —Me estampa dos besos en las mejillas—. Pues Aura, ten claro que la relación más íntima y profunda de tu vida va a ser la que tengas contigo misma… Y me apuesto lo que quieras a que nunca te has echado un vistazo ahí abajo —apunta con los ojos hacia mi vagina.

—Mmm… —Es todo lo que consigo responder. Aún estoy demasiado sobria para esta conversación.

—Tú piénsatelo. —Me da dos palmaditas en el muslo.

Sin más, se levanta y se va, no sin antes despedirse de medio bar y darle un beso en la mejilla a Sergio, que acaba de salir de lo que supongo es el almacén.

No he vuelto a verlo desde el domingo. Por un lado, quiero hablar con él y, por otro, me entran ganas de esconderme debajo de la mesa. ¿Ves lo que decía de mi bipolaridad?

Él alza las cejas al verme y se acerca a mí con una sonrisa y una camiseta estampada con un unicornio con gafas de sol y en pose de baile.

—Para ser vecinos nos vemos muy poco tú y yo —me dice.

—Ya, he estado bastante entretenida.

—Bueno, por algo hay que empezar —comenta con la vista fija en el folleto de la tal Lola.

—No, no, no. —Niego también con la cabeza—. No creo que sea lo mío.

—No te fíes de las apariencias. Lola es un poco intensa, pero sus talleres son interesantes y bastante populares en la isla.

—No creo que esté aquí el tiempo suficiente para comprobarlo.

—¿Ya has terminado con tu tiempo de reflexión?

—Más o menos.

—¿Y has descubierto algo importante?

—Sí, un montón de cosas. —Comienzo a contar con los dedos —. Si fuera una actriz clásica, sería Grace Kelly. Si fuera un personaje de *Friends,* sería Monica. Si fuera un famoso actual, sería Tom Cruise, cosa que no me tranquiliza porque siempre he pensado que tiene sonrisa de psicópata... Si fuera un perro, sería un bichón maltés. Y si fuera un Pokemon… Bueno, en ese caso no sé el resultado porque cuando me he dado cuenta de que estaba haciendo un test de personalidad sobre los Pokemon, he lanzado el móvil al césped.

—No sé. —Ladea la cabeza y entorna los ojos—. Yo diría que eres más Audrey Hepburn. Y, sin duda, Pikachu.

Me río por lo patético de la situación y porque este chico debería estar mirándome como si necesitara medicación urgente en vez de seguirme el rollo.

—Sergio, ya sé que te has tomado muchas molestias por alquilarme la casa, pero voy a marcharme. —Saco un billete de veinte euros del bolsillo trasero de mis *shorts* y lo poso sobre la mesa para pagar la cuenta—. No sé qué hago aquí aparte del ridículo.

—Aura, no te ofendas, pero eres la persona de vacaciones más estresada que he visto en toda mi vida.

—¿Verdad que sí? —Levanto las manos con las palmas hacia arriba—. Te juro que es como si llevara incrustado un reloj en la cabeza con una cuenta atrás. Un tic tac constante que va descontando los minutos que me quedan.

—¿Los minutos que te quedan para qué?

—Pues no sé. —Me encojo de hombros—. Para encontrarle el sentido a los próximos diez años, supongo.

—No me extraña que hayas conseguido todo lo que te proponías en tu lista. Tú no caminas por la vida, corres.

Es cierto, corro, literalmente incluso. Cuando vamos por la calle, Óscar tiene que pedirme que reduzca el ritmo porque siempre lo dejo atrás.

—Puedes quedarte con el dinero del alquiler. Es lo más justo

después de todo. Creo que me voy a hacer la maleta. —Suspiro y comienzo a levantarme—. Otra vez.

—Espera, no te muevas —me pide—. Dame cinco minutos y estoy listo.

—¿Para qué? —pregunto, pero ya se está alejando a toda prisa.

***

Caminamos por un sendero entre pinos que sube en zigzag desde la playa. El calor húmedo y pegajoso desaparece para dar paso al frescor del bosque y el olor a tierra. Sergio me cuenta que la primavera es su época favorita, cuando no hay atascos para llegar hasta calas minúsculas y puedes tumbarte solo en la arena, como si fueras el dueño de una isla desierta. El verano es mucho más rentable económicamente, me explica, pero reconoce que con la invasión turística pierde parte de su magia.

Tras unos veinte minutos de caminata, nos detenemos al llegar casi al borde de un acantilado de piedra caliza. Un grupo de adolescentes en bañador ríen, gritan y se jalean entre ellos mientras hacen cola para saltar al mar por turnos. Ellas dudan más que ellos antes de dar el paso final. No es que las mujeres seamos más cobardes que los hombres, sencillamente tenemos el instinto de supervivencia mejor desarrollado.

—¿Lo hacemos? —me pregunta.

—¿El qué?

—Saltar.

—¿Tú has saltado alguna vez?

—Muchas. La sensación es la leche.

—¿La sensación de quedarte tetrapléjico? Porque ya te digo que si caes mal es la última vez que vas a sentir algo en toda tu vida.

—La sensación de sentirse vivo —pronuncia cerca de mi oído, sobresaltándome y provocándome otra vez ese hormigueo en el estómago, más peligroso que cualquier acantilado—. Y eso es justo lo que necesitas.

—No llevo bañador.

—Llevas una camiseta de tirantes y un pantalón corto. No veo el problema.

Doy unos pasos poco decididos y me asomo hasta el borde de la piedra. La marea es fuerte y el agua choca furiosa contra las rocas, convirtiéndose en espuma. Por lo menos son quince metros de altura. La asociación está clara: Mi cabeza. Las rocas. Ambulancia. Lo sentimos. Muerte cerebral.

—No, ni de broma, yo no puedo saltar. —Me aparto.

Los gritos y las risas nos siguen rodeando. No echo de menos la adolescencia, me sentía tremendamente insegura en esa época, aunque sí añoro la despreocupación hacia el futuro que la acompañaba y esa forma tan intensa de percibirlo todo. Hasta una breve mirada del chico que te gustaba se convertía en un evento del que hablar durante horas con tus amigas. Esos recuerdos permanecen, pero la sensación es irrecuperable.

—¿No podemos pasarlo bien haciendo algo potencialmente menos mortal? —trato de negociar.

—Se me ocurren muchas formas de pasarlo bien, aunque dudo que quieras escucharlas —dice, posando la mirada en mi boca para volver a subir hasta mis ojos.

No querer y no deber son dos cosas muy diferentes.

***

Puede que la alternativa de practicar surf no vaya a matarme, pero dudo que mañana sea capaz de levantarme de la cama; voy a tener agujetas hasta en las uñas. Mis pies parecen estar hechos de mantequilla y resbalo constantemente sobre la tabla, no obstante, no se me pasa por la cabeza rendirme. Intento levantarme una y otra vez por mucho que las olas me derriben sin compasión. Nunca había sido tan consciente de mi propia insignificancia.

—Colocas los pies muy atrás, por eso la punta se levanta —me corrige Sergio sentado sobre su tabla en cuanto salgo a la superficie tras caerme por trigésimo quinta vez y tragar una cantidad considerable de agua salada.

—¡Es imposible! —me quejo a la vez que trato de apartarme el pelo de la cara—. En la arena parecía más fácil.

—La técnica requiere su tiempo. Después se hace instintivo y es como bailar con las olas.

—Yo el instinto lo tengo atrofiado.

—Nadie aprende a surfear en una tarde, doña perfecta. ¿Siempre eres tan exigente contigo misma?

—Sí —reconozco mientras me dejo mecer por el vaivén del mar agarrada a la tabla.

—Se está haciendo de noche —me informa, dirigiendo la vista hacia el cielo.

—Un poco más —ruego como si tuviera siete años y él fuera mi padre, tratando de sacarme del agua para volver a casa. —Quiero hacerlo bien.

—Vale —accede no sin antes poner los ojos en blanco—. Una y nos vamos.

Pruebo cinco veces más. En mi último intento, remo hacia la ola y cuando noto que aumenta la velocidad, salto con las manos sujetando cada lado de la tabla. Me impulso hacia arriba a la vez que extiendo los brazos y tiro de las rodillas hacia el pecho, justo como Sergio me ha explicado. Mantengo el peso centrado, con un pie cerca de la cola y el otro sobre el punto medio de la tabla. Flexiono las rodillas y me doy cuenta de que lo he conseguido. Estoy de pie sobre la tabla, sobre el mar, y estoy bailando con la ola. Tardo dos segundos en perder el equilibrio y caer al agua de espaldas. Son los mejores dos segundos del día.

Al salir a la superficie, Sergio me está aplaudiendo.

—Eres una jodida cabezota.

Y abro tanto la boca para sonreír que vuelvo a tragar agua.

***

Sergio camina un par de pasos por delante de mí cuando llegamos a la orilla con nuestras tablas. Se quita la parte superior del neopreno y veo dos caballitos de mar dibujados en su omóplato derecho. Se gira y

me pilla mirándolo descaradamente.

—Ni perdí una apuesta ni estaba borracho cuando me lo hice.

—Yo no he dicho nada.

—Es lo que la gente suele pensar.

—No tienes más tatuajes, así que algo debe significar —deduzco.

—¿Cómo sabes que no tengo más escondidos por ahí? —Arquea una ceja.

—Muy poco sutil tu cambio de tema.

—Además de doña perfecta, eres una lista. —Sonríe, pero no me cuenta la historia del tatuaje, y estoy segura de que la tiene.

Devolvemos las tablas a la escuela de surf a pie de playa donde las hemos alquilado y nos cambiamos de ropa. Al salir del vestuario, encuentro a Sergio apoyado sobre una barandilla de madera, con un pie cruzado sobre el otro y en una postura cuyo lenguaje no verbal podría traducirse como «todo me resbala». Lleva el pelo peinado hacia atrás y es la primera vez que tengo acceso a una vista completa de sus ojos. ¿Recuerdas cuando dije que no es exactamente guapo? Lo retiro.

—Estoy muerto de hambre por tu culpa —anuncia en cuanto me acerco—. Lo mínimo que puedes hacer es invitarme a un bocadillo de langosta.

—¿Eso existe?

—Otra cosa que voy a tener que enseñarte hoy.

Al llegar a casa un par de horas después, lo hago agotada pero relajada por primera vez en mucho tiempo. Y también por primera vez en mucho tiempo, duermo del tirón toda la noche.

7

SOL

Buscando señales

Apago el tercer cigarro que me he fumado en los últimos veinte minutos, me siento en la cama con las piernas cruzadas y sostengo el móvil en la mano. Lo miro y sé lo que debo hacer. Es fácil. Llamar a Teo de una vez. Porque hablar con Teo siempre ha sido tan natural como respirar.

Nos hicimos amigos en segundo de Primaria, cuando Martín Robles lo tenía acorralado contra una pared en el patio del colegio. Le estaba robando la merienda y no era justo. Teo era un tirillas al que le bailaba el uniforme escolar y necesitaba ese bocadillo de chorizo, al contrario que el bola de grasa de Martín, un abusón que a sus doce años ya tenía bigote y más tetas que la mayoría de las chicas de su curso. Si ese puto crío se hubiera enfrentado a alguien de su tamaño, no sé, el profesor de Educación Física, por ejemplo, no habría intervenido, pero en su caso ya no era que el enfrentamiento no estuviera igualado, es que allí, con Teo muerto de miedo y a punto de hacerse pis en los pantalones, no había ni posibilidad de pelea. Solo se trataba del fuerte aprovechándose del débil.

Como yo tenía siete años y no podía ni empujar a Martín Robles sin dislocarme los dedos, fui hacia él, le piqué por la espalda y en cuanto se dio media vuelta me abalancé y le mordí el pezón derecho con todas mis fuerzas. No sé si fue el roce de mis *brackets* o que el capullo era mucho menos duro de lo que aparentaba, el caso es que terminó llorando delante de medio colegio.

Esa tarde, Teo compartió su bocadillo conmigo, me expulsaron durante una semana y a Martín Robles le adjudicaron el mote de «Martín media teta» para el resto de su vida escolar. Obviamente, no le arranqué un trozo de teta, pero los niños son así de cabrones.

Pulso el botón de videollamada y Teo responde casi al instante. Su cara ocupa la pantalla y no es una cara feliz de verme. Es más bien una cara de «me debes una explicación, perra egoísta». Para ser justa, él nunca me llamaría perra, solo egoísta.

—¿Se puede saber dónde te metes? Llevas más de una semana sin cogerme el teléfono ni contestarme a los mensajes.

Cuarenta y ocho horas es el máximo periodo de tiempo que hemos pasado sin hablar desde que somos amigos. Teníamos dieciséis años y él cogió una gripe muy fuerte que lo dejó en cama varios días. Aun así, según su madre, murmuraba mi nombre mientras deliraba. Ahora que lo pienso, eso debería haberme encendido una bombilla en la cabeza o un jodido cartel de neón.

—Lo siento, Teófilo, pero he estado muy ocupada esta semana —alego mientras juego con uno de los seis pendientes que adornan mi oreja izquierda.

—Solo me llamas Teófilo cuando estás enfadada conmigo. ¿Qué te pasa? Porque si alguien tiene derecho a estar molesto aquí soy yo.

Y más lo iba a estar si descubriera que invadí su intimidad, leyendo su papel cuando abrimos la cápsula del tiempo, a pesar de lo mucho que insistió en que no lo hiciera.

Yo también estoy enfadada con él, que conste. Por mentirme durante años o, como mínimo, por ocultarme que estaba enamorado de mí, que es casi lo mismo.

A modo de maniobra de distracción, le narro toda la crisis vital de Aura y las razones por las que seguimos en la casa de la playa. Tampoco es que esté utilizando a mi amiga como disculpa, iba a contárselo todo igualmente. Lo de servirme como justificación para esconder el hecho de haber estado evitándolo toda la semana, lo llamo aprovechar la oportunidad.

—¿De verdad ha rechazado el trabajo en Londres? —me pregunta, entre sorprendido y horrorizado.

—Sí. Estoy orgullosa de ella.

—Ese tipo de decisiones no hay que tomarlas en caliente.

—Ese tipo de decisiones son las valientes —defiendo—. Las que tomas por ti misma, aunque eso suponga hacer lo contrario de lo que todo el mundo espera.

—Hablamos de Aura, no de ti. A ti te encanta llevar la contraria —comenta y por fin veo ese brillo burlón en sus ojos azules.

—De los cobardes no se ha escrito nada —le recuerdo.

—Dime de qué presumes y te diré de qué careces —contraataca.

—Dime con quién andas y te diré quién eres.

—A palabras necias, oídos sordos.

—Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo.

—¡Ja! —Me apunta con el dedo—. Has perdido.

No te lo crees ni tú, mamón, es lo que está a punto de salir de mi boca. Me contengo, aunque no tengo por costumbre callarme mis pensamientos. Si lo hago, me pica la lengua. No obstante, esta vez no me queda otra que aceptar la derrota. Teo y yo mantenemos una competición de por vida que consiste en mantener conversaciones utilizando solo refranes viejunos. Las reglas son sencillas. Cualquiera de los dos puede comenzar con el juego en cualquier momento y pierde el que suelte un refrán alejado del contexto de la conversación. Como yo ahora. Supuestamente.

—Teo, 657 puntos. Sol, 512 —me restriega a la vez que actualiza el marcador.

Él controla mejor los refranes. A mí siempre se me han dado mejor los insultos.

Aparcamos el tema de Aura y lo primero que me cuenta, con una sonrisa de lo más risueña, es que ha conocido a alguien.

—Define «alguien» —le pido.

—Se llama Fabiola y es italiana. De Nápoles. Es ingeniera de estructuras y trabajamos en el mismo proyecto.

Me enseña la foto de su perfil de WhatsApp. Una típica belleza mediterránea de piel morena, pelo azabache largo y liso, ojos de almendra, labios hechos para poner morritos en las fotos y con dos tetas como dos copas de balón. Lo peor es que son naturales; tetas y labios.

Echo un vistazo a mi vieja camiseta descolorida de One Direction, talla XL porque así me sirve de camisón. Es lo bueno de medir lo mismo que un gnomo de jardín. Desde luego, si Teo estaba buscando una mujer que fuera todo lo contrario a mí, la ha encontrado. Si es que se nos puede calificar a las dos dentro de la misma especie.

Nosotros también somos opuestos. Dos caras de una misma moneda que nunca coinciden. Él siempre viste con camisa y pantalones de pinza, y lleva el mismo corte de pelo desde los dieciséis años. Si te gustan los pijos de estilo clásico y repeinados, supongo que puede considerarse atractivo. Mi último novio vivía en un chalet con piscina, pero lo compartía con otros doce. Era okupa.

—Es guapa. Me alegro por ti.

—¿Perdona? ¿Te alegras por mí? Sol, estás empezando a preocuparme.

—¿Y qué quieres que diga? —replico con fastidio.

—Pues no sé, lo normal en ti. —Se frota la barbilla—. Que me hagas un interrogatorio sobre qué desayuna, en qué postura duerme y cuál es su ascendente zodiacal. O que me sueltes tu discurso sobre la obsolescencia programada de las relaciones.

En este momento, no me interesa saber qué desayuna la sobrina de Monica Bellucci, y mucho menos en qué postura duerme. Seguramente, se alimenta de sangre de vírgenes y descansa en un ataúd para conservar intacta su belleza por los siglos de los siglos. Y respecto a la obsolescencia programada, mi teoría es muy simple. Las relaciones sentimentales son como las teles o los móviles, tienen un tiempo de vida determinado por el fabricante y, cuando cumplen su ciclo, mueren. Esto si no ocurre incluso antes. Hay gente que cambia de iPhone cada año aunque el suyo no tenga nada de malo, ¿no?

—¿Sol? —Teo me llama y agita la mano—. No sé si se ha congelado la pantalla o tú.

Yo, me he congelado yo, desde el momento en que descubrí que mi mejor amigo está enamorado de mí. Lo estaba, en pasado. Creo. No lo sé.

—¿Tiene mascota? —pregunto, recurriendo a mi archivo cerebral para rescatar cualquier estupidez que me haga parecer yo misma otra vez.

—Un gato. ¿Por qué?

—Pues lo siento por ti. Está demostrado que las personas con perros tienen el triple de relaciones sexuales que las que viven con felinos.

—Deberíamos limitarte el acceso a internet. —Se ríe—. Voy a hablar con Brina para ponerte un control parental.

—Yo también he conocido a alguien estos días —miento. Solo quiero ver su reacción—. Un camarero guapo y bien fornido. —Me viene a la mente el rubio que no dejaba de meterle fichas a Brina mientras nos servía las copas en la despedida de soltera—. De esos que pueden rallar parmesano en los abdominales.

Teo no mueve ni un músculo de la cara, lo que significa que no le importa una mierda con quién me acueste, ¿verdad?

—Los cachas no son tu tipo —comenta por fin.

—Ay, rey, cuando nos hacen caso son el tipo de todas.

—Tú no te pareces a todas.

Vale, quizá eso suena más a «estoy secretamente enamorado de ti, pero como no tengo huevos de confesártelo, te mando mensajes crípticos». ¿O estoy buscando señales donde no las hay?

—¿Por qué te fuiste a vivir Dubái? —pregunto. La duda lleva instalada conmigo toda la semana por culpa de Brina.

—¿A qué viene eso ahora? —Arruga la frente, desconcertado.

—Tú contéstame.

—Lo sabes de sobra, por trabajo.

—Pero también podrías trabajar en Madrid.

—Sí, podría haberme quedado y que mi padre me hubiera conseguido un puesto por enchufe, cosa que no quería y que tú precisamente, Álvarez de Henestrosa y Ortiz, entiendes mejor que nadie.

—Ya…

Teo nunca ha querido nada que no fuera capaz de ganarse por sus propios méritos. Eso sí es algo que tenemos en común. Por eso yo vivo en un bajo de cincuenta metros cuadrados.

—Canija, estás rarísima… Más de lo habitual, me refiero. ¿Estás bien?

—No.

—¿No estás bien? —Levanta las cejas.

—No, que no estoy rara —aclaro.

—Sí lo estás.

—No

—Sí.

—Que te digo que no.

—Sol, sé lo que piensas hasta cuando no abres la boca. —Se acerca un poco más a la pantalla—. Solo por los gestos.

Te aseguro que no tienes ni idea de lo que se me pasa por la cabeza ahora mismo.

—¿Qué gestos?

—No sé, gestos que son solo tuyos.

—¿Como cuáles? —insisto.

—Pues… la forma en que te tocas los pendientes cuando estás nerviosa. —Se acerca el dedo a la oreja—. Cómo pones las manos en las caderas porque la humanidad te indigna con su egoísmo. —Me imita y pone cara de enfurruñado—. Y mi favorito: verte levantar la barbilla cuando intentas parecer más alta.

Yo también conozco sus gestos. Las arruguitas que se le forman alrededor de los ojos cuando sonríe, porque Teo siempre sonríe con los ojos. La forma en que golpea los dedos contra el reposabrazos de la silla. No por nervios ni por aburrimiento, es que le gusta hacerlo. Y su manera de pestañear muy rápido cuando trata de comprender algo que no entiende.

—No me pasa nada, en serio. ¿Vemos una peli? —Intento cambiar de tema.

Es domingo y los domingos toca película y *brunch*. Básicamente, yo desayuno y él come, por las dos horas de diferencia entre España y Dubái.

—Vale, pero hoy me toca elegir a mí.

—Que no sea una romántica —le pido.

—Eres lo peor. Vas a morir rodeada de gatos —bromea.

—Mejor que sean perros.

8

Basura espacial

Sol y yo entramos en Eva y el mar después de pasar el día tomando el sol en la playa. Nos refugiamos en el interior ya que mi piel necesita alejarse de la exposición solar durante un rato. Enseguida localizo a Sergio moverse entre las mesas del exterior. Cada vez que entro al bar lo busco con la mirada, es un acto reflejo, y después me riño a mí misma por hacerlo.

Hoy es el camarero rubio quien nos atiende en la mesa. Sol pide una cerveza y yo opto por Coca-Cola Light. Creo que he engordado desde que llegué a la isla. Ayer, sin ir más lejos, cenamos hamburguesas, botella y media de vino y helado de vainilla con *cookies*. Adiós a ese punto de mi lista de no pesar más de cincuenta kilos.

—¿Dónde habéis dejado a vuestra amiga? —nos pregunta el camarero—. Creo que estaba a punto de hacerla sonreír.

—Lo dudo, que Brina sonría es un evento que solo ocurre una vez cada cuatro años, como los Juegos Olímpicos —afirma Sol, ganándose una mirada de reproche por mi parte.

—¿Qué? Es mi amiga y estoy en todo mi derecho de meterme con ella. Si lo haces tú —se dirige a él, apuntándolo con el dedo—, tendría que arrastrarte por toda la playa. Por cierto, Armando… Te llamabas Armando, ¿verdad?

—Me llamo Lorenzo, pero todo el mundo me llama Enzo.

—Pues yo prefiero llamarte Lorenzo, tiene más encanto, así como de *latin lover*.

—Tú puedes llamarme como te apetezca —afirma con voz sugerente y le dedica una sonrisa cegadora.

—Lorenzo, a ti no te importa hacerte una foto conmigo, ¿verdad?

El chico accede encantado como solo puede hacerlo quien está plenamente convencido de su encanto y atractivo. Sol se levanta y se coloca a su lado.

—Espera, no, esto va a parecer mi comunión. Mejor te sientas —le pide al percatarse de que le llega a la altura del ombligo.

Enzo se sienta en la silla y Sol se acomoda sin dudarlo sobre sus rodillas, enroscándose cual serpiente. Me apresuro a sacar la foto con el móvil en cuanto sonríen.

—Muy guapos —les digo.

Lo están. A mi amiga le sienta fenomenal el moreno y él podría dedicarse a anunciar clínicas dentales por todo el territorio español.

—Esta noche trabajo, pero mañana podemos quedar para tomar algo —sugiere Enzo a la rubia en cuanto se despega de ella.

—Ay, Lorenzo, pero es que tú y yo solo vamos a poder ser amigos, porque estoy convencida de que te la has meneado pensando en mi amiga Brina. Y no te culpo, eh, os pasa a todos, pero es que, uf… —Niega con la cabeza y agita la mano—. Me daría repelús, ella y yo somos como de la familia.

Al chico de la sonrisa perfecta casi se le desencaja la mandíbula. No debe estar acostumbrado a que las mujeres lo rechacen, y menos con alusiones al onanismo.

—Vale— balbucea y se va, pero a medio camino da la vuelta y regresa—. Perdón, ¿qué me habíais pedido?

Se lo repito y sale pitando. Sol es capaz de descomponer al tipo más seguro de sí mismo.

—¿Qué vas a hacer con esa foto? —le pregunto, aunque adivino su intención.

—Nada.

Pero ya está publicándola en Instagram, con los *hashtags* #vidaloca, #empotradoresmaximos y #melollevopuesto. Y Teo va a ser el primero en verla.

—Sol, tienes que hablar con Teo.

—Ya hemos hablado —comenta a la vez que teclea en su teléfono.

—No, me refiero a decirle la verdad. Cuéntale que lo sabes o al final la vas a liar.

—No la voy a liar. —Posa el móvil en la mesa—. Y tampoco voy a darle importancia. Fue una tontería que escribió hace diez años.

—Sí, pero tú te has enterado hace diez días. Y es normal que te afecte.

—No te pongas en plan comprensiva porque vosotras teníais razón. Teo no quería que yo lo supiera y habría sido mejor.

—Pero el caso es que lo sabes, y tú no eres de guardarte las cosas porque cuando te las guardas, terminan estallando.

—Prefiero dejarlo así. No quiero que las cosas se pongan raras entre nosotros. Es Teo —pronuncia, como si su nombre lo abarcara todo.

—Vale. —Me rindo—. Tú sabrás lo que haces.

Cuando llegan las bebidas, es Sergio quien las trae. Estoy a punto de preguntar por Enzo, hasta que lo veo apoyado en la barra, superando el rechazo de Sol con una *guiri* en trikini.

—¿Sigues teniendo agujetas? —me pregunta mientras me sirve la Coca-Cola.

Me da vergüenza confesar que tres días después de nuestra clase de surf todavía sigo dolorida.

—No, estoy bien. Tengo buena musculatura.

¿He dicho «tengo buena musculatura»?

—¿Entonces repetimos esta tarde?

Mi musculatura se echa a llorar solo de pensarlo.

—Vale.

—Y luego podemos ver la lluvia de perseidas —añade.

—Vale.

—Pues te recojo a eso de las seis.

—Vale —repito y él sonríe ante mi incomprensible falta de vocabulario. La culpa es de su voz, áspera y profunda, que consigue cortarme el suministro sanguíneo al cerebro.

—¿Y tú? —Sol me da un codazo en cuanto Sergio se va—. ¿Sabes lo que haces?

—¿Qué pasa? —Bebo un trago de mi Coca-Cola para calmar la repentina sequedad de mi boca—. Vamos a hacer surf y a ver la lluvia de estrellas.

—Pasa que con tíos así se empieza viendo las estrellas y se termina a cuatro patas.

—No pienso hacer nada a cuatro patas con él —susurro, indignada.

—Pero ya has empezado a imaginártelo. —Arquea la ceja—. Estás roja.

—Es por el sol. —Me toco la mejilla y la siento como un horno a máxima potencia.

—No tiene que darte vergüenza. El sexo empieza en el cerebro. Y las fantasías sexuales, especialmente con cantantes famosos y guapos, alivian el estrés y la ansiedad.

—¿Y no alivia más hacerlo y punto? —pregunto por pura cuestión de lógica.

—Joder, ¿te lo estás pensando?

—¡No!

Mi teléfono suena y al ver el nombre que muestra la pantalla me llevo la mano a la frente.

—Ay, Dios, ¿qué día es?

—Miércoles. ¿Por?

—Rita, perdóname —me disculpo nada más descolgar—. Me he olvidado de que habíamos quedado. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes, Aura, ya sé que estás muy liada… Mañana a las seis estoy libre. ¿Te va bien?

—Es que no estoy en Madrid.

—Vale, no hay problema, dime tú cuándo puedes.

—No voy a volver en todo el mes. —Recibo un largo silencio como respuesta—. ¿Rita? ¿Me oyes?

—Sí, sí, perdona, es que estoy pensando en la forma de terminar de organizar una boda sin la novia.

—¿Y crees que podrías hacerlo? Me fio completamente de ti para lo que queda pendiente —le aseguro.

El trabajo de Rita habla por ella. Se encargó de la boda de mi amiga Manuela y fue preciosa.

—Mi mejor amiga se casó la semana pasada, en Converse y se negó a llevar ramo. Si pude con eso, puedo con todo —me explica—. Además, de momento no he encontrado nada que no sea capaz de hacer —remata con una seguridad tan envidiable como su melena

pelirroja.

—Gracias, Rita, me salvas la vida.

—Tranquila, tú a lo tuyo, yo me encargo de todo. Te mantendré al tanto por *mail*, aunque eres libre de ignorarme.

Le doy las gracias al menos cinco veces más antes de colgar.

—Qué desastre… —Apoyo los codos en la mesa y me llevo las manos a la cabeza—. Me he olvidado de la boda.

—Tampoco es para tanto, ya lo tienes casi todo organizado, ¿no?

—Ya, Sol, pero ¿qué novia se olvida de su boda? —digo, pellizcándome el puente de la nariz.

—Pues una que por fin se ha relajado. Y si te digo la verdad, yo me alegro. Ahora tenemos conversaciones más interesantes. Antes de venir aquí no hablabas de otra cosa.

—¿Tú crees?

—Sí, tú estabas obsesionada con la boda y Brina con tener un bebé. A ver, entiendo que tenéis aspiraciones parecidas y son cosas importantes para vosotras, pero es que yo no tengo mucho que aportar —admite con desánimo.

Brina y yo coincidimos más en nuestro modo de interpretar la vida, más tradicional y aceptado socialmente que el de Sol. Casarse y tener hijos son ataduras inconcebibles para ella, que no suele hacer planes más allá de la cena. Puede que en los últimos tiempos se haya sentido un poco fuera de lugar y puede que nosotras no nos diéramos cuenta porque Sol es Sol, y siempre parece inmune a todo.

—Igual sí que me lo he imaginado un poco —reconozco en voz baja—. A Sergio.

Mi amiga recupera la sonrisa y choca su botellín contra mi vaso.

—Brindo por eso, guarrilla.

***

Me quito el vestido corto de flores y lo tiro sobre la cama para ponerme los vaqueros que he descartado hace diez minutos. No sé

dónde tiene pensado Sergio ver la lluvia de estrellas y lo último que quiero es estar pendiente de no enseñarle las bragas, otra vez. Continúo arreglándome a todo correr. O todo lo que soy capaz de correr ahora mismo, porque después de la clasecita de surf estoy para tomarme un Ibuprofeno y meterme en la cama hasta mañana.

Me pongo una blusa azul de lunares y meto la parte delantera dentro de los vaqueros. Me abro tres botones, dejando asomar por el escote el encaje blanco del sujetador. Es el modelo definitivo a la fuerza. Sergio está a punto de llegar. Nos hemos dado media hora para cambiarnos, así que sin tiempo para hacer nada decente con mi pelo, me lo peino hacia atrás y me lo recojo en un moño de bailarina. No me apetece acabar la noche pareciendo Mufasa.

Suena el timbre cuando termino de pintarme los labios de color rosa hielo. Me echo un último vistazo en el espejo y, en el último momento, me abrocho el tercer botón de la blusa. A continuación, cojo un minibolso bandolera y bajo las escaleras hasta el salón. Sol está sentada en el sofá leyendo un libro.

—Me voy.

—Me voy —repite—. ¿Es lo que le vas a gritar a Sergio en un rato?

—Eres una marrana. —Agarro un cojín y se lo tiro a la cara, pero aprovecha para abrazarlo y darle besos—. Solo salimos en plan amigos. Puedes venir con nosotros si quieres.

—Aura, mi dulce e inocente Aura, aunque yo fuera, ese chico no se daría cuenta de mi presencia. No sabe ni que existo si tú estás delante —asegura.

—Anda, calla y cena algo decente.

—Vale, mami… No hagas nada que yo no haría.

—No se me ocurre nada que tú no seas capaz de hacer —digo de camino a la puerta.

—Por eso.

Sergio me espera en la puerta, vestido con una sonrisa, unos vaqueros oscuros y una camisa de manga corta con un estampado de gatos flotando en un cielo estrellado. Esa sí es, oficialmente, la camisa más fea que he visto en toda mi vida.

Montamos en su furgoneta Volkswagen, mitad blanca, mitad verde menta, y nos dirigimos al norte de la isla. El sol ha desaparecido cuando aparcamos en un descampado y bajamos las escaleras que conducen hasta una pequeña cala, ya desierta a las diez de la noche. Llevamos dos toallas y los sándwiches que hemos comprado por el camino. Cenamos con el murmullo de las olas alcanzando la orilla y bajo la luz nocturna de un firmamento que hoy es entre verde y azulado.

—Hace años que no tenía delante un cielo así de espectacular —reconozco—. En Madrid de esto no hay.

—Sí que lo hay, pero no podéis verlo. Desventajas de la contaminación lumínica.

—La última vez que vi una lluvia de estrellas fugaces fue aquí, en la isla, con mis padres —recuerdo—. Hace unos veinte años.

—En realidad, las perseidas son polvo y escombros que arrastra un cometa —me explica—. El efecto luminoso se produce cuando se desintegran al atravesar la atmósfera a unos cincuenta kilómetros por segundo, atraídos por la gravedad de la Tierra.

—O sea, que lo que vamos a ver es basura espacial —deduzco.

—Más bien.

—No suena muy romántico.

—¿Quieres que lo sea?

Su mirada me provoca una sacudida en el estómago. Un aviso de mi cuerpo respondiendo a él, por mucho que mi cabeza se manifieste en contra.

—No, no… Me refiero a, ya sabes, que las lluvias de estrellas siempre son como… Como muy… —No se me ocurre ninguna palabra mejor para describirlas—. Da igual, no me hagas caso.

—Aura, era una broma. —Ladea la cabeza y me sonríe—. Es que me gusta ver cómo te sonrojas. Se te nota hasta en la oscuridad.

El firmamento se ilumina por un instante y me da una tregua.

—¡Mira! ¡Ahí va una! —Apunto con el dedo.

Una estela brillante pinta el cielo a toda velocidad con un trazo muy fino y me descubro moviendo la mano para dibujarla en el aire.

—Con suerte veremos algún bólido. Son más grandes y

brillantes.

—¿Cómo sabes tanto de basura espacial?

—Me he documentado antes de venir. Intento impresionarte.

—No vas a conseguir ponerme más roja.

—No me tientes… —me advierte—. La verdad es que me gusta leer. Empecé a cantar muy pronto y terminé el instituto de milagro. Nunca llegué a ir a la universidad, así que soy autodidacta.

—Eres autodidacta, dueño de un bar, mi profesor de surf a tiempo parcial... Sí que estoy bastante impresionada.

—No creo que sea tan fácil impresionar a alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

— Sí, a una… ¿Cómo decías en tu lista? —Se frota pensativo la barba—. ¿Jefaza de una empresa de la hostia?

—Algo así. —Suspiro, hastiada de esa puñetera lista—. Me dedico a asesorar a empresas que sufren crisis que dañan su imagen corporativa. Y también elaboro informes preventivos sobre los riesgos a los que están expuestas, para así evitar problemas futuros —explico en tono desapasionado.

—Entonces tu trabajo consiste en decirles a las empresas lo que hacen mal.

—Sí, básicamente. —Agarro un puñado de arena, fría al tacto, y lo dejo resbalar por mi mano—. Soy muy popular allá donde voy.

—Se nota que te encanta —ironiza.

—Soy buena en lo que hago.

—Eso no es lo mismo, doña perfecta. Si no te dedicaras a arreglar empresas, ¿qué te hubiera gustado hacer?

—Me encantaba dibujar —respondo sin pensar—. Pero no era una profesión para ganarme la vida.

—No lo sabes, no lo intentaste —replica con una contundencia que me molesta un poco.

No, no lo intenté, ni siquiera barajé la posibilidad. El arte es demasiado subjetivo y arbitrario. Demasiadas probabilidades de fracasar.

—No me atreví, supongo.

—Y ahora a tu vida le falta color.

—¿Intentas deprimirme? —Encojo las rodillas y las rodeo con los brazos.

—No, pero tengo la impresión de que elegiste tu camino basándote en las razones equivocadas. Y quizá por eso ahora necesitas salir de él.

—Buscar el éxito tampoco tiene nada de malo —me defiendo.

—No, no tiene nada de malo, pero es que el éxito no lo define tu trabajo ni tu posición social ni el dinero que tengas en el banco. Lo defines tú como te dé la real gana.

Me gusta su visión idealista y antimaterialista de la vida, pero yo soy más pragmática y duermo mejor sabiendo que puedo pagar el alquiler holgadamente todos los meses.

—¿Y en qué consiste el éxito para ti? —quiero saber—. ¿Qué habrías escrito en tu cápsula del tiempo?

—Déjame pensarlo… —Se tumba en la toalla con los dedos entrelazados bajo la nuca—. No poner el despertador a las siete de la mañana, eso seguro, porque odio madrugar. No tener que llevar corbata jamás. Viajar en mi furgoneta. Escuchar a Otis Redding y Marvin Gaye. Leer novelas históricas. Surfear con Enzo. Comer langosta… Ah, y el sexo, claro, o masturbarme de vez en cuando, según las ganas… Cosas sencillas, supongo. Básicamente, poder hacer lo que me apetece cuando me apetece.

—No está mal…

—¿Pero?

—Es como estar de vacaciones.

—No suena lo bastante importante para ti. —Se incorpora y se sacude la arena de las manos.

—No, no es eso, no pretendo ofenderte.

—No lo haces… Mira, hubo un tiempo en el que gané más dinero del que podía gastar. Todo el mundo me hacía la pelota y las chicas intentaban colarse en mis habitaciones de hotel. Tuve todo el éxito que la sociedad te dice que puedes tener y fue una pesadilla.

—¿No guardas ningún buen recuerdo de esa época? ¿No hay nada que eches de menos?

—Sí, claro, echo de menos la coca y el *whisky*. —Agacha la

cabeza y se ríe como si hubiera contado el peor chiste del mundo—. Las fiestas estaban bien, supongo que imaginas por qué… Cuando cumplí los veinte, alquilé una discoteca y me coloqué tanto que perdí el conocimiento en el baño. Al despertar, nadie se había dado cuenta de mi ausencia. La música seguía sonando y yo seguía importándole una mierda a todos los que estaban allí. Aunque tenía lógica, porque de doscientos invitados, no conocía casi a ninguno. Y no tenía ni un solo amigo.

Estiro la mano y le acaricio la mejilla. Esto solo ocurre en mi imaginación, por supuesto. En realidad, me limito a decir:

—Joder. Eso es muy triste.

—Fue bastante revelador. —Hace una mueca—. Te das cuenta de lo jodido que estás cuando solo consigues que la gente se quede a tu lado si les pagas.

El sonido de mi móvil nos interrumpe. Lo saco del bolso y veo que es Óscar quien me está llamando. No soy capaz de saltar de una conversación a otra en este momento, así que lo pongo en silencio y vuelvo a guardarlo.

—Perdona.

—No pasa nada —asegura, pero su gesto ha cambiado. Se ha perdido en los recuerdos.

—A la gente le gustaba tu música. Al menos eso es algo bueno —afirmo, tratando de ser optimista.

—Sí, pero no puedes sentirte orgulloso de algo que ni te esforzaste en conseguir… Hice un *casting* en un programa al que solo había ido por acompañar a un amigo. Fue la excusa para saltarme las clases ese día —me aclara—. Aparecí cinco minutos en la tele y un productor me llamó al día siguiente para ofrecerme un contrato discográfico. A los tres meses ya sonaban en la radio las canciones que me decían que cantara, porque no compuse ni una sola letra. Yo siempre estuve de prestado en la música. Estoy mejor sin ella y ella está mejor sin mí. Además, las canciones eran una puta mierda.

—Pero tienes una voz muy bonita. Y eso es tuyo, solo tuyo.

—Gracias —susurra con una pizca de vergüenza.

—Aunque la de *Mi vecina está canina* sí lo era. Era una auténtica

mierda de canción.

Una carcajada emerge de su garganta al mismo tiempo que una estela brillante cruza el cielo de un lado a otro.

9

SERGIO

No te conozco y aun así…

No tengo por costumbre contarle mi vida a la gente. Mucho menos si no hay confianza de por medio. Tampoco lo hago por dinero, a pesar de que en los últimos años las cadenas de televisión me han ofrecido cantidades obscenas de pasta por hacer entrevistas y participar en *realities* de famosillos de tres al cuarto. Creo que cuanto más me niego, más cachondos se ponen y más suben la oferta.

Soy un excantante pop que nunca quiso serlo. No entiendo qué morboso interés puedo generar. ¿De verdad a alguien le apetece escuchar que hay días, meses de mi vida en realidad, que se han quedado en blanco porque no soy capaz de recordarlos? ¿Que más de una vez me desperté cubierto de mi propio vómito? ¿Que era un yonqui que ignoraba a sus padres porque me veía incapaz de sostenerles la mirada? No he salvado vidas; de hecho, casi consigo acabar con la mía. No he descubierto una vacuna ni he ayudado a mejorar el mundo. Mi historia es de todo menos ejemplar y solo serviría de alivio precario para que, quien la escuche, piense por un segundo: «Eh, pues si me comparo con este gilipollas, no estoy tan mal como pensaba».

Soy muy celoso de mi intimidad y, sin embargo, me he visto confesándole mis secretos a una extraña. Quizá porque ella me regaló primero los suyos cuando la encontré llorando en la playa o, tal vez, porque los descarriados poseemos la habilidad de reconocernos entre nosotros.

Lo de aquella fiesta de cumpleaños ni siquiera lo sabe Enzo, y es mi mejor amigo. Pero no me dio vergüenza contárselo a Aura. Las palabras salieron despedidas de mi boca como si hubieran estado esperando que las descorcharan. Apenas la conozco. No sé qué música le gusta escuchar, cuál es la comida que más odia o por quién estaría dispuesta a dar la vida, pero tengo claro que está casi tan perdida como lo estuve yo, viviendo una fantasía en la que nos obligamos a permanecer porque la hemos construido nosotros mismos,

normalizando hasta lo que nos hace daño si es necesario. La suya parece menos perjudicial que la mía, aunque en el fondo es igual de tóxica.

Salgo de mi despacho, por llamarlo de forma generosa. No es más que un cuarto mal iluminado al lado del almacén, en el que apenas caben una mesa con un ordenador, una silla, una estantería con archivadores repletos de facturas y un aseo minúsculo solo apto para contorsionistas.

Son las doce y acabamos de abrir, así que el bar todavía está tranquilo. Cobra vida a eso de la una, cuando los *guiris* llegan en tropel a por sus jarras de cerveza y sangría.

—¿Qué tal se dio la noche? —le pregunto a Enzo, que está limpiando la barra.

—Mira, eso mismo te iba a preguntar yo a ti —responde con una sonrisa canalla. Tampoco tiene otra el muy mamón.

Enzo y yo somos amigos desde hace seis años, los mismos que llevo viviendo en la isla. Porque esa fue la última de mis locuras. Dejar Madrid, venir aquí y comprar dos casas y el bar, fundiéndome hasta el último céntimo que había ganado con la música.

Enzo fue el primer camarero que contraté. No es que mi vida privada fuera asunto suyo, pero me vi obligado a advertirle que jamás me sirviera una copa. Asintió con la cabeza y no hizo ninguna pregunta, cosa que agradecí. Unos meses después, me vio bebiendo un mojito y, sin decir nada, me lo quitó de la mano y lo tiró al fregadero. «Así no, tío, así no», me reprendió con un buen mosqueo. Yo me empecé a reír y no porque estuviera borracho. Era un mojito sin alcohol. Desde ese momento nos hicimos amigos y todavía hoy sigue vigilando mis mojitos.

—La noche estuvo bien —digo al entrar en la barra.

—Así que no pasó nada, ¿eh? —Deduce, olvidándose de que hombres y mujeres pueden relacionarse sin necesidad de terminar echando un polvo.

—Somos amigos.

—Los amigos también follan.

—Nosotros no —declaro y empiezo a colocar unos vasos.

—Vosotros no… Todavía —añade.

—Creo que soy todo lo contrario a su tipo.

—¿No me digas que le gustan los inteligentes?

—No te pago para ser gracioso. Ponte a cortar limones.

—Tampoco me pagas lo suficiente como para dorarte la píldora. —Me tira una bayeta y la agarro antes de que aterrice en mi cara.

—Se va a casar —le aclaro con el convencimiento de que eso va a zanjar el tema.

—Bueno, a ti te van las tías complicadas.

Eso no lo voy a negar.

***

Ojalá pudiera decir que me olvido de Aura hasta que aparece por la tarde en el bar, pero hace un rato en la terraza he visto de refilón un pelo castaño rojizo y por comprobar si era ella, casi me rompo la nariz contra una puerta de cristal. Creo que fueron mis ganas de recrearla; la chica no se parecía en nada.

Cuando entra con su amiga, lo primero que hace al sentarse es intentar alisarse el pelo con la mano, sin darse cuenta de que esa melena salvaje y descontrolada ni quiere ni necesita que la domen. A continuación, echa un vistazo general al bar y sus ojos se detienen al cruzarse con los míos. La miro y me mira. Sonrío y me sonríe. Es un tonteo agradable e inofensivo, y no pretendo que pase de ahí. Su timidez le hace apartar la mirada primero y sigue hablando con su amiga. El tiempo que tarda en cruzar una pierna sobre la otra es el mismo que me lleva a mí imaginarme esas mismas piernas apretándome fuerte la cintura. Lo que de inmediato me lleva a la conclusión de que soy gilipollas porque el tonteo nunca es inofensivo.

10

Mi fantasía

No es el ruido el que me hace levantar la mirada, sino la repentina ausencia del mismo. El sonido de los niños correteando frenéticos al borde del mar, chillando y riendo, ha desaparecido. A mi alrededor, las filas de tumbonas blancas dispuestas en parejas se han quedado vacías. En la arena ya solo quedan los rezagados, y en el agua, los surfistas. Mi reloj de muñeca marca casi las siete y media. Estiro la espalda y gimo al sentir un latigazo de dolor recorriéndola de arriba abajo, consecuencia de llevar más de tres horas dibujando sentada en la misma postura. Descruzo mis piernas entumecidas con la misma habilidad que el hombre de hojalata y las estiro a lo largo de la tumbona. Me recuesto y empiezo a deslizar las hojas de mi nuevo cuaderno de dibujo, que ya no es tan nuevo porque esta tarde he conseguido llenar doce páginas: una niña con las manos y las piernas llenas de arena contempla absorta un barco en el mar. Un padre construye junto a su hijo un enorme castillo de arena que pronto se llevará la marea. Una chica carga con su tabla de surf bajo el brazo mientras su pelo largo recogido en una coleta baila en el aire. Un hombre recostado en su toalla lee un libro de espaldas a su pareja, quien mira hacia el mar con lo que parece resignación…

Algunos son solo apuntes, trazos rápidos para captar sus características y poder recordarlas después. Creí que a estas alturas, después de diez años sin sostener un lápiz, ya no sería capaz ni de dibujar una pelota de playa, pero resulta que los dedos tienen memoria.

Siempre me he considerado más analítica que creativa. No parto de la nada, me baso en lo que observo, en elementos tangibles; un gesto que me llama la atención o una emoción contenida que después trato de reflejar en el papel. Y es irónico o triste, no sé, reconocer que, atrapando los momentos de otras personas es cuando me siento más libre. Porque no hay presión ni pretensiones ni miedo a equivocarme. Son solo líneas, formas, volúmenes y texturas. Y ya

puede acabarse el mundo mientras mis dedos se mueven sobre el papel, que solo me daré cuenta cuando un zombi venga a comerse mi cerebro. O en su defecto, cuando Brina me saque de mi burbuja con sus mil llamadas perdidas, como ahora mismo.

Me levanto con el móvil en la mano y me acerco a la orilla del mar para dar un paseo. Llamo a mi amiga, que responde al primer tono.

—¡Por fin! Te he llamado veinte veces.

—Perdona, estoy en la playa y no he mirado el teléfono en toda la tarde —digo a la vez que mis pies tocan el agua por primera vez hoy.

—Sol me ha dicho que estabas por ahí, y repito sus palabras, chingando con un magnate ruso dueño de una petrolera siberiana que conociste en una fiesta.

—Sí… —Me río—. Hemos quedado luego en su yate.

—En serio, esto ya no tiene gracia —suelta con voz cansada.

—¿Qué te pasa?

—¿Cuándo vais a volver? Madrid es un asco en agosto. Parece el desierto, hace un calor insoportable y todas las sandalias me hacen rozadura.

—Te debería contratar el Ayuntamiento para promocionar la ciudad en verano porque me están entrando unas ganas locas de cogerme el avión de vuelta.

Eso sin tener en cuenta la brisa suave, el reflejo de la luz del atardecer en el agua y el sonido susurrante de las olas que aquí me acompañan. Sería cruel comentárselo ahora mismo.

—Mientras vosotras estáis por ahí despendoladas, yo soy una paria que no tiene ni con quién tomarse una cerveza. He estado a punto de invitar a un chico al que doy clases de refuerzo, pero tiene dieciséis años y no me apetece que me denuncien por abuso de menores.

—Tienes más amigas —le recuerdo.

—Sí, todas ocupadas con sus bebés o embarazadas, o intentando quedarse embarazadas.

—Intentar quedarse embarazada o estarlo es compatible con

quedar con tus amigas.

—Voy a dejar de tomar la píldora —escupe con un tono tan brusco que me hace frenar en seco.

—¿Ya lo has hablado con Andrés?

—Acordamos que cuando yo cumpliera los treinta sería buen momento.

Una forma de simplificar una tensa negociación entre ellos hace tres años que se resolvió con Brina dando su brazo a torcer, accediendo a posponer su ansiada maternidad porque su marido de cuarenta y dos años consideró, de repente, no estar en un momento vital en el que le apeteciera cambiar pañales.

—Pero vas a decírselo, ¿verdad? —pregunto con un matiz claramente afirmativo antes de reanudar el paso.

No creo que Andrés se tomara muy bien eso de «ha sido un accidente». El año pasado cenando en su casa se me derramó un poco de vino tinto sobre una esquina de la tapa de la *Ilíada* y creo que todavía no me lo ha perdonado.

—Sí, voy a decírselo —pronuncia a regañadientes—, pero no pienso esperar más tiempo. Aun haciéndolo todo bien, puedo tardar un año en quedarme embarazada, y eso suponiendo que no tengamos problemas de fertilidad, trastornos hormonales o baja calidad de esperma —enumera como quien hace una presentación en PowerPoint sobre el tema.

—Vale, vale, si a mí no tienes que convencerme. Ya sabes que soy del equipo Gabriel y Carlota desde siempre.

Son los nombres de sus futuros hijos. Se los puso cuando tenía diez años.

—Lo sé, gracias. —Su tono encendido cambia y es sustituido por otro mucho más dulce.

Mi móvil me avisa de que tengo otra llamada. Al ver que es Óscar decido colgar a Brina, ya que apenas hemos hablado esta última semana.

Mi amiga se despide con peticiones ansiosas para que vuelva a casa. Por el contrario, Óscar me recibe con una voz tan gélida que hasta el agua que baña mis tobillos parece enfriarse.

—Aura, haz el favor de llamar a tu madre… Porque cuando no lo haces, no para de acosarme a mí.

—Vale, luego la llamo, lo siento… Es que es muy pesada —añado sin poder evitarlo.

También está demasiado acostumbrada a que le dé explicaciones y le justifique cada paso que doy en mi vida, cosa que llevo sin hacer desde que llegué aquí.

—No entiende muy bien por qué no vuelves a casa, y si te digo la verdad, estoy de acuerdo con ella.

—Óscar, ya lo hablamos —susurro a la vez que doy media vuelta para deshacer el camino.

—Sí, lo hablamos hace dos semanas. ¿No has tenido bastante tiempo para desestresarte? Te echo de menos —reconoce y su voz se quiebra un poco.

—Y yo a ti.

—¿Entonces por qué no vuelves? —insiste.

El aire se me corta de golpe y se queda atascado a medio camino entre el pecho y la garganta. Solo dura un par de segundos; los suficientes. Todavía no estoy lista para volver. Si lo hiciera, sería solo para hacer sentir mejor a Óscar.

—Son solo unas semanas —declaro—. Y no es nada comparado con pasar el resto de nuestra vida juntos.

—Sigues queriendo, ¿verdad? Pasar el resto de la vida juntos.

—¡Claro que sí! —afirmo con tal ímpetu que sobresalto a la mujer que se cruza conmigo mientras pasea.

—Vale. —Escucho un suspiro de alivio ante mi rotundidad.

Seguimos hablando mientras vuelvo caminando a casa. Él me cuenta su día en el trabajo y yo escucho atentamente. Ser asesor de banca privada puede parecer aburrido, pero Óscar habla con tanta pasión de lo que hace que lo convierte en todo lo contrario. Y por primera vez, el orgullo que siento por él se transforma sin avisar en un sentimiento oscuro y tan amargo que puedo saborearlo al tragar saliva. Es resentimiento. Por lo que él ha logrado y yo no, por mucho que me haya dejado el pellejo en el intento.

Me despido de Óscar con un beso y con una culpa que prefiero

amordazar al entrar por la puerta de casa. Sol está en el jardín, arrodillada con los brazos extendidos sobre la cabeza y tocando el suelo con la frente, en una de esas posturas de yoga tipo saludo al sol o paloma mensajera. Nunca recuerdo los nombres.

—¿Qué tal está Sergio? —me pregunta con inocencia fingida en cuanto me acerco.

—Ni idea, yo vengo de estar con el ruso. —Dejo la bolsa de la playa en el suelo y me siento a su lado.

—Te he hecho un favor. —Se incorpora con los ojos cerrados, inspira y espira lentamente—. Mejor despistar a Brina o empezará a sospechar.

—No hay nada que sospechar. No he estado con Sergio.

—Lo que tú digas…

—Sol, no estoy haciendo nada con Sergio.

—Pero te apetece hacerlo, te lo comes con los ojos.

—Voy a casarme.

—¿Y? —Abre los ojos y me mira—. Lo repites como si eso fuera un superpoder que te hace inmune al resto de los tíos… Asúmelo, no es un crimen. Sergio te pone cachonda y punto. ¿Qué digo? Cachonda, no, termonuclear. Y si a eso le sumas que ya hace unas semanas que no te dan mandanga…

—¿Podemos dejar el tema de una puta vez? —la corto en seco.

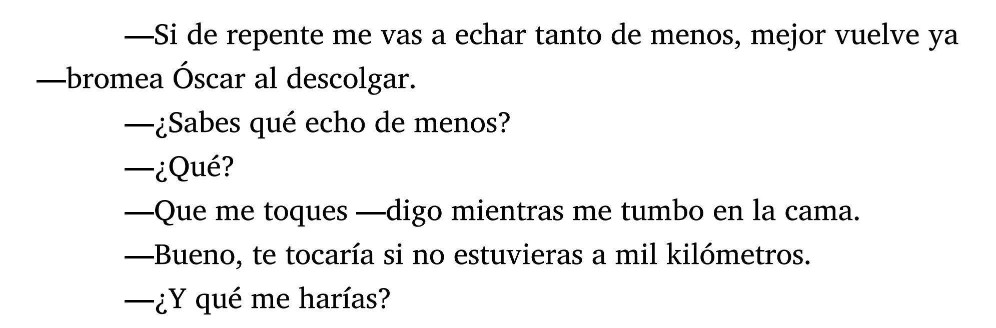
—Vale, vale… —Alza las manos como si la estuviera encañonando con una pistola—. Estamos un poquito susceptibles hoy. —Se levanta—. Voy a comprar tabaco, ¿te traigo algo?

Pues no, porque la paz mental no la venden en la tienda de la esquina.

—No, gracias —murmuro antes de que se vaya.

Es conmigo misma, y no con Sol, con quien estoy enfadada. Las verdaderas amigas son las que te ponen delante de un espejo, aunque no te guste lo que este refleja de ti. Y tiene razón respecto a Sergio, por mucho que me moleste.

En un impulso, subo las escaleras hasta mi habitación y busco en el móvil mi última llamada. Se me acaba de ocurrir una idea nada propia de mí.


—Si de repente me vas a echar tanto de menos, mejor vuelve ya —bromea Óscar al descolgar.

—¿Sabes qué echo de menos?

—¿Qué?

—Que me toques —digo mientras me tumbo en la cama.

—Bueno, te tocaría si no estuvieras a mil kilómetros.

—¿Y qué me harías?

—Aura… —Le entra la risa—. ¿Esto a qué viene?

—A que quiero saber que me harías si me tuvieras delante.

—¿Va en serio? —pregunta con incredulidad.

—Muy en serio. ¿Qué me harías? —insisto.

—Te besaría.

—¿Dónde?

—Por todo el cuerpo, supongo.

—No lo supongas. Dímelo —exijo con un susurro y noto que la respiración de Óscar cambia al instante.

—Pues… empiezo besándote el cuello y voy bajando por la clavícula hasta llegar a tus pechos. —Su voz se vuelve más ronca—. Te chupo un pezón y tú arqueas la espalda. Y te acaricio el otro en círculos con los dedos, como a ti te gusta.

—Sigue. —Activo el altavoz del móvil y lo coloco a mi lado sobre la almohada. Me aparto el vestido y comienzo a acariciarme por encima de la tela del bikini.

—Bajo con la lengua despacio por tu estómago y tú estás tan mojada que abres las piernas ansiosa. —Imito el gesto—. Te beso los muslos justo antes de llegar a tu…

—Sí —Se me acelera la respiración.

—A tu…

—Sí —jadeo.

—Joder, no sé cómo llamarla. ¿Vagina? ¿Vulva? —pregunta, confuso.

Mis dedos pierden el ritmo y la excitación se apaga como el fuego de una cerilla.

—A ver, es que no voy a decir chocho. Suena muy vulgar.

—Da igual. —Suspiro.

—Ni chumino... ni almeja…

—Óscar, déjalo. —Me tapo los ojos con el brazo ante la clase improvisada de sinónimos vaginales.

—¡Espera! ¡El coño! ¡Comerte el coño! —exclama cual revelación divina—. Eso es.

—De verdad, da igual, no hace falta que…

—No, no, déjame intentarlo otra vez. Es que me has pillado desprevenido, pero ya estoy listo.

Lo entiendo, ambos somos novatos en esto del sexo telefónico, así que intento ponerme en situación otra vez.

—Entonces… Me lo estás comiendo —pronuncio bajito porque en el fondo me da mucha vergüenza.

—Sí, tengo la cabeza entre tus piernas y te estoy comiendo el coño, lamiéndote de arriba abajo mientras tú te retuerces debajo de mí.

—Eso me gusta. —Siento de nuevo el hormigueo entre mis piernas y busco alivio con la mano.

—Estás tan húmeda que te meto dos dedos mientras sigo empujando con la lengua. Y te gusta tanto que te pellizcas los pezones. —Le hago caso y me llevo una mano al pecho mientras continúo con la otra entre mis piernas—. Te corres en mi boca, gritando mi nombre.

—Vas muy rápido —lo aviso.

—Es que no hemos terminado… Ahora me la vas a chupar. —A él también se le acelera la respiración. Se está tocando—. De rodillas.

—Tú mandas. Estoy de rodillas —profiero casi sin aliento.

—Empieza despacio con la lengua desde la punta y sigue poco a poco, metiéndotela en la boca hasta al fondo, hasta que no te quepa más.

Cierro los ojos, la imaginación toma el control y pierdo de vista la realidad. Deslizo la lengua con deliberada lentitud por la punta de su polla, arrancándole un gemido áspero. El sonido me excita tanto que abro la boca y empiezo a chupársela, cubriéndola entera con los labios. Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos oscuros cargados de excitación y su pelo negro despeinado y revuelto. «Sí, así», susurra con voz ronca y profunda a la vez que me agarra del pelo

y dirige mis movimientos. «Quiero que te lo tragues todo», me ordena. Me aferro a sus caderas y sigo jugando con la lengua, llevándolo una y otra vez al borde del orgasmo, controlando su excitación. Recorro toda su longitud, aprieto los labios y me la meto hasta la garganta. «Ah, joder, Aura. No aguanto más», me avisa y echa la cabeza hacia atrás. Acelero el ritmo y acompaño el movimiento con la mano cada vez más rápido, hasta que se derrama en mi boca con un gruñido ahogado.

Regreso al mundo real con mis propios gemidos. Los de un orgasmo deshaciéndose entre mis frenéticos dedos. Me corro hasta que el aire abandona mis pulmones y seca mi garganta. Me desinflo tanto que creo que estoy a punto de desvanecerme. Son los latidos apresurados de mi corazón los que me devuelven a mi cuerpo.

—Joder, Aura —suspira Óscar sin aliento.

Su voz me sobresalta y abro los ojos. No es el dueño de la voz que me ha exigido que me tragara todo hace un momento. Óscar tampoco tiene el pelo negro ni revuelto. Lo tiene rubio y corto. Y sus ojos no son oscuros, sino verdes.

—Cielo, tenemos que hacer esto más a menudo —apunta, satisfecho.

No, esto no lo vamos a hacer nunca más. Porque, para mi absoluta vergüenza, no ha sido mi futuro marido quien se ha corrido conmigo en mi fantasía. Ha sido Sergio.

11

BRINA

Lo que necesitamos

Cuando éramos niños, Aura soñaba con ser veterinaria, bailarina y astronauta. Sol quería ser adiestradora de delfines hasta que se enteró de que algunos zoos eran acusados de maltrato animal. Entonces decidió reconvertirse en liberadora de delfines. Teo aspiraba a ser médico, como su padre, aunque la sangre le daba ganas de vomitar. Después pensó en ser policía, pero Sol truncó su carrera al advertirle que seguramente le pegarían un tiro y moriría desangrado en un callejón con olor a pis de gato. Siempre ha sido muy peliculera.

Mientras mis amigos acostumbraban a cambiar de profesión en cada recreo, yo me mantenía imperturbable. Cuando me preguntaban qué quería ser de mayor, siempre respondía lo mismo. Porque en mi caso no importaba el qué, sino el quién. Quién iba ser yo para alguien. Convertirme en madre era mi mayor deseo, tan sólido y tan intenso que eclipsaba todo lo demás, por encima de cualquier interés profesional. Y ese sentimiento que a los diez años podía haber sido tan efímero como la propia infancia, no ha cambiado dos décadas después.

Estudié Magisterio, que es, lamentablemente, donde acabamos muchos de los que carecemos de vocación profesional, y después aprobé una oposición que me llevó a dar clases en un instituto. Mi trabajo no me emociona, pero aprecio la tranquilidad de un trabajo estable con un horario fijo.

En mi último curso de la carrera conocí a Andrés. Era profesor y yo una de tantas alumnas fascinadas por su atractivo, que se multiplicaba cuando relataba la tragedia de amor de Orfeo y Eurídice o la de Apolo y Dafne. Y eso que en sus clases de mitología también había tiempo para las infidelidades, el incesto y la zoofilia.

Andrés se fijó en mí y no tardó en hacérmelo saber, por lo que a mis veintiún años, en lugar de ir a fiestas y ponerme ciega perdida jugando al «Yo nunca he…», asistía a catas de vino con mi primer novio formal, quince años mayor que yo, quien me explicaba los

matices, el aroma y el tacto de un Marqués de Murrieta.

Seguro que ya estás pensando que soy la tía más aburrida del mundo. No pasa nada, estoy acostumbrada. Funcionaria, casada a los veintisiete, con chalet adosado en las afueras y cuya máxima ambición en la vida es parir. Hasta mis mejores amigas te dirían que soy de lo más convencional. Sol añadiría algo sobre el patriarcado, pero no suelo prestar mucha atención. Siempre ocurre algo con el patriarcado.

Lo que la mayoría no sabe es que vivo con la perpetua sensación de haber nacido en el momento equivocado. Fuera de tiempo y de lugar. Soy un anacronismo. Como un coche de caballos deambulando por una autopista llena de coches eléctricos.

Cuando me casé con Andrés, lo hice ilusionada y convencida de que tendríamos hijos pronto. No era producto de mi imaginación, lo habíamos hablado varias veces y siempre fui clara respecto a mi deseo de ser madre. Él estuvo de acuerdo conmigo hasta que decidí dejar de tomar la píldora. Al principio, intentó convencerme de que yo era demasiado joven, lo cual resultó ser un argumento muy pobre para alguien que había escogido el nombre de sus hijos casi dos décadas atrás. Finalmente, se vio obligado a admitir que aún no estaba preparado para ser padre. Lo respeté porque lo que sí consiguió fue hacerme sentir que lo estaba acorralando, como si yo fuera la mantis religiosa que se come la cabeza del macho después de copular.

El resultado de todo esto, en resumen, es que acordamos esperar tres años. Tres años en los que no he vuelto a mencionar el tema, a pesar de mi madre, quien me recuerda constantemente mi obligación de darle nietos; a pesar de los muchos cretinos, ya sean familiares o amigos, que todavía bromean con ese comentario casposo de que se me va a pasar el arroz, y a pesar de la avalancha de anuncios en internet que me recuerdan el inexorable desplome de la fertilidad femenina a partir de los treinta.

Como todas las noches, estamos cenando en el comedor, cada uno en un extremo de la mesa de roble macizo, al estilo de dos nobles de la época victoriana. Asiento distraída mientras Andrés me habla de unos amigos cuyo divorcio les está llevando a pelearse hasta por quién se queda con las cucharillas de postre. Es ridículo, lo de las cucharillas

y lo mío. Trato de reunir el valor suficiente para decirle a mi propio marido que quiero que tengamos un hijo. Voy a soltarlo y ya. Tampoco es que le vaya a pillar por sorpresa.

Andrés se sirve una copa de vino y comienza con un ritual que, tras varios años, ha pasado de ser fascinante a soporífero. Sujeta la copa por el pie, la inclina y observa el color cereza desde todos los ángulos posibles. A continuación, se acerca el borde a la nariz, aspira el aroma y la aleja sin dejar de observarla. Mueve la copa en el aire y el líquido se balancea en movimientos circulares. Por fin se lo lleva a la boca, no sin antes olerlo una última vez.

Voy a decírselo. Trago saliva. Voy a decírselo.

—¿Qué opinas de los clubs para *swingers*? —me pregunta, posando la copa en el mantel con suavidad.

Me quedo inmóvil, sosteniendo un trozo de calabacín a la plancha a medio camino entre el plato y mi boca.

—¿Me preguntas qué opino así en general o me preguntas si quiero ir a un club de intercambio de parejas?

—Te pregunto si estarías abierta a la posibilidad de ir —comenta con la tranquilidad de quien se plantea cambiar de marca de champú.

—¿Abierta a la posibilidad de abrirme de piernas? —Me río con incredulidad y dejo caer el tenedor en el plato—. ¿Es una broma?

—Entiendo que al principio puede chocarte un poco, pero podemos discutirlo, ver las opciones —dice, subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

—Aquí yo solo veo una opción, y es que tú quieres acostarte con otras.

—No soy tan simple ni tan frívolo —replica, molesto.

—¿Entonces qué es esto, una crisis de mediana edad? ¿No puedes teñirte las canas y comprarte una moto?

—No tiene gracia, Sabrina.

Odio que me llame por mi nombre completo. Eso solo lo hace mi padre, y ya tengo suficiente con que Andrés y él se vistan con las mismas camisas de cuadros.

—No me estoy riendo, es que no sé a qué viene esto.

—Creo que podría ser un estímulo para los dos probar cosas nuevas. —Apoya los codos en la mesa y entrelaza los dedos en un gesto que me devuelve a cuando él era el profesor y yo la alumna.

—No finjas que lo haces también por mí.

—Es que también lo hago por ti. Podría mejorar nuestra vida sexual y tal vez así tú…

—¿Tal vez así yo qué? —gruño.

—No sé, tal vez así tú tendrías ganas de acosarte con tu marido por una vez —pronuncia con amargura.

Esas palabras bastan para aplacar mi enfado hasta disolverlo y sustituirlo por un sentimiento de vergüenza que me lleva a encogerme en la silla.

—¿Lo necesitas? —susurro sin mirarlo a la cara—. Para que estemos bien.

—Creo que lo necesitamos los dos. Si no, no te lo plantearía. —Suspira y se apoya en el respaldo de la silla—. No te estoy pidiendo hacerlo mañana ni mucho menos, solo que lo pienses y lo hablemos. Nada más.

Yo tengo muy claro lo que necesito, pero, como viene siendo habitual, es mal momento para plantearlo.

—Vale, lo voy a pensar —accedo con una seguridad fingida.

Terminamos de cenar a pesar de que a mí se me ha quitado el hambre. Recogemos y ponemos el lavavajillas en un mutismo propio de la procesión del Santo Entierro. Yo callo, aunque mi silencio podría arañar las paredes y Andrés no habla porque ya ha dicho todo lo que tenía que decir.

Cuando se sienta a leer un libro en el sillón, aprovecho para esconderme en el baño con el móvil. Sentada en la taza del váter, los dedos me tiemblan sobre la pantalla al buscar información sobre el intercambio de parejas. Leo por encima varios artículos y las opiniones son muy dispares. Algunas atribuyen esta práctica al cansancio, el desgaste y el deseo encubierto de terminar una relación, mientras que otras hablan de reinventarla, de la curiosidad, el morbo y la confianza. No sé cómo, pero termino atrapada en un bucle infinito de información que me lleva a leer sobre el poliamor, las mazmorras



sexuales y el *gang bang* hasta que se me revuelve el estómago.

12

Un «quiero»

Dos semanas en la isla me han servido para darme cuenta de que hacía mucho tiempo, demasiado tiempo, que no me detenía. Ya no me detenía a respirar, a pensar. Todo tenía que decidirlo al segundo. Porque cuando estás intoxicada de prisa, parar para dudar parece un signo de debilidad. Pero si frenas en seco y te dedicas a mirar, puedes ver lo que estás haciendo mal. El dibujo de tu vida se hace más nítido.

Yo no quiero una boda de trescientos cuarenta y siete invitados, de los cuales, trescientos, son meros compromisos. No quiero matarme a trabajar quince horas diarias, fines de semana incluidos. No quiero calcular las calorías por cien gramos de cada plato cuando estoy en un restaurante. No quiero pasar cuarenta minutos alisándome el pelo cada mañana. No quiero estudiar chino. No quiero comer domingo sí y domingo también con los padres de Óscar, por mucho que los aprecie. Y, por encima de todo, no quiero sentirme culpable por no querer todas esas cosas.

En realidad, la lista es más amplia. Consta de veinticuatro «no quiero» que he apuntado en mi cuaderno de dibujo. Ya te dije que me encantaba hacer listas. También he dejado una página en blanco. Está a la espera de que sepa rellenarla con lo que sí quiero.

Sol me agarra del brazo cuando estoy a punto de hundir la sandalia de tacón en la arena, sacándome también del bucle mental que me ha llevado a desviarme del camino por un segundo. Mi amiga me llama «empanada» y proseguimos la marcha. Ahora es la vergüenza la que se impone. Esta mañana he escrito a Sergio para decirle que no podía ir con él a la playa. No me veía capaz de subirme a una tabla de surf ni aunque estuviéramos en dos mares distintos. Aun así, la maniobra de evasión no ha servido de mucho. No puedo librarme de pasar un rato por su bar, ya que es sábado por la noche y quedarse en casa no es una opción viable para Sol. Además, negarme solo serviría para dejarme más en evidencia. No tengo ningún motivo para evitarlo, al menos ninguno que me atreva a confesar en voz alta.

El local está abarrotado y todos bailan y miran hacia el fondo de la sala mientras el ambiente se llena con el sonido de guitarras, una batería y la voz en directo del cantante que hoy sustituye al DJ habitual.

Localizo a Sergio en la barra a pesar de que no tengo intención de acercarme de momento. Y con tanta gente congregada aquí esta noche, quizá no tenga ni que hacerlo. Sí, mi actitud es infantil y cobarde. Lo sé y no me importa. Estoy dispuesta a cavar un hoyo en la arena con una pala de juguete si hace falta y esconderme dentro con tal de no tener que volver a mirarlo a los ojos ni a ninguna otra parte de su anatomía.

Nos movemos y serpenteamos entre espaldas sudorosas hasta abrirnos un pequeño hueco en el centro. El cantante, con una camiseta blanca de tirantes un par de tallas más grande que la suya, unos vaqueros pitillo que deben estrangularle la circulación sanguínea y un sombrero fedora, eclipsa a los otros tres integrantes del grupo, vestidos con camisetas oscuras y pantalones cortos. Agarra el micrófono con las dos manos como si tuviera miedo de que fueran a robárselo y canta a esa chica que le partió el corazón en tantos trozos que todavía no ha terminado de encontrarlos todos, aunque lo hace con un ritmo tan bailable que el sentimiento desluce un poco.

Tras cantar un par de canciones y dar un trago largo a su copa, nos cuenta su intención de ceder el micrófono por unos minutos. Llama a Sergio y lo apunta con el dedo, consiguiendo que toda la sala se gire hacia él. Este no mueve la cabeza al escuchar su nombre, solo levanta la vista con una pinza de servir hielo en la mano y lanza una mirada al frente con la que podría fundir titanio. El público empieza a aplaudir y animarlo para que salga a cantar. Él sonríe, pero hasta en la distancia lo veo apretar la mandíbula. Por dentro está gritando que no quiere hacerlo. El cantante empieza a corear su nombre y los demás lo siguen entusiasmados.

Cuando se hace evidente que no tiene escapatoria, sale de la barra y camina hacia el escenario con una desgana que de inmediato lo hace parecer una maldita estrella musical. Encima lo reciben con aplausos enloquecidos, como si fuera Justin Timberlake. El cantante le

tiende una mano que termina en un abrazo y se aparta para dejarle sitio. Sergio se acerca al guitarrista y le da un par de instrucciones antes de colocarse delante del micrófono y ajustarlo en un gesto rápido y cargado de seguridad que se nota ha repetido mil veces.

—Señoras, agárrense las bragas porque se les van a caer —advierte Sol a nuestro público más próximo.

A continuación, mi amiga se pregunta si cantará una de sus canciones. Yo sé que no.

La guitarra empieza a sonar con los primeros acordes y Sergio toma aire antes de acercarse al micro y cantar. Su voz es un susurro profundo y a la vez despreocupado que me eriza la piel desde los brazos hasta el cuello. Con esa voz rota que parecen arrancarle desde el fondo de la garganta y sin más acompañamiento que la guitarra, canta que todos los chicos malos están en las sombras, y todas las chicas buenas, en casa con el corazón roto. Y él, en caída libre.

El corazón me rebota contra el pecho, tratando de acompasarse al ritmo de su voz. Sé que no me está mirando a mí, soy un punto inexacto entre la marea de gente y es imposible que me distinga, pero siento sus ojos oscuros clavados en los míos. Y durante los cuatro minutos que dura la canción me permito rellenar esa página que he dejado en blanco con un «quiero». Quiero besarlo.

Los vítores inundan el local cuando Sergio termina, aunque no se queda para disfrutarlos. Da las gracias y vuelve a la seguridad de su barra antes de que terminen los aplausos.

—Eh, tú —Sol me da un codazo—. Un chupito cada vez que se te ponga esa cara de *monguer* al mirarlo.

—Todas lo están mirando igual… Tú incluida —me defiendo.

—Pero eso es por el efecto escenario —puntualiza—. Hasta un macaco con micrófono nos pone. ¿Cómo crees que Marc Anthony consiguió casarse con Jennifer López? De no ser cantante no mojaría ni pagando.

En el caso de Sergio no es el efecto escenario, sino su intensidad irónicamente despreocupada y ese magnetismo que irradia sin esforzarse ni un poco, provocando que quieras orbitar cerca, como un planeta alrededor del Sol.

Cuando acaba el concierto y el DJ toma el relevo, me centro en mi misión de esta noche: mantenerme lo más alejada posible de esa órbita. Por eso Sol se encarga de pedir las copas y yo me dedico a bailar, con la mente en blanco y los ojos cerrados, perdiendo la noción del tiempo, dejándome llevar por el sonido de la música y ahogando los pensamientos inadecuados con ginebra.

La noche se convierte así en una sucesión de fotogramas. Sol y yo moviéndonos al ritmo de *Sexy bitch*. Mi amiga bailando con un pelirrojo. Mi amiga metiéndole la lengua hasta la campanilla al pelirrojo. Yo pasándome el hielo de mi copa por el cuello. Yo restregándome con un desconocido que huele a colonia mezclada con tabaco y sus manos grandes recorriéndome la cintura, bajando por mis caderas hasta rodearme el culo. Manos que no son ni de lejos las que quiero sobre mi cuerpo. Me aparto cuando intenta besarme y lo entiende rápido. En cuanto me doy la vuelta para buscar a Sol, se agarra como una ventosa a otra chica que lo recibe con más ganas.

Miro a mi alrededor y no encuentro a mi amiga. Estoy acalorada y tengo la garganta seca, así que no me queda otra que acercarme a la barra a pedir. Voy directa hacia Enzo y tardo un par de minutos en hacerme un hueco entre la gente. Sergio se adelanta y aparece delante de mí.

—¿Qué tal lo estás pasando? —me pregunta, serio.

—Muy bien —respondo con idéntico tono—. ¿Me pones un *gin-tonic*, por favor?

—Yo creo que ya has bebido bastante por hoy. Mejor te vas a dormir.

—¿A dormir? —repito, porque por un segundo creo haber escuchado mal—. No quiero dormir, quiero beber.

—Vale. —Apoya las dos manos en la barra—. ¿Agua o zumo?

—Un *gin-tonic*.

—No.

—¿Cómo que no?

—No vas a beber más esta noche —responde con una sonrisa chulesca.

—Oye, no eres mi padre ni mi novio, y quiero una copa —

insisto.

—No soy tu padre, y mucho menos tu novio, porque si lo fuera no consentiría que te magrearas delante de mí con otro e hicieras semejante ridículo… Pero ¿sabes quién sí soy? El dueño de este bar, y no vas a beber más aquí porque no me sale de los cojones.

El calor de mi propio cuerpo se expande y se proyecta fuera de mí. Siento un arranque de ira que contengo a duras penas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto, atónita.

—¿Qué te pasa a ti? El alcohol no va solucionar toda la mierda que tienes en la cabeza.

—Es verdad, quizá debería probar algo más fuerte. Ya que tú eres el experto, ¿qué tal si me aconsejas? O mejor aún, podrías presentarme a tu camello.

—Que te jodan.

—Que te jodan a ti.

Hace una mueca y se va al otro lado de la barra, no sin antes decirle algo a Enzo al oído, quien me mira y se encoge de hombros.

—No veas qué cola hay en el baño —se queja Sol, colocándose a mi lado—. Casi tengo que ir al mar a hacer pis.

—Pensaba que te habías ido con el pelirrojo.

—Uf, no, casi me ahoga con tanta lengua. Es como enrollarse con una batidora.

—Pues si quieres nos vamos, aquí ya no nos van a servir alcohol.

—¿Por qué?

—Porque Sergio es imbécil… Dice que no voy a beber más porque no le sale de los cojones.

—Sí, hombre, y una mierda.

Mi amiga apoya las manos en la barra, se impulsa y acaba con medio cuerpo encima de la barra.

—¿Qué haces? —chillo a la vez que la agarro de las piernas para que no se estrelle de boca contra el otro lado del suelo, lo que le da la oportunidad para estirar el brazo y agarrar una botella.

El «eh, tú» de Enzo retumba por encima de la música.

—¡Corre, corre, corre! —grita mi amiga, revolviéndose y

bajando de la barra con los mismos espasmos de un pez ahogándose fuera del agua.

Echamos a correr, dando empujones a todo el que se cruza por delante y salimos del local entre carcajadas. No paramos de reír hasta llegar a la orilla del mar.

—¿Licor de melocotón? —digo al ver la etiqueta—. ¿En serio?

—Chica, es lo que tienen los atracos espontáneos. —Abre la botella con los dientes, le da un buen trago y me la pasa.

Nos quitamos los zapatos y damos un paseo con la espuma del mar mojando nuestros pies y dejando que el licor dulzón haga su efecto. Eso se traduce en terminar cantando *La canción del mariachi* a pleno pulmón.

Llegamos a casa cantando rancheras, cubiertas de arena, con unas ganas horribles de hacer pis y con dolor de estómago de tanto reír. Aunque esto último quizá se deba también a que nos hemos bebido toda la botella de licor de melocotón.

—Vamos a tener una mierda de resaca —me avisa Sol—. Y todo por su culpa. —Señala con el dedo la casa de Sergio.

Abro la cancela y tengo que concentrarme para caminar en línea recta. Saco las llaves del bolso y me esfuerzo por abrir la puerta, pero la mano me baila tanto que soy incapaz de acertar. Al pedirle a Sol que lo intente ella, no obtengo respuesta. Me giro y veo que no está detrás de mí. Deshago mis pasos y la encuentro en la puerta de la casa de Sergio. Se remanga la falda hasta la cintura, se baja las bragas y se coloca en cuclillas sobre el felpudo.

—¡¿Qué haces?! —grito en un susurro.

—¿Tú qué crees? No soy una ladrona. Le devuelvo lo que le he robado.

Cuando termina, se sube las bragas con mucha dignidad y nos vamos a dormir.

13

La tercera opción

El latido de mis sienes es un martilleo incesante que me castiga y me recuerda que no debo confiar en el poder anestésico del alcohol, ya que no compensa las consecuencias del día siguiente. Solo levantarme de la cama ha resultado un esfuerzo titánico que he tenido que equilibrar con un tanque de café. Mala idea. En cuanto el líquido ha caído en mi estómago vacío, me han entrado ganas de vomitar. Tras beberme el agua que podría contener una piscina infantil y de reptar hasta la ducha para quitarme de encima los restos de arena y la peste a intoxicación etílica, me he vestido y he regresado al lugar del crimen.

No aparezco en el bar de Sergio con las manos vacías. Antes he pasado por una tienda y vengo con una ofrenda de paz en una bolsa de plástico, aunque dudo de mi valor para dar una explicación al respecto.

—¡Pero si es la mitad de Bonnie & Clyde! —exclama Enzo y su voz reverbera dolorosamente en mi cabeza—. ¿Dónde has dejado a tu cómplice?

—Lo siento, Enzo —me disculpo, mortificada—. ¿Cuánto te debo por la botella? Te la pago ahora mismo.

—Vamos a hacer un trato. —Me detiene antes de que saque la cartera del bolso y apoya los codos en la mesa—. No me debes nada, pero solo si consigues que a uno que yo me sé se le pase la mala hostia, porque lleva ladrando desde que ha llegado… Está en su despacho. —Me señala la puerta de acceso al almacén—. Puedes pasar.

Le doy las gracias y me dirijo hacia la puerta. Dudo al posar la mano en el manillar. Podría largarme ahora mismo y no volver a aparecer por aquí. Sería lo más sensato. Aunque, por otro lado, la sensatez me la dejé olvidada en Madrid hace un par de semanas.

El almacén es un espacio abierto y oscuro, lleno de cajas apiladas de ron, ginebra y toda clase de bebidas alcohólicas. La

imagen me provoca una náusea que me trago rápidamente. Solo me falta vomitar para terminar de morirme de la vergüenza. A mi derecha veo una puerta entreabierta por la que asoma una luz amarillenta. Camino hasta ella y llamo con los nudillos.

Sergio aparta la vista del ordenador y parpadea desconcertado desde su silla. Creo que le cuesta ubicarme en la minúscula habitación. Lleva puestas unas gafas de ver que le aportan un aspecto más adulto. Su camisa de cigüeñas discrepa.

—Hola —saludo y mi voz apenas es un susurro.

—Hola —responde, serio. Demasiado serio.

—Vengo a traerte esto. —Me acerco con rapidez y le doy la bolsa.

Mira en su interior y frunce el ceño.

—¿Un felpudo? —Lo saca de la bolsa y lo observa—. «Bienvenidos al lado oscuro». —Lee la frase grabada junto a la cabeza de Darth Vader.

—Es domingo, no he podido encontrar nada mejor. Era ese o el de «Bonitas bragas» —me excuso.

—¿Y por qué me regalas un felpudo?

—Porque tienes que tirar el tuyo… Mejor no preguntes. —Niego con las manos—. No quieres saberlo.

—Pues ya que estamos, también me debes una botella de licor.

—Y los dos nos debemos una disculpa, ¿no te parece?

—Ya lo sé… —Se quita las gafas y se frota los ojos con cansancio—. Lo siento. Fui un capullo y no tenía ningún derecho a hablarte así.

—Yo siento haber dicho lo que te dije… Lo del camello… fue un golpe bajo y estuvo fuera de lugar —reconozco, avergonzada—. Estaba un poco susceptible.

—¿Y por qué estabas susceptible?

«Porque me masturbé por teléfono con mi futuro marido mientras me imaginaba haciéndote una felación» no es una respuesta aceptable.

—No sé… —Me encojo de hombros—. Tengo la sensación de que he perdido el control de todo.

—Pues a mí me gustas más descontrolada —afirma y la tensión de su rostro desaparece.

—Ayer no te gustaba mucho —le contradigo.

—Aura, ¿en serio no te das cuenta?

—¿De qué? —pregunto y él se levanta de la silla, bordea la mesa y se apoya en el otro lado, frente a mí.

—Si solo me faltó tirarte del pelo como un crío de diez años. —Se frota la cabeza con ese gesto tan suyo y arruga la nariz—. Me puse celoso al verte bailar con aquel tío... Sé que no tengo derecho a estarlo, pero los sentimientos van por libre.

Espera, espera. No puede hablarme de sentimientos, porque yo tengo resaca y estoy lenta de reflejos. Y porque está muy cerca y huele demasiado bien. A verano y a mar. Y porque su presencia me aturde tanto que no puedo procesar lo que acaba de soltarme.

—Sergio, esto no está bien.

—Solo si a ti te pasa lo mismo que a mí.

—Precisamente por eso —confieso, pasándome el pelo por detrás de la oreja.

En su cara se dibuja una sonrisa macarra. Está encantado, no lo disimula.

—Entonces tenemos tres opciones —sugiere, captando mi atención de inmediato—. Opción número uno: no volver a vernos hasta que me devuelvas las llaves antes de irte, lo cual me parece una idea de mierda —puntualiza—. Opción número dos y, sin duda, mi preferida: dejarnos llevar y hacer lo que nos apetece ahora mismo —pronuncia en un tono bajo y ronco, tan íntimo que me revuelve de cintura para abajo.

—¿Y la tercera opción? —me apresuro a preguntar con un hilo de voz.

—La que eliges cuando te da demasiado miedo la opción número dos, pero ya no te conformas con la número uno. Es la opción intermedia. La que nunca sale bien —me advierte con un suspiro—. Ser amigos.

***

He elegido la tercera opción, no sé si porque soy demasiado egoísta o demasiado débil para hacer lo correcto, que sería alejarme de Sergio, muy lejos, por avión y poniendo un mar de distancia entre los dos. En lugar de eso, he decidido invitarlo al cine, puesto que él también se ha negado a cobrarme la dichosa botella de licor que me ha provocado una aversión de por vida al melocotón. Claro que un autocine no era lo que yo tenía en mente cuando se lo propuse. Dos personas que se atraen físicamente no deberían encerrarse en un espacio mínimo, sin apenas luz ni separación, y con el sonido de sus respiraciones como único acompañamiento. No es la manera más fácil de comenzar una amistad. Sin embargo, en cuanto ha empezado la película, he comprobado que no hay peligro de acercamiento por parte de Sergio. De hecho, creo que está a punto de abrir la puerta, salir corriendo y dejarme aquí tirada.

—¡Me cago en mi puta vida! —Salta del asiento al ver en la pantalla de cine a una chica poseída por un demonio cortarse la lengua por la mitad con un cuchillo.

—Voy a empezar a pensar que no te gustan las películas de terror —digo al mismo tiempo que picoteo mi caja de palomitas.

—Las odio —admite, achicando los ojos y mirando la pantalla solo de reojo.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? Podíamos haber visto otra cosa.

—Creía que sería más de suspense.

—Pero si se llama *Posesión infernal*…

—Vale, intentaba hacerme el duro como un gilipollas —reconoce—. Lo que no entiendo es por qué a ti te gusta sufrir voluntariamente… Me parece que te van las emociones fuertes más de lo que quieres admitir.

Estar con él aquí y ahora es mi idea de emoción fuerte.

—Me gustan como espectadora, supongo. Las películas de terror son emocionantes y asustan, pero es un miedo controlado.

—¿Y no prefieres dejar de ser una espectadora y vivir las cosas en tu propia piel?

—No me apetece mucho que una chica poseída me persiga por el bosque para arrancarme las entrañas —bromeo, tratando de olvidar de inmediato su forma tan sexy de pronunciar «piel». En realidad, creo que conseguiría ese efecto con cualquier palabra que saliera de su boca: cloaca, por ejemplo. Espantapájaros, avestruz, merluza en salsa verde…

—Podrías atreverte a saltar de ese acantilado que tanto miedo te da —me recuerda.

—Tenemos un concepto muy diferente de lo que significa el miedo controlado. —Me río.

—Tenemos conceptos muy diferentes para casi todo, aunque eso me gusta.

Sus ojos descienden hasta mi boca y yo abro los labios en un gesto instintivo. Él se mueve despacio y yo siento que un hilo invisible tira de mí en su dirección mientras mi cerebro me exige que me aleje. Mi cerebro y el chillido histérico procedente de la película que hace que Sergio se sobresalte y casi se golpee con el techo en la cabeza. Acto seguido, una lluvia de sangre empapa toda la pantalla.

—Creo que voy a vomitar —dice, agarrándose con fuerza al volante.

Yo opto por meterme un puñado enorme de palomitas en la boca. Mejor evitar tentaciones.

***

Al volver a casa y tras aparcar la furgoneta en su garaje, Sergio se ofrece a acompañarme la escasa distancia que separa su puerta de la mía. Le digo que no hace falta, pero insiste.

—Todavía no estoy preparado psicológicamente para que me dejes solo —bromea.

—¿Tan horrible ha sido? —le pregunto durante el paseo de diez metros más lento de la historia.

—Bueno, no pienso volver a pisar un bosque ni a acercarme a una motosierra ni a una bañera ni a un espejo. —Mete las manos en los bolsillos de su pantalón corto—. Y creo que no voy a volver a

dormir nunca más.

—Pobrecito. ¿Te quedarías más tranquilo si voy a mirar debajo de tu cama? —me burlo.

—Preferiría tenerte sobre mi cama si puedo elegir. —Arquea la ceja.

Nos detenemos al llegar a la cancela.

—Eso complicaría bastante lo de ser amigos. —Miro al suelo porque estoy segura de que el rubor de mis mejillas es evidente hasta en la oscuridad.

—Ya… pero es que contigo yo nunca hubiera elegido la tercera opción. —Me da un beso en la mejilla que me hormiguea por toda la cara—. Buenas noches.

No sé por qué el cine y la literatura se empeñan en dar tanta importancia al corazón. Es la piel la que lo siente todo antes, la primera en prevenirnos.

—Buenas noches —balbuceo como si fuera lerda y me meto en casa a toda prisa.

Sol se ha quedado dormida viendo una película en el sofá. La despierto para que se vaya a la cama y agradezco que esté tan grogui como para no ser capaz de preguntarme por Sergio. Después de esta noche no sé con qué cara voy a poder seguir defendiendo que solo somos amigos.

Subo a mi habitación y empiezo a desvestirme, pero antes de que me dé tiempo a quitarme la camiseta, me distrae el pitido de un *wasap*. Saco el móvil del bolso y veo que es él quien me ha escrito. Me siento en la cama con una sonrisa que no necesito ver reflejada en el espejo para saber que es peligrosa y leo su mensaje: «Solo hay dos pelusas y una chancla debajo de mi cama y no tienen pinta de estar poseídas. Por si estabas preocupada por mí… Que duermas bien, doña perfecta. Yo no creo que pueda, aunque eso no tiene nada que ver con la película».

Y lo peor es que no puedo negar que él mismo me lo advirtió. La tercera opción nunca sale bien.

14

Autodescubrimiento

Cuando te das cuenta de que los cimientos de tu vida no son tan firmes como tú creías, tienes dos posibilidades: ignorarlo y dejar que se tambaleen hasta que un día se desmoronen por su propio peso o tratar de descubrir la raíz de esa inestabilidad antes de terminar sepultada. En estos días he llegado a la conclusión de que mi error durante los últimos años fue olvidarme de mí, dejarme de lado para construir un personaje con una vida ideal, en una actuación tan convincente que me difuminé hasta convertirme en un borrón de mi propia existencia.

Así que aquí estoy, sentada sobre una esterilla, intentando rescatarme a mí misma, conociéndome mejor. Aunque, sinceramente, en mi idea del autodescubrimiento no me imaginaba inspeccionándome el clítoris con un espejo de mano. Pero por algo hay que empezar, ¿no? Además, a Sol le fascinaba la idea de asistir al taller de *autocoñocimiento* de Lola desde que la conoció en el bar de Sergio hace unos días. Por lo que me contó, le faltó poco para pedirle que la adoptara, así que lo mínimo que puedo hacer es acompañarla hoy.

—Espejito, espejito mágico… —entona con voz cantarina mi amiga a la vez que sostiene el espejo y observa su reflejo—, ¿quién entre todas las damas de este reino tiene el chocho más hermoso?

A las dos chicas sentadas frente a nosotras se les escapa la risa, y eso que todavía no hemos empezado.

—¡Shhh! Haz el favor… —Le doy un manotazo en el brazo.

Ambas estamos sentadas con las piernas cruzadas en el suelo de una pequeña sala de paredes blancas y suelo de parqué, formando un círculo con las otras cuatro mujeres que asisten al taller. Las dos chicas que le ríen la gracia a la rubia deben tener veintipocos años y han venido juntas, mientras que las otras dos mujeres, calculo que rondarán los sesenta, también charlan animadamente pero sin esa confianza evidente que implica la amistad.

La luz natural de la sala procede de un amplio ventanal desde el que se ve el mar y una música instrumental relaja el ambiente donde flota el sutil olor a lavanda de las varitas de incienso que Lola está encendiendo.

La calma previa al inicio del taller se interrumpe con el sonido de mi móvil. Lo saco del bolso rápidamente y veo que Brina me está llamando por FaceTime. Rechazo la llamada y pongo el teléfono en silencio. Enseguida comienza a vibrar. Brina otra vez. Vuelvo a rechazar a llamada y ella vuelve a insistir.

—Mira a ver qué quiere, porque si es algo urgente y no se lo coges, te lo va a estar recordando el resto de tu vida —me avisa Sol.

El tintineo de las pulseras de Lola me avisa de que se está acercando. El taller está a punto de comenzar. Pulso el botón de aceptar la llamada.

—¿Estás bien? —pregunto en cuanto veo su cara aparecer en la pantalla—. No puedo hablar mucho.

—Pues no sé, ¿tú estarías bien si tu marido quisiera acostarse con otras?

—¡¿Qué?! —gritamos Sol y yo al unísono.

—Andrés quiere ir a un club de intercambio de parejas. Cree que deberíamos animar nuestra vida sexual —nos explica con los dientes apretados.

—Oye, eso puede ser divertido —opina Sol.

—Mira, no. Divertido puede ser hacer submarinismo, no ir con tu mujer, a la que has jurado fidelidad de por vida, a una bacanal —vocifera.

Las conversaciones de mi alrededor se detienen.

—Brina, casi mejor te llamamos luego —le digo.

—¿Por qué? ¿Estáis muy ocupadas poniéndoos hasta arriba de daiquiris para preocuparos por vuestra amiga cuyo matrimonio se va a la mierda?

—No, pero estamos en un taller de sexualidad femenina que va a empezar ahora mismo y…

—Pues si es de sexualidad femenina —me interrumpe—, ¿podéis preguntar si soy rara por no querer que un montón de

desconocidos me la metan por todos los agujeros posibles?

—Ya se lo has preguntado tú, te están escuchando todas —la avisa Sol.

—Aura —me llama Lola.

—Sí, sí, perdón, ya cuelgo —me disculpo, avergonzada.

—No, no, espera. Es evidente que tu amiga tiene un problema y qué mejor que un grupo de mujeres para ayudarla. —Abre los brazos con las palmas extendidas—. ¿Verdad, chicas?

—Sí, sí —afirman todas y cada una de ellas con ávido interés.

Brina está tan alterada y tan necesitada de un hombro en el que llorar que accede enseguida a esta especie de terapia grupal, así que sostengo el móvil mientras nos relata a todas las presentes la conversación que tuvo con Andrés y su idea de acudir a un local de intercambio de parejas.

—Es que ni siquiera me planteó hacer un trío en casa —se queja.

—¿Estarías dispuesta a hacer un trío? —pregunta Sol, arrugando la frente.

—¡Pues claro que no! Pero me parece, no sé, un paso previo a una orgía, ¿no?

—No todo el mundo que va a un club de intercambio participa en orgías —apunta Lola—. Brina, eso es algo que tienes que decidir tú con tu marido. Incluso podéis practicar sexo solo entre vosotros, aunque permitiendo que otros os observen. Lo más importante es que haya comunicación, que antes habléis sobre lo que deseáis hacer y lo que no, y siempre hay que acordar los límites —explica, gesticulando suavemente con las manos.

—Pero es que yo no me veo haciendo nada de eso. —La voz de mi amiga se apaga.

—Escúchame, no tienes por qué hacer algo con lo que no te sientas a gusto solo por complacer a Andrés —aseguro.

—Totalmente de acuerdo —coincide Lola—. Dicho esto, probar nuevas maneras de relacionarse sexualmente puede ser una forma de enriquecer una relación. Brina, ¿por qué estás tan segura de que el intercambio de parejas no es para ti?

—Pues no sé, porque hay cosas que sabes que no te van a gustar aunque no las hayas probado nunca. Y el *bukake* es una de ellas.

—Perdón, ¿qué es un *bukake*? —pregunta Amaia, una de las mujeres de mediana edad, alzando la mano.

—Es un centro de flores, ¿no? —responde Paloma, de edad similar y sentada a su lado.

—Es una práctica sexual en la que varios hombres eyaculan sobre una mujer —aclara Lola.

—Uy, por Dios, ¡qué lío! —profiere Amaia—. Quita, quita… —Hace aspavientos con la mano—. Con lo que cuesta ya encontrar a un hombre decente, como para hacerlo con varios…

—Ya ves, aquí iba a estar yo mirándome el chumino si tuviera a alguien que le diera alegría —interviene Susana, una de las chicas más jóvenes.

—Ay, alma de cántaro, pero si tú todavía eres una niña —comenta Paloma con ese tono condescendiente que regalan los años—. Espera a que llegues a mi edad y se te quede lo de abajo como una ñora.

—El mío se parece más a una ciruela sin hueso —replica Amaia y a las dos les entra un ataque de risa.

—Ay, calla, calla, que me hago pis encima —dice Paloma mientras se abanica con la mano.

—¿Alguna de vosotras ha estado en un club de intercambio? —pregunta Lola, reconduciendo la conversación.

—Una vez, por curiosidad —comenta Sol—. No estuvo mal. Sabes a lo que vas, pero si no te apetece, nadie te mira mal. Si lo piensas, es más seguro que una discoteca.

—No me compares, Sol —protesta Brina.

Óscar y yo solemos tener sexo los fines de semana, sin experimentos ni mucho juego previo, y en dos posiciones: arriba y abajo. Ya que no tengo demasiado que aportar sobre prácticas sexuales innovadoras, mi única función sigue siendo orientar el móvil según avanza la conversación para que Brina pueda ver con quién está hablando.

—Perdonad que me meta —tercia Amaia—. Sé que no te va gustar escuchar esto, pero si tú no vas con tu marido a ese club, irá él solo. Te lo digo yo, que voy camino de mi tercer divorcio y siempre por la misma razón.

—O sea, que si no hago lo que él quiere…

—Brina, Andrés no es tu dueño —le recuerda Sol.

—No estoy diciendo que tengas que hacerlo, cielo —aclara Amaia—, digo que si no lo haces, te va a ser infiel, más tarde o más temprano —suelta sin adornos, con la libertad que le otorga ser una desconocida y no tener que preocuparse por herir sus sentimientos.

Esta vez ni Lola abre la boca. El silencio de la habitación revela que todas estamos de acuerdo en que es una teoría injusta pero probable.

—Brina… —Me veo en la obligación de intervenir—. ¿Por qué no le cuentas a Andrés lo que nos estás diciendo a nosotras? Si se lo explicas, seguro que hay otra forma…

—No —me corta—. Tiene razón, Aura. Lo que no encuentre en casa lo va a terminar buscando fuera... Tengo que ir a uno de esos clubs por mi cuenta —decide—, así podré hacerme una idea de lo que es.

Las opiniones a favor y en contra empiezan a sobrevolar la habitación, pero poco importa ya lo que discutamos, Brina es una mujer con una misión, y no va a parar hasta llevarla a cabo.

Cuelgo el teléfono con una sensación amarga. No sé cómo ayudar a mi amiga, y yo siempre he sabido hacerlo. Se supone que yo soy la sensata, la equilibrada del grupo, el árbitro en las discusiones. No sé en qué momento me coronaron como la voz de la razón; hace tiempo que perdí la mía. ¿A quién pretendo dar consejos?

El taller comienza y continúo descubriendo más cosas. Que las vulvas pueden tener forma de tulipán, de buñuelo y de antorcha olímpica. Y que no tengo ni la más remota idea de sexualidad, de la fisiología del placer femenino o de qué es lo que me gusta en la cama. Pues menuda mierda de autodescubrimiento.

15

Cerrar esa puerta

La luz apenas se filtra entre los gigantescos pinos y soy incapaz de orientarme, por lo que llevo ya un buen rato con la sensación de caminar en círculos. La última vez que estuve en este bosque fue con Sergio y me dejé guiar por él. Debería haber prestado atención. Lo único que recuerdo es un camino señalizado con troncos de madera desgastados y clavados al suelo.

Al caminar, mis tacones se hunden en la tierra mojada y la falda de tubo apenas me deja libertad de movimiento. Miro el reloj, solo quedan tres minutos para las doce. Tengo una reunión y no voy a llegar a tiempo. Busco el móvil dentro del bolso; no está. Empiezo a sudar a través de la blusa y noto mi pelo hincharse igual que un paquete de palomitas dentro del microondas a causa del calor. No puedo presentarme delante de un cliente con estas pintas.

Mi difunta abuela Inés me sorprende plantándose delante de mí con un bocadillo de *foie gras* envuelto en papel de aluminio. Me pide que me coma la merienda y añade que estoy muy delgada. Se lo agradezco, pero le digo que no tengo tiempo de comer, me esperan en una reunión muy importante y ya llego tarde.

Sigo adentrándome en el bosque que parece no tener fin. El crujido de una rama bajo mis pies me sobresalta y tropiezo con mis propios pies, el zapato derecho se me sale y en un reflejo rápido, busco apoyo en el tronco de un árbol, con lo que solo consigo rasparme la palma de la mano. Se acabó. Me quito los zapatos y los lanzo lo más lejos que puedo. Odio los dichosos tacones. Esa constante opresión en los dedos, soportando todo el peso del cuerpo mientras caminas cual bailarina de *ballet*, como si fuera natural ir por el mundo de puntillas.

Resoplo y me siento en el suelo, rajándome el lateral de la falda. Estoy harta, cansada, perdida. No hay ninguna dirección que seguir. No existe un camino de baldosas amarillas, ni leones o espantapájaros que me acompañen. Solo árboles que se suceden en

idénticas filas a modo de cadena de montaje, precisa y repetitiva.

Una figura surge a lo lejos entre esos mismos árboles y siento un alivio inmediato. Es Óscar. Lo reconocería incluso de espaldas. Lo llamo y me mira. Me levanto y voy hacia él. Cuando estoy a punto de llegar a su altura, da media vuelta y se aleja. Lo vuelvo a llamar; no se gira. Intento correr, pero mis piernas no responden y me quedo clavada en el sitio sin poder moverme. Óscar desaparece entre los árboles y grito su nombre, aunque de mi boca no sale ningún sonido. Chillo hasta desgañitarme, con una tensión en la garganta que amenaza con romperme las cuerdas vocales. Da igual lo mucho que lo intente, estoy muda y paralizada. Las lágrimas caen estériles por mis mejillas y a nadie le importa, porque nadie puede verme. Estoy sola.

Un sonido, el de mi móvil, resuena por todo el bosque. Doy vueltas y lo busco desesperada por el suelo. Cada segundo lo escucho más y más alto, más cerca. Abro los ojos. El teléfono está sonando e ilumina la oscuridad de mi habitación. Alargo el brazo y lo cojo de la mesita. Es Sergio.

—¿Sí? —respondo con la boca pastosa y el corazón acelerado.

—Vístete, te recojo en quince minutos.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Será broma…

—Date prisa o nos lo vamos a perder.

—¿El qué?

—Quince minutos —repite y cuelga.

Lo quiero matar. En realidad, quiero volver a dormir y matarlo más tarde cuando ya no tenga tanto sueño, sin embargo, me levanto. Tampoco me apetece volver a la pesadilla que estaba teniendo, así que me lavo la cara, me cepillo el pelo y me visto con unos vaqueros, camiseta blanca de tirantes y chaqueta gris de punto.

Abro la puerta justo cuando me envía un mensaje para que salga.

—¿Café? —Me coloca un termo caliente bajo la nariz, que acepto más dormida que agradecida.

—¿Dónde vamos? —pregunto con un bostezo.

—No puedes seguir siendo una turista más —se limita a contestar.

Nos montamos en su furgoneta y antes de ponerme el cinturón lo aviso de que no me veo capaz de mantener una conversación ni por educación. Se ríe de mi mal despertar y promete no hablarme en la media hora que dura el trayecto. Me recuesto en mi asiento sin molestarme en fingir que trato de vencer el sueño mientras él conduce por la carretera oscura y desierta. Aunque no llego a quedarme dormida, caigo en un duermevela apacible gracias al movimiento y la temperatura cálida del interior.

Sergio me toca el hombro para avisarme de que estamos llegando. Abro los ojos y frente a mí se extiende otra carretera, mucho más estrecha, sinuosa y mal asfaltada.

—¿Vas a secuestrarme, matarme y descuartizarme? —pregunto.

—Eso bajaría mi puntuación en Airbnb.

A pesar de que el cielo todavía envuelve el paisaje en un manto oscuro, al fondo del camino ya se adivina una lengua de tierra rocosa, sin civilización en kilómetros a la redonda, que se adentra en el mar y en cuyo extremo sobresale un faro blanco de unos veinte metros de altura que corona un acantilado.

Aparcamos a escasos metros del faro y Sergio saca de la parte trasera de la furgoneta un par de mantas y una caja rectangular de cartón blanco.

—Hemos venido a ver el amanecer. —Deduzco con una sonrisa, prueba de que el madrugón ha merecido la pena.

—Hemos venido a desayunar mientras vemos el amanecer —me corrige.

Seguimos el camino, bordeamos el faro por la izquierda y llegamos a una explanada desde la que se contempla el mar, oscuro y en calma. Sergio extiende una de las mantas en el suelo y nos sentamos pegados a la pared de la torre. Me ofrece la otra para taparme, pero no la necesito, no tengo frío. La brisa fresca invita a respirar hondo, como si pudieras beberte el mar a bocanadas.

—No sé lo que te gusta, así que he traído un poco de todo.

Abre la caja y mi estómago se despierta en el acto con el olor

de la mantequilla. Hay cruasanes, napolitanas de crema, *cookies* enormes, *muffins* de arándanos, minipalmeras de chocolate y tartaletas de manzana.

—¿De dónde has sacado todo esto? A estas horas no hay nada abierto.

—Es una isla pequeña, pero tengo algunos amigos. —Coge su café y le da un trago—. Empieza, todavía están calientes.

El cruasán cruje un poco al morderlo y el hojaldre se deshace en la boca justo antes de llegar a la mantequilla del centro.

—Mmmm… —Se me escapa un gemido de absoluto placer—. Está buenísimo.

—Se nota. —Se ríe.

—Creo que se me había olvidado lo mucho que me gusta comer —confieso.

—Pues no deberías privarte de lo que te gusta —asegura, llevándose una palmera a la boca.

No sé si en ese comentario subyace una doble intención, pero yo la busco de todas formas. Porque es precisamente lo que hago con él: privarme, contenerme.

El sol emerge sobre el agua poco a poco, casi perezoso, y se eleva sobre el horizonte a la vez que sus rayos alumbran el cielo azul salpicado de diminutas nubes, tiñéndolo de un cálido color anaranjado que acaricia las mejillas.

—Dan ganas de pintarlo —suelto al aire, impregnado de sal.

—Hazlo, nadie te lo impide —responde con esa ligereza suya.

—Yo nunca hago cosas así, tan sencillas pero tan bonitas —reconozco con la vista fija en el horizonte que va cambiando de color.

—Yo tampoco las hacía en Madrid.

—¿Alguna vez te has planteado volver?

—¿A vivir? —Asiento con la cabeza y él alza las cejas—. No, yo ya estoy atado al mar. Y Madrid me ahoga.

Lo entiendo. Si pienso en volver noto cómo se me cierra la garganta. Pero prefiero olvidarlo, no quiero que me amargue el día que aún está por comenzar, así que miro el cielo y sonrío.

—Gracias por traerme.

—¿Sabes que tienes una sonrisa ridículamente bonita? —Entorna los ojos y me mira fijamente—. No esa educada de doña perfecta que enseñas a todo el mundo, sino la de verdad, la que te llena las mejillas y que estoy seguro de que solo regalas a unos pocos privilegiados.

—No me mires así —le pido—. Me pones nerviosa.

—¿Cómo te miro?

Como si quisieras hacerme cosquillas con los ojos. No se lo digo, suena demasiado cursi.

—No sé… como si intentaras memorizarme.

—Es que lo hago —afirma— porque sé que vas a desaparecer pronto de mi vida y voy a querer recordarte.

¿Te puedes olvidar de respirar? Literalmente, me refiero. Se acerca con deliberada lentitud, dándome unas cuantas oportunidades para salir corriendo, pero me quedo quieta hasta que sus labios se posan sobre los míos, de una forma casi inocente. Y digo casi porque en cuanto me roza la mejilla con el pulgar y hunde los dedos en mi cuello, cada célula de mi cuerpo se activa. Abro la boca y nuestras lenguas se rozan precavidas, saben que están a punto de traspasar una línea imborrable. Un acto reflejo, el de mi mano aferrándose a su pelo, tirando de él, empujándolo hacia mí, es la confirmación que necesita Sergio para dispararse. Un beso húmedo estalla en el aire, nuestras lenguas se enredan, un jadeo, fuego en el estómago, las manos bajando por los hombros, otro jadeo, aceleramos, nos mordemos la boca, los labios viajando por el cuello, el roce áspero de su barba, otro jadeo, las manos por todas partes, nos quedamos sin aire.

—Joder, Aura —gruñe en mi oído.

Como la electricidad viajando a través de un cable, su voz agitada me recorre el cuerpo. Nunca antes he escuchado mi nombre pronunciado con tanto deseo. Por nadie. Ni siquiera por Óscar... ¡Óscar!

Soy egoísta, tan egoísta que le doy un último beso porque yo también quiero poder recordarlo cuando me vaya. La versión de mí que siempre opta por hacer lo correcto toma el mando. Rompo el contacto y me levanto.

—Llévame a casa, por favor.

Camino hacia la furgoneta con las piernas temblorosas, huyendo de las ganas de quedarme abrazada a él hasta que el sol se esconda otra vez.

Hacemos la vuelta en silencio, ambos con la vista fija en la carretera. Sigo cada curva, cada recta, cada línea pintada en el cemento para evitar pensar. En cuanto llegamos a casa y Sergio pisa el freno, ya estoy abriendo la puerta y bajándome de la furgoneta.

—Aura, espera. —Me corta el paso, colocándose delante de mí. Y me detengo porque cuando me mira, me flaquea la voluntad—. Háblame, por favor. No me manejo bien con el silencio.

—Sergio, yo… Es que no… —suspiro—. Vamos a dejar esto aquí.

—A veces no pienso dos veces… Joder, a veces no pienso ni una. —Se frota nervioso la frente—. Funciono a chispazos, lo siento.

Me pide perdón sin necesidad. Ese beso llevaba dos semanas suspendido entre nosotros. Nos hemos buscado hasta que nos hemos encontrado, así de simple. Y una de las pocas cosas que tengo claras en este instante es que Sergio me gusta. Es imposible ignorarlo, el sentimiento es igual de sutil que una patada en el pecho.

—No pasa nada.

—Sí, sí pasa. No me despaches con una frase educada, no finjas conmigo. Háblame o lánzame algo si quieres, pero dime la verdad.

No quiero, pero me obligo a deslizar las palabras que llevo atascadas en la garganta.

—No creo que podamos ser amigos —pronuncio con una voz tan neutra que ni la reconozco.

—No, no podemos —responde con una risa triste y se muerde el labio—. Porque no quiero ser amigo tuyo. Yo quiero besarte cada vez que te veo.

Me acaricia la mejilla y me aparto de nuevo. Me alejo sin mirar atrás, porque es la única forma que se me ocurre de cerrar esa puerta de golpe.

16

Fustigarme

Son las diez de la mañana y ya he planchado la colada, fregado los baños, limpiado la campana extractora de la cocina y sacado brillo a los cristales del salón. Ahora estoy de rodillas en el jardín, despeinada y sudorosa, tratando de arrancar las malas hierbas, aunque la única mala hierba que hay por aquí soy yo.

Rastrera, infiel y desleal. Son solo algunos de los adjetivos que me he dedicado a mí misma y que luchan en una guerra interna con la imposibilidad de sacarme a Sergio de la mente, de deshacerme de su tacto, aún sensible en las yemas de mis dedos. Tengo grabado a fuego ese beso y no dejo de visualizarlo como si fuera mi escena de película favorita. Igual que cuando tenía doce años y veía en bucle aquel momento en el ascensor de Leonardo DiCaprio y Claire Danes en *Romeo y Julieta*.

Es ridículo. Soy ridícula. Ya no tengo edad para idealizar un simple beso. Los besos son engañosos, demasiado fáciles de confundir con el amor, especialmente los buenos. Además, ¿de cuánto tiempo hablamos? ¿Veinte o treinta segundos? Medio minuto no va a llevarse por delante una relación de cinco años. Una relación en la que los besos nunca han sido memorables, me traiciona mi inoportuno subconsciente.

Óscar y yo nos conocimos una noche en un bar de copas. Hablamos no recuerdo de qué, intercambiamos teléfonos, después llegaron los cafés, un par de cenas, y en menos de un mes ya nos considerábamos pareja. Entre nosotros nunca han estallado fuegos artificiales y tampoco los hemos necesitado. Somos una llama pequeña pero constante.

El sol calienta con sutileza y la temperatura es perfecta ahora mismo. Hace un día increíble y no merezco disfrutar de él, así que al ver un cactus coronado con pequeñas flores rosas y amarillas ni me lo pienso. Llevo el dedo índice directa a él y me pincho con saña.

—¡Au! —me quejo.

—¿Qué haces? —pregunta Sol, saliendo del salón en pijama y quitándose las legañas de los ojos.

—Busco mi penitencia —admito, chupándome el dedo—. Sergio me ha besado.

—Ah, pues muy bien… ¿Has desayunado?

—Podrías sorprenderte un poquito, ¿no? —replico, ofendida.

—Brina dándole al *bondage* en un columpio sexual podría sorprenderme. Que tú hayas besado a Sergio estaba más que cantado —dice, rascándose la tripa con tranquilidad.

—Me ha besado él —me defiendo de manera infantil.

—Porque si tuviera que esperar a que tú des el primer paso, estaríamos aquí hasta la próxima glaciación.

—Yo no hago esas cosas. No soy ese tipo de persona.

—¿Qué tipo de persona?

—Infiel —susurro con la boca pequeña.

—Ay, Aura, cuánto daño te hizo el colegio de monjas. —Pone los ojos en blanco y se acerca para sentarse en el césped frente a mí—. Nadie se considera ese tipo de persona, a no ser que haga de ello un hábito. Bueno, y ni aun así…

—¿Puedes olvidarte de que en tu mundo de amor libre todo vale y ponerte un segundo en mi lugar? Voy a casarme, Sol. ¿Qué hago besando a Sergio?

—Has besado a Sergio porque es lo que te pedía el cuerpo, porque te has dejado llevar y te has permitido ser libre por una vez, y eso entra en contradicción con tu forma de ser y con el tipo de relación que mantienes… —Me aprieta el hombro con cariño—. Lo entiendo, ¿vale? Te asusta. Pero también es una de las razones por las que estás aquí. Tienes la oportunidad de redescubrirte, de plantearte cosas, y quizá una de ellas sea el matrimonio.

—No tengo nada que plantearme. —Niego con la cabeza—. Ha sido un error y punto.

—El *brownie* también fue un error.

—¿Qué?

—El *brownie* existe porque a alguien se olvidó de echar levadura a un bizcocho.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunto, agobiada.

—Pues que de un error surgió el puto mejor postre del mundo. Porque, a veces, de los errores salen cosas buenas.

Una alarma se activa en mi cerebro. Lo último que me hace falta es que Sol me dé alas. Que me las ampute, de cuajo a poder ser, es lo que necesito.

—Quiero a Óscar, eso lo tengo claro.

—Pues tal vez haber besado a Sergio te sirva para reafirmarte en que quieres a Óscar… Quizá ha sido algo bueno para vosotros.

—Bonita manera de justificar unos cuernos —refunfuño.

—Oye, pues si quieres te tatúo una letra escarlata —espeta, molesta— o, mejor aún, te das una vuelta desnuda por el paseo marítimo y yo te voy gritando «Shame, shame, shame» como a Cersei Lannister mientras los *guiris* te escupen y te lanzan lechugas.

—Es que esto no tenía que pasar —murmuro.

—Claro que tenía que pasar, porque todo pasa por algo, y tú has estado jugando con fuego, guapa. Pero si me pides que te ayude a fustigarte, lo siento, te has equivocado de amiga. Mejor llama a Brina, que se le da mucho mejor… Yo me voy a desayunar.

No la detengo cuando se levanta porque sé que no puede ayudarme. Es cierto, necesito fustigarme. Necesito que alguien me culpe por lo que he hecho, porque el arrepentimiento todavía me esquiva, así que hago lo más dañino que se puede hacer en estos casos, me encierro en mi habitación y llamo a Óscar.

—Cielo, estoy a punto de entrar en una reunión —responde, distraído—. Te llamo luego, ¿vale?

Abro la boca para hablar, pero mis cuerdas vocales se niegan a cooperar. No me he tomado el tiempo para elegir las palabras adecuadas. Como si existieran…

—¿Aura?

—Óscar… —Los nervios se concentran en mi estómago.

—¿Qué pasa? —Noto un leve tono de ansiedad en su voz.

—He hecho una tontería… Yo…

—Para —me corta—. No quiero saberlo.

—Pero…

—Aura, no quiero saberlo.

—Necesito contártelo…

—Y yo te repito que no quiero saberlo —pronuncia entre dientes.

—Es que no ha sido nada en realidad —me apresuro a justificarme.

—Si no ha sido nada no creo que hablar de ello nos ayude… Piensas volver en unos días, ¿verdad?

—Sí.

—Pues solo te voy a pedir una cosa: que cuando cruces la puerta de casa las cosas vuelvan a ser como siempre. A cambio, nos olvidaremos de que este mes ha existido —replica con una frialdad tan calculada que me hace pensar que ya tenía preparada esta conversación.

—Espera, me estás diciendo que…

—Has entendido de sobra lo que te estoy diciendo.

Lo he entendido, sí, pero me cuesta procesar el hecho de que mi novio me esté dando una especie de tiempo muerto en nuestra relación durante el que puedo hacer lo que quiera, siempre y cuando no hablemos de ello.

—¿Y tú qué vas a hacer? —inquiero con recelo.

—¿Yo? —suspira cansado—. Yo, nada, Aura. Tengo todo lo que quiero en nuestra casa.

Declaración de amor y puñetazo verbal, dos por uno.

La conversación no se alarga más. Me he quedado sin argumentos y Óscar tiene que entrar en su reunión. En cuanto cuelgo el teléfono y la habitación se queda en silencio, Sol entra con la fuerza de un miura.

—He vuelto porque estaba segura de que ibas a hacer una tontería tan grande como llamar a Óscar y pensaba tirarte el móvil al váter, pero he llegado tarde, así que solo he podido pegar la oreja a la puerta. —Se sienta en la cama y cruza una pierna sobre la otra—. Mejor me cuentas todo porque desde fuera no se escucha nada bien.

—Creo que me ha dado carta blanca para hacer lo que quiera hasta que vuelva, siempre y cuando finjamos que no ha pasado —le

resumo, todavía inmóvil y sin pestañear.

—Un momento… ¿Óscar te ha dicho que le parece bien que te acuestes con otros? —pregunta con los ojos cual besugo.

—No con esas palabras y tampoco creo que le parezca bien, pero sí.

—Y luego la *hippie* soy yo. —Se ríe—. Os estáis volviendo todos de un liberal que empieza a asustar.

—No tiene gracia y no lo entiendo.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? —pregunta ante mi cara de estupefacción. —No ha podido ponértelo más fácil.

—Es que no debería ponérmelo fácil. ¡Él no es así! ¡Nosotros no somos así, joder! —Reacciono por fin—. No me dedico a ponerle los cuernos alegremente por ahí para después fingir que todo es perfecto. No está bien. Nada de esto está bien…

—Mira, Aura, nadie aquí te está juzgando para entrar en el cielo o el infierno. Llevas tres semanas quejándote de que tu vida no te gusta, pues espabila de una vez. —Me chasquea los dedos en la cara —. No sé si la solución es acostarte con Sergio, dejar tu trabajo o irte a un monasterio budista, pero haz algo que te descoloque, que te saque del molde en el que te has metido a la fuerza, porque estás tan acostumbrada a negarte las cosas que quieres, que tú solita te has convencido de que no las mereces. —Abro la boca para protestar, pero levanta la mano para frenarme—. Eras tú la que se moría por un verano memorable y yo me he quedado aquí contigo para que lo vivas, así que si te vas a rajar, avísame para ir comprando el billete de vuelta. Y ahora sí que me voy a desayunar, que por tu culpa ya se me habrá enfriado el puto café.

Cuando sale de la habitación, me doy cuenta de que he estado reteniendo el aliento. Porque así soy yo, capaz de evitar respirar con tal de no molestar. Y aun así, lo único que he conseguido es cabrear a todo el mundo.

17

SOL

Teo es Teo

—¿En qué estás pensando, canija? —quiere saber Teo—. Porque estás muy lejos de esta conversación.

Sí, estoy muy lejos, en la zona horaria de Júpiter más o menos. No sé ni de qué estábamos hablando porque no paro de pensar en el fraude que soy. Me he cabreado con Aura, le he exigido que sea más valiente, mientras yo soy incapaz de ser sincera con mi mejor amigo, con la persona que guarda todos mis secretos como si fueran suyos.

Solo él sabe que cuando tenía catorce años pillé a mi padre en el despacho de su oficina con una mujer que no se parecía en nada a mi madre, o que a los veinte tuve un novio al que mis amigas consideraban encantador, pero al que también le gustaba humillarme, llamándome gorda, fea e inútil cuando nadie miraba. Jamás he visto tanta furia en los ojos de Teo ni tantas ganas de partirle la cara a alguien. Para ser más precisa, nunca ha querido pegar a nadie más. Por suerte, dejé a aquel cabrón antes de que fuera demasiado tarde para mi autoestima y para los dientes de mi amigo, porque no tiene ni idea de pelear y se habría llevado una buena paliza.

Lo observo a través de la pantalla de mi móvil, sentado en su sofá con la espalda muy recta, vestido con una camisa azul perfectamente planchada y con esa pinta de niño bien. Yo no me he molestado en mirarme hoy al espejo ni en deshacerme los enredos del pelo.

Si hubiera leído el nombre de Aura o el de Brina en ese papel que escribió hace diez años, no me habría extrañado, lo juro, pero ¿yo? Yo soy la amiga a la que nadie toma en serio, la loca de la vida que de un día para otro agarra su mochila, mete tres bragas y el pasaporte y se larga a recorrer Perú para fotografiar alpacas. Soy lo opuesto al compromiso y la estabilidad. ¿En qué momento Teo creyó estar enamorado de mí? Y digo creyó, porque es obvio que se confundió a lo grande. Me muero por preguntárselo, por hacer alguna broma al respecto, aunque no me atrevo. Odio esta timidez repentina

y absurda por mi parte. No debería caber entre nosotros.

—¿Tú crees en el amor para toda la vida? —le pregunto.

—¿Tan fuerte te ha dado con el cachas del bar? —Levanta las cejas, sorprendido.

—¿Qué? —Me cuesta un segundo darme cuenta de que se refiere a Enzo—. No, te hablo en serio.

—Sí, creo en el amor para toda la vida y en la monogamia, por mucho que me repitas que es una convención social.

—¿Por qué crees en algo eterno? Nada lo es.

—Porque, según tú, entonces no podría creer en nada.

—La pasión no dura más de tres años. Está científicamente demostrado.

—No hablo de la pasión ni de arrancarse la ropa, sino de elegir a una persona entre miles y quererla, a pesar de sus defectos, y que esa persona te elija a ti, a pesar de los tuyos… La última vez que estuve en casa vi a mi padre pellizcarle el culo a mi madre, y llevan juntos más de treinta años. Me dio un poco de grima, pero también me pareció bonito. —Sonríe para sí mismo—. Creo en el amor para toda la vida y creo en el amor que se transforma con el tiempo, aunque no todo el mundo sea capaz de aceptar lo que implica. La gente se cansa, se rinde demasiado rápido, y yo no quiero ser así. Pero ya sabes que yo soy un anticuado —añade.

Lo es, aunque a él le sienta bien.

—Todo el mundo se queja de que alguna vez ha pillado a sus padres haciéndolo… Los míos duermen en casas separadas desde que recuerdo, no se divorcian por el qué dirán y nunca he visto un gesto de cariño entre ellos. Supongo que partimos de puntos diferentes.

—Lo importante no es de dónde partes, sino a dónde quieres llegar. Y tú no te pareces en nada a tus padres, Sol —me recuerda. Es una frase que me lleva repitiendo media vida.

—Y tú seguro que encuentras a esa persona a la que seguir pellizcándole el culo dentro de treinta años.

—A lo mejor ya la he encontrado —expresa con timidez.

—¿Ah, sí? —El estómago me da una sacudida.

—¿Te acuerdas de Fabiola?

¿Que si me acuerdo de la *panettone*? ¿Del ideal de belleza femenino? Pues claro, la he estado espiando en Instagram. Es una lástima que no le pueda hacer vudú virtual. Nada peligroso ni mortal, solo le desearía reglas dolorosas o ataques inoportunos de gases.

—Me acuerdo.

—Vamos a pasar el fin de semana a Abu Dabi, lo que me recuerda que el domingo no voy a poder conectarme.

—Entonces la cosa va bien —pronuncio como si estuviera masticando cristales. Nuestros domingos son sagrados.

—La cosa va muy pero que muy bien… —Asiente con la cabeza.

La connotación sexual de esa frase no debería molestarme. Yo siempre le he contado a él mis relaciones con pelos y señales. Y hasta con onomatopeyas.

—Te juro que he hecho algunas cosas que jamás creí que…

—¡Voy! —grito al aire, fingiendo que me llaman a lo lejos—. Lo siento, tengo que ir a comprar con Aura. Luego hablamos, ¿vale? Un beso.

No le doy tiempo a responder. Cuelgo y tiro el teléfono sobre la cama como si me quemara los dedos. Prefiero que piense que soy una maleducada a que lea en mi cara lo que no es. Porque no estoy celosa, los celos no van conmigo. Yo nunca me he dejado llevar por esa sensación de inseguridad que te hace creer que tienes un derecho de propiedad sobre otra persona. Es solo que Teo es Teo. Y punto. ¿Tan raro es que quiera matar a la cerda que se lo está tirando y robándome los domingos?

Si tú saltas, yo salto

Llamo al timbre por tercera vez. Aporrear la puerta no me parece de muy buena educación, pero estoy dispuesta. De hecho, es lo que estoy a punto de hacer cuando Sergio abre por fin. Me encuentro de sopetón con su pecho desnudo y su piel morena, que contrasta con su pantalón corto blanco. Su pelo indomable se dispara en todas direcciones y no es justo que cada vez que lo vea me parezca más guapo.

—Aura, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Pasa algo? Joder, ¿qué hora es? —pregunta tan adormilado y desubicado a la vez que no puedo más que reprimir la sonrisa.

—Son las ocho. Ponte el bañador, nos vamos.

—Espera, ¿qué?

—Sé que te dije que no podemos ser amigos, pero quiero hacer una última cosa. —Veo la duda recorrer sus ojos somnolientos—. Por favor, esto solo puedo hacerlo contigo.

—Vale —suspira—. Pasa.

Se va a su habitación para vestirse mientras yo me quedo en el salón, por el que me muevo casi de puntillas y con curiosidad. Aunque esta casa es idéntica a la mía, entre los muebles blancos y de madera clara se respira la calidez de un hogar. Me fijo en la estantería que cubre una pared pintada de azul añil. Llena de libros y vinilos, es el rincón de un amante de la lectura y la música, aunque no hay nada a la vista que recuerde su pasado como cantante. Me acerco para ver la foto de una pareja joven que posa sonriente a la cámara. Están sentados a la mesa de un restaurante y la imagen tiene el típico grano de las fotos de hace unas cuantas décadas.

—¿Son tus padres? —le pregunto cuando le escucho caminar descalzo detrás de mí.

—Sí.

—Te pareces mucho a tu padre, pero la sonrisa es de tu madre.

—Le hubieras caído bien solo por decir eso. Siempre le pareció fatal haberme parido y que no sacara nada de ella.

—Perdona. —Me giro hacia él—. No sabía que ella…

—¿Sabes que te disculpas un montón de veces por cosas que no son culpa tuya? —apunta con una ceja arqueada.

—Sí, lo sé…

Es esa dichosa corrección que siempre me acompaña.

—Bueno, ¿a dónde vamos? —me pregunta, posando las manos sobre las caderas de donde cuelga su bañador de sandías sonrientes.

***

Cuando me he despertado a las siete de la mañana, la idea de saltar me ha parecido espontánea, divertida y valiente, sobre todo desde la seguridad de mi propia imaginación. Ahora, mientras me tiritan hasta los dedos de los pies y el estómago me sube y me baja como una bola de Pinball, pienso que haberme quedado durmiendo hubiera sido mucho más inteligente.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente? —pregunta Sergio a mi lado—. ¿El agua fría o estrellarte la cabeza contra las rocas?

—Si lo sé, no vienes…

—Solo pongo voz a lo que tú estás pensando. No pasa nada por tener miedo. Yo también lo tenía la primera vez que salté.

—¿De verdad?

—No, qué va… Pero es que soy un insensato. Una vez dejé que me pegaran en los huevos con un martillo, y solo por las risas.

Intenta distraerme y casi funciona, por lo menos hasta que me asomo y veo las olas chocar con violencia contra la pared del acantilado.

—No puedo hacerlo. —Doy media vuelta, pero me agarra del brazo antes de que me escape.

—Espera, espera… Ya que me has hecho madrugar y estamos aquí, tampoco vamos a rendirnos a la primera, ¿no?

—No me estoy rindiendo —protesto—, he decidido que no quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido es que no seas capaz ni de disfrutar el momento.

—Es que no voy a disfrutarlo —recalco muy segura—. Mejor nos vamos.

—Pues estabas bastante decidida cuando te has presentado en mi casa. ¿Por qué querías hacerlo?

—Porque me apetecía hacer algo impredecible, algo que me diera miedo y no fuera nada propio de mí —confieso con los ojos clavados en las uñas rosas de mis pies descalzos—. Pero es una tontería y no va a cambiar nada.

—Puede que no, aunque si no lo haces, nunca lo sabrás. —Se encoge de hombros.

¿Por qué cada frase que sale de su boca hace que todo parezca tan fácil? Respiro hondo y vuelvo a acercarme hasta el borde. Esta vez, él me coge la mano.

—Si tú saltas, yo salto —me promete.

—Eso es de *Titanic*. No me parece un buen ejemplo ahora mismo.

—Bueno, el que palmaba era él, ¿no?

Me entra la risa, aunque es de pura histeria. Las piernas amenazan con dejar de sostenerme y el corazón me galopa en el pecho.

—Estoy temblando —murmuro.

—Y justo por eso eres valiente —me recuerda—. Venga, doña perfecta, vamos a hacer el tonto un rato. —Me mira con un brillo divertido en sus ojos rasgados y por un segundo, me apetece. Me apetece mucho—. ¿A la de tres?

—Vale. —Asiento y ambos colocamos bien los pies en el borde.

—Una… —pronuncia sin dejar de mirarme a los ojos—. Dos… —Retengo el aliento y agarro su mano con más fuerza—. ¡Tres!

Saltamos y chillo como una loca todo el tiempo que dura la caída —podrían ser segundos o días—, y sigo chillando cuando me sumerjo. El impacto del agua fría me obliga a abrir los ojos. Todo lo ocupa el azul del mar. Un instante de calma me invade y contrasta con

la adrenalina que recorre mi cuerpo. Me impulso con los brazos y los pies para salir a la superficie y coger aire.

—¡Lo he hecho! —grito en cuanto la cabeza de Sergio aparece frente a mí. —¡He saltado!

—No, no has saltado. —Sonríe—. Has volado.

Mi piel parece vibrar, creo que nunca me he sentido más viva. La emoción del momento me impulsa a moverme hacia Sergio. Es irónico, porque lo acabo de conocer y, sin embargo, me parece un recuerdo, de cuando la vida era más liviana, de cuando no pesaba tanto. Acorto la distancia que nos separa y lo beso. Así, sin más. Él me rodea la cintura con los brazos y yo deslizo los dedos por su pelo mojado antes de enroscar las piernas alrededor de sus caderas. Nos besamos, meciéndonos al vaivén de las olas, con el agua helada todavía en los labios y nuestras respiraciones calentándonos. Me aprieto más contra él a medida que mi lengua se enreda con la suya y me doy cuenta de que hay besos que se dan con todo el cuerpo.

—Espera, Aura, espera… —Jadea y puedo notar la incomodidad en su voz.

—Lo siento. —Me aparto con rapidez—. No debería haberlo hecho —digo de forma automática aunque no estoy segura de arrepentirme.

—¿Qué? —pregunta confuso ante mi disculpa—. No, no, no... No me estás entendiendo. Me quedaría todo el día aquí contigo, es solo que, y aun a riesgo de joder el momento, si te sigo sujetando, me voy a ahogar. Aquí no hago pie.

—Ah. —Es todo lo que soy capaz de articular. Creo que el beso me ha frito el cerebro.

Nadamos en silencio hasta la orilla y en el coche tampoco hablamos demasiado. Solo sé que llegamos a casa en un tiempo récord, con las respiraciones contenidas, y aunque ya no estamos tan acelerados, las ganas siguen flotando en el aire.

—Te invitaría a desayunar —comento nada más bajar de la furgoneta—, pero está Sol y no sé si…

—Podemos desayunar en mi casa —me propone.

—Vale —accedo sin pensármelo.

Sergio mete la llave en la cerradura y en cuanto entramos en su casa se da media vuelta y me agarra de las mejillas. Se abalanza sobre mí contra la puerta y me besa. Sabe a sal y a mar. Sus manos bajan rápido por mis costados hasta llegar a mi culo. De un solo impulso me alza y yo enrollo las piernas alrededor de su cintura.

—Esto está mucho mejor —susurra contra mis labios y con esa voz ronca que es sexo puro.

Me besa el cuello y la clavícula antes de quitarme la camiseta, pero no tiene tanta paciencia con la parte superior del bikini. Me agarra los pechos con las manos y retira la tela para meterse un pezón en la boca. Suspiro con el roce de su barba contra la piel cuando lo chupa. Un pequeño mordisco manda una señal directa al centro de mi sexo y convierte mis piernas en las de una marioneta, haciéndome perder el equilibrio. Él reacciona empujándome con la cadera y clavándome su erección a la vez que me sigue sosteniendo contra la puerta.

—Joder, te haría de todo aquí mismo, pero tengo los condones en la habitación —se queja.

—Tomo la píldora —respondo con la garganta seca.

—¿Estás segura?

No, pero ahora mismo todo lo que no sea este instante no existe y la distancia hasta su cama me parece kilométrica.

—Hazlo. Ya —le exijo.

—A sus órdenes.

Su mirada se oscurece, se baja el bañador con una sola mano, aparta la tela de mi bikini y me penetra a la vez que estampa su boca contra la mía. Empieza a moverse dentro de mí, rápido, fuerte, duro. Me deshago de su camiseta y le clavo las uñas en la espalda con fuerza. Nos besamos con el sonido de nuestras pieles sudorosas chocando con urgencia. Cuando se corre dentro de mí, le tiro del pelo, arrancándole un gemido. Me muerde el hombro y yo lo sigo con un grito que no puedo ni quiero evitar. Y así, sin pasar de la puerta, aún medio vestidos y mojados, saltamos al vacío por segunda vez.

19

BRINA

Investigación de campo

Perdí la virginidad el día que cumplí los diecinueve años. Quería quitármela de encima cuanto antes, como los exámenes de final de curso. Un par de vodkas en una discoteca consiguieron anestesiar los nervios previos. Recuerdo que elegí a un chico muy mono que se daba un aire a Ashton Kutcher. Lo hicimos en su habitación, en el piso que compartía con otros dos estudiantes. Él iba tan borracho que tres empujones le bastaron. Inmediatamente después de correrse empezó a roncar, yo me puse las bragas —el muy galán ni siquiera se había molestado en desvestirme— y me fui a casa. De madrugada, en el taxi de vuelta me pregunté a qué se debía tanto escándalo con el sexo si no era nada del otro mundo.

Cuando mis amigas me preguntaron al día siguiente, les conté que había sido una pasada. Pero son demasiado listas y no me creyeron. Supongo que exageré y yo nunca he sido muy de exagerar. Después mantuvimos la típica conversación sobre las primeras veces y las expectativas que rara vez se cumplen. También me prometieron que la experiencia mejoraría con el tiempo.

Te lo voy aclarando: no mejoró. Tuve unos cuantos intentos más de una sola noche, con idéntico resultado, y una relación de casi un año con Álex, que era atento, cariñoso y capaz de practicar sexo oral sin parar durante media hora. El tiempo que fuera preciso hasta que yo fingía correrme, aburrida, húmeda —aunque no en el buen sentido— y con sentimiento de culpa. El pobre chico se esforzaba muchísimo.

Supongo que ahora es cuando me toca decir que con Andrés todo cambió, que el amor dio sentido al sexo y todo eso, pero, al menos, a estas alturas de mi vida ya soy capaz de no engañarme a mí misma. En cambio, mentir a los demás, eso se me da de lujo. Lo que me lleva a este preciso momento. A mí plantada en el vestíbulo de un club de intercambio de parejas para realizar una investigación de campo, por decirlo de alguna manera.

Tampoco es que me haya presentado en el primer antro que he encontrado por internet. Está situado en una de las mejores calles de Madrid y tiene críticas excelentes. Es decir, si lo que buscas es que te ensarten como un pincho moruno.

La relaciones públicas que me está atendiendo es una mujer rubia y menuda cuyo maquillaje a lo reina del Carnaval de Tenerife debe formar parte de su uniforme habitual. Sentada detrás de un pequeño mostrador me informa de que para entrar tengo que pagar un ticket de quince euros. Incluye uso ilimitado de las instalaciones. Y como es mi primera vez, se encargarán de hacerme un recorrido por el local. De no ser por las luces de neón rosas que se adivinan por el estrecho pasillo, pensaría que estoy apuntándome a un gimnasio.

La mujer me cobra la entrada, me da la bienvenida con una amplia sonrisa y me desea que lo pase bien. Preferiría hacerme una colonoscopia a estar aquí, me entran ganas de responder, pero ella no tiene la culpa de mis problemas personales ni de los motivos que me han traído hasta un club de sexo.

Camino por el pasillo con el sonido seco y firme de mis sandalias de tacón camuflando el temblor que me recorre las piernas y siguiendo el eco de la música pop llego hasta lo que parece una pista de baile de discoteca normal y corriente. Aunque hay diferencias: algunas mujeres están bailando en ropa interior y en las paredes cuelgan pantallas de televisión que proyectan películas eróticas. Me acerco con rapidez a la barra y rezo para que nadie que no sea la camarera me dirija la palabra.

Estoy bebiendo un *gin-tonic* como si fuera agua mineral cuando una mujer morena con vestido de licra negro y pinta de modelo de pasarela aparece frente a mí. Se llama Teresa, tiene acento argentino y es mi anfitriona. Me esperaba un nombre más exótico y acorde con el ambiente, tipo Chantal, Brigitte o Priscilla, reina de las fustas. Me entra la risa tonta por mi ocurrencia y ella me sonríe con su dentadura inmaculada. Me invita a dar una vuelta por el local y la sigo en silencio mientras me explica que el club tiene seiscientos metros cuadrados repartidos en dos plantas: la baja, en la que estamos ahora, y la subterránea, que ya empiezo a imaginarme llena de mazmorras

sexuales. Cruzamos la pista de baile y noto las miradas de algunos hombres puestas en mí. Nada que no haya experimentado en una discoteca cualquiera, la verdad, aunque aquí todo resulta menos sutil.

Llegamos a una sala oscura, un cine con butacas reclinables de color rojo en el que se puede ver a una mujer en una gran pantalla gritando mientras otra la penetra con un consolador del tamaño de una mazorca que lleva sujeto con un arnés. De hecho, sus sonidos son tan exagerados que amortiguan los jadeos de aquellos que se están masturbando en las butacas. Supongo que una imagen tan explícita debería impactarme, pero en lo único que puedo pensar es en el trabajo que debe costar quitar las manchas de esos asientos.

A continuación, visitamos la piscina climatizada, donde se encuentran varias parejas, algunas besándose dentro del agua. También suena música y el ambiente es de estilo ibicenco, con una tenue luz azul, una barra de cócteles y camas blancas con dosel, cuya tela casi transparente deja adivinar perfectamente lo que ocurre sobre los colchones. En una de las camas, un hombre se está montando un trío con dos mujeres. Una de ellas está tumbada de espaldas y la otra le masturba con la boca, colocada con las piernas muy abiertas mientras el hombre la penetra por detrás. Me quedo mirando solo para comprobar si la escena me provoca alguna reacción. Y la provoca. Pienso que la que está a cuatro patas mañana va a tener unas buenas agujetas.

Mi anfitriona me informa de que solo está permitido acceder a la piscina en ropa interior o desnuda, así que como no tengo ninguna intención de quedarme aquí en pelota picada, nos vamos y seguimos con nuestro recorrido turístico por la misma planta, que también incluye cabinas individuales para ver *shows* eróticos y un cuarto oscuro en el que prefiero no saber qué ocurre.

Al bajar las escaleras hacia la planta subterránea no puedo evitar pensar en Dante y su descenso al infierno. Solo que yo voy acompañada de Miss Buenos Aires en vez de por Virgilio. La sala en la que entramos no deja lugar a la imaginación y me doy cuenta rápido de que lo de arriba es solo el aperitivo. De un solo vistazo contemplo a tres mujeres colgadas del techo atadas con cuerdas negras y a una

especie de *dominatrix* vestida de cuero atando a un hombre sobre una plataforma elevada. En la pista central, varios hombres únicamente vestidos con máscaras se dedican a sobar y lamer todo lo que pueden a un grupo de mujeres que bailan desnudas.

Observo la escena como si estuviera de visita en un parque temático sexual, aunque sin ganas de subirme en las atracciones. Mientras, Teresa sigue a lo suyo y me cuenta que aquí hay dos habitaciones principales. La habitación «suave», la de la puerta negra, está destinada a parejas y mujeres que no vengan acompañadas. La participación es opcional, por lo que se permite mirar. Por otro lado, la habitación «dura», la de la puerta roja, es la única en la que también pueden entrar hombres solos y me advierte que la participación sí es obligatoria.

Nuestro recorrido por el club termina y yo siento un pánico repentino ante la posibilidad de quedarme sola. Soy una niña pequeña en la puerta del colegio en su primer día de clase. Vale, quizá la comparación es un poco desafortunada, pero sabes a lo que me refiero... El susto debe adivinarse en mi rostro porque en el suyo Teresa refleja un gesto de comprensión.

—La primera vez siempre es un poco rara, pero no tienes nada de qué preocuparte. —Intenta tranquilizarme—. Aquí el ambiente es seguro y libre de prejuicios. Puedes hacer lo que te apetezca y hasta donde te apetezca. Los límites los pones tú y nadie va a intentar forzarte a nada que tú no quieras hacer.

Le dedico mi sonrisa más educada y, a continuación, me conduce a un vestuario mixto donde me entregan una toalla, una bata y unas chanclas. De repente, estoy en un spa. Mi anfitriona se despide no sin antes recordarme que está disponible para cualquier duda que pueda tener. Si yo le contara…

Podría dar una vuelta por la pista primero, tomarme una copa y dedicarme a observar el ambiente, que es, de hecho, lo que me ha recomendado Teresa, pero eso sería como ir a un concierto solo para ver a los teloneros; así que me quito el vestido, me quedo en ropa interior y me pongo la bata. Me ato el cinturón con un nudo triple y voy directa a la habitación «suave».

Entro con sigilo, ingenua de mí. Nadie va a escucharme entre tanto jadeo. Una pareja se lo está pasando pipa en un columpio sexual bajo la luz rojiza de la habitación. Junto al columpio hay una mujer atada de pies y manos a la que están azotando con una pala. Muy cerca, un hombre gime mientras mete el pene en un agujero de la pared. Espero una respuesta de mi cuerpo, una leve pizca de excitación que nunca llega. Sigo observando y veo a un hombre calvo masturbando con los dedos a su pareja sobre un colchón. Ella cruza su mirada con la mía y me sonríe con lascivia, no creo que haya otra forma de describirlo. No tengo claro si es una invitación a que me una, pero prefiero no salir de dudas.

Salgo de la sala y me aventuro a visitar la habitación «dura», la prueba de fuego. Sospecho que si accedo a venir aquí con Andrés es donde terminaremos, y necesito saber de antemano qué me voy a encontrar.

El olor a sexo se multiplica por mil en cuanto abro la puerta de color rojo. Una sucesión de camas dispuestas en círculo conforman toda la decoración de la habitación. Sobre ellas, hay varios hombres y mujeres practicando sexo como si fuera el fin del mundo y se les acabara el tiempo. El suelo está lleno de paquetes de preservativos, condones usados y pañuelos. Algunos hombres se pasean desnudos y sin complejos por este océano de penes y otros se masturban mientras esperaban su turno para disfrutar con las mujeres, cuyo número es bastante más reducido que el de sus compañeros de juegos.

Las únicas orgías que he visto han sido en las películas y las recuerdo protagonizadas por cuerpos perfectos y con movimientos elegantes y coreografiados. Supongo que es la magia del cine. En la realidad, no hay ningún tipo de armonía, cada uno lleva su propio ritmo, los jadeos suenan desacompasados y los cuerpos chocan violentos mientras la carne se menea flácida.

Un dedo se desliza por mi hombro cubierto por la fina tela de mi bata. Un pene semierecto bajo una barriga peluda me apunta directamente.

—Eres preciosa. Me apetece comerte entera.

Levanto la mirada horrorizada y sin esconder la repulsión que

me produce ya no solo la proposición, sino toda esta situación.

—Eh, tranquila —responde el hombre, sorprendido.

—No, tranquilo tú. Como me vuelvas a tocar te la corto.

—Me parece que te has equivocado de sitio, guapa —añade, molesto, antes de alejarse.

«La participación es obligatoria». Las palabras de Teresa me golpean con tanta fuerza que tengo que pegarme a la pared en busca de apoyo. Otro hombre me mira y viene hacia mí con decisión. El corazón se me dispara, se me revuelve el estómago y tengo muchísimo calor. Salgo de la habitación milagrosamente sin tropezar con mis propios pies y cruzo la planta a la carrera, pero el olor a sexo se me ha incrustado en las fosas nasales y me acompaña hasta el baño. Llego al váter y vomito el *gin-tonic*.

—¿Estás bien? —me pregunta la voz de Teresa a mi espalda. Sin duda ha visto mi espantada.

—Sí, estoy bien. Algo me ha debido sentar mal —digo sin convencimiento alguno.

—No te avergüences, este sitio no es para todo el mundo.

—¿No deberías convencerme de lo contrario?

—Sí, si no tuvieras cara de haber visto un fantasma… Perdona si me meto donde no me incumbe, porque no te conozco y no tengo ni idea de lo que estás buscando, pero sí llevo el tiempo suficiente en esto para saber que aquí no lo vas a encontrar… —Me habla con el tono de una amiga más que de una desconocida y consigue que automáticamente eche de menos a Aura y a Sol—. Te voy a pedir un taxi, ¿vale?

Asiento con la cabeza, agradecida. No quiero pasar ni un minuto más aquí.

Llego a casa con el rímel corrido, los músculos agarrotados y la necesidad de darme una ducha. Andrés está preparando la cena. Huele bien pero el hambre me ha abandonado por hoy.

—No voy a ir a un club de intercambio —suelto en la puerta de la cocina, sin soltar siquiera el bolso.

Andrés deja de cortar queso sobre la tabla de madera y me mira.

—Pensaba que lo íbamos a hablar —replica, serio.

—No quiero ir a un club de intercambio —repito—. Me pediste que lo pensara y ya lo he pensado.

—Vale, olvídalo, solo era una idea. —Niega con la cabeza y la decepción se transparenta en su voz. Vuelve a su tarea en silencio, cansado, harto de la situación. De una situación provocada por mí.

—Podemos probar con una relación abierta —murmuro.

—¿Qué? —pregunta, confundido.

Sí, yo también lo estoy, porque creía que el próximo paso en mi matrimonio tendría que ver con un bebé, no con mantener relaciones sexuales con otras personas.

—Será sexo y punto. Nada de relaciones. Y no quiero detalles de lo que hagas —le advierto—. Esas son mis normas. Vamos a probar e iremos viendo.

—¿Estás segura?

Esta vez no tiene intención de discutirlo, solo espera un asentimiento por mi parte. Lo está deseando, lo veo en sus ojos, y yo jamás voy a poder darle lo que necesita, así que me trago el nudo de la garganta que amenaza con deshacerse en lágrimas y miento.

—Lo estoy.

20

SERGIO

Engancharme

Mi pie derecho se mueve al ritmo del *Come and get your love* de Redbone que suena en mi ordenador.

—Aura está fuera esperándote —me avisa Enzo, asomándose por la puerta de mi despacho.

—Vale, ahora salgo —respondo sin apartar la vista de la pantalla y cierro el documento de Excel.

—Llevas tarareando media mañana...

—¿Y?

—Que tú no tarareas, y menos cuando estás con las facturas, que te gustan tanto como una patada en el ciruelo.

Sonrío porque es una suerte que no me haya pillado hace veinte minutos cantando canciones de ABBA.

—¿Qué has hecho? —me pregunta con tono paternal y se cruza de brazos.

—Nada. —Me levanto, camino hacia la puerta y al pasar a su lado me llevo una colleja de regalo.

—¿Qué cojones…? —Me paso la mano por la nuca.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste «si se me vuelve a ocurrir enamorarme, dame una hostia»?

Pues sí. Hay determinados recuerdos que ni las drogas son capaces de destruir.

—No estoy enamorado.

—¿Entonces esa cara de gilipollas ya la llevabas de serie?

Lo de tocarme así las pelotas es su forma de demostrar que se preocupa por mí.

—Sé perfectamente lo que hay con Aura. En unos días se va y me parece bien.

—Vale, tú repítetelo muchas veces a ver si así te lo crees.

—Enzo, no tienes que preocuparte, ella no es como…

—No, no, no —me interrumpe—, no digas su nombre, da mala suerte. Cuenta la leyenda que si lo pronuncias tres veces, aparece y te

asesina con sus uñas de porcelana.

—Me largo. —Le doy una palmada en el brazo—. Te veo esta noche.

—¡Eh! –me llama en cuanto salgo del despacho—. Si pensara que Aura es como ella, te encerraría en un sótano hasta que recuperaras la puta cabeza.

—Ya lo sé. —Una sonrisa agradecida cruza mi rostro.

Enzo se perdió los mejores momentos de mi vida como estrella pop de pacotilla, pero me ha conocido en horas bajas y al borde de la recaída. Eso une bastante más que irse de cañas.

***

Aunque siempre he preferido la primavera al verano, reconozco que en esta época todo se vuelve más intenso. El color del mar y el de la piel bajo el sol, los olores, como el de la crema solar de coco, y las risas, que siempre suenan más altas. Tal vez porque desprendernos de la ropa nos desinhibe y tenemos la sensación de que cualquier cosa puede pasar. La prueba viviente somos Aura y yo, enredados en una tumbona en la playa, aunque hemos alquilado dos. Y no se me ocurre un plan mejor que quedarnos medio dormidos con el sonido del mar de fondo, yo con la cabeza apoyada en su vientre y ella jugando con mi pelo.

—Tú eres Sergio Velasco, ¿verdad?

—¿Quién? —pregunto, abriendo un ojo y con cara de pocos amigos a las dos chicas aproximadamente de mi edad plantadas frente a nosotros. Evidentemente desconocen el concepto de intimidad ajena.

—¡El cantante! —exclama una de ellas.

—No soy cantante —digo con una mueca.

—Sí, eres tú, seguro —insiste la otra.

—No soy cantante —repito con menos paciencia—. Me llamo Juan y soy taxidermista. Ahora si no os importa…

Se alejan refunfuñando y probablemente regalándome unos cuantos insultos. Me importa un carajo.

—¿Taxidermista? —inquiere Aura levantando las cejas.

—Sí, tengo comprobado que cuanto más raro, mejor. Así me

dejan en paz antes. —Me encojo de hombros—. He sido marionetista, embalsamador, gaitero y corrector de diccionarios, entre otras cosas.

—¿Por qué no quieres decirles quién eres? —pregunta con una inocencia que yo perdí hace mucho respecto a este tema.

Me incorporo, apartándola de mí y me siento en el borde de la tumbona.

—Porque no me apetece dar explicaciones de mi vida a gente que no conozco… Y, sobre todo, porque no me apetece revivir malos tiempos solo para que unas niñatas puedan enseñar mi foto a sus amigas e inventarse historias sobre cómo terminó mi carrera musical o si pensaban que ya estaría muerto de una sobredosis.

—En internet no hay nada sobre eso.

—Porque tenía un mánager que pagaba mucha pasta a un montón de gente para que no trascendiera toda la mierda de la que me rodeaba.

—Pegaste a un fotógrafo, eso sí que lo he visto.

—Ya… ¿Sabes lo que no te dicen esas fotos? Que el tipo me amenazó con perseguir a mis padres si no le daba las declaraciones que a él le interesaban —le cuento mientras deslizo el pie sobre la arena—. Lo que quieras saber prefiero contártelo yo en lugar de que lo busques en Google.

—Perdona, no quiero meterme donde no me llaman. —Desvía la vista hacia el mar.

—Eso ya lo has hecho. —La agarro de la barbilla, sonrío y la beso—. Y tú puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Cómo terminó todo? —murmura con una timidez que la hace jodidamente adorable. A diferencia de la mayoría de la gente, que me lo pregunta como si tuviera derecho a entrometerse en mi vida, como si por el hecho de haber sido famoso cinco minutos les debiera algún tipo de explicación. A ti no te gustaría que alguien que no conoces de nada se meta en tu casa y plante los pies encima del sofá, ¿no? Pues eso.

—Hace diez años a mi madre le diagnosticaron cáncer. Eso te cambia las prioridades, así que lo dejé todo de un día para otro, cancelé la gira, cabreando a mucha gente, y me desintoxiqué. Voy a

ahorrarte los detalles vergonzosos… Tuve un par de recaídas, la última el día después de que ella muriera, y estoy limpio desde entonces.

—No creo que tengas nada de qué avergonzarte. Todo lo contrario. —Me aparta el pelo de la frente con cariño.

Por un segundo, pienso una estupidez. Que de haberla tenido entonces a mi lado, me hubiera ido mejor. Estoy seguro de que ella es de las que no se rinden con los suyos, por gilipollas que sean.

—Hola— nos interrumpe otra chica sonriente.

Joder, ¿va en serio?

—No, no soy el cantante —resoplo y se lo digo de mala hostia antes de que tenga oportunidad de preguntar.

—Mmm, vale... ¿Os importaría vigilarme el bolso mientras me doy un baño rápido? —Nos señala su toalla en la arena.

A Aura se le escapa una risa con la que, sin palabras, me llama imbécil.

—Sí, sí, claro, tranquila —respondo y la chica me da las gracias antes de irse al agua.

—Eso sí debería darte vergüenza. —Se descojona en toda mi cara y termina contagiándome a mí.

Después de mi ridícula escena de sobrado y de comernos un par de bocadillos, decidimos darnos un baño. El agua está en calma y la temperatura es perfecta.

—Tan lejos no, que no hago pie —me pide Aura mientras nos adentramos en el mar.

—Yo te sujeto, ven. —Extiendo los brazos y se acerca hacia mí —. Nadas como mi abuela.

—¡Eh! De eso nada —protesta, enfurruñada—. Soy como una sirena.

—¿De las que embrujan a los navegantes y los conducen a la muerte?

—No. —Se agarra a mi cuello y enrosca sus piernas alrededor de mi cintura—. Yo soy más de sacar a toda la tripulación del lodo del fondo del mar.

—Ah, entonces eres una nereida. Una ninfa del mar que ayuda

a los marineros que surcan los mares.

—Sí, eso soy —replica, orgullosa.

—Aunque nadando eres más tipo cachalote. —Me río.

—¿Ah, sí? Pues por listo no vas a volver a tocar hoy a este cachalote. —Trata de zafarse, pero la cojo por la cintura y la atraigo con más fuerza, apretándola contra mí.

—¿Seguro? —Le pellizco un pezón a través de la tela azul del bikini.

—Sergio… —Mi nombre se le escapa junto a un gemido—. Aquí hay un montón de gente.

—Venga, doña perfecta, seguro que nunca lo has hecho en el mar —la provoco.

—No tiene pinta de ser muy cómodo.

—En eso tienes razón, pero se pueden hacer otras cosas —susurro y bajo la mano para demostrárselo.

—Nos pueden ver —susurra, aunque en vez de apartarse, se pega todavía más a mí. Le da vergüenza, pero le gusta, y eso me pone muy tonto.

—Que nos puedan ver es parte de la gracia.

La beso y la masturbo bajo el agua mientras ella se olvida de todo lo que sucede a nuestro alrededor. Cierra los ojos y se muerde el labio para no gritar, regalándome la imagen más erótica que he visto en mi vida. Muevo la mano más y más rápido, y me bebo sus jadeos con la boca en el instante en que se corre.

Cuando termina y me sonríe en medio del puñetero mar, me doy cuenta de que, aunque no estoy enamorado, estoy peligrosamente cerca de engancharme a Aura.

21

Cuando se te va de las manos

Después de tres días sin despegarme de Sergio, más bien de su boca, he empezado a sentirme muy mala amiga —entre otras muchas cosas que prefiero no plantearme de momento— y he decidido pasar la tarde con Sol. Por eso hemos cogido el coche y conducido casi una hora hasta el sur de la isla para acercarnos a un bar construido en la cueva de un acantilado con vistas al mar.

A mi amiga, como buena ecologista, le parece una aberración aprovecharse de un espacio natural para convertirlo en un negocio, aunque aquí sentadas, bajo unas sombrillas y contemplando el plácido atardecer con una cerveza helada en la mano y música *chill out* de fondo, se le ha olvidado rápido.

Podría acostumbrarme a esto. A la luz, a la falta de prisa, a besar a Sergio todos los días… Sí, pienso en él, casi obsesivamente. No sé si se debe a mis hormonas alteradas o a que es más fácil centrarme en el ahora en lugar de plantearme el resto de mi vida con Óscar. Desde que me propuso esa especie de comodín temporal para nuestra relación —que yo he aceptado silenciosamente—, no hemos vuelto a hablar. Pero ese es un problema de la Aura del futuro, la responsable, porque la del presente solo quiere vivir el momento.

—Tienes una cara de pava que no puedes con ella —se burla la rubia.

—No es verdad.

—Sí, desprendes ese brillo que deja tener orgasmos a cascoporro.

—No es brillo, es sudor. —Me paso los dedos por la frente—. Aquí hay mucha humedad.

—Y tanta —afirma con una sonrisa pícara.

—Tienes la mente muy sucia —le digo, aunque la culpa es mía. Se lo pongo demasiado fácil.

—De sucia, nada. Es un hecho científico. Cuando tienes un orgasmo, la piel se oxigena y eso es bueno para eliminar toxinas.

Debería ser un paso más de la rutina facial, como darse la crema hidratante —asegura.

—Le daré las gracias a Sergio por devolverme la luminosidad.

—Y la ilusión —añade—. También te la ha devuelto.

Es un comentario sin maldad, sin embargo, sienta como si me lanzara al mar con una piedra de treinta kilos atada al cuello. Deberíamos limitarnos a lo físico, a hablar de orgasmos.

—¿Qué tal está Teo? —pregunto en un intento de cambiar de tema—. Hace un par de semanas que no sé nada de él.

—Es que está muy ocupado con su nueva novia —comenta con retintín.

—¿Y eso te molesta?

—¿Y por qué me iba a molestar?

—No lo sé. —Me encojo de hombros y doy un sorbo a mi cerveza—. Pero si fuera el caso, no esperes a que lo de esa chica se convierta en algo serio para decírselo.

—Si tuviera algo que decirle a Teo, se lo diría. No lo guardaría diez años en una caja —responde con una amargura que avecina, más tarde o más temprano, una bronca entre ellos.

Mi teléfono comienza a vibrar sobre la mesa. Es Brina.

—Hola —respondo, pero al otro lado solo escucho un leve susurro—. ¿Brina?

Mi amiga cuchichea en voz baja, aunque cazo al vuelo algunas palabras sueltas como «bar» y «hotel».

—¿Qué? ¿Que estás en un hotel o que estás en un bar? —Me tapo el oído libre con el dedo índice para tratar de escuchar mejor—. Casi no te entiendo.

—Que Andrés está en el bar de un hotel con su amante —pronuncia, esta vez con un quejido tan áspero que le tiene que raspar la garganta.

—¡¿Andrés tiene una amante?! —grito, atrayendo no solo la atención de Sol, sino de tres mesas alrededor.

La rubia se señala la oreja y pongo el móvil en modo altavoz para que ella también pueda escuchar.

—¿Pero tú cómo te has enterado? —pregunto.

—Porque yo lo animé a tenerla, y porque «don relaciones liberales» cree en la comunicación sincera y abierta, así que me ha informado de a dónde iba y de lo que iba a hacer.

—Espera, espera —le pide Sol, uniéndose a la conversación a la vez que trata de procesar la información—. ¿Ahora Andrés y tú tenéis una relación abierta?

—Sí, en concreto desde hace tres días. El muy cabrón no ha perdido el tiempo. Los estoy viendo ahora mismo tomarse las copas precoito.

—Pero entonces no es su amante, no es que tengan una relación —aclara Sol.

—Tanto monta, monta tanto. Literalmente en su caso.

—¿Y te parece buena idea espiarlos? —inquiero.

—¡Pues claro!

—Brina… —suspiro.

—¿Qué? No pueden verme, estoy escondida detrás de un jarrón enorme en la entrada del bar, y Andrés está de espaldas.

—¿Y cómo es ella? —quiere saber Sol.

—Más alta que yo, con más tetas que yo, y con cara de saber chuparla mejor que yo.

—Eso es imposible de saber por la cara —razono.

—No te creas —apunta la rubia—, hay determinados rasgos físicos que antropológicamente…

—Tiene pinta de guarra —interrumpe la morena.

—Ese comentario es super… —Le tapo la boca a Sol con la mano. No es el momento para hacer un alegato feminista.

—Brina, cielo, vete a casa —le pido—. O mejor, llama a Andrés y acaba con esto antes de que te arrepientas. Tú no quieres que se acueste con otra, por mucho que lo hayáis acordado.

El silencio de mi amiga al otro lado de la línea lo rompe una voz masculina y envarada.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—No, gracias —responde Brina.

—Perdone que insista, pero ¿se aloja usted en este hotel?

—Yo no pero mi marido seguro que tiene una habitación. ¿Ve a

ese de ahí? El que lleva el polo azul marino, que, por cierto, se lo regalé yo en su último cumpleaños... Pues es mi marido y se va a tirar a la rubia de tetas grandes porque, por lo visto, ahora somos así de modernos. Y que yo sepa no es un delito estar aquí viendo cómo mi matrimonio se hunde, ¿verdad? Pues, hala, aire.

No volvemos a escuchar al trabajador del hotel —si sabe lo que le conviene habrá huido—, solo se oye un resoplido frustrado al otro lado.

—Brina, creo que Aura tiene razón, deberías parar esto antes de que se te vaya de las manos.

—Mierda, creo que ella me ha visto —susurra, nerviosa—. ¡Mierda, mierda, mierda! Tengo que colgar.

La llamada se corta y Sol y yo nos miramos antes de soltar un sonoro «joder» al unísono. Al cabo de un rato, la llamamos varias veces pero no contesta.

***

Al volver a casa aviso a Sergio de que no voy a pasarme por el bar esta noche. He preferido quedarme esperando por si Brina necesita hablar. Estoy algo inquieta sin saber nada de ella. Normalmente, y después de semejante bomba, me estaría friendo a llamadas, pero tampoco ha respondido a los mensajes que le hemos enviado para que nos diga si está bien.

A las cuatro de la mañana recibo un *wasap*. Lamento que no sea de mi amiga, aunque sonrío al leer en la pantalla el «te he echado de menos» de Sergio. Y como en los últimos días he perdido la costumbre de meditar mis decisiones, me levanto de la cama y voy hasta su casa.

Tras contarle lo que ha pasado esta tarde con Brina, y que él me escuche con atención a pesar de estar cayéndose de sueño, nos acostamos. Me abraza por la cintura y pega su barbilla a mi cuello. Con ese gesto ya me siento mejor. Y me doy cuenta de que eso no es bueno. No se trata solo de sexo. Puede que a mí también se me esté



yendo de las manos.

Una barbacoa y dos gatos callejeros

Intento despedirme de Sergio en la puerta de su casa, aunque sabe retenerme con demasiada habilidad, cogiéndome de la cintura y dándome un mordisco en el lóbulo.

—No te vayas —me dice al oído—. Es pronto, podemos quedarnos un rato más en la cama.

—No quiero irme —admito, acurrucándome en su pecho—, pero tengo que llamar a Brina. Sigo sin saber nada de ella.

—Vale… —Parece conforme, pero se dedica a pasear sus labios por todo mi cuello, lo que anula mi fuerza de voluntad para alejarme.

—Eso es trampa —me quejo justo antes de que mi boca encuentre la suya en un beso largo, vivo y profundo que me revuelve de arriba abajo.

Y puede que sea la euforia del momento, pero que me perdonen todos los demás besos del mundo, los ya dados y los que quedan por dar, porque ninguno es comparable a este.

Un carraspeo exagerado nos devuelve al plano terrestre. Giro la cabeza y veo a una malhumorada Brina plantada frente a la cancela de la casa de Sergio, sujetando su maleta.

—¿Te importaría abrirme la puerta? —me pide en un tono glacial a pesar de que sus ojos echan fuego—. He llamado a Sol, pero no contesta… Luego podéis seguir a lo vuestro —escupe con desprecio.

Con lo bien que había empezado la mañana…

—Nos vemos luego— me despido de Sergio.

—Te recojo a las dos.

—Vale. —Asiento. Hemos quedado en un rato para ir a una barbacoa a casa de Enzo.

Estoy a punto de darle un beso, pero me contengo ante la atenta mirada de mi amiga que siento clavada en la nuca. Él me guiña un ojo y me desea suerte en voz baja. También saluda a Brina con toda la educación que ella parece haber perdido de repente, porque ni siquiera le contesta.

—Te he llamado un montón de veces. Estaba preocupada —le digo mientras arrastra ruidosamente la maleta de vuelta a casa.

—Por eso te estabas consolando con la lengua del vecino...

—¿Podemos dejar eso para otro momento? —le pido al meter la llave en la cerradura.

—No sé si te acuerdas, pero te vas a casar en un mes —me espeta en cuanto entramos en el salón.

—¿Podemos centrarnos en ti y en cómo estás?

—Pues no, no me apetece hablar.

—Esa maleta dice lo contrario… Brina, no es conmigo con quien tienes el problema —le recuerdo.

—¡Yo no tengo ningún problema! Es el resto del mundo el que lo tiene porque, por lo visto, ahora está de moda que todos se acuesten con todos, así que lo mejor que puedo hacer es salir y tirarme al primero que me cruce. ¡La monogamia ha muerto! ¡Vamos a celebrarlo!

Sol baja las escaleras en pijama y bostezando.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas voces? —protesta y frunce el ceño al ver a Brina—. ¿Tú cuándo has vuelto?

—Esto es culpa tuya. —Señala a Sol con el dedo—. Seguro que tú la has animado.

—Me vuelvo a la cama… —Sin inmutarse se da la vuelta en un acto de sensatez y sube las escaleras.

—¡Di que sí! ¡Tú pasa de todo, como siempre! —vocifera.

—Oye, mejor hablamos cuando estés más tranquila —tercio y opto por quitarme de en medio.

Sabía que lo de Sergio le iba a parecer fatal, aunque no contaba con que tuviera tantas ganas de pelea. Y no estoy dispuesta a ofrecérsela.

—¡Estoy muy tranquila!

Es lo último que escucho antes de cerrar la puerta de mi habitación.

***

La casa de los padres de Enzo es de película. Entiendo hasta que se resista a independizarse, como él mismo me ha confesado antes entre risas. Yo tampoco estaría dispuesta a renunciar a un chalé de tres plantas con ventanales del suelo al techo desde donde despertarme contemplando el mar cada mañana.

La música flota por el jardín bordeado de palmeras y llega hasta la *infinity pool* y la zona de tumbonas y pufs donde nos encontramos. A pesar del buen ambiente, lo simpáticos que son los amigos de Enzo y los esfuerzos de Sergio por integrarme en el grupo, me resulta difícil relajarme. No quito ojo a Brina, que ha accedido a acompañarnos solo por el placer de ignorarnos. Solo habla con el anfitrión, quien sonríe encantado con la presencia de mi amiga mientras da vueltas a la carne en la barbacoa.

Mi móvil suena y tuerzo el gesto al ver que es Andrés quien me llama. Imagino que a él también le ha retirado la palabra. Me disculpo con Sergio y un par de sus amigos, y me alejo de la multitud para poder hablar. Lo único que me faltaba es que Brina me pille confraternizando con el enemigo.

—Aura, ¿está Brina contigo? —me pregunta Andrés con una ansiedad que jamás he escuchado en su voz.

—Sí, está aquí.

—Ayer cuando llegué a casa me encontré una nota en la que decía que se iba y que no sabía cuándo volvería.

Deduzco que no la vio en el hotel, lo que significa con casi toda probabilidad que ayer Andrés remató la faena.

—Ya… es que está bastante enfadada —apunto.

—Supongo que te lo ha contado… Lo de la relación abierta —susurra, incómodo.

—Sí.

—Fue ella la que me dijo que podíamos intentarlo y ahora ni siquiera me coge el teléfono.

—Lo sé.

Pero es que Brina no siempre dice necesariamente lo que piensa. No porque no se atreva, sino porque espera que los demás actuemos de un determinado modo. Y no lo pide, confía en que lo

adivinemos nosotros solos. Cuando eso no pasa, se decepciona. A Andrés, que no ha terminado de cogerle el punto después de casi una década, lo único que se le puede reprochar es que no conozca todo lo bien que debería a su mujer.

—No sé qué hacer. ¿Debería ir a buscarla? —me pregunta, totalmente perdido.

—No sé, a lo mejor es bueno que le des un poco de espacio. Solo unos días para que se calme un poco —sugiero.

—Vale —suspira—. Pero ¿puedes decirle de mi parte que la quiero, que ha sido una estupidez y que no volveré a hacerlo?

Podría decírselo, pero por muy consentido que haya sido todo entre ellos, suena a frase sacada del manual oficial del infiel, así que si le repito esas palabras a Brina, lo más probable es que me lance un chuletón de medio kilo de los que Enzo tiene en la barbacoa.

—Lo intentaré…

Es lo máximo que puedo prometerle antes de colgar.

Encamino mis pasos por el césped directa hacia mi amiga. Quizá debería darle un respiro y algo de ese espacio que le he aconsejado a Andrés, pero la conozco demasiado bien. Aun siendo capaz de mantener una conversación con Enzo, sé que a la vez está teniendo un diálogo interno nada agradable consigo misma sobre el inminente fin de su matrimonio.

—Deberías llamar a Andrés —le digo en voz baja.

—Hablaré con mi marido cuando me parezca oportuno.

—Está mal.

—¿Y yo no? —Alza las cejas, indignada.

—Evidentemente, y por eso deberíais hablar —insisto.

—¿Y tú por qué sabes que está mal? ¿Ahora sois amigos y te cuenta a ti nuestras intimidades?

—No, mi amiga eres tú, y voy a estar de tu parte siempre, hagas lo que hagas —respondo aunque la aclaración me parezca innecesaria—. Pero entiendo que esté confuso.

—¡Qué bonito! Ahora lo defiendes, y eso que nunca te ha caído bien. Lo de ser infieles debe unir mucho, ¿verdad? ¿Habéis pensando en montar una asociación?

Habla tan alto que no solo atrae la atención de Enzo, que se queda inmóvil con una brocheta de pollo en la mano, sino también la de todos sus amigos. Sergio incluido.

Decido alejarme de ella antes de que la cosa vaya a más, pero me sigue por todo el jardín hasta llegar a la piscina.

—No hemos terminado —me advierte.

—Déjalo —le exijo entre dientes—. No es el momento ni el lugar para hablar de esto.

—Eres tú la que ha empezado… Además, yo no tengo por qué avergonzarme de nada. No soy la que va por ahí acostándose con otros que no son mi marido.

—No, tú solo le animaste a hacerlo y ahora le castigas por ello. Muy lógico.

—¿Tú me vas a dar lecciones de moral a mí? —espeta, arqueando una ceja.

—Dios me libre, porque solo santa Brina tiene el derecho de juzgar a los demás.

—Al menos yo no me dedico a lloriquear porque he conseguido todo lo que quiero y mi vida es demasiado perfecta… Eres ridícula.

Es un toro desbocado buscando cornear y hasta yo tengo un límite.

—¿Sabes qué creo? —pronuncio con una risa irónica—. Que te da envidia que, por una vez, me esté divirtiendo y dejándome llevar, sin remordimientos ni consecuencias, cosa que tú nunca has sido capaz de hacer. Porque eres una egoísta y quieres que yo sea igual de amargada e infeliz que tú.

Sus pupilas se dilatan y veo el dolor causado por mis palabras en sus ojos durante un segundo, justo antes de darme un empujón en el hombro que consigue hacerme tambalear.

—Pero ¿qué haces? —pregunto atónita, imitando su gesto.

No tarda en devolverme el empujón y lo siguiente que sé es que gritamos y nos enganchamos como dos gatos callejeros. Nos pegamos manotazos la una a la otra sin ningún tipo de coordinación, aunque al menos tengo los reflejos suficientes para esquivarla cuando sus uñas pasan demasiado cerca de mi cara. Escucho voces a nuestro alrededor,

sin embargo, estoy demasiado ocupada intentando quitarme a la fiera de encima como para hacerles caso. Brina me engancha del pelo y trato de alejarme, pero se abalanza sobre mí, rugiendo como un leopardo enajenado. Doy un paso hacia atrás y resbalo en el bordillo de la piscina, cayendo al agua y llevándomela conmigo.

Resulta increíble la cantidad de formas de asesinato que se te pueden ocurrir en tres segundos bajo el agua y con el cloro incrustándose en tus ojos.

Sacamos la cabeza del agua casi a la vez y ambas nos quedamos inmóviles, mirándonos como dos pistoleras empapadas, hasta que Brina se ve obligada a frotarse los ojos, consiguiendo con ello esparcirse el rímel por la mitad de la cara. Y así, sin más, la tensión se desvanece y rompo a reír. Ella no tarda en seguirme y terminamos muertas a carcajadas mientras todos los presentes nos observan alucinados alrededor de la piscina.

—Ven aquí, Kung Fu Panda —le digo.

Nos acercamos y nos abrazamos con fuerza. Es toda la disculpa que necesitamos la una con la otra.

—Me voy cinco minutos y la que liais —apunta Sol desde el bordillo, dando una calada a su porro—. Mira que sois gilipollas. —Y se aleja, con su cigarro y con toda la razón.

***

Sergio no abre la boca durante el trayecto de vuelta a casa. Vamos solos en su furgoneta, ya que mis amigas han decidido quedarse un rato más en la barbacoa. Brina incluso estaba de buen humor cuando nos hemos ido, ni siquiera le ha importado vestirse con unas bermudas y una camiseta de Enzo. A mí me ha tocado el chándal.

—Siento el espectáculo…

—Enzo dice que es la barbacoa más divertida que ha organizado en años —responde, aunque no hay rastro de humor en su voz. Es evidente que él no opina lo mismo.

—Ya, pero menuda primera impresión le he dado a tus amigos.

—¿Qué más te da? No vas a volver a verlos.

Vale, casi mejor dejamos la conversación un rato.

Cuando llegamos a casa, espero que aparque directamente en su garaje, sin embargo, se detiene en mi puerta.

—¿No me quedo contigo?

—Tengo que organizar unas facturas pendientes —dice sin mirarme a la cara.

—Como quieras —murmuro en vez de preguntarle qué le pasa.

Sé tratar con el Sergio sonriente y vacilón, pero no con su versión seria y hermética. Y además ya he tenido suficiente bronca por hoy.

Me da un beso rápido e insípido, nada que ver con sus despedidas habituales, y se va. Y yo siento que la distancia que se abre entre nosotros es bastante más grande que los escasos metros que separan su casa de la mía.

Sin remordimientos ni consecuencias

No quiero parecer obsesiva, pero es que suelo serlo. Y que Sergio lleve tres días evitándome no ayuda a mi tranquilidad. El domingo después de la barbacoa de Enzo no hubo ningún mensaje de buenas noches, y ayer cuando intenté que nos viéramos un rato, me respondió que estaba muy ocupado. Otra vez. Hoy tampoco he tenido noticias de él, aunque prefiero que esta vez me dé la excusa en directo.

Me presento en el bar a primera hora de la tarde, cuando todavía no hay mucho jaleo. Me acerco hasta la barra y Sergio me mira con una ausencia de sonrisa a la que no estoy acostumbrada.

—Hola —lo saludo.

—Hola —responde con la misma emoción que un extraño en un ascensor.

—¿Te apetece que vayamos un rato a hacer surf?

—Tengo mucho lío aquí —afirma, pasando una bayeta por la barra.

Siempre he odiado la confrontación, pero su actitud no conduce a ninguna parte.

—¿Y mañana crees que tendrás tiempo o vas a seguir con mucho trabajo hasta que me vaya?

Me dedica una mueca de fastidio y todos mis músculos se tensan.

—No puedo estar a tu disposición las veinticuatro horas del día, ¿te queda claro?

Supongo que ya tengo mi respuesta, y es lo más parecido a despertarse de un sueño con un bofetón.

—Me queda clarísimo. Tranquilo, no te volveré a molestar.

Doy media vuelta e ignoro el temblor de mis piernas mientras me dirijo hacia la salida.

—Aura, espera. —Me agarra del brazo cuando estoy a punto de llegar a la puerta. En su rostro se dibuja la discusión que está manteniendo consigo mismo—. Ven.

Me coge de la mano en un gesto que ya no me parece tan íntimo y me lleva a su despacho. Al entrar, la habitación me parece aún más pequeña y lúgubre que la última vez que estuve aquí.

—Perdona, no quiero terminar así —dice tras apoyarse con cansancio en el borde de su mesa.

—¿Terminar? ¿Qué estamos terminando? Sergio, no entiendo nada. Estábamos bien y de repente, no.

—No, no estábamos bien, porque ni siquiera estamos. —Se lleva los dedos a las sienes—. Te vas a casar, aunque no lo hablemos, y yo me estoy enamorando de ti, y ambas cosas son incompatibles.

—No, nadie se enamora en apenas un mes —replica la parte lógica de mi cerebro.

—¿Y quién coño lo dice? El amor no es cuestión de tiempo, sino de momentos que importan. Una lluvia de estrellas, un amanecer en el faro, que tú saltes de la mano conmigo o que yo te confiese cosas que nunca le he contado a nadie. ¡Yo qué sé, Aura! —Se encoge de hombros—. Si la vida se nos puede ir a la mierda en un solo segundo, también puede ocurrir todo lo contrario, ¿no?

Mi cabeza responde que ni hablar, amordazando cualquier rastro de sentimiento que pretenda salir a flote.

—No sé qué decirte.

—Pues yo sí. Quédate.

—Pero ¿qué dices?

—No vuelvas a Madrid.

—Mi vida está en Madrid —aseguro con más aplomo del que realmente siento.

—Una vida que no quieres —me rebate.

—Sergio, no puedo quedarme aquí, así, sin más.

—¿Por qué no?

—¡Pues porque no! Porque es irresponsable e infantil. La gente no hace las maletas y se larga de un día para otro porque la vida no es exactamente como le gustaría que fuera.

—Sin remordimientos ni consecuencias, ¿verdad? Es lo que le dijiste a Brina en la barbacoa.

—Estaba enfadada, no me acuerdo ni de lo que dije.

—Pues yo me acuerdo de muchas cosas. Me dijiste que mi vida era como unas vacaciones. Supongo que eso es lo que yo soy para ti, unas vacaciones de tu vida… Y nadie se queda de vacaciones para siempre.

Sus ojos buscan en los míos una señal que contradiga sus palabras.

—Lo siento —pronuncio casi sin aliento, tratando de acallar todas las emociones que se arremolinan en el centro de mi pecho.

—Ya… Es tu frase favorita —pronuncia con una sonrisa amarga —. Mejor te vas.

No me lo tiene que repetir. Salgo del despacho con la intención de alejarme de su voz, de este bar y de cualquier cosa que pueda recordarme a él. Apenas he conseguido dar tres pasos más allá de la salida cuando me choco de frente con Lola.

—¡Nena, ten más cuidado! Que una ya no tiene la cadera para muchos trotes.

—Perdona —murmuro sin levantar la mirada del suelo.

—¿Qué te pasa? Estás pálida como una muerta.

—Nada —respondo, pero la voz se me corta y las lágrimas empiezan a asomar.

—Por Dios, criatura, ven conmigo. —Me engancha del brazo e intenta llevarme de vuelta al bar.

—¡No! ¡Ahí no!

—Vale, vale, tranquila. Vamos a otro sitio.

Me descubro relatándole a Lola en una cafetería toda mi relación con Sergio, desde nuestro primer encuentro hasta nuestro lamentable adiós. Si no fuera porque el camarero me ha servido la infusión que tengo delante, pensaría que ella me ha echado un suero de la verdad para que le suelte hasta el pin de la tarjeta de crédito. Es evidente que necesitaba desahogarme y Lola estaba en el sitio preciso en el momento adecuado, porque sospecho que en mi estado actual podría haberle contado mi vida al repartidor de la Coca-Cola si me hubiera chocado con él.

—La primera vez que te vi parecía que te habían metido un palo por el culo —afirma con rotundidad, meneando el brazo con su

ristra de pulseras—. Pero esta isla te sienta bien, y mi chico también te hace bien —apunta con orgullo—. Te hace sonreír.

—Hoy me ha hecho llorar.

—Reina, vas a casarte con otro y te ha dicho que se está enamorando de ti. Estaba derrotado antes de empezar y aun así lo ha intentado. ¿Por qué no te pones en su lugar?

—No puede enamorarse de mí, ni yo de él, casi no nos conocemos.

—Hay personas que te impactan en una conversación de cinco minutos y otras que conoces durante toda tu vida y no te dejan ninguna huella. Yo me enamoré de mi marido la primera vez que lo vi y nos casamos un mes después de conocernos. De mi hija me enamoré incluso antes de que tenerla en brazos. Y aunque los perdí a los dos hace años, los sigo queriendo.

—Lo siento, no tenía ni idea…

—No, no te desvíes, estamos hablando de ti… Mira, el amor es cuestión de sentir, no de pensar. Y por mucho que lo analices, a veces es como una patada en la boca del estómago.

—No creo que pueda fiarme de lo que siento ahora mismo.

—Aura, las personas nos parecemos a las serpientes, mudamos la piel constantemente. Nos construimos cada día y eso nos lleva a contradecirnos, a equivocarnos, a rectificar y a volver a equivocarnos. Y estamos en todo nuestro derecho. —Coloca su mano sobre la mía—. Puedes irte de aquí y seguir con tu vida de siempre, es lo que haría la mayoría en tu lugar. Porque para hacer lo que una quiere de verdad hay que ser valiente o estar como una cabra.

***

Después de mi charla con Lola, al volver a casa y contarles a Brina y Sol mi discusión con Sergio, las dos me han obligado a sentarme en el sofá para hacerme una especie de intervención. Me lanzan docenas de preguntas, pero no sé responder a ninguna. Y ellas tampoco me ayudan. Es como tener un ángel y un demonio, uno en cada hombro, incapaces de ponerse de acuerdo, aunque no tengo muy claro quién es

el ángel y quién el demonio en este caso.

—En las relaciones hay altibajos, no siempre es todo perfecto —asegura Brina con conocimiento de causa—. Mira, entiendo lo que te ha pasado con Sergio. Con él todo es nuevo y muy intenso, pero ¿qué va a pasar cuando se acabe el verano? ¿De verdad crees que merece la pena dinamitar toda tu vida por un tío del que no sabes ni cuándo es su cumpleaños?

—Es que todo esto no es solo por Sergio —contraataca Sol—. Odias tu trabajo, Aura, y tú misma has reconocido que no eres feliz.

—¿Y crees que dejar a Óscar y vivir aquí sin trabajo y sin amigas le va a hacer muy feliz? Pues nada, que se haga unas rastas y se dedique a hablar con los árboles y a tocar los tambores en la playa. Asunto arreglado.

—¿Has terminado? —inquiere Sol.

—Depende de lo que vayas a soltar por la boca.

La rubia se levanta y sube las escaleras.

—¿A dónde vas? —le pregunta y a continuación se dirige a mí —. ¿Es un teatrillo de los suyos? Porque si lo es, no entiendo lo que nos quiere decir.

Me limito a encogerme de hombros. Sigo sin tener respuesta para nada. Nuestra amiga vuelve a bajar, esta vez acompañada de su cámara de fotos. Se sienta a mi lado y me muestra una foto en la que aparecemos Sergio y yo en la playa. Estamos sentados en la misma toalla y nos estamos riendo, tanto que las carcajadas parecen salirse de la pantalla.

—La fotografía no miente —señala—. Hay pocas cosas más sinceras que un instante robado, porque nadie finge cuando cree que no lo ven.

No tenía ni idea de que Sol nos había fotografiado, aunque con Sergio tiendo a perder el mundo de vista.

—¿Cuándo la hiciste?

—¿Y eso qué más da? Esa es la puñetera imagen de la felicidad… Nunca te he visto así con nadie —apostilla.

Miro a mi otra amiga, esperando escuchar su argumento en contra, pero no abre la boca. Y es raro, siempre tiene algo que añadir.

—Voy a volver a casa —decido por fin—. Tengo que hablar con Óscar.

—¿Y qué le vas a decir? —me pregunta Brina.

—No tengo ni idea. Lo sabré cuando lo vea.

Voy a mi habitación y hago la maleta sin ningún orden. Estoy nerviosa, aterrada más bien, porque por una vez en mi vida no he planeado nada de lo que estoy haciendo.

Por mucho que Brina insiste en llevarme al aeropuerto, pido un taxi. Ya he escuchado demasiadas opiniones por hoy y necesito estar a solas con mis pensamientos. Me despido de mis amigas sin ceremonias, con un simple y rápido adiós. No sé cuándo voy a volver, ni siquiera sé si volveré.

—Espera, Aura —me frena Brina en lo que creo es su último intento por convencerme de que no haga ninguna tontería—. No sé si vas a tomar la decisión más estúpida del mundo o la más lúcida de tu vida, pero te quiero y te apoyo hagas lo que hagas, ¿vale? Solo quiero que lo sepas.

Le doy las gracias con un nudo en la garganta y me voy al aeropuerto.

24

SOL

Compartirte

Brina y yo somos fuerzas opuestas, aunque complementarias, como el yin y el yang. Lo malo es que cuando nuestro equilibrio —es decir, Aura— no está presente, ese fluir más o menos armónico que mantenemos se va a la mierda en cuestión de minutos, sumiéndonos en el caos universal. Si yo tengo hambre, Brina tiene sueño. Si a ella le apetece visitar un mercadillo, yo prefiero ir a la playa. Si una dice que la Tierra es redonda, la otra se convierte de inmediato en terraplanista solo por llevar la contraria… Nos queremos, pero ya se sabe que para que exista el bien tiene que existir también el mal… Ella es el mal, por supuesto.

Cuando los astros se alinean y nos ponemos de acuerdo en algo, siempre encontramos la forma de darle la vuelta. Ni siquiera sé cómo hemos pasado de mantener una conversación civilizada por todo el asunto de Andrés y el club de intercambio de parejas a gritarnos como dos verduleras. En concreto, yo a ella que es una avinagrada que necesita echar un clavo. En mi defensa puedo alegar que ha sido después de que me llamara *hippie* roñosa. El resultado ha sido un pelín dramático hasta para mi gusto: su espantada de casa con portazo incluido.

Tumbada en el sofá, me debato seriamente entre ignorarla y esperar a que se le pase el cabreo o salir a buscarla y hacer las paces. Va ganando la primera opción cuando suena el teléfono. Es Teo por videollamada. Rápidamente, me peino con los dedos antes de darme cuenta de que yo no hago esas tonterías con él.

—¿La azul o la blanca? —me pregunta nada más aparecer en el centro de la pantalla, sujetando dos camisas colgadas en perchas y perfectamente planchadas.

—Hola, canija, ¿cómo estás? —imito su voz—. Perdona por haber pasado de ti la última semana y no contestar a tus llamadas.

—No he respondido al teléfono una sola vez —me corrige—, y es porque me llamaste a las tres de la madrugada.

—¿Y? ¿Desde cuándo tenemos un horario para hablar?

El sábado por la noche no podía dormir, así que lo llamé, como he hecho tropecientas veces a lo largo de los años.

—Estaba ocupado, Sol…

Y su levantamiento de cejas insinuante hace que la bilis me suba hasta la garganta.

—Vale, no me interesa lo que hagas en la cama —aclaro con desgana.

—¿Quién dice que fuera en la cama? —Ríe encantado consigo mismo y me entran ganas de meterle las perchas por el…—. Bueno, dime, ¿la azul o la blanca? —insiste.

Debería responder que la azul, porque resalta el color de sus ojos. Unos ojos que cuando me miran me hacen sentir en casa. En cambio, me enredo en una explicación ridícula sobre la psicología del color.

—Pues no sé qué decirte… El blanco es símbolo de la virtud y la inocencia, aunque en algunas culturas africanas es también el color de la muerte. Y el azul demuestra confianza, pero también se asocia a la necesidad de control y a una clara falta de espontaneidad.

—No sé ni para qué te pregunto —suspira, posando las prendas sobre la cama.

—¿Una cita importante?

Que no diga su nombre, que no diga su nombre, que no diga su nombre…

—He quedado a cenar con Fabiola y una pareja de amigos suyos.

—Pero qué monos… —pronuncio sin emoción ninguna—. Ya hacéis cenas de parejitas.

—Pues sí… —Se quita el polo, quedándose desnudo de cintura para arriba, y su cuerpo de tirillas cubierto por una capa casi ridícula de vello me perturba por primera vez—. Y también hacemos todas esas cosas moñas que a ti te horrorizan —me cuenta mientras se prueba la camisa azul—. Damos paseos cogidos de la mano, nos hacemos *selfies*, nos enviamos mensajes de buenas noches aunque acabemos de despedirnos…

Los ojos se me van con curiosidad hacia su entrepierna. Por muy amigos que seamos, nunca he llegado a conocerle tan de cerca. Joder, pero ¿qué mierda hago yo pensando en la chorra de Teo? Me levanto y me dedico a dar vueltas por el salón, móvil en mano, buscando un puto cigarro que me ayude a morir con lentitud. Aunque sería más efectivo trincarme una botella de tequila y amodorrarme en el sofá hasta caer inconsciente. Lo que sea por deshacerme del pensamiento que empieza a colarse peligrosamente en mi cabeza.

—Sol, ¿te importaría contestarme? —me pide unos segundos después, ya vestido con esa camisa que parece hecha a medida para sus puñeteros ojos.

—¿Qué decías? Es que se te ha ido la voz, debe ser la cobertura.

—Te preguntaba si está Aura por ahí. Quiero saber si le importaría que lleve a Fabiola conmigo a la boda.

—No puedes llevarla a la boda —niego con rotundidad.

—¿Y por qué no?

Porque de repente está por todas partes, ocupándolo todo y haciendo que te brillen los ojos. Porque tengo un montón de planes contigo para cuando nos volvamos a ver en los que ella no cabe. Porque me niego a compartirte con ella. Porque no quiero compartirte con nadie.

—Pues porque a lo mejor ni siquiera hay boda... Aura va camino de Madrid ahora mismo para hablar con Óscar.

Le pongo al día de las últimas novedades de nuestra amiga y eso me sirve, de paso, para concentrarme en otra cosa.

—Joder —farfulla cuando termino.

—Sí, joder… Así que mejor espera un poco antes de comprar un billete de más.

—¿Alguna otra novedad que deba saber?

—Bueno, está lo de Brina y su relación abierta, aunque eso es también largo de contar…

—¿Pero qué os pasa a todas? —Arruga la frente—. ¿Hay algo en el agua de ese sitio que os esté haciendo alucinar?

Tal vez eso explicaría que Aura se haya liado con un *greñas* antes de su boda, que sor Brina se pasee medio en bolas por clubs

sexuales, y que yo… que yo lleve toda la semana obsesionada con cómo sería besar a mi mejor amigo.

El telefonillo de casa de Teo suena y me salva de responder.

—Es Fabiola, tengo que colgar. Mañana te llamo y hablamos con más calma, ¿vale?

Espero que tu novia la *panettone* se atragante con la cena.

—Claro, pásalo bien —digo con una sonrisa acartonada.

Cuelgo y caigo en el sofá como si acabaran de noquearme con una pala en la cara. Teo tenía razón: hay secretos que están mucho mejor guardados en una caja.

25

Decisiones sobre la marcha

Las aceras prenden Madrid esta noche y la ciudad me da la bienvenida con el calor típico de agosto. Otra cosa que no he echado de menos. Cuando llego a casa, me cuesta tres intentos encajar la llave en la cerradura. El temblor de mis dedos es solo una extensión de mi estado general. El viaje no me ha calmado y el *aguachirri* que hacen pasar por café en el avión solo ha contribuido a revolverme el estómago. Durante el vuelo he tratado de relajarme con algo de música, pero la lista de reproducción aleatoria me ha puesto aún más de los nervios. Escuchando *Dinamita*, de La Bien Querida, me han entrado unas ganas locas de levantarme del asiento y correr hasta la cabina del piloto para suplicarle que diera la vuelta. Acto seguido, ha sonado *La Apuesta*, de Alice Wonder, y me he planteado la posibilidad de ser una completa imbécil y una niñata por permitir que un rollo de verano que no va a ninguna parte termine con lo que llevo años intentando construir junto a Óscar. Para cuando esperaba una señal definitiva del universo musical que ayudara a desempatar, J Balvin ha empezado a cantarme una versión reguetonera de *Bob Esponja*. Ahí he llegado a dos conclusiones. La primera es que no vuelvo a prestarle mi cuenta de Spotify a Sol, y la segunda es, en realidad, un recordatorio: el de que yo no creo que el destino nos envíe señales para allanarnos el camino. Eso que algunos llaman señales es la manera en la que nuestro inconsciente nos susurra las respuestas a las decisiones que nos cuesta tomar. Y aunque estoy a punto de enfrentarme a una, mientras abro la puerta de casa, me siento como un péndulo en movimiento, sin idea de en qué lado va a quedarse.

Las ruedas de mi maleta se arrastran lánguidas por el largo pasillo de parqué. Mi corazón se revoluciona a cada paso y trato de coger aire, pero se me queda atascado en cuanto Óscar sale por la puerta de la cocina.

—¿Cómo no me has avisado de que volvías? —pregunta con asombro—. Te hubiera recogido en el aeropuerto.

Me da un beso rápido, como si nos hubiéramos visto esta mañana en lugar de haber pasado casi un mes separados. Yo respondo con un abrazo y acaricio su nuca con la palma de la mano. Cierro los ojos durante un par de segundos. Su olor a Terre d'Hermès me resulta familiar, reconfortante. Cuando me aparto, me mira aún sorprendido con sus ojos verdes y su sonrisa amable.

—¿Quieres cenar? Hay pollo al limón.

Sonrío. Es lo que toca los martes. Tenemos un calendario bastante marcado respecto a las cenas.

—No tengo hambre, pero te acompaño.

Óscar se sienta con su plato y su mantel individual en la mesa de comedor del salón y yo me uno con una copa de vino tinto. Me quito las sandalias y apoyo un pie descalzo en el borde de la silla para ponerme cómoda. Mi gesto no pasa inadvertido. Me mira de reojo mientras coge el cuchillo y el tenedor. No protesta, pero le conozco lo suficiente para saber que no le hace gracia. Estas sillas, de madera maciza de fresno, creo recordar, nos costaron casi un mes de sueldo.

—¿Qué tal todo por aquí? —pregunto, sintiéndome de inmediato estúpida por dirigirme a mi novio como si fuera un simple conocido.

Óscar empieza a contarme las últimas novedades de su trabajo como si tal cosa, como cualquier otro día. No me hace una sola pregunta sobre mis vacaciones en la isla. Para él no han existido. Iba muy en serio con lo de que a mi vuelta todo fuese exactamente igual que antes.

Mientras él habla me dedico a contemplar nuestro salón: tan nórdico, tan minimalista, tan de catálogo. Tonos blancos y grises dominan la estancia con muebles de líneas rectas, sin artificios que osen romper la armonía. Un decorador se encargó de cada detalle porque nosotros no teníamos tiempo para discutir sobre materiales nobles o estudiar la luz. Ni siquiera escogimos los floreros, los cuadros o las plantas. De hecho, si me preguntas qué salvaría de esta casa si sufriera un incendio, no se me ocurre nada. No tiene nada de mí ni de Óscar. Entre estas cuatro paredes no se respira un «nosotros».

El único elemento personal que podríamos haber aportado

serían nuestras fotos, pero ni eso. ¿De verdad no hemos tenido ni un momento para colocar un marco en una estantería?

La reflexión es de lo más inoportuna, porque me lleva a recordar la foto que Sol nos hizo a Sergio y a mí en la playa. Me obligo a alejar esa imagen de inmediato.

—¿Cuándo vuelves al trabajo? —quiere saber Óscar a la vez que corta un trozo de pollo.

—Pues no lo sé, todavía me quedan unos días libres.

—Sí, pero nos casamos en un mes y vas a cogerte otros quince días para la luna de miel, así que será mejor que vuelvas ya si no quieres cabrear a tu jefe —me advierte.

—No lo había pensado de esa forma… —Bebo un trago de vino con tanta fuerza que me quema la garganta.

El trabajo, la boda, los correos que he ignorado sobre los preparativos, la luna de miel en Bali… Mi propia realidad debería aplastarme, pero suena demasiado extraña, como si no me perteneciera. Al igual que esta casa.

***

Con un nudo en el estómago y sin haber sido capaz de desprenderme de otra cosa que no sean las sandalias, empiezo a deshacer la maleta en el dormitorio. Óscar recoge y limpia la cocina y a eso de las once me avisa de que se va a acostar. Es su hora habitual, ya que cada mañana se levanta a las cinco y media para salir a correr.

—Por cierto, deberías llamar a tu madre para decirle que has vuelto —me recuerda a la vez que me da un beso de buenas noches.

A base de *wasaps* he conseguido evitarla durante más de tres semanas, aunque ya puedo imaginármela preparada con un interrogatorio y un arsenal de reproches: ¿Se puede saber qué te pasa? ¿A quién se le ocurre desaparecer de esa forma? Tú no estás bien, tú te has enredado con otro… Básicamente todo lo que debería estar rondando por la cabeza de Óscar en este momento.

Me siento en el borde de la cama, que noto más dura al tacto que de costumbre, y lo observo poniéndose su pijama azul de rayas

blancas.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No —asegura.

—¿Por qué no?

—Porque has vuelto.

—Pero han pasado muchas cosas estos días.

—Aura, te dejé bastante claro que no quiero hablar de eso, y tú me aseguraste que no tuvo importancia. Lo único que me interesa es lo que tenemos aquí a partir de ahora, tú y yo —recalca, clavándome una mirada glacial—. No sé por qué insistes.

—Pues porque no lo entiendo y no es normal. No sé si es que no te importa lo que haya hecho o si te da tanto miedo que prefieres enterrarlo… Y cualquiera de las dos opciones me preocupa.

—Entonces dime qué quieres. ¿Qué te haría sentir mejor? ¿Que me dé un ataque de celos? ¿Que monte un drama? —inquiere, molesto.

Reconozco que es difícil montar un drama cuando no se quieren saber las razones que lo han causado. Además, esa palabra no existe en esta casa. Preferimos ser prácticos y funcionales, como los muebles.

—Creo que no puedo casarme.

Las palabras brotan de mi boca y no me da tiempo a frenarlas porque hasta yo me sorprendo al pronunciarlas.

—Mira, mejor vamos a dormir y lo hablamos mañana tranquilamente. —Se acerca hasta la cama y empieza a apartar los cojines que adornan la colcha.

—Me parece una conversación lo bastante importante como para no dejarla para mañana.

—Vale… —suspira y se sienta a mi lado, haciéndome sentir como una niña pequeña a la que hay que consolar tras una pataleta—. Aura, llevas un tiempo estresada con el trabajo y con los preparativos de la boda. Tienes un montón de cosas en la cabeza y por eso te estás agobiando. Vamos a esperar unos días y…

—No creo que esperar vaya a cambiar nada —tercio, jugando nerviosa con los dedos sobre mi regazo—. No soy feliz. Pensaba que sí,

pero no.

—¿Cómo que no eres feliz? ¿Desde cuándo no eres feliz?

Buena pregunta.

—No lo sé.

—Cielo, esto no tiene ningún sentido, ni siquiera tenemos problemas —señala con una risa nerviosa.

Es cierto, no los tenemos. Óscar es un hombre de lo más decente y me quiere a su manera. Y yo a él. «Me casaré con el hombre perfecto». Es lo que escribí en mi papel de la cápsula del tiempo. Y admito que es perfecto sobre ese papel. Pero lo nuestro no es amor. Lo parece porque lo vestimos así, porque los «te quiero» nos resbalan de los labios como los «buenos días». Deberían darnos un uso limitado al nacer, así los pronunciaríamos con menos ligereza.

—Lo que tenemos es una relación conveniente —declaro.

—¿Y eso es malo? Tenemos los mismos gustos, queremos las mismas cosas, nos entendemos —razona, plenamente convencido.

No creo en cuentos de hadas infantiles ni en ese ideal romántico que nos han vendido toda la vida. No creo que el amor tenga que arrasarnos, pero al menos debería hacernos tambalear un poco, ¿no? Porque yo estoy aquí sentada como si me hubieran atornillado a la cama.

—Ya no me entiendo ni a mí misma —admito con una sonrisa amarga.

—Todo esto es por quien sea que has conocido en la isla, ¿verdad?

Sí y no, aunque eso no sea una respuesta válida. Sergio es una de las razones por las que me estoy replanteando todo lo que conozco, pero no la única.

—Sí, entre otras cosas.

—Vale, cuéntamelo, quiero saberlo todo —exige.

Aunque tarde, por fin llega la reacción que esperaba. No obstante, me cuesta encontrar las palabras adecuadas para hablarle de lo que ha pasado en la isla. Eludo los detalles más íntimos, todas las conversaciones que significaron algo para mí y la forma en que me siento cuando estoy con Sergio. Y al terminar, me doy cuenta de que,

si nos quitas eso, a ojos ajenos solo somos un calentón de verano.

Óscar se levanta y empieza a dar vueltas por la habitación.

—Tres semanas, Aura, has estado con él tres semanas como mucho. Nosotros hemos compartido cinco años. ¿De verdad significo tan poco para ti? —El dolor reflejado en su voz es un corte lento sobre la piel.

—No es eso, Óscar, significas muchísimo para mí —aseguro, pero la voz se me quiebra y una lágrima me resbala por la mejilla.

—Entonces explícame por qué merece la pena acabar con lo nuestro por un tipo al que apenas conoces.

—Porque si merece la pena sacrificar lo que tenemos por alguien que, como bien dices, casi no conozco, es que algo falla en lo nuestro.

—No me lo puedo creer. —Se frota la cara con incredulidad—. ¿Estás completamente segura de esto?

Sí. No. No lo sé… Nunca actúo por instinto, es nuevo para mí. Pero no es la contestación que Óscar se merece. Dejar una puerta abierta no sería justo para él. Si me arrepiento ya lidiaré con las consecuencias yo sola.

—Sí.

Un silencio denso y agobiante nos envuelve. Debería ser yo la que dijera algo más, pero no hay palabras apropiadas para despedirse bien de los cinco años con los que he terminado de golpe y plumazo.

—Puedes dormir aquí esta noche —me dice—. Yo me quedaré en la habitación de invitados.

—No hace falta, puedo…

—Si no te importa, déjame decidir algo a mí —me interrumpe con brusquedad, tratando de preservar su dignidad de la cabrona que acaba de hacer estallar su presente y su futuro.

—Vale —susurro y respiro hondo para hablar, ya que de todos los elefantes gigantes que ocupan la habitación, hay uno más grande que los demás—. Mañana puedo encargarme yo de cancelar todo lo que tenga que ver con la boda. Asumiré los gastos que haga falta.

—¿También te vas a encargar de explicárselo a mis padres, a mi hermana, al resto de mi familia y a mis amigos?

—Lo siento.

Creo que es la primera vez que esas palabras salen de mi boca en toda la conversación. Y es raro viniendo de alguien que suele disculparse por todo.

—Mañana me buscaré otro piso —me informa.

—No, Óscar, no hace falta, puedes quedarte aquí.

—¿Y tú dónde vas a ir?

—Ya veré, no te preocupes…

—Ah, claro, qué idiota soy. —Hace una mueca—. Vas a volver con él.

—Voy a volver a la isla —puntualizo, como si eso supusiera alguna diferencia. Supongo que voy tomando las decisiones sobre la marcha.

—Es como si no te conociera... —Niega con la cabeza—. Estás cometiendo un error.

—Quizá.

Quizá todo esto sea un error y quizá él ya no me conozca.

—Es que te juro que no lo entiendo —repite—. Hace un mes estábamos organizando nuestra boda y todo estaba bien.

—No, no lo estaba, pero yo todavía no me había dado cuenta —reconozco.

—¿No puedo hacer nada para arreglarlo? —Me mira y me mata ver la impotencia reflejada en sus ojos.

—No, porque tú no has estropeado nada.

Camina muy despacio y se sienta a mi lado de nuevo. Apoya los codos en las rodillas y se lleva las manos a la cabeza. Solo he visto llorar a Óscar una vez, cuando uno de sus amigos murió en un accidente de tráfico. Esta es la segunda. Y supongo que la última. Las lágrimas también resbalan por mis mejillas. Trato de abrazarle, pero se aparta. No tengo ese derecho, y lo comprendo. Ya no somos nada.

26

SERGIO

La resaca

Esta noche he cerrado antes el bar y he mandado a todos los camareros a casa. No suelo dejar que mis asuntos personales interfieran en el negocio, pero hoy me importa tres cojones. Y lo bueno de ser el jefe es que nadie te pide explicaciones.

Si fuera más listo, me iría a dormir en lugar de quedarme apoyado en la barra, a medio metro de distancia de una botella de ron que me mira de lado, desafiándome. Y eso que nunca me ha gustado demasiado el ron; prefiero el sabor intenso de un *whisky* Macallan de dieciocho años, para ser exactos. Pero como ahora mismo me conformaría con alcohol de curar las heridas, esa puta botella se ha convertido en el flautista y yo en la rata que quiere correr hacia ella. Porque las ganas de tomarme una copa o de meterme una raya siempre están ahí, sin hacer mucho ruido pero latentes, y suelen aparecer en los peores momentos, siseándote al oído.

No voy a beber, a pesar de que me siento como si una ola gigante me hubiera golpeado, engullido y arrastrado hasta el fondo del mar para después escupirme en la orilla. A lo mejor me estoy poniendo un poco melodramático, pero es que las únicas resacas que puedo permitirme son las emocionales. Y soy tan miope que la de Aura no la vi venir. No hasta esta tarde, cuando he tenido que contemplar cómo salía de casa con la maleta. Yo estaba a punto de ir a buscarla, dispuesto a arrastrarme y a arañar el tiempo que ella quisiera darme antes de irse.

El sonido de unas pisadas me hace levantar la cabeza. Reconozco el sonido de sus chanclas hasta de espaldas.

—¿No puedes vivir sin mí ni en tu día libre? —le pregunto justo antes de que llegue a mi lado.

—Me han contado que has cerrado el bar antes de la hora, así que vengo a hacer una comprobación de daños —responde Enzo, clavando de inmediato la vista en la botella de ron.

—No la he tocado —le aclaro—. Alguno de los chicos se ha

olvidado de recogerla.

—Te creo. —Se mete en la barra y coge la botella para guardarla en su sitio—. Pero tienes pinta de haber tenido un día de mierda, así que mejor vamos a alejar la tentación.

—Ya se ha alejado ella solita, en avión.

—¿Aura? —Arruga la frente con sorpresa—. ¿Se ha ido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque le dije que se fuera.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Que quiero ir a buscarla.

—Tío, tienes el corazón de un suicida —se lamenta.

—Eso suena demasiado profundo para ti.

—Pues mejor te digo que eres tonto del culo —replica, apoyando los codos en la barra.

—Tanto pelo para tan poca cabeza… Es lo que siempre me decía mi madre.

—Tu madre tenía toda la razón —asegura—. Sergio, si hubiera querido, se habría quedado.

—Tampoco es tan fácil —protesto.

—Fácil o difícil, el resultado es el mismo… Mira, me gusta Aura, pero eres tú el que está aquí jodido mientras ella elige el ramo de novia.

—Y que la voz de mi conciencia sea un tío que se acuesta con autobuses de *guiris*. —Me río sin ganas.

—Es lo que te ha tocado. —Me da una palmada en el hombro —. Y ya que no podemos olvidarla con alcohol, ¿qué tal si echamos una carrera nadando? Hasta la boya, ida y vuelta dos veces. ¿O ya eres demasiado viejo para eso? —me vacila.

Nado en la oscuridad hasta que me arden los pulmones y gano la carrera. Eso sí, al salir del mar tengo que tumbarme en la arena para recobrar el aliento. Busco a Enzo con la mirada en cuanto soy capaz de levantar el peso de mi cuerpo. Lo encuentro cerca del paseo marítimo, en calzoncillos, chorreando agua y hablando con dos chicas. Es un mago con las mujeres, el puto Harry Potter pero con

abdominales.

Me llama con un silbido como a los perros y me temo lo peor.

—¡Arriba, abuelo! —me grita—. Nos vamos de fiesta.

27

Pensar o sentir

Mientras me tomo un café en la mesa de la cocina que ya no es mi mesa de la cocina, compro un billete para volver hoy mismo a la isla. Otra cosa que tachar de la lista. Lo hago de forma literal. O todo lo literal que puede considerarse marcar un *check* en una aplicación.

A las cinco de la mañana asumí que no iba a ser capaz de dormir y decidí activar mi «modo eficiente». Me senté en la cama y escribí en el móvil una lista con todas mis tareas pendientes del día. Las viejas costumbres reconfortan. Además, si hago un balance, el dolor de cabeza y las ojeras que arrastro son un precio muy pequeño a pagar por mis actos.

Soy consciente de que Óscar podría haberme puesto las cosas mucho más difíciles. Podría haberme gritado y ametrallado con reproches en vez de portarse como un perfecto caballero. De hecho, casi lo hubiera preferido. Mi sentimiento de culpa es mucho más cruel y retorcido que cualquier insulto que pueda salir de la boca de mi ya exprometido.

Desde el portátil redacto un *e-mail* con los asuntos prácticos relacionados con nuestra cuenta conjunta de gastos, el cambio que deberíamos hacer en el contrato de alquiler del piso e incluyo una redacción del comunicado de cancelación de la boda que podemos mandar a los invitados. Mis dedos titubean antes de darle al botón de enviar porque sé que voy a amargarle aún más a Óscar un día que ya ha empezado bastante mal.

Me contesta a los cinco minutos con un escueto «ok». Y me doy cuenta, con tristeza y alivio a la vez, de que solo hace falta una mañana para desvincularnos. Al menos en un sentido material.

A las diez en punto llamo a Rita, la organizadora de la boda. No le sorprende mi decisión de anularlo todo; no sé si lo ha intuido o es que sabe disimular muy bien gracias a su trabajo, aunque algo me dice que en el caso de Rita es la primera opción.

Entre las dos revisamos y acordamos todos los aspectos de la

cancelación, que no me va a salir nada barata ya que, a pesar de contar con un seguro, este solo cubre fenómenos atmosféricos tipo inundaciones por lluvia o huracanes y accidentes sufridos por alguno de los contrayentes. No se me ocurrió incluir la cláusula de «novia a la fuga».

—Por si nadie te lo ha dicho todavía, eres una valiente —me suelta Rita cuando ya nos estamos despidiendo—. Y que conste que lo admito con todo el dolor de mi corazón por la pasta que voy a dejar de ganar con tu boda.

—Nadie me lo ha dicho, gracias. —Sonrío con desánimo—. Aunque dudo que Óscar o mi madre estén de acuerdo.

—Con todos mis respetos, y ahora que ya no nos une una relación de organizadora y cliente, que le den a tu madre. Ella no es la que tiene que vivir tu vida. Y respecto a Óscar, si tú no eres feliz, no vas a poder hacerle feliz a él. Le has hecho un favor, aunque no vaya a verlo así —asegura—. Todos merecemos a alguien que nos quiera y no que se conforme con nosotros, porque la mediocridad es una puta mierda.

—Rita, sé que casi no nos conocemos, pero creo que te necesito en mi vida.

—Sí, suelo causar ese efecto… y el contrario. O me amas o me odias, no creo en la indiferencia. —Se ríe y estoy convencida de que lo dice en serio.

Mi conversación con Rita ayuda, pero no hace milagros. Tras colgar, me inunda la cobardía. No quiero ni pensar en volver a recoger mis cosas otro día y enfrentarme a la presencia de Óscar, así que bajo a la calle a comprar otra maleta.

De camino a la tienda, un escaparate me llama la atención. Es un estudio de tatuajes que nunca había visto. Tal vez es nuevo o tal vez no había reparado en él porque jamás se me ha pasado por la cabeza marcarme la piel. Una palabra, solo una, acude a mi mente haciéndome sonreír. Entro en el estudio guiada por un impulso. Y ya van unos cuantos.

***

Llamo a mi madre en el taxi que me lleva al aeropuerto y no me queda más remedio que informarle de mi nueva situación sentimental. Hablamos durante veinte minutos. En realidad, yo intervengo un minuto y los restantes diecinueve soporto estoicamente un monólogo encendido sobre lo irresponsable que soy y lo afectadísima que está ante mi repentina y equivocada decisión. Por no mencionar el bochorno de tener que contárselo a todas sus amigas y el disgusto que le voy a dar a mi tía Esperanza, de noventa y cuatro años, quien iba a salir de la residencia geriátrica exclusivamente para asistir a mi boda.

Tras el chaparrón materno no me quedan fuerzas para escuchar a nadie más. Brina y Sol me han enviado varios *wasaps*, pero les he dicho que no se preocupen por mí y que hablaremos más tarde. No las he avisado de mi vuelta, prefiero contárselo todo en persona. También debería llamar a mi jefe, ya que espera verme aparecer la semana que viene por la oficina. Solo de pensar en pisarla, me sudan las manos y se me encoge el estómago, así que decido posponer esa conversación unos días más.

A media tarde aterrizo en la isla con tres maletas llenas y la sensación de haber dejado carpetazo a casi todo. Diez años para construir una vida y menos de un mes para descomponerla. Para alguien que se lee enterita la política de privacidad y el uso de *cookies* antes de descargarse una *app*, es un riesgo sin precedentes.

La expresión atónita de Brina cuando me abre la puerta es para enmarcar, aunque voy demasiado acelerada a causa de los nervios y la falta de sueño como para sentarme a dar las explicaciones pertinentes. Prácticamente lanzo las maletas rodando por el salón y grito al aire que voy a buscar a Sergio, porque si me detengo, si paro un segundo, perderé el valor.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¿Qué vas a decirle? —me grita cuando ya estoy en la puerta.

—Lo sabré cuando lo vea.

Llego a casa de Sergio batiendo un récord de velocidad y llamo al timbre. Los pocos segundos que tarda en abrir transcurren a cámara

lenta.

—¿Aura? —pronuncia mi nombre despacio —¿Qué haces aquí?

—No me voy a casar —suelto sin florituras—. Tampoco tengo ni idea de lo que voy a hacer mañana, pero sea lo que sea, me apetece hacerlo contigo… Es todo lo que sé de momento. Eso y que estoy harta de pensar, Sergio. No quiero pensar, solo sentir. Y solo siento contigo.

Para no haber preparado un discurso, no está tan mal, ¿no?

—No creía que fueras a volver —murmura.

—Ni yo, pero aquí estoy. —Me encojo de hombros y sonrío de puro nervio—. ¿Puedo pasar y hablamos?

—¿Sergio? —Una voz femenina acompañada de una cara monísima aparece justo detrás de él—. Yo mejor me voy —señala con evidente apuro.

Él no reacciona ni se mueve, es un muro entre las dos y tiene la misma capacidad de habla.

—No, no, perdona, la que se va soy yo —balbuceo con una risa floja nada acorde con la situación—. No quería interrumpir.

Me alejo a toda prisa y creo escuchar mi nombre como un eco distante, pero no me doy la vuelta. Entro en casa sin abrir la boca y me meto directamente en mi habitación. Me tiro en la cama y Brina y Sol me siguen como dos fieles soldados.

—¿Qué ha pasado? —pregunta la rubia, sentándose frente a mí.

—Que se acabó el verano memorable, supongo…

—¿Qué te ha hecho? —inquiere la morena, de pie y con los brazos en jarra.

—A mí nada, se lo estaba haciendo a otra…

—¡Será cabrón! —espeta.

—¿Lo es? Él pensaba que habías vuelto a Madrid para casarte con otro —apunta Sol, alzando las cejas.

—Sí, y también le dijo que se estaba enamorando de ella, cosa que ha tardado menos de veinticuatro horas en olvidar —replica Brina.

—No se ha olvidado, intenta olvidar, que es distinto —defiende Sol.

—¿Y tú por qué te pones de su parte? —contraataca Brina, indignada.

—No me pongo de su parte, solo digo que lo entiendo.

—Es lo mismo.

—Chicas, ¿podéis parar? —Elevo la voz y un pinchazo me atraviesa la sien—. Sé que lo hacéis con buena intención, pero me duele muchísimo la cabeza y no tengo fuerzas para esto ahora mismo.

El timbre suena y mi corazón hace un salto triple mortal dentro del pecho.

—¡No, no abras! —le suplico a Sol en cuanto se mueve—. Seguro que es él.

Insiste un par de veces más y acto seguido me llama al móvil. Lo apago. Ahora mataría por un poco de silencio.

Las chicas insisten en quedarse conmigo. Piensan que voy a echarme a llorar en cualquier momento, sin embargo, estoy física y emocionalmente agotada, casi en estado catatónico. Se van cuando les digo que voy a acostarme un rato, pero ni siquiera lo intento. Salgo a la terraza, me siento en la silla y contemplo el atardecer frente al mar. Hoy no tiene el efecto calmante de costumbre.

El sonido seco de unas pisadas cercanas y unas manos que se agarran a la barandilla me hacen apartar la vista del horizonte. Es como un *déjà vu* aunque con una diferencia. Esta vez, si lo tiro terraza abajo, es muy posible que no me arrepienta.

Sergio trepa con habilidad hasta plantarse delante de mí, vestido con esa camisa de aguacates horrorosa a la que había empezado a coger cariño.

—Sé que no tengo derecho a estar enfadada, pero no tengo ganas de verte.

—Que no tengas derecho no cambia cómo te sientes ahora mismo.

Estúpida, cabreada, perdida, cansada, desilusionada, triste…

—El karma tiene una puntería de lo más fina —resumo.

—Aura, no voy a intentar justificarme, no tengo por qué, pero quiero que entiendas que lo único que buscaba era sacarte de mi cabeza durante un rato. No digo que fuera la mejor opción, pero sí la

menos nociva para mí —reconoce, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos—. No creía que fueras a volver, aunque está visto que contigo nunca sé qué esperar.

—Es la primera vez que me lo dicen, suelo ser bastante predecible.

—Pues a mí me estás volviendo loco.

Se acerca a mí, tira de mi mano y me levanta.

—¿Qué haces? —pregunto cuando le veo acercarse peligrosamente a mi boca.

—Cuando me has dicho eso de que no quieres pensar, que solo quieres sentir… ¿Iba en serio?

—No me apetece hablar de eso ahora.

—¿Iba en serio o no? —Me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Sí —admito muy a mi pesar.

—Ven conmigo.

***

Me quedo inmóvil en medio del salón de Sergio como si fuera uno de los muebles mientras él rebusca entre su colección de discos de vinilo. No quiero ni sentarme porque no tengo claro de lo que ha sido testigo ese sofá en las últimas horas. Al menos, los primeros acordes de *Stand by me*, de Otis Redding, me distraen de ese pensamiento.

—Cierra los ojos —me pide, colocándose frente a mí.

—¿Qué es esto, *Dirty Dancing*? Sergio, de verdad que no estoy para juegos.

—Por favor, cierra los ojos —insiste con su mejor cara de niño bueno.

Suspiro cansada, pero lo hago. Cierro los ojos y lo primero que noto son sus manos rodeando la parte baja de mi espalda. Me recorre la cintura con las yemas de los dedos y siento su cuerpo y su respiración acercándose. Nos mecemos despacio al ritmo de la música. Mis manos abandonan la razón para posarse sobre sus hombros y la cabeza me da tantas vueltas que busco apoyo en su pecho. La tensión acumulada empieza a desinflarse poco a poco.

—¿Qué sientes ahora? —me pregunta al oído, con su pelo alborotado haciéndome cosquillas en la frente.

El hormigueo en la piel, siempre en la piel; el corazón corriendo más rápido que los pensamientos; el aliento, ávido por mezclarse, y los pies tratando de sostener nuevos miedos.

—Todo —pronuncio en un susurro.

Me besa y yo le beso a él porque es lo que llevo deseando hacer desde que me confesó que se estaba enamorando de mí. Desde que me miró a los ojos y me dijo que el amor no es cuestión de tiempo, sino de momentos. Como este.

—¿Qué tienes ahí? —me pregunta aún pegado a mi boca cuando sus dedos se encuentran con la parte superior de mi espalda.

—¿Prometes no reírte?

—No.

Me doy media vuelta y le pido que me quite la pequeña gasa que cubre mi omóplato derecho.

—«Imperfecta». —Lee la palabra que llevo adherida con tinta a la piel desde esta mañana y para siempre.

—Creo que me define mejor. —Me gira de nuevo hacia él—. Además, intentar ser doña perfecta es agotador.

—Lo escondes muy bien, pero en el fondo estás como una puta regadera.

—¿Y eso es malo?

—Malísimo. —Sonríe.

Los besos enseguida se vuelven más rápidos, más ansiosos, y mi camiseta comienza a ascender rápidamente por mis costillas.

—Sergio…

—¿Mmm?

—No vas a tocarme si no te duchas antes —le advierto.

—Vale. Me parece justo, ¿vienes a la ducha? —me pregunta con la mirada menos inocente que he visto en mi vida.

Y que alguien me ayude porque soy incapaz de negarme.

¿Qué estamos haciendo?

—En serio, ¿por qué hacemos esto? —bufa Sol, corriendo a trompicones por la orilla de la playa—. La arena no quiere que suframos, quiere que nos tumbemos, ¿no lo veis? —Señala a los que apuran los últimos rayos de sol del atardecer en sus toallas—. Voy a echar los pulmones por la boca.

—Correr mejora el sistema cardiorrespiratorio, tonifica los músculos y disminuye el riesgo de diabetes, colesterol e hipertensión —afirmo, reduciendo la marcha para colocarme a su lado—. Pero sobre todo, lo hacemos por nuestros culos, porque han crecido demasiado estas vacaciones.

—Mi culo y yo estamos bien, gracias. Mantenemos una relación estable desde hace muchos años —asegura la rubia con un sofoco evidente.

—Hablando de relaciones, ¿no va siendo ya hora de que hables con Teo? —sugiere Brina mientras corre delante de nosotras, meneando su minúsculo trasero todavía ajeno a la fuerza de la gravedad.

—¿Para qué voy yo a hablar con Teo?

—Para evitar que la próxima boda que celebremos sea la suya con la italiana, pedazo de cabezona —replica.

—No digas chorradas —suelta casi sin resuello—. No se va a casar con la *panettone*, casi no la conoce.

—No sé, Sol, estuve hablando con él y creo que Brina tiene razón… Con ella es diferente.

Y no lo digo por mi capacidad intuitiva, es que cuando le llamé hace un rato para contarle que cancelaba mi boda, aproveché para preguntarle por Fabiola y me respondió eso mismo: «con ella es diferente».

—Os apuesto lo que queráis a que, como mucho en un año, le pide que se case con él —asegura la morena.

—A la mierda… —Sol frena de golpe y se agacha al borde de la

asfixia para apoyar las manos sobre las rodillas—. Seguid sin mí.

Me detengo junto a ella. Entre la cara del color de una grosella y los pelos disparados fuera de la coleta parece un pollo despeluchado a punto de sufrir un infarto. Brina da media vuelta y vuelve trotando sobre sus pasos.

—¿Ves cómo te afecta? Estás fatal.

—Claro que estoy fatal, tengo el fondo físico de un koala.

—No cambies de tema y reconócelo de una vez —le dice mientras da vueltas a su alrededor como una mosca.

—Es complicado hablar cuando el oxígeno no te llega al cerebro —intervengo en defensa de Sol.

—Eso tampoco es ninguna novedad en ella…

—Brina, ¿qué quieres que diga para que me dejes en paz?

—¡Que reconozcas que estás enamorada de Teo!

—¡Pues muy bien! ¡Lo estoy! ¿Contenta?

Tengo que admitir que el método de acoso y derribo de Brina es infalible.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —inquiere sin intención de darse por vencida.

—Nada, ya se me pasará... Eso si no me muero aquí y ahora por vuestra culpa.

—¿Cómo que se te pasará? —Se detiene frente a ella y coloca los brazos en jarra—. Se trata de Teo, no de un colgado que hayas conocido en una manifestación a favor de los badulaques.

—¡Eran los bereberes, cateta! Y precisamente porque es Teo no quiero complicarlo.

—¿No tienes curiosidad por saber cómo serían las cosas con él? —pregunto.

—Sí, claro que sí… Pero después pienso en lo diferentes que somos y en lo mal que puede salir todo entre nosotros.

—Ser diferentes no es malo —digo sin estar segura de si trato de convencerla a ella o a mí misma.

—Y tú no eres de las que se acobardan —le recuerda Brina.

—No, pero la posibilidad de perderlo es… —suspira, no sé si por recobrar el aliento perdido o por simple tristeza—. No se me

ocurre nada peor.

—Y a mí no se me ocurre mejor definición del amor —añado.

La respuesta de Sol consiste en desviar la mirada hacia el mar.

—¿Entonces te lo vas a tragar y ya está? —insiste la morena.

—Él lo hizo a saber cuántos años y no ha pasado nada... ¿Ahora podemos dejar el interrogatorio e ir a merendar? Creo que me ha bajado el azúcar de tanto esfuerzo.

—Pero si solo hemos corrido un kilómetro —protesto tras comprobar mi pulsómetro.

—Pues eso hay que celebrarlo con un cruasán y un piti… Mirad, una cafetería. —Señala con la cabeza el local más cercano a pie de playa y, como si le hubieran inyectado un chute de adrenalina, emprende la marcha con energía, dejándonos atrás.

Cuando entramos, Sol ya está sentada en una mesa que mira al mar. Brina y yo nos contentamos con un par de zumos de zanahoria y una tostada integral a medias para merendar mientras Sol devora un cruasán de jamón y queso rebosante de mantequilla. La comida se me empieza a atragantar en cuanto surge el tema del fin de las vacaciones. La casa está alquilada hasta el treinta y uno de agosto, es decir, durante cinco días más. Después de eso solo me queda la incertidumbre.

—No voy a volver a Madrid de momento —suelto con bastante más ligereza de la que implica mi decisión y doy un mordisco a la tostada, lo bastante grande para que me dé tiempo a pensar una respuesta a la pregunta que sé que Brina va a hacerme a continuación.

—¿Vas a dejar tu trabajo?

—Se me da bien y tengo un buen sueldo, pero solo con pensar en volver a la oficina me duele el estómago.

—¿Entonces va en serio? ¿Piensas quedarte a vivir aquí? —inquiere, horrorizada.

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. No quiero volver a hacer planes para el fin de los tiempos.

—Pero al menos deberías pensar en algo a corto plazo —replica—. No digo que las cosas vayan a ir mal con Sergio, pero si no sale bien, ¿qué vas a hacer aquí tú sola? ¿Y de qué se supone que vas a

vivir?

—¿No se suponía que tú ibas a apoyarme hiciera lo que hiciera?

Contestar con otra pregunta es mi única opción, ya que todo lo que tengo ahora mismo son unos cuantos ahorros para subsistir unos meses y una tonelada de dudas.

—Y te apoyo, pero no quiero que te arrepientas. Estás tomando decisiones importantes demasiado rápido, así que alguien tiene que decirte las cosas como son, y sé que Sol no va a hacerlo.

—Porque Sol no es una controladora compulsiva que hace todo según lo establecido —comenta la aludida, chupándose el almíbar de los dedos—. No pasa nada porque Aura esté un poco perdida, ya se encontrará. Y si no, se llevará de aquí unos *kikis* de campeonato.

—Ya estamos —bufa Brina—. El sexo no es lo único que importa.

—Eso lo dices porque todavía no la has escuchado con Sergio en plena faena… Yo sí.

—Es imposible que nos hayas escuchado desde su casa —alego.

—De imposible nada, bonita, vosotros dos desafiáis las leyes del sonido con vuestras *guarrindongadas*.

Ignoro que mis mejillas deben estar más encendidas que las luces de un árbol de navidad y me centro en Brina.

—Si te quedas más tranquila, voy a pedir una excedencia. Así tendré tiempo de pensar lo que quiero hacer.

—No es solo eso, es que te voy a echar mucho de menos... —Agacha la cabeza con cara de pena. Porque así es mi amiga, por momentos parece recubierta de hielo, pero por dentro es un bizcocho tierno.

—Y yo a vosotras, muchísimo.

—Y no soy una controladora compulsiva —apostilla, taladrando a Sol con la mirada.

—Lo eres —respondo yo—, pero te queremos también por eso.

—Te queremos a pesar de eso, que también es bonito —corrige la rubia.

—¿Una controladora compulsiva que hace todo según lo

establecido se acostaría con un hombre que no fuera su marido?

—Tú no te has acostado con otro —aseguro.

—Pero voy a hacerlo.

—Venga ya, no te lo crees ni tú. —Se ríe Sol.

—La pregunta es… ¿Quieres hacerlo? —Frunzo el ceño porque a mí no me parece tan gracioso.

—Sí, creo que es una manera de equilibrar la balanza. Así dejaré de estar cabreada con Andrés y todo volverá a ser como antes.

Hasta yo, que estoy completamente perdida en la vida, puedo ver los inconvenientes de una lógica tan retorcida.

—Tú no te lo vas a hacer con un desconocido —insiste Sol, convencida.

—¿Quién ha dicho que tenga que ser un desconocido? —Brina levanta una ceja y me temo que ya tiene un plan funcionando a toda máquina en su cabeza.

29

BRINA

El ensayo de una confesión

No suelo llevar escote, prefiero sugerir a enseñar, pero he decidido que hoy la sutileza no tiene cabida entre mis pechos. Mi vestuario se compone de una camiseta blanca de licra que deja poco espacio a la imaginación y unos *shorts* vaqueros que andan escasos de tela. Los he recortado tanto antes de salir de casa que prácticamente han dejado de ser pantalones. Sol los ha bautizado como «coñolones» en cuanto me ha visto bajar las escaleras, así que creo que eso resume mi aspecto sin tener que dar más detalles.

Entro en el bar de Sergio y enseguida arrastro las miradas de un grupo de veinteañeros que cree que las resacas se curan bebiendo más cerveza. Estoy acostumbrada a llamar la atención por mi físico —no es vanidad, es un hecho—, pero me incómoda verlos reír y darse codazos entre ellos en plan troglodita y sin molestarse en disimular. Me pregunto si no tendrán hermanas.

Al menos pensar en esos neandertales me distrae mientras me acerco a la barra para abordar a mi objetivo.

—Necesito hablar contigo.

—¿Y a qué debo mi buena suerte? —me pregunta Enzo mientras decora un batido de chocolate.

—A que quiero que nos acostemos.

Las cosas mejor claras desde el principio, ¿no?

Me mira y abre los ojos con sorpresa, quizá por la proposición, quizá porque le estoy plantando las tetas en la cara o quizá por ambas razones.

—Aquí tienes tu batido —le dice con una sonrisa deslumbrante a la niña que está justo a mi lado en la barra, en la que yo no había reparado a causa de los nervios, y por aquello de que mide un metro veinte—. Estás invitada.

A la cría se le iluminan los ojos y se va tan contenta sujetando su bebida con las dos manos. Yo siento envidia y nostalgia a partes iguales, porque también quiero que la felicidad consista en un batido

de chocolate con un montón de nata.

—Perdona, ¿puedes repetir lo que acabas de decir? —me pide Enzo, apoyando las manos en la barra y prestándome toda su atención.

—Me has escuchado de sobra…

—Sí, pero creo que necesito una doble confirmación.

—Quiero que nos acostemos —repito con firmeza, disimulando la vergüenza que siento.

—¿Tú y yo?

—Sí.

—¿Juntos?

—No, cada uno en su casa y luego nos contamos qué tal fue…

—¿Pero tú estás segura de que es a mí a quien buscas? —pregunta, arrugando la frente cada vez más incrédulo.

—¿Necesitas una declaración jurada por mi parte?

—A ti lo de flirtear no se te da muy allá, ¿no?

Puede que le esté reclamando sexo como quien pide una hamburguesa para llevar, pero ¿no es eso más o menos lo que se hace hoy en día en Tinder?

—Bueno, ¿quieres o no?

—¿No estás casada?

—¿Te importa mucho?

—Hombre, pues un poco.

—Sí, ya, claro… ¿Se lo preguntas a todas con las que te acuestas? —bufo a punto de perder la poca paciencia que mis genes me han regalado.

—No, pero es que no suelo tener conversaciones tan surrealistas. —Se ríe.

—Déjalo, pensé que contigo sería más fácil…

Doy media vuelta, recojo mentalmente del suelo los restos de mi amor propio y me alejo.

—Brina, espera… —Enzo sale de la barra y camina hacia mí hasta que estamos frente a frente. Dicen que la belleza es subjetiva, pero no me imagino a ninguna mujer rechazando a este chico por no ser su tipo. Parece un maldito ángel—. Mira, aunque te dé esa

impresión, no soy una máquina dispensadora de polvos. Y aunque así fuera, podrías intentar hablarme con un poco más de educación, que yo no tengo la culpa de la mala hostia que gastas.

Perfecto, ahora la neandertal soy yo.

—Tienes razón, perdona… Es que esto se me da fatal.

—Normalmente, cuando dos personas se atraen, quedan para tomar algo, hablan, se cuentan cosas sobre su vida y van viendo.

—Ya, pero yo no tengo tanto tiempo —admito con resignación.

—¿Te estás muriendo?

—No.

—Entonces tienes tiempo. Yo tengo una hora libre. ¿Crees que podrías soportar comer conmigo?

***

He disfrutado de la mejor pizza napolitana que he probado nunca en un antro diminuto con cuatro mesas y con un guapito de playa que lleva más anillos que un vendedor ambulante de joyas. No es lo que tenía previsto, pero tampoco pensaba que su compañía pudiera agradarme.

Enzo me está contando lo mucho que le gusta su trabajo. Adora el bullicio del bar y estar continuamente rodeado de gente. En eso no podemos ser más opuestos.

—No es que de niño soñara con ser camarero. Iba para futbolista profesional, y estuve a punto de conseguirlo, pero una mala entrada me destrozó el tobillo. Todo mi futuro se fue a la mierda con veinte años recién cumplidos.

—Por eso siempre hay que tener un plan b —señalo—. Deberías haber estudiado.

—Espera, ¿estás compinchada con mi madre? —Arquea una ceja—. ¿Te manda ella a hablar conmigo?

—No, es que yo siempre he sido un poco madre.

Aunque no termino de convertirme en una por mucho que lo desee.

—Cuéntame qué más eres.

—Soy profesora. Enseño Lengua y Literatura a estudiantes de Bachillerato… O al menos, lo intento.

—Yo no me habría fumado tantas clases en el instituto si tú hubieras sido mi profesora —asegura, recostándose en la silla y clavándome sus ojos grises antes de dar un trago a su botellín.

—¿Así lo haces tú? —Frunzo el ceño—. Lo de flirtear, me refiero.

—Pues sí —admite con una mueca—, pero está claro que contigo no funciona.

—Conmigo no te hace falta. Yo ya te he pedido que nos acostáramos.

—Y sigo sin entender por qué. —Levanta las palmas de las manos hacia arriba tan exageradamente que me recuerda a un *emoji.*

—Mi marido quiere animar nuestra vida sexual, así que se supone que ahora tenemos una relación abierta.

—Vale, eso lo pillo. —Asiente lentamente con la cabeza—. Pero ¿por qué conmigo? Ni siquiera te gusto.

—Sí que me gustas.

—No, ni de lejos. Sé cuándo sí, y yo a ti ni un poco.

He subestimado a Enzo. Di por hecho que siendo tan guapo debería ser algo simplón, una suposición que, por cierto, me repatea cuando yo soy objeto de ella.

—Quiero acostarme contigo porque estoy cabreada con Andrés. Él se acostó con otra.

—O sea, que quieres hacerlo para vengarte de tu marido y no porque te apetezca.

—Sí. Bueno, no, a ver… —Araño una muesca de la mesa—. Estoy enfadada con él porque hicimos planes y me prometió algo que ahora dudo que quiera cumplir. Lo de que se acostara con otra es casi lo de menos —confieso.

—Si piensas así a lo mejor sí podéis tener una relación abierta.

—No me interesa una relación abierta, si ni siquiera quiero… —Cierro la boca en cuanto me doy cuenta de lo que está a punto de salir de ella.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no quieres?

En lugar de responder me levanto de la silla con tal brusquedad que golpeo la mesa con la pierna y derramo mi copa de vino.

—¡Perdona! —Cojo un montón de servilletas para secar el estropicio y solo consigo destrozar el mantel de papel. —¡Joder, qué torpe soy!

–Déjalo, no pasa nada —dice con una calma que solo consigue alterarme más.

—Tengo que irme —balbuceo.

—Espera. —Me agarra la mano en cuanto cojo mi bolso y trato de salir pitando—. Oye, estás temblando.

—Estoy bien —miento.

—Brina, te has puesto pálida de repente. Te prometo que no entiendo nada. Solo estamos hablando. —Me hace un gesto para que me siente.

—Hablar no siempre es fácil. —Me dejo caer en la silla.

—Pero a veces es más sencillo contar nuestros peores pensamientos a un extraño.

—¿Ahora es cuando me dices que sabes escuchar porque los camareros sois como psicólogos?

—Qué va, eso solo pasa en las pelis. A las tres de la mañana, el único consejo que buscan en el bar es dónde pueden pillar costo. Pero aparte de eso, ¿qué te importa lo que yo piense? Te vas a ir pronto y no nos vamos a ver más. Puedes contarme lo que sea.

Tengo dos opciones: volver a levantarme y largarme o aprovechar la oportunidad que me ofrece Enzo. Decido tomármelo como el primer ensayo de una confesión que antes o después tendré que afrontar.

—No me gusta el sexo.

Cinco simples palabras que me obligan a retener el aire y provocan que todo mi cuerpo se tense. Es la primera vez que me atrevo a decirlo en voz alta.

—No te gusta el sexo —pronuncia él sin mover un músculo.

—Y no es porque no haya encontrado un hombre que, ya sabes… Que me satisfaga, no es eso. —Para evitar el contacto visual, fijo la vista en las manchas de vino tinto que cubren la mesa—. Nunca

he sentido esa necesidad física con nadie.

—No te gusta el sexo —vuelve a decir, esta vez con deliberada lentitud. Sospecho que para ver si, a fuerza de repetirlo, le encuentra algún sentido.

—Tampoco tengo ningún trauma sexual ni nadie ha abusado de mí, si es lo que estás pensando —le aclaro.

—Ahora mismo no estoy pensando. Creo que se me ha apagado el cerebro.

—Pues déjame ayudarte porque yo he pensado de todo… Que tengo un problema hormonal, una enfermedad mental, que estoy reprimida, que soy frígida…

—¿Desde cuándo lo sabes? —me interrumpe.

—Desde la adolescencia, supongo, cuando me di cuenta de que a mis amigas se les caía la baba con actores y cantantes, y a mí, no. Después, cuando empecé a mantener relaciones, no porque lo deseara sino porque quería ser igual que los demás, tuve claro que iba a pasarme el resto de mi vida fingiendo… Tú eres la primera persona a la que se lo cuento.

—O sea, que en una escala del uno al diez, el sexo…

—Cero.

—¿Nada de nada?

—Enzo, me parece que has entrado en bucle.

—Joder, perdona, tienes razón. —Se rasca la nuca—. Creo que no estoy siendo de mucha ayuda.

—No te preocupes, cuesta asimilarlo. Resulta extraño que para alguien el sexo sea insípido y sin gracia, como el tofu.

Suena a broma, pero es exactamente así.

—¿Entonces eres…?

—Asexual.

Ahí está la palabra maldita, la que durante tanto tiempo me he negado a permitir que me defina.

—¿Estás segura? —inquiere, aún desconcertado.

—¿Estás tú seguro de que eres heterosexual?

—Sí, pero es que no es lo… —Se detiene antes de terminar la frase.

—No es lo mismo, ¿no? Porque si te hubiera dicho que soy lesbiana o bisexual lo entenderías, pero si quitamos el sexo de la ecuación, ya no tiene sentido.

—Vale, igual estoy siendo un gañán.

—No, no lo eres… Yo he nacido así, creo, y todavía no sé cómo encajarlo. Siempre he querido tener pareja, alguien con quien poder hablar, con quien acurrucarme en el sofá cuando llego a casa. Y tengo muy claro que quiero ser madre y formar una familia.

—¿Y quién dice que no puedes ser madre?

—Como no soy una esponja marina, dudo que pueda reproducirme yo sola.

—Hay otras formas de ser madre y lo sabes…

—Pero no de mantener un matrimonio.

—Eso nunca lo vas a saber si no hablas con tu marido.

—No puedo contárselo a Andrés. No lo va a entender.

—Mi hermano mayor es *gay*.

—Y yo tengo un primo que es inspector de Sanidad. ¿Qué tiene eso que ver? —Parpadeo confusa.

—Sé que no es lo mismo, pero a él también le daba miedo confesárselo a mis padres. Y te aseguro que cuando lo hizo se quitó un peso de encima, porque de todas las reacciones posibles que esperaba, la peor con diferencia estaba en su propia cabeza.

—Mi marido no va a ser comprensivo como tus padres, no es lo mismo. Además, le he mentido durante años.

—Entonces empieza con algo más fácil. Cuéntaselo a tus amigas. No deberían juzgarte.

—Yo lo he hecho toda la vida con ellas.

—Pues deja de hacerlo, es un hábito de mierda.

Sonrío ante su sinceridad.

—Al final sí que sabes escuchar y dar consejos.

—Es uno de mis muchos talentos. —Entrelaza los dedos detrás del cuello, provocando que sus bíceps salgan a escena—. Los otros creo que ya no tengo posibilidad de enseñártelos, ¿no?

Me encantaría que mi cuerpo reaccionara al suyo, pero nada. Ni una leve alteración del ritmo cardiaco.

—Has sido tú el que se ha empeñado en hablar —le recuerdo—. Ahora ya no tiene sentido que nos acostemos.

—Joder. —Echa la cabeza hacia atrás y resopla—. Para una vez que voy de sensible. Si es que soy gilipollas.

Me río, y él, también.

—Puedo invitarte al postre si quieres.

—Me he quedado sin polvo, así que mejor que lleve mogollón de chocolate.

Algo a lo que agarrarme

La última noche que pasé de juerga con mis amigas fue en mi despedida de soltera. Aquello terminó con más lágrimas que diversión en mi caso, así que me estoy resarciendo por todo lo alto. Coincidiendo con las fiestas patronales de la isla, estamos celebrando el último fin de semana que pasaremos las tres juntas. Brina tiene que volver a Madrid el domingo porque se le acaban las vacaciones y Sol se va la semana que viene. Ambas tienen que seguir con sus vidas y tomar algunas decisiones, ya que este último mes, nos guste o no, nos han cambiado a todas.

Antes de que llegue el adiós, bailamos en calles abarrotadas al ritmo de los desfiles de gigantes y cabezudos, cantamos a grito pelado las canciones del verano, nos comemos unos bocadillos a los que echamos suficiente mayonesa para atascarnos las arterias y mantenemos conversaciones intrascendentes con un montón de extraños cuyos nombres no vamos a recordar mañana.

Pensar en mi nueva vida, en lo que me espera, lo que haré o dejaré de hacer, me asusta, pero también me provoca un cosquilleo en el estómago. No es que la excedencia de seis meses que mi empresa ha aceptado a regañadientes sea un giro radical, pero demuestra que el futuro no está escrito en piedra, y mucho menos en el papel de una cápsula del tiempo.

Esta noche tengo la sensación de haberme quitado diez años de encima. Sé que no todos los días van a ser así, por eso estoy haciendo fotografías mentales a esta noche para fijarla en mi memoria. A las carcajadas que brotan sin control de nuestras gargantas, a nuestros patosos esfuerzos de rememorar las coreografías de los *playbacks* del colegio y a los ojos en blanco de Brina cuando Sol nos convence para montarnos en un toro mecánico al que le da por llamar Luisito.

El recuerdo de Óscar me asalta en algunos momentos y ser consciente del daño que le he hecho empaña un poco la sensación, aunque es lo justo. La felicidad nunca puede ser absoluta. Y hablando

de felicidad, no voy a pasarme por el bar de Sergio, ya que esta noche la he reservado por completo para mis chicas, pero nadie ha dicho que no pueda hablar con él por WhatsApp.

Aura:
Puede que sea efecto del alcohol, pero ningún hombre en esta isla me parece tan guapo como tú.

Me responde al instante.

Sergio:
Y ninguno besa tan bien como yo, pero no hace falta que lo compruebes. Mañana me encargo de recordártelo.

—Mírala. —Sol le da un codazo a Brina—. Ya está sonriendo como una imbécil. No me digas que no es bonito el amor.

Y esa sonrisa no desaparece en toda la noche.

***

Por la mañana, mientras Brina y Sol compensan la intoxicación etílica con café, tostadas e Ibuprofeno, yo me escapo a casa de Sergio para que me dé antes de ir trabajar ese beso que me prometió… Sí, vale, estoy enchochada. Sol hasta me lo ha cantado con una canción de Don Patricio, con acento canario incluido.

Llamo al timbre porque aún no me atrevo a usar la copia de la llave que me ha dado. Sin que yo se la pidiera, que conste. Me la ofreció con la misma tranquilidad con la que prestas sal al vecino. Lo que irremediablemente me recuerda que tengo que buscar con urgencia un lugar donde vivir. No puedo permitirme pagarle el alquiler de mi antigua casa durante todo el año sin fundirme casi todos mis ahorros. Sergio está dispuesto a hacerme una rebaja considerable a pesar de que perdería mucho dinero, pero yo soy demasiado orgullosa para aceptarlo.

Vuelvo a llamar al timbre y nada. No insisto, quizá esté durmiendo todavía y no quiero molestarlo. Ya volveré más tarde.

La puerta se abre justo cuando estoy a punto de irme.

—Hola.

Esperaba el típico recibimiento de Sergio, con el pelo enmarañado, los ojos medio cerrados y marcas de sábana en la cara, no a una rubia escultural enfundada en un bikini blanco.

—¿Quieres algo? —me pregunta.

—¿Sergio? —balbuceo.

—Se ha tenido que ir pronto esta mañana al bar. Una camarera se ha puesto enferma o algo así…

—Perdona, ¿y tú eres…?

No puede ser su hermana porque es hijo único, pero hay una explicación razonable. Que no cunda el pánico.

—Soy su mujer.

Su mujer. Ha dicho su mujer. O sea, su mujer, como en un matrimonio. Marido y mujer. Con boda, anillos y promesas de fidelidad eterna. Su mujer.

—¿Y tú quién eres? —Sus ojos fríos y azules me miran con suspicacia.

Nadie, no soy nadie.

—Le alquilo la casa de al lado.

—Ah, vale. —Su gesto se suaviza, no me considera una amenaza—. ¿Quieres que le diga algo cuando vuelva? —me pregunta sin muchas ganas.

Me quedo hipnotizada por su piel tostada, cubierta por una fina capa de crema solar, su estómago plano, su pelo largo y ondulado, y sus uñas de color rojo sangre. Es una fantasía sexual de manual, el mes de agosto del calendario *Playboy*. ¿Qué digo? Ella solita podría protagonizar los doce meses del año.

—No, no hace falta —musito—. Ya hablaré con él.

—Vale, adiós.

Me cierra la puerta en la cara con tanta fuerza que el aire me da un bofetón.

Vuelvo a casa caminando despacio, asegurándome de que el

suelo no se hunde bajo mis pies. Abro la puerta, llego hasta la cocina, me quedo de pie al lado del frigorífico y utilizo palabras básicas como «Sergio», «su mujer», «su casa», para describir a mis amigas lo que acaba de pasar. A partir de ahí, la realidad se desfigura y se convierte en una especie de neblina ruidosa en la que ocurren varias cosas que vivo desde la distancia: la pantalla de mi móvil encendiéndose con el nombre de Sergio. Brina cogiendo el móvil y llamándole mentiroso y miserable. Sol deseándole que se le caiga la polla a trozos. Un «creo que viene hacia aquí». Yo escuchándome a mí misma decir «necesito salir de aquí». Ellas insistiendo en acompañarme. Yo negándome y cogiendo las llaves del coche sin esperar a nadie.

Conduzco un buen rato por la carretera, con la ventanilla bajada y el viento golpeándome en la cara. No sé si lo hago por echar sal en la herida, pero mi trayecto termina en el faro al que Sergio me llevó para ver el amanecer; el mismo lugar en el que nos besamos por primera vez.

Me apoyo en la pared blanca y me dejo caer hasta el suelo. Apago el teléfono y me quedo horas sentada con los ojos puestos en el mar aunque sin verlo realmente. Tras un rato sin moverme se me duermen las piernas, pero me da igual. Ya no veo el agua, no huelo la sal. No siento nada.

***

—Joder, Aura, por fin… —escucho a mi izquierda—. He recorrido media isla buscándote.

Su voz suena aliviada. No me gusta. Giro la cabeza y lo observo. Sigue pareciéndose al mismo Sergio que, cuando me besa, hace que todo me dé vueltas.

—No es lo que crees —me dice.

Me río. Es lo último que me apetece y, aun así, me río.

—Qué frase más original, nadie la ha pronunciado nunca.

—Es que no es lo que crees.

—¿Estás casado?

—No… Bueno, legalmente sí.

—No quiero saber nada más.

—Ella está fuera de mi vida hace mucho.

—Pues yo la he visto muy dentro de tu casa. Y muy cómoda, por cierto.

—No sabía que iba a venir, te lo juro. —Se lleva las manos al pecho con actitud inocente—. De vez en cuando aparece sin avisar y se queda unos días. Eva tiene algunos problemas.

¿Eva? ¿Eva y el mar? Hay una bomba, un detonador y yo los tengo delante.

—Tu bar… lleva su nombre.

—Eso fue hace mucho también.

—¡Eso sigue siendo hoy! ¡Y no me has contado nada! —exploto.

—No te lo conté porque ni siquiera he tenido tiempo. Todo ha pasado muy rápido entre nosotros.

—«Estoy casado». Son solo dos palabras. —Cuento con los dedos—. No se tarda mucho en pronunciarlas.

—Te lo iba a contar —rectifica—, pero a su debido tiempo.

—¿Tú te estás escuchando? ¿Crees que soy idiota? ¿O que estoy dispuesta a ser, qué, tu amante?

—No, ni eres idiota ni tengo intención de que seas mi amante, pero lo de Eva es complicado. —Se pasa los dedos por la frente con nerviosismo.

—Hace un segundo estaba fuera de tu vida y ahora es complicado —bufo—. ¿Sabes lo que es complicado, Sergio? Dejarlo todo. Mi trabajo, mi piso, a la persona con la que me iba a casar, a mis amigas, mi vida. ¡Todo! ¡Porque yo estoy aquí por ti! ¡Y resulta que tú no tuviste un momento para contarme que estás casado!

Mis gritos atraen las miradas curiosas de los turistas que pasean tan tranquilos por el faro, aunque, por una vez, me importa muy poco ser el centro de atención.

—Lo siento —murmura y agacha la cabeza.

¿Qué esperabas, Aura? ¿Una respuesta que lo solucionara todo mágicamente? Sí, exactamente eso.

—No me vale con que lo sientas.

Me levanto porque no soporto tenerlo cerca ni un segundo más.

—Espera, por favor. Déjame que te lo explique.

Me agarra la mano cuando paso delante de él y mi piel, que todavía tiene una conversación pendiente con mi cabeza, reacciona a su calor.

—¡No me toques! —Me suelto con brusquedad—. Y no me sigas.

Los dejó atrás, a él y al mar, y camino hasta el coche. Me subo, cierro de un portazo y aprieto el volante hasta que me duelen los dedos. Necesito algo a lo que agarrarme porque, desde este momento, ya no hay nada que me sostenga.

La historia que no comenzó

Es la una de la tarde, estoy tumbada en el sofá viendo un programa de esos en los que las parejas reforman sus casas y me entran ganas de llorar. En primer lugar, porque los protagonistas de este episodio, una pareja de Massachusetts, acaban de descubrir que tienen un serio problema de toxicidad en las tuberías y su arreglo supone perder el presupuesto que reservaban para reformar el sótano como cuarto de juegos para sus gemelas. Y en segundo lugar, y todavía más penoso, quiero llorar porque yo ni siquiera tengo tuberías. Para eso se necesita tener una casa. Por no tener, no tengo ni muebles. Todo se lo ha quedado Óscar y me faltan fuerzas para reclamarle nada. Tal vez el rizador de pelo. Con las prisas se me olvidó llevármelo y dudo que él vaya a usarlo.

Brina y Sol aparecen en el salón, recién duchadas y, a diferencia de mí, oliendo a limpio. Se me quedan mirando como si yo fuera una enferma terminal a punto de recibir la extremaunción.

—¿Quieres que te prepare un *sándwich*? —me pregunta Brina con cara de preocupación.

—No tengo hambre —mascullo sin apartar la vista de la tele.

—Llevas sin comer nada desde ayer —insiste.

—No te preocupes, si me desmayo al menos ya estaré tumbada. No tengo intención de cambiar de posición.

Me encantaría ser de esas mujeres que se levantan de la cama, se pintan los labios de rojo y deciden que un desengaño amoroso no va a poder con ellas. Y lo seré, seré una de esas mujeres en algún momento, pero no hoy. Porque para eso tendría que quitarme el pijama y dejar de mirar el móvil para cronometrar las llamadas de Sergio, que se repiten, por cierto, cada veinte minutos.

—¿Sabes qué te animaría? Un ritual —sugiere Sol—. Esta noche vamos a la playa y quemamos todo lo que te recuerde a Sergio.

Cada parte de mi cuerpo que él ha tocado me lo recuerda, pero no tengo intención de quemarme a lo bonzo, por lo tanto…

—¿Podemos quemarlo a él? —pregunto.

—Sí, aunque deshacerse del cadáver puede ser complicado —sopesa la rubia—. Es bastante alto.

—Lo que podemos hacer es volver a Madrid —propone la morena.

—¿Y a dónde quieres que vuelva? ¿A casa de mis padres? Aunque ahora no lo parezca, sigo apreciando mis ganas de vivir, y si me quedo con mi madre, me las va a quitar en menos de una semana.

—Vale, no te enfades por decirte esto, pero ¿no crees que quizá podrías replantearte las cosas, hablar con Óscar y…?

—No —la corto de golpe—. Lo de Sergio no cambia nada. No voy a volver con Óscar. No quiero volver con Óscar —recalco.

—Puedes quedarte conmigo —me ofrece Sol—. Si no te importa compartir cama y el olor del kebab de enfrente. Después de un par de semanas ya ni lo notas.

—Gracias, pero no voy a volver todavía.

Sé que sería la opción más sensata, ya que dejarme llevar por mi instinto no me está saliendo muy bien que digamos. No obstante, mi cuerpo se paraliza ante la idea de regresar y fingir que me gusta mi vida.

—No lo entiendo, ¿qué te retiene aquí? —inquiere Brina, impaciente—. Porque Sergio está claro que ya no.

El escozor que me produce ese comentario se ve interrumpido por el sonido del timbre, que me obliga a incorporarme por primera vez en toda la mañana.

—Si es él, no lo dejéis entrar —les pido—. No puedo verlo.

—Tranquila, yo me encargo de ese mamón —afirma Sol.

Se levanta y va hacia el pasillo mientras el corazón intenta traspasarme el pecho. La puerta se abre y capto un murmullo ininteligible de apenas unos segundos hasta que vuelve a cerrarse. Cuando vuelve, no lo hace sola.

—A este otro mamón no sé muy bien qué decirle —reconoce, señalando con el pulgar a quien aparece detrás de ella.

—¡Andrés! —Se sorprende Brina—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? No contestas a mis llamadas ni a mis

mensajes, y tenemos que hablar.

Su pelo despeinado, su barba sin afeitar y su polo arrugado delatan lo que su rostro casi pétreo intenta ocultar: Andrés está hecho una auténtica mierda.

—Muy bien, pues habla. —Brina se cruza de brazos.

—Me refiero a los dos solos —dice él, apretando los dientes.

—No te preocupes por ellas. Ya saben que conmigo no tienes suficiente y por eso te tiras a otras.

Me equivocaba, si hay algo que consigue moverme del sofá. Me levanto y trato de salir del salón junto a Sol.

—¡Quietas! —nos ordena Brina, frustrando nuestra huida. Creo que quiere tener público solo para fastidiar a su marido.

—¿Cuándo piensas volver a casa?

—¿Y para qué quieres que vuelva? Seguro que ya tienes quien te caliente la cama.

—Los dos estuvimos de acuerdo en probar… —carraspea incómodo— una relación abierta.

—Los dos decimos que queremos hacer cosas que realmente no queremos hacer.

—¿Cómo qué?

—Lo sabes perfectamente.

—Te juro que no tengo ni la más remota idea.

Su cara de desconcierto indica que no, no la tiene.

—Tú no quieres tener hijos.

Andrés echa la cabeza hacia atrás y resopla cabreado. Brina le fulmina con la mirada. Yo miro a Sol para hacerle comprender que es nuestro momento de desaparecer, sin embargo, mi amiga está demasiado fascinada con la intimidad ajena, observando la discusión como si fuera el capítulo final de un culebrón turco.

—¿En serio, Sabrina? ¿Todo este paripé porque crees que no quiero tener críos? Estás obsesionada.

—¡¿Obsesionada?! ¡Si ni siquiera se me permite hablar de ello!

Agarro a Sol del brazo y me la llevo sin mediar palabra hacia el pasillo, pero en cuanto estamos a punto de alcanzar la puerta de la entrada, me doy cuenta de que no puedo salir. Con la suerte que tengo

seguro que me encuentro de frente a Sergio o, peor aún, a ella. O mucho peor, a los dos. Y como no tengo intención de volver al campo de minas en el que se ha convertido el salón, no me queda más remedio que arrastrar a la rubia hasta la cocina y cerrar la puerta.

—Buena idea —me susurra—, desde aquí podemos seguir escuchándolo todo.

Brina y Andrés siguen discutiendo acaloradamente sobre lo mismo durante veinte minutos. Sol y yo no abrimos la boca, a excepción del momento en el que le tengo que advertir que ni se le ocurra hacer palomitas.

—No quiero seguir peleando, aquí no. —Oigo suspirar a Andrés, derrotado por fin—. Hablaremos de todo lo que tú quieras, te lo juro. De lo nuestro y de tener niños. Lo que sea, pero en casa, por favor.

Supongo que «niños» es la palabra mágica que provoca que mi amiga acceda. Una hora más tarde, Andrés está cargando las maletas de ambos en un taxi para irse al aeropuerto.

—Tengo la sensación de que te dejo aquí tirada otra vez —me susurra Brina al darme un abrazo mientras nos despedimos en la puerta.

—Te ibas a ir mañana de todas formas, y tienes tus propios problemas que resolver.

—Ya lo sé. En el fondo todo es por mi culpa.

—¿Por qué dices eso? —pregunto, extrañada.

—Por nada, da igual, ya hablaremos.

Me dedica una amplia sonrisa que en realidad no siente y sube al taxi con su marido.

—No puedo quedarme aquí —le espeto a Sol en cuanto cierro la puerta.

—Pero si has dicho…

—Aquí, en esta casa, me refiero. No puedo estar tan cerca de ellos, Sol, no lo soporto —admito de regreso al salón—. No dejo de imaginármelos juntos. Encima ella es como Helena de Troya en bikini, y yo a su lado…

—¡Eh! ¡No! No te vas a rebajar comparándote con ella.

—Es que tú no le has visto las tetas.

—Pues como no tenga tres no va a impresionarme mucho...

—Podrían salirle serpientes de la cabeza y aun así seguiría siendo perfecta —afirmo—. Seguro que tendrán hijos guapísimos, de esos del catálogo infantil de Ralph Lauren.

—Aura, obsesionarte no va a ayudar. Ella no es el enemigo en realidad, ni tú tampoco, así que recuérdalo.

Es cierto, debería centrarme en el engaño de Sergio y no castigarme a mí misma y a mi autoestima, que va a salir muy mal parada en la comparación.

—Pues hagamos algo más útil y ayúdame a encontrar otra casa —propongo—. No deben quedar muchas opciones en esta época.

—Y lo que quede te va a salir por un ojo de la cara.

Dicen que las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas y si preguntas a mi madre, hace unos cuantos días que yo traspasé la barrera del buen juicio y la prudencia, así que…

—Voy a hacer una llamada.

***

Sol y yo aparecemos en casa de Lola como dos turistas despistadas a la puerta de una pensión rural. Nuestra conversación telefónica antes de venir fue bastante breve; en cuanto mencioné a la mujer de Sergio no me pidió más explicaciones. Me ofreció dos habitaciones y añadió que no le vendría mal tener algo de compañía.

A primera vista, la casa ya me encanta. Se trata de una construcción de piedra natural de dos plantas con contraventanas verdes de madera y cubierta de enredaderas con florecitas rojas. Se encuentra, eso sí, en las afueras, prácticamente en el Mordor de la isla, rodeada de árboles y sin apenas huellas visibles de la civilización moderna.

Aunque no conozco muy bien a Lola, en cuanto pongo un pie en sus dominios pienso que su idea de decoración es una extensión de su propia persona. Excesiva, sin complejos, auténtica, única. Su salón, por ejemplo, es el equivalente a pasearse por un mercadillo en

domingo. Un gramófono antiguo por un lado, una mesa camilla con mantel de ganchillo sobre la que descansa una baraja del tarot por el otro, un par de máscaras africanas colgadas en la pared, un póster de Portobello Road, un busto egipcio…

Tras enseñarnos la planta inferior y el jardín, que cultiva ella misma, nos lleva a nuestras habitaciones en el piso superior y nos deja a nuestro aire para que nos instalemos. En circunstancias normales suelo ser mucho más cordial, pero, a pesar de lo agradecida que me siento, no estoy de humor para conversaciones formales, y tampoco creo que a nuestra anfitriona le interesen.

Me siento en la cama de mi nueva habitación y lo primero que hago es escribir un escueto *wasap* a Sergio para informarle de que ya me he ido de su casa. Aunque se me ocurren muchos, no hay un solo reproche en el mensaje; tampoco una pizca de emoción. Fin de nuestro acuerdo de alquiler.

Tarda menos de un minuto en llamarme. Al segundo intento apago el móvil y me llevo la otra mano a la boca para ahogar un quejido. Las lágrimas empiezan a caer descontroladas y lloro en silencio como una idiota por una historia que ni siquiera comenzó.

***

Llevo un rato deshaciendo las maletas —proceso que repito demasiadas veces últimamente— cuando escucho el perenne tintineo de las pulseras de Lola acercándose.

—Voy a salir a tomar algo. ¿Te apetece venir? —me pregunta desde la puerta.

—No, gracias, quiero terminar con la maleta y creo que luego me voy a acostar.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias. La habitación es perfecta.

Y más espartana de lo que cabría esperar, con una cama individual, una pequeña mesita de noche y un armario de madera.

—No te pregunto por la habitación, te pregunto por ti y por esos ojos rojos.

—Estoy mal, pero no quiero hablar de él… Tú eres amiga suya.

Y obviamente conocía su estado civil mucho antes que yo.

—Precisamente por eso pienso decirle que es imbécil.

—No te lo voy a impedir —aseguro a la vez que saco un vestido de flores arrugado de la maleta.

—Bueno, si necesitas algo puedes llamarme, o mejor, sea lo que sea, cógelo tú misma. Estás en tu casa.

—Gracias —le digo con una sonrisa, la primera real del día.

Lola se gira para irse, pero se lo piensa mejor en el último segundo.

—Es imbécil pero no es malo. Lo que pasa es que se fía de la gente más de lo que debería.

La sonrisa muere en mi boca.

—Pues ya somos dos.

32

SERGIO

Encontrarla

La llamo antes de entrar en la ducha. La llamo al salir de la ducha. También después de vestirme. He perdido la cuenta de las veces que he intentado hablar con ella desde ayer, y casi mejor, porque no sé a partir de qué número de llamadas comienza a considerarse acoso.

Salgo del dormitorio y al bajar las escaleras encuentro a Eva sentada en el sofá, vestida con la parte superior del bikini y una minifalda vaquera. Se está pintando las uñas de color rosa mientras tararea una canción del verano que aborrezco de tanto escucharla en el bar. Está tan tranquila, ajena al caos que siempre desata a su paso. Viéndola es comprensible que Aura crea que soy el mayor cabrón con el que ha tenido la desgracia de cruzarse.

—Vuelve a contármelo —le pido—. ¿Qué le dijiste exactamente?

—¿En serio estamos con eso otra vez? —Pone los ojos en blanco—. No le dije nada a tu novia para que se cabreara.

—¿Lo de que eres mi mujer te parece poco?

—Es que soy tu mujer —afirma con arrogancia—. Y los viejos hábitos son difíciles de romper, ya lo sabes…

Sopla el esmalte de sus dedos poniéndome morritos con esos labios que conozco a la perfección y que hace no mucho me hubieran hecho empalmarme al instante.

Eva es guapa, seguramente la mujer más guapa que he conocido en mi vida, y, sin embargo, ya no siento esa pulsión que me llevaba a arrancarle la ropa a la mínima, incluso mucho tiempo después de que lo nuestro se terminara.

—No me toques los huevos, que bastante has hecho ya.

—¿Qué culpa tengo yo? Me dijo que solo te alquilaba la casa de al lado. Y si te soy sincera, nunca te hubiera imaginado con ella… —Arruga la nariz—. Es poquita cosa, ¿no?

—Ni se te ocurra ir por ahí.

—Oye, si le hubieras hablado de mí antes, no estarías así ahora.

No estoy seguro de eso. Hay gente que nace con un don para la música o para los idiomas. Eva lo tiene para tocarme los cojones.

—Y si tú no te presentaras sin avisar, paseándote medio en pelotas como si esta fuera tu casa, no tendría ningún problema con Aura —le recuerdo mientras cojo la cartera y las llaves.

—No me vas a echar, ¿verdad? —inquiere, arqueando una ceja.

—Eva, las cosas son distintas ahora.

—Te prometo que solo van a ser unos días… En serio, Sergio, estoy pasando una mala racha y sabes que aquí contigo siempre me siento mejor. —Se levanta y viene hacia mí—. Por favor —remata con los labios temblorosos, como una niña desamparada que necesita que la protejan. Nada más lejos de la realidad.

Me paso los dedos por la ceja derecha, la misma que conserva una cicatriz de la vez que se le ocurrió lanzarme una cuña de queso en medio de una de nuestras broncas. Y con ese recuerdo vuelven otros, jodidamente inoportunos, que todavía me hacen pensar que le debo algo.

—Unos días, nada más —le advierto.

—Te lo juro. —Sonríe con inocencia fingida, sabiendo que ha ganado.

Aura me va a matar… Si es que vuelve a dirigirme la palabra.

Recibo un *wasap* y el corazón se me detiene un instante al comprobar que es precisamente de ella: «He dejado las llaves en la mesa del salón».

Leo tres veces la frase hasta que mi cerebro es capaz de procesar su significado. La llamo y, por supuesto, no contesta.

—¡Joder!

—¿Qué pasa ahora? —me pregunta Eva.

No respondo. Cojo una copia de las llaves y me acerco hasta la casa solo para comprobar con mis propios ojos lo que ella ya me ha dicho en el puto mensaje más aséptico jamás escrito. Su ropa ya no está en el armario, su champú y sus cremas han desaparecido del baño y el frigorífico está vacío. Parece que nunca hubiera estado aquí. Vuelvo a llamarla. Esta vez ha apagado el móvil. Ni siquiera va a darme la oportunidad de explicárselo.

***

—¿Para qué mesa son esos margaritas? —me pregunta Enzo.

—Para la siete —respondo mientras vierto el líquido en las copas.

—La siete ha pedido martinis —me corrige.

—Cojonudo —ladro y de la mala hostia golpeo la coctelera con una de las copas, derramando la bebida —¡Joder! ¡Me cago en la puta!

—Igual no es el mejor día para que trabajes de cara al público. —Me aparta para coger una bayeta y limpiar la barra—. ¿Por qué no te tomas un descanso?

—Prefiero estar ocupado.

El bar empieza a animarse y así al menos puedo quitarme de la cabeza un rato la forma en la que ella me miró por última vez.

—Tiene que haber alguna manera de encontrarla —trata de animarme.

—¿Cómo? No sé si ha vuelto a Madrid y, aun así, no sé dónde vive.

—Prueba con sus amigas.

—¿Con la que me llamó cabrón miserable o con la que me va a hacer vudú para que se me caiga la polla?

—Si es que la culpa es tuya, por dejarte liar por ese mal bicho.

Enzo nunca se ha molestado en disimular su odio hacia Eva.

—Está pasando una mala época.

—Siempre está pasando una mala época, y con la excusa se te mete en casa, vive de gorra, te vuelve loca la puta cabeza y después se larga. ¿Por qué se lo consientes?

—Porque es imbécil —añade Lola, que aparece de la nada para echar más leña al fuego.

—¿Alguien más quiere insultarme? —Miro alrededor—. Hoy viene de regalo con la consumición.

—No te quejes que vengo a hacerte un favor.

En cuanto se apoya en la barra, le hace un gesto a Enzo al más puro estilo del Oeste para que le prepare su *black russian* habitual.

—Me conformaría con que pagaras alguna vez lo que tomas —replico.

—Aura está en mi casa. —Lola adivina mis intenciones antes de que me dé tiempo a moverme y saltar la barra en plan idiota de película—. Pero ni se te ocurra ir ahora —me advierte—. Es tarde y no ha dormido nada. Haz el favor de dejarla tranquila esta noche. No se va a ir a ninguna parte.

Que no se haya ido de la isla parece una buena señal, pero la paciencia no es una de mis virtudes.

—Lola, necesito hablar con ella.

—Lo que necesitas es darle con la puerta en los morros al pasado de una vez.

Podría decirle que se metiera en sus asuntos, pero me respondería que yo soy asunto suyo. Lola me ha tratado como a un hijo desde que llegué a la isla. Un hijo al que gorronea el vodka y al que disfruta insultando con regularidad.

—Puedo explicárselo.

—Pues buena suerte… Es difícil de entender —tercia Enzo con una mueca.

—Vosotros sabéis mejor que nadie que Eva y yo hace mucho que no estamos juntos.

—No estáis juntos, no, pero nunca os habéis dejado —remata Lola.

Y ante eso, no me queda otra que cerrar la bocaza.

El helado de pistacho

¿Qué tendrán los domingos que resultan deprimentes hasta cuando estás de vacaciones? Tal vez, en mi caso, el desengaño amoroso y la falta de objetivos en la vida también influyen para que todo, y digo todo, me parezca un asco ahora mismo.

En un intento de animarme, Sol ha insistido en arrastrarme esta mañana con ella y con Lola hasta un mercadillo que se instala una vez al mes en el centro de la isla, pero me he negado, encogiéndome cual bicho bola, y al final se ha rendido. Hace un día estupendo para quedarme sola con mis pensamientos, sentada en una silla del jardín, regodeándome en mi miseria mientras miro el móvil, que ya no suena desde ayer por la noche. Tampoco creas que no estoy progresando, al menos he accedido a desayunar y ducharme. Quitarme el pijama ya lo considero mi triunfo de hoy.

Al escuchar el timbre de la puerta, la pereza me pide que me quede donde estoy, no obstante, dentro de mí sobreviven los modales de la antigua Aura y considero que sería una grosería ignorarlo, por lo que me levanto y voy hacia la puerta.

Un escalofrío me eriza el vello de los brazos. Juro que puedo sentirlo al otro lado antes de abrir.

—Hola —pronuncia en un susurro contenido.

Aquí está, delante de mí, vestido con una camisa horrenda de corazones atravesados por dagas, tan perfectamente despeinado como de costumbre y envuelto en un halo de culpabilidad.

Una rabia súbita me empuja a cerrar de golpe, pero me lo impide alzando el brazo y sujetando la puerta.

—Aura, por favor, solo te pido cinco minutos.

Nunca pierdo la paciencia, por mucho que me provoquen. Pregúntaselo a mis amigas. Ni siquiera me altero en el trabajo, ni cuando tengo delante a auténticos cabestros que se permiten el lujo de cuestionar mis métodos, mi edad y hasta mi género. Y aun así, nunca he tenido tantas ganas de cruzar la cara a nadie como a Sergio en este

instante.

—¿En serio crees que vas a arreglar algo en cinco minutos?

—No, pero me conformo con cualquier cosa que me des —replica.

No le dejo entrar en casa de Lola cuando me lo pide, aunque hago algo peor; accedo a dar un paseo con él. Porque soy tonta y porque en el fondo me muero por escuchar esa explicación que llevo dos días evitando.

Antes de salir, voy al baño y me hago un moño bajo de bailarina, me doy una capa de máscara de pestañas y me aplico vaselina en los labios. Que esté hecha un desastre por dentro no significa que esté dispuesta a que se note por fuera.

En cuanto pongo un pie en la calle, el sol desaparece tras un nubarrón enorme y oscuro que engulle la luz. Es como si se solidarizara conmigo y me dijera: «yo te entiendo, chica». Camino en silencio, de brazos cruzados, dejando claro que mi lenguaje no verbal no está por la labor de ponérselo fácil. Sergio se acomoda a mi ritmo y se cruje los nudillos.

—Siento no haberte hablado de Eva —comienza y la simple mención de su nombre ya hace que me rechinen los dientes—. Hace tiempo que no estamos juntos, pero debería haberte contado que existe.

—No solo existe, está instalada en tu casa —recalco—. O a lo mejor debería decir *su casa,* teniendo en cuenta que es tu mujer. Imagino que lo compartís todo.

—No estamos divorciados legalmente, pero no es mi mujer desde hace cuatro años, y tampoco es su casa.

—Ella cree que sí.

Treinta segundos con ella me bastaron para darme cuenta.

—Suele aparecer una vez al año, cuando necesita alejarse de algún capullo que no la trata bien, o de su propia vida, o yo qué sé…

—Ese «yo que sé» no ayuda mucho y solo tienes cinco minutos —le recuerdo.

Se detiene y yo lo imito. Me mira y resopla.

—Voy a necesitar algo más de tiempo para explicarte las

estupideces que he hecho durante buena parte de mi vida.

—Sigue —le pido, rehuyendo esos ojos que intentan impedir que me mantenga fría, y reanudo el paso.

—Te conté que me desintoxiqué cuando mi madre se puso enferma, y que cuando murió, tres años después, tuve una recaída. Me costó un mundo seguir limpio y Eva fue la única persona de mi antigua vida que estuvo a mi lado. De hecho, fue la única que me acompañó en el funeral... Nos conocíamos de la época en la que yo cantaba. Ella era modelo y nos enrollábamos de vez en cuando, nada serio. Pero justo después de lo de mi madre… No sé, me aferré a ella como si mi vida dependiera de ello. Y en cierto modo era así —murmura a la vez que da una patada a una piedra pequeña—. Nos casamos tan rápido que conocí a su familia el mismo día de la boda. Unos meses más tarde nos vinimos a la isla. Yo quería irme de Madrid y a ella le hacía ilusión vivir cerca del mar, pero no salió bien. Pasado el primer verano se aburrió y al año siguiente se largó.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

De perdidos, al río. Quiero saberlo todo. En especial si todavía sigue enamorado de ella.

—Nos quisimos mal, con más hormonas que sentimiento, creo, y con mucha rabia y poca confianza. Teníamos una relación agresiva y tóxica, pero de eso me di cuenta tarde. Me había casado con veintiséis años, era gilipollas y creía que todos los problemas se podían arreglar con sexo.

—¿Aún lo haces?

—¿Lo de ser gilipollas o arreglar los problemas con sexo?

—Acostarte con ella cuando vuelve.

Abre la boca y contiene el aliento. No necesito que verbalice la respuesta. Su cara lo hace por él.

—Pues ya he escuchado bastante.

Doy media vuelta, pero él es más rápido y me corta el paso.

—Sí, me acostaba con ella, pero eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de ti. Antes de enamorarme de ti.

Lo que por definición debería ser un momento romántico, me

sienta como una patada gracias al oportunismo de la declaración.

—No, no puedes soltarme esto ahora… Así no —protesto con indignación—. No puedes decirme que estás enamorado de mí y utilizarlo como una excusa para que te perdone por haberme mentido.

—No soy tan mierda como para intentar manipularte así —replica, molesto por primera vez—. No es el mejor momento para decírtelo, pero no sé si voy a tener otro, y es la verdad. Te quiero.

Y lo que yo quiero es seguir enfadada, porque eso me ayudaría mucho. Sería más sencillo dejarlo atrás si creyera que es un cerdo mentiroso, sin matices. Se suponía que esta conversación iba a marcar el punto final en lo nuestro, no un punto y seguido.

—Tenías razón… —Agacho la cabeza—. Todo ha pasado demasiado rápido entre nosotros.

—Es que yo no sé quererte despacio —admite con una sonrisa apagada.

Una vez me dijo que funciona a chispazos. Ahora lo entiendo.

—Sergio, todo esto es muy raro. Creo que lo mejor es que dejemos de vernos…

—Aura, ya sé que mi relación con Eva es difícil de entender, pero te juro que no cambia lo que siento por ti. Quiero estar contigo y creo que tú aún quieres estar conmigo. Mañana sin falta empiezo con los trámites de divorcio, que es lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

—Pero sigue en tu casa —le recuerdo—. Todavía tienes cosas que resolver con ella y yo no quiero estar en medio.

—Solo van a ser unos días y esta va a ser la última vez, te lo prometo. —Me sujeta la cara con ambas manos, un gesto muy peliculero pero que ya le pertenece—. Aquí solo somos tú y yo.

Tengo ganas de abrazarle y de salir corriendo a la vez, así que elijo el término medio y me obligo a dar un paso hacia atrás.

—Necesito que vayamos con más calma.

—Vale, lo entiendo.

Seguimos caminando y hablando. O más bien yo escucho y él habla. De su vida y de cómo la fama le convirtió en la peor versión de sí mismo. De cómo no supo decir «no» la primera vez que le ofrecieron

una raya de cocaína a los diecisiete años porque «en ese mundo» era lo normal. De cómo el alcohol comenzó a sustituir al café para desayunar. De su desintoxicación y de un pasado al que cerró la puerta, aunque con la sensación de hacerlo sin el pestillo de seguridad. De los miedos que nunca terminan de irse.

Cuando me doy cuenta, llevamos más de una hora caminando y hemos llegado hasta el paseo marítimo.

—Si quieres, puedo devolverte las llaves de la casa —me ofrece.

—¿Es broma? No pienso ser tu vecina y la de tu mujer.

—No es mi… —Lo fulmino de tal forma con la mirada que se le corta la voz—. Vale, vale, no he dicho nada.

El ambiente vuelve a enrarecerse y los dos lo notamos.

—Ven. —Me coge de la mano cuando estoy a punto de decirle que me voy—. Aquí tienen el mejor helado de la isla. Tienes que probarlo.

Me lleva hasta el mostrador de una heladería decorada en tonos pastel y con una vitrina de helados que es el sueño hecho realidad de cualquier niño.

—Hola, queremos dos tarrinas de chocolate con avellana, por favor —le pide a la chica con mandil blanco y gorrito azul que está atendiendo.

—Solo me queda chocolate para uno —responde, tímida. Apenas debe haber cumplido los veinte.

—Da igual, Sergio, no tengo hambre.

—No hace falta tener hambre para comer helado. —Sonríe a la heladera y estoy convencida de que la muchacha va a tener que meter la cabeza en la nevera para que se le pase el sofoco cuando nos vayamos—. Entonces chocolate para ella y pistacho para mí.

Y aunque lo que necesito es un Ibuprofeno porque la cabeza me va a estallar, tengo que reconocer que el helado es espectacular: cremoso y con el punto justo de dulzor. Al deshacerse en mi boca me hace cerrar los ojos y ahogar un gemido.

—¿Estás seguro de que no lo quieres tú? —le pregunto.

—Solo por ver esa cara estoy dispuesto a renunciar a él de por vida —afirma con una sonrisa pícara que todavía no estoy preparada

para devolverle—. Además, el de pistacho también me gusta. Es mi segundo favorito.

Lo pruebo cuando me ofrece y no está mal, aunque al final me deja un regusto amargo porque no puedo evitar preguntarme si yo no seré el helado de pistacho: su segunda opción.

34

SOL

No lo sé, a lo mejor…

Al contrario que los demás miembros mi familia, no sé apreciar como es debido los placeres del lujo. No solo me lo impide mi precario sueldo de fotógrafa *freelance*, hasta cuando era adolescente mi madre tenía que obligarme bajo pena de castigo a salir de compras. Si a ella le fascinaba un carísimo jersey de *cashmere,* producto de despeluchar a una cabra del Himalaya, yo flipaba, para su total desolación, con un *pack* de tres camisetas a nueve con noventa y nueve. Por eso hoy me he vuelto tan loca con los chollos del mercadillo al que me ha llevado Lola, quien sospecho que podría ser mi verdadera progenitora pero que, por circunstancias de la vida, se vio obligada a abandonarme cuando yo era un bebé.

Tras patear todos los puestos dos veces para asegurarme de que no se me escapa ninguna ganga, volvemos a casa de Lola. En cuanto entramos por la puerta, llamo a Aura a voces, pero no contesta. Subo hasta su habitación, esperando no tener que sacarla a rastras de la cama y me sorprendo al ver que no está. Bajo las escaleras y la busco por el jardín. Ni rastro.

Cuando cojo el móvil para llamarla, Lola me avisa de que no me moleste, y por su mirada intuyo lo que ella sabe. Está con Sergio. Vale, entonces lidiaremos con ese drama más tarde.

Voy a mi habitación y despliego mis compras sobre la cama: tres pulseras, dos anillos, unas botas de agua de color amarillo chillón, un atrapasueños, cuatro velas aromáticas, una lámpara de noche con forma de luna y un reloj para Teo. Aunque sé que él colecciona modelos bastante más exclusivos, no he podido resistirme a comprarle un reloj de bolsillo. Fabricado en madera tallada y bronce, es un poco viejuno pero elegante, como él.

Miro el reloj y veo que, a pesar de haberme saltado nuestra *brunch* del domingo, todavía estamos a tiempo de ver una película, así que me siento en la cama y lo llamo.

—Hola, canija —me saluda en pijama, despeinado y

repantingado en el sofá con una taza de café solo en la mano.

¿Siempre ha sido así de guapo? En este momento maldigo a quien se le ocurrió la brillante idea de incorporar una cámara al móvil. Me ha jodido la vida.

—¿Qué horas son estas para andar en pijama? No es propio de ti.

—Nos acostamos muy tarde —comenta, en plural—. Fabiola se acaba de ir.

A continuación, bosteza al estilo de un oso saliendo de la hibernación. En su caso debe estar agotado después de un triatlón sexual con la *panettone*. «Piensa en otra cosa», me aconsejo a mí misma cuando empiezo a imaginar todas las posturas del *Kamasutra* que han podido recrear. Tengo demasiada imaginación, ya se lo decía el psicólogo a mi madre.

—Mira lo que te he comprado. —Le enseño el reloj solo para cambiar de tema.

—¿Para mí? —Sonríe con sorpresa—. ¡Me encanta!

—Puedo mandártelo por correo, pero el envío a Dubái vale más que el reloj —admito.

—No hace falta, puedes dármelo en unos días.

—¿Y eso?

—Ya te dije que iba a ir a Madrid.

—Para la boda de Aura, y la boda se ha cancelado.

—Sí, pero ya tenía el billete y los días de vacaciones.

—¿Cuándo llegas? —le pregunto con una repentina mezcla de felicidad y acojone total.

—El veintidós, pero no te molestes en ir a buscarnos al aeropuerto porque llegaremos muy tarde.

¿Cómo que no me moleste? Siempre lo recojo en el aeropuerto, es una tradición. Espera, ha dicho….

—¿Llegaremos?

—Fabiola va conmigo. También tiene unos días de vacaciones, le apetece conocer Madrid y a mí que conozca a la gente a la que quiero. Estoy deseando que te conozca a ti —asegura con ilusión.

Pero ¿qué coño…?

—¿Y dónde se queda ella?

—Había pensado en ir a un hotel para tener más intimidad, pero ya conoces a mi madre, le daría un ataque si no pudiera ejercer de anfitriona, así que nos quedamos en su casa.

—¿Vas a llevarla a casa de tus padres? Ni que te fueras a casar con ella.

—No te preocupes, que dormiremos como cristianos de bien, en camas separadas y con un crucifijo entre medias… ¡Venga ya, Sol! Ese comentario no te pega nada… Y no sé si me voy a casar con ella —añade.

—¿Perdona?

—A ver, no le voy a pedir matrimonio mañana —apunta con una sonrisilla absurda—, pero las cosas van bien entre nosotros y nunca se sabe.

—¡Uf! Por favor, qué pereza me estás dando.

—Oye, ¿qué te pasa? —Frunce el ceño—. Cada vez que hablo de Fabiola te enfadas.

—Es que no entiendo la prisa que te ha entrado con ella. Conmigo no la has tenido en todos estos años.

—¿Qué has dicho? —pregunta, incorporándose en el sofá y posando la taza de café en la mesa de centro.

¡Mierda!

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Y solo con mirarme lo sabe—. ¡Joder! Lo leíste, ¿verdad? Lo que escribí en la cápsula del tiempo.

—¡Pues claro que lo leí! —exclamo sin ningún tipo de remordimiento.

—Te dejé bastante claro que no podías. No tenías ningún derecho a invadir mi intimidad de esa forma —replica, haciendo un claro esfuerzo por contener su enfado.

—Ahórrate el discurso moral que ya me lo han dado tus amigas. Además, ¿de qué intimidad me hablas? Nosotros nos lo contamos todo. O al menos lo hacíamos —corrijo.

—Sabía que tú no sentías lo mismo por mí y no quería que las cosas se pusieran raras entre nosotros —me explica, agachando la

mirada un tanto avergonzado—. Si nunca te dije nada, fue porque no quería estropear nuestra amistad. Lo hice por los dos.

No es que no entienda su argumento, yo he utilizado el mismo con las chicas, y aun así no puedo evitar cabrearme con él.

—Lo hiciste por cobarde.

—Mira, mejor vamos a dejarlo —me pide con una mueca de fastidio—. Paso de discutir por eso, ya da igual.

—¿Por qué da igual?

—Hace diez años, Sol…

—Entonces no estás enamorado de mí.

—¡Claro que no!

—Tampoco hace falta que lo digas así.

—¿Así cómo?

—Como si fuera la cosa más absurda del mundo.

—¿Y qué más te da? ¿Acaso estás tú enamorada de mí?

—Pues a lo mejor sí, ¿qué pasa?

Teo abre los ojos como si acabaran de reanimarlo con un desfibrilador.

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

—¿Estás enamorada de mí?

—No lo sé, a lo mejor… —Me toco el lóbulo y juego con uno de mis pendientes.

Un «sí» suena demasiado atrevido hasta para mí, demasiado rotundo, demasiado definitivo. ¿Quién es ahora la cobarde?

—¿Cómo que «a lo mejor»? Sol, no me hagas esto, ¿vale? —Se aprieta el puente de la nariz con los dedos—. No me hagas esto.

—¿Qué te estoy haciendo?

—Vas a confundirme, precisamente ahora que puedo ser feliz con otra persona.

—Uy, sí, perdona, que hace dos meses que conoces a esa tía, pero ya es el amor de tu vida.

—¿«Esa tía»? —bufa, indignado—. A ti lo que te pasa es que estás celosa. Fabiola te roba el protagonismo y eso es lo que no soportas, que el imbécil de tu amigo ya no esté disponible las

veinticuatro horas del día para ti.

—Sí, me has pillado, es justo eso. —Asiento con la cabeza—. Estoy celosa de que ahora seas el perrito faldero de otra.

—El perrito faldero… Eso es lo que soy para ti, ¿no? —murmura con una sonrisa sorprendida e indignada a la vez—. Tú no estás enamorada de mí, solo me quieres porque no puedes tenerme, y esa es la forma más egoísta de querer. Y ya estoy cansado.

Su rostro desaparece de la pantalla. Me ha colgado. ¿Me ha colgado? Y además me ha llamado egoísta. De eso nada, no hemos terminado de hablar y me niego a que sea él quien tenga la última palabra. Lo llamo tres veces seguidas. No puede ignorarme sin más. Pero lo hace, por primera vez, y otras tres llamadas seguidas después, me doy cuenta de lo que acabo de hacer yo; algo que Teo lleva más de una década evitando. Cargarme lo más importante que tenemos: nuestra amistad.

Septiembre y el demonio

Septiembre supone decir «adiós» al dulce verano y «hola» a la depresión posvacacional, a la rutina en el trabajo y a ese café de máquina que te deshace lenta y silenciosamente el estómago. Septiembre es el mes más odiado del calendario para muchos, pero yo no puedo quejarme a su costa porque he decidido vivir indefinidamente en una burbuja atemporal, rodeada de mar, en la que no deja de lucir el sol y donde no existe la prisa ni los horarios de oficina. Y, aun así, al despedir a Sol esta mañana en el aeropuerto, me ha invadido un sentimiento oscuro, una especie de síndrome de nido vacío. Estoy demasiado acostumbrada a tener a mis amigas siempre a mi lado.

La rubia tampoco estaba demasiado animada cuando ha subido al avión. Aparte de tener que trabajar el próximo fin de semana en dos bodas que no hubiera conseguido de no ser por los contactos de sus padres, sigue deprimida por Teo. Después de su gran bronca se ha olvidado de sonreír, y aunque solo han pasado tres días, en el mundo paralelo de esos dos, la sensación temporal equivale a unos diez años.

Brina tampoco es el colmo de la felicidad, o eso creo; apenas hemos intercambiado algunos *wasaps* desde que se fue. Está muy ocupada preparando las clases del nuevo curso y no tiene tiempo para hablar. Dice que Andrés y ella están intentando arreglar las cosas, pero tampoco me ha dado más explicaciones. Claro que así es Brina, cuando esté preparada para hablar, hablará. O sencillamente estallará como una botella de gaseosa después de agitarla.

El caso es que el verano está dando sus últimos coletazos, el mundo vuelve a su órbita habitual y yo me he quedado un tanto descolgada. Sé que esa idea romántica y bohemia de «lo dejo todo» suena muy tentadora y parece valiente, pero si casi nadie la lleva a cabo es porque existe una línea muy fina entre la valentía y la estupidez. Y yo me siento bastante estúpida ahora mismo, en el salón de Lola, con la tele encendida y con Ana Rosa comentando las

lamentables cifras del paro, mientras tecleo en mi portátil.

Un consejo: no le preguntes a Google qué hacer cuando tienes treinta años y ni idea de lo que quieres en la vida. Te conducirá por la peligrosa senda del *coaching* motivacional y los libros de autoayuda.

«Estoy en una isla», obviedad que me recuerdo a mí misma mientras deslizo los dedos por las letras del teclado sin saber qué buscar. Tal vez podría vivir del mar. Aunque no tengo barco ni nociones básicas de navegación.

Mi teléfono suena cuando ya estoy perdida en mis pensamientos, en medio del océano, al borde de la inanición —tampoco sé pescar— y a punto de ser devorada por pirañas tras caer por la borda de mi inexistente barco.

Es Sergio quien me llama. No nos hemos visto en los últimos tres días, aunque hablamos por teléfono. Le pedí que fuéramos con calma e intenta respetarlo a su manera.

—Hola, ¿qué haces? —me pregunta con ese tono despreocupado que envidio.

—Intento decidir qué hago con mi vida. ¿Y tú?

—Yo estoy con una decisión importante también. Comerme una pizza de *pepperoni* o una de cuatro quesos.

—Yo elegiría *pepperoni,* no me gusta el queso.

—No te puede no gustar el queso. Es como decir que no te gusta la felicidad.

—Odio el queso, cualquier tipo de queso —aseguro—. Y me da asco tanto el olor como el sabor.

—Pues eso es preocupante… No sé si después de semejante revelación tú y yo podemos tener un futuro juntos.

No me río de su broma ni le sigo el juego, porque la verdad es que ni siquiera estamos juntos ahora mismo, por mucho que su voz siga provocando que me tiemblen las rodillas.

—Bueno, como está claro que no me vas a ayudar con mi decisión, mejor te ayudo yo con la tuya —me propone, llenando el silencio.

—¿Puedes conseguirme trabajo?

—Bueno… Puedo darte trabajo en el bar.

—Corrijo, ¿puedes conseguirme el trabajo de mis sueños?

—¿Y cuál es exactamente?

—No tengo ni idea —admito, apoyando la mano en la mejilla.

—Me dijiste que te encanta dibujar.

—Eso es un *hobbie* y no se gana dinero.

—Si Van Gogh hubiera pensado como tú, hoy no existiría *La noche estrellada*.

—Van Gogh se suicidó pobre como una rata y con problemas mentales a los treinta y tantos.

—Pero mirando el lado positivo, que es que tú no tienes problemas mentales, ¿no podrías hacer algo que te guste y que además sea rentable?

—Quizá ilustradora o diseñadora gráfica —comento por decir algo, sin esperar el repentino hormigueo que esas palabras me producen en la nuca—. Aunque tengo cero experiencia —añado rápidamente.

—¿Crees que yo sabía gestionar un bar cuando empecé? Casi me arruino, dos veces —señala—, pero aprendí con el tiempo… Puedes formarte y, mientras tanto, si necesitas pasta, trabaja en el bar a media jornada.

No se peina, se viste como un adolescente y a veces actúa como uno, pero me ayuda a centrarme cada vez que lo necesito.

—Gracias por salvarme de las pirañas del mar —le digo a pesar de que no vaya a entenderlo.

—En el mar no hay pirañas, viven en los ríos, pero si me sirve para ganar puntos contigo, pienso aprovecharlo —asegura.

Después de colgar, sigo la sugerencia de Sergio y hago una búsqueda en internet sobre ilustración y diseño gráfico. Pasadas dos horas ya tengo una lista completa de cursos y másteres que me encantaría hacer. Supone endeudarme, pero trabajar en el bar a tiempo parcial podría ser una solución mientras estudio. Si pasaba quince horas atrapada en la oficina haciendo algo que odiaba, puedo invertir mi tiempo en algo que me gusta de verdad.

Llaman al timbre y me levanto para abrir. Lola me pidió antes de irse esta mañana que recogiera un paquete de Amazon. Algo sobre

unas muestras para un *tuppersex* que está organizando y del que seguro no voy a librarme.

El repartidor resulta ser una rubia que hasta con un sencillo vestido blanco de lino parece una puñetera ninfa del bosque.

—Hola, Aura —me saluda Eva con una sonrisa.

Es la última persona que esperaba ver. Mejor dicho, es la última persona que quiero ver.

—Si buscas a Sergio, no está aquí.

—Ya lo sé… —Se quita las gafas de sol sin dejar de sonreír—. Vengo a hablar contigo.

Me quedo tan bloqueada que no soy capaz de contestar, algo que ella interpreta como una invitación. Entra con tal decisión que no me queda más remedio que seguirla hasta el salón para ver cómo deja su bolso al lado de mi portátil, se sienta en la silla que ocupaba yo hace un momento, se apoya cómodamente en el respaldo y cruza una de sus piernas interminables sobre la otra. Yo me quedo de pie, en silencio, preguntándome si siempre se maneja con esa confianza en las casas ajenas.

—Quiero que sepas que entiendo perfectamente que estés enfadada con él. Yo en tu lugar lo habría matado por mentirme —afirma, tajante.

—Ya hemos hablado y lo hemos aclarado todo —le informo solo para dejar patente lo innecesaria que es una conversación entre nosotras.

—¡Ah! No lo sabía, no me ha dicho nada. —Se ríe con cierta incomodidad—. Y yo que venía a defenderlo…

—Creo que no te entiendo —señalo sin ocultar mi confusión ante su presencia.

—Me siento fatal por la forma en la que te enteraste de lo nuestro y lo último que quiero es que tengáis problemas por mi culpa —asegura, llevándose una mano al pecho con solemnidad.

Y si no fingiera estar tan afectada por los sentimientos de una desconocida que, para colmo, es la supuesta pareja de su todavía marido, a lo mejor hasta me planteaba creerla.

—Pues no te preocupes, ya está todo solucionado —insisto,

tratando de zanjar el asunto.

—Mira, Aura, tú y yo no nos conocemos, pero conmigo no tienes que fingir, de verdad. Sé mejor que nadie que Sergio no es precisamente una persona fácil, y con un pasado tan complicado como el suyo hay que pensárselo dos veces…

Tiene una curiosa manera de defenderlo.

—Me ha hablado de su pasado.

—Dudo que te lo haya contado todo —bufa, alzando una ceja con incredulidad.

—Eso es cosa nuestra —la corto porque no me gusta su tono y menos me interesa su versión de los hechos.

—No te lo tomes a mal, mujer, me alegro de que estéis juntos. —Cambia el gesto y vuelve a sonreír—. Lo nuestro siempre ha sido demasiado complicado, una atracción muy básica, ¿sabes? Demasiado animal.

No solo se permite referirse a su atracción sexual en presente, sino que consigue que me los imagine retozando por todas las habitaciones de su casa como dos pumas en celo.

—Y tú no te ofendas, pero prefiero no hablar de eso contigo.

—Lo que quiero decir es que se nota que contigo está tranquilo, que las cosas son más… sencillas.

Te lo traduzco: más aburridas.

—Perdona, Eva, pero tengo cosas que hacer.

—Quieres que me vaya y lo entiendo perfectamente. Me he presentado aquí sin avisar y te estoy incomodando. —Suspira dramáticamente pero no se mueve—. Aura, me gustaría que nos lleváramos bien. De alguna forma yo siempre voy a estar en la vida de Sergio.

No me queda claro si es una amenaza o si pretende que saque un café y unas pastas y nos pongamos a compartir confidencias como mejores amigas.

—¿Qué leches haces tú aquí? —espeta Lola desde la puerta del salón.

Contengo el aliento por el susto. Ni siquiera la he oído llegar.

—Ay, Lola, Lolita, tú siempre tan agradable —comenta Eva,

imperturbable—. No has cambiado nada.

—Tú sí… estás más gorda. Ahora lárgate de mi casa.

Aunque me entran ganas de aplaudir a Lola, Eva sigue sin inmutarse y se toma su tiempo para ponerse las gafas de sol, coger el bolso y levantarse.

—Bueno, Aura, ya me dirás si te apetece quedar algún día. Estoy pensando en quedarme una temporada. Una no se da cuenta de lo mucho que echa de menos todo esto hasta que vuelve.

Y se larga con su actitud pasivo agresiva y su sonrisa falsa.

—¿A ti cómo se te ocurre dejarla entrar? —me riñe Lola en cuanto la puerta de la calle se cierra.

—No lo sé, no esperaba que apareciera aquí. Me he quedado bloqueada.

—Pues ya puedes ir espabilando si no quieres que te coma la tostada.

—¿Crees que quiere volver con Sergio?

—Querer, lo que se dice querer, esa solo sabe quererse a sí misma, pero ándate con ojo. Por muchas tetas que tenga y aunque se haya teñido de rubio, es el demonio.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

—Házselo ver a él. Si tú no puedes, yo ya no sé quién…

Me llevo los dedos a la sien y comienzo a masajearme. Yo que pensaba que empezaba a tener un buen día…

—¿Tienes Ibuprofeno? Me duele la cabeza.

—Eso es veneno, mejor te tomas algo natural. Vamos a hacer magdalenas de chocolate.

—¿Ese es tu remedio natural?

—Pues sí. Tú coge los huevos, que yo voy a por la *maría*.

Mi piel parece impermeable al calor del sol y mis manos tienen la temperatura de un Calippo. A medida que avanzo por la pasarela de madera, mis pies ralentizan el paso para ajustarse al ritmo de mi inseguridad. Al ver el cartel del bar con el nombre de Eva estoy a punto de darme la vuelta y largarme, ya que tirarlo abajo a machetazos no es una posibilidad. Al menos no es una posibilidad que me ampare legalmente. Y ya sé que el puñetero cartel no es lo peor de toda esta situación. Sergio compartiendo la casa, el baño y tal vez fluidos corporales con su todavía señora esposa debería preocuparme bastante más. No obstante, su nombre ahí expuesto en letras bien grandes es un recordatorio constante de que, diga lo que diga él, ella sigue ocupando un lugar privilegiado en su vida.

Entro en el bar con una sensación incómoda por primera vez, la de adentrarme en territorio enemigo, y camino hasta la barra con indecisión.

—Hola, Enzo.

—Hola, preciosa —me saluda mientras llena una jarra de cerveza—. Me alegro de verte por aquí.

Y yo me alegro de ver una cara familiar. No es que Enzo y yo hayamos compartido conversaciones íntimas, pero su sonrisa es sincera y hasta consigue relajarme un poco.

—¿Está Sergio?

—En el despacho.

—¿Puedo pasar? —Señalo la puerta.

—Tú no tienes que pedir permiso. —Me guiña un ojo.

Aunque yo no estoy tan segura de eso, le doy las gracias.

—Aura —me llama en cuanto me alejo de la barra.

—Dime.

—¿Qué tal está Brina?

—Bien —respondo automáticamente y al segundo pienso que no sé si eso es del todo cierto—. La verdad es que casi no hemos

hablado desde que se fue.

—Ha vuelto con él, ¿verdad? —me pregunta, serio.

Todo lo que sé sobre Brina y Enzo es que no llegaron a acostarse. Mi amiga se echó atrás en el último momento, o eso dedujimos Sol y yo de su escueta explicación: «No me he acostado con él y no quiero oír una palabra al respecto».

—Sí —comento sin entrar en detalles. Me resulta un poco raro hablar de esto con él.

—Ya…

—Enzo, ¿quieres que le diga algo? —me ofrezco al verle tan… No sé… ¿Decepcionado?

—¿Te importaría mejor darme su teléfono?

—Eh, pues…

—No la voy a acosar a mensajes, te lo prometo. Solo quiero decirle una cosa y ya está.

Tengo la sensación de que me he perdido un capítulo de esta historia. De hecho, hasta ahora no sabía ni que hubiera una historia. La suposición más lógica es que Enzo se ha quedado un pelín colgado de Brina. Por eso cuando me mira con ojos de cachorrito abandonado en una gasolinera, le doy el teléfono. Y también porque soy una débil a la que siempre le cuesta decir «no». De todas formas, están separados por mil kilómetros de distancia, así que lo más probable es que ella lo ignore y todo quede ahí.

Me despido de Enzo y entro en el almacén. Enseguida escucho a Marvin Gaye cantar *Let's get it on*. Reconozco la canción porque Sergio la escucha a todas horas. Puede que sus camisas sean las más modernas de la isla, pero su gusto musical se niega a admitir que hay vida de después de los ochenta.

La puerta de su despacho está abierta y él está sentado, tecleando en el ordenador. Me permito el gusto de contemplarle un instante, tan concentrado, tan guapo sin pretenderlo, y el corazón empieza a aporrearme el pecho como si necesitara salirse un rato de mi cuerpo. Me sigue sorprendiendo el efecto que me provoca. Mis reacciones físicas nunca han sido extremas, ni con Óscar ni con ningún otro hombre. Desde que conozco a Sergio es como si se hubieran

disparado.

Doy un par de toques en la puerta con los nudillos.

—Hola.

—¡Hola! —Se sorprende al verme y tarda unos segundos en reaccionar y pedirme que pase.

Entro y me quedo parada delante de su mesa, a una distancia prudencial. Odio sentirme tan cohibida. Él se quita las gafas, se levanta y se acerca a mí. No me roza, se sienta en el borde de la mesa y me observa con atención.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

Al observarme en el espejo antes de venir, me ha devuelto el reflejo una mujer que me ha parecido de lo más insulsa, por lo que he intentado ocultarla a base de maquillaje. Hasta he seguido un tutorial de sombras y delineado de una *youtuber* profesional. Solo me ha llevado una hora y tres cuartos parecerme a su prima lejana. Adoptada, más bien.

—Lo de venir sin avisar no es muy de tu estilo.

—Hace un rato me has enviado un mensaje diciéndome que me echas de menos —le recuerdo.

—Llevo toda la semana enviándote mensajes y no has venido hasta ahora.

Porque no tengo un motivo concreto para estar aquí. Hace una semana que no nos vemos y, simplemente, hoy me han podido más las ganas que el orgullo.

—Bueno, a lo mejor yo también te echo de menos —admito.

Me dedica una sonrisa de medio lado antes de acercarse despacio, muy despacio, para darme un beso con el que consigue desbocarme el pulso. Ni siquiera me pone una mano encima, solo necesita el leve roce de su lengua para hacerme perder el control. Cuando intenta separarse, no se lo permito, tiro del cuello de su camisa y estampo mi boca contra la suya sin delicadeza. Nuestras lenguas se reconocen rápido y se enredan hambrientas. Sus manos acarician mis costillas a través de la tela de mi vestido hasta llegar a mis pechos. Me los aprieta con fuerza y un jadeo vibra a través de mi

garganta.

«Lo nuestro siempre ha sido una atracción demasiado animal». Esa frase, esa estúpida frase acude a mi cabeza en el momento menos oportuno. Dejo de besar a Sergio y le miro a los ojos.

—¿Pasa algo? —me pregunta, confuso.

—Fóllame. Fuerte.

Entorna sus ojos felinos durante un par de segundos, lo justo para procesar mis palabras, y responde a mi petición en silencio, cogiéndome de la cintura y subiéndome al borde de la mesa. Sin dejar de mirarme a los ojos, me agarra del cuello y me pasa el pulgar por el labio inferior antes de meterme los dedos índice y corazón en la boca. Los chupo hasta el fondo, con una mezcla absoluta de vergüenza y excitación. A continuación, me separa las piernas con las suyas y saca los dedos de mi boca para llevarlos hasta el borde de mis bragas. En cuanto noto la humedad de mi saliva en la entrada de mi sexo, un gemido anticipado se escapa de mi garganta. Desliza ambos dedos en mi interior y un par de movimientos rápidos son suficientes para llevarme al borde del precipicio.

—Me parece que ya estás lista.

Sus dedos me abandonan cuando ya casi estoy acariciando el orgasmo. Quiero matarlo. Voy a matarlo. Pero no me da tiempo a protestar. Se desabrocha el pantalón, liberando su erección, me baja las bragas de un tirón y se cuela dentro de mí con un solo movimiento de cadera, tan fuerte que la respiración se me corta y los brazos me fallan. No me caigo de espaldas sobre la mesa porque me agarra y tira de mí hasta que no queda entre nosotros un centímetro de separación.

—Agárrate —susurra pegado a mi boca.

Su voz áspera me calienta la sangre. Me engancho a su cuello con las dos manos y comienza a moverse mientras yo me aprieto a su alrededor con las piernas y me muerdo el labio para no gritar. Sale y entra de mi interior sin tregua, cada vez más fuerte, cada vez más duro, caldeando el aire de la habitación.

—¿Te gusta así?

—Más fuerte —le exijo, clavándole las uñas en la espalda.

Él se detiene y echa la cabeza hacia atrás para dejar escapar

una bocanada de aire. Se queda tan quieto dentro de mí que temo haber metido la pata. Quizá me he venido muy arriba y he estropeado el momento. Pero entonces se humedece los labios y me sonríe como un macarra. Me baja de la mesa, me da la vuelta y coloca la palma de su mano en mi espalda, haciendo que me incline, dejándome totalmente expuesta. Me apoyo con los codos en la superficie y todos mis músculos se tensan. Nunca lo he hecho en esta postura.

Me levanta la tela del vestido y me acaricia suavemente las nalgas con los dedos. Se acerca y retengo el aliento cuando presiona su erección contra la parte baja de mi espalda. Me penetra con facilidad y comienza a balancearse despacio. Esta vez llega mucho más profundo y yo me quedo inmóvil. Cierro los ojos. Lo siento demasiado dentro. Es demasiado. Cuando creo que ya no puedo soportarlo, que necesito parar, se pega a mi espalda.

—No existe nada mejor que estar dentro de ti —ruge en mi oído.

Su piel arde contra la mía y sus manos llegan hasta mis pechos. Tira de mis pezones con los dedos, lo que se traduce en dolor y una excitación brutal al mismo tiempo. Mis caderas reaccionan rápidamente y consigo acoplarme al ritmo de sus embestidas. Nos aceleramos juntos, completamente pegados el uno al otro, y empezamos a follar tan fuerte que el teclado del ordenador y una carpeta llena de papeles caen al suelo. Dudo que la mesa vaya a ser capaz de sostenernos, aunque no me importa. No quiero parar nunca.

—¿Así es lo bastante fuerte o quieres más? —gruñe en mi oído.

«Más», es lo que creo que sale del fondo de mi garganta seca, sin embargo, no estoy segura. Ni siquiera veo lo que tengo delante, solo escucho nuestras respiraciones entrecortadas y los golpes violentos de su piel contra la mía.

Otro sonido, el de la palma de su mano estallando contra mi nalga derecha, me hace gritar. Acaba de darme un azote. La piel me pica y quiero que lo repita. Me agarra del pelo y me da un tirón que me obliga a echar la cabeza hacia atrás.

—¿Así?

—¡Dios! ¡Sí! —gimo.

Vuelve a azotarme, esta vez en la nalga izquierda, y es un latigazo directo a mi sexo. Juro que, si me muero ahora mismo, me daría igual. Sergio sale y entra de mí y yo pierdo la noción del tiempo y el espacio. Solo relaja el ritmo para llevar su mano hasta mi clítoris. Me corro con un breve toque de sus dedos y grito sin importarme nada porque ya estoy fuera de la realidad. Él me sigue y se vacía dentro de mí con un gemido largo y ronco.

El sudor me resbala por toda la piel y no tengo fuerza en los brazos para incorporarme. A él debe pasarle lo mismo porque coloca las manos en el borde de la mesa y apoya la frente en mi nuca.

—¡Joder! —exclama, intentando recuperar el resuello.

Sale de mi interior y me ayuda a darme la vuelta. Me siento en el borde de la mesa porque aún me tiemblan demasiado las piernas para quedarme de pie.

—Debería haber insonorizado este despacho. —Se ríe y me retira un mechón que se me ha pegado a la mejilla—. ¿Estás bien? —Asiento con la cabeza, pero rehúyo su mirada—. ¿Seguro? ¿No me habré pasado? —me pregunta con preocupación.

—No, no, has hecho justo lo que te he pedido…

—¿Y?

—Y me ha gustado —añado con la boca pequeña.

—Eh… —Me levanta la barbilla—. Pues si te ha gustado, no te avergüences. Puedes pedirme lo que te apetezca, el sexo es lo que nosotros acordemos que sea.

—¿A ti te ha gustado?

—A mí me encanta todo contigo.

Me besa con una dulzura que contrasta radicalmente con lo que acabamos de hacer y se dirige al aseo a coger una toalla para poder limpiarnos.

Me siento fatal. Es verdad que me ha gustado. ¿Qué digo? No me ha gustado, ha sido increíble, la experiencia sexual más alucinante de mi vida. Lo malo es que la he tenido por los motivos equivocados. Solo para demostrarnos, para demostrarme, que lo nuestro también puede ser «demasiado animal». He permitido que Eva se metiera en mi cabeza, y peor aún, en esta habitación con nosotros.

—¿Entonces esto se puede considerar sexo de reconciliación? —me pregunta mientras se abrocha los pantalones.

Yo continúo en mi bucle mental, preguntándome cuántas veces lo habrá hecho con ella sobre esta misma mesa. Pero ¿qué coño me pasa?

—No lo sé…

—Vale, vamos paso a paso entonces —me propone—. ¿Te apetece ir a cenar? Aquí no tenemos tantos restaurantes como en Madrid, pero conozco un japonés bastante bueno.

***

Que me apetecía comer *sushi* es un hecho, que me apetecía todavía más la compañía de Sergio, también. Sentados a la mesa de un restaurante del centro, compartimos la comida y hablamos sobre mi futuro inmediato.

—¿Ya sabes qué curso vas a hacer? —me pregunta mientras moja el pez mantequilla en salsa de soja.

—Llevo días dándole vueltas y he conseguido reducirlo a dos opciones. Una es un curso *online* de ilustración y la otra es un máster. El máster es bastante más completo, pero también mucho más caro, claro, y no sé si me va a compensar el gasto. Porque si voy en serio con esto tendría que empezar de cero, hacer prácticas y convertirme en becaria con treinta años… Y después, si tengo suerte y consigo trabajo, empezar como diseñadora *junior*, con lo que no podría ni pagar un alquiler yo sola…

—Ey, espera, espera un segundo —me interrumpe—. Antes de volver a planificar la próxima década de tu existencia, ¿por qué no piensas antes en lo que de verdad te apetece hacer?

—No lo sé —admito mientras juego con los palillos—. A mí no se me da bien eso de dejarme llevar.

—Hace un rato me has demostrado lo contrario. —Levanta una ceja, insinuante.

—Sí, pero dedicarme al porno de manera profesional es mi última opción —bromeo.

—Es una pena porque con tu cara de inocente y la mía de guarro podríamos funcionar muy bien como pareja artística. Además, a mí la cámara me adora.

—No lo dudo… —Me río porque después de lo que hemos hecho esta tarde me resulta fácil imaginármelo como una estrella de cine X.

—De todas formas, tómate tu tiempo —me aconseja, reconduciendo la conversación—. No tienes que decidirlo ahora mismo.

—No ahora mismo, pero pronto... El máster empieza en octubre y es presencial, así que si me decido, tendría que volver a Madrid.

—Ah… —Da un trago a su Coca-Cola y no dice nada más.

—¿Tú qué opinas?

—Opino que no debería opinar.

—¿Por qué?

—Porque sería egoísta por mi parte.

—Hace un par de semanas sí tenías opinión. Me pediste que me quedara.

—Lo sé.

—¿Ya no quieres?

—No es lo que he dicho. —Posa los palillos en el plato y apoya los codos en la mesa—. He dejado mis sentimientos por ti bastante claros, aunque tú no quieras escucharlos. Pero trato de comportarme como el adulto que se supone que soy e intento hacer las cosas bien por una vez. —Me mira buscando una comprensión que no llega—. Aura, no te has permitido soñar para ti en diez años y ahora que puedes hacerlo, ¿quién coño soy yo para decidir tu camino? Claro que quiero que te quedes, me muero porque te quedes —aclara—, lo que no quiero es que lo hagas solo por mí. Y mucho menos que por mi culpa termines siendo infeliz aquí, que después me lo eches en cara y te vayas. Así que no voy a intentar atarte. Quiero que elijas quedarte, como hice yo.

Un discurso de lo más elocuente, sí señor. El único problema es que, de repente, él decide pensar como un adulto y yo deseo que lo haga con las entrañas. Que sea menos lógico y me pida que no me

vaya porque no soporta la idea de separarse de mí. ¿Qué te parece? Treinta años y me comporto como una cría pillada hasta las trancas por su primer amor. Si es que soy idiota.

—Quieres quitarte la responsabilidad de encima por si las cosas no salen bien —resumo con amargura.

—Joder… —resopla y se pasa la mano por el pelo con frustración—. No, no es eso para nada, aunque tengo la sensación de que diga lo que diga, no va a ser lo que quieres escuchar.

Me pregunto dónde se ha metido el Sergio que no sabe quererme despacio. La desconfianza me invade, no puedo evitarlo. No parece él, y no lo parece desde que ella ha llegado, y yo me estoy obsesionando, cediéndole un espacio que no le pertenece. En casa de Lola, esta tarde en el despacho y ahora también en la cena.

—¡Hola, chicos! No sabía que estabais aquí.

¡Venga ya! ¿La he invocado yo o qué?

—Eva, ¿qué haces aquí? —inquiere Sergio.

—Vengo a recoger un pedido. Ya sabes que yo no cocino por precaución… ¿Te acuerdas de aquella vez que intenté hacer un *risotto*?

—Me acuerdo de que casi quemas la cocina.

—Y menuda bronca tuvimos. —Suspira y pone los ojos en blanco—. Aunque luego lo arreglamos… Se nos olvidó hasta cenar. —Sonríe encantada al rememorarlo.

—Eva. —Sergio hace una mueca, visiblemente incómodo—. Si no te importa…

—Ay, perdón, ¡qué tonta soy! —Se lleva una mano a la mejilla—. Os estoy interrumpiendo, ya me voy… Pero deberíais pedir el *nigiri* de vieira y trufa negra. —Se dirige a mí esta vez—. Hazme caso, este siempre ha sido mi restaurante favorito. Sergio se negaba a comer pescado crudo, pero yo le hacía venir tanto que al final le acabó gustando.

Nos desea una feliz noche y que nos aproveche la cena. Yo no contesto, no soy capaz ni de fingir algo parecido a una sonrisa mientras se despide y se va, orgullosa de haber conseguido que se me atragante la comida.

—Lo siento.

—Déjalo, da igual —murmuro.

—No, no da igual. No se da cuenta de lo bocazas que es.

Me dan ganas de gritarle que es él quien no se da cuenta de nada. Sí, Eva es una bocazas, pero lo es aposta. Lo único que intenta es meter mierda entre nosotros. Y se le da fenomenal.

Intentamos seguir con la cena sin mucho éxito. Sergio no para de hablar y yo me esfuerzo por aparentar normalidad, aunque lo máximo que consigo es asentir y emplear monosílabos hasta que salimos del restaurante.

—¿Te apetece dar un paseo? —me pregunta.

La noche plácida y una brisa ligera invitan a ello; el aire que se respira entre nosotros, no.

—Me voy a casa. Estoy cansada.

—Vale, pues te llevo…

—No hace falta.

—Estamos lejos de la casa de Lola. Prefiero acompañarte.

—Y yo quiero estar sola —lo corto.

—Aura…

—¿Qué?

—Nada… —murmura con voz cansada—. Que no soporto hacerte daño.

—Pues no lo hagas.

Le doy un beso, de esos rápidos que se dan por compromiso y no dejan buen sabor, y me voy sin él, pero no sola. Por el camino me acompaña el monstruo de los celos y todo tipo de malos pensamientos.

El peor día del año

Cancelo la llamada y lanzo el móvil sobre la mesa del jardín con tan mala leche que, a continuación, tengo que comprobar la integridad de la pantalla. Sergio lleva todo el día sin contestar al teléfono y ni siquiera lee los *wasaps*. No es que le esté acechando, pero tengo la sensación de que nos hemos instalado en una dinámica cansina en la que él me busca, yo me alejo todo lo que puedo durante unos días y al final termino persiguiéndolo yo. Damos un paso hacia delante y otro hacia atrás, y el resultado es no movernos de donde estamos. Aun siendo consciente de ello, cojo el móvil de nuevo y escribo a Enzo para preguntarle si está con él en el bar.

Tras la incómoda cena del domingo no hemos vuelto a vernos. Él lo ha intentado, proponiéndome un montón de planes y yo solo le he dado excusas. Mientras, me he dedicado a mí misma, a pasear por la playa, a dibujar en mi cuaderno, a ayudar a Lola a preparar su taller de suelo pélvico, a meditar… Tres días ha sido mi tope; uno más y terminaré encendiendo el horno y metiendo la cabeza dentro. Si algo he aprendido es que no valgo para la vida contemplativa. La parte positiva es que he tomado una decisión respecto a mi futuro, y dado que a Sergio le afecta, sería un detalle que respondiera a alguna de mis llamadas.

Recibo contestación de Enzo. Al menos él no me ignora.

Enzo:
No está aquí. Se ha cogido el día libre.

Aura:
Ok, gracias, no lo sabía, llevo intentando localizarlo todo el día.

No es que Sergio tenga que darme explicaciones sobre lo que hace o deja de hacer… O sí, no lo sé. Odio no saber a qué atenerme con él. Y creo que a la vez es lo que más me atrae. Lo de ser una

masoquista es otro descubrimiento reciente.

Enzo:
Está en casa. Deberías ir a verlo.

Aura:
¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Enzo:
No es un buen día para él.

Interrogar a Enzo sobre un mensaje tan críptico no sirve de nada, no me da más detalles, por lo que media hora más tarde ya estoy en casa de Sergio. Por supuesto, me abre la puerta la invitada de honor. Hoy Eva no me recibe en bikini, lleva unos mini *shorts* azul marino y un top de crochet blanco que, a juzgar por la escasez de tela, debe haber comprado en Zara Kids. Ya sé que es lamentable criticar a una mujer por cómo decida vestirse, pero entiéndeme, no la soporto.

—Hola, vengo a ver a Sergio.

—Ya… Pues ahora no va a poder ser, está acostado —responde ella, encogiéndose de hombros con un gesto falso de disculpa.

—¿A las seis de la tarde?

—Sí, le duele la cabeza.

—Vale, pero me quedo más tranquila si lo veo.

—No te preocupes, luego le digo que has venido.

Cuando trata de cerrarme la puerta en las narices, levanto el brazo y se lo impido.

—Eva, quiero ver a Sergio, así que o te apartas o te aparto yo.

—¡Mírala! ¡Pero si tiene uñas! —exclama con burla antes de dejarme pasar.

No sé de dónde sale mi vena macarra, aunque me siento un poco orgullosa.

Nada más entrar en el salón, un intenso olor a marihuana me marea. En la mesa hay un cenicero, tres porros y un par de botellines de cerveza.

—¿Te parece buena idea tener eso aquí?

Eva coge uno de los cigarrillos, se deja caer en el sofá y se lo enciende.

—La verdad es que sí… —Expulsa el humo lentamente y se acomoda en el respaldo—. Tú deberías probarlo, te vendría bien para relajarte un poco. ¿Vas siempre tan tiesa?

—Tira esa mierda antes de que baje Sergio.

—¿Vas a decirme tú qué puedo y qué no puedo hacer en mi casa? —Se ríe con incredulidad.

—Es la casa de Sergio, tú estás de paso.

—La única que está aquí de paso eres tú, guapa, pero todavía no te has dado cuenta.

En el fondo resulta un alivio que por fin deje de fingir conmigo. Dejemos las cosas claras: si me molesto en gastar tanta energía odiando a Eva, espero la misma consideración por su parte.

Subo las escaleras y no entro al trapo cuando comenta algo sobre lo mosquita muerta que soy, porque estoy convencida de que le molesta mucho más ser ignorada que insultada.

Llego a la puerta del dormitorio de Sergio y no me molesto en llamar, no espero, estoy harta de esperar. Entro en la habitación y solo me recibe la oscuridad. La persiana está bajada y una diminuta rendija de luz me permite entrever un bulto en la cama. Está acostado de lado, con las sábanas arrugadas y enredadas entre las piernas.

Me siento junto a él y le aparto el pelo que le cubre la frente. Parece tan sereno que me da pena despertarlo.

—Hola, dormilón —susurro.

Abre los ojos y enseguida los entorna con fastidio.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupada por ti —respondo, ignorando su tono brusco—. Te he llamado un montón de veces.

—También me has ignorado un montón de veces, no sabía lo que tocaba hoy.

—No vengo a discutir, solo a ver si estás bien.

—Lo siento, hoy no soy buena compañía. —Se gira y se tumba de espaldas para pellizcarse el puente de la nariz con los dedos—.

Mejor hablamos mañana.

—Tienes pinta de necesitarlo ahora, no mañana.

—No tengo ganas, de verdad.

—¿Y de qué tienes ganas?

—De romperme los nudillos contra la puta pared —suspira—, pero intento no hacerlo.

Decido tomarme eso como una llamada de auxilio y se me ocurre una idea un tanto peregrina.

—Vístete, nos vamos —le pido y me levanto de la cama.

—Aura, de verdad… Hoy no —responde sin mucha paciencia.

—¿Tienes un bate por ahí?

—¿Y para qué carajo voy a tener yo un bate? —Levanta la cabeza de la almohada.

—Entonces habrá que improvisar.

***

El suave eco del mar es el único sonido que recorre el solitario descampado de tierra en el que hemos aparcado la furgoneta de Sergio.

—Esto es lo más ridículo que he hecho nunca —protesta él, con las gafas de buceo puestas y sujetando una pata de madera que le hemos quitado a una vieja mesa de comedor que guarda en el garaje.

—Como trabajadora estresada te aseguro que esto es lo mejor para descargar la ira sin romperte ningún hueso. —Me coloco frente a él, a una distancia prudencial y armada con un par de cajas de cartón que contienen su vajilla de Ikea—. Yo lo he hecho varias veces en dinámicas de grupo. —Me ajusto mis gafas de buceo—. Bueno, o algo parecido… ¿Estás listo?

—Venga, dale —dice nada convencido, sujetando la pata de madera con las dos manos y separando los pies para colocarse en posición de bateador.

Cojo un plato llano y se lo lanzo. Lo golpea con fuerza y estalla en pedazos con un sonido seco.

—¿Qué? ¿Sienta o no sienta bien?

—Lánzame otro —se limita a responder.

Le lanzo otro plato y después otro, y otro más. A continuación, seguimos con los platos hondos, los vasos y un juego de tazas de café. Los golpea en el aire cada vez con más rabia y para cuando terminamos con toda la vajilla, no sabría decir si está más o menos enfadado que antes.

—Nos hemos quedado sin existencias —le informo—. Si quieres, podemos ir a comprar más.

Sergio se quita las gafas y las tira al suelo junto con la pata de madera. Se acerca con paso firme, me engancha de la cintura y me besa. Nos metemos a trompicones en la parte trasera de su furgoneta y no nos molestamos en quitarnos la ropa. El sexo no es tranquilo ni romántico, sino rápido y furioso. No sé qué es lo que lo atormenta, pero sí lo que necesita en este momento, y estoy dispuesta a dárselo. Me agarro a él cuando me penetra, me aprieto con fuerza alrededor de sus caderas, acelerándolo hasta que se derrama dentro de mí, tirándome del pelo y rugiendo como un animal tras unos pocos empellones. Al terminar, nos quedamos en silencio, con nuestras respiraciones agitadas llenando el reducido espacio.

Al cabo de un rato, Sergio abre la puerta de la furgoneta para evitar que nos achicharremos y el olor a salitre se mezcla rápidamente con el de nuestros cuerpos todavía cubiertos de sudor. Me incorporo sin molestarme en alisar las arrugas de mi vestido y me quedo sentada, contemplando cómo el mar parece tragarse poco a poco el sol. Él se queda sentado a mi lado.

—Hoy hace siete años que perdí a mi madre —comenta unos minutos más tarde, sin apartar la vista del horizonte—. Esta mañana he hablado con mi padre. No tenemos mucha relación, pero siempre le llamo en el aniversario de su muerte, y me ha contado que está saliendo con alguien. —Se ríe sin ganas—. No soy un niño, lo entiendo, o sé que debería entenderlo, pero que me lo cuente precisamente hoy… No es que haya un día en concreto que lo sientas más que otro, pero…

—Pero hoy estás enfadado con el mundo.

—Sí, bastante —reconoce, entrelazando los dedos—. El tatuaje

que llevo en la espalda me lo hice por ella. Me dan pánico las agujas, pero cuando se murió, el miedo pasó a ser algo relativo.

—Ya sabía yo que los caballitos de mar tenían su historia.

—Le encantaban, le encantaba pintarlos y se tatuó dos en el tobillo como regalo de cumpleaños para mi padre. Lo hizo porque se supone que los caballitos de mar pasan toda su vida con la misma pareja.

—No lo sabía. Es bonito.

—Sí, a ella también se lo parecía, aunque mi padre no lo haya cumplido.

—¿Estuvo con ella hasta el final?

—Sí.

—Entonces sí lo ha cumplido.

Otro silencio.

—A ella le hubiera gustado eso de ponerse a romper cosas. Siempre fue un poco macarra —me cuenta—. Cuando era pequeño, a mis amigos sus madres les reñían si llegaban del colegio con los pantalones manchados o rotos. Yo jugaba con la mía a pisar los charcos cuando llovía… Llegábamos a casa hasta arriba de barro y mi padre se cabreaba un montón con ella —relata con una emoción que consigue encender su voz por primera vez en toda la tarde.

—Tu madre era muy guay.

—También tenía métodos de educación originales, no te creas. Recuerdo pedirle mil veces que me comprara unas Nike Shox. Eran fosforitas y con muelles, una horterada de cojones, pero yo tenía catorce años y esas zapatillas eran más importantes que nada en el mundo. Al final me compró unas igual de feas, pero más baratas. Me cabreé un montón y le dije que eran una mierda, así que me obligó a bajar a la calle a correr descalzo durante dos horas… Las ampollas me duraron tres semanas. —Se ríe.

—Me das envidia. —Él frunce el ceño en respuesta—. Yo nunca me he llevado muy bien con mi madre —le aclaro—. Cuando estamos juntas, creo que a las dos nos resulta incómodo, poco natural… Por la forma en la que tú hablas de la tuya, se nota que el tiempo que pasasteis juntos valió la pena. Hasta lo de correr descalzo lo recuerdas

con cariño, y eso va a durar siempre. Al final es lo que cuenta.

—Joder… —Niega con la cabeza—. ¿Cómo quieres que no te quiera?

Me mira y el corazón me quema dentro del pecho. Me da un beso muy lento, calmado por fin.

—Y gracias, por cierto —añade.

—¿Por qué?

—Por hacer que el peor día del año no sea tan malo.

—A lo mejor puedo mejorarlo un poco más.

—Vale, pero no soy una máquina, voy a necesitar un rato para recuperarme —bromea.

—Me quedo en la isla.

—¿De verdad? —Se le iluminan los ojos como a un niño el día de navidad.

—Sí.

Me callo lo de que acabo de decidirlo en este instante. Tampoco le confieso que mi intención hasta esta tarde era volver a Madrid. Porque he decidido que quiero ser siempre la culpable de dibujar en su cara esa felicidad.

38

BRINA

Como la mayoría

«No sé por qué pensaba que serías más valiente… Por cierto, he probado el tofu y tenías razón, es una mierda pero que muy gorda».

Releo por tercera o cuarta vez —puede que sea la decimoquinta— el *wasap* que recibí hace tres días y vuelvo a enfadarme. Y me enfado todavía más por el hecho de enfadarme. No debería afectarme la opinión de una persona cuyo número de teléfono ni siquiera figura en mi agenda de contactos. Y porque haber compartido un secreto con Enzo, en un clarísimo momento de debilidad, no le da derecho a juzgarme. Además, ¿de dónde ha sacado mi número? Solo se me ocurre que se lo haya dado Aura, y de ser así, pienso matarla. O como mínimo le guardaré rencor hasta su cumpleaños y le regalaré un jersey muy pero que muy feo.

Mi dedo pulgar baila por encima de la pantalla del móvil, se muere por responder a Enzo, pero eso supondría abrir la veda al intercambio de mensajes con él y no es mi intención, así que me muerdo la lengua, literalmente hasta hacerme daño, guardo el móvil en el bolso y sigo con mi vida, que en este instante consiste en arrastrar penosamente la cesta de la compra por el supermercado. Digo penosamente porque la rueda izquierda no deja de atascarse y me obliga a caminar como si fuera arrastrando un cadáver por el pasillo de los ultracongelados.

Resoplo frustrada y de mal humor. No es algo puntual, es un estado en sí mismo desde hace días. Y lo peor es que, en teoría, no tengo motivos. Andrés y yo volvemos a estar bien. O todo lo bien que podemos estar dadas las circunstancias.

Al volver de la isla, acordamos que por fin vamos a intentar ser padres. Y aunque solo me faltó hacérselo firmar con un pacto de sangre, desde entonces no nos hemos rozado ni por casualidad. Principalmente porque no puede acercarse a mí sin que le ladre como un pitbull.

La rueda de la cesta vuelve a atascarse y se niega a girar. Trato

de moverla, pero no hay forma. Se ha plantado y no va a ceder. Yo tampoco. Pego un tirón tan brusco que del esfuerzo me sale de la garganta un gruñido a modo de grito de guerra de soldado medieval escocés. De nada sirve, el asa me resbala entre los dedos y vuelco la mitad de la compra por el suelo.

—¡Mierda! ¡Joder!

Me agacho para recoger las cosas y cuando me incorporo, tras perseguir durante un rato una lata de melocotón en almíbar, veo a un niño observándome y riéndose con cara de pillo. Debe tener unos seis o siete años y va caminando pegado a su padre, quien se apoya en el carrito de la compra mientras habla por el móvil. Le devuelvo la sonrisa. Creo que es la primera que me sale en toda la semana.

El crío llama a su padre y señala la nevera de los helados, pero este sigue a lo suyo. «Papá, papá, papá…», insiste para llamar su atención y tira del bolsillo de su vaquero hasta que la respuesta a su petición le llega alta y clara en forma de grito que debe escuchar hasta el vigilante de seguridad de la puerta. El niño abre los ojos del susto y la voz se le corta de golpe.

No soy quién para juzgar a ese padre, no lo conozco, puede que la llamada que está atendiendo sea muy importante, que simplemente tenga un mal día o que su hijo sea un miniterrorista profesional en potencia. Aun sin saberlo, la cara de tristeza de esa criatura me encoge tanto el corazón que me dan ganas de darle un abrazo, y ya de paso lanzarle a su progenitor la lata de melocotón a la cabeza.

Padre e hijo prosiguen su camino y yo me quedo parada en medio del pasillo frío y demasiado iluminado con una certeza que me he empeñado en ignorar durante mucho tiempo. Si tengo un hijo con Andrés, él actuaría igual que ese padre. Y así sería por costumbre, porque la verdad es que a mi marido no le gustan los niños.

Andrés se acerca a mí con una botella en la mano de medio litro de zumo de naranja recién exprimido. Le he pedido que fuera a buscarlo al puesto de zumo mientras yo me encargaba de coger el brócoli congelado.

—No sé por qué te empeñas en comprarlo… —Agita la botella en el aire—. Es carísimo y la mitad lo rellenan con agua. Menuda

estafa —comenta indignado.

Lo es, es una estafa de dos euros y ochenta y nueve céntimos. Claro que es mínima si la comparas con la mía tras casi diez años mintiéndole a la cara.

—¿Me estás escuchando? —me pregunta.

—Soy asexual.

—¿Qué? —Parpadea sin entender.

—Que soy asexual —repito más lento, pero igual de firme.

—¿Es una broma?

—No, para nada.

Contengo la respiración, esperando una reacción que no llega. Me mira a los ojos, pero no me ve; es como si intentara traspasarme la nuca para comprobar lo que hay detrás. Se agacha, deja el zumo dentro de la cesta, da media vuelta y echa a andar por el pasillo. Yo suelto el aire que he retenido en el pecho antes de seguirlo. Lo hago a una distancia prudencial hasta la salida del supermercado y me meto en el coche justo antes de que arranque. Enciende la radio y comienza a sonar una canción de Bustamante. Sé que la aborrece, sin embargo, eso no le impide subir el volumen al nivel de una verbena de pueblo. Le observo de reojo mientras él conduce y mantiene la vista fijada en la carretera a la vez que tamborilea con las manos tranquilamente sobre el volante.

Ya que él no tiene intención de abrir la boca y yo no me atrevo casi ni a respirar, hacemos el trayecto de quince minutos hasta casa en silencio, acompañados, eso sí, de los grandes éxitos de Cadena Dial. Y cada sonido ajeno, desde el chasquido de la puerta del garaje al abrirse hasta el chirrido de las ruedas al girar y el motor apagándose, me acerca inevitablemente a la conversación más difícil de mi vida.

Bajamos del coche y camino detrás de Andrés. Necesito unos segundos en la retaguardia para tranquilizarme. En mi agenda de hoy no tenía apuntado lo de hacer una salida del armario en pleno supermercado.

Andrés me obliga a frenar cuando se detiene junto al pino de la entrada.

—Ha crecido demasiado —comenta al aire, deduzco, mientras

lo observa con atención—. Las ramas están a punto de entrar en la casa del vecino… Este fin de semana lo arreglo.

A continuación, abre la puerta de casa, deja las llaves en la mesa del *hall* y se va directo a su despacho. Yo llego justo a tiempo para darle la satisfacción de cerrarme la puerta en la cara.

Mi cuerpo se mueve a una velocidad mucho inferior a la de mi cabeza en este momento, así que no sé cuántos segundos o minutos tardo en atreverme a entrar. Lo hago con torpeza, porque la palma de mi mano resbala sobre la manilla a causa del sudor.

—¿Qué haces? —le pregunto al verle sentado en su silla negra de cuero, ordenando unos papeles sobre la mesa.

—Tengo trabajo.

—Andrés, deberíamos hablar —apunto con aplomo fingido.

—¿De qué?

—De lo que te he dicho en el supermercado.

—Ah, ya… ¿Podrías repetírmelo? —inquiere, señalándose la oreja—. A ver si así termino de creérmelo.

—¿Y tú podrías tomártelo en serio, por favor? No es ninguna broma.

—Mira, tenemos problemas, eso es evidente, pero tus llamadas de atención no los van a solucionar. Y ya te aviso de que si te vas a enfurruñar y a volver a coger la maleta, esta vez no pienso ir detrás.

—No estoy buscando atención, Andrés, y me cuesta muchísimo reconocerlo delante de ti. Soy asexual —pronuncio por tercera vez ya, esforzándome para que suene real en mi propia boca.

—Vale, muy bien, ahora resulta que eres asexual. —Se recuesta en la silla y entrelaza los dedos—. Pues explícamelo. ¿Odias el sexo o cómo va eso?

Me observa como si fuera uno de sus alumnos a los que ha pillado copiando en un examen, plenamente convencido de su posición de poder, de que él tiene las de ganar.

—No lo odio, pero tampoco me excita y no siento ningún tipo de placer —admito y cada palabra me abrasa la garganta.

—¿Y tengo yo la culpa? —Levanta las cejas ante lo que considera un ataque personal.

—No, no es por ti, es por mí —aseguro, sin darme cuenta de que estoy utilizando la frase hecha más vulgar para describir algo poco común—. No siento atracción sexual por nadie.

—O sea, que en todos estos años nunca te has sentido atraída por mí. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Me he sentido atraída por ti —me apresuro a decir—. Y me gusta besarte y abrazarte, pero no de una forma sexual… ¡Dios! Qué difícil es explicarlo. —Me llevo una mano a la frente.

—Si no sabes explicarlo, ¿cómo puedes estar segura?

—Porque lo sé, lo he sabido toda la vida, pero no me atrevía a admitirlo. Porque quería ser… —Me freno cuando estoy a punto de decir «normal»— como la mayoría.

—No, eso no es verdad. —Niega con la cabeza—. Al principio no eras así, al principio te gustaba el sexo, esas cosas se notan, lo disfrutabas.

—No lo disfrutaba, me esforzaba más por fingir…

Debería existir una máquina del tiempo que nos permitiera retroceder solo un par de segundos. Los justos para poder elegir mejor las palabras que van a llevarse por delante un matrimonio.

—Entonces, cuando nos acostamos, ¿te doy asco o solo te resulto indiferente?

—Andrés, por favor…

—¿Qué? Tú querías hablar de esto, así que contéstame. Si le doy asco a mi mujer, quiero saberlo —me exige.

—No, claro que no me das asco, es solo que no necesito el sexo en nuestra relación.

—No, lo que necesitas es un psicólogo… No estás bien de la cabeza.

—La asexualidad no es una enfermedad —defiendo—. He estado leyendo mucho sobre ello y…

—¡Ah, has estado leyendo mucho! ¡Estupendo! —Ahoga una risa—. Yo he estado leyendo mucho sobre historia francesa últimamente, así que a lo mejor puedo ser Napoleón.

—Sé que cuesta entenderlo…

—No, no lo sabes. —Se levanta y se acerca hasta quedarse a un

palmo de mi cara—. No tienes ni idea de lo que cuesta empezar a entender que hayas estado mintiéndome durante una década. —Me agarra de la muñeca con fuerza—. Que no te importara lo más mínimo hacerme sentir como un cerdo y un baboso cada vez que intentaba acercarme a ti, y que te permitieras el lujo de juzgarme cuando intenté que probáramos cosas nuevas porque no sabía cómo solucionar el hecho de que mi mujer no quisiera ni tocarme.

—Me haces daño.

—Más daño nos has hecho tú —escupe antes de soltarme.

—Lo siento. Tenía miedo de contártelo, de perderte. —La voz se me corta y las lágrimas empiezan a resbalar descontroladas por mis mejillas.

—¿Y ya no lo tienes?

—Sí, pero estoy cansada de mentir. Y tú tienes derecho a saberlo, y a decidir si, aun así, podrías quererme como soy.

—¿Quererte como eres? —bufa—. Pero ¿en qué mundo vives?

En uno que todavía no está preparado para gente como yo, supongo, aunque no se lo digo, solo lloro.

—Yo también te mentí —suelta al cabo de unos segundos—. No quiero tener hijos… Nunca los he querido. Estaba dispuesto a hacerlo por ti, pero no merece la pena. Tú no mereces la pena —corrige y el asco tiñe su voz.

—Andrés, espera —le suplico al ver que se aleja.

No se detiene. Sale del despacho y lo siguiente que escucho es el portazo que pega al irse de casa. Podría ir detrás pero no lo hago, porque ¿cómo arreglas algo que no se ha roto? Algo que, simplemente, nunca existió. No puedes.

39

Nos faltó tiempo

Soy experta en poner cara de póker. Cuando estás acostumbrada a lidiar con los altos cargos de las empresas más importantes del país no te queda más remedio que aprender a mantener las emociones a raya. Ya sea con el dueño de una financiera al que ves llorar como un niño porque se ve obligado a despedir a tres mil empleados o con el directivo capullo que te amenaza con destrozar tu carrera porque es incapaz de asumir que ha llevado a cabo una gestión pésima.

El caso es que mis siete años de experiencia y una larga lista de cursos de Liderazgo y gestión de equipos, Comunicación interpersonal, Inteligencia emocional y Técnicas de negociación no me sirven de nada en este momento. Al ver a Eva dentro de la barra del bar, adueñándose de ella y sirviendo cócteles, lo único que quiero hacer es agarrarla de los pelos y sacarla a rastras.

—¿Quieres algo? —me pregunta con tono seco cuando me acerco.

Quiero no volver a verla en mi vida, pero, por lo visto, está por todas partes, como el moho.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pues es evidente, ¿no? —replica como si yo fuera corta de entendimiento—. Trabajo aquí.

—¿Cómo?

—Como lo oyes… Y me parece que vamos a ser compañeras. Sergio me ha dicho que las cosas no te van muy bien y necesitas trabajo.

Perfecto, además le cuenta mis miserias.

—No tienes ninguna intención de largarte —declaro.

Se apoya con los codos en la barra y se inclina hacia mí.

—Me da que eres un poquito lenta. No sé si te has fijado en el cartel de ahí fuera, pero este bar lleva mi nombre. Y va a seguir siendo así —asegura—. Y ahora dime si quieres tomar algo porque si no, vas a tener que despejarme la barra, que esto no es la parada del bus.

—Aura puede estar donde le dé la gana.

Es Enzo quien sale en mi defensa. Aparece desde el otro extremo de la barra, con una caja llena de vasos y una mirada asesina dirigida hacia Eva.

—No pasa nada, Enzo, no me apetece quedarme.

Ni compartir el mismo aire con ella.

Salgo del bar con la sonrisa triunfal de Eva clavada en la nuca y justo en la puerta me cruzo con Sergio. Por un segundo, sopeso la posibilidad de montarle una escena, pero decido dedicarle la misma cortesía que él ha tenido conmigo. Paso de largo como si no existiera.

—¡Ey! —Me agarra del brazo—. ¿A dónde vas?

—¿Te importa?

—Me importa saber qué he hecho para cabrearte porque no me ha dado tiempo ni a decir «hola».

—¿Ahora trabaja aquí?

Tarda unos segundos en comprender a quién me refiero… Esto mejora por momentos.

—Solo está echando una mano, nada más.

—Claro, y de paso también marcando territorio —apunto—. ¿Y se puede saber por qué le cuentas a ella mis intimidades?

—¿De qué me hablas? —Frunce el ceño—. ¿Qué le he contado yo?

—Le has dicho que me van mal las cosas y que necesito trabajo.

—No, me preguntó a qué te dedicabas. Solo le dije que habías dejado tu trabajo y que ibas a hacer unas horas en el bar, nada más.

—¿Y te parece casualidad que de repente quiera trabajar aquí también?

—En un par de días como mucho se habrá aburrido y no volverá, ya lo verás.

—Para estar casado con ella, creo que la conoces muy poco.

—Por favor —resopla con cansancio—, no empieces.

—¿Que no empiece qué? Me prometiste que se iría en unos días y ahora no solo vive contigo, sino que también trabaja contigo. —Niego con la cabeza—. Sergio, ¿de verdad no ves lo que está haciendo? No piensa irse a ninguna parte mientras yo esté aquí.

—Pero yo estoy contigo, no con ella.

—Cualquiera lo diría...

—¿Qué quieres que haga? —Alza la voz—. ¿Que la eche a la calle como a un perro?

—No me hagas parecer la mala de la película porque no lo soy —le advierto.

—No tiene un duro ni otro sitio donde ir.

—No me lo creo y, aun así, ese no debería ser tu problema.

—Pues a lo mejor no lo es, pero yo lo siento así.

—¿Y te haces una idea de cómo me siento yo? ¿Te has molestado en ponerte en mi lugar? La tienes a ella en casa mientras a mí me follas en la parte de atrás de tu furgoneta.

Una pareja pasa delante de nosotros y se nos queda mirando antes de entrar al bar, aunque a Sergio parece importarle poco.

—Tú follabas conmigo mientras el tío con el que te ibas a casar te esperaba en casa, así que sí, me hago a la idea.

—Los golpes bajos se te dan fenomenal. No sabía eso de ti.

—Lo siento —suspira—. Te prometo que no quiero discutir, y menos por Eva.

—Pues va a ser un tema recurrente porque no entiendo qué clase de poder tiene sobre ti, y menos aún entiendo vuestra relación.

—Ya te lo expliqué, ella estuvo a mi lado cuando nadie más lo hizo. No puedo dejarla tirada.

Es cierto, no puede, y no porque no quiera, sino porque es incapaz. Porque el chico despreocupado que siempre me recuerda que debo vivir el presente, aún sigue rindiendo cuentas al pasado.

—La culpa es mía, por no haberme dado cuenta —admito.

—¿De qué?

—De que la que sobra soy yo.

—Aura, no, no digas eso. —Se pasa la mano por el pelo y, ese gesto, ese simple gesto que en él me resultaba encantador, ya no me lo parece tanto—. No sé cómo arreglarlo.

—Lo sabes perfectamente, pero no te importo lo suficiente para hacerlo.

Me voy sin esperar una respuesta, ya que, sea la que sea, esta

vez no va a convencerme.

Camino deprisa por el paseo marítimo, no porque tenga un lugar donde ir, más bien es consecuencia de la adrenalina que corre desatada por mi cuerpo. Daría lo que fuera por tener cerca a Brina y a Sol en este instante. Cuando una de nosotras tiene un problema, activamos un protocolo de emergencia que ni el Pentágono. No importa lo que estemos haciendo, si nos necesitamos, aparecemos, aunque la llamada nos pille durmiendo o con una ingle a medio depilar. Y sentadas en una cafetería comiendo tarta de zanahoria, los problemas no desaparecen, pero parecen empequeñecerse.

Sé que ellas sabrían qué decirme. Me consolarían, se despacharían a gusto insultando a Sergio, sobre todo Brina, y también me reñirían, sobre todo Brina. Las echo tanto de menos que me entran unas ganas horribles de llorar.

Mi móvil suena y mi primer pensamiento es para Sergio. Me equivoco, es Brina la que llama. Empiezo a creer que tiene una especie de superpoder para adivinar cuándo me pasa algo.

—No sabes lo bien que me vienes ahora mismo —confieso en cuanto descuelgo.

—Aura, estoy yendo al hospital. Al padre de Sol le ha dado un infarto.

—¿Qué? —Freno y me quedo clavada en el sitio—. ¡Joder! ¡Joder! Pero… ¿Sabes cómo es de grave? ¿Se va a recuperar?

—No tengo ni idea, me ha llamado medio histérica y todavía no sabían nada. Solo sé que estaba en una reunión y se ha desplomado. Se lo han tenido que llevar en una ambulancia.

—Vale, vale, tú ve al hospital con Sol y yo me cojo el primer avión que salga para Madrid.

—En cuanto llegue y me entere de algo, te cuento.

—¿Se lo has dicho a Teo o lo llamo yo?

—Me ha prohibido avisarlo, la muy zopenca. Creo que siguen sin hablarse… Oye, te dejo, voy a coger el coche.

—Sí, sí, tranquila, vamos hablando. Un beso.

—Otro para ti.

Cuelgo y a continuación llamo a Sol, pero la línea está ocupada.

Voy a casa a toda prisa, compro un billete de última hora que deja tiritando mi tarjeta de crédito y hago una maleta con lo imprescindible, que termino por llenar un poco más por culpa de una vocecita interior que me susurra que tal vez no voy a volver pronto.

Como Lola no está en casa, la llamo mientras espero al taxi y le explico lo que pasa. Me pide que la mantenga al tanto y le dé un abrazo muy fuerte a Sol cuando la vea. En el trayecto de camino al aeropuerto escribo un *wasap* a Teo. Nadie ha dicho que no pueda enviarle un mensaje. Además, me bastan dos palabras: «Te necesita».

Llego a la terminal de salidas del aeropuerto y busco el mostrador de mi compañía aérea. Facturo la maleta y me dirijo al control de seguridad. Por una vez, agradecería que este fuera uno de esos aeropuertos gigantes, laberínticos y atestados de viajeros donde necesitas un GPS para encontrar la puerta de embarque. De ese modo, podría evitar encontrarme de frente a Sergio, justo delante del control de seguridad.

—Lola me ha contado lo del padre de Sol —me explica cuando me paro frente a él y antes de que me dé tiempo a preguntar.

—Ya…

—Dale un beso de mi parte y dile que espero que todo vaya bien o alguna frase típica de mierda que en realidad no sirve para consolar a nadie.

—Vale. —Asiento con la cabeza y desvío la mirada hacia el control de seguridad—. Tengo que irme, voy con el tiempo justo.

—¿Vas a volver?

—¿Vas a pedirle tú a ella que se vaya?

—Dame algo de tiempo, por favor.

—¿Tiempo? Tiempo es justo lo que nos ha faltado a nosotros —pienso en voz alta—. Para conocernos, para ordenar mejor los sentimientos, para tener recuerdos importantes y para que lo nuestro sea más fuerte que todo lo demás.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que todo lo que somos es una historia a la que le faltó tiempo… Y no, no voy a volver.

—No, no, no me digas eso, por favor —me suplica, sujetándome

las mejillas.

—Estoy cansada de ser complaciente con todos menos conmigo. Así he acabado arrepintiéndome de los últimos diez años. —Le aparto las manos, aunque me cuesta—. Me dijiste que tenía que elegir mi camino y tenías razón, porque tú ya has elegido el tuyo.

—Eres tú —responde al instante.

—No, yo soy tu segunda opción. —Sonrío con tristeza.

—No lo eres, Aura. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero voy a intentar quererme más a mí.

Sus ojos felinos, esos que siempre brillan con picardía, parecen apagarse delante de mí. No es la imagen que quiero recordar de él, aunque es la que voy a llevarme. No hay final feliz, solo un final. Me trago el nudo de la garganta, cruzo el control de seguridad y me alejo.

No sé en qué momento me enamoré de Sergio, no esperaba que pasara tan rápido, y menos aún que la primera vez que se lo dijera, sería también la última.

Vamos por partes

Para cuando llegué al hospital ayer por la noche, al padre de Sol ya le habían practicado una angioplastia urgente. La intervención salió bien y, salvo complicaciones poco probables, parece que se recuperará sin secuelas. Tras pasar la noche en casa de mis padres, volví al hospital esta mañana a primera hora, en parte por mi deber de amiga y en parte porque no estoy dispuesta a compartir espacio con mi madre más tiempo del estrictamente necesario.

Durante todo el día, mi única misión ha consistido en intentar convencer a Sol para salir a tomar el aire, porque a pesar de que habla, asiente y es capaz de mantener el hilo de una conversación, sigue tan pálida como ayer. Su madre también ha insistido para que fuera a casa a descansar un rato y cambiarse de ropa, pero no ha habido manera. No es que no la comprenda. Si a mi padre le hubiera dado un infarto, harían falta tres celadores y una camisa de fuerza para alejarme de él.

Brina ha llegado directamente del trabajo a la hora de comer y entre las dos por fin hemos sido capaces de meterla a empujones en el ascensor y arrastrarla hasta la cafetería.

—Haz el favor de comértelo —le exige la morena, plantándole un bocadillo de tortilla en la cara y sentándose frente a ella—. No te puedes alimentar solo de café.

—Tengo el estómago cerrado. —Le aparta el plato con gesto de asco.

—Es normal que sigas preocupada y asustada, pero se supone que tu padre ya está fuera de peligro —le recuerdo.

—Ya lo sé, pero es que cada vez que lo veo conectado a ese monitor, tan débil, tan poco él… Estoy deseando que recupere las fuerzas aunque solo sea para recordarme lo decepcionante que soy como descendencia.

—¿Decepcionante, tú? —Brina arquea una ceja—. Eres la única de sus cinco hijos que no se ha despegado de su cama.

—Eso es verdad. Si solo hemos conseguido que salieras de la habitación cuando ha llegado tu hermana Sandra —añado.

—Porque si tengo que escucharla un minuto más quejarse del tráfico espantoso que ha tenido que soportar para llegar hasta aquí, la estrangulo con el cable del gotero —asegura—. En fin, ¿por qué no me contáis algo que me distraiga un rato? —Se apoya en el respaldo de la silla y se masajea el cuello con la mano—. ¿Alguna novedad?

Brina y yo abrimos la boca y la cerramos a la vez.

—Tú primero… —Me cede la palabra.

—No, da igual. ¿Qué ibas a decir tú?

—Nada, nada, empieza tú. —Le da un trago tan grande a su café con leche que estoy convencida de que se abrasa el esófago.

—No, tú, de verdad… —insisto.

—¿Así vais a distraerme? —Sol nos mira a las dos—. Pero ¿qué mierda os pasa?

—No voy a volver a la isla —declaro con un suspiro cansado.

—Andrés me ha dejado —espeta Brina al mismo tiempo.

—¡¿Qué?! —exclamamos las tres a la vez.

—¿Andrés te ha dejado? ¿Por qué? —pregunto.

—Porque soy asexual. ¿Qué te ha pasado a ti con Sergio?

—¡¿Que eres qué?! —grita Sol.

—Ha sido por su mujer, ¿a que sí? —adivina Brina, meneando la cabeza con desaprobación—. Si es que eso pintaba mal desde el principio…

—A ver, a ver, vamos por partes —pido, levantando las manos —. Brina, ¿acabas de decir que eres asexual?

—Sí.

—Pues vamos a empezar por ahí y por qué nosotras no lo sabíamos —replica Sol, indignada.

—Vale, pero si tú no comes, no os cuento nada —le amenaza.

La rubia coge el bocadillo de tortilla y le pega un buen mordisco.

—Habla —farfulla con la boca llena.

Brina toma aire y lo expulsa con lentitud.

—Entiendo que os parezca una locura total, pero no es algo que

acabe de descubrir. Creo que lo he sabido siempre, hasta cuando no era capaz de poner nombre a lo que sentía… O más bien a lo que no sentía. —Agacha la cabeza y comienza a toquetear su anillo de boda —. Se lo conté a Andrés y, como os podéis imaginar, no se lo tomó muy bien. Discutimos, se fue de casa y ahora ni me coge el teléfono… Supongo que hablaremos en algún momento, aunque no soy tan ingenua como para pensar que mi matrimonio tiene arreglo.

—Brina, no sé qué decir… —admito—. No puedo ni empezar a imaginar lo que has tenido que sufrir.

Sobre todo porque nunca se me ha pasado por la cabeza la remota posibilidad de que fuera asexual. ¿Debería haberme dado cuenta? Las amigas tienen que darse cuenta de esas cosas, ¿no?

—¿Por qué nunca nos has contado nada? —pregunta Sol, completamente desconcertada.

—Precisamente vosotras sois las últimas a las que se lo quería contar. Me hubierais entendido y apoyado desde el principio.

—Ya ves… Hay que ver qué hijas de puta estamos hechas —replica con ironía, cruzándose de brazos.

Yo me siento culpable; ella, traicionada.

—Es que no se trataba de vosotras, sino de mí. Me daba mucha vergüenza ser como soy, y tenía miedo. He estado asustada muchísimo tiempo y sabía que en el momento en el que os lo dijera, ya no podría seguir negándomelo. Sería real. Y no estaba preparada para que lo fuera.

—¿Y ya lo estás? —inquiero.

—Creo que sí… Aunque eso suponga perder por el camino a gente a la que quiero.

—¡Eh! A nosotras no nos vas a perder jamás. —Le cojo la mano y se la aprieto con cariño.

—Lo sé, sé que no voy a librarme de vosotras nunca. —Me sonríe con gratitud y, a continuación, mira a Sol.

—¿Y tú piensas estar cabreada conmigo mucho tiempo?

—Pues no, pero solo porque tengo un montón de preguntas que hacerte y porque acabas de convertirte en una persona muchísimo más interesante a mis ojos.

—Vale, pero tampoco empieces a agobiarme con el tema, que nos conocemos... No voy a convertirme en activista por los derechos de los asexuales.

—Uy, eso dices ahora, ya verás cuando estemos subidas a una carroza del Orgullo con los de Camela.

Las tres reímos imaginándonos ese momento y es una pequeña tregua para el ánimo de Brina, que decae con rapidez.

—Nunca he sido nada romántica, así que esto os va a parecer ridículo, pero ahora no dejo de pensar que no existe nadie para alguien como yo, que nunca tendré un gran amor.

—No es ridículo, es humano —apunto—. Todos necesitamos querer y que nos quieran, independientemente de nuestra orientación sexual.

—Y que seas asexual no significa que no puedas enamorarte. Hay muchas formas de querer, solo tienes que encontrar la tuya —añade Sol.

—Chicas, lo que yo quiero es ser madre —afirma con determinación—. Es lo único que he tenido claro toda mi vida. Y voy a serlo, aunque tenga que hacerlo sola. Quizá esa sea mi forma de querer.

—Y no vas a estar sola —le prometo—. Tus hijos van a tener tías supermolonas.

—¡Claro que sí! —coincide la rubia—. Nos dividiremos el trabajo. Aura se encarga de ayudarte a cambiar pañales y a mí puedes mandármelos cuando se vuelvan gilipollas, a eso de los trece.

Brina nos mira con un brillo sospechoso en los ojos.

—Os quiero mucho, petardas.

No sé si es el ambiente hospitalario o que las tres tenemos las emociones al aire, el caso es que terminamos pasándonos el servilletero para secarnos las lágrimas.

—Bueno, pues yo ya he expiado mis pecados, ahora te toca a ti —me advierte la morena.

Chasqueo la lengua. Preocuparme por Sol durante todo el día me ha ayudado a relegar a Sergio a un rincón de mi mente, a encerrarlo en una especie de desván oscuro y apartado.

—Lo mío es la historia más vieja del mundo. Le pedí que eligiera entre las dos y eligió.

—Me cuesta creerlo después de veros juntos —comenta Sol.

—Eso suena muy bonito, pero seamos realistas, ni siquiera soy competencia… Conozco a Sergio desde hace un mes y medio; ella es su mujer… Terminarán juntos más pronto que tarde.

—¿Cómo que «más pronto que tarde»? Has dicho que eligió —señala Brina—. ¿No te ha dejado por ella?

—Bueno, así tal cual, no…

—O sea, que lo que pasa de verdad es que has huido ante la posibilidad de que saliera mal. Vamos, que te has acojonado —deduce Sol.

—No, lo que pasa es que quiero ser la protagonista de mi historia. Lo que pasa es que me niego a ser el helado de pistacho.

—Nadie quiere ser el helado de pistacho, es asqueroso —tercia Brina—. Espera, ¿qué tiene qué ver el pistacho en todo esto?

—El pistacho es una metáfora… O algo así.

—Un momento —nos pide la rubia—. Si empezamos con metáforas, vamos a necesitar unos *gin-tonics*.

Se levanta y camina hacia la barra, aunque se queda congelada a medio camino. En la puerta de la cafetería está Teo, con un bolso de viaje colgado del hombro y la camisa remangada por los codos, mirándola como si el mundo acabara de ser arrasado y solo ellos dos quedaran en pie.

Sol va hacia él y, sin decir nada, le abraza, rompiendo a llorar. Teo lanza el bolso al suelo y la aprieta fuerte contra su pecho, demostrando que hay abrazos que dicen mucho más sobre el amor que mil besos.

41

SOL

Plastilina de todos los colores

Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas cuando salimos por la puerta del hospital, aunque no de una forma suave y adorable como ocurre en las películas, no. Soy un grifo asqueroso que expulsa agua y mocos, buena parte de los cuales se han quedado pegados en la camisa arrugada de Teo.

Nos sentamos en un banco horrendo de hormigón prefabricado que se encuentra cerca de la entrada. Teo me ofrece cobijo en su hombro y yo me acurruco mientras me recupero del empacho emocional. Cualquiera que me vea pensará que se me ha muerto toda la familia, los gatos y hasta las plantas.

—¡Eh! Todo va a estar bien. Aura me dijo que tu padre ya está fuera de peligro.

—Sí, parece que sí… —Aspiro el leve olor a colonia que todavía permanece en su cuello, y levanto la cabeza, sin ganas, para alejarme de su abrazo—. Gracias por venir.

—No me des las gracias, canija. —Me limpia los restos de mis últimas lágrimas con el pulgar—. A nosotros nos sobra la cortesía.

—Tienes ojeras y estás hecho un asco…

—¿Ves? —Levanta las cejas—. Eso ya suena más típico de ti… Y es lo que tienen diecisiete horas de vuelo y un compañero de asiento de seis meses.

—No me has dejado acabar… Estás hecho un asco, pero nunca te había visto tan guapo. Debe ser que te miro con otros ojos.

—O que al final me ves.

Puedo señalar sus lunares con los ojos cerrados y conozco las expresiones de su rostro mejor que las de mi propia piel. Aun así, es como si lo estuviera contemplando por primera vez.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunto, cambiando de tema.

—Las dos semanas que tenía planeadas.

—¿Fabiola no ha venido contigo?

—No, salí corriendo en cuanto Aura me avisó. Además, no me

parecía muy apropiado dada la situación.

—Ya… Siento haberos estropeado las vacaciones.

—No lo sientes, ¿a qué no? —me suelta con una media sonrisa.

—No, ni un poco. —Niego con la cabeza.

A él no puedo engañarlo.

—Por cierto… —Abre su bolso de viaje, saca un Toblerone gigante, mi chocolatina favorita, y me lo da—. Nunca comes cuando estás preocupada, así que al menos con esto no te bajará el azúcar.

—Te quiero.

—Pero solo porque te traigo chocolate.

—No, Teo, te quiero. Estoy enamorada de ti. Sé que no es buen momento para decírtelo, pero necesito que sepas que no eres un capricho y yo no soy una egoísta con miedo a perderte. Bueno, a veces igual sí que he sido un poco egoísta contigo, pero ahora no es…

Pierdo el hilo de lo que estoy diciendo cuando sus labios tocan los míos. Aunque es un beso suave y calmado, el corazón se me desboca. Lo del infarto no será hereditario, ¿no?

—Era por asegurarme —me susurra en cuanto se aparta.

—¿De qué?

—De que sigo enamorado de ti. Llevo estándolo tanto tiempo que ya no sabía si era por costumbre.

—¿Y?

—Sí, definitivamente sigo enamorado de ti.

—¿Y qué pasa con Fabiola? Creía que con ella…

—Yo también creía que con ella… Es inteligente, me atrae y tenemos muchas cosas en común. Y podría funcionar si no fuera porque cada vez que mantenemos una conversación, solo puedo pensar en lo que opinarías tú, en lo que dirías o en el típico chiste inoportuno que soltarías… Resulta que no hago más que compararla contigo. Tú eres parte de mí, Sol, y no puedo ni quiero sacarte para dejar sitio a otra.

Trago saliva y aprieto los dientes, no quiero volver a llorar.

—¿Desde cuándo?

—Pues… —Entorna los ojos, pensativo—. Creo que desde el día que comí plastilina de todos los colores porque tú querías saber si la

caca podía ser como el arcoíris.

Recuerdo ese momento con claridad. Recuerdo todos los momentos con él.

—Teo, teníamos ocho años.

—Ya sabes lo que dicen… La paciencia es la madre de la ciencia.

—Pero el que espera, desespera —respondo, siguiendo con nuestro juego.

—Más vale tarde que nunca, ¿no crees?

—Y nunca es tarde si la dicha es buena.

—Porque sarna con gusto no pica.

—Oye, ¿me acabas de llamar sarna?

—Vale, sí, tú ganas. Ni siquiera voy a molestarme en discutir.

—Y debería llevarme cincuenta puntos extra por haber sido insultada.

—No hay puntos extra, eso no está establecido en las reglas del juego.

—Pues cambiamos las reglas.

—De eso nada. —Niega con la cabeza—. Las reglas son las que son.

—Ya estamos… —me quejo, poniendo los ojos en blanco—. Tú siempre igual de cuadriculado.

—Y tú siempre igual de tramposa, aunque me importa una mierda porque me has dicho que estás enamorada de mí, y yo lo estoy de ti, así que voy a besarte.

Me río como una pánfila cuando lo hace. Nos besamos en ese banco incómodo con vistas al parking, con el ruido de fondo de una sirena de ambulancia. Es el mejor beso de mi vida y sería genial si fuera capaz de disfrutarlo. Mi cabeza no para de dar vueltas como una lavadora centrifugando.

—No es por fastidiar el momento, pero…

—Pero te da miedo que lo estropeemos. —Me adivina el pensamiento. O quizá es que está pensando lo mismo que yo.

—Sí.

—Yo diría que lo estamos mejorando.

—Ya me entiendes… Tú ordenas las camisas por colores y yo hoy llevo la parte de abajo de un bikini de limones porque me he quedado sin bragas limpias. —Le enseño la prueba de delito, estirando la tela por encima de los vaqueros como si fuera un tirachinas.

—Con eso solo consigues que me apetezca desnudarte. —Me dedica una mirada pervertida que me encanta, pero que me obligo a ignorar dada la importancia de la conversación.

—Teo, soy un desastre para las relaciones, tú lo sabes mejor que nadie. Deberías darme un cursillo de preparación o algo así.

—Nos conocemos desde que teníamos dientes de leche, creo que eso nos da algo de ventaja.

—No podemos estropearlo —insisto, aunque suena a súplica.

—Tienes razón —suspira—. Pero si lo estropeamos, encontraremos la manera de arreglarlo. Te lo prometo, canija.

Esa promesa es suficiente para relajar mi pulso. Le creo. Es mi mejor amigo, confío en él, en nosotros, y sé que sobreviviremos a todo, como siempre hemos hecho, incluso a nosotros mismos si fuera necesario.

42

SERGIO

Un gilipollas más libre

—Enzo, me voy ya, tengo que ir a buscar a Eva.

—Pues vale —murmura tras la barra y sin molestarse en mirarme.

—Vamos a firmar el divorcio —le recuerdo ante su cara de mala hostia.

—¿Cambia algo?

—Llevas años machacándome para que lo haga y ahora no te parece bien.

—Me parece cojonudo, pero ¿qué pasa después? ¿Se va a largar o vais a seguir jugando a las casitas?

—No lo hemos hablado —admito.

—¿Y todavía no entiendes por qué se fue Aura?

Hace ya veintitrés días que nos despedimos en el aeropuerto. O para ser más precisos, veintitrés días desde que me quedé mirándola con cara de imbécil mientras se alejaba de mí. Y entiendo sus razones para irse, las dejó muy claras. Lo que no acabo de comprender es por qué yo no fui capaz de hacer nada para impedirlo.

—No me apetece hablar de Aura.

—Vale, entonces vamos a hablar de tu mujer. ¿Sabes que intentó acostarse conmigo?

—Lo que haga Eva con su vida no es cosa mía.

—Cuando estabais juntos —me aclara—. Fue unos meses después de que abrieras el bar. Mientras tú estabas agobiado y no dormías pensando si ibas a poder sacarlo adelante, ella se entretenía pidiéndome follar. En vuestra cama, por cierto. La posibilidad de que la pillaras le ponía todavía más.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no me hubieras creído. Y de hacerlo, seguro que ella te habría convencido de que había sido al contrario.

Ahí se equivoca. La confianza nunca fue la base de mi relación con Eva. A ella le encantaba tontear abiertamente con toda la

población masculina de la isla, pero cuando se lo mencionaba teníamos broncas monumentales en las que nos arrojábamos tanta mierda el uno al otro que terminábamos olvidando por qué discutíamos en primer lugar. Después venía el sexo y vuelta a empezar.

—Eso ya da igual.

—No, no da igual, porque después de todo este tiempo sigues permitiendo que te pase por encima. Esa tía destroza todo a su paso y se ha llevado lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo. Lo peor es que ni siquiera ha tenido que esforzarse mucho —comenta con desdén.

—Intento arreglarlo, Enzo, dame un puto respiro, ¿vale?

—Si lo hiciera, no sería tu amigo.

Me voy con la excusa de que no quiero llegar tarde al juzgado. Es mejor que reconocer lo mucho que jode que me escupan las verdades a la cara.

Cuando llego a casa, aparco de mala manera la furgoneta en la puerta y toco el claxon unas cuantas veces para avisar a Eva de que salga. No lo hace. La llamo por teléfono y tampoco contesta. Cinco minutos más tarde entro en casa con un cabreo considerable. Su impuntualidad habitual hoy me toca especialmente los huevos.

—¡Eva! —la llamo con un bufido en cuanto llego al salón.

—Hola —me saluda sonriente, bajando las escaleras en bragas y sujetador.

—¿Por qué no estás lista? Llegamos tarde.

Su respuesta consiste en colgarse de mi cuello y besarme. Mi estúpido cerebro, tan acostumbrado a su boca, tarda unos segundos en reaccionar, algo que ella malinterpreta llevando su mano desde mi pecho hasta mi paquete.

—Para, ¿qué haces? —Me aparto.

—Hace tanto tiempo que ya no te acuerdas. Voy a tener que recordártelo —susurra con esa voz que siempre conseguía ponerme como una moto y que ahora me suena tan artificial como la de una actriz porno.

—En serio, ¿qué haces? Tenemos que ir al juzgado.

—Quiero estar contigo, Sergio, quiero que volvamos a intentarlo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque estábamos bien juntos y podemos volver a estarlo… —Gira la cabeza hacia la mesa y sobre ella veo una papelina de coca.

—Joder, pero ¿a ti qué cojones te pasa?

—Quiero lo que teníamos…

—Lo que teníamos era una relación enfermiza que no nos hacía bien a ninguno de los dos.

—Pero éramos felices. Por eso yo siempre termino volviendo aquí contigo, ¿no te das cuenta?

—Apareces por interés, Eva, normalmente cuando te aburres o cuando necesitas dinero… Después de un tiempo te vuelves a aburrir y te largas. Y lo peor es que yo te lo consiento una y otra vez.

—Porque me quieres.

—No, no te quiero, quiero a Aura —respondo con una claridad casi insultante.

—¿Entonces por qué soy yo la que está aquí y no ella?

—Porque soy imbécil y lo he hecho todo al revés, pero pienso arreglarlo. En cuanto firmemos el divorcio, te vas.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora? —gimotea.

—Eso es cosa tuya, aunque te voy a dar un consejo que igual te suena muy loco: búscate un trabajo.

—No, no puedes hacerme esto. Yo soy la mujer de tu vida.

—Deberías serlo de la tuya y hacerte cargo de ella. Ahora vístete de una vez y vámonos al juzgado.

—Espera… —Me agarra de la mano con fuerza y se la lleva a su pecho—. Podemos intentarlo, Sergio, una última vez, podemos volver a ser lo que éramos.

—Ya, pero es que eso es lo último que quiero, una relación como la que teníamos, en la que medía mi felicidad según tus días buenos, que no eran muchos. Yo quiero una compañera de vida, no ser el niñero de nadie, y quiero saber que si alguna vez me vengo abajo, tendré a alguien que me ayude a levantarme de la cama, no a colocarme.

—¡Eres un cabrón! ¡Y un egoísta! —Me da un empujón que me recuerda mucho a los viejos tiempos—. Fui yo la que evitó que te mataras de una sobredosis cuando tu madre murió. Fui yo la que te recogió inconsciente del suelo y la que soportó toda tu mierda mientras te desenganchabas.

—Sí, y a esa Eva le estaré siempre agradecido por lo que hizo, pero a la que ahora me ofrece coca porque cree que si sigo siendo un débil de mierda puede continuar aprovechándose de mí, con esa no quiero nada.

—¿Y crees que esa puta es mejor que yo? Si ha salido corriendo antes de ver lo patético que puedes llegar a ser.

Lo de darle una salida digna a esto no va a poder ser.

—Eva, no voy a seguirte el juego. Tengo más prisa que interés en esta discusión.

—Pues no pienso firmar los papeles del divorcio. Te jodes.

Sus ojos brillan con un odio que me advierte que en este momento haría cualquier cosa con tal de hacerme daño, aunque no ganara nada con ello. Y eso me da una idea. Voy a mi habitación, abro la caja fuerte y cojo el sobre con la recaudación del bar del último mes. Vuelvo al salón sin pensármelo dos veces.

—Si firmas ahora, te lo llevas. —Meneo el sobre lleno de billetes delante de su cara como un mafioso del tres al cuarto—. Si no, podemos meternos en un pleito que dure meses o años, pero te advierto que vas a necesitar un abogado y te va a costar un montón de pasta.

La verdad es que no tengo ni idea de lo que pasaría si vamos a juicio por las malas, sin embargo, conozco a Eva lo bastante como para saber que siempre escoge la salida más fácil.

***

El camino al juzgado lo hacemos en silencio; ella, seguramente pensando en qué va a gastarse mi dinero; yo, recordando el momento en el que por primera vez me di cuenta de que ya no estaba enamorado. Fue cenando en una terraza durante una noche de

noviembre, de esas en las que el bendito clima de la isla todavía te permite disfrutar al aire libre sin congelarte. Eva se frotaba los brazos sin parar porque la lana de su chaqueta rosa le picaba. Le pregunté que por qué la llevaba si le molestaba tanto y me miró como si fuera tonto del culo antes de responder simplemente que era preciosa. En ese momento me di cuenta de que a mí me pasaba eso mismo con ella. Eva era preciosa, pero yo ya no la soportaba en la piel. Y lo más lamentable de todo es que en aquel momento y ante esa revelación ni siquiera me planteé terminar con lo nuestro.

Al salir del juzgado me entra una especie de risa floja. Me ha costado una eternidad llegar hasta aquí y apenas hemos tardado quince minutos en poner fin a nuestro matrimonio. Eva me mira con cara de asco y la situación me parece todavía más cómica.

En cuanto regresamos a casa, le pido que recoja sus cosas. Yo debería volver al bar, pero prefiero esperar en el salón mientras hace la maleta. No es que, tenga interés en alargar la despedida, es que le gusta tener la última palabra y eso puede traducirse en destrozarme algún mueble o rayarme la furgoneta.

Mis ojos se posan en la papelina de coca que sigue en la mesa. La cojo por uno de sus extremos y la llevo a la cocina. El pulso se me acelera y mi sangre la reclama a gritos. La mano me tiembla cuando dejo caer el polvo blanco por el fregadero y abro el grifo para que el agua lo diluya. Adiós a la euforia y al subidón.

Una hora más tarde mi exmujer baja las escaleras con su maleta, clavando sus tacones con tan mala leche que podría agujerar el mármol. Me mira desafiante.

—Me gustabas más cuando te colocabas.

—Tú también me gustabas más cuando estaba colocado. Que seas feliz, Eva.

—Eres un hijo de puta —escupe y se va, pegando un portazo que hace resonar las ventanas.

No soy un hijo de puta, soy un gilipollas. Eso sí, pero un gilipollas más libre que ayer.

Cohetes amarillos

Todo es cuestión de adaptación, como me dijo Sol. Según ella, tengo que adaptarme a las inclemencias, como los cactus en el desierto. Aunque yo, en lugar de espinas para sobrevivir, solo dispongo de una cuenta corriente que mengua cada día. Eso explica que me encuentre un sábado por la tarde en plena lucha armada contra una estantería que en otro tiempo ni me hubiera planteado montar con mis manos. Hubiera pagado a un profesional para que lo hiciera y listo.

Observo las piezas del futuro mueble en cuestión desperdigadas por el suelo del salón y me entran ganas de pegarme en la cabeza con una balda de madera. Ya puedo leer las instrucciones en español, en chino o de derecha a izquierda, que no sirve de nada.

Resoplo ante mi inutilidad. Debería haber aceptado la ayuda desinteresada que me ofreció mi padre, pero no, me puse toda digna, levantando el puño a lo Escarlata O'Hara en modo «a Dios pongo por testigo de que yo montaré mis propios muebles», cuando lo que de verdad necesito es un alma caritativa que me enseñe cómo utilizar una llave Allen.

Todavía sigo asimilando el giro que he dado a mi vida en menos de tres meses. He dejado mi trabajo, mi casa, a mi prometido, me he enamorado y me han roto el corazón. O quizá me lo he roto yo misma, no sé, aunque esto último lo llevo por dentro.

Mucho más evidentes, para disgusto de mi madre, son las consecuencias económicas de mis actos. Por ejemplo, mudarme a un estudio a once paradas en metro del centro. Es lo máximo que puedo permitirme después de gastarme parte de mis ahorros en el máster de diseño e ilustración. Tras elaborar un detallado plan de gastos anual en Excel y darme un baño de realidad visitando todo tipo de cuchitriles infectos por Madrid, encontré este piso de treinta y ocho metros cuadrados que al menos cumple las condiciones mínimas de habitabilidad.

La parte positiva de vivir en una caja de zapatos es que es

rápida de limpiar; la negativa, es que a pesar del reducido espacio, no termino de acostumbrarme a la soledad. De casa de mis padres me mudé directamente con Óscar, así que esta es la primera vez que vivo por mi cuenta. Y para amortiguar el silencio pongo música. A veces —muchas veces en realidad— caigo en la tentación y escucho las canciones de Sergio. Su voz es como quitar los puntos a una herida y dejarla sangrar, pero me recuerda que existió, que fue real, que fue importante.

Suena el telefonillo y corro hasta él con la esperanza de que sea Brina acudiendo a mi rescate. Sol se libra de echarme una mano porque está ocupada recuperando unos quince años de sexo perdido con Teo, pero ella no tiene excusa. No obstante, no es mi amiga la que llama, sino un repartidor.

Cuando llega a la puerta, casi sin aliento, me entrega un paquete y de paso me mira con mala leche. Yo le sonrío con cara de disculpa, aunque no debería. Ni que a mí me gustara vivir en un quinto sin ascensor. Si solo con subir la compra del supermercado ya hago el ejercicio de cardio necesario para toda la semana. Claro que tampoco me viene mal ahora que he tenido que desapuntarme del gimnasio.

Vuelvo al salón y me siento en el suelo. Lo haría en el sofá, si me hubiera atrevido a montarlo. Abro el paquete con rapidez y saco una caja de madera clara cuya tapa está cubierta por un sobre blanco pegado con celo que dice: «Léeme, por favor». Dentro hay un folio doblado a la mitad y escrito a mano. No está firmado, no reconozco la letra y ni me hace falta. Mis latidos se impacientan porque sé a quién pertenece desde la primera línea:

«Me da un poco de vergüenza confesar que cuando cantaba, las fans solían enviarme un montón de cartas de amor, porque yo nunca les di ningún valor. «¿Cómo coño van a estar enamoradas de mí?» pensaba, «si ni siquiera me conocen». Y aquí estoy ahora, escribiéndote una carta mientras me sudan las manos como a un adolescente, temiendo que quizá tú pienses lo mismo de mí. Porque tenías mucha razón, a nuestra historia le ha faltado tiempo, aunque eso no significa que no podamos tenerlo. De ahí que en tus manos tengas la cápsula del tiempo de Aura y Sergio. Y si la abres, podré contarte las cosas que aún nos quedan por hacer».

Me cuesta soltar el cierre metálico porque los nervios vuelven torpes mis dedos. Abro la tapa con mucho cuidado, como si con ese simple gesto fuera a desatar la caja de Pandora. Esta no contiene los males del mundo, pero estoy segura de que va a golpearme con fuerza. Dentro hay varios objetos cuyo significado Sergio me va explicando en la carta:

«Un marco de fotos vacío… Está reservado para nuestra primera foto juntos».

«Un mapa del mundo… En él he marcado todos los lugares a los que quiero viajar contigo… Florencia, Japón, Nueva Zelanda, Costa Rica, Sudáfrica… Y espero que tú hagas lo mismo».

«Un cuaderno de dibujo… Porque quiero un dibujo de regalo por cada uno de mis cumpleaños».

«Una botella de cristal llena de arena… No puedo llevarte el mar hasta ahí, pero simboliza todos los paseos por la playa que vamos a dar juntos».

«Un USB con canciones… Me apetece escuchar música contigo, tal vez hasta cantarte. Y hacía mucho tiempo que no me apetecía cantar».

«Un ejemplar gastado de *Las flores del mal*… Quiero leer mis poemas favoritos contigo a mi lado tumbada en la cama».

«Una foto de Y el mar… El nombre es provisional, así que espero que me ayudes a ponerle uno nuevo».

Sujeto la foto entre mis manos y observo el cartel del bar. El nombre de Eva ha desaparecido. Es su forma de decirme que ella ya no está, que al final cumplió lo que me prometió.

«Aura, se me ocurren muchas más cosas que meter en esta caja, pero prefiero contártelas mientras te miro a los ojos. Si quieres escucharlas, te estaré esperando en la cafetería que está debajo de tu casa.

Vuelve conmigo, doña perfecta. Ya sé que tu felicidad no depende de mí, pero eso no significa que no puedas conseguirla a mi lado. No eres mi segunda opción, eres la única.

P.D. Como no tengo ni un gramo de escritor, he tenido que robarle una última frase a Jack Kerouac:

La única gente que me interesa es la que está loca, la gente que está loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde como fabulosos cohetes amarillos explotando igual que arañas entre las estrellas».

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que una lágrima aterriza sobre la tinta negra del papel. Está aquí, él está aquí, y yo quiero… Quiero… Quiero matarlo.

Doblo la carta, la meto en la caja y la cierro con un golpe seco. A continuación, mi mano asume el control y busca el móvil.

—Que sí, pesada, que ya voy para tu casa —dice Brina en cuanto coge el teléfono—. Ah, y llevo provisiones: una caña de lomo, una botella de Albariño y una llave inglesa. Creo que con eso nos apañaremos.

—Sergio está aquí.

Le resumo atropelladamente lo que acaba de pasar y cuando termino, espero el sermón estándar de mi amiga, uno en contra del romanticismo y que apele a la razón y al buen juicio. Sin embargo, se limita a responder:

—Entonces ya no hace falta que vaya, ¿no?

—Espera… ¿No vas a intentar convencerme de que debería olvidarme de esta historia de una vez?

—¿Para eso me llamas? ¿Para que te convenza de que no debes estar con él?

—Pues sí —admito.

—¿De dónde crees que ha sacado tu dirección?

—¿Cómo? —pregunto, confundida— ¿Se la has dado tú? No me lo creo. ¿Has hablado con él?

—No, con Enzo.

—¿Por qué?

—Porque he decidido utilizar mis poderes para el bien. Eso sí, si te vuelve a hacer daño, lo destruiré.

—Brina, no lo entiendo, tú no crees que vaya a salir bien.

—Aura, yo llevo fingiendo los orgasmos más de diez años. ¿Quién soy para decidir lo que va a salir bien o va a salir mal? Además, no tengo una bola de cristal, no puedo adivinar el futuro... Lo que sí veo es que el brillo que tenías en los ojos cuando estabas con Sergio se ha ido apagando poco a poco, así que haz lo que te dé la gana, lo que sientas, aunque no lo entiendas ni tú, aunque te dé

miedo. Todo lo demás vendrá solo, te guste o no.

—¿Sabes esas pelis en las que los dos protagonistas se intercambian los cuerpos? Es como si tú te hubieras metido en el de Sol.

—Negaré haber dicho esto aunque me apunten con una pistola, pero creo que ella sabe más de la vida que tú y yo juntas. Y eso que combina rayas con cuadros…

Tras colgar el teléfono, me levanto del suelo con la intención de ir a buscar a Sergio, pero al moverme tropiezo con un tablón de madera. La estantería sigue ahí, esperando por mí y solo por mí. Y la observo con otros ojos. Con los de alguien que también se encuentra a medio construir.

Cojo el manual de instrucciones y empiezo a leerlo, esta vez más despacio, con más paciencia, paso a paso. Y es así como las piezas comienzan a encajar una por una. No es que me convierta en una manitas por inspiración divina, tardo horas en conseguir montar el puñetero mueble, pero cuando por fin lo consigo, me invade el orgullo; quizá un orgullo desmedido para una hazaña doméstica, aunque es una sensación que hace mucho que no experimentaba.

La luz de la farola que se cuela por la ventana me avisa de que ya es de noche. Me pongo una vieja sudadera gris y cojo las llaves de casa. No me miro al espejo antes de bajar las escaleras. Salgo del portal y unas gotas de agua caen sobre mi cabeza. Ha empezado a llover y la calle huele a mojado. No me gusta la lluvia, pero siempre me ha encantado su olor.

Entro en la cafetería donde me espera Sergio. Está sentado en la mesa del fondo, vestido con una sudadera de piñas con gafas de sol que no pasa desapercibida y con la mirada clavada en la taza de café que sostiene entre las manos. Camino despacio a pesar de que mis latidos se vuelven violentos. Me paro al llegar al borde de su mesa y él alza la mirada. Sus ojos de gato se abren con sorpresa. Supongo que ya no me esperaba. Una sonrisa comienza a dibujar su cara.

—No puedes hacerme esto —protesto, aniquilando esa sonrisa en el acto.

—¿Quieres sentarte y hablamos?

—No, no quiero, porque no puedes hacerme esto. No puedes aparecer con una caja, promesas bonitas y pedirme que lo deje todo, que ponga mi mundo patas arriba por segunda vez por ti. Yo… tengo muebles que montar, ¿sabes? Y no es justo para mí.

—¿Me quieres?

—Sergio…

—¿Me quieres? —insiste.

—Eso no es lo importante.

—Para mí sí, para mí lo es todo.

—Sí, te quiero.

—Entonces pídemelo tú.

—¿El qué?

—Que me quede yo.

—¿Qué? No, no lo dices en serio.

Se levanta y se acerca. Mi piel, traicionera como siempre cuando se trata de él, se estremece.

—Pídemelo y lo comprobamos.

—No puedo, tampoco sería justo para ti. Tienes el bar, a tus amigos, tu vida está en la isla…

—Pero no te tengo a ti.

—Sergio, es la peor idea del mundo —digo con la boca cada vez más pequeña.

—No, es una locura, y yo quiero volverme loco contigo. Todos los días a poder ser. ¿Qué me dices? ¿Ardemos como los cohetes amarillos?

Tengo un arsenal de argumentos en contra, sé que los tengo, no obstante, a mi cabeza solo acuden los atardeceres frente al mar, el acantilado desde el que volamos, la lluvia de estrellas que me despertó las ganas de dibujar otra vez, las camisas horrendas que tanto echo de menos y esos ojos que me miran como si todo fuera posible. Y quizá lo sea.

—Quédate.

Nuestra Isla

Luna de miel

La vida está llena de pretéritos pluscuamperfectos. De múltiples «y si hubiera...» que se quedaron en el limbo. «Y si hubiera hecho ese viaje yo sola», «y si me hubiera atrevido a dejar ese trabajo», «y si hubiera besado a ese chico», «y si hubiera dicho no», «y si hubiera dicho sí»... Posibilidades infinitas de infinitas vidas que nunca llegarán a existir, pero que nos llevan irremediablemente a preguntarnos qué habría pasado de haber elegido otra opción, de haber hecho algo o dejado de hacerlo.

Si hubiera vuelto a casa después de mi despedida de soltera, si me hubiera alejado de Sergio, si hubiera silenciado esa voz que me susurró que no era feliz, mi camino sería otro; yo sería otra. Tal día como hoy, un viernes a las siete de la tarde, seguiría en la oficina, haciendo un trabajo que no me gusta, hastiada pero resignada; llegaría a casa a eso de las ocho y cenaría con Óscar lo mismo de siempre en nuestro restaurante favorito. Y sería nuestro favorito porque nunca nos planteábamos probar algo nuevo.

Observo a Sergio deslizar los dedos índice y corazón entre los vinilos dispuestos en fila de la tienda de discos en la que hemos entrado por casualidad. Hace un par de horas cogimos el metro hasta el centro, bajamos en el barrio de Malasaña y decidimos caminar entre sus callejuelas estrechas sin un rumbo concreto. Lleva perdido en su mundo veinte minutos y yo finjo curiosear por la tienda mientras mis ojos lo buscan a él. Sigo intentando disimular que no me quedo medio alelada al mirarlo. Qué guapo es el mamón. Hasta su puñetera gestualidad, pausada, casi indolente, me vuelve loca.

Hoy lleva unos vaqueros desgastados y una sencilla sudadera negra con una capucha que cubre esa melena oscura y asilvestrada en la que me encanta enterrar los dedos. Es una de las pocas prendas discretas de su armario. Del nuestro, mejor dicho, porque ahora lo compartimos. La contrarresta con una cazadora de cuero roja y ese aire de estrella de rock de vuelta de todo. Llamaría la atención hasta

en una habitación a oscuras. Para empezar, la de la dependienta de pelo rosa cuyos brazos cubiertos de tatuajes parecen mapas de carretera. En cuanto hemos entrado en la tienda, le ha pegado un repaso más exhaustivo que un técnico de la ITV. A continuación, me ha mirado a mí de arriba abajo también, desde mi jersey de cuello alto hasta mis mocasines de charol, y ha arrugado la nariz como si la combinación no le cuadrara.

Sergio me pilla comiéndomelo con los ojos y me pide cinco minutos más juntando las palmas de las manos. Asiento con una sonrisa. Disfruto viéndolo entornar esos ojos felinos en busca de algún tesoro musical. Y más aún contemplar su cara de ilusión hace cinco minutos al descubrir una edición original remasterizada de un vinilo de Led Zeppelin. Cuando lo veo así, casi olvido mi mayor miedo: que se arrepienta de haber vuelto a Madrid. De una ciudad que lo ahogaba, palabras textuales. Me lo confesó él mismo en un amanecer frente al mar y yo finjo no recordarlo, porque hemos sido tanto en tan poco tiempo que no quiero imaginármelo saliendo de mi vida.

Solo ha pasado un mes desde que pronuncie ese «quédate», desde el momento en que decidimos no ser uno de esos pretéritos pluscuamperfectos y nos convertimos en presente. Un presente en el que salimos por la ciudad y nos besamos por las esquinas como dos adolescentes. Con Sergio estoy aprendiendo que no hace falta llenar cada minuto del día haciendo algo útil, que no pasa nada por remolonear en la cama hasta la una de la tarde un domingo, que el pudor no cabe entre las sábanas y que el sexo puede ser romántico y un poco sucio a la vez. Y los recién descubiertos placeres del *dolce far niente,* o lo que viene siendo vaguear, compensan cosas como que no se le pueda dirigir la palabra hasta que se toma no el primero, sino el segundo café de la mañana, que deje suficientes pelos en la ducha como para hacerme una peluca de carnaval a la semana o que su eterno despiste le haga perder tres juegos de llaves en apenas un mes.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que es él quien me avisa de que mi móvil está sonando. Lo saco del bolso sin mucha prisa pensando que será Brina, llamándome para quejarse de su futuro

exmarido, o quizá Sol desde Dubái. Sin embargo, no conozco el número.

—¿Sí?

—¿Aura Márquez?

—Sí, soy yo.

—Hola, Aura, soy Carolina. Le llamo de Recursos Humanos de Cool and the Brand para informarle de que ha pasado el proceso de selección de la agencia para el puesto de becaria.

—¿Yo? ¿En serio? —pronuncio tan atónita que Sergio levanta la vista de los discos y me mira intrigado.

—Sí, claro —responde ella contrariada ante mi duda—. Estoy llamando al número correcto, ¿verdad?

—Sí, sí, sí. —Me apresuro a decir.

—¿Cree que podría incorporarse el lunes?

Eso es en tres días. Dos y medio en realidad. ¿Está loca? No, no estoy preparada para incorporarme. Ni de broma. ¡Joder, me va a dar algo!

—Por supuesto, el lunes sin problema.

—Genial, en ese caso le esperamos a las nueve. Pregunte por Hans cuando llegue. Estará a su cargo.

—Vale, perfecto, gracias.

—Adiós, Aura.

—Adiós. —Cuelgo y me acerco corriendo a mi chico—. ¡Sergio! ¡Sergio! Sergio! —Lo agarro con fuerza del brazo—. Eran los de la agencia de publicidad en la que hice la entrevista la semana pasada. El lunes empiezo las prácticas como becaria de diseño.

—¡Sabía que te cogerían! —Me abraza con tanta efusividad que hasta me levanta unos segundos en el aire. Su sonrisa radiante se desvanece en cuanto mis pies tocan el suelo de nuevo—. ¿Por qué tienes esa cara de pánico?

—Porque hice la entrevista pensando que no tenía ninguna posibilidad.

—Pues está claro que algo han visto en ti.

—No sé el qué. Mi porfolio es un chiste y no sé ni utilizar Photoshop decentemente. Además, es una beca de seis meses y ya he

consumido la mitad de mi excedencia en el trabajo. Ni siquiera sé si podré terminarla —razono a pesar de que el aliento me empieza a faltar.

—Eh, eh, no te adelantes a los acontecimientos. —Coloca las manos en mis hombros—. Sabes que es una buena noticia, ¿verdad?

—Sí.

—Y que ahora mismo deberías estar tan orgullosa de ti misma como lo estoy yo.

—Sí.

—Y que deberías bailar loca de contenta en vez de poner cara de entierro.

Respiro hondo y suelto el aire hasta deshincharme como un globo.

—Sí, vale...

Aparta las manos de mí y vuelve a su montón de discos para coger uno cuya portada destaca por su color rojo sangre y está adornada con un corazón azul en el centro. Se acerca al tocadiscos que descansa en una esquina y saca el vinilo de su carátula. Lo posa sobre el plato con delicadeza, coloca la aguja, pulsa el botón y la música comienza a sonar. Hasta yo conozco esa canción. Es *Friday I'm in love*, de The Cure.

—¿Qué haces? —le pregunto cuando vuelve y me tiende la mano.

—¿Tú qué crees?

—No, no pienso bailar aquí.

—Venga, doña perfecta, vamos a hacer el tonto un rato. —Se acerca más y me agarra de la cintura.

—La última vez que pronunciaste esa frase acabé saltando de un acantilado.

—Esto no es nada en comparación.

—Que no, Sergio, que me muero de vergüenza.

—¿Lo que hicimos esta mañana en el probador de Massimo Dutti no te da vergüenza y bailar sí? ¿En serio?

—¡Shhhh! —susurro y le tapo la boca con la mano. Él me pega un lengüetazo en la palma.

—¡Serás guarro!

—Y por eso te gusto tanto. —Me mira como si fuera comestible y me coge de las manos.

Empezamos a bailar por el pasillo como dos patos sin ningún tipo de coordinación. Me hace dar vueltas muy rápido y no puedo protestar porque me entra la risa. Un par de adolescentes nos miran y enseguida nos ignoran para seguir a lo suyo. En cambio, la dependienta no nos quita ojo y por su expresión deduzco que está deseando lanzarnos el datáfono. Pero me da igual porque, como dice la canción, es viernes y estoy enamorada.

Salimos de la tienda diez minutos más tarde con la melodía aún silbando en los labios y un lote de discos considerable. El viento helado de noviembre nos atiza en las mejillas y Sergio lo verbaliza poéticamente con un «hace un frío de cojones». Me da la mano en un gesto automático. Siempre busca el contacto físico y a mí me encanta el contraste de su piel cálida con la mía, casi siempre fría.

Entramos en una cafetería a merendar y celebrar mis buenas noticias. Nos sentamos en el pequeño patio del fondo, adornado con enredaderas que cubren las paredes de ladrillo y velas que titilan en mesas blancas de metal. Como él no puede beber alcohol, brindamos con batidos de plátano y compartimos una tarta de queso y una crepe rellena de chocolate.

—A lo mejor debería comprarme algo de ropa —comento—. En esa agencia tienen pinta de ser muy modernos y yo parezco recién salida del convento de las Carmelitas Descalzas.

—A mí no me pareces una monja. En tal caso una monja a la que le haría de todo. —Me besa el cuello y me da un mordisco suave, lo que normalmente me hace olvidar hasta mi nombre.

—Bah, da igual, no puedo permitirme comprar nada. Cada día soy más pobre y solo voy a cobrar 300 euros por la beca.

Suspira ante mi repentina falta de reacción a sus besos y se recuesta en la silla.

—Aura, no tienes que cambiar tu forma de vestir por nada ni por nadie.

—Tú encajarías mejor que yo. Seguro que puedes prestarme

algo… El jersey de los flamencos enrollándose —sugiero en broma mientras chupo los últimos restos de chocolate de mi cuchara.

—Nah, los flamencos ya no se llevan tanto.

—¿Ves? Si es que no tengo ni idea de cómo ser una hípster.

—¿De verdad te preocupa tanto la ropa?

—Me preocupa fracasar —admito con una mueca.

—Te has dedicado durante años a gestionar crisis, a arreglar lo que otros estropean y a salvar empresas. No es un trabajo fácil y eres muy buena haciéndolo. ¿Por qué va a ser esto distinto?

Porque todos los días lucho contra el síndrome de la impostora y cuando logro algo, me convenzo a mí misma de que se lo debo a la suerte y no al mérito propio.

—Mi trabajo era muy metódico y esto es completamente distinto. Me da miedo no ser lo bastante creativa o no tener suficiente talento.

—Tienes mucho talento. He visto tus dibujos.

—Tú me quieres, no cuentas. No eres para nada objetivo.

—Tú tampoco eres objetiva. Y alguien debe creer en ti para compensar un poco lo injusta que eres contigo misma. —Agacho la cabeza ante esa verdad incontestable y él me levanta la barbilla para mirarme a los ojos—. Tienes talento y te sobra voluntad, pero da igual lo que yo te diga porque no puedes verte con mis ojos. La única forma de convencerte de lo mucho que vales es intentándolo.

La pantalla de mi móvil se enciende sobre la mesa. Arrugo la nariz al ver la notificación de WhatsApp.

—Es mi madre… —Cojo el teléfono y lo sostengo en la mano. Dudo si leer lo que quiere decirme. Históricamente sus mensajes no son nada agradables. Pero una llamada sería aún peor, así que me arriesgo.

—¿Pasa algo?

—Quiere que comamos el domingo. Tú incluido.

—Podemos ir.

—Ni de broma. Me pone histérica y bastante tensa voy a estar ya pensando en el lunes.

Respondo al momento y me invento unos planes inamovibles

con unos amigos imaginarios.

—Vale, como quieras, a mí me da igual. —Se encoge de hombros—. Pero algún día tendremos que conocernos. Así por lo menos dejará de llamarme «ese chico».

Probablemente terminará llamándolo algo mucho peor. Mi madre culpa a Sergio de mi ruptura con Óscar, por quien sentía auténtica adoración. Y tiene su lógica, porque mi ex con tal de no discutir con ella, siempre le daba la razón. Dudo que Sergio vaya a hacer lo mismo y solo pensar en reunirlos en la misma habitación es como visualizar el choque de dos trenes. O peor: dos planetas colisionando y destruyendo el universo. Mi universo.

—Yo todavía no conozco a tu padre —contraataco.

—Él tampoco tiene mucho interés en mí —asegura serio.

Desde que vivimos juntos, solo han hablado una vez. La conversación duró un par de minutos y aun así tuvieron tiempo de sobra para llenarla con silencios incómodos. Con Sergio se puede hablar de todo, salvo con una excepción: su padre. Cuando se trata de él, ni siquiera se le puede preguntar; se cierra en banda y se pone de mal humor. Yo no insisto porque, aparte de ser la menos indicada para dar consejos sobre cómo lidiar con progenitores, no me gusta discutir. Prefiero que esta luna de miel dure un poco más.

—Voy a pedir la cuenta, nos vamos a casa —le digo.

—¿Tan pronto? —Frunce el ceño—. ¿No quieres seguir celebrándolo?

—Sí, en la cama, contigo encima de mí. —Me muerdo el labio en un intento por parecer sexi. Eso siempre funciona en las películas. Soy nueva en lo de decir guarradas.

—Pagamos en la barra. —Me agarra de la mano, tira de mí y nos levantamos como si hubiera un incendio.

Pues ni tan mal.

El primer día

Teo:
Aura, mucha suerte hoy.

Sol:
No la necesita. Lo va a petar.

Brina:
Lo vas a hacer genial. Avísame si quieres ir a tomar una copa para celebrar tu primer día.

Sol:
¿Brina? ¿Tú vas a ir de copas un lunes?

Brina:
Pues sí, ¿qué problema hay?

Sol:
Vaya con la alegre divorciada. Has esperado a que me fuera para empezar a hacer cosas divertidas, ¿verdad, gochona?

Brina:
No sé de qué te quejas tú… No todos podemos permitirnos el lujo de largarnos a Dubái de vacaciones en mitad de noviembre.

Sol:
No estoy de vacaciones. Estoy ayudando a Teo a organizar la mudanza. Además, ¿quién dice que me lo puedo permitir? Cuando volvamos a Madrid, voy a alimentarme de latas de atún tres meses. Menos mal que el sexo merece la pena…

Teo:
¡¡SOL!!

Sol:
¡¿QUÉ?!

Teo:
¡¡QUE TE VEO VENIR!! No hables de sexo en un grupo en el que también estoy yo.

Sol:
Me parece que te equivocas de ventanilla. Yo siempre he hablado de sexo sin tapujos.

Teo:
Ya, pero es que ahora te acuestas conmigo.

Sol:
Sigo sin ver el problema. Además, deberías sentirte halagado. Eres un follador profesional.

Teo:
Eso es un prostituto…

Sol:
Pues un follador de campeonato. ¿Te parece mejor? Y eso que no lo aparentas.

Teo:
¿Cómo que no lo aparento? ¿Por qué no?

Sol:
Teófilo, un tío que almidona las camisas mucha pinta de semental no tiene, las cosas como son.

Teo:
Esta mañana no te has quejado precisamente, que han escuchado tus gritos hasta en el desierto.

Sol:
Anda, ahora si quieres hablar de sexo, ¿verdad? Pues es innecesario que te veas en la obligación de validar tu hombría. No me estoy quejando. Es más, me gustaría mostrar mi más sincero agradecimiento a la que te enseñó el noble arte del cunnilingus.

Brina:
¿Podéis continuar la conversación en privado? No nos interesan vuestros detalles sexuales.

Sol:
Hija, qué sosa eres, así no vas a echar un polvo en la vida… Uy, ¿demasiado pronto para hacer chistes?

Brina:
Payasa.

Sol:
Rancia.

Brina:
Que te den.

Sol:
¡Eso espero! En cuanto Teo vuelva del trabajo.

Aunque hace rato que he perdido el protagonismo para mis amigos, escribo un escueto: «Gracias, chicos. Luego os cuento» en nuestro chat de grupo y guardo el móvil en el bolso. Por lo menos me han entretenido la espera. Llevo 20 minutos dando vueltas alrededor de mi nuevo lugar de trabajo porque no quiero arriesgarme a llegar tarde el primer día. Me entran sofocos de pensarlo y no tengo intención de aparecer con dos manchas de sudor tamaño magdalenas en las axilas.

A las nueve menos dos minutos llamo al timbre de una puerta de garaje pintada de negro. Si no hubiera estado aquí hace unas semanas para hacer la entrevista pertinente, pensaría que Cool and the Brand es la tapadera de un laboratorio de metanfetaminas en lugar de una agencia de publicidad que trabaja con grandes empresas y editoriales de renombre. La puerta se abre y una chica bajita con media melena teñida de color azul eléctrico me saluda y me invita a pasar. La recuerdo. Es la recepcionista.

—Buenos días, soy Aura Márquez y empiezo hoy como becaria de diseño —digo con mi mejor sonrisa. Las recepcionistas no suelen recibirlas y cuesta muy poco ser agradable—. Me dijeron que

preguntara por Hans.

—Bienvenida, Aura, yo soy Ángela. —Se presenta con una voz de lo más dulce y me devuelve la sonrisa—. Ven conmigo.

Me entrega una caja cuadrada de cartón a modo de kit de bienvenida y me pide que la acompañe por la espaciosa planta baja de las dos con las que cuenta la empresa. Se nota que el dinero no invertido en la entrada lo han gastado en el mobiliario, en imponentes columnas de mármol, sofás de estilo *vintage*, sillas verde kiwi de diseño y mesas de madera de roble que calculo costarán más de 500 euros por pieza. Las paredes blancas rompen su sencillez con frases icónicas de Steve Jobs como «Muchas veces la gente no sabe lo que quiere hasta que se lo enseñas» o «No he fracasado, he encontrado diez mil formas que no funcionan», de Thomas Edison.

Camino detrás de Ángela y mis botines de tacón fino crujen sobre el parqué arrastrando las miradas de los que ya están tecleando en sus enormes pantallas Mac. Nota mental: ponerme unas Converse. Mejor dicho, comprarme unas Converse. ¿Las habrá baratas en Wallapop? Giramos a la izquierda y por muy poco no me estampo contra un futbolín. Espera, ¿tienen un futbolín? ¿Y una mesa de pimpón también? Yo pensaba que esas cosas eran una leyenda urbana. O que, como mucho, solo servían para perder el tiempo en *startups* con más postureo que ideas rentables, pero ¿qué sabré yo? Soy una becaria de 30 años por elección propia.

—Esta es la mesa de Hans —me informa Ángela cuando llegamos al fondo de la planta—. Puedes esperarlo ahí, debe estar al llegar. —Me señala el sofá de dos plazas en color crema pegado a la pared.

Le doy las gracias y paso por delante de la mesa del tal Hans, quien imagino será mi jefe los próximos seis meses. Viendo el caos de revistas, papeles y lápices desperdigados está claro que no le va mucho el orden. Antes de sentarme en el sofá, leo en la pared «La creatividad es inteligencia divirtiéndose» – Albert Einstein. Sonrío y con disimulo le hago una foto a la frase para enviársela a Sergio. Esta mañana antes de irme me ha dado un beso, un azote en el culo y me ha dicho: «Diviértete. Si no, no tiene sentido».

Poco a poco, la oficina empieza a animarse con el bullicio de las conversaciones y las reuniones alrededor de pizarras blancas llenas de pósits de colores. A las diez menos veinte ya no queda un sitio vacío en la planta a excepción de la silla de Hans. Por matar el tiempo y no quedarme parada con cara de boba, abro el kit de bienvenida que me ha entregado Ángela al llegar. La cajita es de color verde, el color corporativo de la empresa, y está hecha de material reciclado. Lo especifica en letras bien grandes para dejar patente su compromiso con la responsabilidad ambiental. En el interior de la caja encuentro una agenda, bolígrafos, rotuladores de colores, un *pendrive*, una taza con mi nombre y una carta de bienvenida firmada por todo el equipo. Es un bonito detalle. No estoy acostumbrada. En la empresa para la que he trabajado una media de trece horas diarias durante los últimos siete años nos racionan hasta las pilas del ratón.

—¡*Morning, my darlings*! —exclama una voz cantarina sin rastro de acento inglés.

—Hans, llegas tarde —señala lo evidente su compañero de mesa más cercano, cuyo rasgo más llamativo es un bigote al estilo Dalí.

—Mejor llegar tarde que llegar fea.

En mi imaginación estereotipada, Hans era un sueco de metro noventa, con camisa de cuadros, un moño alto, barba tupida y pinta de vikingo. El real mide apenas metro sesenta, lleva un kimono de seda de color naranja y flores verdes, calcetines blancos, mocasines y una bandolera de Louis Vuitton. Su pelo ondulado es demasiado rubio para que ese sea su color natural y usa gafas cuadradas extragrandes que le comen media cara.

—Pero si vas en pijama —replica el del bigote con tono burlón.

—Esto es lo que se lleva en Seúl. Tú no lo sabes porque lo más lejos que has viajado es Torremolinos.

Dejo de observar a esa especie de ser etéreo y edad indeterminada que es Hans para echar un vistazo a mi ropa. De repente, mi blusa rosa palo y mis vaqueros negros —conjunto que tardé tres horas y media en elegir— me parecen anodinos.

—Uy, ¿y tú quién eres, flor? —me pregunta mi nuevo jefe al

reparar en mí.

—Soy Aura. —Me levanto y me acerco a él con intención de estrecharle la mano—. Tu nueva becaria —digo quizá con demasiada energía.

—¡Ay, es verdad! Que empezabas hoy. —Se lleva la mano a la mejilla—. Qué cabeza la mía… —Me planta dos besos, se da media vuelta y se larga por donde ha venido, caminando con ligereza, como Jesucristo sobre las aguas. Dudo si debo seguirlo o no, pero entonces se para, se gira con un gesto teatral y me mira—. Vamos, querida, la vida no puede esperar y mi estómago tampoco.

Salimos a la calle y caminamos bajo un cielo plomizo. En cuanto empieza a chispear, Hans abre su paraguas de plástico transparente y se engancha a mi brazo con confianza. No hemos avanzado ni 100 metros cuando tengo que avisarlo de que, con las prisas, he olvidado la cartera en la oficina.

—No te preocupes, yo pago el desayuno y luego lo incluyo como gastos de empresa.

Dudo que escaquearte a desayunar en plena jornada porque has llegado tarde se pueda incluir como dieta laboral, pero no se me ocurriría comentarlo. Quiero caerle bien.

Entramos en un bar que hace esquina, de esos de toda la vida en los que las servilletas se te pegan a la suela del zapato, y tres obreros con mono azul apoyados en la barra nos siguen con la mirada. Más a Hans, quien parece recién aterrizado de la Tokyo Fashion Week.

—¡Toño, dos cafés con leche y cuatro porras! —le grita a uno de los camareros, que le contesta un «marchando» al mismo volumen.

Nos sentamos en una mesa y al momento saca de su bandolera un iluminador de Yves Saint Laurent. Lo reconozco porque utilizo el mismo. Corrijo, lo utilizaba, cuando mi sueldo ascendía a cuatro cifras.

—Ay, qué horror, ya lo sé, acabar de arreglarse fuera de casa es una vulgaridad
—afirma mientras se extiende el maquillaje bajo el ojo con pequeños toquecitos—. Es que no me ha sonado la alarma del móvil. Bueno, y si me ha sonado tampoco me he enterado. Estaba teniendo un sueño

ideal. Imagínate, iba navegando en un yate por la Costa Azul con Velencoso, pero luego no sé por qué aparecía Paquita Salas con unas porras. Y por eso ahora tengo antojo... De porras y de Velencoso. De Velencoso siempre, claro. Por cierto, ¿qué hora es? Tengo una reunión a las diez.

—Las diez menos cinco.

—Bah, tenemos tiempo de sobra para empezar a conocernos.

—¿Estás seguro? No quiero que llegues tarde por mi culpa.

—No te preocupes, soy demasiado bueno para que me echen —declara convencido.

Nos sirven el desayuno y Hans empieza a comer, pero yo soy incapaz. Tengo a los pájaros de Hitchcock en desbandada dentro de mi cuerpo. Ni siquiera me atrevo a probar el café, me tiemblan las manos y seguramente acabe por tirármelo encima. Sufro un mareo emocional mientras sigo intentando acostumbrarme a la velocidad con la que se están produciendo cambios en mi vida. Sí, lo sé, los he propiciado todos yo, pero eso no significa que no cargue también con un montón de inseguridades. Nunca he sido el tipo de persona que se tira a una piscina vacía sin más, sin pensar en las consecuencias de partirme los dientes contra el suelo. Yo meto el pie en el agua para comprobar la temperatura y calculo si la profundidad es uniforme o con pendiente antes de dar el salto con unos manguitos puestos. Figuradamente, claro. Y sí, también lo sé, con Sergio no tuve tantos reparos para lanzarme de cabeza. Pero es que a él lo considero inevitable. Además, están los orgasmos. Los orgasmos son importantes. Que no te digan lo contrario.

—¿Por qué no comes? —me pregunta Hans—. No me digas que eres de esas que van por la vida muertas de hambre para embutirse en una talla 34, pero luego tienen siempre cara de acelga por la falta de azúcar. Además, que para eso está la criolipólisis. Te congelan la grasa y sin pasar por el quirófano. Pura maravilla —asegura mientras moja la porra en el café.

—La verdad es que se me ha cerrado el estómago por los nervios. No tengo mucha experiencia como diseñadora —admito, dándome cuenta al momento de que es una manera pésima de

venderme ante mi nuevo jefe—. Pero aprendo rápido.

—¿Te das cuenta de que todo el mundo siempre dice lo mismo? «Aprendo rápido». Y también eso de «mi mayor defecto es que soy demasiado perfeccionista» —pronuncia con voz repipi—. Claro que nadie va a presentarse en un trabajo delante de su jefe y decir: «Oye, mira, soy una vaga y también un poquito espesa»—. Se ríe de su propia gracia y yo abro los ojos dándome por aludida—. No, cariño, no me refiero a ti, si ni siquiera te conozco. Aunque vamos a trabajar codo con codo y debes saber que aprecio la sinceridad. Recursos Inhumanos me ha pasado tu currículum, pero eso no me dice mucho de ti. Cuéntame cómo has acabado aquí sentada conmigo.

Podría explicarle que estoy persiguiendo el sueño de mi vida, aunque suena a frase hecha y todavía no sé si es cierto. Además, me acaba de pedir sinceridad.

—Soy... Era, mejor dicho, asesora de empresas con problemas de reputación. Se me daba bien, pero lo odiaba. El verano pasado tuve una especie de epifanía y me di cuenta de que no era feliz. Lo siguiente fue pedir una excedencia en el trabajo, dejar a mi novio con el que estaba a punto de casarme, liarme con un tío muy guapo que no se peina, viste raro y es muy malhablado, e irme a vivir con él poco después de conocerlo. ¡Ah!, y también estoy haciendo un máster de diseño e ilustración por las tardes.

Hans abre tanto los ojos que se le tuercen las gafas. Me he pasado tres pueblos con la sinceridad. Malditos nervios.

—Pero bueno, ¡qué fantasía! —exclama dando palmas cortas y rápidas—. ¡Me declaro tu fan desde este momento!

—Me alegro. —Sonrío y suspiro más tranquila—. Mi madre piensa que me he vuelto loca y sufro una crisis nerviosa o algo así.

—El acto más valiente es pensar por una misma. En voz alta... Lo dijo Coco Chanel, que era una nazi de cuidado, pero sabía de actitud en la vida. Y tú no te agobies, que aquí las únicas crisis que vas a ver son las que tengo yo con mi pelo de chumino los días de lluvia.

—Para eso conozco un sérum estupendo.

—Tengo buenas vibraciones contigo. —Apoya la barbilla en la

mano—. Mi vidente predijo que pronto iba a conocer a alguien especial y me da que eres tú.

—¿Tú crees? —pregunto con recelo. Nunca me he considerado especial.

—Creer, creer, yo solo creo en Beyoncé, aunque tengo esperanza de que me dures más que la becaria anterior. Una semana y fuera... Que no la eché yo, ¡eh!
—me aclara en cuanto ve mi cara de susto—. Se estaba haciendo un *selfie* en la sierra y se cayó por un barranco. Un esguince de rodilla, tres dedos fracturados y la mandíbula rota. La pobre quedó hecha un cuadro. Y encima la foto le salió movida.

Se me escapa una carcajada ante la maldad y me llevo la mano a la boca.

—Perdón.

—La risa es terapéutica, no te disculpes. Y ahora haz el favor de comer, que he tenido relaciones estables que me han durado menos que a ti esas porras. —Me reprende con el dedo.

Para seguirle el ritmo a Hans voy a necesitar cafeína y toda la energía posible, por lo que termino tomándome el café y comiendo dos porras. En esos escasos diez minutos, le da tiempo a contarme que jamás saldría con un hombre que use pantalones pitillo —lo que descarta a casi toda la empresa—, que su sueño frustrado es ser escritor de novela negra, que solo come fruta y verdura si es en *smoothie* y que no habla con su padre desde la última vez que lo llamó maricón de mierda. No obstante, su abuela, a la que adora con toda su alma, compensa el amor que siempre le faltó en su casa.

Volvemos a la agencia a las once menos cuarto. Antes de entrar, Hans saca un bote en *spray* de agua de rosas de su bandolera, se rocía con él y, a continuación, me lo echa a mí en toda la cara. «Para el olor a fritanga», me aclara. A las once, después de ser formalmente presentada a mis compañeros de planta, empezamos a trabajar por fin.

Aunque dispongo de mi propia mesa cerca de la de Hans, me pide que coja mi silla y me siente a su lado. No lleva ni cinco minutos explicándome mis funciones cuando una mujer pelirroja y muy alta, vestida con vaqueros negros y una camiseta que reza «Ni fu ni fuck»,

se planta delante de nosotros con los brazos en jarra.

—Hans, ¿tú conoces eso de que la inspiración te pille trabajando? Te has perdido la reunión.

—Y ayer me perdí un *brunch* fabuloso con mis amigos porque me pediste que terminara unos diseños que necesitabas urgentemente a primera hora de hoy, así que, de nada, mi cielo... Por cierto, Aura, esta es Natalia, nuestra jefa suprema y amada líder. Aunque yo la llamo Dora, la explotadora —murmura casi sin mover los labios y fingiendo hacerlo por lo bajini.

Natalia pone los ojos en blanco y suspira antes de dirigirse a mí.

—Encantada, Aura, y bienvenida al equipo.

—Muchas gracias.

—Si necesitas cualquier cosa, como que te rescate de las garras de Hans, mi despacho está en la planta de arriba.

—«Garras» dice la que lleva las uñas que parecen raíces de árbol. —replica él, haciendo que Natalia levanta una ceja en respuesta —. Que me encantan, ¡eh! A muerte con ese estilo choni chic de extrarradio. Pero no nos entretengas más, que tenemos mucho que hacer. Te adoro. Besitos.

La despacha con un par de aspavientos y Natalia se va meneando la cabeza con una sonrisa que trata de disimular. Tal vez sea su subordinado, pero estoy casi segura de que Hans es el auténtico dueño de esta empresa.

En las tres horas que paso a su lado, me ametralla con todos los programas de diseño e ilustración existentes y me advierte que, en esta agencia, como en todas, se trabaja bajo presión, por lo que deberé desarrollar estilos gráficos diferentes en poco tiempo. También me da un montón de consejos útiles de los cuales no consigo procesar ni la mitad. La velocidad de su lengua es muy superior a la de cualquier otro ser humano que haya conocido.

Salgo de la agencia a las dos y media, algo mareada pero también eufórica. En solo una mañana llego a la conclusión de que Hans es como una bebida fría que tomas demasiado rápido y sientes cómo se te congela el cerebro, pero en cuanto se te pasa el efecto,

quieres más. Me trago casi sin masticar una ensalada de pasta en envase de plástico y cruzo media ciudad en coche para ir a clase. El máster está siendo más exigente de lo que pensaba y a no ser que renuncie a horas de sueño, me va a faltar tiempo para hacer todos los trabajos y ponerme las pilas con Hans.

A las ocho y media de la tarde termino con la cabeza tan embotada que acepto sin rechistar la propuesta de tomar unas cañas con unos compañeros. Resulta agradable relacionarse sin la sombra de la competitividad acechando. No solía quedar con nadie de mi empresa, porque cuando trabajas con buitres cuyo principal objetivo es robarte clientes para quedarse la comisión, no apetece mucho compartir risas y confidencias.

Llego a casa a las once, exhausta, pero con un montón de ideas bullendo en mi cabeza y pidiendo a gritos cobrar vida en mi cuaderno de dibujo. El olor a salsa napolitana me recibe en el salón. En realidad, flota por todo el piso, aunque eso es normal si habitas en 40 metros cuadrados y solo tienes una puerta, la del baño. El dormitorio y el salón conviven separados únicamente por medio tabique. Sobre la mesa hay colocados dos platos y una fuente de espagueti.

—Hola, ¿has hecho la cena? —le pregunto a Sergio, que está sentado en el sofá viendo un documental del canal Historia.

—Sí, hace un buen rato —gruñe—. Podías haberme avisado de que ibas a llegar tarde.

—Lo hice. —Saco el móvil del bolso para revisar nuestra última conversación—. ¡Mierda! No llegué a enviártelo. —Le muestro la pantalla con el mensaje escrito en el cajetín de texto.

—Y dices que el despistado soy yo…

—Lo siento. Te juro que ya no me da la cabeza. El día ha sido una locura… O sea, ha estado genial, pero es que no puedo más.

—No pasa nada. —Se levanta y me da un beso—. Mejor preparo unos sándwiches porque la pasta recalentada no hay quien se la coma.

—Es que ya he cenado unas tapas con unos compañeros.

—Vale, pues entonces cuéntame tu día genial mientras ceno yo.

Sentados en el sofá, le hablo de Hans, de la agencia, de lo difícil

que va a ser compaginarlo todo, pero de las ganas que tengo de demostrarme a mí misma que soy capaz. Quizá carezco de fe en mí misma, aunque lo compenso con determinación. Cuando noto la garganta seca, caigo en la cuenta de que llevo más de 20 minutos recitando un monólogo y todavía no le he hecho a Sergio ni una pregunta sobre qué tal le ha ido el día.

—¿Y tú qué has hecho?

—He limpiado la casa y he tenido gresca con la plancha. —Me enseña una pequeña quemadura cerca de la muñeca—. He visitado el Reina Sofía, he terminado una novela bastante floja y he preparado la cena. Creo que ya soy un amo de casa
—apunta con incredulidad.

—Y eso es malo, ¿verdad?

—Me estoy acostumbrando, nada más.

—Ya —susurro con una mueca.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Aura… —Y en su tono va incluido un aviso para que empiece a largar.

—Es que… me siento fatal. Te has mudado por mí, has cerrado el bar todo el invierno y ahora yo me paso el día fuera. Estoy haciendo lo que quiero y tú has dejado tu vida, Sergio. No puedo evitar preocuparme por lo que pueda pasar.

—¿Y qué crees que puede pasar?

—Que te arrepientas de estar aquí conmigo.

Ya está, lo he soltado por fin. Mis hombros se relajan a pesar de lo que conlleva esa frase.

—Vamos a tener que hacer algo con tu sentimiento de culpa. —Suspira y se pasa la mano por el pelo—. Aura, yo he elegido estar aquí, tú no me has obligado. Créeme que nunca hago nada por obligación —recalca—. Hoy has tenido un buen día, estás feliz y se te nota en la cara. Lo último que quiero es que esa cara cambie cuando entras en casa.

—Sí, estoy feliz, pero quiero que tú también lo estés.

—Lo estoy, y lo soy, contigo. —Me acaricia la mejilla con los

nudillos—. Deja de adelantarte a los problemas, ¿vale?

Sonrío y asiento, aun sabiendo dentro de mí que eso es como pedirle a la Tierra que deje de girar.

3

Depender de un pene

La amistad, la verdadera, es desinteresada y a veces resulta sacrificada. En el colegio consistía en pasar horas explicándole matemáticas a Sol o limpiarle las lágrimas cuando lo dejó con su primer novio, luego con su primera novia, después con su segundo novio, el tercero, otra vez la primera novia, y así hasta perder la cuenta. Hace dos semanas, antes de que se fuera a Dubái para ayudar a Teo con la mudanza de vuelta a Madrid, supuso ir a un concierto de Natti Natasha y verla perrear mientras cantaba «Nalga pa aquí, nalga pa allá, trá-trá-trá». Aunque para ser justa, contentar a la rubia cuesta muy poco. Si necesita algo, lo pide y punto. Sin ceremonias ni adivinanzas.

Brina ya es otra historia. La de un libro cerrado con candado cuya llave está escondida bajo el mar y hace falta un mapa del tesoro para encontrarla. Tardó años en confesarnos que es asexual, aun sabiendo que nosotras jamás la juzgaríamos por algo que no está en manos de nadie elegir. Nunca pide ayuda porque no acostumbra a contar sus problemas hasta que los ha solucionado y es la más dura de las tres, o al menos viste una armadura más resistente. Pero incluso Wonder Woman necesita quedar de vez en cuando con sus amigas para quejarse de lo apretado que es el traje de superheroína. Por eso cuando me llamó hace un rato para pedirme que fuera a su casa porque tenía un mal día, ni lo dudé. Bueno, tal vez dudé cinco segundos, pero solo porque pensaba emplear el domingo en terminar un trabajo para clase que debo entregar mañana. Pasar la tarde con ella supone quedarme hasta las tantas de la madrugada si quiero cumplir con el plazo. Pero, como he dicho, la amistad a veces es sacrificada.

Sentada en un sillón de su mastodóntico salón —no es tan grande, pero en él cabe mi piso enterito, por lo tanto, mi concepto de mastodóntico ha cambiado—, me tomo un café mientras la observo de reojo, repantingada en su sofá de tres plazas, comiendo nueces de una

bolsa y abducida por su teléfono móvil, totalmente fuera de la conversación que mantengo por videollamada con Sol. Me he visto obligada a buscar refuerzos en la rubia, aunque estos sean telefónicos y estén a miles de kilómetros, ante las señales preocupantes de dejadez de nuestra amiga, quien suele ser una anfitriona extraordinaria.

Hoy no parece ni una sombra de sí misma. Tiene el pelo grasiento y viste la parte superior de un pijama de cuadros y la parte inferior de uno de corazones. No se ha molestado en subir las persianas del salón para dejar entrar la luz y, ya de paso, ventilar un poco. Tampoco me ha obligado a descalzarme en la entrada. Y la prueba irrefutable de que algo no anda bien son las pequeñas partículas de polvo esparcidas sobre los muebles, incluida la mesa de centro de madera de bubinga africana que compró su futuro exmarido. Y recuerdo la bendita madera porque Andrés pasó 35 minutos hablando de ella en una cena. Los conté. Pero lo relevante de la historia es que el polvo jamás de los jamases se ha atrevido a posarse en esa mesa.

Llevamos —llevo, mejor dicho— ya una media hora hablando con Sol. Desde el salón de Teo me ha relatado todos los pormenores de su estancia en Dubái, o como ella lo llama: el Marina d'Or al que le ha tocado el Euromillones. Ha llegado a la conclusión de que los dubaitís son unos megalómanos cuyos penes deben ser del tamaño de los gusanitos Risi e intentan compensarlo construyendo todo a lo bestia. Ahora está siendo mi turno de contarle lo mucho que mi madre me agobia con su imperiosa necesidad de conocer a Sergio.

—Pues que se conozcan y ya está —responde a través de la pantalla del iPad, sentada en el sofá de Teo—. Cuanto más lo alargues, más tiempo va a tener para imaginarse lo peor de Sergio.

No termina de convencerme, pero es mejor argumento que la respuesta de mi otra amiga. Un «mmm» mientras sigue comiendo nueces cual roedor sin levantar la vista del móvil.

—Las intenciones de mi madre nunca son buenas. Solo quiere conocerlo para poder criticarlo y advertirme lo mucho que me estoy equivocando con él.

—Eso lo va a hacer lo conozca o no. Además, ¿no crees que le va a hacer ilusión tener un yerno cantante? —apunta con ironía.

—Excantante —corrijo de manera de automática, igual que suele hacer Sergio—. Y por suerte, no sabe que lo era. Musicalmente a mi madre no la sacas de José Luis Perales. Además, lo único que consideraría aceptable es un notario, un médico o un arquitecto.

—Yo me quejo de mi madre, pero la tuya vive en *Acacias 38*.

—Tu madre adora a Teo. No sabes la suerte que tienes.

—Hasta creo que lo quiere más que a mí. —Se encoge de hombros con resignación—. De todas formas, no vas a poder esconder a Sergio para siempre.

—No lo escondo. Eso suena como si me avergonzara.

—¿Y no es así? ¿Ni una pequeña parte de ti? Porque la sombra de Elvira es alargada.

No hace falta rascar mucho para saber que, a pesar de lo mucho que despotrico contra mi madre, llevo suplicando su aprobación toda mi vida. Y de poco sirvió sacar la segunda nota más alta de mi promoción, encontrar empleo nada más terminar la carrera y convertirme en la asesora más joven de mi empresa. Nunca he sido capaz de sacar de su boca ni una triste felicitación. Lo más cerca que ha estado de mostrar algo de orgullo tampoco tiene que ver con mi persona. Solo conseguí arrancarle media sonrisa el día que le presenté a Óscar, y lo de dejarle plantado un mes antes de la boda no ha ayudado a mejorar nuestra tirante relación.

—Sol, mi madre es una terrorista emocional y como yo lo veo, no estoy escondiendo a Sergio, lo estoy protegiendo. ¿Verdad, Brina? —La miro tratando de captar su atención.

—Mmmm...

—Oye, si solo quisiera hablar con Sol, me habría quedado en mi casa en lugar de conducir media hora hasta la tuya.

—Brina, ¿sabes que me estoy jugando la vida solo por hacer esta videollamada? En Dubái está prohibido usar Skype. A saber lo que me harían aquí si me pillan pirateando y saltándome la ley.

Dudo mucho que su integridad física esté en peligro.

—¿Eh? —pronuncia Brina sin ganas.

—Pero ¿qué carajo le pasa a esta hoy? —me pregunta la rubia.

—Ni idea, pero nos vamos a enterar. —Me levanto y voy hacia ella—. ¿Se puede saber qué haces? —Le quito el móvil y en la pantalla veo la web de una clínica de fertilidad—. ¡Joder! ¿Ya has empezado con la inseminación?

—Empezar es mucho decir —responde por fin—. ¿Sabíais que la inseminación artificial solo tiene una probabilidad de éxito del quince por ciento? No tenía ni idea de que fuera tan baja —comenta con desánimo.

Muevo el iPad sobre la mesa para colocar a Sol frente a nosotras y me siento a su lado en el sofá. Odio verla así. Si alguien tiene claro cuál es su objetivo en la vida, esa es Brina. Siempre ha querido ser madre, y hace un par de meses decidió que lo sería, aunque fuera sola.

—Nos acojonan media vida para que tengamos cuidado de no quedarnos preñadas y cuando quieres tenerlo solo te queda un quince por ciento de probabilidad —apunta la rubia—. Pues vaya mierda.

—Todo es más sencillo cuando tienes 17 años y un condón roto. Le pasó a una de mis alumnas —asegura Brina con un suspiro lánguido.

—Las hay con suerte… —ironiza Sol.

—Encima me he quedado sin nueces —se queja agitando el paquete con fuerza, como si así fuera a llenarse por arte de magia.

—Pero ¿qué obsesión te ha entrado con las nueces? —inquiero.

—Tienen ácido fólico y ayudan a mejorar la calidad de los óvulos. Al contrario que tu café. —Señala la taza de porcelana blanca de la mesa como si esta contuviera cicuta.

—¿Qué le pasa a mi café?

—Nada, si no te importa disparar a tus óvulos con una metralleta.

—Oye, duermo poco y no tengo intención de quedarme embarazada de momento —me defiendo.

—Pues tu reserva ovárica no es eterna —me advierte con tono de reprimenda—. Nuestros ovocitos están siendo fulminados mientras hablamos.

Me llevo una mano a la pelvis. No sé si guardar un minuto de silencio por mis ovocitos caídos en combate. Lo que tengo claro es que si va a tener que hormonarse para el tratamiento de fertilidad, pienso huir del país y pedir asilo en Nueva Zelanda.

—¿Cuándo empezamos a hablar de ovocitos? —pregunta Sol con cara de asco—. En serio, hace nada estábamos cantando las canciones de *High School Musical* y comentando lo bueno que estaba Zac Efron.

—A mí Zac Efron me daba igual, solo fingía que me gustaba —recuerda Brina—. Aunque si quisiera prestarme su esperma le estaría bastante agradecida.

—Hombre, puestas a pedir, que sea el de Chris Hemsworth —defiende Sol.

—O el de Liam Hemsworth —señalo—. Cualquiera de esa familia valdría.

—No sé, si hablamos exclusivamente a nivel reproductivo y genético, creo que me quedaría con Russell Crowe —opina Brina con toda la seriedad de mundo.

—¡Eso sí que no! —exclama la rubia—. Vale que no sientas cosquillas por la pepitilla, pero no puedes quedarte con Gladiator teniendo disponible a Thor para que te insemine.

—Estoy con Sol. El martillo de Thor gana. Sus dos martillos, en realidad —añado.

—Además, ¿habéis visto a Russell Crowe últimamente? Se ha comido a los ejércitos del norte y a los leones del Coliseo —apostilla Sol.

—Bueno, da igual, tampoco es como si fuera a encargar una pizza. No puedo ni elegir al donante. Es el equipo médico quien se encarga de eso.

—¿Unos desconocidos van a decidir la mitad de los genes que va a tener tu hijo? —pregunta la rubia.

—Sí, el proceso es anónimo.

—Entonces no hay manera de saber si el padre podría ser un rarito al que le gusta comer pelo o restregarse con peluches —continúa—. ¿Os acordáis del tío al que le gustaba que me disfrazara

de animales en la cama? Hay mucho tarado suelto.

—Digo yo que la clínica tendrá algún tipo de control —argumento.

—Los donantes no pueden tener antecedentes personales ni familiares de trastornos psíquicos —nos aclara Brina.

—Tampoco creo que nadie vaya por ahí admitiendo abiertamente que le pone cachondo montárselo con Peppa Pig.

—Sol, no tengo claro a dónde quieres ir a parar —admito.

—Me refiero a que hay muchos tíos que están *turururu* y con un donante anónimo, Brina no tiene manera de saber si el padre de su futuro bebé es uno de ellos.

—A lo mejor deberías dejar de pensar en voz alta. —La fulmino con la mirada porque me resulta imposible traspasar la pantalla para darle una colleja.

—Perdona, Brina, te juro que no intento desanimarte con esto. —Se lleva una mano al corazón—. No hagas caso a la que nació con el reloj biológico sin pila.

—No te preocupes. Tampoco me sobran las opciones. Mi marido me ha dejado, así que a no ser que algún alma caritativa me preste a su novio...

—Ni lo sueñes. —Niego con la cabeza al verla interrogarme con los ojos.

—¡¡¡Teoooo!!! —vocifera la rubia.

Nuestro amigo aparece pocos segundos después, vestido con unos chinos azul marino y un polo blanco impecablemente planchado.

—Sol, estoy en la habitación de al lado, no hace falta que me grites como el pastor a las vacas... ¿Y no se supone que deberías estar ayudándome a embalar? Te recuerdo que volvemos pasado mañana... Hola, chicas —nos saluda.

—Hola, guapo —respondo mientras que Brina se limita a levantar la cabeza con pereza.

—Amor, es que tenemos temas muy serios que discutir —se excusa Sol—. ¿Tú cómo ves lo de hacerle un hijo a Brina? Eres superlisto y no tienes filias raras.

Todavía me sorprende escuchar a mi amiga refiriéndose a mi

otro amigo de forma tan cariñosa. Aún me estoy acostumbrando a ver a estos dos como una pareja al uso. Es extraño, aunque un «extraño» bonito.

—No tendrías que hacerte cargo ni nada —asegura Brina, incorporándose en el sofá como si hubiera resucitado de golpe—. Solo necesito tu esperma.

—A ver, ¿cuántas veces vais a pedirme mi esperma? —Teo se mete las manos en los bolsillos y no puedo evitar pensar en sus «nadadores» corriendo directos hacia los óvulos de mi amiga.

—¿Ya te lo hemos pedido? —pregunta Sol arrugando la frente.

—Sí, canija, tú concretamente, hace diez años. Querías guardarlo en la cápsula del tiempo por si alguna de vosotras lo necesitaba en el futuro.

—¡Joder! ¡A ver si voy a ser vidente!

—Entonces adivina mi respuesta —replica Teo arqueando una ceja.

—Supongo que es un no. Lo siento, Brina... Aunque casi mejor así. Creo que ni siquiera yo soy tan moderna como para dejar que mi novio te fecunde.

Teo menea la cabeza, sonríe como solo puede hacerlo un enamorado, le da un beso y se va.

—Pues no me queda otra que ponerme en contacto con esa empresa de Dinamarca que te envía el esperma criogenizado para que puedas hacer la inseminación en casa tú misma.

—Anda, mira, como quien se hace su propio pan con masa madre —bromeo.

—¿Esperma criogenizado? ¿Y qué haces con él? ¿Lo guardas en el congelador junto con las varitas de merluza? —añade Sol.

—Os estáis tomando todo esto a risa y empieza a molestarme.

—No te enfades, te apoyamos y lo sabes. —Le acaricio el brazo —. Pero no estás pensando en inseminarte en casa, ¿verdad?

—Son 900 euros, es un precio asumible. La fecundación in vitro sería lo mejor porque tiene la tasa de éxito más alta, pero cuesta seis mil.

—¿Tener un bebé cuesta 6000 euros? —espeto alucinada—.

¿Vienen bañados en oro o qué?

—Más la medicación hormonal aparte, así que suma otros mil que tampoco puedo permitirme pagar ahora —asegura abrazándose a un cojín.

—¿Desde cuándo el dinero es un problema? —quiere saber Sol.

—Desde que Andrés se niega a comprarme mi parte del chalé. Fui tan idiota de decirle que necesitaba el dinero para la in vitro y es su forma de vengarse de mí. Además, también está el préstamo de mi coche y la hipoteca de la casa de La Pedriza que se empeñó en comprar hace dos años porque le apetecía respirar el aire del campo. Así que con mi triste sueldo de profesora y sin Andrés, resulta que estoy viviendo por encima de mis posibilidades.

—Andrés es gilipollas —resume la rubia.

—Y lo más triste es que todavía no soy capaz de dormir en la cama sin él. Me paso las noches en el sofá.

Es un gilipollas, pero era «su gilipollas».

—Podéis vender la casa —señalo—. Andrés no se puede negar a eso.

—Sí, eso pensé yo también, pero he preguntado en un par de inmobiliarias y por lo visto no va a ser fácil venderla. Al menos no tan rápido como necesito. La gente tiene cada vez menos hijos y ahora no busca chalés de cuatro habitaciones, sino pisos de dos. Y como los demás pasan de tener niños, yo tampoco voy a poder tenerlos.

—¿Y no tienes nada ahorrado? Si tú siempre has sido de la cofradía del puño cerrado —le recuerda Sol.

Digamos que Brina siempre ha sido responsable con el dinero.

—A Andrés le gusta vivir bien y yo me sentía tan culpable por no querer acostarme con él que para compensar le regalaba botellas de vino de 300 euros —confiesa mordiéndose la uña del pulgar.

—Podrías pedir ayuda a tus padres —sugiero.

—No, mis padres son demasiado tradicionales y no me apetece contárselo. Andrés ya les fue con el cuento de la asexualidad y ahora quieren que vaya a un psicólogo. Mi padre hasta quiere llamar a un cura.

—Entonces les pediré yo el dinero a los míos —se ofrece la

rubia.

—¿De verdad harías eso? —pregunta Brina con asombro.

—Por ti haría lo que sea —suelta con una facilidad que representa lo opuesto de lo que supone para Sol pedir ayuda a sus padres.

Para ella es el equivalente a hacer un pacto con el diablo y vender su alma. La última vez que se vio obligada a ello fue hace ocho años. Había estado viajando por Centroamérica con una mochila por equipaje y no tenía un duro para volver de Guatemala. Con tal de no llamarlos se metió a trabajar en un matadero de aves y duró un día. Se echaba a llorar cada vez que mataban un pollo.

—Gracias, Sol. —Sonríe Brina conmovida—. Pero no voy a dejarte pedir nada a tus padres.

—Entre el máster y lo que perdí por cancelar la boda yo no tengo mucho que aportar —reconozco—. Aunque puedo darte una parte de lo que cobre de la beca.

—Chicas, sois las mejores amigas que se puede tener, de verdad, pero no pienso aceptar vuestro dinero. Estáis tan tiesas como yo.

—Ya sé que diciendo esto sueno como la llorica privilegiada del primer mundo que soy —declara Sol—, pero cuando imaginaba mi vida a los 30 esperaba algo distinto. No me veía haciendo fotos en comuniones.

—Ni yo me veía como becaria —admito.

—Ni yo mendigando esperma... —Resopla—. Es injusto. Por fin acepto mi orientación y sigo teniendo que depender de un pene.

—Tiene que haber alguna forma de que puedas ganar dinero rápido. —Sol coge su portátil y se lo coloca sobre las piernas—. A ver qué nos dice San Google.

—Que sea legal, por favor —le pido al verla teclear con rapidez —. Brina es demasiado guapa para ir a la cárcel.

—Eso reduce bastante las posibilidades, pero veamos... ¿Qué te parece pasear perros?

—Pues como no sean los 101 dálmatas —comenta la aludida—. ¿Sabes cuántos perros tendría que pasear para ganar 6000 euros?

—¿Y si inviertes en *bitcoin*? Hay gente que se forra con eso —propongo.

—No, yo soy de letras. Como no me paguen por hacer un comentario de texto de *La casa de Bernarda Alba* acabaré más arruinada aún.

—Aquí hay un artículo que dice que los *gamers* ganan un montón de pasta. Millones incluso.

—¿Qué hace exactamente un *gamer*? —pregunto—. No lo tengo claro.

—Según mis alumnos, masturbarse y jugar a videojuegos. Y yo no hago ninguna de las dos cosas.

—Podemos ir a un casino —digo a la desesperada—. Siempre he querido apostar todo al rojo como en las pelis.

—No, mejor vamos a dejar el tema... Sé que intentáis animarme, pero, por unas cosas o por otras, nunca es buen momento para mí —admite con esos enormes ojos verdes que, hasta apagados como están hoy, son preciosos—. Siempre he tenido presente que ser madre no sería fácil, pero cuando lo pensaba, me veía con un bebé en los brazos, sin dormir, con manchas de papilla en la ropa y sufriendo porque tuviera cólicos... El caso es que daba por hecho la maternidad. Y no siempre es así.

Sol aprieta los labios sin saber qué decir. Google no tiene una maldita respuesta cuando ves cómo tu sueño se empeña en alejarse una y otra vez.

—¿Quieres que vayamos a comprar helado? Eso siempre te anima. —La rodeo por la espalda con mi brazo.

—Vale... —Apoya la cabeza en mi hombro—. Pero que lleve nueces.

—Pues claro, hay que mantener en forma esos óvulos.

Pertenecer

Juro que sería capaz de acordarme de los nombres de mis compañeros de trabajo si Hans no los hubiera rebautizado a todos y cada uno de ellos. Casiguapo —cuyo verdadero nombre es Jesús, o Jaime, o Jorge— está delante de mi mesa y acaba de pedirme algo, pero yo estoy distraída o, mejor dicho, concentrada en su cara, pensando en lo acertado del mote. Porque posee todas las facciones que conforman el rostro de un hombre guapo —ojos expresivos, nariz recta, sonrisa agradable—, pero sin llegar a serlo. Y aun así, estoy segura de que no lo rechazarías en una discoteca después de tomarte tres copas. O dos, o una… Vamos, que te lanzarías a sus brazos sobria a primera hora de la noche.

—¿Entonces crees que podrás tenerlo para mañana? —me pregunta Casiguapo.

—Dale a la chica un respiro, Javi, que entre todos me la estáis aturullando —le pide Hans, acercándose a nosotros. Sabía yo que su nombre empezaba por jota—. ¡Hale, ya! *Fuchi, fuchi.* —Hace aspavientos como si fuera una mosca.

—Hablamos mañana, Aura. —Casiguapo me guiña un ojo antes de irse y hasta consigue sonrojarme. Vaya tela…

—Que no te líe este, eh —susurra mi jefe con disimulo—. Que guapo del todo no será, pero jeta sí. Y primero me debes a mí las propuestas para el *packaging* de la marca de cerveza.

En fin, es lo que tiene ser becaria. Hans es mi superior, pero no dejo de ser un comodín, la chica para todo y para todos. Por eso los que gozan del lujo de tener un contrato indefinido me cargan con el trabajo que no quieren hacer. Aunque no me molesta. Hasta el diseño de una infografía para una empresa de gestión de residuos —casi seguro es lo que Casiguapo me estaba pidiendo ahora— me ilusiona.

—Y vámonos, que hay que comer y tú estás echando aquí más horas que un reloj —me dice Hans con el abrigo ya puesto y colocándose con delicadeza el cuello de su camisa verde iridiscente de

seda con la que yo podría pagar un mes de alquiler.

De camino a la salida me despido de Armario empotrado, que es gay, pero tan, tan, tan escondido que no lo sabe ni él —eso dice Hans—, y de Gossip Girl, la cotilla oficial de la empresa. Fue ella la primera en enterarse de que Lexatin y Orfidal, las dos personas más soporíferas del mundo —otra vez según Hans—, habían comenzado a salir en secreto. No tan en secreto como ellos pretendían, claro está. Y por último, le digo hasta mañana a la Más grande, que nada tiene que ver con Rocío Jurado, porque mi jefe es bastante literal. Se refiere al tamaño de su verga, la cual conoce de buena tinta, aunque no por haberla catado, para su desgracia, sino porque se la ha visto en el baño.

—¿Cuál es mi mote? —le pregunto, dando por hecho que tengo uno. Y no me equivoco, ya que Hans deja de atender su sagrado Instagram en el móvil para mirarme.

—Mi niña, hay cosas en esta vida que solo hago por detrás. Y criticar es una de ellas. Así evito hacer daño.

—¿Tan malo es? —pronuncio con un hilo de voz. Mi manía de preocuparme por lo que los demás piensen de mí se eleva a la enésima potencia cuando se trata de mi jefe.

—Bueno, vale. A ti puedo confesártelo, porque en realidad es un cumplido si lo piensas. —Mueve la mano quitándole importancia —. Tú eres Patito. —Entorno los ojos sin comprender—. Como el Patito feo —me aclara.

—¿Y eso es un cumplido?

—Pues sí, porque el Patito feo iba cabizbajo como tú hasta que se dio cuenta de que era un precioso cisne, que es en lo que te vas a convertir teniéndome a mí como mentor.

No sé si sonreír por esas palabras o darme un guantazo por ir por la vida con la cabeza agachada y que además sea tan evidente a ojos ajenos. Tampoco tengo que decidirlo, al salir por la puerta de la agencia una ráfaga de aire helado ya lo hace por mí. El frío de diciembre me abofetea la mejilla tan fuerte que me corta la respiración. Me estoy abrochando el botón superior del abrigo cuando Hans me clava las uñas en la muñeca.

—¡Mira eso! ¡Mira eso! ¡Mira eso! Quién fuera moto para que lo cabalgara ese.

Ese al que se refiere y que está sentado sobre una moto en la acera de enfrente lleva una cazadora de cuero negra, unas Ray-Ban Wayfarer y un jersey espantoso de tropecientos colores que guarda en mi armario.

—Ay, disimula, que nos está mirando —susurra mi jefe.

Sergio se quita las gafas y levanta una mano para hacerse ver, como si no llamara bastante la atención de cualquier ser provisto de hormonas solo con respirar.

Hans se detiene, entrecierra los ojos y arruga la nariz.

—Por la Virgen de Covadonga que me muera ahora mismo si ese no es Sergio Velasco. ¡¡Y nos está saludando!!

Menuda vista de lince, y eso que tiene como seis dioptrías en cada ojo.

—Yo lo llamo *mi novio* —digo sin intención de hacerme la interesante, lo juro—, aunque no tengo ni idea de dónde ha sacado esa moto.

—¿Me estás diciendo que sales con Sergio Velasco? ¿Con el sueño húmedo de mi juventud? —pronuncia al borde de la asfixia.

—Eehm... Sí.

—¿Y por qué no me lo habías dicho, pedazo de perra? ¡Yo lo habría publicado hasta en el BOE!

Porque mi chico tiene un pasado complicado además de una fuerte aversión a ser reconocido y, por muy bien que me caiga Hans, no tengo la confianza suficiente para contárselo.

—¿Quieres que te lo presente? —Me veo obligada a preguntar.

—Preferiría que me empotrara en un sofá Luis XV. —Suspira exageradamente—. Ahora que sé que es tu novio supongo que no existe esa posibilidad.

—Dudo que pasara, aunque no lo fuera. —Me río.

—Ay, reina, si tú supieras... Ya he perdido la cuenta de los cambios de acera que he llevado a cabo con éxito.

Mientras caminamos hacia Sergio, él se baja de la moto con un gesto tan sexi que temo que Hans se desmaye y se golpee la cabeza

contra el bordillo.

—Sergio Velasco en carne y hueso. ¡No me lo puedo creer!

—Sergio, este es Hans, mi jefe. —Y recalco lo de *mi jefe*, confiando en hacerle entender que no debe ser desagradable con él ni fingir que es maestro cafetero, afilador de lápices, mamporrero o cualquier otra profesión que suele utilizar para ahuyentar a sus antiguos fans.

—Me alegro de conocerte, Hans. —Se quita los guantes y le estrecha la mano con decisión—. Me han hablado mucho y bien de ti —asegura con una sonrisa capaz de deshacer la capa de hielo de Groenlandia.

—*Enchanté* —pronuncia Hans con un exagerado acento francés—. Lo que yo no sé es por qué a mí no me han hablado de ti. —Menea la cabeza con gesto de madre decepcionada.

—Te he hablado de él.

—Mi cielo, tal y como lo describiste me imaginé a un zarrapastroso.

—Pues sí que me vendes bien —me reprocha Sergio más divertido que ofendido.

—Yo nunca dije zarrapastroso ni nada parecido —me defiendo.

—¿Me firmarías un autógrafo? —le pregunta Hans con una sonrisa de fan al borde de la psicopatía.

Retengo el aliento y me santiguo en silencio.

—Por supuesto, aunque no tengo papel ni boli. —Sergio se palpa los bolsillos de la cazadora.

—Ni falta que hace. —Hans saca un rotulador de su bandolera, se abre el abrigo con la confianza de un estríper y se desabrocha los botones de su camisa dejando ver un pecho pálido y sin rastro de vello—. Ya verás cuando les cuente a mis amigos que Sergio Velasco me rozó un pezón. ¡Se van a morir!

Mi chico se ríe, se ríe de verdad, y me entran ganas de besarlo.

—Por cierto, tu jersey es una obra de arte —le comenta mi jefe en plena firma de pectoral izquierdo.

—Por fin alguien sabe apreciar mi estilo. —Sergio levanta la vista y me mira fugazmente. Sabe que no me gusta ese jersey.

En realidad, sí podría considerarse una obra de arte. Es como si le hubieran vomitado encima un Jackson Pollock. También podrían ser las salpicaduras del asesinato de un unicornio.

Hans le da las gracias por el autógrafo y se despide de mí con un beso al aire.

—Mañana te veo, Patito. Y tú puedes venir cuando quieras, eh —le dice a mi novio con una risa floja y toqueteándole el brazo.

—¿Patito? —me pregunta Sergio con guasa cuando Hans ya está lo bastante lejos como para no escucharnos.

—Ni preguntes… —Suspiro y le doy un beso—. ¿De dónde ha salido la moto?

—Por favor, Patito, ten un poco de respeto. Esto no es una moto, es una Ducati Monster. Estamos hablando del Ferrari de las motos. Y la he comprado. —Levanta la mano en cuanto me ve abrir la boca—. Ah, ah, antes de que digas nada, sabes que no puedo traer aquí mi furgoneta. Es demasiado grande y no tengo sitio donde aparcarla.

—¿Y no podías comprarte un patinete eléctrico? Lo dejas en cualquier sitio y es menos peligroso.

Y bastante más barato, añado para mis adentros.

—No, esos putos cacharros son unos asesinos en potencia. Además, no podría llevarte a ti de paquete. Venga, vamos a probarla.

—Mmmm… —Pongo los brazos en jarra y observo la moto, negra y enorme, con desconfianza. Porque habrá salido de un concesionario, pero a mí me parece recién llegada del infierno. Solo le faltan unas llamaradas.

—¿Qué pasa?

—Pasa que jamás me he subido a una de esas.

Soy una miedica, lo acepto. No se trata de una cualidad, pero me ha mantenido con vida durante 30 años.

—Pues venga, ya va siendo hora —declara y se monta con una seguridad muy sexi. Tanto que me hace olvidar por un momento las estadísticas de los accidentes de moto. No conozco los números de memoria, pero seguro que no son buenos.

—Sergio, es que no puedo, tengo clase en poco más una hora y

todavía no he comido.

—Seguro que tampoco has hecho pellas nunca —se burla.

—Sí, pero a los 15 años y era clase de religión, no un máster en el que me he gastado casi todos mis ahorros y del que depende mi futuro.

—Aura, llevas dos semanas estudiando y trabajando sin parar un minuto. Casi ni duermes. Solo te pido que te relajes una tarde, nada más.

Me ofrece un casco, me pone morritos y ya estoy perdida. Me subo en la parte trasera de la moto con mucha menos elegancia que él y antes de arrancar me advierte que me agarre bien, consejo innecesario porque ya me estoy abrazando tan fuerte que a punto estoy de hacerle la maniobra de Heimlich. La moto ruge y yo cierro los ojos apretando mucho los párpados. Los abro poco después, no tanto por mi valentía como por el hecho de que, con el tráfico y el límite de velocidad en el área urbana, nos movemos a paso de caracol. Parados en un semáforo me contemplo en el reflejo de un escaparate y reconozco que no me disgusta la imagen. Hasta me siento un poco *malota*. Sí, es ridículo, pero como ya me vas conociendo, te imaginas que yo nunca fui una adolescente rebelde.

Cuando nos incorporamos a la M-30, Sergio acelera y, para mi sorpresa, empiezo a disfrutar de la velocidad, del azote del viento y de la elegancia con la que toma las curvas. Al final va a resultar que la moto del infierno me pone tontorrona. Menudo cliché.

En quince minutos llegamos a Vallecas y Sergio aparca frente a una de las siete colinas que forman el Cerro del Tío Pío, aunque los madrileños lo conocemos como el Parque de las Siete Tetas. Compramos un par de bocadillos de tortilla en un bar y nos los comemos en lo alto del cerro, a unos veinte metros de altura. Frente a nosotros se alza un mirador espectacular y gratis de la capital, con el Pirulí, las Cuatro Torres, las cúpulas del Madrid de los Austrias y una marea de edificios de ladrillo rojo. Comemos con las vistas de esa mezcla peculiar de ciudad señorial y pueblo grande.

—No sé por qué nunca se me había ocurrido subir aquí —declaro mientras contemplo el horizonte sentada y con las piernas un

poco encogidas por el frío.

—Dudo que hayas pisado un barrio obrero en tu vida —comenta Sergio a mi lado, con los codos apoyados sobre la hierba y las piernas extendidas.

—¿Me estas llamando pija? Espera, no es una pregunta. Me estás llamando pija.

—Solo digo que te veo más en un *rooftop* de Serrano que en las tetas de Vallecas, que fueron construidas, por cierto, sobre un vertedero —afirma tan alegremente que me ofende todavía más.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que soy una pija y una estirada? Porque si es así, no entiendo qué haces conmigo.

—Claro que no pienso eso de ti. —Se incorpora y me mira—. ¿Por qué te pones así?

—No me gusta que me llames pija —espeto mirando hacia la sierra de Madrid.

Lo que me molesta no es el adjetivo en sí, sino su connotación. Porque implica llamarme clasista, altiva y esnob, que son, básicamente, los defectos que más odio de mi santa madre.

—Vale, perdona. No quería ofenderte —se disculpa y se queda un poco descolocado. Lo entiendo.

—Además, tú tampoco vayas de humilde porque tienes más ropa que yo. —Le doy un codazo y esbozo media sonrisa—. Y también has dormido en más habitaciones de hoteles de cinco estrellas que yo.

—He destrozado más habitaciones de hoteles de cinco estrellas que tú, eso seguro. —Hace una mueca al rememorarlo—. Pero antes de ganar pasta con la música, me crie en este barrio, a un par de calles de aquí. Mi padre es camarero y mi madre era trabajadora social. Vivíamos en un piso pequeño en el que la caldera se estropeaba cada dos por tres. Y no me estoy quejando, que conste, porque nunca me faltó nada. Aunque si sobraba algo en casa, aunque fuera un táper de comida, mi madre lo compartía, ya fuera con los vecinos, con el carnicero del supermercado de la esquina o con cualquiera que lo necesitara. Cuando tuve dinero, me ofrecí a comprarles un piso mejor, pero se negaron a irse del barrio. Mi madre creía en los lazos sociales y en la responsabilidad colectiva. No quería perderse ese sentimiento

de comunidad, de pertenecer a un lugar —me explica con la voz impregnada de orgullo.

—No tengo muy claro lo que significa pertenecer a un lugar. Los únicos lazos sociales que les interesan a mis padres son los de su club de campo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me abrazo a mí misma.

—¿Tienes frío?

—Sí, las vistas son geniales, pero la próxima vez mejor venimos con una manta —sugiero, ya tiritando.

—Ven aquí. —Abre los brazos y me levanto como un resorte para colocarme a horcajadas sobre él. Me abraza y meto las manos por debajo de su jersey hasta rodear su cintura. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Mejor? —me pregunta.

—Muchísimo mejor —susurro y aspiro el olor de su cuello.

—¿Me estás oliendo?

—Sí —reconozco algo avergonzada—. Es que ya no hueles a limón y a hierbabuena.

—Porque ya no me paso el día preparando mojitos. Lo más probable es que ahora huela a limpiacristales de Mercadona.

Y eso suena tan convencional, tan poco él…

—La echas mucho de menos, ¿verdad? ¿La isla? —Se lo pregunto con la boca pequeña y pegada a su jersey, sin saber si quiero escuchar la respuesta o si estoy preparada siquiera para una respuesta. Porque tal vez yo no le haya quitado esa sensación de la que hablaba, la de pertenecer a un lugar, pero la ha abandonado por mí.

—Sí que la echo de menos. Cada vez que levantaba la vista, daba igual si estaba en casa o en el bar, veía el mar, y eso es un privilegio—. No respondo, solo clavo las yemas de mis dedos en su espalda. Al momento, se aleja un poco de mí para poder verme la cara —. Eh, eso no significa que me arrepienta de estar aquí contigo, si es eso lo que tu cabeza va a empezar a pensar.

—Está claro que soy demasiado previsible —gruño.

—Si fueras previsible, hoy estarías casada con otro y yo no sería más que una anécdota. Más bien diría que eres bastante

sorprendente. —Me coloca el pelo detrás de la oreja con ternura y ese gesto me provoca un aleteo en el estómago.

Mi réplica consiste en un beso lento y húmedo que remato con un tocamiento de paquete mal disimulado.

—¿Qué haces? —me pregunta alucinado.

—Seguir sorprendiéndote.

—No empieces algo que no vas a poder terminar.

—¿Me estás retando?

—No, es que hace tanto frío que creo que el rabo se me ha metido para dentro.

Suelto una carcajada. Qué finura.

—No te rías, cabrona, y vámonos.

Nos montamos en la moto y llegamos a casa en un tiempo récord. Subimos las escaleras a toda prisa y alcanzamos el rellano ya sin aliento. Es lo que tiene vivir en un quinto sin ascensor, que dificulta los calentones. Aunque eso no nos impide deshacernos de la ropa nada más atravesar la puerta. Hace frío en casa, así que vamos directos al baño y nos metemos en la ducha sin mediar palabra ni dejar de besarnos.

—¿Estás seguro de poder encontrártelo ahora o necesitas ayuda? —le digo con una sonrisa burlona y él me devuelve otra mucho más lasciva.

—Pues no sé… ¿A ti qué te parece?

Me aprisiona contra la pared de azulejo, se pega a mí y me clava su erección en la pelvis. Me sirve como respuesta. Levanto la pierna, invitándolo a entrar sin necesidad de preliminares. Se cuela dentro de mí y se mueve con impaciencia, con su aliento fundiéndose con el mío y el agua caliente resbalando entre nuestros cuerpos.

Le muerdo el hombro sabiendo que voy a dejarle una marca que solo yo podré ver y él me tira del pelo. Le pido más y más fuerte mientras entra y sale de mi interior, porque todavía sigo buscando el límite al sexo con Sergio. No en las posturas, que las hemos probado casi todas, sino en algo que va más allá del puro acto físico: la entrega absoluta a este momento y entre nosotros. Y cuando me dice que me quiere, jadeando, con sus labios pegados a los míos, me doy cuenta de

que mis inseguridades pueden irse por el desagüe. Porque aquí, en esta ducha diminuta, nos pertenecemos el uno al otro.

5

SOL

La que nunca se rinde

Un escalofrío me recorre desde la nuca hasta la parte baja de mi espalda. Las iglesias siempre me han dado mucho yuyu, y por muchas horas que pase fotografiando bodas, comuniones y bautizos —como el que hoy me está quitando las ganas de vivir—, no termino de acostumbrarme a ellas. No sé si es por el frío húmedo que se te cuela en los huesos, por el olor a porro añejo o porque en el colegio las monjas me amenazaban con castigarme antes de cada misa y he desarrollado un trauma asociativo a lo perro de Pávlov y su campana.

Aunque sospecho que en este momento la culpa de mi mal cuerpo la tiene en realidad Catalina, la madre de la criatura que acaba de ser bautizada. A puntito está ella también de recibir el santo sacramento, porque si vuelve a interrumpirme otra vez para comprobar la calidad de las fotos que estoy haciendo a su familia, va a ir de cabeza a la pila bautismal.

Vale, a quién intento engañar... Estoy de mal humor y punto. Desde que volví de Dubái con Teo hace tres días no consigo deshacerme de esta sensación de aburrimiento y apatía. No respecto a él, ni mucho menos. No te creerías lo moñas que puedo llegar a ser con Teo. Solo me faltan corazones brotando de los ojos como en los dibujos animados. Especialmente desde que decidió dejar su trabajo como ingeniero y regresar a Madrid para estar conmigo. La sensación a la que me refiero es una vieja conocida, se ha ido fraguando durante años hasta alcanzar entidad propia.

Te aseguro que soy una persona que ve siempre el lado positivo a la vida. Estudié la carrera de Filosofía pensando que me serviría de algo y hasta mantengo la esperanza de ser capaz de crecer el centímetro que me falta para llegar al metro cincuenta de estatura. Pero la realidad que supone seguir malviviendo de la fotografía ya me pesa. Y en días como hoy, me aplasta. Yo me visualizaba como una leyenda viviente, una Annie Leibovitz, famosa por sus poses únicas y provocadoras. Ella retrató a John Lennon pocas horas antes de ser

asesinado, giró con los Rolling Stones y ha dedicado una impresionante obra gráfica al significado de lo femenino. Sí, quizá apunté un poquito alto, pero ¿qué gracia tendrían los sueños si les ponemos techo?

Cuando Catalina vuelve a acercarse con su bebé en brazos, vestida de Carolina Herrera, pisando ruidosamente con sus zapatos de Michael Kors —que yo compro la ropa en tiendas de segunda mano, pero provengo de familia de alta cuna y algo se me ha quedado—, me preparo para otro asalto. Le muestro la última tanda de fotos en la pantalla de mi cámara y arruga al morro, de la primera a la última.

—No, no me convencen, les falta luminosidad —se queja, haciendo un ademán muy molesto con la mano en el aire.

Tengo un maravilloso objetivo 50 milímetros que suple la falta de luz de esta cueva. El problema es que ella se cree la protagonista de la portada de *Vogue*.

—Quedarán bien, no te preocupes.

—Parece que mi madre tiene papada. Eso vas a tener que arreglarlo —me advierte apuntándome con el dedo.

Soy fotógrafa, si quiere obrar un milagro que se lo pida a su cirujano plástico. O mejor aún, al Jesucristo tamaño XXL que preside el altar, porque te juro que yo he volado en aviones de Ryanair más pequeños que él.

—Las fotos se editan —pronuncio con suavidad y una sonrisa estudiada que solo uso cuando me enfrento a clientes insoportables.

—Mira, le hice un favor a tus padres porque me insistieron bastante para que te contratara, pero no por esa razón espero poca profesionalidad por tu parte.

—Tranquila, Catalina, siempre me aseguro de que haya material de sobra para que mis clientes puedan elegir.

—Ya, pero es que yo no puedo usar nada de esto…

—Si me dices lo que buscas exactamente, veré cómo adaptarme.

Respira, Sol, respira. No puedes engancharla de esos pelos rubios recién teñidos de peluquería y arrastrarla por el pasillo. No puedes. No puedes. NO PUEDES.

—Déjame revisarlas otra vez —me exige y yo aprieto los dientes tratando de contener el bufido que amenaza con salir de mi boca antes de volver a enseñárselas una a una—. No, esto es un desastre —me escupe a bocajarro—. Martina parece gorda. ¿No sabes ver ni eso?

—¡Por Dios! ¿Es que quieres que le quite las cartucheras con Photoshop? ¡Es un bebé de dos meses, pedazo de payasa!

Vale, Sol, eso tampoco se puede hacer.

***

Te figuras lo que vino después de mi desplante, ¿verdad? A Catalina solo le faltó echar espuma por la boca y su marido me invitó a irme de la iglesia, lo que inmediatamente después desembocó en una bronca descomunal de mi padre por teléfono. Y no dije ni pío porque desde que sufrió un infarto hace tres meses trato de apaciguar mi incontinencia verbal cuando hablamos.

Llego a casa de Teo tras pasar la tarde tirada en mi sofá comiendo Nutella a cucharadas. Es sábado y esta noche habíamos quedado para salir a cenar, pero no me apetece ir a un restaurante y que se vea obligado a pagar la cuenta, para no variar, porque yo no puedo permitirme ni los entrantes. La dignidad tampoco sale barata.

El portero del edificio me da las buenas noches y me mira con el ceño fruncido antes de dejarme pasar. Que digo yo que no voy vestida para los Goya, pero ya podría disimular un poquito. Al entrar en el ascensor me echo un vistazo en el espejo y entiendo al hombre un poco mejor. Mi mejilla está manchada de chocolate, parece que me ha peinado un tornado, mis vaqueros tienen más agujeros que mi cuenta corriente y mi anorak lleva escrito Talleres Muñoz e hijos a la altura del pecho. No me preguntes cómo terminó en mi armario esa prenda, ni siquiera lo recuerdo.

Salgo del ascensor y camino hasta la puerta del nuevo piso de Teo. Él me abre vestido con un pantalón gris de lana y un jersey negro de cuello vuelto. Joder, somos la dama y el vagabundo. En una versión alternativa en la que yo me convierto en el vagabundo y él es

un caballero tipo inglés en lugar de una dama. Me mira con esos ojos azules en los que quiero ahogarme y me dedica una sonrisa tierna. Le doy un beso corto y un abrazo largo antes de arrastrarme hasta el salón, quitarme el anorak y las zapatillas, y dejarme caer en el sofá con la delicadeza de un elefante. Ya le narré mi bochornoso despido por teléfono, así que no hacen falta explicaciones.

Él va hasta la cocina y a los pocos segundos aparece con una Coronita helada que rechazo porque hasta las ganas de beber cerveza he perdido ya. Me da una palmada en la cadera y me encojo para dejarle sitio. Se sienta a mi lado, coloco las piernas sobre su regazo y me acaricia el muslo trazando círculos con su dedo pulgar. En una postura que hemos repetido mil veces a lo largo de los años. También es un gesto pequeño que grita amor. Hay que ver cuánto tiempo estuve ciega.

—Tampoco es para tanto —trata de animarme.

—No es solo que la insultara, Teo, es que mis voces las escuchó hasta San Pedro. Y aunque no hubiera sido así, ya se encargará esa víbora de contárselo a todas sus amigas para que nadie me vuelva a contratar.

—Vamos que lo que necesitas ahora es un milagro divino —bromea.

—¿Ves que me ría?

—Venga ya, Sol, si tú siempre te ríes de todo.

—Pues de esto ya no. —Suspiro con cansancio—. Pero da igual, tú no entiendes cómo me siento. No llevas ni una semana en Madrid y ya has conseguido entrevistas de trabajo. Tienes una casa nueva de dos habitaciones, dos baños y hasta con terraza. Y no es que no me alegre, entiéndeme, pero hoy solo hace que mi fracaso sea más evidente.

—¡Eh! —Tira de mi brazo y me hace incorporarme para poder mirarnos frente a frente—. Tú no has fracasado ni mucho menos.

—He enviado mi porfolio a todas las agencias y revistas que existen de aquí a China y lo único que he obtenido es el silencio por respuesta. La última vez que hice fotos medianamente artísticas fue hace tres meses, en una sesión para un cantante de flamenco *trap* sin

un duro que me pagó con entradas para Faunia porque su madre trabaja allí.

—No has escogido una profesión fácil —razona.

—Ya, pero hoy me he dado cuenta de que hasta los sueños tienen un límite. Y ese límite es pensar que de seguir así voy a tener que alimentarme de hierba seca como las tortugas rusas. —Me río con desgana—. Al menos la visita a Faunia fue didáctica.

—No estarás pensando en dejar la fotografía, ¿verdad? —me pregunta con el ceño fruncido y verbalizando lo que llevo meditando todo el día.

—Ya no estoy segura de qué es peor, si no vivir tu sueño en absoluto o pervertirlo hasta terminar odiándolo. A lo mejor debería dejarlo ir. Puede que mi familia tenga razón y lo mejor sea estudiar una oposición o trabajar para mi padre. Al menos así nadie me despediría.

—Si haces cualquiera de esas dos cosas va a ser como matarte en vida.

—¡Pues dime qué hago! —Levanto los brazos—. Llevo años tratando de vivir de la fotografía y nada.

—Vive conmigo.

—¿Qué?

—Que vivas conmigo.

—Teófilo, me parece que estamos teniendo dos conversaciones distintas.

—No, qué va, piénsalo. Tengo sitio de sobra en esta casa y no hace falta que pagues alquiler. Así estarás más desahogada económicamente y podrás seguir con tu sueño.

—¿Me pides que viva contigo por lástima?

—No, te pido que vivas conmigo porque te quiero más que a nada. Solo estoy acelerando un poco por las circunstancias.

—Llevamos juntos dos meses...

—A ti nunca te ha dado miedo correr.

Es cierto. Yo no mantengo relaciones, yo me tiro a lo loco, voy con todo hasta vaciarme, y ese suele ser justo mi problema, que al poco tiempo ya no me queda nada para dar. Me gustaría cambiar esa

tendencia. Teo es mi alma gemela, como amigo y como pareja, y una no debe estropear las cosas con su alma gemela.

—Lo que tenemos tú y yo es distinto, Teo, es demasiado importante. ¿No te preocupa ni un poco precipitarnos y que salga mal?

—No, en absoluto. Porque tengo claro que voy a pasar toda la vida contigo. Y las vidas que vengan detrás también —declara convencido.

—Tú no crees en la reencarnación.

—Por ti me hago budista si hace falta. —Alzo las cejas porque eso para él es toda una declaración de amor—. ¿Qué me dices? ¿Quieres vivir conmigo?

A la mierda, al menos puedo sacar algo bueno del día de hoy.

—Vale, vivamos juntos. —Y sonreímos a la vez como dos tontos —. Pero una cosa te pido. Cuando te reencarnes, hazlo en alguien que recicle, por favor, que no tienes ni cubos de basura para separar el plástico del vidrio.

—Seré activista de Greenpeace si quieres, de los que persiguen a los balleneros.

—No voy a negarte que eso me pone cachonda perdida.

Me coloco sobre él y nos besamos y metemos mano. Nos restregamos con la ropa puesta hasta que está duro y yo lo bastante húmeda como para ponernos más serios. Nunca he tenido problemas en llevar la iniciativa en el terreno sexual. Sé lo que me gusta y no me da vergüenza pedirlo. Me quito el jersey y la camiseta de un solo tirón, agarro las manos de Teo y las coloco sin ninguna sutileza sobre mi sujetador.

—Dios, cómo me pones —gruñe y entierra la cara en mis tetas.

La primera vez que hice el amor con Teo fue muy tierno y no lo cambiaría por nada, pero reconozco que me encanta desarmar al *gentleman* que todo el mundo ve cuando lo mira hasta convertirlo en el adolescente salido que solo yo sé que lleva dentro. Lo despeino pasando los dedos por su espesa melena mientras agarra mis pechos alternativamente y se da un atracón con mis pezones que me obliga a echar la cabeza hacia atrás y arquear la espalda de placer. Estoy a

punto de suplicarle que me la meta por todos los agujeros posibles cuando se aparta de mi pecho con brusquedad y me mira como si se hubiera olvidado de algo muy importante.

—Conocí a un tío.

—Teófilo, que te saques mi pezón de la boca para decirme eso es preocupante. No me vengas ahora con que eres gay —bromeo, más o menos, que en esta vida nunca se sabe. Yo, sin ir más lejos, he jugado en dos bandos.

—Es que acabo de acordarme de que en Dubái conocí a un fotógrafo que tal vez pueda echarte una mano. Coincidimos en una cena y me contó que trabajaba para revistas de moda.

Me olvido del calentón, muy a mi pesar, y me concentro en la conversación.

—¿Cómo se llama?

—Oriol Serra.

—¡¿Oriol Serra?! ¡¿Estás de puta coña?! —Me llevo las manos a la cabeza.

—Deduzco que lo conoces.

—¿Conocerlo? Es uno de los mejores fotógrafos de moda del país. Su tratamiento de la luz es magistral. Teo, ¿estuviste con Oriol Serra y no me lo contaste? —Agarro un cojín y le arreo con él en el brazo.

—¿Qué? —dice como si nada—. No te lo conté porque lo conocí cuando tú y yo estábamos enfadados y no nos hablábamos. Fue justo antes de que a tu padre le diera el infarto. Y después se me olvidó.

—¿Que se te olvidó? —Lo atizo otra vez.

—¡Eh! —Se lleva una mano al brazo—. Dame otro cojinazo y te quedas sin su teléfono.

—Necesito ese teléfono —le aseguro juntando las palmas de las manos—. Necesito ese teléfono más que nada en este mundo.

—Vale, aunque te advierto que el tío era bastante arrogante y no te va a regalar nada porque seas mi novia.

—No me importa, es Oriol Serra y tengo que intentarlo. Pásame el teléfono y el lunes a primera hora lo llamo.

—Esa es mi canija, la que nunca se rinde —sentencia orgulloso.

Y apelando a mi último resquicio de esperanza, pienso que ojalá tenga razón.

Pequeña

He pasado la mitad de mi vida vestida de uniforme. En el colegio era de uso obligatorio. El típico conjunto de falda gris de tablas, camisa blanca y jersey granate. Sol lo odiaba a muerte. A los trece años ya afirmaba que secuestraba su individualidad y se dedicaba a coserle parches encima, con lo que se ganaba buenos rapapolvos de sus padres y profesores. También cortaba el largo de la falda, aunque eso no era una reivindicación, decía que con su estatura le hacía parecer un *hobbit*. Brina no llegaba tan lejos, aunque combinaba su uniforme con pañuelos, pulseras y cinturones para darle su propio estilo. En cambio, yo me sentía muy cómoda con él. Para alguien que es, indecisa por naturaleza, no pensar qué ponerse por las mañanas suponía un alivio.

Más tarde, en la universidad, mi estilismo no varió demasiado. Mi atuendo consistía en vaqueros y pantalones rectos que combinaba con camisas, jerséis y algún que otro bléiser. Y después, al empezar a trabajar, adopté el uniforme no obligatorio, pero sí aconsejado —o sea, obligatorio— de mi empresa: trajes de chaqueta y pantalón o chaqueta y falda.

Existe la creencia popular de que a los 30 ya eres capaz de mirarte al espejo y reconocerte en él, porque esa inseguridad de los primeros años de juventud ha sido sustituida por confianza en ti misma. Sabes lo que te gusta, lo que no, lo que te sienta bien y lo que deberías desterrar de tu armario. ¿Entonces por qué yo me miro y sigo sin verme? Entiéndeme, la ropa no define quiénes somos, pero sí es una capa más de nuestra personalidad. Y a mí me falta de eso. No ropa, a juzgar por toda la que hay esparcida sobre mi cama, sino personalidad.

Contándote esto comprenderás un poco mejor por qué un domingo a las dos de la tarde me hallo frente al armario de mi dormitorio probándome trapos con Etta James de fondo cantando *At last* en el tocadiscos. Empecé con mi ropa, aunque sabía de antemano que sería una pérdida de tiempo, y después seguí con la de Sergio.

Con sus camisas y sus jerséis concretamente. Es una suerte que el *oversize* esté de moda.

—¿Qué te parece? —le enseño mi opción de jersey estampado de tucanes, estratégicamente metido por un lateral de unos vaqueros claros de talle alto.

—Me parece lo mismo que los cuatro modelos anteriores que te has probado —responde tumbado en la cama, con las gafas puestas y la nuca apoyada sobre una mano, sin apartar la vista de su ejemplar de *La inercia del silencio*, de Sara Búho, que sostiene en la otra.

—Eso no me sirve. No me estás ayudando nada.

—¿Qué quieres que te diga? Es mi ropa, me gusta, y que la lleves tú me gusta todavía más. Pero sigo pensando que no tienes que cambiar tu forma de vestir.

—Intento encontrar mi estilo —razono.

—Pues en mi ropa no lo vas a encontrar. —Sus ojos por fin me encuentran—. Además, lo que intentas no es encontrar tu estilo, sino mimetizarte con tu jefe y el resto de tus compañeros, porque desde tu retorcida lógica crees que es la mejor manera de encajar.

Maldito. Nos conocemos desde hace cuatro meses y ya me tiene calada. Lo que busco es otro uniforme con el que sentirme cómoda de nuevo.

—O sea, que no me vas a ayudar... —insisto con mi mejor cara de pena. Yo también conozco sus debilidades.

—Vaaaale. —Se incorpora con un suspiro y se quita las gafas para dejarlas sobre la mesita de noche. A continuación, empieza a rebuscar entre la ropa—. Esta me gusta. —Me enseña una falda de color granate.

—No, esa la llevaba a trabajar a la oficina. Es muy formal.

La observa con curiosidad y, para mi completo estupor, se levanta de la cama, se baja los pantalones del pijama y se la empieza a probar.

—Pero ¿qué haces?

—Si tú te pones mi ropa, yo puedo ponerme la tuya —afirma subiéndose la cremallera.

—Como te quede mejor que a mí me tiro por la ventana —le

advierto al ver que le entra como un guante.

—Me aprieta los huevos —se queja a la vez que trata de colocárselos con el ademán menos sensual de la historia.

—Por algo se llama falda de tubo.

—No sé cómo puedes andar con esto.

—Uy, eso no es nada. —Me agacho y saco del armario unos zapatos negros con tacón de nueve centímetros—. Póntelos y entérate de lo que es sufrir de verdad.

Se los calza como puede porque le quedan muy pequeños y empieza a caminar a trompicones, exhibiendo sus piernas morenas y peludas.

—Joder, es como si la ropa me hubiera secuestrado e intentara escaparme.

—Yo no lo habría definido mejor.

—Por cierto, se me olvidó contarte que hablé con Enzo hace unos días. Va a pasar la Nochevieja con nosotros. Le dije que podía dormir en el sofá. No te importa, ¿verdad?

Siendo Sergio como es, podría haberse acordado de avisarme el último día del año y con Enzo entrando por la puerta, así que...

—No hay problema.

—Sospecho que ya se ha acostado con toda la isla y quiera probar suerte aquí —comenta con los brazos estirados en cruz, tratando de mantener el equilibrio—. Me ha preguntado por Brina.

Entre esos dos hubo alguna historia, estoy segura, pero ella nunca ha soltado prenda.

—¿Le has dicho que con Brina sí que no va a tener suerte?

—No soy quién para hablar de su orientación sexual. Eso es cosa suya. Y tampoco pasa nada porque le digan que no una vez. Le vendrá bien una cura de humildad.

—Ya, como si a ti te hubieran rechazado muchas veces —apunto con una mueca.

—Tú lo hiciste —replica justo antes de tropezar con sus propios pies.

—Yo me resistí como cinco minutos —le contradigo—. Y quítate mis zapatos, que vamos a acabar en el hospital con un

esguince.

Llaman al timbre. Es la comida china y llega en el momento ideal, porque estoy harta de probarme ropa.

—Ya voy yo —me avisa Sergio.

—¡Espera! No puedes abrir así.

—Anda ya, si los repartidores han visto de todo —dice camino de la puerta.

Me doy la vuelta, contemplo la ropa tirada sobre la cama y suspiro con pereza. Ya la guardaré más tarde. Quién me iba a decir que el desorden no me perturba tanto como creía. Cierro la puerta del armario y observo la conmoción de mi rostro en el espejo al escuchar «espero haberme equivocado de piso».

—¿Aura? —me llama Sergio desde la puerta—. O los de Glovo van ahora muy elegantes o ha venido tu madre.

Tardo menos de dos segundos en llegar a la puerta para encontrarme una escena surrealista. A mi madre, impertérrita cual estatua de mármol, observando a mi novio vestido como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —Intenta ser una pregunta, pero sale de mi boca como un chillido agudo.

—Nunca coges el teléfono y estás demasiado ocupada para ver a tus padres, así que me he visto obligada a venir hasta aquí —replica muy digna y se pasa ligeramente las puntas de los dedos por su media melena rubia y lisa, de la que ni un pelo se atrevería a salirse de su sitio.

—Mamá, él es Sergio... Sergio, esta es mi madre, Elvira.

—Encantado de conocerla. Y me disculpo por llevar semejante pinta. —Un punto para Sergio por tratarla de usted. A mí también me dan ganas de hacerlo a veces—. Si hubiera sabido que venía, me habría puesto al menos unas medias.

Olvida el punto.

—Tu padre está aparcado en doble fila —me informa mi madre, ignorando completamente a Sergio—. Tenemos mesa reservada en 45 minutos. Os esperamos en el restaurante del club.

Da media vuelta y se larga sin esperar respuesta porque no hay

nada que discutir. Comemos juntos y punto.

Sergio cierra la puerta y yo resoplo.

—Creo que la tengo en el bote —bromea.

—Vístete, anda, no quiero llegar tarde y darle otra razón para cabrearse.

Me cambio rápidamente y me pongo un vestido gris oscuro de cuello bobo en blanco y botas negras. Voy al baño y me maquillo con un poco de base y máscara de pestañas. Está lloviendo, pero no tengo tiempo de pasarme la plancha, así que me cepillo el pelo y ya. Al volver al salón me encuentro a Sergio vestido con vaqueros negros y una camisa con un estampado de setas de colores que se parecen sospechosamente a las casas de los pitufos.

—¿Eso es lo que vas a llevar?

—No puede hacer más daño que la falda y los tacones. —Se encoge de hombros.

Eso cree él. La capacidad de desaprobación de mi madre no tiene fin.

—¿No podrías ponerte algo más… discreto? Vamos a comer al puñetero club social.

—¿Qué pasa? ¿Crees que te voy a dejar en ridículo?

Y su duda me hace sentir como una bruja.

—No, claro que no. —Niego con la cabeza—. Perdona, soy idiota. Puedes vestirte como te dé la gana. Solo faltaba…

—Da igual, me cambio. —Se rasca la cabeza—. Tengo una camisa blanca. Me la puse para un funeral.

Genial, porque esto va a ser igual de divertido.

***

Me rasco el brazo hasta enrojecerme la piel. El vestido me pica por todo el cuerpo y es raro, porque la lana es suave. Probablemente, se debe a que la incomodidad la llevo dentro de mí. No estoy psicológicamente preparada para ver a Sergio y a mi madre compartiendo mesa. Sobre todo en el club, donde no he puesto un pie desde hace meses. En invierno solía nadar en la piscina climatizada y,

de vez en cuando, jugaba al tenis con Óscar. Pero la verdad es que no echo de menos un lugar en el que para entrar, Sergio ha necesitado un pase especial, porque aquí impera el *members only,* además de los chalecos acolchados. No estoy juzgando a nadie, es solo que no es mi sitio. Ya no me siento cómoda aquí. Me doy cuenta porque mientras finjo leer la carta del restaurante sueño despierta con el pollo agridulce que podría estar comiéndome con palillos y en pijama.

Sergio me toca el muslo por debajo de la mesa y lo reprendo con la mirada, justo antes de darme cuenta de que su intención no es meterme mano, sino que deje de mover compulsivamente la pierna. Estupendo. Y todavía no hemos pedido.

Mi padre saca sus gafas del bolsillo de la chaqueta y se concentra en la carta de vinos. Mi madre me observa de frente y me examina como un escáner de aeropuerto. Nada ni nadie sería capaz de alisar ese ceño fruncido, obra de años de insatisfacción, con la vida y conmigo. Ni siquiera el bótox ha podido con él.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —inquiere.

—Nada.

—Será eso... —murmura—. Mañana llamo a la peluquería y te pido cita para una taninoplastia.

—No hace falta, mamá.

—A la vista está que sí.

Sergio abre la boca, pero mi padre se adelanta.

—Sergio, ¿te gusta el vino? —le pregunta, ajeno como siempre a los proyectiles en forma de insulto que su esposa dirige hacia su hija —. Aquí tienen una bodega excepcional.

—Seguro que sí, pero yo no bebo. Soy exalcohólico.

Las cejas blancas y pobladas de mi padre se elevan hasta la lámpara del techo, aunque enseguida recobra la compostura. A diferencia de mi progenitora, quien asesina a mi novio con sus ojos oscuros, lo incinera y tira al mar sus cenizas para que se las coman los peces.

—Pedimos agua entonces —sugiere mi padre.

—No, no, por favor, Ángel, no lo hagas por mí. No tengo ningún problema en que los demás beban. Si no, ni podría salir de

casa —bromea.

—¿Cuánto tiempo llevas sobrio?

—¡Mamá!

—¿Qué pasa? —pregunta ella con inocencia fingida—. Es él quien nos lo ha contado. Y si no se avergüenza de ello, no veo por qué tú sí.

—Yo no me avergüenzo ni mucho menos —me veo obligada a aclarar—, pero no creo que Sergio tenga que dar explicaciones sobre eso.

—Aura, no pasa nada —me asegura para, a continuación, dirigirse a mi madre—. Me desintoxiqué hace unos siete años. Tanto de alcohol como de cocaína. Y tienes razón, Elvira, no me da vergüenza. Me considero un superviviente —afirma con tranquilidad.

—Hablas como si hubieras luchado en una guerra —replica ella alzando la barbilla.

—En una contra mí mismo.

—Es una manera de verlo.

Incorrecta, según su opinión, pero mejor no profundizar en el tema.

Un camarero llega a la mesa para tomarnos nota de las bebidas. Vino tinto para mis padres, Coca-Cola para Sergio y un vino blanco para mí. Acto seguido, aparece otro camarero con una cesta para ofrecernos distintos tipos de pan. Todos elegimos menos mi madre, que declina con un sutil movimiento de mano. Ella no come pan desde tiempos inmemoriales. Tampoco consume carne, azúcar o cualquier tipo de grasa. Fundamentalmente, se alimenta de café y pescado a la plancha.

—¿A qué te dedicas, Sergio? Aura no nos ha contado casi nada de ti —comenta mi padre con más razón que un santo. Quizá eso tampoco ha ayudado a su tranquilidad.

—Tengo un bar en la playa.

—Pero no en cualquier playa, papá, en la que veraneábamos nosotros todos los años.

—Ah, nos encantaba aquella isla —recuerda con una sonrisa teñida de nostalgia—. Tuvimos una casa allí, aunque Aura parecía que

quería vivir metida en el mar. Y eso que al principio le daba pánico.

—Es que no era como la piscina de casa. No le veía el fin —razono.

—Te colgabas de mi cuello como un mono. La pena es que luego aprendiste a nadar y ya no me necesitabas.

Sí que lo necesitaba, siempre lo he necesitado. Más de lo que él puede imaginar.

—Es un sitio increíble para vivir —apunta Sergio.

—Se volvió demasiado turístico —le contradice mi madre—. Por eso nosotros vendimos la casa.

La sonrisa de mi padre muere y agacha la cabeza, como si tuviera algo de lo que avergonzarse cuando no es así. Lo que la mentirosa de mi madre desconoce es que Sergio es el actual dueño de nuestra antigua casa. Él sabe por mí que mi padre tuvo que venderla para poder pagarme la universidad en el extranjero, ya que durante la crisis económica su empresa vivió un par de años muy malos. Después se recuperó y todo volvió a la normalidad, pero de puertas para fuera su mujer finge que aquello nunca ocurrió.

—Entonces eres camarero —continúa mi madre y pronuncia «camarero» como quien dice «sífilis».

—No es solo camarero, tiene su propio negocio. Es el dueño del bar —insisto.

—¿Y cómo lo gestionas viviendo aquí? —se interesa mi padre—. No debe ser nada fácil mantener un negocio tan lejos.

—Bueno, ahora mismo está cerrado. El invierno es temporada baja y no merece la pena abrir.

Es una verdad a medias. Es cierto que los ingresos son menores en esta época, Sergio me lo dijo. Sin embargo, esta es la primera vez que lo cierra más allá de los días que se suele tomar de vacaciones.

—O sea, que tú trabajas la mitad del año en un chiringuito y tú eres becaria —declara mi madre mientras se coloca la servilleta en el regazo—. Es encantador… cuando se tienen 20 años. Con 30 ya no tanto.

—Dudo que mucha gente encuentre su verdadera vocación tan joven. Daniel Dafoe, por ejemplo, no escribió su primera novela hasta

los 60 —argumenta Sergio.

—Hay gente ambiciosa y gente que no lo es —opina ella.

—Escribir *Robinson Crusoe*, que es considerada la primera novela moderna inglesa, me parece ambicioso.

—Supongo que a Daniel Dafoe no le preocupaba mucho su jubilación. ¿Cómo terminó exactamente?

—Viviendo en la clandestinidad y perseguido por sus acreedores —reconoce mi chico.

—Bonito ejemplo.

—Mama, soy feliz. ¿Eso no cuenta? —intervengo por fin, aunque lo hago a media voz.

—Claro, hija. Solo espero que podáis pagar el alquiler con tanta felicidad —sentencia con esa increíble capacidad para hablarme con indiferencia y a la vez meterse en mi vida hasta la cocina.

—Si no siempre podemos vivir en mi furgoneta. Tiene un colchón —suelta Sergio con tranquilidad y a la vez toda la mala leche del mundo.

Ella no responde esta vez, pero se le hincha la vena de la frente. Yo he tenido discusiones mudas con esa vena. Siempre gana ella.

—¿Qué tal si pedimos ya? —propone mi padre, que siempre prefiere cambiar de tema a involucrarse en ninguno.

—Perfecto —respondo.

Cuanto antes comamos, antes podremos huir.

***

Nos metemos en el coche después de la hora y media más tensa que puedo recordar y me apoyo contra el cabezal del asiento. Una clase de *body combat* en el gimnasio me hubiera dejado menos exhausta. No sé ni si tengo fuerzas para conducir. Y lo peor de todo es que vamos a tener que repetir pronto. Hemos accedido a pasar la Nochebuena con mis padres. Mi madre me pilló desprevenida y no supe negarme.

—¿Ahora me entiendes? ¿Entiendes por qué la evito?

—Sí. —Afirma Sergio con la cabeza—. Lo que no llego a comprender es por qué te has quedado callada la mayor parte del

tiempo.

—Porque ella siempre consigue avasallar a todo el mundo.

—Igual siempre es así porque no le haces frente.

—No merece la pena... Ya sé que tu madre era maravillosa, pero la mía no. Es cero cariñosa, altiva y una clasista de cuidado. Hace años que lo asumí.

—Pues parece que algo se te ha pegado. ¿A qué ha venido lo de que no soy *solo* un camarero? Es parte de mi trabajo y no tiene nada de malo.

—No, no lo tiene, en absoluto, pero vamos a dejarlo, por favor. —Me coloco el cinturón y me dispongo a arrancar.

—Espera. —Me detiene con la mano—. ¿Por qué no quieres hablar?

—Porque no me apetece tener una discusión contigo por culpa de mi madre.

—Aura, no estamos discutiendo, estamos hablando.

—Vale, pues si quieres hablar, déjame decirte que tú tampoco has estado muy fino.

—¿Qué he hecho yo? —Se señala con las manos.

—¿Tenías que contarles lo del alcohol y las drogas a la primera oportunidad? Solo te faltó soltar, no sé, que en tus ratos libres conducías narcolanchas.

Nada más lejos de mi intención que defender a mi madre, pero nadie quiere escuchar que su hija sale con un exalcohólico y exdrogadicto. Y quien diga lo contrario, miente.

—Ni mi ropa está bien, ni mi trabajo, ni mi pasado, ni lo que digo... ¿Hay algo que te guste de mí hoy?

—Ves como al final estamos discutiendo... —Me llevo una mano al puente de la nariz—. Me va a estallar la cabeza.

—Eh. —Me acaricia la mejilla y lo miro—. Vale, ya está. No vamos a pelearnos por tu madre... Sobre todo porque le encantaría.

—Gracias. —Sonrío con tristeza ante esa verdad.

—Es solo que delante de ella te haces pequeña y no me gusta.

—Lo sé —musito.

—Ahora vamos a merendar a alguna parte —me pide a la vez

que se pone el cinturón.

—¿Tienes hambre?

—¿Tú has visto mi solomillo? —Alza las cejas—. Porque yo no de lo diminuto que era.

Enciendo el motor, aunque ni su sonido consigue amortiguar la voz incómoda que me susurra que sí, que delante de mi madre me hago pequeña, porque hace mucho aprendí que reprimirme era la única forma de relacionarme con ella sin que me rechazara. Y odio que Sergio lo haya visto.

7

SERGIO

Zoquete

No tengo ganas de estar aquí. No tengo ganas de llamar al timbre ni de abrir la puerta enrejada del portal, que sigue pesando como un muerto, aunque ya no sean las manos de un niño las que la empujan. Tampoco tengo ganas de desviar la mirada hacia el buzón —pero lo hago— para ver lo que sé de sobra: el nombre de mi madre ya no aparece ni lo volverá a hacer. Y llegados hasta aquí, tengo todavía menos ganas de subir al sexto A, donde espera mi padre, seguramente con un entusiasmo similar al mío ante nuestro inminente reencuentro. La última vez que nos vimos fue hace más de un año, en el funeral de su hermano.

Presiono el botón del ascensor e inmediatamente entrelazo mis dedos con los de Aura. Me mira y me lanza una sonrisa comedida antes de observarse en el espejo, con sus ojos marrones y brillantes, y la nariz roja a causa del frío. Se suelta de mi mano y usa la suya para alisarse las puntas de su melena. Está más nerviosa que yo, que aún trato de recordar si son 62 o 63 los años que cumple mi padre.

Hace un par de días se me ocurrió la feliz idea de comentar que hoy era su cumpleaños y tal vez un buen momento para que se conocieran. Fue un instante de debilidad, un ramalazo de culpa por haber estado comiendo con sus padres la semana pasada y no haber sido capaz de cruzar la ciudad para venir a ver a la única familia que me queda en el mundo. Y si lo pienso fríamente, esto no puede ser peor. La madre de mi chica es como Atila, por donde pisa no crece la hierba. Ni tampoco la autoestima de su hija.

Cuando Aura me preguntó qué podíamos regalar a mi padre por su cumpleaños, me quedé un rato en blanco. Insistió tanto en no presentarse en su casa con las manos vacías que tuve que hacer memoria para recordar que le gusta jugar al dominó. Le ha comprado uno. A mí, que se me olvida hasta peinarme, ni se me había ocurrido hacerle un regalo.

Desde que empecé a cantar, cuanto más famoso me hacía,

menos parecíamos conocernos él y yo. Poco a poco, nos convertimos en extraños que compartían techo. Circunstancias —por llamarlas de alguna forma— como irme de casa, beber, drogarme y la muerte de mi madre, no contribuyeron a estrechar lazos, porque ya no quedaba mucho que atar. La prueba fue su entierro, donde estallamos como un polvorín. No me gusta recordarlo. Solo diré que no supimos comportarnos y estar a la altura del momento.

Un tiempo después, en un arrebato de los míos, lo invité a mi boda con Eva. Estaba seguro de que no se presentaría, pero me equivoqué. El tiempo y la distancia hicieron su trabajo cuando me fui a vivir a la isla, así que ahora volvemos a tratarnos como dos conocidos que solo hablan de trivialidades por el bien de ambos. Y acabo de darme cuenta de que 17 años de relación padre-hijo caben en lo que dura un viaje en ascensor.

—No estés nerviosa —le digo a Aura. Probablemente, esa frase jamás ha ayudado a nadie, pero es lo único que se me pasa por la cabeza al verla caminando tan tiesa por el rellano.

—Quiero gustarle —me susurra.

«Es imposible que no le gustes», pienso, aunque no me tomaría en serio. La inseguridad es otra de las cosas que puede agradecerle a su madre.

La puerta se abre y, como de costumbre, las bisagras chirrían como si las estuvieran torturando. Ahí está él, como siempre, con su pelo negro que no ha perdido espesor con los años, sus ojos rasgados y su tez morena, sea cual sea la estación. Mirarse en un espejo dentro de 30 años debe ser algo muy parecido a esto.

—Hola, hijo.

—Hola... —Me quedo ahí, con el saludo suspendido en el aire, porque no recuerdo cuándo fue la última vez que me llamó «hijo». Y compruebo el impacto de esa simple palabra cuando Aura se ve obligada a presentarse ella sola porque yo he enmudecido.

—Soy Aura. Encantada de conocerlo. Feliz cumpleaños —le dice con una sonrisa tímida.

—Muchas gracias, Aura, pero ni se te ocurra llamarme de usted. —Se dan los dos besos protocolarios—. Pasad al salón, que yo voy

ahora. Estoy terminando de hacer el café.

El olor de los granos recién molidos inunda el pasillo al entrar. Nunca lo entendí y sigo sin entenderlo, cómo después de pasar ocho horas al día sirviendo cafés le quedan ganas de moler el suyo. Avanzamos por el oscuro pasillo que distribuye las habitaciones de la casa y llegamos al salón. Los recuerdos son aguijones directos al pecho.

Veo a mi madre en una esquina cerca de la ventana, pintando descalza y cantando *Piano man,* de Billy Joel. Y por un instante, el olor a café es sustituido por el de sus acuarelas. También la recuerdo saliendo a la terraza para regar los geranios y hablar con ellos. Yo me reía, pero ella siempre presumía de que no se le moría ni una planta, y era cierto.

Me veo a mí en el sofá, en uno tapizado de flores rosas, muy diferente al verde claro y liso en el que nos acabamos de sentar. De repente, tengo 18 años y una resaca de las gordas. Ella está cabreadísima conmigo y me grita: «En esta casa no eres famoso. Eres mi hijo y puedo darte una patada en el culo cuando quiera». Era una de sus frases más repetidas, junto a: «Me da igual lo que te griten las niñas en los conciertos, no eres tan guapo ni tan listo como para permitirte ser un gilipollas».

—¿Estás bien? —quiere saber Aura.

—Sí —respondo de vuelta al presente.

Mi padre reaparece con una bandeja en la que lleva una cafetera italiana, una jarra de leche y unas tazas con una especie de diseño tropical. Me apuesto mi propio bar a que él no ha elegido ese juego de café. Le pregunta a Aura si quiere leche y azúcar y a mí me sirve un café solo sin preguntarme. Durante unos segundos, el sonido de las cucharillas de metal girando y golpeando el interior de las tazas se adueña del salón. Y no sé si es la genética o el azar lo que hace que mi padre y yo nos rasquemos la cabeza a la vez.

—Madre mía, es increíble lo mucho que os parecéis —comenta Aura.

—Bueno, a mí añádeme unas cuantas arrugas y el colesterol alto. 40 años comiendo huevos fritos con patatas al final pasan

factura.

—Si no recuerdo mal, también hay ensaladas en el bar.

—Agg, quita, quita. —Niega con la mano—. Prefiero que me maten a comer lechuga.

—Eso también lo recuerdo.

Aura roza su pierna contra la mía con disimulo y señala con la mirada la bolsa de papel que todavía sostengo con el regalo.

—Ah, sí... Feliz cumpleaños. —Le entrego la bolsa y él abre los ojos sin poder disimular que le sorprende más recibir algo de mí que el regalo en sí. Saca el paquete y rompe el papel.

—Es un dominó —señala lo evidente—. Y con mi nombre. —Eso me pilla desprevenido a mí. En la parte superior de la caja de madera está grabado su nombre: Eduardo. ¿He comentado ya que mi chica es acojonante?—. Gracias —responde mirándome.

—Ha sido idea de Aura. —Trato de otorgarle el mérito a ella, aunque mi tono es un poco más rudo de lo que pretendo.

—Pues gracias a ti también, Aura. Has acertado de pleno —asegura a la vez que posa el regalo sobre la mesa.

—Me alegro, porque ya no se puede devolver —confiesa ella con una sonrisa.

—No sabía que íbamos a hacernos regalos de cumpleaños —admite mi padre algo desconcertado—. Yo no te he comprado nada por el tuyo.

—Espera, ¿cuándo es tu cumpleaños? —me pregunta Aura—. Me acabo de dar cuenta de que no lo sé.

—Fue hace tres semanas.

—¿Cómo? ¿Y por qué no me lo dijiste? —inquiere entre alucinada e indignada—. Te hubiera comprado un regalo. Y una tarta. Podríamos haber salido a cenar para celebrarlo. O podría haber organizado una fiesta.

—Por eso no te dije nada... Ibas a empezar las prácticas y no quería que te estresaras más. Los cumpleaños me dan igual. No necesito regalos y sé que el dinero te preocupa.

—¿Tienes algún problema de dinero? ¿El bar no va bien? —interviene mi padre, malentendiendo la conversación.

—Mientras haya ingleses dispuestos a pagar 20 euros por una jarra de tinto de verano no tendré ningún problema.

Aura se queda callada y se toma su café. Imagino que prefiere continuar echándome la bronca en privado.

—¿Y cuánto tiempo pensáis quedaros en Madrid? —pregunta mi padre cambiando de tema.

—Cuánto tiempo... —Aura entrecierra los ojos—. Perdón, no entiendo.

—Ahora vivo aquí —le aclaro.

—¿Desde cuándo? —pregunta mi padre y Aura vuelve a mirarme sin comprender nada.

Joder, me estoy luciendo.

—Desde hace pocos meses. Aura y yo vivimos juntos.

—Pensaba que no volverías a Madrid. Juraste y perjuraste que nunca lo harías.

—Las cosas cambian. —Me encojo de hombros. No estoy acostumbrado a compartir confidencias con mi padre.

—Ya veo...

—La casa está distinta —comento.

—Sí, la he pintado y Amaia me ha ayudado a decorarla un poco. —Señala la pared—. A mí eso no se me da muy bien. No distingo ni los colores. Hay como 50 tipos de azul.

Creo que Aura hace un comentario sobre lo bonitos que son los cojines, pero no estoy seguro. Mis ojos y mis pensamientos están puestos en la pared en la que cuelgan unas láminas de flores.

—¿Dónde están los cuadros que pintó mamá?

—Los guardé.

—¿Dónde?

—En el trastero.

—¿Por qué? ¿No quedaban bien con la nueva decoración de tu novia?

—No. —Aprieta los dientes—. Quitarlos fue cosa mía.

—Entonces solo te estorbaban a ti —deduzco.

—No, tampoco fue eso. Y aunque no tengo por qué darte ninguna explicación, los quité porque necesitaba seguir adelante. No

podía hacerlo con un museo viviente de tu madre en casa.

—Y la solución es meterlos en el trastero para que se pudran como ella en su tumba, claro.

—Sergio —escucho susurrar a Aura, pero la siento a kilómetros de distancia.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así, chaval?

—Su hijo.

—También eres el mío, por mucho que te pese. Y si no piensas tener el respeto con el que te educamos en esta casa, mejor te vas por donde has venido.

No necesito que me lo repita. Me levanto del sofá.

—Dame la llave del trastero. Quiero llevarme los cuadros. Tú puedes fingir que no existen, pero yo no. —Se me queda mirando, sopesando cuáles serán las consecuencias de no darme la llave—. O me la das o voy y reviento la puerta a hostias, lo que prefieras.

Suelta el aire por la nariz como un toro y, por un segundo, creo que la hostia me la voy a llevar yo, pero se levanta y sale del salón. Noto la mano de Aura en mi brazo. No la miro, no puedo. Solo veo rojo.

Mi padre vuelve con la llave en la mano, aunque no me la entrega.

—Yo siempre estuve al lado de tu madre, desde el día en que nos conocimos. Era quien la abrazaba cuando no se podía dormir pensando que nos llamarían de madrugada para decirnos que habías muerto de una sobredosis. ¿Y tú qué hacías? Estabas por ahí pasándotelo de puta madre, metiéndote de todo y sin pensar en nadie. No te atrevas a darme lecciones de moral.

—Sí, sí, soy un hijo de mierda, no es la primera vez que lo oigo. —Extiendo el brazo con la mano abierta—. La llave.

—Está claro que hay cosas que no cambian tanto —concluye antes de entregármela.

Camino hacia la puerta y Aura, por supuesto, se disculpa con él antes de seguirme. Subimos al trastero y enseguida localizo los cuadros. Son cuatro, están envueltos en papel de burbujas y colocados sobre una caja de cartón. No son de gran tamaño, así que los cojo y los

cargo en el maletero del coche. Al llegar a casa, lo primero que hago es colgar dos de ellos sobre el cabecero de la cama.

—Quedan bien —me dice Aura cuando me ve contemplando los dos caballitos de mar, uno frente a otro—. ¿Ya estás más tranquilo?

—Sí —miento. Estoy sudando y tengo el pulso acelerado.

—Pudiste llevártelos de otra manera. No hacía falta hablar así a tu padre.

—Que tú vivas acobardada por tu madre y no te atrevas a toserla no significa que yo tenga que hacer lo mismo —escupo tan rápido que no me doy cuenta de lo que he dicho hasta que las palabras han estallado fuera.

—Vale, muy bien. —Es todo lo que responde antes de darse la vuelta e irse al sofá.

Cierro los ojos y aprieto los dientes. Cuando las emociones me sobrepasan, soy incapaz de amarrarlas. Me enfado y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza. Olvido que, en ciertos momentos, las palabras hay que pulirlas para que no corten. Y una vez que la rabia se evapora, solo me queda el arrepentimiento. Respiro hondo y ahora me toca a mí ir detrás de ella.

—Lo siento. A mi edad ya debería saber cuándo atarme la lengua.

—Desde luego. —Coge su móvil de la mesa solo para poder retirarme la mirada.

Aura es inteligente, preciosa y valiente. Hay que tener dos ovarios bien puestos para hacer lo que ella hizo: darle la vuelta a una vida que ya no reconocía como propia. Recuerdo aquel día de verano cuando se presentó en la puerta de mi casa, vestida con una sonrisa entre aterrorizada e ilusionada. Me soltó que no tenía ni idea de lo que iba a hacer al día siguiente, pero, fuera lo que fuera, le apetecía hacerlo conmigo. Me fulminó como un rayo con aquellas pocas palabras. Decían tanto con tan poco que supe entonces que era la mujer de mi vida. Y no, no me gusta nada ver a esa mujer a la que admiro transformarse en una sombra encogida de vergüenza cuando tiene a su madre enfrente. Pero son sus demonios internos y yo no debería ser el imbécil que los utilice en su contra.

Me siento a su lado en nuestro pequeño sofá y me muerdo el labio.

—Tuve una psicóloga que me aconsejó que cuando fuera a decir alguna barbaridad de la que luego pudiera arrepentirme, saliera de la habitación y me fuera a dar un paseo.

—Pues deberías hacerle caso, porque esta casa es demasiado pequeña para los dos cuando decides comportarte como un zoquete.

—¿Zoquete? —Levanto las cejas—. Esperaba que me llamaras «inmaduro», «infantil» o «niñato». Todos insultos merecidos, pero ¿zoquete? ¿De qué época es?

—No lo sé.

—¿Te sabes más como ese? —le pregunto y consigo por fin que sus ojos se crucen con los míos.

—Ceporro. Soplagaitas. Papanatas. Berzotas. Lechuguino...

No lo puedo evitar y rompo a reír.

—A mí no me hace gracia —me advierte nada convencida de sus palabras.

—Es una faena, ¿verdad?

—¿El qué? —Frunce el ceño con recelo.

—Intentar seguir enfadada conmigo y no poder.

—Pues sí —reconoce de mala gana.

Cojo su mano y le doy un beso en el dorso.

—Perdí el control y te hice pasar un mal rato en casa de mi padre. Lo siento mucho.

—¿Quieres hablar de ello? —se ofrece.

—No.

—Vale.

—Aun así, ¿me perdonas?

—Te perdono... Aunque si te digo la verdad, sigo enfadada porque no me contaras lo de tu cumpleaños. Con o sin dinero, me hubiera gustado hacerte un regalo.

—Bueno, si quieres darme uno ahora, se me ocurre algo que es gratis —insinúo mientras me acerco a ella.

—Una manera muy elegante de pedirme que te la chupe.

Joder, menuda reputación, si estaba pensando en un beso.

Aunque tampoco soy tan idiota como para desaprovechar las oportunidades que me brinda la vida.

—Es que soy un zoquete elegante —apunto antes de morderle el cuello.

8

El regalo

—Sergio —susurro y no obtengo respuesta—. Sergio. —Le zarandeo un poco desde mi lado de la cama—. Sergio…

—Mmmm… ¿Qué? —farfulla abrazado a la almohada y con los labios casi tan cerrados como los ojos.

—Despierta, nos vamos. —Enciendo la luz de la mesita de noche y me levanto de la cama.

—¿A dónde? —murmura adormilado—. ¿Qué hora es?

—Casi la una.

—¿La una? —Levanta la cabeza y parpadea mirando alrededor —. Pero si nos hemos acostado hace nada.

—Ya, pero es que no podía dormir. Estaba dándole vueltas a la cabeza, pensando qué regalarte por tu cumpleaños y se me acaba de ocurrir algo —le explico mientras me quito el pijama—.Vístete rápido porque vamos con el tiempo muy justo.

Como tengo que conducir, opto por ponerme cómoda: unos pantalones de algodón, un jersey de punto y unas deportivas. Voy al baño, me lavo la cara con agua y jabón y me recojo el pelo en una coleta. Al volver a la habitación, veo a Sergio sentado en la cama, bostezando y todavía en pijama. Su ritmo isleño me encanta… casi siempre. Saco del armario unos vaqueros, el primer jersey que pillo y le lanzo la ropa con intención de meterle un poco de prisa.

A la una y diez estamos saliendo del portal. La calle nos recibe desierta y a oscuras debido a una farola estropeada. La tranquilidad de la noche la rompen la sinfonía de los contenedores volcándose en el camión de la basura y el «me cago en la hostia» de Sergio al pisar una caca de perro. Reciente, para más señas. Caminamos calle arriba y diez minutos después, previa limpieza de zapatillas con una decena de toallitas húmedas de las que siempre llevo en la guantera, ya estamos montados en mi coche y saliendo del aparcamiento. A estas horas no hay tráfico y, siendo optimista, creo que puedo darle su regalo y volver a tiempo para trabajar.

—Una cena no puede ser. Es demasiado tarde para comer nada —supone Sergio desde el asiento del copiloto, tratando de adivinar a dónde nos dirigimos.

—No te creas. Yo he comido callos a las cuatro de la mañana en un bar-karaoke al que me arrastró Sol.

—¿Me llevas a comer callos?

—No.

—¿A una discoteca? No, eso no tiene mucho sentido —se dice a sí mismo—. ¿A un club de intercambio de parejas?

—¿Y por qué íbamos a ir a un club de intercambio? —inquiero bastante descolocada.

—¿Yo qué sé? Me contaste que Brina fue una vez. A lo mejor te pica la curiosidad.

—¿Te pica a ti? —pregunto, planteándome si es buena idea esto de jugar a las adivinanzas mientras conduzco.

—Para nada. Las orgías no son tan divertidas como uno se las imagina.

Confirmado: mala idea.

—Por curiosidad, ¿en cuántas orgías has estado para terminar aburrido de ellas?

—Me rindo. —Pega la cabeza contra el asiento—. Tengo sueño, lo que significa que no estoy capacitado mentalmente para salir bien parado de esta conversación. Además, a estas horas solo se me ocurren guarrerías e ilegalidades. Y por ti las haría todas —remata con una sonrisa desvergonzada que no veo pero intuyo.

—No te voy a contar dónde vamos porque entonces ya no sería una sorpresa, pero sí puedo decirte que vamos a tardar, así que duérmete si quieres.

—Espera, ¿vamos a salir de Madrid?

Me encojo de hombros y me muerdo la lengua para no decir nada más, por mucho que me muera por hacerlo. Poco después, al incorporarme a la A-3 estoy convencida de que va a adivinar cuál es su regalo, sin embargo, parece igual de despistado. Le pido que ponga algo de música y lo primero que suena es *I'm on fire,* de Springsteen. Con la palma de la mano chocando suavemente contra su muslo

empieza a llevar el ritmo y a cantar bajito, casi sin darse cuenta. Su garganta áspera me pone la piel de gallina, probando una vez más que nunca seré inmune al sonido de su voz.

Si no pego un frenazo y me detengo en mitad del arcén para besarlo es solo porque sería ilegal. También porque podríamos acabar practicando sexo, que supongo debe ser más ilegal aún. Donde sí paro a mitad de camino es en una gasolinera. Lleno el tanque y compro un café que al final decido no tomarme por el bien de mi tránsito intestinal. Sergio se ofrece a conducir, pero no lo necesito. En realidad, los nervios han terminado quitándome el sueño, ya que, a medida que nos acercamos a nuestro destino, dudo cada vez más si su regalo le parecerá una ridiculez. Cuando llevamos casi tres horas en el coche y nuestra dirección es evidente, por fin me pregunta:

—¿Valencia? ¿Ese es mi regalo?

—Valencia es el destino más corto que hay de Madrid al mar. Vamos al mar. —Lo miro—. Ese es tu regalo.

—¿Me regalas el mar?

—Es más un alquiler por un ratito. En concreto, durante media hora si quiero llegar a la agencia a las nueve de la mañana. Ya sé que es un poco locura, pero...

—¿Locura? Es una ida de olla. Y me encanta. Aura, es el mejor regalo que podrías hacerme.

Sé que no miente porque la sonrisa no le cabe en la cara. Solo por eso merece la pena pasar la noche en vela.

***

A las cinco y tres minutos de la madrugada aparco y apago el motor frente al paseo marítimo de Valencia. A sus pies se encuentra la playa de la Malvarrosa, desierta y serena, con la cadencia de las olas rompiendo su quietud en la orilla. Aún faltan unas horas para el amanecer y el termómetro marca cinco grados.

—Si solo tenemos media hora, tendremos que darnos prisa —dice Sergio a la vez que se quita el jersey.

—¿Qué haces?

—Me has traído al mar... ¿Crees que no me voy a bañar?

Y yo que me estaba dando palmaditas mentales a mí misma por mi espontaneidad.

—Sergio, es diciembre y hace un frío horrible. Mi idea era dar un paseo por la playa, a ser posible con la ropa puesta.

Es obvio que mi argumento no le convence porque ya está en calzoncillos.

—Venga, quítatela —me apremia.

—No pienso morir en el mar y menos aún en bragas.

—Mi regalo no será un regalo del todo si no te bañas conmigo... Con ropa o sin ropa, tú eliges.

—Si nos detienen por escándalo público, vas a pagar tú la multa —le advierto.

—Trato hecho.

Resoplo y empiezo a desvestirme.

—Te odio fuerte —le hago saber en cuanto me quedo en bragas y sujetador.

—Pero me quieres más. —Me da un beso rápido, abre la puerta y sale del coche.

Lo sigo, no me queda otro remedio, y corremos hacia la playa a toda prisa. Hace frío y el relente de la noche flota en el aire, aunque la adrenalina del momento evita que lo sienta del todo. Cerca de la orilla nos quitamos la ropa interior y nos adentramos en el mar completamente desnudos. Nos zambullimos de cabeza y sin pensar. Ahora sí, el contacto con el agua es como si me clavaran agujas por todo el cuerpo.

—¡¡Hostia puta!! —chilla Sergio—. ¡¡Está congelada!!

—¡¡No me digas!!

—¡¡Ha sido una idea malísima!!

Y tal cual llega a esa conclusión, nada en dirección contraria y sale del mar como si lo estuviera persiguiendo un tiburón.

—¡¡Serás capullo!! —le grito a su trasero desnudo.

Al menos tiene la decencia de recoger mi ropa interior de la arena y esperarme para correr juntos de vuelta al coche.

—¡Te voy a matar! —lo amenazo desde mi asiento y enciendo

la calefacción al máximo—. Te voy a matar en cuanto deje de tiritar.

—Pero ¿por qué me haces caso? Se me ocurren muchas estupideces. —Se frota las palmas de las manos con fuerza.

—Te hago caso porque tus estupideces curiosamente suelen coincidir con las cosas que me hacen sentir más viva —farfullo con labios temblorosos—. Aunque ahora mismo estoy segura de que voy a morir de una hipotermia por tu culpa.

—No te vas a morir. —Me agarra de las mejillas—. Y además así tendremos una historia que contar a nuestros nietos. —Me planta un beso en la boca que me marea.

O tal vez el beso no tiene nada que ver y me he quedado en *shock* ante esa frase, pronunciada con tanta ligereza como contundencia. Sergio siempre me ha parecido tan impredecible y volátil que no me atrevo a pensar en envejecer a su lado.

El calor comienza a extenderse en el interior del coche y cuando estamos lo bastante secos, nos vestimos y pasamos a los asientos traseros para acurrucarnos a gusto. Apoyo la cabeza sobre su pecho y meto una mano por debajo de su jersey para dejarla apoyada en su estómago.

—Gracias por mi regalo —susurra rozando su barbilla sobre mi pelo mojado.

—De nada.

—No sabía que esto me hacía tanta falta. Estar en Madrid a veces no es fácil —admite—. Me trae recuerdos.

—¿Todos malos?

—Unos cuantos.

Me incorporo para poder mirarlo a los ojos.

—¿Quieres contármelos? A lo mejor ayuda.

Desvía la mirada y extiende el brazo para colocarlo sobre la parte superior del asiento. Araña la tapicería con el dedo índice y yo, simplemente, espero a que esté preparado.

—La gente te dice que perder a alguien a quien quieres por una enfermedad es mejor alternativa a que se muera de repente, porque la posibilidad de despedirte proporciona consuelo. —Aprieta la mandíbula, como si quisiera decir algo más, pero a la vez se esforzara

por retener las palabras—. ¿Tú qué prefieres, una puñalada rápida que no ves venir o que te hundan el cuchillo en la herida un poco cada día?

—No hay una buena respuesta para eso.

—No intento comparar mi historia ni mi dolor con el de nadie, es solo que pasé tres años diciendo adiós. Mi madre se levantaba cada mañana y decía: «Que le den al cáncer, hoy no pienso morirme». Era una leona y verla apagarse poco a poco fue una puta agonía… Los días buenos me engañaba pensando que había esperanza, que ella podía ser la excepción. Los malos me sentía como un mierda por desear que aquello acabara de una vez. En cambio, mi padre era jodidamente imperturbable. Fingía que no pasaba nada, como si aquello no le revolviera las tripas, como si la enfermedad no existiera y no la estuviera consumiendo hasta que al final ya no tenía fuerzas ni para hablar.

—Quizá él pensaba que era lo que tu madre necesitaba. No recordar constantemente que se moría.

—No lo sé, nunca quiso hablar conmigo y tampoco lo vi afectado. Hasta en el funeral puso buena cara. Yo me presenté colocado. Es patético, pero fue la única manera de hacerle frente. Era eso o no aparecer… Y hubiera sido mejor no aparecer —afirma con una mueca—. En cuanto me vio, se dio cuenta e intentó echarme a patadas de la iglesia. Yo respondí pegándole un empujón, él me dijo que era la vergüenza de la familia y yo le grité que de qué familia estaba hablando, porque sin ella no había familia. Aquello fue la escena de un culebrón. Después no ha habido mucho más. Fingimos que no pasó, hablamos un par de veces al año y cuando nos vemos, ya has visto lo que pasa.

—Sergio, no te ofendas por lo que voy a decir…

—Cuando alguien empieza así una frase se está disculpando con antelación porque sabe que va a ofenderte —apunta—. Aura, puedes opinar lo que te dé la gana, no necesito paños calientes.

—Pues opino que no tienes derecho a juzgar el dolor de tu padre solo porque no lo exprese igual que tú. En una situación así yo actuaría como él. Trataría de aparentar, de mantenerme entera por la

otra persona. Y luego terminaría echa polvo llorando en silencio en la ducha. Hay personas que saben esconder su dolor mejor que otras, pero guardarte algo no significa que desaparezca.

—¿Y tiene derecho a seguir juzgándome por lo que fui? Alcohólico y drogadicto, sí, pero ya estoy cansado de que eso sea lo único que ve cuando me mira. Mi madre no tuvo tiempo de saber que reconduje las cosas, perdí mi oportunidad con ella y esa mochila la voy a cargar siempre, pero es que a él ni le intereso.

—Ella lo sabía. Que lo harías bien.

—No lo creo, pero gracias por intentar animarme.

—Era tu madre, Sergio. Lo sabía. Además, te desintoxicaste cuando ella enfermó y estabas limpio cuando murió. Era prueba suficiente —argumento.

—A veces pienso que me dio la vida dos veces, que murió para que yo no lo hiciera porque sabía que al final un día se me iría la mano.

—Tú no tienes la culpa de lo que le pasó ni tampoco te quedan cuentas pendientes con ella. Y aún estás a tiempo con tu padre —añado.

—Ya lo escuchaste, hay cosas que no cambian. La gente no cambia. —Se pasa los dedos por la frente—. En fin, da igual… No quiero irme, pero tenemos que volver ya si quieres llegar a tiempo a trabajar.

Echo un vistazo al mar y trato de grabarlo en mi retina. Voy a dibujarlo después y regalárselo también como recuerdo de su cumpleaños.

—Podemos quedarnos un rato más. No pasa nada por llegar tarde una vez.

—¿En serio? —Abre los ojos con incredulidad.

—La gente puede cambiar. —Sonrío—. Aunque solo sea un poco.

9

La fiesta

Lo que al principio de la noche iba a ser una pequeña reunión de amigos para celebrar la inauguración del piso de Teo y Sol, cada vez parece más una fiesta de fraternidad de las películas, con aforo ilimitado, barra libre de alcohol y sobeteos en masa. Solo nos falta un cachas bebiendo de un barril de cerveza mientras hace el pino. Aunque la rubia no parece demasiado preocupada por la marabunta de gente que ha invadido su casa. Está bailando frente a mí al ritmo de su lista de reproducción Noches de perreo y mamoneo y todavía no ha caído en la cuenta de que después le va a tocar limpiarlo todo.

Localizo a Brina con la mirada, bregando con los invitados que intentan ligar con ella. No es nada nuevo, le ocurre vaya donde vaya. A una fiesta, a una discoteca, a comprar el pan... En una boda hasta tuvo que rechazar al novio.

Teo zigzaguea y se abre paso como puede entre la gente hasta llegar a nosotras, no sin antes interceptar un vaso de tubo e impedir que su contenido acabe derramado en la alfombra.

—Canija, ¿tú conoces a toda esta gente?

—Ni a la mitad, pero ya sabes cómo son estas fiestas.

—No, no lo sé, porque yo he invitado a seis personas y esto parece una boda gitana.

—¿Tú crees? —pregunta ella extrañada.

—Sol, vuestra casa tiene 90 metros y yo he perdido a Sergio hace un buen rato —intervengo para echar un capote a Teo.

—Teófilo, no te agobies, está todo controlado. En una hora decimos que los vecinos se han quejado por el ruido y los largamos a todos —resuelve con un chasqueo de dedos.

—Vale —accede él—. De todas formas, voy a comprar hielo y algunas botellas más. Si nos quedamos sin alcohol igual nos organizan un motín... Y de paso, traigo esos chips vegetales que te gustan porque se han acabado.

—Gracias, amor. —Sol le da un beso—. Te quiero.

—Y yo a ti. —Sonríe él.

—Pero ¿qué hacíais vosotros todos estos años sin estar juntos? —pienso en voz alta.

—Yo, vivir la vida loca; y Teo, escuchar canciones de Maná para sobrellevar su amor por mí.

—Debe ser agradable confesarle a tu pareja tus secretos más vergonzosos y que no los airee a la primera de cambio —supone mi amigo.

—Tranquilo, estamos en ese momento de la relación en que me parece adorable que fueras un pringado —remata Sol, dándole un par de palmadas en el brazo.

Teo pone los ojos en blanco, le da otro beso y se aleja mientras la rubia lo sigue con la mirada y se muerde el labio.

—Va a por hielo, no a una plataforma petrolífera en medio del mar —le recuerdo.

—Ya lo sé. —Suspira—. El lunes empieza en su nuevo trabajo y ya lo estoy echando de menos. Si es que a mí el amor me vuelve una chalada. Más de lo que estoy de base —añade—. Oye, si creyeras que vamos demasiado rápido, me lo dirías, ¿verdad?

—No seré yo, por razones obvias, quien juzgue la velocidad de una relación. Pero ¿pasa algo? ¿Tienes dudas con Teo?

—No, todo lo contrario. A ver, sé que la convivencia no siempre es fácil y tendremos que trabajar en nuestra relación. Debo conseguir que utilice bolsas de tela, que no use la secadora, que tome café de comercio justo, que deje de hacer la comprar online y vaya a las tiendas del barrio, que me ayude a convencer a los vecinos para instalar un huerto comunitario en la azotea...

—Sol —la interrumpo—, eso suena a trabajo solo para él.

—Da igual. A lo que voy es a que, a pesar de ser tan distintos, Teo y yo sintonizamos como pareja y la transición de amigos a amantes ha sido de lo más natural. —Chasquea la lengua como si eso la molestara.

—¿Y desde cuándo eso es malo?

—No es malo, pero es que ni yo me explico cómo. Tiene que haber una conspiración cósmica, intergaláctica y universal para que

estemos tan bien. Coño, Aura, que ya has visto a sus amigos y los míos. Es como juntar a los Ñetas con los Latin Kings.

—Eso sería si los Ñetas vistieran con camisas de El Ganso —apunto.

—Seguro que sus amigos piensan que los míos les van a mangar la cartera.

—Tampoco exageres.

—No te creas, a Iñaki lo detuvieron por robar en un banco.

—Joder, Sol. ¿Y ese quién es? —susurro mirando hacia todas partes—. Prefiero no mezclarme con atracadores.

—Que no, que fue un banco de los de sentarse. Birló una litrona a unos adolescentes que hacían botellón y lo persiguieron por un parque. Al final llegó la poli y acabaron todos en comisaría.

Me estoy riendo a cuenta de esa explicación absurda cuando Hans se planta delante de nosotras.

—¡Patito! ¡Por fin te encuentro! —exclama con un juego teatral de brazos.

—¡Has venido!

—Y me alegro de haberlo hecho. Menuda *soirée* que tenéis aquí montada.

—Sol, ya te he hablado de Hans. —Nos damos todos los dos besos de rigor—. Perdona, se me olvidó comentarte que lo invité.

—Me insististe tanto que me sabía mal hacerte el feo —asegura él y alzo las cejas en respuesta—. Ay, vale, lo reconozco, soy un adosado de último minuto. Mis amigos cancelaron nuestros planes y no sabía qué hacer con mi vida. No paso un viernes en casa desde 2005, cuando me pegaron la mononucleosis —nos cuenta—. Aura me comentó que una de sus mejores amigas daba una fiesta en su casa, y como tenía una camisa nueva de Versace que sería un pecado esconder en el armario, y en el fondo me aterra la soledad, pues aquí estoy. Espero que no te importe —le dice a Sol.

—Para nada —replica ella—. Y tu camisa es... —Ladea la cabeza—. Interesante. Me recuerda a una cenefa que hay en uno de los baños de mis padres.

—Qué linda. —Se ríe Hans—. Me fascina la gente sin filtro.

—Pues conmigo te vas a hartar…Voy a por una cerveza. ¿Te traigo algo, Hans?

—Mataría por un Sex on the Beach.

—Hay cerveza fría y ron caliente, creo.

—Cerveza me vale.

—¿Aura?

—Para mí nada, gracias. Aunque no sé si vas a ser capaz de llegar a la cocina.

Sol se gira y comprende a qué me refiero.

—Joder, al final Teo va a tener razón. Esto se me ha ido un poco de madre. No sé si es más rápido ir andando o pedir que me manteen —sopesa antes de aventurarse entre la marea de gente y desaparecer de nuestra vista.

—A ver, ¿cuánto me quieres? —me pregunta Hans—. No contestes, te lo digo yo. Mucho, pero más me vas a querer cuando te dé tu regalo de navidad. Vas a encargarte del diseño de la portada de una novela. Es para el mes que viene, pero ya te he mandado los detalles por *email*. —Abro la boca, pero me frena con la mano—. Espera, porque hay más. Si el diseño convence al cliente, y sé que va a ser así, es muy posible que haya un puesto para ti como ilustradora *junior* cuando termines la beca… —Contengo el aliento—. ¡Venga! ¡Ya puedes hablar! —me apremia.

—¡No me lo creo! ¿De verdad?

—Se supone que no puedo contártelo, así que chitón hasta que sea oficial.

—¿Te puedo dar un abrazo? —Junto las palmas como si fuera a rezar.

—¿Y arrugarme mi cenefa? —Se lleva una mano al pecho con dramatismo—. Pues claro, tonta.

Nos abrazamos y damos unos saltitos en el sitio que terminan en un baile. Nos interrumpe el «hola» de Brina gritado por encima de la música. Un rubio de ojos claros viene detrás de ella. Más bien se le ha pegado como el papel higiénico a un zapato.

—Venga, mujer, solo una cena —le pide.

—No, de verdad. —Brina me agarra del brazo con disimulo y

me clava las uñas, lo cual interpreto como una petición de socorro.

—Un café entonces —insiste—. No te vas a morir por tomarte un café conmigo.

Puede que de aburrimiento a juzgar por la expresión de mi amiga.

—No me interesas, ¿vale? No es tu culpa, es por mí —alega—. Bueno, en realidad sí es tu culpa porque te estás poniendo insistente de más, pero yo tampoco te intereso a ti, créeme.

—Claro que me interesas —asegura él, ignorando a su conveniencia todo el argumento anterior, y de paso a Hans y a mí.

—Soy asexual.

Lo pronuncia con firmeza, sin pestañear ni dudar.

—Venga ya... —Alza la barbilla con desdén el que no se percata de lo mucho que sobra—. Eso te lo acabas de inventar.

Y dicha firmeza desaparece del rostro de amiga, que se descompone con ese simple comentario.

—¿Qué tal si vas a buscarlo en un diccionario? —le sugiero. Para mi sorpresa, saca el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y empieza a teclear—. Me refería en otra parte —aclaro, pero no me escucha mientras lee.

—Un momento... Esto no puede ser. ¿Cómo que no sientes atracción sexual? ¿No te gusta el sexo? —pregunta demasiado alto, atrayendo miradas ajenas hacia Brina—. Joder, qué triste.

—¿Sabes lo que es triste? —interviene Hans—. Que esta chica sea demasiado educada para contestarte lo que te mereces, que es que la tienes hasta el mismísimo *chichi*. ¿Y sabes qué es más triste aún? Que sean necesarias tres personas para quitarse de encima a un solo moscón.

—Eh, que yo no he insultado a nadie.

—Claro que sí, la has insultado a ella —apunto.

—Pues perdona, no era mi intención —se disculpa con Brina.

—Da igual —responde mi amiga, bajando la voz y la mirada, visiblemente incómoda.

—Es que es una pena que siendo tan guapa seas... —Tuerce el gesto—. Eso... Oye, ¿y no será que no has encontrado quien te ponga a

tono?

—¡Madre mía! —exclama Hans—. Hay tantas cosas mal en esa frase que no sé ni por dónde empezar contigo, cariño. A ver si espabilas pronto porque lo heteronormativo está ya muy demodé y te va a pasar por encima.

—Ehm... —El rubio frunce el ceño como si le acabaran de pedir que resuelva una ecuación de segundo grado sin papel ni lápiz—. Mejor me voy.

—Por fin hay algo que entiendes —añado antes de que se largue.

—Pues nada, con este experimento ya sabemos el nivel de aceptación general de mi orientación. No sé ni cómo se me ocurre decir nada —se lamenta Brina, cabreada consigo misma.

—Eh, tú no tienes que esconderte de nadie —aseguro.

—¿Has visto cómo me ha mirado? Es más fácil callarse y punto.

—No, no lo es —opina Hans—. No es que yo haya podido ocultarme nunca, con este plumón que se me despliega como a un pavo real sería imposible, pero lo defiendo a muerte. Toda la vida han intentado avergonzarme por ser femenino, como si eso fuera malo. Y tú, al igual que yo, siempre vas a encontrar gente que te cuestione y se crea con el derecho de desaprobarte, porque muchos se duchan todos los días, pero nunca se limpian la mente. No les des esa satisfacción. Y nunca te avergüences de lo que eres, en tal caso avergüénzate de lo que no te atrevas a ser.

—Sí. —Señalo con el dedo índice—. Eso es bastante mejor que lo que te he dicho yo.

—Perdona, ¿y tú quién eres? —le pregunta mi amiga.

—Es Hans, mi jefe... y mi amigo —afirmo con una sonrisa. Después de defender a Brina lo es automáticamente.

—Y déjame decirte que ese cretino solo llevaba razón en una cosa: eres un bellezón —añade Hans y acto seguido me mira a mí—. Menos mal que tú eres mona, si no salir con ella sería demoledor.

—Pues gracias, Hans, pero de poco me sirve —se queja mi amiga—. Ahora mismo no soporto tener a ningún tío cerca.

—Ehm, ¿vengo en mal momento? —pregunta Sergio justo

detrás de mí.

—No, tranquilo, tú no cuentas —responde Brina—. A ti empiezo a tolerarte.

—Me lo pienso tomar como un cumplido. —Mi chico sonríe—. ¿Cómo estás, Hans?

—Nunca tan bien como tú, rey. —Se estrechan la mano—. Nunca tan bien como tú.

Ambos empiezan a alabarse mutuamente sus camisas, aunque la de Sergio, con panteras estampadas en cinco colores, también podría aspirar al título de prenda más recargada de la noche. Observar las dos a la vez provoca un mareo equivalente a beber tres chupitos de tequila seguidos.

—Chicos, yo me voy ya —anuncia Brina—. No estoy de humor para más fiesta.

—¿Cómo que te vas? —inquiere Sol, que aparece con un botellín de cerveza en cada mano—. Tú no te vas.

—Sol, lo único que me apetece es irme a casa y ver un capítulo de *Anatomía de Grey* mientras me termino el táper de ensaladilla que me dio ayer mi madre.

—Muy bien, pero antes de eso te vas a tomar un copazo de vino que se va a cagar la perra. Teo tiene un Rioja Gran Reserva escondido que puedo pillar de *extranjis*. Y me da igual si es como lanzar una granada de mano a tus ovocitos, a tus trompas de Falopio y a todo tu aparato reproductor.

—Te mereces un descanso por una noche —la animo yo también, con un poquito más de dulzura.

—Una copa y ya —accede con un resoplido.

—¿Puedo apuntarme también a ese vino? —quiere saber Hans.

—Claro, ven tú también. —Sol extiende los brazos cual Moisés abriendo las aguas y los demás la siguen.

—¿Tú no vas? —me pregunta Sergio.

—No, me quedo contigo. —Paso mis manos alrededor de su cintura y las subo por su espalda—. Llevas media fiesta desaparecido.

—Estaba en la terraza. Me he entretenido hablando con los amigos de Teo.

—Ah, eso está bien.

—Sí, bueno, querían saber cómo es la vida de un cantante, por qué dejé de cantar, si voy a volver a hacerlo, y han terminado preguntándome con qué famosas me he liado... Lo típico, ya sabes.

—Eso no está tan bien. —Frunzo el ceño—. Aquí es más difícil pasar desapercibido.

Cada vez que salimos a comer o a cenar alguien reconoce a Sergio y no tiene inconveniente en acercarse para hablar con él como si fueran amigos de toda la vida. Sobra decir que en esos casos yo me vuelvo invisible.

—No pasa nada, no ha sido tan malo.

—Ah, ¿no?

—No. —Hace una mueca que se parece sospechosamente a una sonrisa.

—No me digas que te ha gustado fardar.

—No he dicho eso. —Niega con la cabeza.

—Ni falta que hace. Si no, para empezar, te habrías inventado que eres hipnotizador de gallinas o algo así y habrías salido pitando. Además, tienes esa cara. —Lo apunto con el dedo.

—¿Qué cara? —Arruga la frente.

—Tu cara de falsa indiferencia. La misma que pones cuando quiero ver películas de Navidad en Netflix y finges que no te gustan.

—Ni idea de lo que me hablas —simula con gesto inocente.

—Oye, si a mí me parece genial. Tú eres un firme defensor de vivir el presente, pero reconciliarse con el pasado también es bueno.

—Lo sé. Tú me lo has hecho ver. —Me agarra de barbilla y me besa.

Le cuento, extraoficialmente, la noticia de mi posible contratación en la agencia y después de alegrarse por mí y recordarme lo mucho que valgo, me propone enrollarnos en un rincón oscuro. Lástima que no haya ninguno libre.

El resto de la noche podría resumirse en una lámpara de pie rota, la alfombra del salón cubierta de todo tipo de líquidos, el cabreo evidente de Teo, la llegada de la policía —no es necesario inventarse la queja de los vecinos— y, finalmente, el anuncio de Sol a grito

pelado de que se acabó el despiporre y toca desalojar.

La gente empieza a salir y nos acercamos a despedirnos de mis amigos. Un par de chicos que caminan en dirección a la puerta llaman a Sergio. Se acerca a hablar con ellos un momento y vuelve.

—Van a tomar algo a un bar que está aquí cerca. ¿Te apetece ir? —me pregunta.

—Es que mañana a primera hora quiero empezar a trabajar en la portada de la novela.

—Mañana es sábado.

—Lo sé, pero este diseño es muy importante. El más importante —recalco—, y yo estoy muy verde todavía. Necesito dedicarle el mayor tiempo posible.

—Vale, no pasa nada. —Un suspiro y un parpadeo demasiado largo me indican que sí pasa—. Les digo que no vamos.

—No, espera. —Lo detengo—. ¿Por qué no vas tú con ellos? A mí me puede llevar Brina a casa o cojo un taxi con Hans.

—No sé… —Se mete las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros—. ¿Seguro que no te importa?

—Segurísimo. Venga, anda, no hagas esperar a tus admiradores —añado con una sonrisa burlona.

Me llama «graciosilla», me da un beso y se va. Tal vez sea un detalle insignificante, incluso puede parecer una contradicción, pero verlo alejarse sin mí de la mano consigue, por una vez, que el peso de su decisión de abandonarlo todo por una vida a mi lado se vuelva más ligero. Es aquí, en este preciso instante, cuando llego a la conclusión de que no solo me gusta el presente; el futuro también tiene buena pinta.

Una canción

Sergio y yo acabamos de instaurar nuestra propia tradición: darnos los regalos de Navidad el día 26 de diciembre. No hemos encontrado mejor momento para nosotros solos. En Nochebuena cenamos en casa de mis padres, encuentro que preparé de antemano como si se tratara de la Selectividad. No solo fui armada con un arsenal de temas neutrales que no rozaban la política o la religión ni de casualidad, también tuve una conversación preventiva con Sergio en la que me prometió no entrar al trapo, dijera lo que dijera mi madre.

No tuvimos la cena familiar más feliz y festiva, no cantamos villancicos —en realidad, no conozco a nadie que lo haga— y se generó algún momento de tensión, como cuando cometí la osadía de rechazar una copa de champán y mi madre me preguntó si estaba embarazada. Ante su semblante horrorizado, Sergio solo chasqueó la lengua y doy gracias. Por mi parte, me vi obligada a hacer un ejercicio de contención cuando comentó que mi novio tardaba mucho en el baño. También quiso dejar constancia de sus ojos rojos, porque para ella era más fácil imaginárselo metiéndose una raya sobre la encimera del lavabo que cambiándose sus lentillas nuevas. A pesar de eso, conseguimos salvar la noche. Es decir, nadie acabó en Urgencias con un tenedor clavado en el ojo. Lo considero un triunfo personal.

Sergio se tomó tan a pecho lo de reconciliarse con el pasado que propuso a su padre pasar juntos el día de Navidad. Comimos con él y su pareja, Amaia, un encanto de mujer que cocina de muerte y prometió darme su receta de pastel de cabracho. Padre e hijo jugaron al dominó, intentaron enseñarme a mí, sin mucho éxito, y hasta dimos un paseo los cuatro para bajar la comida. Eduardo incluso se permitió bromear sobre lo ligón que era Sergio de niño. Casi pude verlo pasearse por el barrio con esa sonrisa descarada y los pelos enmarañados. Y no me explico muy bien cómo, sobre todo después de verlos juntos la primera vez, pero ambos llegaron a un acuerdo silencioso de hacer borrón y cuenta nueva. O como mínimo una

tregua. Los reproches dejaron de existir y fueron lo más parecido a una familia que he visto en mucho tiempo. Hasta sentí una punzada de envidia.

Después de haber sobrevivido a 48 intensas horas de compromisos familiares y tras desayunar chocolate con churros, aquí estamos, día 26 de diciembre por la mañana. Sergio está sentado a mi lado en el sofá, vestido con un pijama rojo de árboles de Navidad, mientras yo desenvuelvo mi regalo. Nunca me ha gustado romper el papel, así que primero desdoblo las esquinas despacio y con cuidado, dilatando la sorpresa.

—¿Por qué tardas tanto? ¿Estás ensayando mentalmente la cara que vas a poner si no te gusta?

—Claro que no —respondo y sigo a lo mío.

—Aura, si sigues abriéndolo así, nos van a salir canas a los dos —resopla escasos segundos más tarde.

—Es la primera vez que nos hacemos regalos el uno al otro. ¿Por qué quieres acabar tan rápido?

—Porque siempre he preferido la gratificación instantánea.

—Hay veces que merece la pena alargar esa gratificación y lo sabes. —Arqueo una ceja.

—Dime un motivo más allá del sexo —me reta con cierto aire de suficiencia.

—Vale... Si alguien viniera y te dijera que puedes elegir entre ganar 100 000 euros ahora mismo o un millón dentro de un año, ¿qué harías?

—Cogería el dinero al que me regala 100 000 pavos por la puta cara y echaría a correr, porque fijo que se arrepiente.

—Y lo tienes clarísimo...

—Tanto como que tú esperarías un año.

—Porque si esperas, dentro de un año tendrás un millón que puedes meter en un fondo de inversión y vivir de los beneficios sin perder un euro. —Levanto las manos—. Piénsalo. Es lo lógico.

—Quizá sea lo lógico para tu ex, el asesor financiero, pero no para mí... Mi opinión es que si te pasas la vida esperando a que llegue algo mejor, te olvidas de disfrutarla. Así que agarraría la pasta y me

iría contigo a ver mundo hasta que nos lo fundiéramos todo. Y que nos quiten lo *bailao*.

—Ya… —Araño el papel de regalo con la uña y no puedo evitar sonreír al imaginarnos lejos de aquí—. También es un buen argumento.

—Aunque creo que vamos a estar aquí un año entero hasta que termines de abrir tu regalo… —Se frota la barba—. Quizá me lo replantee y espere por el millón.

Le tiro un cojín y, finalmente, descubro mi regalo. Lo que sujeto entre mis manos es una de las mejores tabletas gráficas del puñetero mercado.

—¡Sergio! ¿Tú estás mal de la cabeza? —inquiero alucinada—. Esto es… Es demasiado.

—Si vas a ser ilustradora profesional, te hace falta lo mejor. Y te lo mereces.

—Puede, pero…

—Por favor, no te quejes de lo mucho que me he gastado —me pide, adelantándose a mis palabras—. Es un regalo y los regalos deben hacer feliz a la gente. Sin más.

Supongo que estoy un poco obsesionada con el dinero en los últimos meses. Con la falta de él más bien. Nadie se agobia porque le sobre, claro. No obstante, no pretendo parecer una desagradecida.

—Me encanta. Muchas gracias.

—¿El modelo está bien? Me lo recomendó el chico de la tienda. Con lo que yo sé de artes gráficas te habría comprado un Telesketch.

—Es perfecto —aseguro abrazando mi regalo con ilusión.

—Me alegro. Ahora me toca a mí. —Se frota las manos.

—Cierra los ojos.

Frunce el ceño, pero termina haciéndome caso. Me levanto, voy a nuestra habitación, me agacho y saco su regalo de debajo de la cama. Esta casa es tan pequeña que no tenía otro sitio donde esconderlo. Y lo de esconder es mucho decir. Le prohibí a Sergio acercarse a menos de dos metros de la cama si no era para dormir.

Las manos me tiemblan mientras regreso al salón. Por regla general, me gusta más hacer regalos que recibirlos. Adoro ver la

ilusión en los ojos de la otra persona cuando aciertas. Y en su momento, cuando entré en la tienda, me pareció una gran idea. Ahora temo haber metido la pata.

Sergio sigue sentado en el sofá con los ojos cerrados y media sonrisa dibujada en los labios. Me coloco frente a él.

—Ya puedes abrirlos.

Cuando lo hace, la sonrisa desaparece de inmediato. Solo quedan sus ojos, tan oscuros que parecen huecos, clavados en la funda de tela.

—Pase por una tienda de música y no sé... Es como si me hubiera susurrado que entrara.

No sé si pasan segundos o días porque cuando por fin agarra la funda y saca la guitarra, yo tengo la sensación de que la Tierra ha dado una vuelta completa alrededor del Sol.

—Hace años que no tengo una de estas —murmura en voz baja.

—Ya lo sé, pero he visto alguno de tus conciertos en YouTube. Te gustaba tocar. Eso no lo fingías.

—Es verdad —admite—. Es solo que hace tanto tiempo que... —Se queda callado de nuevo y su gesto me parece indescifrable.

—Si te va a traer malos recuerdos puedo devolverla... Todavía estoy a tiempo de comprarte un jersey de renos.

No es broma, fue mi pensamiento inicial. Ya tenía el ojo echado a uno con luces led.

—No —dice simplemente y pasa los dedos por las cuerdas. El sonido le provoca una sonrisa.

—Si sirve de algo, me encanta verte con ella. Parece una extensión de ti.

—Ya que la tengo, supongo que te debo una canción.

—Bueno, cuando me enviaste nuestra cápsula del tiempo prometiste cantarme canciones.... Va siendo hora, ¿no? —Me siento a su lado, dispuesta a disfrutar del privilegio de un concierto privado de Sergio Velasco.

—No sé ni si me acordaré —murmura con inseguridad.

—Si yo puedo dibujar después de tanto tiempo, tú puedes tocar.

Se humedece los labios, coge aliento y mi corazón aletea.

Acaricia la guitarra con mimo, casi con la misma suavidad con la que me toca a mí, y empieza a cantar una canción que habla sobre la pérdida de un amor y la necesidad de que vuelva para llenarle la vida de besos.

[…] Vuelve, lléname la vida de besos
Vamos a romper los espejos
Vamos a bebernos el mar
Vuelve, vamos a bebernos el mar.

—Joder. —Me desinflo cuando termina y es lo único que consigo articular por unos segundos—. No tengo ni palabras… Ha sido precioso —murmuro con un nudo en la garganta—. Me ha encantado.

—Agradéceselo a Luis Ramiro, la canción es suya. —Apoya la guitarra con cuidado en la pared.

—Pero la has hecho tuya. Casi me estalla el pecho. —Agarro su mano y la llevo hasta mi corazón—. Quiero que me cantes así todos los días de mi vida.

—Me parece que estás afectada por el fenómeno fan. Ahora también quieres lanzarme el sujetador, arrancarme la ropa con los dientes y hacerte un tatuaje con mi cara —bromea para restar, sospecho yo, intensidad a lo que acaba de hacer con su voz y sus dedos.

—Puede que sí a lo de arrancarte la ropa con los dientes, no a lanzarte ninguno de mis sujetadores porque son demasiado bonitos para que te los quedes, y jamás al tatuaje con tu cara, por guapo que seas.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Entorna los ojos—. Es que después de imaginarte arrancándome la ropa me he perdido.

—No reduzcas este momento a un chiste sexual. No le haría justicia.

—Vale…Ven aquí —me pide y me siento a horcajadas sobre él para abrazarlo—. Gracias por mi regalo.

—De nada. —Apoyo la cabeza en su hombro.

—Te quiero.

—Y yo te quiero a ti.

Me aprieta fuerte y nos quedamos así un rato, con nuestros corazones latiendo aún al ritmo de la misma canción.

11

BRINA

Mis doce deseos

La Navidad no me emociona como concepto. La felicidad propia de esta época es tan obligatoria que me resulta artificial. También cruel, ya que estamos, para quienes la pasan solos de manera involuntaria. Yo soy del raro tipo que prefiere la soledad por voluntad propia. Sin embargo, no he tenido suerte. Tuve compañía tanto en Nochebuena como en Navidad. Soy hija única, pero eso nunca lo he notado en los eventos familiares. A mis tíos les dio por reproducirse como si fueran mormones y siempre terminamos apiñados en celebraciones multitudinarias y ruidosas en casas de unos y otros.

Este año, después de los efusivos saludos y escuchar sentidas condolencias por mi inminente divorcio, no interactué mucho más con los adultos. Lo bueno de despertar lástima y que todo el mundo ande de puntillas a tu alrededor es poder comportarte como la antisocial que realmente eres sin que nadie te lo recrimine. Por eso me dediqué a cocinar y a jugar al pillapilla una y otra vez con los hijos de mis primos. Seguramente perdí un par de kilos con tanta carrera. Lo prefiero mil veces a fingir sonrisas; eso sí me deja exhausta.

Hoy es el último día de un año complicado, así que me planteé simplificarlo. Pensaba pasarlo sola en la casa de la sierra. Mientras Andrés y yo no lleguemos a un acuerdo sobre la propiedad, y ya que la hipoteca nos sale por un pico, tengo intención de aprovecharla. Mi idea era comprarme un pijama suave y cómodo para la ocasión, comer un montón de marranadas que no me permito por costumbre y quedarme dormida en el sofá viendo *Sonrisas y lágrimas* por milésima vez. Quizá me visitaría el fantasma de mis navidades futuras a lo Charles Dickens, quien me mostraría mi muerte, ya siendo una anciana nada entrañable, postrada en una cama y rodeada de periquitos —nunca me han gustado los gatos—, pero por lo demás, era un plan sin fisuras. Un plan que Aura, Sol y Teo no estaban dispuestos a respetar. Por eso esta mañana me llamaron y amenazaron con acampar en el jardín si no les abría la puerta. No me ha quedado más

remedio que acceder a pasar la Nochevieja con ellos y comprar comida para seis. Sergio ha venido por añadidura, pero hasta yo debo reconocer lo evidente, y es que mira a mi amiga como si estuviera dispuesto a ponerse delante de una bala por ella. Una bala que yo misma le dispararé si se le ocurre hacerla sufrir, pero de momento parece feliz.

Con la presencia de Enzo —el más uno del más uno— no contaba. No obstante, dispongo de habitaciones de sobra y tengo la seguridad de que no va a intentar ligar conmigo. Casualidades de la vida, cuando emprendí mi camino hacia la autoaceptación, fue la primera persona a quien hablé de mi asexualidad, la cual, se ha convertido en un repelente natural contra los hombres.

Me ajusto mi coleta medio deshecha y abro la ventana de la cocina. Aspiro el aire frío y limpio de la montaña y lo dejo salir lentamente por la boca. Qué gusto. Llevo toda la tarde preparando la cena y estoy acalorada. Todos han querido ayudar. Aura y Teo han insistido especialmente en echarme una mano cocinando, Sergio y Enzo se han ofrecido a recoger y lavar los platos después, y Sol me ha propuesto realizar un ritual de fin de año para atraer la prosperidad. Dejé de atenderla cuando mencionó algo sobre restregarme un limón por las tetas. El caso es que he dado las gracias a todos y los he animado a dar un paseo por los bucólicos alrededores de la sierra de Guadarrama. Traducción: me he deshecho de ellos para quedarme a mis anchas en la cocina.

Con un ojo puesto en las paletillas de cordero, que llevan casi cuatro horas asándose en el horno, cojo el móvil de la encimera. Hace un par de horas escribí a Andrés para desearle feliz año y repetir por cuadragésima vez que siento mucho haberle mentido durante tanto tiempo y que lo nuestro haya terminado así. No trato de recomponernos con un mensaje, pero intento abrir una vía de comunicación directa. Solo se dirige a mí a través de su abogado.

Reviso mis mensajes y compruebo que todos son cadenas de felicitaciones de fin de año, fotomontajes y chistes rancios de compañeros de trabajo y familiares. Dejo el móvil otra vez en la encimera. Andrés no va a contestar, ni ahora ni nunca. Supongo que

ha llegado el momento de aceptar su silencio como castigo y seguir adelante.

Estoy repasando mentalmente las elaboraciones del menú cuando la puerta de la entrada se abre. Escucho voces seguidas de unas cuantas risas. A continuación, todos entran en tropel en la cocina.

—Qué bien huele —dice Enzo, frotándose las manos por el frío.

—Gracias.

—Brina, en serio, déjame ayudarte, por favor —comenta Aura apurada—. Somos muchos y nos estamos aprovechando de ti.

—No hace falta. Todos los aperitivos están listos y al cordero solo le falta un golpe final de horno antes de servirlo.

—Por favor, déjala ayudarte con algo —me pide Sergio mientras la agarra de la cintura por detrás—. Lleva toda la tarde flagelándose por no hacer nada.

—No pasa nada, sois mis invitados —alego.

—Más bien okupas —me corrige Teo.

—Mira, eso no te lo voy a discutir. Tengo que darme una ducha. Mientras podéis ir al salón a tomar un vino.

—Pues yo tampoco pienso discutir eso —tercia Sol y abre la puerta de la vinoteca para sacar una botella de tinto.

Todos salen de la cocina menos Enzo.

—A mí sí tienes que dejarme ayudar.

—Que no hace falta, de verdad. —Coloco las manos en las caderas—. Si es que ya está todo hecho.

—Vale, a ver cómo te lo explico... —Se acerca mucho a mí, como si fuera a contarme un secreto importante al oído—. Es tu obligación rescatarme porque me has abandonado toda la tarde. Y si tengo que quedarme yo solo cinco minutos más con las dos parejas más enchochadas de la historia, voy a salir por la puerta de tu casa y no voy a parar de caminar hasta encontrar un oso que me coma. —Se frota la barbilla con su mano izquierda, cubierta por tres anillos de plata—. Tú verás, pero pesará sobre tu conciencia.

No solo me río, sino que lo entiendo. Tanto Sergio y Aura como Sol y Teo están inmersos en esa etapa en la que no se pueden quitar

las manos de encima. A Enzo le aburren y a mí me dan un poco de envidia. No me mueve el sexo, pero tampoco soy de teflón. Esa es también una de las razones por las que me he atrincherado en la cocina. A veces, duele ser una espectadora y ver lo que los demás tienen y tú no. En mi caso, el enamoramiento es un estado que no sé si tendré la oportunidad de experimentar, ni siquiera a mi manera.

—Me voy a apiadar de ti. Puedes poner la mesa.

—Vale —replica y acto seguido empieza a abrir armarios.

—¿No quieres que te diga dónde está todo?

—No tengo ninguna prisa. —Me guiña un ojo.

Lo dejo en la cocina trasteando con los platos y voy al baño de mi habitación para asearme y vestirme para la cena. Me lleva un rato regular la temperatura de la ducha y me escaldo la piel varias veces. No conozco bien el funcionamiento de esta casa, apenas he pasado aquí tres o cuatro fines de semanas este último año. Precisamente por eso quise venir. Aquí no hay recuerdos.

Como no estoy de humor para embutirme en un traje de fiesta —tampoco es que haya traído ninguno—, me pongo mis vaqueros más cómodos, un jersey negro suelto de punto y unos botines de tacón bajo. La única parafernalia festiva que me permito son unos pendientes de aro dorados y las bragas de color rojo que me ha regalado Sol. No soy supersticiosa, pero ella es muy capaz de bajarme los pantalones delante de todos para comprobar que las llevo puestas.

Me quito la humedad del pelo con el secador y lo dejo al aire para que termine de coger forma. Me aplico una capa de rímel frente al espejo y doy color a mi boca con un labial rojo mate. Ya estoy lista, fresca como una rosa, como las que adornan las coronas funerarias, pero una rosa al fin y al cabo.

Cuando llego al salón, la mesa está puesta y ha quedado preciosa. Ni siquiera recuerdo haber comprado esa vajilla de loza, con bajoplatos incluidos, lo cual me recuerda la cantidad de gastos innecesarios que solíamos hacer Andrés y yo. Los cubiertos están perfectamente alineados y Enzo termina de colocar la última copa de cristal antes de mirarme.

—¿Qué te parece?

—¿Sabes doblar las servilletas? —le pregunto al ver que estas tienen forma de lazo.

—Eso lo ha hecho Aura, pero yo he coordinado todo el asunto.

—Pues has coordinado muy bien.

Se pasa una mano por el pelo rubio ligeramente clareado por el sol y sonríe orgulloso con su rostro angelical y esos ojos grises que en ocasiones la luz tiñe de azul. Doy fe de que es uno de los hombres más guapos que he conocido en mi vida. También compruebo, una vez más, que no despierta mi libido. Por ahí abajo sigue siendo zona muerta.

Nos sentamos todos a la mesa y Aura propone un brindis por la cocinera antes de empezar a cenar. Diez minutos después, casi todos los aperitivos han volado. Se ve que el paseo les ha dado hambre.

—¿De qué es el paté? —me pregunta Sol, sentada a mi lado—. Está buenísimo.

—Es *foie-gras* de pato con Pedro Ximénez. Y por cierto, ¿qué haces tú comiéndotelo? ¿No habías vuelto a ser vegetariana?

—Sí, lo seré en un par de horas. Es mi propósito de año nuevo. Mientras todos vosotros vais a seguir consumiendo vacas indiscriminadamente sin pararos a pensar en las consecuencias, yo tengo la firme intención de salvar a las futuras generaciones —apunta con el cuchillo lleno de *foie-gras*.

—Como no soy ganadero, tu argumento me parece razonable, aunque tendría más fuerza si estuvieras comiendo champiñones —opina Sergio.

Es imposible estar a la altura de los ideales de Sol. Ni ella misma es capaz.

—Me estoy mentalizando —se justifica a la vez que coge un puñado de minibiscotes—. Además, hasta las doce de la noche puedo comerme todo el paté y una granja de patos si quiero.

—Si sigues untándotelo en montañas, lo mismo hasta lo consigues. Que es para compartir —la riñe Aura.

—El planeta también es para compartir, pero mira lo que le hacemos…

—¿Y no comer filetes va a salvar el mundo? —pregunta Enzo.

—No quieres abrir ese melón, créeme —lo aviso.

—Pues mira, Lorenzo, me alegra que hagas esa pregunta. —Sol deja el cuchillo sobre el plato y apoya los codos en la mesa—. A todos estos inconscientes ya los doy por perdidos, pero quizá haya esperanza para ti. Resulta que en este país cada persona emite de media al año 1.130,70 kilos de CO_2 por consumo de alimentos de origen animal. Para que te hagas una idea, es el equivalente a recorrer diez mil kilómetros en coche.

—No me explico cómo consigues retener esos datos en la cabeza y luego se te olvida separar la ropa blanca de la de color —tercia Teo con una copa de vino tinto en la mano.

—Yo ahora mismo no tengo un trabajo al que ir, así que casi no conduzco —le explica Enzo—. ¿Eso compensa lo suficiente para que pueda seguir comiendo chuletones? Necesito las proteínas.

—Muy bien, os podéis burlar de mí todo lo que os dé la gana, pero cuando vuestros penes empiecen a encoger a causa de la contaminación, seguro que os tomáis más en serio el cambio climático.

Unas cuantas carcajadas sobrevuelan el salón.

—Yo no me reiría tanto. Sol tiene razón —afirma Sergio.

—¿A ti te ha encogido? —le pregunta Enzo, esta vez tomándoselo en serio.

—No me lo he medido últimamente, pero hace poco leí un estudio que afirma que determinadas sustancias químicas están afectando al tamaño de los genitales masculinos. —Hace una mueca de disgusto, se frota la nuca y mira a Aura—. Joder, creo que debería buscarme algo que hacer.

—Vosotros los hombres y el tamaño de vuestros penes. —Niego con la cabeza—. Nunca he entendido esa fijación.

—De fijación nada, que si la contaminación hace que os encojan las tetas, yo voto porque lo investiguen también —resuelve Enzo, alzando la mano.

Al menos tiene suerte de ser guapo.

—Lo que yo no entiendo es eso de los propósitos de año nuevo —comenta Sergio—. ¿Qué diferencia hay entre un día y el siguiente?

No nos reseteamos el 1 de enero, seguimos siendo las mismas personas. Como mucho, pesamos un par de kilos más.

—Da igual, si nadie los cumple… —apostilla Enzo.

—Aura sí —soltamos a la vez Sol, Teo y yo, provocando que las mejillas de nuestra amiga se vuelvan rojas.

—Este año no. No tengo lista de propósitos ni intención de hacerla. Me he prometido a mí misma fluir y dejar de ser una obsesa que necesita planificarlo todo.

—Sabes que eso ya es un propósito en sí mismo, ¿verdad? —Se ríe Teo y Aura le saca la lengua.

—¿Por qué te llegan notificaciones de Tinder?

Tardo unos segundos en darme cuenta de que la pregunta de Sol va dirigida a mí. Tiene la vista clavada en la pantalla iluminada de mi móvil y arruga la nariz. Mierda, ¿quién me manda dejarlo sobre la mesa?

—No seas cotilla… —Doy la vuelta al teléfono—. Voy a subir la temperatura del horno, si no la piel del cordero no queda crujiente.

—No, no te escaquees. —Adivina mi intención y frustra mi vía de escape reteniéndome por el brazo—. ¿Por qué tienes Tinder?

—Estoy echando un vistazo. ¿No puedo o qué?

—Brina, la gente que se mete en Tinder está más caliente que tus paletillas de cordero. No hay nada que te interese ahí… Tú ya me entiendes.

—Por favor, Sol, si intentas ser sutil no lo consigues. Aquí todo el mundo conoce mi orientación.

Distintas miradas se cruzan alrededor de la mesa: Aura con Sol, Sol con Teo, Teo con Aura, Aura con Sergio, y, finalmente, todos se centran en Enzo, quien chupa con fruición la cabeza de un langostino. Genial. Ahora no puedo soltar que le confesé a él primero mi asexualidad. Sol se cabrearía muchísimo conmigo. Y es evidente que Enzo tampoco lo ha hablado con Sergio.

—Enzo, soy asexual. No practico el sexo, no me gusta y no lo necesito. Hala, ya está. Ya lo sabe todo el mundo —espeto de carrerilla y rezo porque él me siga la corriente.

—Mmm… Vale— farfulla y sigue con su langostino sin

inmutarse.

—No pareces sorprendido. —Sergio entorna los ojos con suspicacia.

—Bueno… —Se limpia la boca con la servilleta y exagerada lentitud, pensando una respuesta, supongo—. Es que por fin tiene sentido que no quisiera enrollarse conmigo.

Simple pero efectivo. Sergio hace un gesto de conformidad.

—Nos estamos desviando del tema —insiste Sol—. Brina, ¿qué haces en Tinder? La gente ahí solo busca sexo.

—¡¡No!! ¡¡No puede ser!! —Aura me observa perpleja y, a continuación, mira a la rubia, que dos segundos después abre los ojos con idéntica sorpresa.

—¡¡Ay, la hostia!!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta Sergio intrigado.

—¡Vas a quedarte embarazada! —exclaman mis amigas al unísono.

Cazada. Les ha costado un poquito de más, francamente. Pensé que lo averiguarían en cuanto Sol descubrió las notificaciones en mi móvil.

—No se me van a caer 6000 euros del bolso para una fecundación in vitro y Tinder es gratis.

—La gonorrea también —me recuerda Aura.

—Espera, espera, a ver si me entero. —Teo parpadea a la velocidad de la luz—. ¿Vas a liarte con un desconocido y convencerlo de que tenga un hijo contigo?

—No, el hijo sería solo mío. Él desconocido en cuestión no tiene por qué saberlo.

—¿Y lo dices con esa tranquilidad? —inquiere Enzo alucinado —. ¿Te parece justo engañar a alguien así?

—Mirad, no me apetece convertir esto en un debate. Es asunto mío y es mi vida.

—También es la de alguien más —continúa Enzo—. La de un padre y un hijo que no van a poder conocerse porque les estás robando esa posibilidad. Me parece egoísta, por no decir que es un abuso.

—Enzo… —interviene Sergio con una mirada de advertencia.

—Mira, no sé de dónde sacas una opinión tan rotunda y formada sobre mí. Opinión que, por cierto, no te he pedido en ningún momento. No sabes nada de mi vida ni por lo que estoy pasando, así que puedes ahorrarte la clase de ética. Y por cierto, si un hombre no quiere tener un bebé, también puede asumir su parte de responsabilidad sexual y acordarse de ponerse una gomita, que para hacerlo sin condón no ponéis tantos reparos.

Entiendo las implicaciones morales del asunto. Cómo no las voy a entender si no paro de darle vueltas. Lo que pasa es que estoy demasiado sensible con este tema y cuando me siento atacada, muerdo.

—Es verdad, no es cosa mía —recula muy serio—. Perdona por meterme.

—Además, todavía no he decidido nada. —Cojo el móvil y desbloqueo la pantalla—. Si ni siquiera tengo idea de cómo funciona esto. Me hice la cuenta esta mañana.

—A ver, trae. —Sol me arranca el teléfono de la mano—. Yo me he hartado de follar con Tinder.

—Y siempre me lo contaba, con todo lujo de detalle —asegura Teo.

—Pero si tienes un porrón de mensajes —me informa, muy interesada en la pantalla—. ¿Con cuántos tíos has hecho *match*?

—¿Eso es lo de darle a si me gustan? —Llevo los dedos a mi pendiente derecho y juego con él—. He dicho que sí a todos.

Menos a los calvos. Dicen que la alopecia es hereditaria. No lo menciono en voz alta. Bastantes miradas desaprobatorias hay ya en este momento.

—Entonces tenemos que hacer una criba —propone mi amiga, rebuscando entre los mensajes.

—Quizá este no sea el mejor momento —opina Aura, infinitamente más prudente. Sol ni la escucha.

—A ver… Jonathan podría ser un buen candidato. Te pregunta si te apetece echar un polvo. Con él lo tienes casi todo hecho.

—¿Así sin más? —pregunto—. ¿Sin un «hola, qué tal»?

—¿Qué fue del cortejo y todo eso? —apunta Teo.

—Ay, Teófilo, mi amor, un día eres joven y al otro dices «cortejo». Ahora las relaciones son así.

—Pues yo estoy con Teo —declara Aura—. De esa forma te pierdes muchas cosas. Conversaciones interesantes, las mariposas en el estómago, los nervios previos antes del primer beso… ¿Qué ha pasado con el romanticismo?

—Mira, Brina, aquí tienes un poeta. Marco te dice: «Princesa, si quieres volar yo seré tu cielo». Y te manda una fotopolla.

Sol gira la pantalla del móvil hacia la mesa y todos vemos un plano frontal de su miembro viril.

—Ahí lo tienes. Al romanticismo acaban de matarlo de un pollazo —concluye Sergio.

—Joder, Sol, que estamos comiendo —se queja Teo con cara de asco.

—Oye, que no es culpa mía, sino del maleducado que envía su pene no solicitado. Y por una vez, estoy de acuerdo con Brina. ¿Qué os pasa a los tíos con vuestros penes? No son mágicos. Para que lo sepáis, ni siquiera sirven de mucho como mecanismo de placer. El porcentaje de mujeres que alcanzan el orgasmo con la penetración es de chiste. Apenas llega al veinte por ciento.

Los tres hombres presentes en la mesa fruncen el ceño ante ese dato desconocido para ellos. Creo que están haciendo cálculos mentales sobre cuántas mujeres les habrán tocado del ochenta por ciento restante.

—Lo que es seguro es que nosotras no nos hacemos fotos de nuestras vaginas —señalo.

—Pues deberíais, son mucho más interesantes —suelta Enzo.

—Opino igual —afirma Teo.

—Y yo —remata Sergio y mira a Aura—. Podría pasarme días entretenido con la tuya.

—Guarro —murmura ella con timidez.

—No, no es un guarro, Aura. Y tú no deberías avergonzarte por ello —sostiene Sol—. Acuérdate de cuando fuimos al taller de Lola y ninguna se había echado nunca un ojo ahí abajo. Es alucinante que las

mujeres conozcamos tan poco nuestro propio cuerpo y que los tíos vayan por ahí con todo el mondongo fuera, sin complejo alguno, alardeando de su falocentrismo.

—Canija, tampoco es justo generalizar. No todos somos así.

—Lo sé, pero eso no quita para que los genitales femeninos siempre hayan sido un tabú generalizado, se los haya estigmatizado y sean motivo de vergüenza.

—Las representaciones de la vulva en el arte se censuraron durante décadas —añade Sergio.

—Tío, sí que tienes que buscarte algo que hacer —tercia Enzo.

—¿Sabéis qué? Se me está ocurriendo una idea para un proyecto fotográfico —anuncia Sol, mordiéndose una uña.

—Brindemos por eso entonces —sugiere Aura levantando su copa.

—No lo hagas —le avisa Teo meneando la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque voy a fotografiar vaginas, y pienso empezar por las vuestras.

—Por eso...

***

Estoy preparando las uvas en la cocina, colocándolas en platos de postre, cuando noto una presencia a mi espalda.

—¿Has pensado en adoptar?

—¿En serio quieres volver a sacar el tema? —Me doy la vuelta y alzo la barbilla. Aun así, Enzo es bastante más alto que yo—. ¿Te va la marcha o qué?

—Solo intento entender por qué lo haces, nada más. Y a lo mejor cuando se trata de ti, sí, me va un poco la marcha. —Se encoge de hombros.

—He pensado en adoptar, incluso aunque consiga tener un hijo biológico. Me he planteado muchas cosas, Enzo... Te aseguro que mis amigas, y ellas me conocen de toda la vida, están en el salón ahora mismo pensando que he perdido el norte. Aura está haciendo una lista

mental con todas las enfermedades de transmisión sexual que puedo contraer por acostarme con un desconocido y Sol opina que yo misma me he reducido hasta convertirme en un útero con patas. Pero nunca me llamarían egoísta porque saben lo que significa ser madre para mí. No te pido que me entiendas, pero al menos respétame. Y respeta que no quiera hablar más de ello, por favor.

—Puedo ayudarte.

—Vale, pues ve llevando esas uvas a la mesa. —Señalo los platos que ya están listos.

—Me refiero a que puedo ayudarte con lo que quieres hacer. A tener un hijo.

—¿Cuánto has bebido exactamente? —Arrugo la frente.

—Dos copas de vino en toda la cena.

—No tiene gracia. He tratado de explicarte que es un tema delicado para mí.

—Por eso no te lo digo en broma.

—O sea, que hace un rato me atacas por egoísta y ahora estás dispuesto a tener un hijo conmigo.

—Sí.

—Perdona, pero eso no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Y hacértelo a pelo con el de la fotopolla sí? —Arquea una ceja—. Al menos conmigo no tienes que preocuparte por esa lista de venéreas. Yo siempre me cuido.

—Sigo sin comprender por qué lo harías.

—Acabo de entender que no eres egoísta y que si estás dispuesta a jugártela con un tío cualquiera es porque deseas convertirte en madre más que nada en este mundo.

—¿Acaso tú quieres ser padre?

—Bueno, yo no tengo propósito de año nuevo y si hago balance, tampoco he hecho nada memorable en los últimos tiempos.

Es el argumento más infantil que he escuchado. Tener un hijo por estar aburrido de tu vida.

—Ya... Pues te lo agradezco mucho, pero no.

—¿Por qué no? —quiere saber y por su tono deduzco que lo he ofendido un poco.

—No necesito un príncipe azul al rescate.

—Bueno, yo siempre cateaba biología, pero creo que el esperma del príncipe sí te hace falta.

—Estoy harta de hablar de esperma y de penes. —Suspiro con cansancio—. Ya lo conseguiré de alguna forma, soy mi propia hada madrina.

—Muy bien, hada madrina, espero que seas capaz de convertir la calabaza en 6000 euros. Si no, tienes mi teléfono. —Coge un par de platos con uvas y sale de la cocina.

¿Esta conversación ha ocurrido o me la he imaginado? No, no me la he imaginado, ha sido real. Lo sé porque tardo unos minutos en recuperar la compostura después de semejante proposición. Hasta me sirvo una copa de lo primero que pillo, que resulta ser champán. Me la bebo de un trago para combatir la sequedad de mi garganta, pero las burbujas se me atraviesan y me hacen toser.

Aura entra en la cocina para ayudarme y finjo serenidad. Ya se lo contaré cuando lo procese. Terminamos de preparar las uvas y regresamos al salón cuando están a punto de dar las campanadas en la tele. Me siento en mi silla con mi plato y mis deseos preparados. En realidad, es solo uno, el de siempre repetido doce veces; a ver si a fuerza de insistir se cumple.

Suenan los cuartos y Enzo me lanza un guiño y una sonrisa deslumbrante con esos dientes de anuncio. Si tuviera un hijo con él, con un poco de suerte, me ahorraría mucho dinero en dentista. Los aparatos son carísimos. Y reconozco que físicamente parece la inspiración de una escultura del Renacimiento. Debería mirarse su fijación por los anillos de plata, pero sería un mal menor, el mal gusto no se hereda. Vale, Brina, déjalo, no te vas a meter en ese lío. No, no y no.

—¡¡Feliz año!! —vociferan todos y comienzan a besarse y felicitarse el año nuevo.

¡Mierda! ¿Dónde han ido mis doce deseos?

12

Curvas

Una porción de tarta Sacher, una foto con las chicas en una terraza de La Latina, mi mano izquierda luciendo una manicura de un color veraniego que me atreví a probar, pero que solo usé una vez porque mi madre me dijo que parecía una prostituta, y ya. Sentada en una silla, casi empotrada contra el miniescritorio que he colocado en el salón para poder trabajar, observo las tres fotos que componen mi *feed* de Instagram.

Cuando Hans se enteró de que tengo 68 seguidores soltó un grito ahogado, se santiguó e hizo varias menciones a la virgen de su pueblo. Tras recuperarse del disgusto me recomendó, hace unas cuantas semanas ya, que empezara a construir mi marca personal a través de las redes sociales. Sirven como carta de presentación y son útiles para atraer trabajo *freelance*, así que no queda más remedio que alimentarlas como si de un hámster se tratara.

Me planteo subir alguno de mis dibujos. Poseo un centenar gracias a mis constantes ataques de productividad del verano. Sin embargo, todavía no estoy lista para someterme al veredicto de esos 68 seguidores ni de cualquier desconocido que llegue a mi perfil. También tengo fotos preciosas de la isla. Tomé muchas, las hice para poder dibujar después.

Revisando mi álbum del móvil en busca de algo capaz de insuflar vida a mi cuenta casi fantasma llego hasta mi foto más especial. Somos Sergio y yo sentados en la playa, mirándonos y riéndonos a carcajadas. Ambos estamos despeinados, tenemos arena pegada en las mejillas y la risa acentúa esas arruguitas que empiezan a marcar nuestra piel. Levanto la mirada hasta la estantería donde cada día veo esa misma foto, dentro de un marco que compró Sergio y me envió en nuestra cápsula del tiempo.

Sin meditarlo mucho subo la imagen a Instagram. No le aplico ningún filtro, no necesita mejoras. En el pie de foto escribo «La puñetera imagen de la felicidad». Así la llamó Sol. Fue ella quien nos

la hizo sin que nos diéramos cuenta. También le atribuyo el crédito a mi amiga, con su *copyright* incluido. No estoy segura de si publicar esta foto ayuda o no a mi marca, pero es, sin duda, lo más personal que tengo.

Cierro la aplicación, me hago un moño rápido que sujeto con un lápiz y al terminar descubro un puñado de hebras de pelo en la palma de la mano. Reconozco de inmediato a mi viejo amigo, el estrés. Ha vuelto de visita y, como de costumbre, se empeña en hacer adelgazar mi pelo.

Una parte importante de mi agobio se debe a la ilustración para la novela que me encargó Hans y de la que depende mi futuro como diseñadora en la empresa. Me quita el sueño y, cuando por fin consigo dormir, me provoca pesadillas. La fecha de entrega es en dos días, y en lo que llevamos de enero mi nueva tableta gráfica y yo nos hemos hecho inseparables, casi siamesas. Ahora mismo me mira indignada desde el escritorio por los diez minutos libres que me he tomado. Ella no conoce el derecho al descanso, por mucho que esté recogido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Abro el archivo, suspiro con sonoridad y apoyo la mano en la mejilla. He invertido muchas horas en esta ilustración y, cada vez que creo acariciar el final, cada vez que creo que está lista —o que yo estoy lista, más bien— para exportar y enviar, me entran las dudas y empiezo a cambiar cosas. He jugado con los colores, las tonalidades, las composiciones y las tipografías... Si hay millones de variables es posible que haya probado casi todas. ¿Recuerdas el dicho «no juzgues un libro por su portada»? Pues puede aplicarse en sentido figurado, pero no en el mundo editorial, donde te exigen un diseño original, único y lo bastante llamativo para destacar en el océano compuesto por los 90 000 libros publicados al año en este país.

—¿Todavía no estas vestida?

Doy media vuelta en la silla y apoyo el codo en el respaldo. Sergio acaba de llegar a casa y cierra la puerta tras de sí. Ni siquiera he escuchado el sonido de la llave en la cerradura. Mi vista está tan concentrada en el rectángulo de la pantalla que he aparcado el resto de mis sentidos.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Tenemos una cita, señorita. —Se quita su cazadora roja de cuero, demasiado ligera ya para esta época del año, y la deja tirada en el sofá—. Quedamos en ir a ese club con música en directo.

—Ah, es verdad… —Bostezo—. Lo siento, se me olvidó.

—No pasa nada, tenemos tiempo. Todavía tengo que darme una ducha.

No sé qué hora es, solo estoy segura de que es de noche por la oscuridad de la ventana, teñida de naranja por las farolas encendidas.

—Sergio… —pronuncio con voz lastimera.

—Aura… —responde él imitando mi tono.

—Es que…

—No, no lo digas. —Niega con la cabeza.

—No puedo salir. Tengo que acabar la ilustración.

Coge aire por la nariz y lo expulsa despacio.

—Es sábado, llevas todo el día trabajando y son más de las nueve.

—Precisamente. Llevo un montón de tiempo con eso y no está bien. Todavía no está bien.

—Ni lo va a estar esta noche, si ya ni ves… Necesitas despejarte, estás saturada.

—Lo que estoy es frustrada. —Doy media vuelta y echo otro vistazo a mi diseño. Tuerzo la boca—. Debería ser perfecta y no lo es.

—Y tú deberías haberte hecho el tatuaje en un sitio más visible, porque se te está empezando a olvidar.

Se refiere a la palabra que recorre con tinta parte de mi omóplato derecho: «Imperfecta». Me la tatué cuando comprendí que ni se acababa el mundo por equivocarme ni tampoco por volver a empezar. Aunque esa reflexión no se aplica ahora mismo.

—Necesito trabajar, de verdad. Perdí un montón de tiempo con las fiestas de Navidad.

—No perdiste el tiempo, lo aprovechaste con tu familia, con tus amigos y conmigo. Es distinto —me corrige y pongo los ojos en blanco porque sé que no puede verme. Su filosofía del *carpe diem* suena

fenomenal, pero mi fecha de entrega está martilleándome la cabeza—. Y si te relajas un poco esta noche, mañana lo verás todo mucho más claro. Ese diseño incluido.

—Tú tienes tu opinión y yo tengo la mía —afirmo sin moverme de mi posición.

—Aura, me encanta tu nuca, pero agradecería que me miraras cuando hablamos. —Me giro y sus ojos castaños me advierten que no va a dejarlo pasar.

—¿Por qué no llamas a los amigos de Teo? —sugiero—. Te cayeron bien y no has vuelto a verlos desde el día de la fiesta en su piso.

—Cojonudo. —Se ríe sarcásticamente—. Ahora soy un mueble que te sobra e intentas endosar a otro.

—Solo digo que podrías quedar con ellos para ir a ese club.

—Ya, lo que pasa es que he quedado contigo, aunque eso no signifique nada para ti.

—¿Te lo tienes que tomar tan a pecho? —pregunto con cansancio—. Es una noche.

—No es una noche —me contradice—. Me has dejado colgado con planes varias veces y no me he quejado. Nochevieja fue la última noche que cenamos juntos, vivimos en 40 metros cuadrados y no hablamos desde hace quince días, pero tú no te has dado ni cuenta.

Lo de conciliar vida profesional y personal no se me está dando tan bien como pensaba.

—Cuando acabe con esto será diferente.

—Cuando acabes con eso habrá otra cosa, pero si quieres posponemos la bronca hasta que vuelva a pasar. Me estoy acostumbrando a esperar… —Hace amago de meterse en el baño, me levanto y le corto el paso.

—Sergio, estoy empezando de cero con algo que realmente me gusta, cosa que tú me animaste a hacer. Pero no es nada fácil, así que perdona si no puedo estar disponible las 24 horas para estar contigo.

—¿Y quién te ha pedido 24 horas? Joder, Aura, me conformo con una. —Resopla—. Empiezo a tener la sensación de que estoy mendigando tu compañía.

—Yo nunca me habría enfadado contigo por tus horarios del bar.

—Ya, bueno, aquí lo tienes fácil, no tengo bar ni nada que hacer, y por eso llevo dando vueltas toda la tarde por esta ciudad como un gilipollas.

Sus palabras caen a plomo y juraría que sacuden el suelo.

—Ese es el verdadero problema, ¿verdad? El que llevo temiendo tres meses y que, obviamente, no estaba solo en mi cabeza —respondo, haciendo un gran esfuerzo para que mi voz no tiemble.

—Olvídalo. —Aparta la vista y chasquea la lengua.

—Sabes que no voy a hacerlo. Además, tú nunca has tenido reparos en decir lo que piensas.

Y si me lo imagino yo va a ser peor...

—Cuando te conocí habías perdido la motivación en tu vida y no tenías ni idea de qué hacer. Ahora que por fin lo sabes y se supone que es algo bueno, lo conviertes en una obsesión que lo consume todo a tu alrededor. Pero, eh... —Levanta las palmas de las manos hacia arriba—. Tú tienes tu opinión y yo tengo la mía. —Utiliza mis palabras de hace un momento con ironía—. Me doy una ducha y me largo. No quiero hacerte perder más el tiempo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Yo creo que sí—. Se mete en el baño, esta vez no lo freno, y cierra la puerta con una fuerza directamente proporcional a la intensidad de su enfado.

Como no tengo otra puerta a mano para descargar mi ira y tampoco es mi estilo, vuelvo a sentarme en la silla y trato de continuar donde lo dejé. Al menos así la pelea habrá servido de algo. Por supuesto, no consigo centrarme. Me froto los ojos con fuerza, ya no distingo ni el azul del verde. Resoplo y me dejo caer sobre le respaldo.

«Conviertes algo bueno en una obsesión que lo consume todo a tu alrededor». Comienzo a rumiar la maldita frase, a darle vueltas como una peonza. Porque si hay algo que no le puedes decir a una persona obsesiva es que lo es. Busco una maniobra rápida de distracción y agarro el móvil. Veo dos notificaciones de Instagram, que supongo serán *likes* a mi foto con Sergio. También he recibido un

wasap. Es de Óscar. Parpadeo y miro dos veces para asegurarme de que es su nombre el que encabeza el mensaje. Lo ha enviado hace tres minutos.

Imagino un escenario trivial, como que me reclame mi parte correspondiente de algún gasto conjunto que olvidáramos arreglar, y desde ahí llego a un mensaje del tipo: «Acaban de diagnosticarme una enfermedad terminal, solo quería despedirme y decirte que espero que ardas eternamente en el infierno por abandonarme a un paso del altar». Abro el mensaje con curiosidad y con miedo.

«Duele ver esa foto, aunque duele más darme cuenta de que a mí nunca me miraste como lo miras a él».

Cierro los ojos y me llevo el pulgar y el índice al puente de la nariz. Ni siquiera caí en que Óscar pudiera ver la foto. Y no es que no piense en él. Muchas veces he querido preguntarle cómo está, pero nunca me atrevo. Supongo que en las rupturas existe una ventana de tiempo para estas cosas y, para cuando me decida, es probable que ya esté casado con otra y esperen trillizos.

No puedo rebatir sus palabras, así que empiezo a teclear un «lo siento». Lo hago de carrerilla, casi por inercia. Sergio opina que paso media vida disculpándome, y en eso sí le doy la razón. No llego a enviar el mensaje, pero solo porque veo que Óscar también está escribiendo.

«Perdona si ha sonado a reproche. No era mi intención. O tal vez sí, no sé… En cualquier caso, me alegro de que seas feliz».

No sé si existe una manera correcta de sacar de tu vida a alguien que ha sido importante para ti. Yo tenía los motivos adecuados para dejar a Óscar, y no me arrepiento, pero me sigue pesando haberlo hecho de golpe y plumazo. Es más una cuestión de forma que de fondo. Aunque el resultado fuera el mismo, nuestros cinco años no se merecían un final tan abrupto y atropellado que ninguno de los dos vio venir.

«Espero que tú también seas feliz».

Vale, la originalidad de mi frase brilla por su ausencia, pero al menos es sincera.

«Creía serlo contigo, así que tengo que replantearme todo lo

que creía que sabía. Pero no te preocupes por mí. Mi hermana está organizándome citas a ciegas. Le da igual lo que yo piense, ya sabes cómo es… Dice que soy un partidazo».

Respondo al momento.

«Lo eres».

Él también contesta con rapidez.

«No tanto, no te quedaste conmigo».

Óscar y yo éramos lo más parecido a circular por una autovía sin curvas, a una velocidad constante y sin equipaje emocional en el maletero. Quizá esa sea la base de una relación sana. No obstante, y por mucho que lo neguemos, tendemos a valorar más el amor cuando nos lo pone un poco difícil, porque lo sencillo nos parece conformarnos.

Ante la ausencia de respuesta, vuelve a escribir.

«Olvida eso también, por favor. El amor no se elige y yo no tengo mi mejor día. Como te decía, todavía tengo que replantearme unas cuantas cosas».

Sostengo el teléfono con las dos manos y mis pulgares permanecen en el aire. Tomo aire antes de posarlos sobre las letras del teclado y escribir:

«El amor no se elige, pero si hubiera tenido la posibilidad, te habría elegido a ti».

Sé por qué escribo eso. Es fruto de una combinación de factores: mis constantes ganas de complacer a los demás, la seguridad que siempre sentí junto a Óscar, la discusión que acabo de tener con Sergio, sus dudas, las mías… Por qué le doy al botón de enviar ya no lo sé. Es más, me arrepiento al instante. Tengo intención de eliminarlo, pero el doble *check* azul aparece enseguida en la pantalla. Mierda.

Doy un respingo en la silla cuando Sergio abre la puerta del baño. Se lo debo más a la sensación de haberlo engañado con una simple frase que al susto. Sale despacio, envuelto en una nube de vapor y vestido con una toalla sujeta a la cadera.

—Voy contigo a ese club.

—Déjalo, Aura, en serio. Quería que salieras porque te apetece,

no para apaciguarme. —Se pasa la mano por el pelo mojado.

—Me apetece ir.

—No, no es verdad —dice con una sonrisa triste que duele como un pellizco.

Puede que el amor sea cosa de dos, pero a la vez es un sentimiento de lo más independiente. No puedes forzarlo, no se pliega a tus deseos, no puedes obligarlo a estar si no quiere, como me ocurrió con Óscar. Tampoco puedes negártelo, al menos sin mentirte a ti misma. Queda la opción de ignorarlo, pero esa convivencia es la más difícil de todas. Así que cuando dos personas lo comparten, la única opción es agarrarse el uno al otro.

Me levanto y voy hacia él. Lo rodeo por la cintura y lo miro a los ojos. Sé que con Sergio no habrá nunca una carretera recta. Vendrán curvas, eso seguro.

—No deberíamos echarnos de menos estando uno al lado del otro.

Apoya su frente sobre la mía.

—No, no deberíamos.

13

No ser suficiente

Una cita es una cita, así que me peino y maquillo para ir a ese club con bastante más esmero del que me he dedicado las últimas dos semanas. Eso implica salir tarde de casa, perder la reserva que Sergio había hecho en un solicitado restaurante y terminar cenando casi a las once de la noche en la barra de un pequeño local sin pretensiones. Compartimos unas patatas bravas y una tabla de jamón y queso, es decir, que yo me como el jamón, y él, el queso. Sigue sin entender mi aversión y yo le juro que no va a besarme después de comer ese Roquefort maloliente. Mi amenaza dura el par de segundos que su boca tarda en aterrizar sobre la mía.

Durante la cena, decidimos hacer un pacto para toda la noche. Queda terminantemente prohibido hablar sobre nuestra relación, sobre trabajo y sobre todo tipo de tareas prosaicas, como la necesidad de comprar papel higiénico o de desatascar el desagüe de la ducha. Así es como descubro que Sergio se autoimpuso hace unos años la obligación de aprender una palabra nueva del diccionario cada día y la cumple a rajatabla, que se pone de mal humor cuando los clientes del bar lo llaman «eh, chico» y que odia los aviones, no por el hecho de volar, sino porque le parecen ataúdes gigantes y es un poco claustrofóbico.

Yo le confieso mi miedo irracional a los pájaros, especialmente a las palomas, y a los ventrílocuos. También le cuento que en mi época universitaria una noche acompañé a Sol a un bar de ambiente y terminé besando a una chica, solo por probar. Doy por hecho que para alguien como él, exparticipante de orgías —dato que guardo en mi archivo mental y no logro olvidar a pesar de no conocer los detalles— no supone una gran historia. Sin embargo, al confesarle que ese beso me gustó más de lo que quise admitir en su momento, me mira bastante impresionado y me informa de que se ha puesto palote.

Alargamos la cena más allá de la medianoche y al salir del bar caminamos por las calles peatonales del barrio de Las Letras, el

corazón literario de Madrid, cuyos adoquines visten el suelo con citas de Cervantes, Góngora y Bécquer. Pasamos delante de unos cuantos bares con solera que presumen de cañas bien tiradas y vermú de grifo, y por otros más modernos que les hacen la competencia apelando al bolsillo con ofertas de dos mojitos por uno, hasta que llegamos al club de la discordia.

Por fuera es un local de madera bastante normalito con dos amplios ventanales que flanquean una puerta estrecha. Por dentro es otro mundo. Mis ojos se van al techo, cubierto de terciopelo rojo con lámparas que arrojan una luz dorada sobre una robusta barra de madera y conducen como una flecha luminosa al centro de la sala, ocupada por mesas redondas adornadas con lamparitas *vintage* y colocadas delante de un escenario presidido por una cantante y un pianista. Salimos de Madrid y viajamos cien años atrás en el tiempo.

Deduzco que el concierto debe ser bueno porque el local está hasta los topes.

—Creo que llegamos tarde —señalo lo obvio—. Solo queda una mesa vacía y tiene el cartel de reservada.

—Sí, para nosotros. —Extiende el brazo invitándome a pasar delante de él—. Te dije que esto era una cita.

Avanzamos entre las mesas hasta llegar a la nuestra, situada en primera fila frente al escenario. La cantante se mueve sinuosa al ritmo de un piano con su vestido negro ajustado y su pelo castaño cayendo en cascada con ondas al agua, al más puro estilo viejo Hollywood. Me quito el bléiser y me felicito interiormente por haberme puesto un top de fiesta color champán de cuello *halter* con escote descubierto en la espalda. Aquí mi acompañante se está remangando su camisa de planetas y cohetes espaciales, pero defiende siempre sus atuendos con tanta convicción que estoy empezando a apreciarlos.

Uno de los camareros se acerca para tomarnos nota y Sergio pide su Coca-Cola habitual, mientras que yo, hechizada por el ambiente de la sala y el glamur reinante, le pregunto a mi chico si sabe qué es lo que se bebía en Nueva York en los años veinte.

—Era la época de la Ley Seca, así que *whisky* casero ilegal sin ningún tipo de control sanitario.

—Pues adiós, glamur —farfullo—. Otra Coca-Cola para mí, por favor —le pido al camarero, que asiente y se aleja.

—Espera —le pide Sergio en el último momento—. Discúlpanos, para ella mejor un Old Fashioned.

—¿Y eso qué lleva? —le pregunto arrugando la frente cuando el camarero ya se ha ido—. Suena a lo que bebería mi abuelo.

—Es un cóctel a base de *whisky*.

—¿No soy lo bastante dura para un *whisky* a palo seco?

—Has bebido dos copas de tinto en la cena y de camino hacia aquí te has comido un bolardo.

—Es que la calle estaba muy mal iluminada —alego—. Debería poner una queja al Ayuntamiento.

—Confía en mí, en cóctel es una buena forma de empezar a probar bebidas potentes como el *whisky*. Además, el Old Fashioned es clásico y elegante, como tú. Con una combinación dulce y amarga. —Arquea una ceja.

—¿También soy amarga?

—En tu cóctel personal se trataría de una proporción pequeña, un *twist* casi decorativo, pero sí.

Aunque no indago más, me pregunto si es Sergio quien ve en mí algo que los demás no o si soy yo, que con él tengo menos miedo de mostrarme tal como soy.

—Pensaba que en un concierto de jazz alguien tocaría la trompeta. Mis conocimientos sobre el género se reducen a una imagen mental en blanco y negro de Louis Armstrong tocando una trompeta —comento, poniendo de manifiesto mi nivel de ignorancia.

—El jazz es un género de fusión, se utilizan muchos instrumentos y también se mezclan estilos —me explica—. Y tú sabes más de lo que crees. Conoces la canción que ella está cantando. —Señala a la cantante con un leve movimiento de cabeza—. Es *My man*, de Billie Holiday. La has escuchado muchas veces en casa.

—Sí, pero en tu disco esa canción se siente..., no sé, desgarrada. Y esa chica parece bastante animada.

—Billie Holiday fue violada cuando era una niña y después acusada de seducir a su agresor. Los hombres de su vida la

maltrataron, la explotaron económicamente y acabó convertida en una adicta a la heroína. El desgarro le brotaba de dentro, era su magia. Su expresión estaba por encima de la pureza, y por eso siempre será una de las mejores cantantes de jazz de la historia.

—Uf, eso es un poco duro, ¿no? ¿Tu vida tiene que ser una sucesión de tragedias para poder ser la mejor?

—No digo que todos los artistas tengan que vivir necesariamente lo que crean o interpretan. Cada uno tiene su modo de entenderlo, pero las emociones son poderosas y siempre ha habido una atracción especial entre el arte y el dolor, entre los artistas y las vidas turbulentas. Los Beatles escribieron canciones sobre el LSD, Frida Kahlo hizo de su sufrimiento físico y sentimental su obra, Joni Mitchell compuso uno de sus mejores discos inspirada por el trauma que supuso dar a su hija en adopción, Beethoven tenía arranques de ira y destrozaba las casas donde vivía… De la visceralidad surgen las leyendas.

—Tú lo eres.

—¿Visceral? Una pizca nada más. —Se ríe con ironía.

—Una leyenda, quiero decir.

—No, ni remotamente —me contradice—. Yo soy un fantasma como mucho.

—Pues tienes muy buen color para ser un fantasma, e incluso das conversación de lo más interesante. —Apoyo los codos en la mesa —. Me encanta escucharte hablar de música.

En realidad, me gusta escucharlo hablar, así, a secas.

—A lo mejor la música y yo también nos estamos reconciliando —declara con ligereza, desprovisto por primera vez de ese tono áspero que suele utilizar al recordar su pasado.

Nos traen las bebidas y me quedo observando mi cóctel. Servido en vaso ancho y bajo, es de color ámbar y se asemeja a un *whisky* normal y corriente, aunque está adornado con una cascara de naranja en espiral y una cereza. Sergio me aconseja que no me lo beba de golpe, que lo saboree poco a poco para poder apreciar los matices. Le doy un pequeño sorbo ante su atenta mirada y reconozco la combinación de dulce y amargo. También quema un poco en la

garganta.

—¿Te gusta el cóctel de tu abuelo?

—Hay que acostumbrarse, pero no está mal.

—¿Y la música?

—No entiendo nada de la técnica ni de la pureza, pero me gusta. Es sensual —añado y cojo la cereza de mi vaso para llevármela a la boca. El sabor azucarado estalla en mi lengua y emito un ruidito de placer.

—Me estás torturando. —Se humedece los labios.

—Te juro que no estoy intentando nada.

—Eso es lo peor, que no tienes ni idea de lo que provocas en mí incluso sin intención.

—Demuéstramelo —le pido alzando la barbilla. Él me contempla como si quisiera comerme igual que acabo de hacer yo con la fruta, lo cual me provoca un cosquilleo en el estómago que asciende hasta alojarse en mi pecho.

—¿Quieres bailar?

—Nadie lo hace —observo y él alza las cejas—. Menuda tontería —me respondo a mí misma en voz alta—. Como si eso a ti te importara.

Nos levantamos, dejamos atrás las mesas y nos colocamos en una esquina de la sala donde no vayamos a entorpecer el paso de la gente. Sergio me agarra de la cintura. Yo a él, del cuello. Está sonando otra canción. Si me preguntas mañana, no seré capaz ni de tararear la melodía, aunque me prometo que nunca olvidaré sus ojos oscuros fijos en mí mientras las yemas de sus dedos caminan por la curva de mi espalda desnuda.

—Eres preciosa.

Yo replico mentalmente que no lo soy, que exagera, que como mucho soy mona y de las que pasan desapercibidas a primera vista, que mi pelo es fosco, mis pechos pequeños y mis caderas demasiado anchas. Y, a continuación, cojo todos esos pensamientos repugnantes y los expulso de mi cabeza. No les voy a consentir manchar este momento. Soy preciosa y punto. Le sonrío y apoyo la mejilla en su pecho. Dios, quiero morirme en él. Literalmente, cuando muera,

quiero que sea exactamente así. Sintiendo el calor de su piel a través de la tela de su camisa. Sé que eso no se elige, pero puestos a pedir, me parece una buena despedida de este mundo.

Al apartarme un poco, veo el borrón rojo que ahora adorna su pecho gracias a mí.

—Mierda, te he manchado de pintalabios.

—Da igual —contesta sin apartar sus ojos de los míos.

—No da igual, cuanto más tardes en quitarlo, más se adhiere al tejido. Puedo preguntar al camarero si tiene quitamanchas. —Me alejo un par de pasos, pero tira de mí hasta acercarme otra vez contra su pecho.

—Aura, déjalo. Me gusta tener tu pintalabios en mi camisa.

—¿Y eso por qué? —pregunto extrañada.

—Porque es como si de alguna manera me marcaras, y eso me pone bastante —admite arrugando la nariz y yo me río como una boba —. ¿Qué? Te parezco un neandertal, ¿a que sí?

—A mí también me pasa.

—¿Te pone cachonda mancharte con tu pintalabios? Entonces lo tuyo es narcisismo —se burla.

—No, el que me pone eres tú. Concretamente… —Me elevo de puntillas para acercarme a su oído—. La rojez que el roce de tu barba deja en la cara interna de mis muslos.

—Joder, tú quieres matarme esta noche —gruñe mientras su boca busca la mía.

Seguimos meciéndonos con la música y nos besamos lento, como quien de verdad sabe paladear el *whisky* que he dejado abandonado en la mesa. Lo malo —o lo bueno, según se mire— es que a nosotros nunca se nos ha dado muy allá lo de ir despacio. Nuestros labios cogen ritmo, las lenguas salen al encuentro, sus dedos se internan sin cuidado en mi pelo y, en cuestión de segundos, acabo pegada de espaldas contra la pared. Nos apretamos el uno contra el otro hasta que ya no queda espacio, la piel empieza a llamarse a gritos y la ropa, a quemar. El roce de sus dientes en mi cuello me hace ahogar un gemido y está a punto de conseguir que mi estado pase de sólido a líquido. Mi sexo se despierta y aúlla cuando Sergio recorre la

parte delantera de la cintura de mi pantalón y me desabrocha el botón para colar los dedos hasta llegar a mis bragas.

—Aquí no... No podemos —le advierto, pero presiono mi mano sobre la suya, lo que evidencia mis ganas de seguir.

—Todos están pendientes del concierto.

—Si no paramos ahora, también lo van a estar de nosotros.

—Entonces tendrán dos espectáculos por el precio de uno —asegura con voz ronca y comienza a trazar círculos con la lengua en el hueco de mi clavícula.

—Vamos al baño —suplico con la voz entrecortada.

Aparta la boca para mirarme y entorna los ojos bajo la escasa luz, tanteando si voy en serio o no. Me muerdo el labio por respuesta.

—Esto está hasta arriba de gente y el baño también lo estará —razona él, cosa de la que yo soy incapaz.

—Pues llévame a cualquier parte —digo con la libertad absoluta que siento para cederle el control.

Me sujeta la cara con las dos manos y me da otro beso antes de desaparecer entre la multitud. Ni siquiera me da tiempo a sopesar si el repentino abandono forma parte del juego, ya que enseguida regresa con nuestros abrigos, me agarra de la mano y nos dirigimos hacia la salida con tanta velocidad que parece que huyéramos sin pagar. Un momento, es precisamente eso, no hemos pagado las bebidas. A Sergio, el calentón y su despiste de base le impiden acordarse; a mí, mi educación de colegio católico me exige regresar y abonar la cuenta. Claro que mis ganas de que vuelva a empotrarme contra una pared son mayores a cada paso, así que ya si eso mañana escribo un correo al club.

Cuando salimos a la calle, la temperatura ha descendido y chispea aguanieve, pero ni eso consigue enfriarme las ganas. Me da igual donde vayamos, sea donde sea, solo quiero llegar ya.

—¡La madre que me parió! ¿Sergio? —grita frente a nosotros un hombre de pelo negro rizado con sombrero y cigarro en boca— ¿El puto Sergio Velasco?

El aludido frena de golpe y yo, agarrada aún de su mano, me estampo contra su hombro.

—Tino… Hola… —lo saluda, visiblemente desconcertado—. ¿Cómo estás?

—¿Como que cómo estoy? —Tira el cigarro a medio fumar—. ¡Ven aquí, cabronazo!

Avanza hasta Sergio y le da un abrazo que culmina con unas ruidosas palmadas en la espalda. No comprendo de dónde saca semejante fuerza. Está delgado, casi consumido. Viste unos vaqueros pitillo de color rojo que a mí no me pasarían de la rodilla.

—Desapareciste. Te largaste al culo del mundo y no te despediste de nadie —le reprende con una familiaridad evidente.

—Ya… Necesitaba irme. —Y evidente resulta también que ese es todo el comentario que va a hacer Sergio respecto a la última década de su vida.

—Sí, recuerdo lo de tu madre. Puto cáncer. —Niega con la cabeza—. Mi viejo igual, hace un par de años.

—Lo siento. —Sergio se mete las manos en los bolsillos delanteros—. ¿Y qué tal te va? ¿Sigues haciendo bolos?

—Bah, alguno cae de vez en cuando, en *baretos* cutres sobre todo. No todos tenemos la suerte de haber nacido con tu cara y tu voz, mamón. —Aparta los ojos de él y repara en mi presencia—. Y por lo que veo, sigues aprovechándote de ellas —remata en tono socarrón y no me queda claro si con ese «ellas» se refiere a las cualidades de Sergio o a las mujeres en general.

—Eh… —Mi novio gira la cabeza y me mira desubicado, como si tratara de hacerme hueco en su cabeza y recordar mi nombre—. Aura, él es Tino. Solíamos salir juntos cuando… Hace años.

—¡Qué coño salir! ¡Quemábamos Madrid! —aclara, aunque empiezo a hacerme a la idea.

—Encantada. —Nos damos dos besos, su olor a tabaco inunda mis fosas nasales y aparentemente vuelvo a utilizar mi superpoder de invisibilidad.

—¿Y qué, estás de paso o has vuelto para quedarte? —le pregunta, pasándose los dedos amarillentos de nicotina por su barba oscura, descuidada y salpicada de unas cuantas canas.

—He vuelto.

—Entonces hay que celebrar la vuelta del hijo prodigo. Venga, os invito a tomar algo. —Hace amago de entrar en el club, pero enseguida da media vuelta—. Oye, pero mejor pagas tú, que aquí las copas salen a pelo de conejo y no todos hemos ganado discos de platino.

—Mejor otro día, ya nos íbamos a casa —dice Sergio sin moverse del sitio.

—Venga ya, pero ¿a ti qué te ha pasado? Con el jodido aguante que tenías. —Se cuelga de su cuello y le da dos palmadas en el pecho mientras se dirige a mí—. Este cabrón podía pasarse cuatro días seguidos de fiesta bebiendo sin inmutarse. Una noche se apostó mil pavos con un ruso de 120 kilos a que lo tumbaba bebiendo vodka. Y joder si lo hizo. Al ruso se lo tuvieron que llevar en ambulancia. —Se ríe.

A cada segundo que pasa me cae mejor…

—Eso fue hace mucho —espeta Sergio sin rastro de emoción en la voz.

—No me digas que te has reformado, porque entonces la próxima seguro que te tumbo yo. —Se ríe más fuerte esta vez.

—Seguro que sí… Me alegro de verte, Tino —concluye a modo de despedida.

—Y yo, tío, y yo… Oye, si quieres rememorar viejos tiempos, algunos seguimos yendo a ese garito de Huertas. Se alegrarán de saber que estás aquí. —Se rasca la mejilla y achina los ojos—. Bueno, igual Rober no tanto. Te tiraste a su novia, ¿no?

—Adiós, Tino. —Sergio levanta la mano en señal de despedida y nos vamos.

Me acurruco junto a él y lo agarro fuerte del brazo para protegerme del frío mientras caminamos. El único sonido que nos acompaña durante un rato es el repiqueteo de mis tacones.

—Deberías comprarte un abrigo o una bufanda al menos —le recuerdo al verlo subirse el cuello de su cazadora de cuero—. Es invierno y vas vestido como si fuera mayo.

—Sí —murmura medio ausente.

No tiene intención de hablar ni de contarme nada, pero

empiezo a hacerme una composición de la historia.

—Supongo que Tino es uno de esos amigos tuyos que al final no lo eran tanto.

—Es un poco cargante, pero no es mal tipo. Y yo tampoco era amigo de nadie —añade.

—¿Qué quieres decir?

—Has escuchado un par de hazañas.

—Eso fue hace mucho, tú mismo lo has dicho.

—Coméntaselo al que me acosté con su novia. Y eso que ni siquiera me gustaba demasiado.

—Eras un crío e hiciste tonterías.

—Eso es quedarse muy corta. En aquella época todas mis historias podrían haberse titulado con un «Iba tan colocado que…». Iba tan colocado que me desperté en la cama desnudo con una pareja que no recordaba haber conocido la noche anterior, iba tan colocado que no sé cómo me disloqué el hombro, iba tan colocado que le lancé un fajo de billetes a mi padre cuando me advirtió que su casa no era ninguna pensión donde dormir la mona, iba tan colocado que… —Chasquea la lengua—. Puedes rellenar el resto como quieras, seguro que lo que se te ocurra lo hice alguna vez.

—No gestionaste bien la fama. Casi nadie lo hace.

—También era un egoísta y un gilipollas que se creía mejor que los demás. Y esta ciudad se encarga de recordármelo a cada paso. —Resopla encendido—. ¿Se puede saber dónde hemos dejado la moto? Todas las putas calles de este barrio son iguales.

—Sergio, ¿quieres irte?

—Lo veo difícil si no encontramos la moto —responde mirando hacia todos lados.

—Me refiero a irte de Madrid.

Se detiene en medio de la calle y echa la cabeza hacia atrás.

—Sabía yo que íbamos a volver a esto… A veces se me va la fuerza por la boca, ya lo sabes, pero no significa nada.

—Yo creo que sí significa algo.

—¿No quedamos en no hablar esta noche de lo nuestro? ¿No habíamos hecho un pacto?

—Y podemos mantenerlo, pero esto nos lo vamos a llevar a casa igualmente y los dos lo sabemos.

—Estoy aquí, Aura. —Se lleva las manos al pecho—. Ya no sé cómo convencerte de que quiero estar contigo.

—Una cosa no quita a la otra. Puedes querer estar conmigo y querer irte al mismo tiempo.

—¿Por qué tienes que ponernos en el peor escenario posible?

—Porque así evito llegar a ese escenario.

—¿Seguro? Empiezo a pensar que eres tú la que quiere que me vaya. No paras de repetirlo.

—Eso es lo último que quiero, pero me pregunto qué va a pasar con nosotros en primavera cuando tengas que abrir el bar otra vez y me asusta ser lo único que te retenga aquí. Cuando tú me lo dijiste a mí en la isla me enfadé, pero ahora te entiendo. No soy suficiente, o no lo seré con el tiempo.

—No es eso, de verdad. —Se pasa la mano por el pelo con frustración, buscando las palabras adecuadas—. Tú eres…

—No, espera, no busco que me consueles. Lo que quiero decir es que no soy suficiente y tampoco debo serlo. Necesitas algo que te importe y te haga feliz aparte de mí. Antes me has dicho que perdí mi motivación y la encontré. Y sí, es verdad, me obsesiono con ella, pero tú necesitas encontrar también la tuya, porque si no hay equilibrio entre nosotros no vamos a funcionar. Y no se te ocurra pensar que quiero que te vayas —le advierto cabreada—. Te quiero muchísimo.

Me mira unos segundos eternos, coloca las manos en las caderas y suspira.

—Ese «te quiero» ha sonado a amenaza de muerte.

—Un poco, sí —admito y ambos sonreímos a la vez.

—Pero entiendo lo que dices… Y si quiero ser coherente, debería estar de acuerdo con mi propio argumento, así que lo pensaré. Te lo prometo.

—Y yo prometo respetar nuestros planes. Además, alguien tiene que llevarte de vuelta a casa cuando sales porque te orientas fatal.

—Eres muy lista tú —me dice con recochineo.

—Claro que soy muy lista —replico ufana—. Sé dónde hemos

aparcado.

Cinco minutos más tarde nos encontramos delante de su moto. Sergio me da el casco, aunque me hago la remolona para ponérmelo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, que estaba yo pensando… —Agacho la mirada con timidez—. Más bien tengo curiosidad por saber dónde íbamos antes de que nos interrumpieran.

—¿Te refieres a…? —Deja la pregunta suspendida en el aire.

—Sí.

—¿A si íbamos a follar en plena calle?

—Iba implícito.

—Ya. —Se encoge de hombros—. Pero me sigue gustando hacerte sonrojar.

—¿Y bien? —insisto.

—No sé, pensaba improvisar sobre la marcha. —Vuelve a guardar el casco en el cajetín de la moto y me dedica una sonrisa canalla—. ¿Tú tienes alguna idea?

Esta vez soy yo la que lo agarra a él de la mano. Deshacemos nuestros pasos apenas unos veinte metros y llegamos al garaje privado de un edificio de ladrillo que desentona con la arquitectura de la zona por ser de nueva construcción. Bajamos la rampa y nos colamos en un recoveco al lado de la puerta metálica lo suficientemente grande para resguardarnos de los que pasan de largo. Me pego a la pared y Sergio apoya las manos sobre la misma sin tocarme.

—Dime qué quieres que haga —susurra.

—No es por cortar el rollo, pero ¿no deberíamos darnos un poco de prisa?

—Pídeme exactamente lo que quieres que haga. Eres tú la que tiene ganas.

—¿Y tú no?

—A mí me la pones dura solo con respirar, por si todavía no te ha quedado claro. —Se pega a mí y el bulto de sus vaqueros le da la razón—. Ahora dime qué hago. Tú mandas, yo obedezco. Soy tuyo.

Auxilio, me desmayo.

—Desabróchame el pantalón —le pido sin pararme a pensar,

atendiendo solo a lo que dicta el deseo.

Lo hace sin dejar de observarme con esos ojos que son puro morbo.

—Arrodíllate.

Se agacha, se coloca sobre sus rodillas y vuelve a mirarme, esperando la siguiente instrucción.

—Bájame el pantalón.

Lo hace muy lentamente, como si no tuviéramos prisa. Creo que eso empieza a excitarme todavía más.

—Ahora las bragas.

Desliza mi ropa interior hacia abajo y el frío me pone la piel de gallina. Se pasa la lengua por el labio inferior y yo me humedezco también, para qué negarlo, con las bragas por los tobillos.

—Si te tengo que explicar qué hacer ahora, tenemos un problema muy serio.

Sonríe en la oscuridad, me agarra de las caderas y siento su aliento cálido en mi sexo antes de que su boca se pose sobre él. El roce de su barba me recuerda nuestra conversación en el club y me arranca una risa tonta que es sustituida por un gemido en cuanto empieza a deslizar la lengua con un suave vaivén. Unas voces callejeras suenan de fondo, pero las apago cerrando los ojos y dejándome llevar por el sonido de mi respiración. Sergio mueve las manos rodeando mis nalgas, aprieta los dedos sobre mi piel y abre la boca para comenzar una coreografía perfecta que consiste en besar, lamer, chupar, succionar y morder. Su boca y mi sexo, su saliva y mi humedad, todo se mezcla cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Mi clítoris palpita, las piernas me tiemblan y no tengo donde sujetarme, así que lo agarro fuerte del pelo y comienzo a dirigir sus movimientos. Verlo comiéndome de rodillas, hambriento, entregado, rendido, me hace sentir poderosa. Controlo mi propio placer y lo controlo a él. Jadeo y Sergio gruñe excitado contra mí. Es un sonido ronco, animal, que vibra en el centro de mi sexo y consigue desatarme del todo.

Me deshago con él entre las piernas, me corro pronunciando su nombre, y veo la luz. Esto último no es metafórico, la luz es muy real. Es blanca, potente y se refleja en la puerta negra del garaje. Mientras

el orgasmo abandona mi cuerpo entre espasmos comprendo que se trata de los faros de un coche que se acerca a nuestro escondite.

Con la mente nublada y casi sin respiración intento subirme las bragas y los pantalones a toda prisa, pero con la emoción del momento se han hecho una especie de gurruño en el suelo y no soy capaz de atinar ni para meter una pierna. Sergio se levanta y me dice algo que no consigo escuchar debido al ruido del motor, me pongo nerviosa, tropiezo con mis propios pies en una actuación digna de Mr. Bean y él me sujeta impidiéndome caer de boca al suelo.

Por supuesto, el coche frena justo a nuestro lado. Va ocupado por dos chicas, una rubia, la que conduce, y otra morena que va de copiloto. Apenas han estrenado la veintena y tal vez las nuevas generaciones ya vienen de vuelta de todo porque ni se sorprenden al pillarnos. La conductora baja la ventanilla automática, momento que Sergio aprovecha para quitarse la cazadora y taparme mis partes nobles, aunque yo preferiría que me escondiera la cara. ¡Qué vergüenza, por favor!

—Y dicen que la caballerosidad ha muerto —bromea la rubia y se ríen las dos.

—¡Bravo, hermana! ¡Tú sí que sabes! —grita la morena para hacerse oír y me aplaude a la vez que asiente con la cabeza, dándome su aprobación.

Yo no sé dónde meterme, literalmente, y Sergio se esfuerza por contener la risa.

—Oye, chicos, ya que estáis ahí… —La rubia saca el mando del garaje por la ventanilla y se lo tiende a Sergio—. ¿Os importa? Este cacharro se está quedando sin pila y funciona como el culo. Hay que acercarlo mucho a la puerta para que se abra.

Agarro la cazadora como si fuera un chaleco salvavidas y Sergio se inclina para coger el mando. Se acerca a la puerta metálica y pulsa el botón unos segundos, pero nada.

—¡Tienes que subir un poco más el brazo! —vocea la morena.

Él le hace caso y por fin suena un chasquido. La puerta se abre con un chirrido, lentamente, muy lentamente. Joder, parece la puerta levadiza de un castillo medieval.

—¿Sabes dónde puedo encontrar uno igual? —me pregunta la rubia, con los codos apoyados en la ventanilla del coche.

—No hay ninguno como él. —A pesar de lo surrealista de la situación, Sergio me escucha y me mira con expresión risueña.

—Ay, tía, si encima se quieren ya me muero de la envidia —apunta la morena poniendo morritos.

—Pues nada, majos, por nosotras no os cortéis y a seguir pasándolo bien —nos aconseja la rubia.

Ambas se despiden con la mano y prosiguen su camino. En cambio, yo me quedo pegada a la pared hasta que la puerta se cierra con un sonoro golpe.

—No me lo puedo creer —farfullo y Sergio se dobla de la risa.

—Pues como cita ha sido bastante completa —resume mientras termino de abrocharme los pantalones.

«Y te lo querías perder», me digo a mí misma, riéndome también.

14

SOL

Una teta más grande que la otra

—¡¿Por qué hay un perro haciendo pis en el salón?! —vocifera Teo.

Levanto la cabeza y me miro en el espejo del baño con un ojo abierto. En el otro se me ha metido jabón. Mierda, no lo he escuchado llegar a casa. No me acostumbro a vivir en tantos metros cuadrados. En mi antiguo piso hasta las paredes vibraban cuando el vecino de enfrente roncaba.

—¡Sooool! —brama, haciendo gala de unos pulmones que ya le gustaría tener a un buceador en apnea.

Me limpio el jabón de la cara con agua a toda prisa, me seco con la toalla de manos y salgo del baño de nuestro dormitorio. Camino hacia el salón con calma y tranquilidad, todo es cuestión de actitud. Si huele mi miedo, estoy perdida. Me refiero a Teo, no al pequeño ser vivo de color negro y orejas caídas que está a sus pies y acaba de dejar un charco redondo de pis en la alfombra. Una alfombra casi nueva, ya que tiramos la anterior el mes pasado tras mi fiestecilla de inauguración. Tampoco es tan terrible si lo comparamos con el hecho de que hace media hora le dio por comerse los zapatos de ante favoritos de Teo, aunque no es un argumento que pueda utilizar a mi favor.

—Hola a ti también. ¿Ya no nos saludamos o qué? —digo en un intento de ganar tiempo para pensar cómo planteo la situación.

—Hola. ¿Puedes decirme qué hace aquí un perro? —pregunta Teo con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón de pinza y cara de pocos amigos.

—Es una perra.

—¿Qué hace aquí una perra?

—¿Te acuerdas de mi amiga Susana? Resulta que su novio se tira a otra, y esa otra es su hermana. ¿No te parece muy fuerte? Mira que yo no me llevo muy allá con mis hermanas, pero nunca les haría semejante putada.

—¿Y qué tiene que ver la desgraciada vida sentimental de Susana con que una perra haya hecho pis en la alfombra?

—Pues mucho que ver… —Me toqueteo el *piercing* que llevo en el tragus de la oreja y enseguida aparto la mano. Me conoce demasiado y sabe que es mi reacción habitual cuando me pongo nerviosa—. Yo había quedado a comer hoy con Susana, pero justo ayer fue cuando pilló *infraganti* a su hermana con su novio. Y en su cama nada menos, que ya hay que ser cutres y cerdos, podrían por lo menos haber pagado un hotel… —Teo se cruza de brazos. Mala señal —. Total, que al final entre echarlos de casa, cambiar las sábanas y el disgusto en sí, se olvidó de que habíamos quedado. Y cuando por fin he conseguido hablar con ella por teléfono porque no ha aparecido para comer, no dejaba de llorar, así que como no entendía un carajo de lo que me estaba contando acabé yendo a la protectora de animales donde trabaja. Allí conocí a esta ricura. —Cojo a la perra en brazos y la achucho contra mí—. Se llama Marie Curie y me la tenía que traer a casa. Mira qué ojitos tan tristes.

—Teniendo en cuenta cómo acaban siempre tus historias, ¿por qué habré tenido yo la absurda esperanza de que solo le estuvieras cuidando la perra a tu amiga un par de días?

—Teo, es que te juro que fue amor a primera vista.

—No nos la vamos a quedar. —Me advierte con el dedo.

—¿Sabes cuánto dice la ciencia que se tarda en decidir si alguien te gusta o no? Ocho segundos. A mí con Marie Curie me sobraron siete.

—Qué suerte la suya, conmigo necesitaste dos décadas.

—Es que también me dio unos cuantos lametones… Si tú hubieras hecho lo mismo, te habrías ahorrado unos cuantos años de estar a dos velas.

—Yo no he estado a… —Aprieta los dientes y menea la cabeza —. Sol, no me cambies de tema.

—El tema lo has sacado tú.

Lo he comprobado durante años, desviar la conversación es una técnica muy útil. *Mutatio controversiae*, lo llamaba Schopenhauer. Teo nunca ha leído su *Dialéctica erística*, que suena muy intelectual, pero

en la práctica consiste en una serie de trucos básicos y engañosos para ganar una discusión.

—Lo siento, pero no podemos tener perro. Lo dice el contrato de alquiler del piso.

No ha leído a Schopenhauer, pero de tonto no tiene un pelo.

—Puedo hablar con el casero y explicárselo. O mejor habla tú con él, que a mí me tiene enfilada desde que le dije que estoy a favor de la expropiación de viviendas para destinarlas al alquiler social.

—No, ni de broma. Es mucha responsabilidad y no quiero. Además, los perros huelen mal y van soltando pelo por todas partes. He dicho que no —espeta con firmeza.

—Vale, muy bien, pues no nos la quedamos, pero devuélvela tú a la protectora. Yo soy incapaz.

—Ahora mismo.

En cuanto Teo da un paso al frente y abre los brazos, la perra se encoge y empieza a temblar en mis brazos.

—¿Qué le pasa?

—Que tiene miedo.

—¿De mí? —Alza las cejas.

—De todo. —Acaricio su pelo corto con mimo—. La encontraron tirada en el campo, casi desnutrida. Le habían pegado y abandonado a su suerte.

—Joder, canija, de verdad que eres... —Niega con la cabeza, aprieta los labios y termina resoplando por la nariz—. Hablaré con el casero. Me las arreglaré para convencerlo.

—¿Has oído eso, Marie Curie? ¡Te quedas! —Dejo a la perra en el suelo, me lanzo de un salto a los brazos de Teo y le rodeo la cintura con las piernas. Él me agarra con rapidez y me sostiene. Está más que acostumbrado a mi efusividad. Le doy un beso—. Gracias.

—De nada, chantajista emocional. No sé si me da más pena su cara o la tuya.

—Ha sido un trabajo en equipo.

—¿Qué tiempo tiene? No crecerá demasiado, ¿no?

—Nah, un poquito más y ya. Es un cachorro de mastín de siete meses.

Según mi amiga Susana, ese *poquito* significa que acabará mutando en un bicharraco de 70 kilos, pero no hace falta entrar en esos detalles ahora mismo.

—Tendremos que llevarla al veterinario, comprarle una cama, un collar y esas cosas —comenta, mirándola ya con algo parecido a la ternura.

—Eres puro corazón, Teófilo.

—Sí, y un maniático de los olores también, así que el pis lo limpias tú.

—Pues claro, la próxima vez me encargo yo, te lo prometo. —Desenrosco mis piernas y vuelvo al suelo—. Ahora tengo que irme a fotografiar vaginas. —Voy directa hasta la mesa del comedor y cojo mi equipo fotográfico.

—¿En serio vas a dejarme solo con la perra?

—Así os vais conociendo.

—Menudo morro tienes.

—Amor, llego tarde, las chicas me están esperando y es el único momento de la semana en que podían quedar. Tengo el estudio alquilado solo unas horas y te recuerdo que lo pagas tú porque yo no tengo ni un chavo. —Lanzo un beso al aire con la mano—. No te enfades, en cuanto vuelva te compenso con sexo guarromántico.

—¿Con qué? —Parpadea confuso.

—Hijo, con sexo guarromántico: guarro y romántico a la vez. Es el mejor que hay —Le guiño un ojo.

Aunque le fastidia que me salga con la mía, acaba agachando la cabeza y riendo con disimulo. El puto Schopenhauer me aplaudiría si no hubiera muerto hace más de cien años.

Avanzo por el pasillo con todos mis bártulos, cojo mi anorak del perchero y me lo pongo. Nada más abrir la puerta escucho a Teo jurar en arameo.

—¡¡Está haciendo caca!! —Salgo deprisa, tiro del pomo y cierro de un golpe seco. Aun así lo escucho gritar—. ¡¡Sooool!!

Corro por el rellano y no espero ni el ascensor. Bajo por las escaleras, que es muy beneficioso para la salud. Sirve para evitar infartos y limpiar caca de perro.

***

—Oye, ¿tienes que acercarte tanto? —protesta Brina espatarrada de piernas frente a mí, con los codos apoyados en el suelo del estudio que he alquilado para la sesión—. ¿Vas a hacerme fotos de la vagina o una citología?

—Es que cuesta hasta verla, no me esperaba semejante matorral de pelo —expongo de rodillas, disparando con mi cámara—. Sobre todo, después de ver la pequeña pista de aterrizaje que tiene Aura. Que digo yo que si Sergio encontró tu clítoris el otro día en un garaje a oscuras no necesita mucha señalización.

—Sergio domina toda la zona perfectamente y yo me depilo porque quiero —asegura sentada en una silla con una cerveza de lata en la mano. Es el pago que ha obtenido por haberse dejado inmortalizar los bajos.

—Pues yo no tengo ningún problema con mi pelo —declara Brina—. Solo me hacía la depilación integral por Andrés. Y Andrés ya no está. Además, el vello púbico está ahí por algo, tiene su función. Como, por ejemplo, proteger del roce durante las relaciones sexuales.

—Tampoco es que tú tengas que preocuparte por eso —comento—, pero estoy muy a favor de que vayas a contracorriente de la dictadura de la belleza femenina.

—Bueno, eso de no volver a tener sexo no está tan claro... —comenta con la vista clavada en el techo—. Hace falta para tener bebés. Al menos por el método tradicional.

Aparto la cámara de su vagina al imaginarme la cabeza de un bebé pelón asomando por ella.

—¿En serio sigues con lo de Tinder? —pregunta Aura.

—No, Tinder está descartado. Esta vez es... —Carraspea—. Enzo... se ha ofrecido voluntario.

—¿Qué? —chillamos Aura y yo al unísono.

—Oye, ¿podéis dejar esa manía de reaccionar justo a la vez cuando os cuento algo?

—¡Joder, Brina! —Me río—. Cuando creo que te conozco haces

cosas como ir a un club sexual o acostarte con un tío para que te haga un bombo. Me gusta saber que después de todos estos años todavía puedes sorprenderme. Da vidilla a nuestra relación.

—Pero ¿cómo y cuándo surgió esa conversación entre vosotros? —quiere saber Aura.

—Fue en Nochevieja.

De eso han pasado casi tres semanas. Yo habría tardado tres segundos en soltárselo a ellas, pero Brina es hermética y hay que quererla así.

—¿Y qué pasó? ¿Le gustó tanto el cordero que en agradecimiento se ofreció a hacerte un hijo? —Reencuadro y sigo haciendo fotos.

—Pues casi, me lo propuso después de la cena como quien te dice que va a lavar los platos. El caso es que creo que lo decía en serio.

—Lo que está claro es que tendréis un bebé guapísimo —apunta Aura—. Seguramente darás a luz a Miss o Míster España 2043.

—Es verdad, vuestros genes unidos tienen que ser una bomba. Seréis como Brad y Angelina… ¡Seréis Enzobrina!

—Si es que no sé para qué digo nada, os lo tomáis todo a cachondeo. Luego que si me guardo las cosas…

Lo admito, picarla es un vicio, como comer pipas Tijuana.

—Podríamos ponernos serias y darte un montón de razones por las que quedarte embarazada de Enzo es una mala idea, pero sería una discusión inútil —declara Aura, resumiendo también mi pensamiento —. Las dos sabemos que estás decidida a ser madre sea como sea, así que si yo puedo opinar, prefiero a Enzo antes que a ningún otro.

—Y de esa forma no estarás engañando a nadie —apostillo y de paso le pido que estire un poco la pierna derecha.

—Además, entre vosotros ha habido algo desde el principio, una especie de química, aunque no sea sexual —añade Aura—. Os miráis de una forma, no sé… especial.

Brina toma aire y se queda pensativa unos segundos.

—Pero ¿qué química ni qué gaitas? —Pone cara de chupar limones—. Es una idea ridícula, malísima, horrible, ¡joder! Y Aura, te

prohíbo contárselo a Sergio. Si habla con Enzo de esto va a pensar que me lo estoy planteando. Ni de coña.

—Por curiosidad, Brina, ¿tus dos personalidades se conocen la una a la otra? —le pregunto.

—Sí, y las dos coinciden en que no te soportan. ¿Has terminado con las fotos o no? —me ladra—. Hace frío y al final voy a pillar una cistitis.

—Sí, ya está. —Disparo la última ráfaga—. Puedes vestirte, con esto tengo bastante material.

—Muy bien, pues ahora te toca a ti —señala Aura mirándome.

—¿Que me toca el qué?

—Hacer fotos de tu vagina. ¿Te crees que vas a ser la única que se libre? —me advierte Brina mientras se pone la ropa.

—Ni de broma. Yo soy la fotógrafa y no os vais a acercar ni a mi cámara ni a mi vagina.

—Se admiten apuestas —comenta Aura ignorándome—. En verano iba depilada hasta la línea del bikini, pero, no sé, a lo mejor en invierno va más al natural y tiene una selva tipo *Jumanji*.

—Pues yo creo que nos va a sorprender y va depilada enterita como un Nenuco —remata la otra cabrona—. Venga, esos bombachos abajo.

—Y un carajo. —Les enseño el dedo corazón.

—Sol, ¿qué nos ocultas? —inquiere Aura con suspicacia antes de levantarse de la silla y acercarse—. Ni que fuera a salir de ahí el Demogorgon.

—Pues sí, con dientes y todo si no me dejáis en paz.

—O nos la enseñas o te bajamos nosotras la ropa —me amenaza Brina—. Somos dos y tú eres muy pequeña.

Se colocan delante de mí como dos porteros de discoteca. No tengo escapatoria.

—La madre que os parió. —Me bajo los pantalones y las bragas hasta las rodillas—. Hala, ¿ya estáis contentas?

—Te dije que tenía pelo —señala Aura.

—Sí, pero tampoco mucho —observa Brina—. Y lo lleva recortado. Tiene forma de...

Ambas ladean la cabeza a la vez.

—¿Flecha? —Aura achica los ojos y yo pongo los míos en blanco.

—No, a mí me parece más… ¿la letra T? —supone Brina arrugando la nariz—. ¡Ay, Dios! ¡Es una T! ¡Es una T de Teo!

Me vuelvo a subir las bragas y los pantalones mientras se descojonan de la risa.

—Te parecerá bonito burlarte de mi pista de aterrizaje para Sergio cuando tú le has hecho una privada a Teo.

—No me creo que hayas dejado que te marque como el Zorro —me vacila Brina.

—No he dejado que me marque, fue su regalo de Navidad y fue idea mía —me defiendo—. En realidad, se me ocurrió porque hace tiempo una de mis antiguas vecinas me pidió el favor de que cuidara de su hija una tarde porque no tenía con quien dejarla, y como trabaja en un centro de estética, a cambio me regaló un vale para una sesión de depilación gratis. A mí no me costó ni un duro, a Teo le flipó la idea de la letra y desde entonces he disfrutado de sexo oral a cascoporro. Todos ganamos, así que dejad de reíros, cerdas.

Se pasan mi explicación por el forro y siguen riéndose mientras apago los focos y recojo el material fotográfico. Cuando terminan de hacer chistes a mi costa, nos apalancamos en los cojines que he utilizado para la sesión acompañadas del *pack* de cervezas que compré. El alcohol nos lo bebemos Aura y yo, Brina se dedica a su agua mineral con gas. La muy puñetera solo bebe de una marca determinada y he tenido que recorrer tres supermercados distintos para encontrarla, aunque teniendo en cuenta que me ha cedido los derechos de imagen de su vagina, no me podía negar.

—¿Qué piensas hacer con las fotos? —me pregunta Aura.

—Me gustaría que formaran parte de una serie fotográfica sobre la incomodidad que supone hoy en día estar en nuestra piel, en la de las mujeres… Vivimos en una sociedad en la que, por una parte, se nos anima a gustarnos tal y como somos, pero a la vez se nos inculca un estándar de perfección imposible desde que somos niñas. El capitalismo rosa nos bombardea, se inventa potingues y tratamientos

para arreglarnos como si fuéramos defectuosas o no tuviéramos derecho a envejecer dignamente. La naturalidad de nuestro cuerpo se ha vuelto contra nosotras. ¿Qué pasa si tengo unas estrías en los muslos que parezco un mapa de los ríos que estudiábamos en el colegio? Nadie debería avergonzarme por ello, y menos aún yo misma. Eso es lo que quiero plasmar.

—Yo tengo una teta más grande que la otra —admite Aura.

—Y yo calvas en las cejas —reconozco.

—También odio mis brazos, son rollizos y están desproporcionados respecto al resto de mi cuerpo —añade.

—Mis tobillos parecen dos columnas dóricas —digo y miro a Brina, que está callada como una muerta mientras bebe su agua.

—¿Qué? —Se encoge de hombros cuando termina.

—Que confieses algo que te acompleje para que parezcas humana junto con tus amigas y no diseñada por un programa de ordenador.

—Mira, guapa, yo estoy incapacitada para ponerme cachonda, así que ya tengo bastante con lo mío. Te apoyo, pero deja mis tetas y mis tobillos tranquilos.

Bueno, vale, ella gana por esta vez.

—Me parece un proyecto maravilloso, Sol, real y necesario —me anima Aura.

—Sí, aunque probablemente quedará en nada y abandonado en un cajón. Como todo lo que fotografío.

—Eh, no digas eso —replica.

—Lo digo, y de hecho estoy pensando en cambiar de profesión. Brina, por casualidad, no necesitarán profes en tu cole, ¿no?

—El profesor de filosofía tiene como mil años, pero de momento ahí sigue al pie del cañón.

—¿Y para vigilar el comedor o dar charlas a los adolescentes? Ya sabes: usad condón porque antes de llover chispea, fumad porros con moderación que ya os están dejando bastante gilipollas los móviles… Esas cosas.

—No creo que el AMPA esté muy de acuerdo con tus ideas, pero tú no vas a dejar la fotografía. Menuda tontería, si te encanta.

—Ya no estoy tan segura, la verdad. Yo tenía mi propia historia de amor con la fotografía, pero la chispa se ha ido enfriando con el tiempo hasta el punto de habernos convertido en un matrimonio que ya no tiene nada en común. Empiezo a sentirlo como una ruptura y no sé si hay vuelta atrás.

—Lo siento, cariño —me consuela Brina, que para llamarme «cariño» debo inspirarle muchísima lástima.

—Tampoco es tan importante. No es que fuera a cambiar la vida de nadie.

—Cambiaste la mía —declara Aura—. Con aquella foto que me hiciste con Sergio en la playa. Fue el empujón que me llevó a volver a Madrid y dejar a Óscar. Todavía puedo escucharme reír en esa foto. —Acompaña sus palabras con una sonrisa—. Tú viste la verdad con tu cámara. Porque eres así, ves cosas que los demás no vemos.

Levanto mi cerveza para darle un trago, pero freno a medio camino. La chispa es pequeña, aunque sigue ahí. Dejo la lata en el suelo y compruebo la hora en mi reloj. Todavía tengo alquilado el estudio durante otros 40 minutos.

—Déjame ver esa teta más grande que la otra.

15

SERGIO

La propuesta

Me bajo las gafas de sol hasta el puente de la nariz para comprobar en el móvil que voy en la dirección correcta. Al menos en el sentido estricto de la frase. Según Google Maps, estoy a cuatro minutos a pie de reencontrarme con mi pasado. En realidad, Google no tiene ni puta idea de las implicaciones emocionales de este momento, se limita a guiarme por el distrito de Chamartín hacia la cafetería en la que he quedado con Félix Soto, mi antiguo productor musical.

Mi única condición para vernos fue la de no poner un pie en la discográfica. No es una pose, no trato de hacerme el importante, es simple precaución. Me costó tanto «morir» para la música en general —y la prensa en particular— que no tengo intención de arriesgarme a resucitar. Si aparezco por allí, daré rienda suelta a todo tipo de rumores y cotilleos. Para empezar, así es como he acabado accediendo a ver a Félix. Me llamó a los pocos días de cruzarme en la puerta de aquel club con Tino, quien no tardó en irse de la lengua sobre mi vuelta a Madrid. Si aquella noche no le pedí que se lo callara es porque sé que es inútil fiarse de su palabra, le cantaría la Traviata al primero que lo invitara a un cigarro.

El cielo está despejado y el sol de mediodía se filtra entre las copas de los árboles que escoltan la acera, haciéndome olvidar durante un rato que febrero acaba de estrenarse y al invierno todavía le quedan unos cuantos coletazos. Aprovechando este buen tiempo inesperado he preferido dejar la moto aparcada en casa e ir dando un paseo.

Al cruzar el paso de peatones que me lleva finalmente hasta mi destino, una madre con carrito doble de bebé me adelanta por la izquierda, demostrando que mi pulso y el de esta ciudad siguen siendo muy diferentes. A veces creo que he interiorizado tanto el ritmo isleño que camino ralentizado al vaivén de las olas que ya solo suenan en mi cabeza.

La cafetería donde hemos quedado es vieja, tan vieja que al

cartel le faltan un par de letras y al toldo beis le iría bien la jubilación. El interior no tengo tiempo de verlo, ya que Félix sale por la puerta con dos cafés para llevar en la mano. Me observa de frente, frunce el ceño y acto seguido mira su Patek Philippe.

—Sergio Velasco llegando puntual. Quién lo diría...

—Me has comprado un café, así que algo de fe tenías en mí.

—He pasado catorce horas metido en el estudio, son los dos para mí. —De un soplido se echa hacia un lado el pelo rubio y pajizo que le cae por la frente y me da uno de los cafés—. Pero puedo compartir... Vamos a ese parque de enfrente, necesito luz natural.

Recuerdo el día que me presentaron a Félix. Yo acababa de fichar por una de las Big Three, es decir, una de las tres compañías discográficas más importantes del mundo, y uno de los productores ejecutivos me advirtió que Félix venía expresamente a verme desde Miami, ya que trabajaba entre Estados Unidos y España con varios artistas internacionales. Trataba de dejarme claro que yo era un privilegiado, como si hiciera falta mucho para impresionar a un chaval de dieciséis años que no había viajado más allá de Denia en verano y con sus padres.

Cuando Félix apareció vestido con unos vaqueros y una camiseta arrugada respiré algo mejor. Crecí pegado a la televisión y llevaba conmigo la herencia cultural de las series de los 80 que reponían una y otra vez, así que ya me lo estaba imaginando como un pez gordo e intimidante que gritaba a la gente, fumaba puros y se vestía a lo *Corrupción en Miami*. Lo cierto es que su pelo era un poco como el de Don Johnson, pero hasta ahí llegaban las similitudes.

Nos sentamos en un banco del parque y me basta una ojeada alrededor para darme cuenta de que la edad de los presentes a la una de la tarde ronda los 70 años.

—¿Me has llamado porque necesitas compañero de petanca?

—Siempre fuiste un huevón —dice con media sonrisa y mirando al frente. Le da un sorbo a su café, y yo, al mío. Me vendrá bien para esta conversación—. Tú insististe en quedar en un sitio neutral. Y el café está bueno.

—Cuando me llamaste no te pregunté cómo conseguiste mi

teléfono. Cambié de número cuando me mudé.

De hecho, a lo largo de estos años he tenido tres diferentes. Los periodistas siempre saben encontrarme cuando quieren.

—Probé suerte con Eva. Sabía que os habías casado.

—Nos divorciamos.

—En cuanto le mencioné tu nombre empezó a insultarte, así que me lo imaginé. También me inventé que te estaba buscando porque me debías dinero. Le faltó darme tu número de la Seguridad Social. Te la tiene jurada.

—Vivir con rencor solo le hace daño a ella.

—Has madurado —comenta sin parecer sorprendido por ello—. Y te veo bien, incluso con todo ese pelo en la cara.

La última vez que nos vimos fue con el objetivo de cortar todo lazo con la discográfica por mi parte. En aquel momento había decidido desintoxicarme y tenía un síndrome de abstinencia bastante fuerte. No es difícil tener mejor pinta que entonces.

—Tú estás igual.

—Llegado a mi edad supongo que ese es el mejor cumplido que se me puede hacer.

—No eres viejo.

—Estoy cansado, que es peor. El negocio ya no es lo que era… —Vuelve a beber—. En realidad, nada lo es —añade con una mueca.

—¿Tan mal está la cosa?

—Antes el mayor sueño de un solista o una banda era fichar por un sello. Ahora hay que lidiar con adolescentes que se creen estrellas porque han grabado un par de *covers* en su habitación con un programa gratuito y las han colgado en YouTube.

—A la mayoría de esos adolescentes una discográfica nunca les habría dado una oportunidad. A su modo han encontrado la manera de democratizar la música. Tal vez podéis aprender algo de ellos —sugiero.

—Yo puedo aprender, el problema es que ellos creen que no tienen nada que aprender de mí. Y los números no acompañan. A todos en la discográfica se les ponen los huevos de corbata cada vez que se reducen los márgenes de beneficio. Estoy harto de los márgenes

de beneficio. —Pega un último trago largo al café, espachurra el vaso de papel con los dedos y lo lanza a la papelera que tiene a su izquierda.

—Tú siempre defendiste que tu trabajo era convertir a un artista en un producto empaquetado y listo para vender —le recuerdo.

Yo lo fui. Cantante pop con un punto macarra y lo bastante resultón como para estampar mi cara en un póster, una camiseta, una taza o cualquier tipo de *merchandising.*

—Conseguí que las canciones que te componían no solo fueran un éxito, sino que parecieran medio decentes cuando no lo eran.

—Eso es verdad.

Félix es el tipo de productor musical que se encarga de la parte creativa de un disco. Su labor consiste en darle una línea, un tono unificado para que no se convierta en una serie de temas inconexos. Cuando trabajábamos juntos, todo, absolutamente todo, pasaba por él. Era quien decidía desde el volumen de cada instrumento hasta su posición en el espectro estéreo o el uso de efectos. Era el puto hombre orquesta, sabía de todo, y yo, de nada. Mi única experiencia consistía en haber participado cinco minutos en un concurso musical a cuyo casting me presenté por hacer el tonto con un colega del instituto.

Su pasión por la música es indiscutible. Estuve en su casa unas cuantas veces y allí tuve la suerte de encontrar la colección de vinilos más alucinante que he visto en mi vida. Era un jodido museo. Si me llevé conmigo algo bueno de aquella época fue su misma afición.

—Lo tengo decidido. El año que viene se acabó, me jubilo y desaparezco. Le he echado el ojo a una propiedad en Coral Glabes y pienso irme a vivir allí. Ya va siendo hora de tumbarme a la bartola y descansar. *Eating shit, bro,* como dicen en Miami.

Que en la jerga de Miami no se refiere a comer mierda literalmente, sino, en resumen, a pasar el tiempo sin hacer nada.

—Es un buen plan.

—Pero antes de que eso llegue tengo una propuesta para ti.

El pulso se me acelera lo bastante como para incomodarme. Separo la espalda del respaldo y me inclino para apoyar los antebrazos sobre los muslos.

—Sea lo que sea, ya te adelanto que mi respuesta va a ser no.

—Grabar un disco, tú y yo, mano a mano.

—No.

—Tengo un presupuesto más que decente.

—Ya... —Me río con incredulidad—. Por eso me has invitado a beber café en un parque en lugar de llevarme a comer a un sitio pijo.

—Tú no necesitas esa parafernalia, ya huiste de ella. —Se gira hacia mí—. Te estoy hablando de hacer música, Sergio, música de verdad. Componer tus propios temas, tus ideas y las mías, al cincuenta por ciento. Podemos hacerlo bien esta vez.

Admiro a los compositores y su capacidad para condensar las emociones en unas cuantas estrofas, y admito que más de una vez pensé en escribir mis propias letras. Incluso tenía ideas que apuntaba en servilletas, estrofas inacabadas cuya tinta terminaba por emborronarse por culpa de alguna copa derramada.

—Me lo vendes bien, Félix, como siempre, pero ambos sabemos que no va a ser así. Detrás de ti aparecerán más productores, un equipo de marketing, unos cuantos managers, un equipo legal, patrocinios, relaciones públicas y demás. Y al final querrán convertirme en el Maluma de Vallecas.

—En la discográfica están deseando que vuelvas.

—¿Por qué? Han pasado diez años.

—Precisamente por eso. La nostalgia vende, es poderosa.

—Es una mentira —murmuro.

La nostalgia edulcora los recuerdos, nos hace pensar que lo que tuvimos fue mejor que lo que tenemos ahora. El pasado no se puede repetir, y si lo intentas solo con la esperanza de volver a sentirte del mismo modo que entonces, acabará por ser una decepción. Como cuando vuelves a probar el helado que te encantaba de niño y ya no sabe igual porque le falta el momento vital que lo acompañaba.

—No quieren arriesgarse con artistas nuevos y son conscientes de que el regreso de Sergio Velasco sería un filón. Ellos te necesitan a ti bastante más que tú a ellos. Te estoy ofreciendo el control, hacerlo a tu manera esta vez, al menos la música. Lo demás es cosa tuya.

—Me has dado sus razones. ¿Cuáles son la tuyas? —pregunto

por curiosidad—. Los dos sabemos que fui un dolor de huevos.

—Pero tenías talento. No te dejaron demostrarlo, no te dejamos —corrige—. Puede que no salga bien, pero estoy dispuesto a jugármela por ti.

—Y no te queda mucho para jubilarte, así que si sale mal te la pela.

—Eso también. Que me persigan por todo South Beach si quieren.

Diría que espero unos segundos para contestar por pura cortesía hacia Félix, pero algo se remueve dentro de mí. El muy cabrón ha conseguido tentarme. Por supuesto, eso no afecta a mi respuesta.

—Te agradezco la oferta, pero ya estoy fuera de todo eso. Ahora vivo muy tranquilo —añado, aunque en los últimos meses esa tranquilidad que tanto aprecio se haya vuelto un tanto aburrida.

—Hay una chica, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que hay una chica?

—Te acabas de delatar con esa sonrisa de pánfilo —apunta con una ceja arqueada—. Además, siempre la hay. Si no las canciones no tendrían de qué hablar.

—No es una chica, es LA chica.

—Entonces te daré el mejor consejo que se puede dar: no la jodas.

—No tengo intención.

—Pero por si acaso la jodes, cásate con separación de bienes.

—Coño, Félix.

—Dos divorcios y a punto de sumar el tercero. Haz caso a la voz de la experiencia.

—De poco te sirve la experiencia cuando sigues repitiendo. —Me río—. Mejor dedícate a la música.

—No voy a insistir más porque sé que contigo solo sirve para lograr el efecto contrario, pero si cambias de idea, espero ser el primero al que llames.

—Serás el único al que llame, te lo aseguro.

***

El camino de vuelta a casa lo hago con los auriculares puestos y la música a todo volumen. Pero forzando mis oídos al máximo no consigo silenciar la propuesta de Félix, que se cuela como un susurro incómodo en mi cabeza. Carly Simon está cantando *You're so vain*, y puede que hasta me dedique la canción. Porque así somos los cantantes, vanidosos. No siempre por naturaleza, en mi caso fue más por acumulación. Esa atención desproporcionada durante años por parte de quienes trabajaban para mí y las fans sobrealimentando mi ego me hicieron creerme invencible, un jodido idiota al que venerar. Me gustaría pensar que a mis 33 años y después de todo lo vivido, sabría gestionar la fama de otro modo llegado el caso.

Una llamada entrante de Aura me sobresalta y me trae de vuelta a la realidad.

—¡Por fin han dado el visto bueno a mi portada! —chilla entusiasmada al otro lado del teléfono—. Hans me lo acaba de decir justo antes de salir de la agencia.

—¿Lo ves? Mujer de poca fe en sí misma.

—Ya, bueno, han sido dos semanas intensas de cambios, de idas y venidas y de darle mil vueltas con el cliente, pero a los de la editorial les ha encantado el diseño final. Hans dice que con eso ya tengo un pie dentro de la agencia y que cuando acabe las prácticas me harán un contrato como diseñadora e ilustradora *junior*.

—Te lo mereces, mi vida. Has trabajado muchísimo y tienes un talento alucinante.

—Gracias —responde con la boca pequeña y hasta sin verla sé que se sonroja—. Aunque todavía no me quiero hacer muchas ilusiones. Primero voy a hablar con mi antiguo jefe y pedirle una prórroga de mi excedencia por otros seis meses. Solo por si acaso.

—Me parece muy sensato, pero aun así hazte todas las ilusiones del mundo, te lo has ganado.

—Hablando de ilusiones, en cuanto se publique el libro, mi portada va a estar por todas partes: en Fnac, en la Casa del libro, en El Corte Inglés... Tenemos que ir a todos, me muero de ganas de verla expuesta.

—Podemos hacer un *road trip* por todos los centros comerciales de España si te apetece.

—Cuidado con lo que prometes, guapo, tengo tal subidón que lo mismo te hago cumplirlo. —Se ríe.

—Y no me importaría —aseguro—. Tus triunfos son los míos.

—No te haces idea del beso que acabas de ganarte por decir eso. Por cierto, ¿dónde estás? Escucho ruido de la calle.

—Llegando a casa. He salido a comprar el pan. —La mentira sale de mi boca con tanta soltura que hasta me sorprende. No merezco ese beso.

—Espérame en casa entonces, yo estoy de camino. Y ve pensando en ponerte una camisa de celebración.

—Todas mis camisas son de celebración. ¿Hoy no vas a clase?

—No, hoy me salto las clases y nos vamos a comer. Yo invito. Y nada de menú, ya te aviso, vamos a pedir de carta.

—Te gusta vivir al límite —la vacilo.

—Soy una loca peligrosa.

Quedamos en encontrarnos en casa y colgamos. No le he contado mi conversación con Félix, pero es que tampoco le he contado nada sobre él para empezar. Después de las pestes que ha tenido que escuchar de mi boca sobre mi carrera artística no tengo ni justificación para haber quedado con él, por mucho que ese sea el acontecimiento más destacado de mi semana y por más que la oferta sea tentadora. Además, eso no cambia nada. Le prometí a Aura que encontraría mi motivación aquí porque siendo sincero, no se trata de una paranoia suya. No la encuentro en esta ciudad que me vio nacer y no termino de encontrarme yo. Me repito que la música no es una opción. No puede serlo. Aunque teniendo en cuenta que solo se me da bien cantar y servir tras una barra, no tengo muchas alternativas ni tampoco idea de qué hacer con mi vida. De momento, acelero el paso y voy a comprar el pan.

16

Leer entre líneas

Históricamente, los hombres se han quejado por esperar a las mujeres mientras estas se visten y maquillan, pero puedo asegurar, con conocimiento de causa, que si ellos tuvieran que seguir paso por paso todos nuestros rituales antes de salir de fiesta, tardarían el triple que nosotras.

Para muestra, Sergio está en nuestro dormitorio refunfuñando mientras se mira en el espejo desde todas las posiciones posibles, preguntándose cómo se ha dejado convencer para esto, y Enzo lleva un buen rato encerrado en el baño. A mí es a quien le toca esperar, ya vestida, maquillada y con el pelo liso como una tabla tras pasarme dos veces la plancha. Espero en el sofá, eso sí, porque los tacones ya me están haciendo polvo y todavía no he puesto un pie en la calle. Cuando te disfrazas de Spice Girl, la comodidad no es una opción. A menos que tengas la suerte de ser Mel C. Y hablando del rey de Roma, o de la reina en este caso...

—Ya estoy —declara Sergio todo ceñudo.

Se planta delante de mí con los brazos en jarra, vestido con un pantalón de chándal azul marino y una camiseta de tirantes ajustada de color naranja lo bastante corta para dejar al aire su ombligo. Complementa el disfraz con una peluca morena de pelo largo y un *piercing* de aro falso en la nariz.

—Deberías haberte afeitado la barba.

—Ni muerto.

—Pareces Conchita Wurst yendo a comprar el pan —me burlo.

—Muy bien, gracias por admitir que estoy ridículo. Voy a cambiarme—. Da media vuelta para regresar al dormitorio.

—Sergio, que es una broma. —Me levanto del sofá riéndome y me aliso el vestido negro palabra de honor que deja a la vista la mitad de mis muslos.

—¡Jo-der! —Me mira de arriba abajo y se le olvida el enfado de manera instantánea.

—¿Tú crees? Porque a mí no me convence. El vestido es muy corto y para llevar estos zapatos hace falta un carné de conducir. —A mí me tocó la Spice pija. Menuda sorpresa.

—Entonces si a ti no te convence tu disfraz y a mí no me convence el mío, ¿por qué no nos desnudamos y pasamos de la fiesta?

—Porque bastante disgusto se llevó Sol cuando las Spice Girls se separaron, y si no aparecemos y las reunimos a todas esta noche, nos mata. —Me acerco a él y le coloco bien la peluca—. Vestirte de mujer no va a afectar a tu masculinidad. Si ya has llevado mi ropa —le recuerdo.

—¿Y a mí qué me importa la masculinidad? Lo que me jode es que soy horrorosa —se queja y la risa se me escapa por la nariz. Resulta que en el fondo mi chico es un presumido. Está demasiado acostumbrado a ser objeto de deseo.

La puerta del baño se abre y aparece Enzo vestido de Emma, la dulce Baby Spice, con dos coletas rubias, un minivestido blanco sin mangas y exhibiendo sus brazos de cortador profesional de troncos de árbol. Desde el primer momento en que se lo propusimos estuvo encantado de participar en nuestro disfraz grupal de carnaval. De hecho, ha venido a Madrid este fin de semana solo para ir a la fiesta en la que hemos quedado con Brina, Teo y Sol, y a la que ya llegamos tarde.

—Aura, estás hecha un *pibón* —me suelta y a continuación mira a Sergio—. Y tú, colega, todo lo contrario. —Se ríe—. Eres como Teen Wolf, vaya pinta.

—¿Te has mirado bien en el espejo, Barbie anabolizantes? —replica Sergio.

—Eh, sabes de sobra que mis músculos son naturales y fruto de mucho entrenamiento. Solo estás celoso porque estoy más buena que tú —afirma con suficiencia y con toda la razón. Si hasta sabe maquillarse mejor que yo.

—Podéis seguir peleando por el camino, chicas, todavía tenemos que coger un taxi —les aviso.

—¿No podemos ir en metro? —pregunta Enzo, esperanzado como un niño al que le hace ilusión montarse en el Dragon Khan—. El

metro mola.

—Yo no pienso ir en metro así vestido —se niega Sergio cruzándose de brazos.

—Tío, que llevas camisas de gatos flotando en el espacio exterior. Lo tuyo no es precisamente pasar desapercibido.

—Más os vale a los dos no volver a criticar ni una sola de mis camisas después de hacerme ir por la calle de esta guisa.

—¿Quieres cambiarme el disfraz y subirte tú a estos andamios durante toda la noche? —le pregunto—. Por mí, encantada.

—Ni de puta broma —espeta después de bajar la mirada hasta mis tacones de doce centímetros.

—Eso pensaba… Pues deja de lloriquear y vámonos ya que llegamos tarde.

Diría que es el efecto estrangulador de los zapatos el que me hace responder así y mirarlo mal. Deben estar matándome algún nervio importante, pero por lo menos surte efecto. Sergio resopla, agarra su cazadora del perchero y sale por la puerta.

—¡Qué carácter! —Enzo se vuelve hacia mí con un brillo divertido en los ojos.

—¿El suyo o el mío?

—El suyo lo conozco bien, me refiero al tuyo. Y que conste que lo digo en buen plan. No estaba seguro de que pudieras con él, pero me alegra saber que sí. Necesita a alguien que lo ponga firme de vez en cuando.

—Enzo, ¿me estás dando tu bendición o algo así?

—Te estoy dando mi bendición, aunque no la necesites.

Si él supiera cuánto depende mi autoestima de la aprobación ajena… En fin, tampoco se lo voy a explicar. Le doy las gracias y cojo mi bolso para poder irnos.

—Espera, ¿tienes algo donde pueda guardar mis cosas? —me pregunta con el móvil y la cartera en la mano—. No tengo bolsillos.

Corro hasta el armario y le doy el primer bolso de fiesta de color negro que encuentro. Frunce el ceño en respuesta.

—Te irá un poco justo, pero te caben el móvil y la cartera —le aseguro.

—Ya... ¿No tienes uno que vaya más a juego con mi vestido? Mi madre siempre dice que los complementos son la clave de un conjunto. —Arqueo una ceja en respuesta—. Vale, vale, no he dicho nada.

Se cuelga el bolso del hombro y sale delante de mí, contoneándose con sus sandalias de plataforma como si desfilara por la pasarela de Milán.

Pues vaya dos divas que están hechas.

***

La fiesta de Carnaval a la que vamos se celebra en una discoteca del centro, una muy de moda, aunque vete a saber por qué. En lo básico me parece igual que cualquier otra: oscura, ruidosa y con un montón de escalones estratégicamente colocados para hacerte un esguince.

Nada más cruzar la entrada, Sergio y Enzo anuncian que tienen que ir al baño. Me burlo un poco de ellos por irse juntos a hacer pis como dos buenas amigas y me adelanto para buscar a los demás. Tras abrirme paso entre superhéroes, vikingos, máscaras de Dalí y unos cuantos uniformes colegiales justitos de talla, localizo a Brina en la pista central. Con top negro lencero y unos vaqueros pitillo resulta fácil reconocerla entre la multitud. Es la única que no va disfrazada. A su lado baila Sol, clavadita a Geri Halliwell, ataviada con su famoso vestido de la bandera de Reino Unido que ha tuneado ella misma. Y por lo que veo, la muy loca se ha teñido también de pelirroja solo para la ocasión.

Quien no lleva un disfraz tan conseguido es Teo, embutido en un mono de leopardo, con pelucón de los Jackson Five más que del estilo a Mel B y con cara de circunstancias. Al verme, me reciben con saltitos y abrazos efusivos. Bueno, la única que salta es Sol, pero lo hace por los tres. Adora las fiestas de disfraces.

—¿Y a ti cómo ha conseguido convencerte, Mel B? —le pregunto a Teo.

—Por aburrimiento. —Pone los ojos en blanco—. Empezó con un discurso sobre el *girl power* y terminó remontándose a Clara

Campoamor y su lucha por el sufragio femenino. No me preguntes la relación, me duele la cabeza.

—La culpa de que vayas así es de Brina, que se rajó en el último momento —interviene la aludida—. Se cree demasiado buena para las Spice Girls. Debería haber sido ella Victoria Beckham —comenta con retintín.

—Sol, te advertí hace un mes que no pensaba disfrazarme —alega Brina.

—Hace un mes también dije yo que no iba a comer carne y de camino aquí he pasado por un Taco Bell. Nada es definitivo en esta vida.

—¿Hace un mes? Sol, a mí me has avisado hace dos horas para que me pusiera su disfraz diciéndome que era una urgencia —protesta Teo todo indignado.

—Es que si te lo hubiera dicho antes, no habrías accedido a disfrazarte ni de coña.

—Lo habría hecho, y lo sabes de sobra, porque al final siempre consigues liarme para todo, así que a otro perro con ese hueso.

—Teófilo, ya sabes lo que dicen, en boca cerrada no entran moscas.

—Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe.

—No exageres, no hay daño que no tenga apaño —se justifica ella.

—Arrieros somos y en el camino nos encontraremos —contraataca él.

—El mayor gusto, el vengar, pero la mayor gloria, el perdonar… No te enfades conmigo, que amores queridos son los más reñidos. Y dame un beso, anda. —Le sonríe con inocencia—. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Eso no vale, canija, lo tenías preparado.

—Pues claro —admite abiertamente—. Siempre me ganas y ya estoy harta.

—Por si no te has dado cuenta, aquí la única que gana siempre eres tú, lianta —señala Teo y le da un beso de lo más tierno.

—Sois tan monos que creo que me voy a abandonar al alcohol

esta noche para soportarlo —declara Brina.

Sergio y Enzo llegan del baño y tras los pertinentes saludos me doy cuenta de que Baby Spice va derechito hacia Brina.

—¿Y tú de que vas disfrazada? —quiere saber.

—De adulta.

—Qué aburrida.

—No sabes cuánto siento decepcionarte, coletitas.

—No me decepcionas, estás muy guapa te pongas lo que te pongas.

Y lo que podría ser un halago pierde algo de su encanto cuando Enzo arruga la nariz y se recoloca el sujetador en un gesto de lo más prosaico.

—¿Llevas sujetador? —le pregunta mi amiga abriendo los ojos al máximo.

—Blanco, de encaje y con *push up* —aclaro, ya que me encargué de comprarlo con él esta tarde—. Ha insistido.

—Pues claro que lo llevo, vivo la experiencia de ser mujer al completo —afirma muy seguro.

A punto estoy de informarle de que para eso tendría que sufrir unos cuantos calambres y retortijones el primer día de regla, por poner un ejemplo, pero Brina no puede evitar sonreír ni él devolverle la sonrisa. Ahí está otra vez, esa chispa que flota entre ellos y que la necia de mi amiga se niega a ver.

Como estamos en una fiesta y el aforo debe rozar los límites legales, nos dedicamos a bailar y sudar hasta que chorreamos por todas partes, especialmente Enzo, a quien le brillan los músculos como a una campeona de halterofilia. Ya con las gargantas secas de cantar y al borde de la deshidratación, optamos por ir a la barra a por una ronda.

Estamos apelotonados esperando para pedir las copas cuando suena nuestra canción. NUESTRA CANCIÓN, con mayúsculas. Con el primer *I'll tell you what I want, what I really really want* de las Spice Girls, Sol ya se vuelve loca y pretende arrastrarnos al centro de la pista para rememorar la coreografía.

Enzo se une el primero, aunque nos advierte que no se sabe el

baile. Está claro que se apunta a un bombardeo. Teo dice que todo tiene un límite y se apoya en la barra, dándonos la espalda. Brina también se resiste.

—Como dirían las Spice Girls, la amistad nunca termina —le recuerda Sol a nuestra amiga—. Es tu obligación ir a bailar con nosotras. Y si no vas por las buenas, te llevo de los pelos.

—Por Dios, qué intensa eres, ya voy, ya voy... —bufa la morena y se encamina hacia la pista seguida de cerca por la pelirroja.

Me vuelvo hacia Sergio con gesto interrogante y él menea la cabeza.

—Yo solo bailo contigo —susurra tan bajito que lo tengo que leer de sus labios y eso provoca que mi estómago haga el pino puente.

—Entonces guárdame el bolso mientras me pongo en evidencia —le pido y voy hasta la pista.

No soy capaz de recordar dos pasos seguidos de la coreografía. Ninguna lo hace, la verdad, y bailamos de pena. Sol se emociona tanto que se tropieza con los zapatos, yo le doy un codazo a Brina en una teta y Enzo hace lo que puede por seguir nuestro esperpento. Al menos nos echamos unas cuantas risas.

Acaba la canción y cuando dejo de bailar tengo los pies tan destrozados que me entran ganas de sentarme en el suelo y llorar. Brina se compadece de mí y se ofrece a cambiarme los zapatos un rato. No sé qué opinarán las Spice Girls o las demás mujeres del mundo, pero si alguna vez me preguntan a mí qué significa la amistad verdadera, juro que recordaré este momento. Sus bailarinas son lo más parecido a caminar sobre nubes de algodón.

Al regresar a la barra no veo a Sergio y le pregunto a Teo si sabe dónde ha ido, pero no sabe decirme. No puedo escribirle un mensaje porque le dejé a él mi bolso con el móvil dentro. Pasados diez minutos me extraña que no haya vuelto. Lo más probable es que alguien lo haya reconocido y lo esté acribillando a preguntas incómodas. Decido ir a buscarlo, aunque la discoteca está tan abarrotada que tardo otros diez minutos en encontrarlo. Está sentado con mi bolso y mi móvil en la mano en uno de los sofás que hay pegado contra la pared. Se ha quitado la peluca y parece cabizbajo.

—¿Tanta vergüenza ajena hemos dado que te has visto obligado a huir sin decir nada?

Se levanta y me da mis cosas con gesto serio.

—Tu móvil no paraba de vibrar en tu bolso, así que lo he sacado y he visto que era Hans quien te escribía. Ponía no sé qué urgente y pensé que podía ser algún asunto de trabajo importante y querrías saberlo.

—¿Ha pasado algo? —pregunto y busco rápido en mi móvil el mensaje de Hans.

La supuesta urgencia que debo saber es que acaba de enterarse por Gossip Girl de que Lexatin y Orfidal van a tener un Minidiazepam, por lo que deduzco que Orfidal, también llamada Cristina, está embarazada. Hace cuatro comentarios al respecto y unos diez más sobre su desastrosa cita de esta noche y de lo mucho que se arrepiente de no haber salido con nosotros.

—Son cotilleos de oficina —digo con alivio—. No es nada importante.

—¿Te importa mirar un poco más abajo?

—¿Dónde?

—Unas cuatro conversaciones más abajo. El último mensaje que le enviaste a Óscar… Espera, no hace falta que lo busques, creo que puedo recordarlo de memoria: «El amor no se elige, pero si hubiera tenido la posibilidad, te habría elegido a ti» —repite con ira contenida en cada una de las palabras—. ¿Me lo explicas o prefieres que saque mis propias conclusiones?

Creo que no llego ni a pestañear. Me quedo rígida, inmóvil, callada como una boba, con el cerebro en estado vegetativo y sin habilidad para hilar ni dos palabras.

—Muy bien —dice y pasa delante de mí.

—Sergio —lo llamo, pero ya se está alejando—. Sergio… Sergio… —Lo persigo esquivando hombros por toda la discoteca—. Sergio… —Por fin lo alcanzo y lo agarro del brazo.

—¿Qué? —espeta con tono airado al darse media vuelta.

—Era una conversación privada —musito con una voz tan débil como mi excusa. Para decir eso mejor no decir nada.

—No estaba espiándote, lo he visto de casualidad. De hecho, confío tanto en ti que miré tu móvil con total tranquilidad. Gilipollas de mí. —Se ríe sin ganas y desvía la mirada hacia otro lado.

—Óscar me escribió hace unas semanas y hablamos cinco minutos, eso fue todo.

—No tienes que justificarte por hablar con Óscar, puedes hablar con quien te dé la gana. Lo que no entiendo es por qué tuviste que escribir ese mensaje.

—Pues porque... Porque... Porque me sentía mal por él. Y entiendo que te moleste el mensaje, pero no cambia nada entre nosotros y tampoco tiene nada que ver contigo.

—¡¿Que no tiene nada que ver conmigo?! ¡Tiene todo que ver conmigo! —vocifera, llamando la atención de miradas ajenas—. Lee entre líneas lo que tú misma has escrito, Aura. Le estás diciendo que él es mejor opción que yo y que preferirías que no me hubiera cruzado en tu camino. Por cierto, siento mucho que hayas tenido que reducir tus expectativas en la vida para estar conmigo.

—Estás sacándolo todo de contexto, no es eso lo que quería decir.

—¿Entonces qué querías decir?

Seguro que no hay una frase capaz de arreglar esto con rapidez, pero de haberla tampoco se me ocurriría porque mi cerebro sigue negándose a colaborar.

—Mejor vamos a casa y lo hablamos, la gente nos está mirando.

—Me importa un carajo y, por lo que veo, a ti te importo eso mismo yo si lo único que te preocupa es que nos miren. —A pesar de la oscuridad en su mirada veo reflejada la decepción—. Ah, y si no puedes con tu sentimiento de culpa por lo que le hiciste a Óscar, vuelve y cásate con él. Seguro que así se te pasa. —Se da la vuelta y desaparece entre la gente.

Esta vez no tengo fuerzas para ir detrás, me queda la energía justa para cerrar los ojos e insultarme mentalmente.

—Aura, ¿qué ha pasado? —Es Brina quien me lo pregunta. Enzo está a su lado—. Os hemos visto discutir. ¿Qué te ha hecho el melenas? Que me lo cargo.

—¿Por qué asumes que es Sergio el que ha hecho algo? Es él quien se ha largado echando humo.

—Tú no te metas —le ordena mi amiga con mirada de advertencia incluida.

—Tú te has metido primero —replica él sin amilanarse.

—Ya, bueno, pero es que ella es mi mejor amiga y da igual lo que haga, la defiendo a muerte. Y tú deberías hacer lo mismo con el tuyo. ¿Por qué no vas detrás de él?

—Porque lo conozco muy bien y cuando se encabrona así necesita estar un tiempo a solas.

—¿Y tú qué es lo que necesitas? —me pregunta Brina.

Lo peor que se puede necesitar en estos casos, supongo, porque no arregla nada.

—Una copa.

—Pues no se hable más.

17

Mi salto de fe

No sé si ayer por la noche intentaba encontrar valor en estado líquido —en cinco *gin-tonic* y varios chupitos de no recuerdo ni qué— para enfrentarme a lo que me esperaba en casa o si precisamente bebí para olvidarme de lo que me esperaba en casa. Pues bien, poco importó, porque al llegar a las cuatro y pico de la mañana no había nadie esperándome. A no ser que contemos el inodoro, al que llevo abrazada unas tres horas en periodos intermitentes y que me ha visto vaciarme casi hasta el desmayo en un bucle de vómitos, mareos y sudores fríos.

En mi historial de juventud no figuran borracheras antológicas por dos razones: no tolero bien el alcohol en grandes cantidades —aunque no creo que nadie lo haga— y el autocontrol nunca ha supuesto un problema para mí. De hecho, las cogorzas más fuertes de mi vida son las que compartí con las chicas el verano pasado en la isla, y ninguna tuvo consecuencias tan nefastas como esta.

Sentada en el suelo del baño con las piernas encogidas y sin atreverme a despegar la cabeza de los azulejos de la pared, alargo mi mano derecha, que repta por el suelo hasta alcanzar el móvil. Parpadeo intentando enfocar la vista. Son las siete y diecinueve de la mañana y no tengo ni idea de dónde ha pasado Sergio la noche. Le envié un mensaje después de ponerme el pijama, poco antes de que la habitación empezara a dar vueltas y tuviera que hacer mi primera excursión al baño. «¿Dónde estás?», escribí. Corto, directo y sin muchas posibilidades de desencadenar una discusión. Lo leyó en algún momento y decidió no contestar. Aunque la ausencia de respuesta ya es una respuesta. La vida era mejor sin que un doble *check* azul te sacara la lengua y te dijera: «Ahora te jodes, por lista».

Sin fuerzas para levantarme, cierro los ojos y me martirizo pensando en lo sencillo que hubiera sido borrar el maldito mensaje de Óscar o no cometer la estupidez, que en su momento consideré romántica, de cambiar la contraseña de mi móvil por la fecha en la que nos conocimos Sergio y yo. Aunque lo más lógico sería no haberlo

escrito en primer lugar. Me hubiera ahorrado su cabreo, mi disgusto y esta resaca descomunal.

El silencio de la madrugada se rompe cuando alguien pulsa el interruptor de la luz y la corriente emite esa especie de zumbido molesto. Sus andares pausados haciendo crujir la madera de las escaleras y el tintineo de las llaves acercándose a la puerta me confirman que es él. Mi lamentable estado general tiene una parte positiva y es que en cuanto Sergio entra en el baño y me ve, se acerca a mí a toda prisa.

—¿Estás bien? —Se agacha y se pone en cuclillas.

—No, pero vete, por favor —susurro con voz de ultratumba y la garganta dolorida—. No quiero que me veas así, me da vergüenza. —Me tapo la cara con mi brazo de trapo.

—No digas tonterías… —Me aparta el brazo y me toca la mejilla. —Estás sudando.

Se levanta y sé que lo hace a una velocidad normal, pero cualquier movimiento, propio o ajeno, me marea, por lo que vuelvo a cerrar los ojos y lo escucho trastear a mi alrededor, abriendo el armario, revolviendo su interior, dejando correr el agua del grifo…

—Aura —me llama y abro los ojos.

Agachado otra vez frente a mí, me hace una coleta con una goma de pelo y acto seguido me pasa una esponja con suavidad por la frente, las mejillas y la nuca. La sensación es agradable y cuando termina, le doy las gracias esbozando media sonrisa que no llega a ser correspondida.

—¿Qué bebiste?

—De todo y nada bueno.

—¿Nadie te ha dicho que lo de ahogar las penas en alcohol no funciona? Siempre flotan.

—Me ha quedado claro para el resto de mi vida —admito y suspiro—. ¿Dónde has dormido?

—No he dormido, he estado paseando.

—¿Toda la noche? ¿Así vestido?

—Sí, así vestido —responde con hostilidad y se levanta—. ¿Te parece ese el tema a tratar ahora mismo?

El paseo no le ha servido de mucho, aunque no lo culpo.

—Necesito un Ibuprofeno —musito y trato de incorporarme, pero la gravedad es más fuerte que yo y Sergio tiene que ayudarme a ponerme en pie y acompañarme hasta el salón.

—El Ibuprofeno puede irritarte más el estómago —me avisa.

—Pues Paracetamol.

—El alcohol que todavía te queda en el cuerpo puede acentuar los efectos tóxicos del Paracetamol en el hígado.

—Vale, me rindo. —Me derrumbo en el sofá y me hago un ovillo. No tengo fuerzas para rebatir nada—. ¿Qué me tomo?

—Puedes comer algo de pasta. Los carbohidratos ayudan a recuperar los niveles de azúcar en sangre.

—No puedo comer nada. Me dan ganas de vomitar solo de pensarlo.

—Si estás muy mal puedo bajar a la farmacia y comprar suero oral.

—No, tranquilo, no te molestes, ya se me pasará.

—Vale. —Se aleja en dirección al dormitorio.

—Espera, no te vayas —le pido con una nota de ansiedad en la voz.

—¿Qué quieres? —me pregunta sin mirarme.

Que esos ojos vuelvan a sonreírme con amor y cariño.

—Quiero hablar.

—Ya hablaremos más tarde, ahora estás hecha polvo. Duerme un poco.

—No voy a dormir.

—Pues yo sí voy a acostarme, me duele la cabeza. —Se va a la cama sin darme opción a réplica.

No es que no me apetezca dormir, me vendría bastante bien, pero mi cuerpo y mi mente a menudo tienen ideas de lo más dispares. No puedo desconectarme sin más y echarme una siesta. Por eso ni siquiera lo intento. Me levanto y voy al baño, me lavo la cara y los dientes, me suelto la coleta y me cepillo el pelo. Puede que sea la única persona de este mundo capaz de preocuparse por su pelo en un estado tan lamentable.

Una vez que ya me siento más humana y menos despojo, encamino mis pasos hacia el sofá. Aguanto sentada unos quince minutos observando mi oscuro reflejo en la tele apagada hasta que me doy cuenta de que, a pesar de ser adulta, me estoy comportando como una niña a la que han castigado en el rincón de pensar.

Me levanto y voy hasta el dormitorio para enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Sergio está tumbado en el lado derecho de la cama, de espaldas a mí. Me acerco hasta el borde del colchón, levanto el edredón con cuidado y me deslizo bajo las sábanas. No mueve un músculo, sin embargo, su respiración superficial me dice que está despierto y su cuerpo me lo confirma al tensarse cuando lo abrazo por detrás. Al menos no se aparta.

—Siento lo que pasó. —Pego la mejilla a su espalda—. Lo siento mucho.

—No es algo que pasara, Aura, es algo que hiciste —me corrige con frialdad.

—Lo sé… Y no digo que tenga justificación, pero puedo contarte por qué envié ese mensaje.

Se deshace de mi agarre, pero solo para darse la vuelta y quedarse tumbado frente a mí. Lo interpreto por su parte como un «te escucho».

—En verano, cuando tú y yo ya estábamos juntos aún te sentías atado a Eva, ¿verdad?

—Joder, pues empezamos bien. —Se incorpora de mal humor, se sienta con las rodillas flexionadas y apoya los codos sobre ellas—. ¿En serio vas a utilizar eso contra mí ahora? Una forma cojonuda de darle la vuelta a la tortilla.

—No, no es mi intención, de verdad. —Me siento a su lado—. Solo quiero que recuerdes esa sensación. Aunque hacía años que ya no erais pareja, aún te sentías atado a ella, responsable de ella o como lo quieras llamar.

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí, vale, me sentía responsable de ella —admite cabreado.

—Yo no me siento responsable de Óscar exactamente, pero sí

de haberle hecho daño. Mucho daño. Y no te voy a mentir, intenté que se sintiera mejor con ese mensaje, algo que seguramente no conseguí. Pero eso no significa que quiera estar con Óscar o que siga enamorada de él.

—No pienso que sigas enamorada de él. —Se frota la cara con gesto cansado—. Sé que me quieres, pero creo que lo haces a pesar de ti misma y en el fondo desearías no haberte complicado la vida conmigo... No haberte enamorado de mí. Y para que lo sepas, no necesito que eches un polvo con él para sentirme traicionado.

—Ese mensaje no significa lo que tú crees.

—¿Y qué significa?

—Que soy muchas cosas: insegura, retorcida, idiota, humana.

—Explícate porque estoy perdido.

Esta vez sí sé qué decir, tengo las palabras, aunque no estoy segura de que sean las que Sergio quiere escuchar.

—Hasta hace no mucho tiempo vivía con certezas, o al menos con lo que yo consideraba certezas inamovibles, como que me casaría con mi novio, tendríamos dos hijos y me dedicaría el resto de mi vida a un trabajo que odiaba. Porque lo odiaba con todas mis fuerzas, ya lo sabes. Los clientes eran insufribles y no me llevaba bien con mis compañeros por mucho que me esforzara... Pero cuando llegaba a casa con Óscar todo era paz y tranquilidad. Nunca discutíamos y me lo ponía todo muy fácil. Resultaba, no sé, agradable, seguro, cómodo... —Me encojo de hombros mientras que él se limita a mirar a la pared de enfrente—. Y entonces llegaste tú. Y no lo hiciste despacio —añado y no puedo evitar sonreír—. Me desafiaste, me ayudaste a despertar partes de mí que no sabía ni que existían. Me enamoré de ti de golpe y a lo bestia. Me arrollaste. Estar contigo era como conducir por la carretera con un descapotable, la melena al viento y la radio a todo volumen. Es una de esas cosas que ves en las películas, pero que sabes que a ti no te van a pasar nunca, porque la vida es mucho más convencional... Pero tú pasaste, Sergio. Y contigo todas esas certezas que tenía se desmoronaron. En el buen sentido, sí, pero los cambios hay que asimilarlos. Hasta los buenos. —Me mira por fin—. Ahora ya no me quedan certezas, sino posibilidades. Tú fuiste mi salto de fe y

no me arrepiento, aunque no tengo ni idea de lo que puede pasar mañana. Para alguien como yo, acostumbrada a ir siempre sobre seguro, también es aterrador —confieso con una mano en el pecho—. Y puede que se me haya ido un poquito la pinza de más con toda esta explicación, pero es que cuando pasas horas con la cabeza metida en el váter te sobra tiempo para reflexionar.

Considero que ya he dicho bastante, así que me callo y espero a que hable él. Permanece serio, muy serio, demasiado serio, y a mí ya no se me ocurre nada más que añadir. Lo he vomitado todo. Vale, quizá esa no sea la mejor referencia hoy, pero ya me entiendes, no puedo exponerme más.

—Con que te arrollé… —suelta y una sonrisa fanfarrona asoma por sus labios.

—Como un camión —admito.

—No, mi vida, como un camión va a ser tu resaca dentro de un rato.

—Ya no puede ser peor.

—Sí, sí que puede, créeme —me asegura y lloriqueo en respuesta.

—Ven aquí. —Se acuesta y se palmea el pecho, invitándome a apoyar la cabeza sobre él. Me tumbo y le rodeo la cintura con el brazo. Posa su boca sobre el nacimiento de mi pelo y ahora ya sí me puedo dormir… Bueno, casi.

—¿Estamos bien? —le pregunto.

—Aura, te estoy abrazando, ¿necesitas una confirmación verbal por mi parte?

—Sabes que sí.

—Estamos bien.

Perfecto, ahora sí puedo cerrar los ojos y desmayarme en paz.

18

BRINA

Un calcetín desparejado

Si al despertarme en la cama cualquier otro domingo escuchara ruido de cacharros en la cocina, cogería mi *spray* de gas pimienta del cajón de la mesita de noche, mi plancha de pelo del baño —me parece muy válida como arma— y bajaría sigilosamente por las escaleras para enfrentarme al intruso que se ha colado en mi casa. Vale, no sé muy bien por qué me hago la valiente, lo más probable es que llamara a la policía entre susurros y me encerrara en el cuarto de baño hasta que llegaran al menos tres furgones blindados de los geos.

Si ahora me estoy acercando con tranquilidad y paso lento hacia la cocina, es solo porque sé de sobra quién la está desordenando y con ello, perturbando la paz de mi solitaria existencia.

—¡Buenos días, dormilona! —me saluda Enzo con efusividad mientras corta un plátano sobre el vaso colmado de frutas de mi batidora.

—Buenos días —contesto con un bostezo de hipopótamo. Menuda energía maneja este a las once de la mañana teniendo en cuenta que llegamos a casa a las cinco.

Desvío la mirada a mi izquierda y alucino al ver semejante despliegue en la mesa: una cesta con rebanadas de pan tostado, un cuenco lleno de tomate natural rallado, una fuente con huevos revueltos y un plato con una montaña de tortitas. A primera vista tiene muy buena pinta, aunque lo que más me gusta es el aroma que desprende. Huele como debería oler una cocina un domingo por la mañana.

—Nunca te hubiera imaginado con un pijama rosa de Winnie the Pooh —me vacila.

—Ni yo a ti con ese modelito de Spice Girl lleno de lamparones. Menuda estampa mañanera.

—Pues verás qué risa cuando tenga que pillar el metro así vestido para volver a casa de Sergio y Aura —apunta con sorna y cierra la tapa de la batidora.

Tengo intención de llevarlo en coche hasta su casa, pero no llego a decírselo porque pulsa el botón de batir a máxima velocidad y me sienta como si fuera mi cabeza la que está triturando dentro del vaso. Por Dios, qué mala idea fue beber ayer, y eso que yo frené antes que Aura. Ella debe estar ahora en el infierno.

—De todas formas, yo tenía razón —comenta al terminar con la maquinita de marras—. Estás guapa te pongas lo que te pongas.

—¿Tú nunca descansas del «modo ligue»? Sabes que conmigo no funciona.

—Supongo que llevo el piloto automático. —Sirve el mejunje que al final ha resultado ser de color rosa en dos vasos de cristal sin derramar una gota.

—¿Y a qué debo el honor de que me prepares el desayuno? —pregunto más que nada porque me desconcierta verlo moverse con tanta destreza por mi cocina.

—Soy penoso cocinando, pero el desayuno se me da bien. —Me guiña un ojo.

—Seguro que sí, así dejas con buen sabor de boca a todas las chicas que no vuelven a verte cuando desapareces de sus vidas al día siguiente.

—¡Auch! —Se lleva una mano al corazón fingiendo dolor.

—Perdona... —Cierro los ojos y aprieto los dientes—. Yo también voy con el piloto automático.

—No pasa nada, he invadido tu casa y no estás acostumbrada —resume con tanto tino que asusta—. Respondiendo a tu pregunta, he hecho el desayuno para agradecerte que me dejaras quedarme a dormir esta noche. Has evitado que me pillara el fuego cruzado.

—La casa es grande y tengo sitio de sobra —digo quitándole importancia—. ¿Has podido hablar con Sergio?

—Sí, por mensaje hace un rato.

—Menudo genio tiene tu amigo.

—¿Qué tal si dejamos a mi amigo y a tu amiga tranquilos? Seguro que saben arreglarse ellos solos. ¿Café o té? —me pregunta con mi taza favorita en la mano, una medio descascarillada y oscurecida de tantos lavados, pero en la que todavía puede leerse: «La vida es

mejor con amigas como tú». Aunque no soy muy de sentimentalismos, me la regalaron las chicas en un cumpleaños y solo por eso la conservo como un pequeño tesoro.

—Café para mí, pero lo tomo…

—Descafeinado, con la leche templada y azúcar moreno. Así lo pedías en el bar.

Quizá forme parte de su trabajo, pero me parece un detalle que lo recuerde.

—Parece que ha salido el sol —digo acercándome a la ventana —. Si quieres podemos desayunar en el jardín —propongo y me responde con tal sonrisa que al final voy a tener que pedirle el número de su dentista. —Vale, pues voy a buscarte algo de ropa.

—Por mí no te molestes. —Se encoge de hombros.

—Lo hago por mí, me da miedo que sin querer descruces las piernas y me hagas un *Instinto básico*.

Se ríe con ganas, haciéndome sentir un poco orgullosa de mi chiste. No soy precisamente conocida por mi sentido del humor. Que no es que no lo tenga, ojo, pero mi sarcasmo es tan sumamente fino que en algún momento termina por desaparecer y me convierto en una borde.

Dejo a Enzo terminando de preparar el café y subo al dormitorio. Saco del armario una sudadera vieja de Andrés, no creo que venga a por ella a estas alturas, aunque quién sabe, a lo mejor me la reclama mediante un burofax teniendo en cuenta lo bien que nos llevamos desde la separación. Cojo también unos pantalones sueltos de algodón y cintura elástica que solo me he puesto una vez y quizá le valgan a Enzo. Los compré para ir a yoga con Sol y no conseguí ni terminar la clase de prueba. La relajación no es lo mío, me va más el *fitboxing*.

Enzo se mete en el cuarto de baño para cambiarse mientras yo me encargo de llevar el desayuno al jardín. Estamos a últimos de febrero y corre una brisa fresca, por lo que opto por sacar la mesa y las sillas que están bajo la pérgola y colocarlas en la parte del césped que a estas horas ya baña el sol.

Al ver toda la comida pienso que vamos a tener que invitar a

los vecinos para no acabar tirando la mitad, pero nos sentamos a la mesa y descubro que Enzo no solo goza de buen apetito, sino que tiene tres estómagos. De lo contrario no me explico cómo puede comer tanto. Cuando acaba no quedan ni las migas de pan. Alimentar a este chico regularmente debe ser una ruina.

Nos dan las doce tomando un segundo café cada uno. Aprovechando nuestro extraño pero cómodo silencio, respiro hondo y cierro los ojos para disfrutar del placer del sol dándome en la cara. Al cabo de un minuto escucho una risa leve y abro los ojos. Enzo me está observando con un gesto burlón dibujado en ese rostro de ángel rubio.

—¿Qué te hace gracia?

—Tú, yo... Los dos aquí en ropa de andar por casa... Parecemos una pareja de toda la vida.

—Una pareja no vamos a ser, pero si prometes hacerme desayunos como este todas las mañanas, te puedes quedar a vivir aquí.

—Tengo 28 años, mis padres estarían encantados de que abandonara el nido y me independizara. Y me gusta tu casa.

—¿Quieres comprarla? Me vendría fenomenal. Una cosa menos por la que discutir con Andrés.

—Deduzco que el divorcio no va bien —comenta, poniéndose serio esta vez—. ¿Cómo lo llevas?

Entramos en terreno pantanoso, pero no me incomoda. Si bien puedo contar con los dedos de una mano las conversaciones que he mantenido con Enzo, debo reconocer que casi todas han sido significativas.

—Por una parte, estoy aliviada, me he quitado un peso de encima, y a la vez sin ese peso es como si me hubiera quedado vacía... No sé, es raro... Pero es que yo soy bastante rara —añado y cojo mi café ya frío para darle un sorbo.

—¿Por qué eres rara? —inquiere y arqueo una ceja en respuesta —. Brina, ser asexual no es todo lo que eres en la vida.

—No, pero en mi caso condiciona muchos aspectos... Soy un calcetín desparejado, de esos que se pierden en algún momento entre el pie y la lavadora y que nunca jamás encontrarán su otra mitad.

—No eres un calcetín. Nadie debería ser un calcetín. —Levanta

en el aire su enorme pie desnudo y me lo enseña mientras mueve los dedos—. Yo no los llevo si puedo evitarlo.

—A mí me gustan. Tengo una colección de todos los colores y estampados para ponerme en casa.

—Eso es porque no has visto a los guiris llevarlos con sandalias durante todo el año. —Se ríe—. Creo que por eso les tengo manía y solo los uso para salir a correr o ir al gimnasio.

—¿Y aparte de ir al gimnasio qué haces ahora?

—Salvar Nueva York de los supervillanos... Acabo de pasarme el último videojuego de Spiderman en la Play —me aclara—. Quitando eso, y con el bar cerrado hasta nuevo aviso, no mucho —admite con una mueca.

—¿No te has planteado hacer otra cosa hasta que Sergio vuelva a abrir?

Jugar a la Play en el chalé con piscina de sus padres está muy bien, pero con 28 años debería buscarse la vida. Contengo mi lengua a tiempo para no soltárselo, ya que cualquier ser humano lo consideraría una impertinencia por mi parte.

—¿Si te cuento un secreto me prometes no decir nada a tus amigas? —me pregunta con cara de pillo.

—Te lo prometo... Y te lo debo, ya que estamos. Tú guardaste mi secreto.

—No solo vine este fin de semana a Madrid para vestirme de Spice Girl, también quería hablar con Sergio. No queda mucho para la primavera y todavía no tiene claro cuándo volverá a abrir el bar. Mi intención era proponerme a mí mismo como encargado cuando él no esté. Así podríamos abrir todo el año.

—Tiene lógica. —Asiento con la cabeza.

—Sí, pero no he encontrado el momento para comentárselo.

—¿No lo has encontrado o no te has atrevido?

Se lo piensa un poco antes de responder y se pasa los dedos por su mandíbula desprovista de barba.

—Puede que no me haya atrevido. No quiero fallarle... Y tampoco creo que hoy sea el día para hablarlo. Después de la nochecita de ayer dudo que esté muy receptivo.

—Te aseguro que a estas horas Aura y Sergio ya han hecho las paces… Más de una vez —apostillo—. Aunque estoy contigo en que hoy no es el día para hablarlo. Si quieres abrir el bar todo el año deberías volver en otro momento, dudando menos de ti mismo y con algún tipo de plan o propuesta concreta a medio o largo plazo. Y no se lo plantees como un amigo, sino como un socio. Que vea que vas en serio.

—¿Entonces no te parece una chorrada? —Arruga la frente.

—Claro que no.

—Pues gracias.

—¿Por qué?

—Por tomarme en serio. Casi nadie lo hace… —dice con una vocecilla que despierta ternura. ¿Ternura? ¿A mí?

Tal vez el desayuno me ha empachado y no pienso con claridad, o a lo mejor es el azúcar de las tortitas que se me ha subido a la cabeza nublándome la razón, porque lo que estoy a punto de soltar por la boca no es ni medio normal.

—¿Y si yo te tomo en serio? Pero muy en serio… —Me mira sin comprender y tengo que darle un último trago a mi café antes de seguir porque la garganta se me ha secado—. ¿Lo dijiste de verdad? Lo de ayudarme, ya sabes… a tener un bebé.

—¿Quieres hacerlo? —Abre tanto sus ojos grises que hasta puedo verle las minúsculas venas rojas que se forman alrededor.

—Quiero saber si tu proposición en Nochevieja se debió solo a un arrebato del momento o si sigues dispuesto.

—Sigo dispuesto.

Vale, Brina, no te emociones y piensa de manera racional, solo estáis manteniendo una conversación.

—Enzo, esto quizá te parezca un poco frío por mi parte, pero en caso de que accedieras creo que es importante dejar claros los términos del acuerdo.

—Muy bien, ¿y cuáles son? —Coge su taza de café para acercársela a los labios.

—Tendríamos un bebe, pero no lo criaríamos juntos ni nada por el estilo. Nada de dramas ni de custodias ni de terminar peleando

en un juzgado como en un telefilm de Antena 3… A ver, tampoco estoy diciendo que no pudieras verlo alguna vez si quisieras, pero…

—Brina, nuestros mejores amigos están juntos, así que tú y yo vamos a coincidir a veces, nos guste o no. Si concebimos un bebé, lo lógico es que lo vea de vez en cuando. —Contengo la respiración y mi estómago se tensa—. Pero de ser así no voy a meterme en vuestras vidas ni voy a decirte cómo criarlo ni educarlo. Puedes estar tranquila, no tienes que preocuparte por eso.

—Tranquila, lo que se dice tranquila, ahora mismo no estoy, pero vale… —Expulso el aire—. ¡Venga, hagámoslo! —Me levanto del asiento y me pongo en pie con tanto impulso que me queda bastante peliculero.

—¡Joder! ¡¿Te refieres a ahora mismo?! —De la sorpresa casi derrama el café al posar la taza en la mesa.

—Estoy ovulando, es ahora o nunca. Bueno, no nunca, pero si no lo hacemos hoy tendríamos que dejarlo para el mes que viene.

Y para entonces habré recobrado el sentido común, me digo, así que sí, es ahora o nunca.

—Vale, pues… Esto… —Se levanta con mucho menos ímpetu que yo—. Ahora… supongo.

—Genial, vamos a mi habitación.

Abandono el jardín casi con paso militar y espero que Enzo siga mis pasos. Me da miedo girarme y mirar atrás como hizo Orfeo con Eurídice en el inframundo y que, al igual que ella, se esfume sin dejar rastro. Subo a mi dormitorio y lo primero que hago es bajar la persiana para atenuar la luz. También me quito el pantalón del pijama con la intención de ir ahorrando tiempo. Mis bragas de La Sirenita no son las más sexis, pero estaban tiradas de precio y no las compré pensando en seducir a nadie.

Un par de toques en la puerta entreabierta me sobresaltan a pesar de que lo estoy esperando. Me subo a la cama, me coloco en el centro y me siento sobre los talones. Carraspeo, le digo a Enzo que pase y él se acerca hasta los pies del colchón.

—Quítate el pantalón tú también —lo apremio.

Se lo baja hasta el suelo y aprecio sus piernas firmes,

musculosas y sin nada de vello. Hace amago de quitarse la sudadera.

—No te molestes, eso no va a ser necesario. —Hago un aspaviento con la mano.

—Tú sí que sabes crear ambiente...

—No intento impresionarte.

—Está claro, pero sabes que se me tiene que levantar para que esto funcione, ¿no? Porque por muy buena que estés, voy a necesitar que pongas un mínimo de tu parte.

—Vale, tienes razón. —Gateo hasta el borde de la cama y me quedo de rodillas frente a él—. ¿Qué necesitas que haga? ¿Te digo guarradas? ¿Eso te pone? O también puedo masturbarte, va a ser más rápido. —Me hago una coleta con la goma del pelo que llevo en la muñeca—. Imagino que prefieres la boca a la mano.

—Joder, ¿podrías no hacer eso? —me pide poniendo las manos en alto.

—¿El qué? Si todavía no he hecho nada. —Coloco los brazos en jarra.

—Mira, entiendo que tú estás en plan reproductivo a saco, pero es que tengo la sensación de que vas a ordeñarme y así no voy a ser capaz.

—Mierda, perdona. —Me llevo las manos a la cara con vergüenza y niego con la cabeza—. Es que contigo se me olvida.

—¿El qué?

—Que no soy normal. —Me siento en el borde de la cama y él no tarda en colocarse a mi lado.

—¿Qué es para ti lo normal?

—Lo normal es que dos personas se enamoren, decidan compartir su vida y formar una familia. Después viene lo de tener un hijo, que requiere practicar sexo y en teoría es un acto placentero, y luego tienen el bebé y lo crían juntos lo mejor que pueden... Eso es lo normal, y no una tarada como yo intentando quedarse embarazada a toda costa con un pene alquilado. No te ofendas, por favor.

—No me ofendes. Prefiero pensar que mi pene es una donación puntual más que un alquiler. Aunque tu reducido concepto de normalidad sí me molesta un poco. Nadie tiene derecho a establecer

qué es lo normal a la hora de formar una familia. Si fuera así, a mí nunca me habrían adoptado.

—No sabía que fueras adoptado.

—Tampoco se lo voy contando al primero que pasa… Mis padres lo intentaron durante años, pero no lograron tener hijos de manera natural, así que adoptaron a mi hermano y unos años más tarde a mí.

—Por eso me preguntaste si yo había pensado en adoptar.

—Hay muchos niños a los que la vida se lo ha puesto difícil desde el principio y están deseando que alguien los quiera. También sé lo difícil que fue para mi madre no poder tener hijos, ella me lo contó, y es una de las razones por las que estoy dispuesto a ayudarte. —Se gira hacia mí—. Aunque yo no sea lo que tú consideras un padre normal, al menos tu bebé sabrá que tiene uno y que puede conocerlo si quiere.

Arropada por la penumbra, me acerco a él para darle un beso en la mejilla.

—¿Y eso? —me pregunta entre sorprendido y complacido.

—Eso es por ayudarme también a recuperar un poco de fe en la humanidad—. Me encojo de hombros—. Y ahora túmbate, que vamos a hacer esto en condiciones.

Se recuesta en la cama y me coloco a horcajadas sobre él con la ropa interior puesta. Apoyo las manos en su pecho, lo miro a los ojos y empiezo a moverme despacio, muy despacio, hacia delante y hacia atrás, frotándome contra su entrepierna. Su mirada se enciende, la respiración se le agita un poco y enseguida noto su erección dura contra mí. Sin embargo, el resto de su cuerpo permanece inerte.

—Enzo, ¿estoy haciendo algo mal?

—No, para nada.

—¿Y por qué no mueves ni un dedo?

—Porque no estoy seguro de que quieras que yo te toque a ti.

Llegados a este punto, esa frase estaría de más para otra mujer, pero no para mí. Y con su duda me doy cuenta de que, a pesar de lo atípico de la situación, es la primera vez que hay sinceridad entre mis sábanas.

—Eres libre de tocarme, te doy permiso.

Me quito la camiseta del pijama, le agarro la mano derecha y me la llevo a mi pecho desnudo. Enzo me acaricia y no tarda en alargar su mano libre hasta mi otro pecho. Me toca con suavidad y sin estrujarme, cosa que agradezco. Andrés solía espachurrarme las tetas como si estuviera exprimiendo naranjas. Me aparto lo justo para quitarle el bóxer y me deshago también de mis bragas. Vuelvo a colocarme sobre él, piel sobre piel esta vez. Agarro su miembro con la mano, alzo las caderas y me dejo caer despacio hasta tenerlo por completo en mi interior. Duele un poco, pero no dejo que lo note.

—Ahh, joder… —Aprieta los dientes ahogando su excitación en cuanto empiezo a deslizarme arriba y abajo.

—No hace falta que te reprimas por mí —lo aviso.

—Mejor, porque creo que no voy a durar mucho si sigues así —confiesa con falta de aliento—. Aunque en este caso es lo que queremos, ¿no?

Sonrío y me muevo más y más rápido, Enzo me agarra de las caderas para seguirme el ritmo, acelerando la penetración todavía más. Tanto que llega un momento en el que tengo que apoyar las manos el colchón para no perder el equilibrio. Nuestras pieles chocan y rebotan con fuerza hasta que de su boca se escapa «¡joder, joder, joder!» y lo siento correrse dentro de mí con un gemido largo.

Me quedo sentada encima de él cuando termina, con su pecho subiendo y bajando, y su semen resbalando entre mis piernas hasta que ambos recuperamos la respiración.

—Pues no ha estado mal —reconoce con asombro.

—Que el sexo no sea lo mío tampoco significa que no sepa hacerlo. —Me tumbo a su lado. Ya me preocuparé luego de la higiene.

—¿Es desagradable para ti? —me pregunta unos segundos después.

—No es desagradable en sí, no me da asco, al menos contigo, pero tampoco me altera el pulso más allá del esfuerzo físico. No me excita ni me provoca lo que se supone que me debería provocar. Para mí el sexo siempre ha sido una obligación de pareja y no una necesidad propia. Aunque es una liberación no tener que fingir por

una vez. Tú ya sabes lo que hay.

—Ya… —responde, haciendo un esfuerzo por entender algo que se escapa de su comprensión. Entrelaza los dedos bajo la nuca y suspira—. ¿Te das cuenta de que podrías estar embarazada?

—No te embales, campeón, las posibilidades son escasas.

—Yo corro diez kilómetros en 35 minutos. Seguro que mis espermatozoides son igual de rápidos.

—Además de rapidez hay que tener constancia. Una vez leí que hacen falta ciento ocho coitos de media para lograr el embarazo.

—Mi vuelo sale en ocho horas. Creo que puedo ofrecerte cuatro.

—Entonces no perdamos el tiempo. —Me incorporo—. ¿Qué tal si ahora probamos contigo arriba?

—Mujer, dame diez minutos para que me recupere.

—Pensaba que no lo necesitabas.

—Todos los mortales lo necesitamos.

—Pero es que yo creía que tú no eras mortal, sino que habías descendido a este mundo desde el Olimpo de los folladores —me burlo —. Pues vaya chasco.

—Que cuestiones mi virilidad no va a ayudar mucho a tu causa.

—Vale, vale, ya me callo. —Reprimo una sonrisa y me quedo quieta con la vista clavada en el techo.

—Brina, no seré yo el que se queje ante la posibilidad de un maratón sexual, pero tengo la impresión de que me estoy aprovechando de ti.

Me vuelvo hacia él y lo miro muy seria.

—Es al revés, Enzo. Es justo al revés —le aseguro.

—Bueno, en ese caso creo que ya estoy listo para seguir.

—¿No decías que necesitabas diez minutos?

—Sí, pero al girarte te ha asomado un pezón por el borde de la sábana y se me ha puesto dura. Los del Olimpo somos así.

Se coloca encima de mí y vamos a por el segundo asalto.

19

SOL

Niña

Sudorosa, jadeante y a punto de vomitar los Choco Flakes del desayuno… Así llego a la puerta de una villa de lujo ubicada en la urbanización más exclusiva de Madrid. Me gustaría presentarme algo menos descompuesta, pero lo importante es que ya estoy aquí, a punto de convertirme por un día en la asistente de fotografía de Oriol Serra. ¿Qué digo asistente? Soy la puta ama, soy la *fucking master of the universe*, soy la que acabará persiguiéndolo por todas partes como un cachorro, para qué negarlo… Es lo que hay. Aunque también es mi momento de demostrar mi talento.

Teo me pasó su contacto hace tres meses y desde entonces no he dejado de llamarlo y enviarle correos. 92 días a pico y pala, para ser exacta, en los que tal vez me haya ofrecido hasta para plancharle la ropa. Aun así, es un verdadero milagro que me dé esta oportunidad, porque llamar a Oriol Serra, uno de los fotógrafos especializados en moda más prestigiosos del país, es como llamar a Dios, y nunca esperas que Dios conteste a tu llamada. Bueno, a no ser que estés hasta arriba de sustancias alucinógenas.

Sin embargo, el destino y mi tenacidad han hecho posible que a las ocho y diez de la mañana sonara mi teléfono, despertándome a mí y a mis esperanzas casi perdidas. Oriol Serra me ha preguntado si yo era su acosadora particular y tras una pausa dramática —dramática para mí, que ya estaba planteando mi defensa para la orden de alejamiento que se avecinaba— me ha contado que su asistente lo ha dejado tirado sin avisar y con un *shooting*, que es lo mismo que decir sesión fotográfica, programado para hoy. A continuación, me ha soltado una dirección a la que acudir y después sus palabras exactas han sido: «Si llegas en una hora, te doy una oportunidad, si no, no te molestes en aparecer». Ante esa frase de jefe malo maloso de película me han entrado ganas de contestar que yo soy fotógrafa y no corredora olímpica de los diez mil metros lisos, aunque de haber abierto mi bocaza tampoco me habría escuchado, ya que ha colgado

en cuanto ha dicho lo que tenía que decir.

Tras vestirme a toda pastilla y participar en una yincana compuesta por metro, tren de cercanías y torpes carreras a pie, he logrado llegar a la dirección que me ha dado en 50 minutos y con una más que evidente falta de oxígeno. Frente a mí se halla una construcción moderna, una fantasía geométrica y vanguardista sobre la que un arquitecto podría estar divagando durante horas. Como yo no lo soy, solo se me ocurre describirla como una caja blanca de zapatos superpuesta perpendicularmente sobre otra caja blanca de zapatos idéntica. Súmale unas cristaleras del suelo al techo, una parcela de unos tres mil metros y ya tienes una casa de 4 millones de euros.

La puerta principal de la vivienda está abierta, aunque no me extraña, dudo que aquí nadie se atreva a robar. La extrema seguridad de la urbanización cuenta con doble vallado, control de acceso, patrullas de vigilancia, cámaras de seguridad y detectores de infrarrojos. Esto es el Alcatraz de los millonetis.

Miro el reloj, todavía me sobran dos minutos para llegar a tiempo a la hora acordada, así que me tomo un momento para coger aire, respirar hondo y adoptar la postura del superhéroe. Ya sabes: piernas abiertas, manos en la cintura, hombros hacia atrás, mentón hacia arriba y mirada intensa hacia el horizonte. Puede ser una flipada, pero he leído que esa pose eleva los niveles de testosterona y con ello la sensación de poder y autoconfianza, que es lo que me hace falta ahora mismo.

Poseída ya por el espíritu de Capitana Marvel, avanzo con paso firme y entro en la casa, que me recibe con tonos blancos, grises y esa frialdad tan propia del estilo nórdico. Desde el amplio recibidor escucho voces lejanas a mi izquierda, por lo que sigo esa dirección para atravesar un salón comedor tamaño estadio de fútbol de primera división, con decoración minimalista, eso sí, y acceso directo al exterior. Una terraza *chill out* de estilo ibicenco da pie a una pasarela de madera clara que me conduce hasta la piscina, una *infinity pool* rectangular que desborda para terminar creando una cascada. Vale, subimos a 5 millones de euros. Y yo que creía que mis padres tenían

pasta. Esto sí es un casoplón de ricos. De multimillonarios más bien, de gente que en pleno apocalipsis tendrá su billete para subir a una nave espacial y largarse con viento fresco a colonizar otro planeta cuando este se vaya a tomar por el culo.

Me olvido del planeta y su inexorable futuro en cuanto veo un equipo de diez personas moviéndose de un lado para otro alrededor de la piscina. Hago un barrido rápido con la mirada y no localizo a Oriol Serra por ningún lado. He buscado su foto en Google de camino aquí para poder reconocerlo, porque por muy estrella que sea un fotógrafo, la gente no lo detiene por la calle para pedirle autógrafos. En esta profesión lo relevante no eres tú, sino lo que percibes delante de tus ojos.

Como estoy perdida, tan perdida que no sé ni qué va a fotografiar, y él no se ha tomado la molestia de explicarme nada, debo espabilar rápido. Me presento a todo el que pillo y me entero de que están preparando el *shooting* en la piscina con la colección de verano de una famosa marca de bañadores. Es la responsable de imagen de dicha firma la que me informa, aunque antes me mira como si fuera una novata que no ha hecho sus deberes. Entiendo su mosqueo. En condiciones normales, mi trabajo como asistente de fotografía sería conocer cada detalle de la sesión de antemano. Para ello debería haber estado presente en la reunión de preproducción, así cuando el fotógrafo llegara, podría adelantarme a sus necesidades y él solo tendría que preocuparse de construir con sus fotos el mensaje que la marca busca transmitir.

Oriol Serra hace acto de presencia unos 45 minutos más tarde. Para entonces, yo ya he hablado con los asistentes de producción, el director de arte, las cinco modelos que participan en la sesión, las responsables de maquillaje y vestuario, y hasta he echado una mano a Emilio, un señor muy *majete*, nacido en Almería pero madrileño de corazón, que ha venido con una pequeña grúa para hundir una bañera de hierro y patas de bronce en el fondo de la piscina.

El que está a punto de convertirse en mi jefe, al menos por un día, aparece vestido con un sencillo pantalón negro y un polo de manga larga del mismo color. Se acerca a saludar a los presentes,

quienes lo reciben con sonrisas anchas y asentimientos de cabeza. A mí no me ve, soy más transparente que el agua de la piscina. Él tampoco es que destaque; ni su pelo corto y oscuro ni su rostro anguloso, desprovisto de particularidades reseñables. Su aspecto corriente concuerda con las fotos que ya he visto, sin embargo, me lo esperaba más imponente en persona, como si su presencia física debiera adecuarse a la altura de su prestigio. Con 54 años, cuenta con tres décadas de trayectoria y un currículum avalado por grandes firmas de moda y publicaciones como *Vogue*, *Vanity Fair* o *Harper's Bazaar*, entre muchas otras.

Lo abordo en cuanto tengo ocasión, es decir, en cuanto mis pequeños pies logran salvar la distancia que nos separa.

—Señor Serra, es un honor conocerlo —lo saludo con el brazo extendido y mi versión más formal y distinguida, esa que mis padres llevan intentando inculcarme toda la vida sin éxito alguno, pero que yo guardo en mi interior por si alguna vez me resulta útil, como en este instante.

—¿Y tú eres…? —Me estrecha la mano con el ceño ligeramente fruncido.

—Me llamo Sol y soy su asistente. Hemos hablado por teléfono hace un par de horas.

—Eres una niña.

—Tengo 30 años.

—Parece que acabas de hacer la comunión.

—Eso sería un problema si yo fuera una de las modelos, pero como no es el caso, diría que mi aspecto es irrelevante para desempeñar mi trabajo —replico.

Sus ojos ya de por si oscuros se transforman en dos agujeros negros. Joder, ahí está toda la presencia física que necesita para hacer que se te caigan las bragas, y no en el buen sentido.

—Ven conmigo.

Lo sigo en silencio mientras me relata las especificaciones técnicas del equipo que planea usar para la sesión, los objetivos que piensa utilizar y todos los ajustes que necesita que memorice. Se mueve con seguridad, ha estudiado las localizaciones y tiene claro el

flujo de trabajo. Sabe lo que quiere y cómo lo quiere, así que eso es de gran ayuda para mí. También me pide que haga pruebas de luz y me encargue del *making of* de la sesión. Esto último consiste en hacer fotos de aquello que no se ve, de todo el trabajo que hay detrás de la cámara. ¡Voy a poder hacer fotos para Oriol Serra! Mi pulso se dispara y me entran ganas de bailar, aunque no tengo tiempo, hay mucho que hacer y dudo le haga gracia verme perrear.

La sesión comienza con las cinco modelos vestidas con bikinis, gorros de baño con detalles florales estilo años 50 y maquilladas como si fueran a pasarse la noche bailando en un cabaré. Oriol Serra no se limita a hacer fotos, sus imágenes cuentan historias, construye relatos y lo hace dándole un toque cinematográfico. Si alguien es capaz de hacer que unos bañadores se eleven a la categoría de arte es él.

Desde el minuto uno me convierto en una esponja que lo absorbe todo. Aprendo de cada movimiento confiado, elegante y experto de Oriol, memorizo cada encuadre, cada disparo en vertical y en horizontal, y cada postura en la que coloca a las chicas. Empieza con las más básicas en el bordillo de la piscina: sentadas, de rodillas, tumbadas de espaldas, con los codos apoyados... Todas serias pero elegantes y sensuales. Después llegan las contorsiones y poses circenses, casi imposibles, aunque también armónicas y estudiadas, como las de un equipo de natación sincronizada.

Lo siguiente es otra tanda de fotos en el borde de la piscina, esta vez de tipo individual, con las modelos posando de una en una. Empezamos con Verónica, un bellezón rubio de ojos cándidos y labios mullidos, aunque de los naturales, no de los que rellenan con ácido hialurónico hasta conseguir un efecto similar al de un shock anafiláctico. Pero el sol empieza a brillar y amenaza con complicarnos la jornada, así que Oriol me pide que me coloque al lado de la modelo con el reflector, un panel que sirve como difusor de la luz, y va dándome indicaciones para que lo mueva según el efecto que busca conseguir, ya sea dar toques de brillo o suavizar sombras.

Con los primeros disparos noto que algo no va bien y él empieza a mosquearse. Chasquea la lengua, resopla y su cabreo va en aumento. Pensaría que es mi culpa, que estoy haciendo algo mal con

el reflector si no fuera porque los gestos de la modelo ante la cámara se asemejan a los de una psicópata asesina.

—Niña, ven un momento. —Ese es mi nombre, por lo visto, así que acudo a la llamada de mi jefe—. ¿Cómo la ves? —me pregunta y me muestra la última captura en la pantalla de su cámara.

Es más que evidente lo que falla y, para bien o para mal, no miento cuando trabajo.

—No funciona. Está muy tensa.

—Pues ve y dile que tiene que parecer divertida, descarada, coqueta, y no como si tuviera ganas de arrancarme las pelotas —escupe visiblemente molesto.

Me dirijo hacia Verónica para explicarle con otras palabras las directrices del fotógrafo.

—Lo he escuchado —me advierte ella a un par de metros de distancia—. Dile que para poder arrancarle las pelotas primero debería tenerlas.

Y no solo me entero yo, el resto del equipo también. ¡Uy, uy, uy! Que aquí hay tomate entre estos dos y al final voy a salir escaldada yo. Si es que los hombres no aprenden nunca, son incapaces de interiorizar lo de donde tengas la olla no metas la...

—¡Niña! ¡Ven! —Me cago mentalmente en el correveidile y regreso junto a Oriol—. Nos metemos en la piscina. Avisa a peluquería y maquillaje para que la preparen —me ordena en tono gélido.

Me llevo a Verónica y me quedo a su lado mientras las responsables de maquillaje y peluquería obran su magia. Le acentúan todavía más el color de la sombra de ojos y los labios para que se aprecien bajo el agua. También le humedecen el pelo y se lo peinan estratégicamente para lucir un enmarañado sexi, al contrario que yo cuando salgo de la piscina, que solo parezco un perro mojado.

Aviso a Oriol cuando está lista y la acompaño hasta las escaleras de la piscina. Verónica acerca el pie al agua, moja la punta de los dedos y lo saca rápidamente.

—¡Está helada!

—Es marzo —responde Oriol acercándose a ella con su cámara.

—No pienso meterme ahí —advierte con gesto altivo.

—No podemos seguir si no entras en el agua —replica él.

—Entra tú.

¿Y yo soy la niña?

—Vamos a hacer un plano cenital contigo en el fondo de la bañera. Yo también voy a entrar —le explica.

—No voy a meterme contigo en el agua. —Se cruza de brazos muy digna.

—Vero...

—Verónica para ti —puntualiza.

No he asistido a muchas sesiones de moda, pero lo que tenemos hoy aquí no es profesional, es muy pero que muy personal.

—Verónica, necesito que te metas en el agua —le pide ya sin mucha amabilidad ni ganas de motivarla.

—Y yo necesitaba muchas cosas de ti, pero no te importaron.

—Hablamos de eso luego si quieres, ahora haz tu trabajo y deja de comportarte como una cría —le exige. Está a punto de perder la poca paciencia que tiene.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Vete a la mierda —escupe ella en voz alta, vocalizando perfectamente para que le quede claro a todos los miembros del equipo, y se larga por donde ha venido.

Es una complicación, sí, pero escenitas aparte, mi trabajo consiste en ser resolutiva. Si soluciono esto, ganaré puntos.

—Puedes seguir con otra modelo mientras llamo a la agencia para que nos manden una sustituta —le propongo a Oriol.

—No, no quiero a ninguna sustituta, la quiero a ella. —Se frota la frente con frustración—. ¿Quieres hacer algo útil de verdad? Consigue que se le pase el berrinche y vuelva aquí a hacer su puto trabajo. Y si no, tú tampoco vuelvas.

Con sus palabras llego a dos conclusiones: la primera, que a este payaso le encanta dar ultimátums, y la segunda, que se puede admirar al profesional y no por ello a la persona. Sin duda, merece irse a la mierda, pero aun así no puedo permitir que una modelo adolescente enrabietada chafe mi oportunidad con él. Oriol Serra es mi último resquicio de esperanza antes de tirar la toalla con la fotografía. Y esa posibilidad cada vez más real me hace ponerme en

marcha y volar hacia el interior de la casa.

Nada más entrar escucho un portazo procedente de la planta de arriba. Subo unas escaleras flotantes no aptas para quienes padecen vértigo y al llegar a la planta superior pienso que jugar aquí al escondite debe ser eterno. El espacio es abierto y diáfano, pero hay habitaciones repartidas por todas partes. La lógica me dice que lo intente con la primera puerta que encuentre cerrada. Me planto delante de ella y doy un par de toques.

—¿Verónica?

—No voy a salir —responde ella desde dentro.

Pruebo con la manilla y la puerta cede. Por suerte no ha puesto el pestillo.

—¿Qué haces? —me gruñe sentada con las piernas cruzadas sobre la taza del váter—. Pírate, te he dicho que no pienso salir.

—Tienes que salir, me hago mucho pis.

—Pues ve a otro baño, en esta casa habrá como diez.

—Vale, no tengo que hacer pis, pero tú tienes que acabar la sesión.

—No quiero, con él, no —sentencia decidida.

Cierro la puerta detrás de mí. No quiero que nadie escuche lo que le voy a decir.

—Verónica, no te conozco de nada, pero te voy a dar un consejo por tu bien. Sea lo que sea lo que él hizo mal, si no cumplió lo que te prometió, si te puso los cuernos o si te ocultó que tiene mujer y cuatro hijos en Albacete, tienes que dejarlo apartado durante un rato.

—Pero ¿qué dices? No estoy liada con él. —Tuerce la boca horrorizada—. Dios, ¡qué asco! ¡Es mi padre!

—¡¿Tu padre?! ¡Jo-der! Nunca lo habría dicho.

—Ya... ¿no me digas? —masculla con amargura.

—Pues es un alivio... En mi cabeza teníais un rollo sexual y me estaba pareciendo un pervertido. No puedo trabajar para un pervertido —le aclaro y me mira detrás de todo ese maquillaje con cara de que le importa una mierda dado que yo no soy la protagonista de este drama—. Vale, no estamos hablando de mí, perdona...

—¿No tendrás un cigarro por ahí?

Lo bueno de llevar pantalones con un montón de bolsillos es que son muy útiles para guardar cosas imprescindibles, como tabaco, caramelos de menta, gemas de cuarzo citrino para atraer la buena suerte... Saco un cigarro y se lo doy junto con el mechero. Mientras se lo enciende me siento en la encimera gris del lavabo doble. Le da una calada con dedos temblorosos y expulsa el humo con lentitud hasta que parece desinflarse.

—En realidad, no es mi padre. Para eso debería haber ejercido como tal, ¿no? Es solo el cerdo que dejó embarazada a mi madre y después se largó. —Da otra calada—. Ahora dice que quiere recuperar la relación. ¿Me explicas qué relación? No hay relación y punto. Paso de él —sentencia.

—Si pasaras de él no estarías tan alterada. ¿Por qué has aceptado este trabajo?

—Porque no tenía ni idea de que iba a ser el fotógrafo. Lo ha organizado todo a mis espaldas. Cuando me llamaron de la agencia de modelos me emocioné y salté como una loca. Es mi primer trabajo serio, ¿sabes? Pero era demasiado bonito para ser verdad. —Esboza una sonrisa triste hacia el suelo y sigue fumando.

—Verónica, ¿cuántos años tienes?

—22.

—¿En serio? —Me sorprendo—. Aparentas dieciséis.

—Y tu doce —replica la muy... Vale, Sol, tú eres la más adulta de las dos, actúa como tal.

—¿De verdad quieres ser modelo?

—Sí, desde que era pequeña.

—Entonces céntrate en eso y olvídate de Oriol Serra. Este trabajo te dará visibilidad y te abrirá puertas. Es una oportunidad, aprovéchala.

—No quiero ninguna oportunidad que venga de él. —Echa la ceniza en el suelo.

—Te entiendo, créeme, y tienes todo el derecho a estar enfadada, pero es que aquí no solo está él. Hay más gente esperando por ti, gente profesional y dispuesta a hacer su trabajo que no tiene por qué aguantar tus desplantes. Y de paso, te voy advirtiendo que si

empiezas a montar estos espectáculos se va a correr la voz y nadie querrá trabajar contigo. Acabarás con tu carrera antes de empezar.

—Normalmente no soy así —se justifica y por primera vez parece avergonzada.

No puedo sentir más que compasión por ella, aparte de envidia por su metro ochenta de estatura. Coño, qué mal repartido está el mundo.

—¿Tú quieres darle en los morros a Oriol Serra? —Asiente en respuesta—. Pues sé más lista. Haz tu trabajo, pero hazlo tan bien una y otra vez que acabes por convertirte en una *top model* internacional. Hazte rica y famosa como Gisele Bündchen y luego escribe tus memorias y dedica un capítulo entero para contarle al mundo lo cabrón que es tu padre. Esa será tu justa venganza.

Me mira y la comisura de sus labios se eleva un poco, lo justo para darme esperanzas de que esto tiene arreglo. Un par de minutos más tarde, el tiempo que Verónica tarda en acabarse el cigarro y mentalizarse de que debe sonreír al objetivo, por muy capullo que sea el que se encuentra tras él, regresamos.

Rezo durante el camino de vuelta, y eso que no rezo desde que las monjas dejaron de obligarme. Pido a todos los dioses de todas las religiones que acabemos la sesión en relativa paz. Al llegar a la piscina, donde Oriol sigue esperando, miro a Verónica con intención. Mis ondas cerebrales se comunican directamente con las suyas. «No vuelvas a montar un pollo, por tu padre te lo pido. Bueno, por tu padre no. Por tu madre mejor». Aunque a saber... Las familias son complicadas.

—Ya estoy lista, ¿dónde quieres que me ponga? —le pregunta seria pero serena a Oriol.

—En el centro de la piscina —responde él con actitud comedida.

—Vale.

Verónica procede a meterse en el agua por las escaleras y mis hombros se relajan. Hasta mi esfínter se relaja y me entran ganas de hacer pis.

—¿Cómo lo has conseguido? —me susurra mi jefe.

—Si se lo digo me despide, así que... —Hago el gesto de cerrarme la boca como si fuera una cremallera.

No me sonríe, no sé si sabe cómo hacerlo, pero esa mirada más dura que el cemento armado se suaviza un poco.

La sesión de fotos se reanuda y esta vez todo fluye como debe. Verónica enamora a la cámara y de la mano de Oriol sus fotos van a ser espectaculares. Por mi parte, yo recibo una clase magistral de fotografía. Pase lo que pase después de esto me da igual, porque habrá merecido la pena.

Al acabar la sesión, Oriol da las gracias a todo el equipo, pero es él quien recibe todas las alabanzas. Cuando termina de recibir elogios me llama y me da un montón de órdenes que atiendo diligentemente mientras él va a secarse y cambiarse de ropa.

A su regreso todavía estoy terminado de recoger el material.

—La semana que viene tengo una sesión en Formentera, ¿te interesa? —me pregunta con las manos en los bolsillos y sin mirarme directamente.

—Me interesa.

—Vale, lleva el equipo al coche. Yo voy en un momento.

Hago lo que me pide, pero en cuanto doy dos pasos hacia la salida, doy media vuelta y decido tirarme a la piscina, metafóricamente hablando.

—Teniendo en cuenta que he salvado el día, creo que merezco media hora de su tiempo para enseñarle el proyecto en el que estoy trabajando.

Levanta la mirada despacio y sus ojos amenazan con disolverme. Igual me he columpiado un poquito.

—Tú tienes mucha cara, niña.

—Y poco que perder. Ya que estamos, me llamo Sol, no niña.

Mierda, con lo bien que iba... Ya me veo trabajando para mi padre.

—Te doy cinco minutos.

—Me vale.

20

Pido la cuenta al camarero porque Hans no tiene ninguna intención de levantar ni la vista ni la mano del móvil. Aunque a él nadie le vaya a mirar mal por pasarse tres cuartos de hora desayunando, es probable que a mí sí. No me apetece ser la comidilla de la agencia. Me llevo muy bien con la mayoría de mis compañeros, pero Gossip Girl me tiene enfilada. Siente una especie de devoción mariana por Hans y sospecho que piensa que yo le he usurpado el puesto de mejor amiga en horario laboral. Siempre cuchichea cuando estoy cerca, y cuando no, me vigila de lejos con una sonrisilla maligna, como si en su cabeza estuviera orquestando un plan maestro contra mí.

—Hans, tenemos que volver ya —le pido por cuarta o quinta vez, ya ni sé. Está perdido en su mundo, pero el de verdad nos reclama.

—Agg, que le zurzan al trabajo, hay cosas mucho más importantes en la vida.

—¿A ti qué te pasa hoy?

—Nada... Solo estoy pensando en voz alta. —Deja el teléfono en la mesa, se apoya todo mustio en el respaldo de la silla y suspira tan fuerte que resulta exagerado hasta para ser él.

—Algo te pasa, estás rarísimo. Hemos venido a una cafetería que está en el quinto pino porque no te apetecía ir a la de siempre, el camarero es monísimo y no has dicho una palabra al respecto, y te has saltado el ayuno intermitente con un pincho de tortilla y un pepito de crema.

—Tenía un bajón de azúcar y admitamos ya que nunca voy a tener una talla de *showroom*. Qué más da...

—Dime qué te pasa —insisto, aunque arrastro las palabras con pereza.

—No, no quiero decírtelo. —Hace un mohín y agacha la cabeza como un niño que acaba de hacer una trastada pero no se atreve a reconocerlo.

Echo un vistazo a mi reloj y pongo los ojos en blanco. Podemos estar así hasta la hora de cenar, así que me levanto de la silla.

—Vale, pues vamos a hacer una cosa, cuando te apetezca contármelo, aquí estoy. Hasta entonces tengo muchísimo trabajo que hacer.

No es que no me preocupe por Hans, pero ya voy conociendo sus crisis. La última fue perder a Bruno, su peluquero, porque se mudaba a Barcelona y no sabía cómo iba a poder sobrevivir sin su sentido estético.

—Aura, siéntate y olvida el trabajo de una vez.

—Es que de verdad que tengo mucho que hacer.

—Aura, te digo que te olvides —repite irritado.

—¿Por qué?

—¡Pues porque no hay ningún trabajo! ¡Porque le van a dar tu puesto a otra! —profiere con un gritito ahogado y se tapa el rostro con las dos manos.

El camarero llega a nuestra mesa y al ver la escena de tragicomedia se le borra la sonrisa en el acto. Nos deja la cuenta sin mediar palabra y se va pitando.

—¿Qué has dicho? —pregunto, aunque lo he escuchado perfectamente, y me vuelvo a sentar.

Hans coge mis manos, que de repente se han quedado frías. Me las aprieta tanto que me cruje un dedo, aunque estoy lejos de sentirlo.

—Ay, yo quería hacer esto con más tacto, de verdad. Si hasta estaba leyendo un artículo sobre las mejores maneras de despedir a alguien. Pero claro, es que tú no eres alguien, eres Patito —señala muy disgustado.

—No entiendo nada... ¿Me echas?

—¡No, por Dios! ¡Yo no! Es la agencia. Y técnicamente tampoco te despiden. Cuando acabes el contrato de tu beca el mes que viene, no te van a ofrecer ningún otro. Me lo dijeron ayer por la tarde y te juro que estas bolsas que ves bajo mis ojos, y que ni los parches antifatiga han conseguido borrar, son de no haber dormido esta noche pensando en cómo decírtelo. —Se muerde el labio inferior y me mira apenado—. Se supone que no puedo avisarte, pero es que, en realidad,

tampoco debería haberte contado nada del contrato hasta que fuera oficial. Lo siento, ha sido todo culpa mía. Estaba tan ilusionado con que te quedaras a trabajar conmigo que no me pude callar y he metido la pata hasta el fondo.

—Pero... se suponía que era algo seguro, yo contaba con... —Cierro los ojos, aprieto los dientes y expulso el aire por la nariz—. Hans, he dejado mi trabajo.

—¿No estabas de excedencia?

—Sí, pero terminaba el mes pasado. Pedí una prórroga a mi empresa y me la denegaron, así que o me reincorporaba o perdía el puesto. Yo pensaba que... Tú me dijiste que... —Me llevo la mano a la frente—. Joder, no me lo puedo creer. ¿He perdido dos trabajos?

—Ay, de verdad que lo siento en el alma, no sé qué decir... ¿Te pido una tila? ¿Te doy un Lexatin? O espera, mejor llamo a Annette para que te apañe una cita urgente. —Agarra el móvil y desliza el dedo índice por la pantalla a toda velocidad—. Es mi masajista de confianza, que te dé un masaje balinés. Es ideal para la ansiedad y corre de mi cuenta, no te preocupes.

—Hans, para, no quiero ningún masaje. —Lo detengo en cuanto se lleva el teléfono a la oreja—. Es que... pensaba que lo estaba haciendo bien. ¿Es porque estoy solo a media jornada? —pregunto tratando de encontrar una lógica que me permita reparar esta situación—. Puedo trabajar más, puedo dedicar más tiempo si hace falta —afirmo aun sabiendo que mis únicas horas libres son las de la madrugada.

—Ya trabajas más que muchos que se pasan el día en la agencia, y aunque durmieras allí les daría igual.

—Entonces es que no soy lo bastante buena —deduzco.

—No, cariño, no es eso para nada.

—Pues dime qué es lo que he hecho mal —le pido impaciente—. Hans, algo tiene que haber, si no, no le darían el trabajo a otra.

—Tú no has hecho nada mal, tú solo tienes la mala suerte de no ser la sobrina de uno de los dueños, que es quien se va a quedar con el puesto. Una niñata sin oficio ni beneficio. Y no la critico por criticar, que me han enseñado su currículum, o más bien su no currículum —

puntualiza con retintín—. Lo más cerca que ha estado esa de un diseño son los dibujos que hacía en el cole con los Plastidecor.

Ahora soy yo la que se derrumba en la silla. No hay nada que hacer ni nada por lo que pelear. El nepotismo acaba de darme una patada en el culo y me ha enviado a la casilla de salida.

—Entonces ya está, se acabó. Me voy a la calle.

—No, no se acaba nada, porque este que está aquí te va a hacer la mejor carta de recomendación jamás escrita —declara pegando un puñetazo en la mesa—. Te van a querer contratar hasta en Corea del Norte.

—Se me está revolviendo el estómago. —Poso la mano en la barriga y trago saliva para contener una náusea.

—Aura, cariño, menos somatizar y más escuchar. —Se quita las gafas, parpadea un par de veces para acostumbrarse a la sensación y apoya los codos en la mesa—. En esta vida solo hay dos cosas que no tienen remedio. Una es la muerte y la otra son los poros abiertos. Todo lo demás puede arreglarse —me advierte muy serio, más serio que nunca.

—Seguro, pero es que ahora mismo estoy un poco en *shock*.

—Tú ahora te vas a ir a casa, te doy el resto de la mañana libre. Ya me inventaré algo de por qué no estás. —Hace un aspaviento con la mano que le sale muy folclórico—. Hoy te pones un chándal si quieres y lloras, pero mañana por la mañana te levantas, te pintas el morro de rojo Ruby Woo en esa cara tan mona que tienes y resurges como el ave fénix. O como Winona Ryder, o como quien te dé a ti la santa gana.

—Tampoco es que tenga muchas más opciones.

—Esto es solo un bache en el camino, hazme caso.

—A mí me parece más un socavón.

Uno al que me he tirado de cabeza yo sola.

—Te va a ir bien, lo presiento. Tú tienes alma dibujando.

—¿No lo dices solo para que me sienta mejor?

—Te juro que no. —Se lleva el puño al pecho con solemnidad —. A ver, si se te diera fatal tampoco sería el momento de confesártelo, que bastante tienes ahora mismo como para rematarte,

pero de verdad que lo creo. Además, yo nunca me equivoco… Solo aquella vez que probé el bótox y me dejaron como Mr. Spock.

—Te voy a echar de menos —le digo con una sonrisa triste.

—Ay, calla, no hables como si no nos fuéramos a volver a ver. Todavía te queda un mes y medio en la agencia, y ni sueñes que después de eso te vas a deshacer de mí, patito. Lo nuestro es para siempre.

Le froto el brazo con cariño en respuesta, se le humedecen los ojos y se empieza a abanicar con la mano, porque además de buen amigo, es también un poco teatrero. Al final rompe a llorar, porque así es Hans, y termino consolándolo, porque así soy yo.

***

He llamado a Sergio y su móvil está apagado o no tiene cobertura, sea donde sea que esté, porque no tengo ni idea. Tampoco he querido insistir, no me muero de ganas de contarle que voy a contribuir a engrosar las listas del paro.

Me siento delante del ordenador con el té verde que me acabo de preparar y abro el Excel. He aceptado el resto de la mañana libre y he venido a casa, pero no para ponerme el chándal y compadecerme de mi mala suerte, sino para reorganizar mi plan de gastos y fustigarme, que es mucho más de mi estilo. En especial lo de fustigarme. Yo misma soy, de lejos, la persona con la que más veces me he enfado a lo largo de mi vida. Y allá voy, una vez más.

Soy imbécil, quién me mandaría a mí renunciar a mi trabajo. Yo no hago así las cosas; yo planifico, sopeso, hago listas de pros y contras y nunca me precipito. O al menos no lo hacía, porque en los últimos tiempos me cuesta reconocerme en mis decisiones, ya sean buenas o malas. Sin duda, una de las peores la tomé el mes pasado. Cuando llamé a mi jefe para pedirle una prórroga de mi excedencia, no solo no me la concedió y me advirtió que debía reincorporarme a mi puesto, también me recriminó un comportamiento irresponsable y poco profesional y añadió, por si no me quedaba claro, que ya había tenido demasiada paciencia y manga ancha conmigo.

Me sentó fatal, por el paternalismo, las malas formas y por lo injusto de aquellas palabras después de haberme dejado la piel trabajando sin descanso durante años. Pero ponerme a su altura no me iba a ayudar, solo me complicaría la vuelta al trabajo, así que opté por callarme. Después se lo conté a Sergio, que sí dijo bastante al respecto, como por ejemplo que le dieran mucho por el culo al cabrón de mi jefe, al que no necesitaba porque yo tenía dignidad y un trabajo que me encantaba esperándome a la vuelta de la esquina. Alentada por él y contando con la palabra extraoficial de Hans, me vine arriba y dimití. Imbécil, imbécil, imbécil.

Le doy un sorbo a mi té con la esperanza de que me asiente un poco el estómago, que todavía tengo revuelto, pero solo consigo escaldarme la lengua. Habiendo renunciado voluntariamente a mi puesto, he perdido mi derecho la prestación por desempleo y dentro de un mes y medio, cuando termine la beca en la agencia, mis ingresos serán de cero euros. Una vez más, repite conmigo: im-bé-cil.

Abro también el calendario en el ordenador por el mes de abril para empezar a hacer mis números y ver cuánto tiempo puedo sobrevivir de mis ahorros mientras acabo el máster y busco otro trabajo a media jornada. Un momento... No puede ser. Hago mis cálculos mentales respecto a la fecha de hoy y como no me cuadran, cojo el móvil. Mis dedos vuelan sobre la pantalla hasta que consigo comprobar lo que me temía. Tengo un retraso en la regla de ocho días según la *app* con la que controlo mi ciclo menstrual.

Bajo a la farmacia corriendo para comprar un test de embarazo y el farmacéutico empieza a detallarme ante mi cara desencajada la variedad de tipos de los que dispone. Como se nota que él nunca se ha visto en una situación así. Le pido que me dé el mejor de todos y vuelvo a casa, subiendo las escaleras del portal de dos en dos. Como la conexión entre mi cerebro y mi vejiga es nula, y por mucho que lo desee no tengo ganas de hacer pis, bebo una botella de agua de dos litros a morro mientras doy paseos por la cocina.

En cuanto la necesidad fisiológica se manifiesta, me meto en el baño, donde ya he dejado preparado el test, y procedo a hacer el pis más rápido y consciente de toda mi existencia. Acto seguido, pongo el

capuchón con los dedos más firmes de lo que cabría esperar dado mi estado, me lavo las manos y espero. El prospecto dice que el resultado puede tardar unos tres minutos en aparecer. No es verdad, no son minutos, ni siquiera pasan 60 segundos. No hay dos rayitas azules o rosas o de ningún otro color que puedan traer estos chismes, porque el farmacéutico me hizo caso y me vendió el mejor test que tenía. Uno con pantalla digital. En ella leo una sola palabra, diez letras que no dejan lugar a dudas: embarazada.

21

SERGIO

Estar a la altura

Meto la llave en la cerradura y con un leve giro de muñeca la puerta se abre. Juraría que al irme de casa cerré con doble vuelta, aunque tratándose de mí las probabilidades juegan en mi contra. Si a mi despiste legendario le añado los nervios que tenía atrincherados en la garganta esta mañana, es una suerte no haberme dejado la puerta abierta para dar la bienvenida a todos los ladrones de Madrid.

—¡¡Joder!! —Me llevo una mano al pecho del susto al entrar en casa y ver a Aura sentada en el sofá, quieta como una estatua—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en clase? —le pregunto en cuanto mi corazón deja de amenazarme con escaparse del puto cuerpo.

No es que no me alegre de verla, pero tampoco esperaba encontrármela en casa a las tres de la tarde. Contaba con unas cuantas horas de margen para preparar la conversación que tenemos pendiente y de la que ella nada sabe todavía.

—Te he llamado varias veces.

Me palpo el bolsillo de la cazadora donde guardo el móvil y sin mirarlo ya deduzco que se habrá apagado.

—Olvidé cargar la batería ayer por la noche.

—Es una rutina, algo que se hace a menudo. No entiendo cómo se te puede olvidar cada dos por tres —responde brusca y sin mirarme a la cara.

—¿Y ese buen humor a qué se debe? —Me coloco frente a ella, me quito la cazadora y la dejo sobre la silla de su escritorio aun a riesgo de que me riña por no guardarla en el armario. Pero no lo hace, no abre la boca y mantiene la mirada fija en sus manos, donde sujeta… —Alargo un poco el cuello para verlo bien. —¿Eso es…? —Contengo el aliento—. Aura, ¿estás…?

—Embarazada —pronuncia la palabra como si no le sonara de nada y procediera de un idioma desconocido.

—¿Estás segura? —pregunto a riesgo de parecer estúpido.

Levanta la mano todavía sin mirarme y me muestra el test con el resultado.

—Sé leer.

—Vale... Vale... —Me paso la mano por el pelo y la cierro en un puño para acabar tirando de unos cuantos mechones—. Pero igual deberías hacerte otra prueba para asegurarnos. Esos cacharros fallan a veces, ¿no?

—No tres veces seguidas. —Deja caer el test sobre la mesa de centro—. Vete al baño si quieres y comprueba el resultado de las otras dos pruebas que compré después de ver la primera.

Eso no va a ser necesario. Tres de tres me parece un dato bastante sólido y tampoco albergo demasiadas dudas sobre cómo ha ocurrido. Aura dejó de tomar la píldora hace tres meses porque sufría unas migrañas bastante fuertes. Usamos condón desde entonces, pero entre gemidos, sangre bombeando determinadas partes del cuerpo y movimientos certeros de cadera, se nos ha ido la olla alguna vez.

Intento hablar y solo acierto a dejar la boca medio abierta como un gilipollas. Qué jodido momento más oportuno para quedarme en blanco. Por su parte, Aura sigue sin mirarme. No sé si me evita de forma consciente o es que simplemente está medio ida. Me siento a su lado en el sofá, apoyo los codos en las rodillas y resoplo fuerte. Se mueve un poco para hacerme sitio y de reojo la veo encogerse de piernas. Me pregunto si este sofá, este pequeñísimo sofá el que cabemos los dos apretujados a duras penas y en el que a menudo terminamos enredados, no será la causa de que vayamos a dejar de ser dos para convertirnos en tres. Ante mi inoportuno pensamiento, nace en mi boca una sonrisa inesperada.

—No pasa nada, todo va a estar bien. —Hablo por hablar, sí, porque sigo sin saber qué cojones decir y porque el silencio empieza a arañar las paredes.

—Sí, sí pasa, y nada está bien —me contradice ella, que parece despertar, y de mal humor, para levantarse y empezar a caminar acelerada de un lado a otro los cinco pasos justos que le permite el tamaño del salón.

—No lo habíamos planeado, pero...

—No —me interrumpe—, porque nosotros nunca planeamos las cosas, las hacemos sin más —apunta y no se me escapa el matiz de

reproche.

—Esto también podemos hacerlo —afirmo consciente de que estoy improvisando sobre la marcha, pero también de que mis nervios y mis miedos, a diferencia de los suyos, se van templando.

—Vivimos en una habitación, esto ni siquiera es una casa. Una casa tiene puertas, no medio tabique para separar el salón del dormitorio.

«Mi casa eres tú», pienso, pero su rostro, su voz y todo su cuerpo parecen impermeables al sentimentalismo en este momento. Y supongo que, a efectos prácticos, no le falta razón.

—Podemos buscar un piso más grande —razono.

—Yo no tengo trabajo y no puedo pagar un piso más grande.

—Te van a contratar en la agencia el mes que viene.

Deja de caminar y se detiene frente a mí.

—No, nadie va a contratarme. Hans me ha dicho esta mañana que le van a dar el puesto a la sobrina de no sé quién...

—¿En serio? ¿Primero te explotan y ahora te largan? Menudos hijos de puta.

—Ya, bueno, pues es lo que hay. En mes y medio estoy en la calle, sin trabajo y sin ingresos —comenta desmoralizada.

—El mundo no empieza y acaba en esa agencia. Que les jodan. Encontrarás otro trabajo mejor.

—Claro, como si fuera tan fácil, o como si alguien fuera a contratarme embarazada ya que estamos —suelta con una risa amarga.

—Nos apañaremos.

—No dejas de soltar frases hechas, Sergio, y no me sirven de nada ahora mismo. —Se abraza a sí misma y clava los ojos en el suelo.

Me levanto y me acerco a ella para sustituir sus brazos por los míos. Paso las manos por sus hombros tratando de deshacer la tensión que los envuelve.

—Aura, estamos juntos en esto. Ya sé que no lo esperábamos y que la situación no es la ideal, pero ¿cuándo lo es? Si todo tuviera que ser perfecto para tener hijos, la gente no los tendría nunca.

Acabo de soltarle otra retahíla de frases hechas y esperables,

aunque todas son ciertas. Hasta en los tópicos hay un trasfondo de realidad, y nosotros no somos los primeros en vernos en esta situación.

—Llevamos solo seis meses viviendo juntos, es demasiado pronto... Yo me acabo de quedar sin trabajo, tú tienes un bar cerrado a mil kilómetros y te compras motos...

—No sabía que mi forma de gestionar el dinero te molestara. —Doy un paso atrás.

—No es una crítica, describo los hechos. Económicamente somos un desastre y va a ser aún peor.

Ella y su jodida obsesión... No vamos a tener ningún problema económico, quiero gruñir, aunque le falta información importante y tampoco es el momento de dársela.

—El dinero no te hace mejor madre.

—Pero ayuda.

—¿Le ayudó a la tuya?

—Dios, mi madre, cuando se entere... —Se frota la cara—. Me va a matar.

«Me importa tres cojones lo que piense esa señora», es lo que estoy a punto de soltar, porque tengo claro que jamás nos va a apoyar, pero me muerdo la lengua en el último segundo. Si hay momentos vitales que marcan un antes y un después, que revelan tu carácter para bien y para mal, este tiene que ser uno de los gordos, así que me ordeno a mí mismo estar a la altura.

—No eres una niña y no dependes de tu madre. Que diga lo que quiera, porque lo único que aquí cuenta es lo que queramos nosotros.

—Pero yo no sé lo que... No sé, no puedo ni pensar... No sé, no sé, no sé... —repite negando con la cabeza y a punto de echarse a llorar.

—Aura, tranquila. —Coloco las manos en sus mejillas pálidas, intentando traerla de vuelta conmigo—. Mi vida, mírame —le pido y sus ojos angustiados buscan calma en los míos—. No tenemos que decidir nada ahora mismo, ¿vale? Podemos pensarlo. Y si seguimos adelante no tienes que preocuparte, no vas a tener que renunciar a nada.

Arruga la frente hasta mirarme como si fuera gilipollas y se

aparta de mí.

—¿En qué mundo vives? Sabes que eso no es verdad.

—¿Y por qué no? Yo puedo encargarme.

—¿Encargarte? —inquiere con desdén—. No seas ridículo, no estamos hablando de un perro que haya que sacar a pasear. Si sigo adelante, no voy a desentenderme.

—¿Y qué quieres escuchar? ¿Quieres que te diga que es una putada que te hayas quedado embarazada?

—Sí.

—¿Prefieres que te pida que no lo tengas? ¿Eso te facilitaría las cosas?

—Sí, así sería todo mucho más sencillo para mí, porque el aborto es el sueño hecho realidad de cualquier mujer —ironiza alzando la voz.

—Vale, joder, vale… —Me masajeo las sienes con los dedos—. Ya sé que no, pero ¿qué hago? ¿Te miento? ¿Te digo que no quiero tenerlo?

—Nunca me has dicho que tuvieras intención de ser padre.

—Porque no lo sabía ni yo. —Me llevo las manos al pecho—. Nunca me lo había planteado, pero que estés embarazada… —Sonrío sin poder evitarlo—. Pensar en tener un bebé contigo…

—No digas esa palabra, por favor.

—¿Qué palabra? ¿Bebé?

—Que no la digas. —Cierra los ojos y levanta la mano con un gesto de rechazo que dolería menos si fuera un bofetón cruzándome la cara.

—Es que es lo que es, y cuanto antes lo asumamos, mejor —declaro.

—¿Qué quieres que asuma yo? Si ni quiera sé si voy a tenerlo.

Por lo visto, el salón es ahora un cuadrilátero y en un lado está ella, y en el contrario, yo.

—Tú no sabes si vas a tenerlo y yo no puedo tener opinión al respecto si no es la misma que la tuya, ¿no?

—No, no es eso, pero es que solo estás pensando en ti mismo —me acusa.

—Es curioso que me llames egoísta cuando eres tú quien quiere...

—Sergio —me interrumpe con una voz capaz de acuchillar el aire—. ¿Recuerdas el consejo que te dio aquella psicóloga? Que antes de decir algo de lo que te pudieras arrepentir te dieras un paseo... Ya vas tarde —me advierte.

Agarro mi cazadora de la silla con un tirón seco y dirijo mis pasos hasta la puerta. La abro de un manotazo, pongo un pie fuera y me detengo en el último segundo para girarme hacia ella.

—Con Óscar ni te lo hubieras pensado.

—¿Qué? —musita con un hilo de voz.

—Con tu novio con el que todo era agradable y seguro no habrías dudado. No es que no quieras tenerlo, es que no quieres tenerlo conmigo.

No me quedo a esperar su respuesta, que acorde al veneno de mis palabras y su expresión horrorizada ante ellas podría ser: «Eres un hijo de la gran puta». Está visto que no sé estar a la altura. Me largo pegando un portazo que resuena hasta en el bloque de enfrente.

***

Conducir una moto requiere un mínimo de técnica, el resto es instintivo. La clave está en conocer el motor para saber cuándo está funcionando bien, en «sentirlo» para no forzarlo ni agotarlo. Mientras subo de revoluciones y lo acerco a su límite en la M-30, lo hago consciente de ser capaz de controlarlo. Estaría bien tener esa consideración conmigo mismo y dejar así de repetir el mismo patrón: revolucionarme, explotar, ahogarme.

Conduzco sin una dirección en mente, me limito a rodar, a moverme, a concentrarme solo en la máquina de 180 kilos que sí domino. Poco a poco, la tensión en la mandíbula afloja y el agarrotamiento de los dedos se deshace dentro de los guantes. Salgo de la autopista y llego a la calle Alcalá. Tal vez es simple aleatoriedad o tal vez soy guiado por mi subconsciente, pero cuando me quiero dar cuenta, he aparcado la moto en el lugar donde mantuve la

conversación más jodida de mi vida y me hallo delante de la única persona capaz de ahuyentar a los demonios que me comen por dentro.

—Hola, mamá... He vuelto. —Me rasco la cabeza—. Me siento un poco imbécil hablándole a tu tumba, pero aquí estoy de todas formas. Que no estés tú sigue siendo una puta mierda, ¿sabes? —Desvío la mirada de su nombre escrito en la lápida y me fijo en el ramo de gerberas, sus flores favoritas, que está al pie—. Ando un poco perdido, mamá, y como eres la única que puede ayudarme, voy a fingir que me escuchas y me respondes para poder tener contigo una conversación shakesperiana a lo *Hamlet* y el fantasma de su padre. —Carraspeo fuerte para aclararme la garganta y deshacerme del sentido del ridículo—. A ti no te gustan los rodeos, así que lo primero que debería contarte es que voy a ser padre... Bueno, eso no está claro aún. Aura está embarazada. Te preguntarás quién es porque no te he hablado de ella, pero...

—Sergio, frena, espera un momento. ¿Tú crees que esta es forma de dirigirte a tu madre? Llevo muerta casi ocho años, es la primera vez que tienes la decencia de venir a visitarme y no me traes ni unas flores. Si hasta me extraña que hayas encontrado el camino a mi lápida.

—Como quiero que esto sea lo más realista posible, lo primero sería recibir un tirón de orejas por tu parte, está claro.

—Y más que merecido.

—Siento no haber venido antes, pero sabes que odio los cementerios. A ti también te pasa.

—Y ahora con más motivo. Además de tristes, son un aburrimiento. Pero acepto tus disculpas. Ya puedes hablarme de esa chica, Aura. Me gusta su nombre.

—Esa chica ahora mismo quiere pegarme una patada en los huevos, que son precisamente los que nos han metido en este lío.

—¿Qué le has hecho? Aparte de dejarla embarazada, porque para venir hasta aquí has tenido que liarla a lo grande.

—La he llamado egoísta porque no está segura de querer tenerlo. También le he dicho que de haber estado con otro, con su ex, sí querría... —Meto las manos en los bolsillos delanteros de los

vaqueros—. Y antes de que me eches la bronca, ya sé que eso me hace sonar como un cabrón.

—Sergio, soy tu madre. Yo nunca voy a llamarte cabrón ni remotamente parecido. Y vaya por delante que te quiero más que a nadie, pero, hijo, eres tonto. Es que no se puede ser más tonto, de verdad. Tanto pelo para tan poca cabeza...

—Soy tonto, lo admito, pero eso no me quita el derecho a tener una opinión, ¿no? También va a ser mi hijo... O no, o al final no será nada, yo qué sé... —Chasqueo la lengua contra el paladar.

—Sergio, no te aceleres. Respira. Piensa un poco... Puedes y debes tener una opinión, pero hay muchas maneras de expresar esa opinión. Entre todas las palabras que existen hay unas mejores que otras, y tú siempre has tenido un don para elegir las que hacen más daño.

—Ya, ya lo sé.

—Te duele la idea de que no quiera tener el bebé o de que no esté preparada para ello y lo entiendo. Aun así, nunca vas a poder sentir lo que Aura siente en este momento. No la conozco, pero te aseguro que tiene miedo. Está muerta de miedo, aunque no lo muestre. Y haga lo que haga, este momento de su vida no lo va a olvidar jamás. Y si tú no estás a su lado en todos los sentidos posibles, tampoco lo va a olvidar.

—También lo sé.

—¿Estás seguro de que lo sabes?

—Si no, no me lo estaría diciendo a mí mismo en una conversación imaginaria con mi difunta madre.

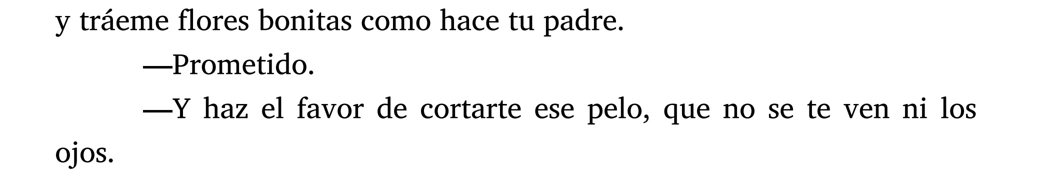
—¿Entonces qué haces todavía aquí? Compórtate no como el hombre que eres, sino como el que aspiras a ser y haz bien las cosas.

—¿Y si no quiere ni verme?

—Que no te quiera ver no significa que no te necesite. Más que nunca.

—Joder, creo que al final interioricé tus consejos más de lo que creía. —Alzo las cejas sorprendido de mí mismo—. Te echo de menos, mamá. Gracias por la charla.

—No me las des y vete. Pero ven a visitarme de vez en cuando



y tráeme flores bonitas como hace tu padre.

—Prometido.

—Y haz el favor de cortarte ese pelo, que no se te ven ni los ojos.

—Sí, mamá.

Siempre

Me despierto hecha un ovillo sobre la colcha y con el recuerdo vivo de la pesadilla que acabo de tener. Nada original, ha sido una de esas en las que intentas correr desesperadamente, pero tus piernas parecen estar enterradas en cemento y eres incapaz de moverte. No me hace falta un diccionario de sueños para interpretarla. Cuando me he levantado esta mañana, mi vida era otra. Ahora va tan por delante de mí que no llego ni a alcanzarla. Estoy paralizada.

Aunque mi mente no esté en paz ni lo vaya a estar por un periodo de tiempo indefinido, mi estómago parece haberse calmado y las náuseas han remitido. No sé si han sido producto del estrés, de no haber ingerido nada sólido desde esta mañana o de... ¿No es demasiado pronto aún para sufrir síntomas? En realidad, no sabría decirlo, mis conocimientos sobre el embarazo son nulos. A la vista está que confié en la marcha atrás como método anticonceptivo.

Me llevo la mano a la barriga en un gesto inconsciente y la aparto al segundo. Así no es como había imaginado este momento. Ilusión, felicidad y euforia deberían definir mi estado de ánimo, en lugar de miedo, culpa y soledad. O tal vez un poco de miedo sí, pero del bueno, del que te aleja de tu zona de confort y a la vez te hace crecer y darte cuenta de que eres más fuerte de lo que creías.

Daba por hecho que en un futuro, llegado el momento oportuno, tendría hijos. Sería algo planeado, consensuado, y sí, dispondría de solvencia económica propia. Fui educada para ser práctica, para seguir los pasos lógicos y tomarme mi desarrollo profesional como una prioridad antes de pensar en formar una familia. ¿Tan censurable es eso? Cuando eres mujer, el orden de los factores sí altera el producto.

Mi voz interior, que hoy no para de ametrallarme, me recuerda también que la mayoría de mis planes no fueron el resultado de mis propios deseos, sino que, hasta el verano pasado al menos, estuvieron condicionados por mi afán de complacer a otros.

No puedo repetir el mismo error ahora y tomar la decisión más importante de mi vida sin tenerme en cuenta a mí. No quiero ser una madre horrible. Específicamente, no quiero ser como mi madre, incapaz de dar amor. Tampoco puedo seguir adelante solo por Sergio, por miedo a perderlo. ¿Y si es él quien se arrepiente después? Un bebé no es una falda que puedas devolver a la tienda porque no te sienta tan bien como creías.

No llego a cuestionarme nada más porque Sergio vuelve a casa. Mientras abre la puerta me incorporo despacio y me siento en el borde de la cama. Escucho sus pasos decididos encaminándose hacia mí. Estoy a punto de levantarme, pero me lo pienso mejor. No tengo fuerzas para jugar otro partido de tenis en el que nos lancemos reproches.

—Soy un puto bocazas —afirma plantándose delante de mí con una excusa poco novedosa. Lo que sí me sorprende es el ramo de flores que sostiene en la mano.

—¿Flores? —Alzo las cejas—. No te pegan.

Se acerca al borde de la cama y cuando creo que se va a sentar a mi lado, se arrodilla a mis pies y me entrega el ramo. Dios, espero que las flores sean solo eso, flores, y no vengan acompañadas de un anillo. ¿Despedida, embarazada y prometida el mismo día? Podría cortocircuitar.

—¿Sabes que las flores tienen su propio lenguaje secreto? Se llama floriografía. En la época victoriana, las flores se usaban para enviar mensajes codificados y para expresar sentimientos que nunca se podrían confesar en público —me explica—. Como a mí me pasa lo contrario y siempre hablo de más, se me ha ocurrido que a lo mejor las flores podrían hacerlo por mí esta vez.

—¿Y qué dicen tus flores?

—Pues veamos… El tulipán blanco te pide perdón, debería empezar por ahí. La rosa roja, que es símbolo de amor y deseo, también lo es de lealtad y admiración. La dalia amarilla significa compromiso. El pensamiento blanco es respeto. El lirio representa la esperanza. Y la buganvilla se supone que fomenta la comprensión… —Suspira decaído—. Voy a necesitar bastante de la tuya.

—¿Cómo se llaman las pequeñitas? —Señalo con el dedo índice el manojo de flores silvestres de cinco pétalos de color azul claro y centro amarillo—. Son preciosas, pero no las conozco.

—Esa flor se llama nomeolvides. La leyenda cuenta que un tipo se ahogó en un río cuando intentaba coger una para su novia o algo así. Me lo contó la florista, pero yo solo la elegí porque me gustó el color. Me recuerda al mar y al verano. A nosotros.

Acerco las flores a mi nariz y aspiro el olor despacio. También huelen a verano.

—Es una combinación peculiar.

—Ya, la composición es más simbólica que estética, así que podemos admitir que me ha quedado un ramo feo de la hostia.

Sonrío sin poder evitarlo, no obstante, en cuanto soy consciente del gesto, me arrepiento.

—Es un detalle bonito, aunque...

—Aunque las flores no solucionan nada —supone adivinándome el pensamiento.

—¿Piensas que soy una egoísta?

—No —asegura tajante—. Siento haberlo dicho. Lo siento mucho, de verdad. Cuando se me calienta la sangre ni siquiera veo lo que tengo delante. Soy gilipollas, pero te juro que no lo pienso y no volveré a decírtelo nunca más.

—¿Y lo que dijiste de Óscar?

—No sé, tal vez... —admite con tristeza—. No quiero hacerte daño, pero tampoco tengo intención de mentirte.

—Yo tampoco voy a mentirte. Con Óscar no habría tenido que plantearme nada, sencillamente porque no me habría quedado embarazada por accidente. Con él no perdía el mundo de vista cada vez que me tocaba. —Esboza una pequeña sonrisa con los labios cerrados—. Aunque eso no importa, Sergio, porque esto es solo cosa nuestra. Me equivoqué una vez con Óscar, pero no puedes darle un espacio que ya no tiene para utilizarlo en mi contra cuando te convenga. Me niego a que sea una sombra en nuestra relación.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Y por mi parte, lo siento si en algún momento te hice creer

que estabas fuera de la decisión.

—Y yo siento haberte tirado mis miedos a la cara cuando lo que debería haber hecho era espantar los tuyos. Lo he hecho fatal, pero estoy aquí. Tres horas más tarde de lo que debería, pero estoy aquí.

—¿Y haga lo que haga seguirás estando aquí?

—Siempre. —Agacho la cabeza y me agarra la barbilla para volver a mirarme a los ojos—. Siempre —repite—. Y me mata saber que te he hecho dudar y pensar que no sería así. Eres la persona más importante de mi vida.

Una lágrima cae por mi mejilla y da el aviso a las demás para que rompan filas y se desplieguen. Sergio me rodea con sus brazos y me aprieta fuerte contra él. Solo con eso es capaz de romperme y recomponerme al instante. El amor no requiere de gestos épicos, a veces bastan unos brazos que te sostengan y a los que agarrarte como si estuvieras colgando del borde de un precipicio. Y pegada a su pecho es lo más cerca que estoy de sentir un momento de alivio. Nos quedamos así abrazados hasta que él gime incómodo.

—Perdona. —Me aparto y me limpio rápido las lágrimas—. Te estoy destrozando la espalda.

—Estoy arrodillado a tus pies pidiéndote perdón y al final eres tú la que termina disculpándose. ¿No ves lo mal que está eso?

—Es un acto reflejo, ya sabes... Como cuando el médico te golpea la rodilla con un martillo y se levanta sola —le digo mientras se levanta y se sienta a mi lado.

—Para continuar con esta larga ronda de «lo siento», siento que no te dieran el trabajo en la agencia. Te lo habías ganado.

—Gracias... Supongo que después de la bomba, el resto se volvió relativo.

—Aun así, era muy importante para ti.

—Ya sé que a veces te parezco superficial, Sergio, pero no es solo el dinero lo que me preocupa. Llevo todo el día intentando ordenar los pensamientos en mi cabeza y no soy capaz. Son muchas cosas de golpe y tú y yo parecemos asimilarlas a ritmos muy distintos.

—No tienes que justificarte, lo entiendo. Vamos a darnos un poco de tiempo para ordenar esos pensamientos. ¿Te parece bien?

—Sí. —Asiento y me da un beso en la frente.

Al momento, pongo en marcha un reloj imaginario descontando los minutos que tenemos para tomar una decisión de la que no vamos a salir ilesos, sea cual sea. Dios, es agotador ser yo.

Me levanto e intento distraerme con una tarea mundana. Cojo una jarra blanca de cerámica del armario de la cocina que deberá valer como jarrón para las flores y empiezo a llenarla de agua en el fregadero.

—De todas formas, quiero que sepas que el dinero no va a ser un problema para nosotros en ningún caso —comenta Sergio a mi espalda.

—¿Y eso por qué? ¿Confías en que nos toque la lotería? Porque para eso deberíamos jugar antes.

—Iba a contarte esto antes cuando llegué a casa, pero como tú dices todo se volvió relativo… Voy a volver a cantar. —El grifo sigue echando agua y yo me quedo impasible observando cómo esta sale descontrolada a borbotones de la jarra. Es casi hipnótico verla caer hasta desaparecer por el desagüe.

Noto las manos de Sergio apartándome suavemente a un lado para cerrar el grifo. Acto seguido me coge de las manos para girarme hacia él.

—Aura… —me llama y me saca de mi trance—. Está claro que tampoco es el mejor momento para hablar de esto.

—No, yo quiero hablarlo —declaro con lentitud—. ¿Has dicho que vas a volver a cantar?

—Sí —responde arrastrando la «s» sin mucha seguridad.

—¿Y cómo ha pasado? —inquiero sin disimular mi incredulidad.

—Mi antiguo mánager me llamó hace un tiempo. Me ofreció grabar un disco, y por una buena suma.

—¿Cómo que te llamó hace un tiempo? —Arqueo una ceja—. ¿Cuánto tiempo es «hace un tiempo»?

—Un par de meses. —Se frota la cabeza como hace siempre cuando está nervioso o incómodo.

—¿En serio? —Me aparto de él, camino los escasos metros de

distancia que hay hasta el salón y abro la ventana para dejar salir el aire viciado de esta ratonera—. ¿Y se puede saber por qué no me lo contaste hace un par de meses?

—En aquel momento no tenía intención de aceptar y no quería darle vueltas.

—Se las diste igualmente por lo que veo.

—Me daba vergüenza contártelo —admite a regañadientes.

—¿Por qué?

Apoya las manos en la mesita alta y alargada de cristal que sirve de separación entre la cocina y el salón, y deja escapar el aire por la nariz.

—Después de mi historial de alcohol, drogas y fama mal gestionada, después de despotricar durante años contra mi carrera, no tiene mucho sentido volver, ¿no?

Solo conozco esa parte de su pasado por las historias que él me ha contado. Y sigo queriendo que se queden en el pasado. ¿Qué fue de su firme convicción de que estaba mejor sin la música y de que la música estaba mejor sin él?

—Aura, sé lo que estás pensando, pero no —dice examinando mi rostro con detalle.

—¿«No» qué?

—No pienso cometer los mismos errores. Si vuelvo a cantar, no quiero que vivas angustiada pensando que en cualquier momento voy a entrar por la puerta borracho y colocado. Eso nos haría daño a los dos.

—Yo no pienso… —Dejo la frase a medias porque si la termino corro el riesgo de mentir.

—Sí, una parte de ti duda y es más que comprensible. Pero ya no tengo 18 años y sé que puedo hacer bien las cosas esta vez. Incluso voy a poder componer —me explica con un destello de ilusión en los ojos.

—¿Y qué pasa con el bar?

—No quiero estar viajando constantemente ni pasar meses alejado de ti. Buscaré un socio, un encargado a tiempo completo o lo venderé.

Admito que el verano pasado llegué a odiar ese bar y me enfermaba hasta poner un pie en él. Al menos era así cuando llevaba el nombre de la que, por aquel entonces, era la mujer de Sergio. Otro detalle importante que decidió guardarse. Pero también fue el lugar donde nos conocimos. Yo resbalé en el suelo mojado y me caí de culo. Él acudió a mi rescate, vestido con esa camisa espantosa de aguacates, y la vida ya no volvió a ser la misma.

—¿Estás convencido de esto?

—Lo he pensado mucho, muchísimo, durante meses, y sí, estoy seguro. Pero acabo de aprender por las malas que la unilateralidad no cabe entre tú y yo. No lo haré si no estás de acuerdo.

No es justo colocar ese peso sobre mí. No puede dejar en mis manos una decisión tan importante. Ya tomé una por él cuando le pedí que se quedara en Madrid y ahora estamos como estamos. También fui yo quien le pidió que buscara su propio camino. ¿Voy a apartarlo de él cuando cree haberlo encontrado? ¿Con qué justificación? ¿Falta de confianza? ¿Miedo por sus antiguas adicciones cuando no me ha dado nunca motivo de preocupación? No puedo negarme sin hacerle creer al mismo tiempo que carezco de fe en él.

Echo un vistazo al ramo que todavía espera en la encimera junto al fregadero y recuerdo el maldito simbolismo de las flores: comprensión, respeto, lealtad, compromiso…

—Si tú estás seguro, adelante… Confío en ti —me obligo a añadir.

Sonríe, se acerca a mí y me da un beso para sellar un acuerdo que no me queda más remedio que aceptar.

—Gracias por confiar en mí.

Y deseo creer con todas mis fuerzas que lo hago. Y más aún deseo creer que somos capaces de afrontar todo lo que se nos viene encima.

23

Una realidad paralela

—¿Os acordáis de cuando los domingos por la mañana íbamos de *brunch* en vez de quedar en un parque para recoger cacas de perro? —señala Brina arrugando la nariz con asco mientras sujeta su chocolate con avellana del Starbucks y el café de Sol.

—Oye, *finolis*, que la única que está aquí pringada recogiendo la mierda de Marie Curie soy yo —apunta la rubia agachada de cuclillas en plena faena con la mano cubierta por una bolsa de plástico.

—Haber adoptado un pez —responde Brina dándole un sorbo a su bebida.

—Los peces deben estar en el mar, cazurra, no encerrados en una pecera.

—Y tu perra debería estar corriendo por el campo, no soltando zurullos en un parque lleno de niños. Mírala. —Señala con la cabeza —. Ahora está en los columpios.

Sol busca a Marie Curie con la mirada, pero yo me concentro en las hojas verdes del frondoso castaño de indias que está en el lado opuesto. No tengo valor para posar mis ojos en esos columpios. Con escuchar a mi alrededor los gritos y risas de niños y niñas de todas las edades y tamaños es más que suficiente. Puñeteros parques.

—Da igual. —La rubia se levanta y nos muestra la deposición en la bolsa como si fuera un artículo de la Teletienda, provocándome un amago de vómito que consigo reprimir y disimular por muy poco —. Ni este zurullo ni tú, Brina, me vais a quitar hoy el buen humor. Chicas, es oficial. —Coge aire—. Voy a montar mi propia exposición de fotos.

—¡¿En serio?! Pero eso es estupendo, Sol. ¡Enhorabuena! —exclamo alegrándome por mi amiga y sonriendo por primera vez en las últimas 24 horas.

—Gracias, todavía estoy en una nube —declara risueña—. Sobre todo porque estaba a punto de mandarlo todo a paseo,

comprarme unos pantalones de pana y recluirme en el monte con un montón de cabras. Y esa era la opción más apetecible; la otra consistía en trabajar para mi padre en su empresa de colchones y terminar suicidándome bajo una pila de viscoelásticos.

—Brindemos entonces por haber evitado la muerte y los pantalones de pana —tercia Brina devolviéndole su café a Sol—. Por ti, rubia, y por tu éxito que va a ser enorme—. Las tres chocamos nuestros vasos de papel—. Aunque eso suponga que el mundo entero vaya a ver nuestras vaginas a tamaño póster.

Doy un trago a mi insípido descafeinado. La única foto de mi vagina que me preocupa ahora es la que va a hacerme mi ginecóloga, claro que para que eso ocurra antes debería pedirle cita.

—A ver, que tampoco me han dado un espacio en la Hamilton's Gallery de Londres —nos aclara—. Va a ser una exposición pequeñita en Lavapiés dentro de un par de meses, pero al menos será individual y mi trabajo estará en un espacio físico. Por fin será real. Y debo darle las gracias por ello a Oriol Serra.

—Así que al capullo arrogante, condescendiente y paternalista le gustaron tus fotos —comenta Brina, rememorando el largo apelativo con el que Sol se refiere a su nuevo jefe.

—Le espantaron. Cuando se las enseñé me miró con cara de oler la misma mierda que acabo de recoger del suelo y me dijo que él fotografía ilusiones, no celulitis... —Pone los ojos en blanco—. Pero a pesar de ser un capullo arrogante, condescendiente y paternalista, también es un gran profesional y sabe ver más allá. Me puso en contacto con alguien a quien sí creía que podría interesarle mi trabajo, que resultó ser la responsable de la galería. Me reuní con ella y ya estoy trabajando en la selección de fotos de la muestra —nos explica, y la sonrisa le llega hasta las cejas—. No os he querido contar nada antes por si se chafaba, pero es una buena noticia, y las buenas noticias hay que celebrarlas y compartirlas con las personas más importantes de tu vida.

Un bufido nada sutil sale de lo más hondo de mi ser.

—A ver, Aura, que estoy teniendo un momento moñas con vosotras. Un poquito de respeto.

—Perdona.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Brina con un gesto suspicaz que me hace apartar la mirada.

—Estoy cansada.

—Por tu cara dirás más bien agotada —puntualiza la rubia—. Espero que sea porque Sergio te dio palitroque del bueno durante toda la noche y no porque te quedaras currando hasta las tantas.

—Ni una cosa ni la otra… Al final no me van a dar el trabajo como diseñadora. —Ambas abren la boca para hablar, pero las freno levantando la mano—. Y antes de que os indignéis en mi nombre, eso ni siquiera es lo más fuerte de todo… Tengo que contaros algo —anuncio con voz temblorosa de más.

—Aura, ¿qué pasa? —me pregunta Sol ya sin rastro de humor —. Nos estás asustando.

—Es que todavía me cuesta…—Agacho la cabeza y aprieto los dedos en torno a mi vaso—. Me cuesta verbalizarlo.

Cada vez que pronuncio *esa* palabra, se hace un poco más tangible. Más humana.

—No pasa nada —sostiene Brina con una serenidad aplastante —. Solo tienes que decirnos: chicas, estoy embarazada.

—Venga ya, hombre, que va a estar embaraza… —La última sílaba queda colgando de la boca de Sol al ver mi cara descompuesta —. ¡Jo-der! ¿Lo estás?

—Sí —susurro y cierro los ojos.

—¿Y tú cómo lo has sabido? —le pregunta esta vez a Brina sin salir de su asombro —. ¿Tienes un radar de preñadas o qué?

—Ha pedido un descafeinado y no para de bostezar… Aura jamás toma descafeinado y la somnolencia es un síntoma de embarazo —puntualiza—. Pero la prueba irrefutable es que, aunque no ha engordado, le han crecido las tetas.

—Y también duelen —añado—, pero hasta ayer pensaba que era por el síndrome premenstrual.

—Uhmm… —La rubia fija la vista en mi pecho cubierto por un jersey de canalé—. Lo de las tetas es verdad. Las tienes como cantalupos.

—¿Como qué? —le pregunta la morena arrugando la frente.

—Como melones. Un poquito de cultura de lo que nos da la madre tierra, por favor.

—La única madre que me interesa es la que tenemos aquí presente —afirma Brina y esa frase es un pinchazo directo en el vientre—. ¿Cómo ha pasado? O sea, sé cómo ha pasado, entiendo la biología básica, pero pensaba que Sergio y tú poníais medios.

—Y los ponemos... normalmente... Pero hubo dos veces que nos dejamos llevar más de la cuenta. Tres en realidad —reconozco avergonzada.

—¿Solo tres? Menuda puntería la del melenas —añade impresionada.

—Con una es suficiente —alega Sol.

—Ya lo sé, pero es que todo esto se me hace muy raro viniendo de Aura... De haber apostado por un embarazo accidental, siempre hubiera dicho que te pasaría a ti.

—Cría fama y échate a dormir, no te jode —replica indignada la rubia—. Yo llevo DIU, lista, y aun así, Teo y yo usamos preservativo. Soy la Terminator de los espermatozoides.

En nuestro trío particular, Sol siempre ha sido la cabra loca; Brina, la madre autoritaria; y yo, la prudente... Quién lo diría ahora.

—¿Y de cuánto estás? —quiere saber Brina.

—De unas cuatro o cinco semanas, creo. No lo sé exactamente. Todavía tengo que pedir cita con mi ginecóloga.

—¿Y a qué estás esperando? —me bufa—. Tiene que hacerte una ecografía y pedir análisis de sangre y orina para comprobar que todo está bien. Además, tú debes empezar a tomar vitaminas prenatales pero ya. Asegúrate de que lleven ácido fólico, hierro, yodo ...

Sol levanta el brazo y le pega en la teta con lo que tiene más a mano.

—¡¡Auuu!! ¡¿Acabas de pegarme con la bolsa de caca?! ¡¡Serás guarra!!

—Y tú eres una bocachancla. ¿No ves que se está poniendo pálida? Más aún.

—Vale, sí… No eres yo, perdona. —se disculpa arrepentida.

—¿Cómo se lo ha tomado Sergio? —pregunta Sol.

—Está feliz e ilusionado. Como si fuera Navidad y estuviera esperando el juguete de su vida.

—Eso es bueno —afirma Brina y la rubia asiente—. ¿O no? —recula al verme fruncir los labios.

—No estoy segura.

—No quieres tenerlo. Es eso, ¿verdad? —deduce Sol con el tono más dulce y comprensivo del mundo.

—No lo sé, estoy hecha un lío… No sé si estoy preparada, no sé si lo está él, y menos aún si lo estamos nosotros. Ya sé que no somos unos críos, pero… estoy asustada como si lo fuera.

El final de mi frase solo lo escucho yo porque mis palabras quedan sepultadas bajo unos ladridos fuertes y secos.

—¡Marie Curie! —vocifera Sol al ver a su perra tratando de morder a un bulldog—. Joder, debería haberla llamado Mike Tyson. Os juro que me ha tocado la perra más quinqui de todo el refugio. —Echa a correr en dirección a ella—. ¡Prohibido hablar de nada importante hasta que vuelva! —nos grita mientras se aleja.

—Entonces estás hecha un lío… —retoma Brina la conversación al segundo.

Me mira a los ojos y todo mi cuerpo se tensiona. Intento terminarme el café, pero está frío y me da asco. Me acerco a la papelera más próxima y lo tiro. Ella me alcanza enseguida y hace lo mismo.

—¿Y bien?

—¿Estás segura de que no te importa hablar de esto? —le pregunto mientras echo a andar de nuevo.

—Llevamos un rato hablando de esto.

—Y tú llevas tanto tiempo deseando ser madre y con tanta intensidad que entendería que…

—¿Entenderías qué?

—Que te molestara si yo… Si abortara.

—Aura, no, no te lo lleves por ahí. —Me coge del brazo y me detiene—. Somos amigas, pero estamos hablando de tu cuerpo y de tu

vida. Tu elección no me pertenece a mí, y ni yo ni nadie tiene derecho a juzgarte, hagas lo que hagas. Además, podemos tener opiniones diferentes sin que pase nada. Si no, míranos a la tarada de Sol y a mí. —Las dos sonreímos a la vez—. Si decides seguir adelante, estaré a tu lado en cada paso del camino. Y si no, exactamente igual.

—Vale... —Siento que la garganta me estrangula la voz y los ojos se me humedecen—. Pero ¿qué me pasa?

—Que estás estresada, asustada y con un festival de hormonas dentro de tu cuerpo. Ven aquí, anda —me pide, aunque es ella la que da el paso y se acerca a mí. Me abraza, me acaricia el pelo como lo haría una verdadera madre y la tensión de mis hombros afloja. Estoy en zona segura.

—¿Por qué lloras? —Sol aparece con la bolsa de caca en una mano y con la otra sosteniendo la correa de Marie Curie ya atada a ella—. Pero ¿qué os he dicho? Que no podíais hablar de nada importante en mi ausencia.

—No te preocupes, no te has perdido nada —le explica Brina en el momento en el que yo me aparto y trato de recuperar la compostura —. Aura no ha tomado una decisión sobre el embarazo, así que de momento no sabemos cómo nos sentimos al respecto... Porque imagino que la posibilidad de que tengas a la criatura y me la des a mí no es viable, ¿no? —me pregunta torciendo la boca—. Lo digo más que nada porque así podría dejar de acostarme con Enzo.

—Ay, la hostia bendita, ahora la otra —brama Sol—. ¿Habéis estado esnifando pegamento a mis espaldas o qué?

—Sabía que entre vosotros dos había algo —aseguro.

—No, no, entre nosotros nada de nada. No te hagas líos. Yo sigo siendo lo que soy y eso no va a cambiar.

—No va a cambiar, pero te estás acostando con él —tercia la rubia.

—Tenemos sexo, sí, cuando estoy ovulando y con fines reproductivos exclusivamente. Ni siquiera nos besamos. Me va a ayudar a ser madre y luego cada uno por su lado. Es el acuerdo al que llegamos después de la fiesta de Carnaval.

—A ver si me aclaro —continúa Sol—. ¿Estás diciendo que

Enzo, un mojabragas de manual que se puede acostar con quien le dé la real gana, coge un avión hasta Madrid los días del mes que tú ovulas solo para dejarte embarazada, y una vez que lo consiga vais a hacer un «si te he visto no me acuerdo»?

—Con tu tono haces que suena mal, pero sí, más o menos.

—No es que suene mal, es que suena imposible. —Marie Curie aprovecha para pegar un ladrido—. ¿Lo ves? Ella tampoco lo entiende.

—Enzo quiere ayudarme desinteresadamente. Vosotras no lo conocéis —responde a la defensiva—. Además, no sé por qué ahora os sorprende tanto. ¿Os tengo que recordar que me animasteis a hacerlo? Que si mejor con él que con un desconocido, que así no estaría engañando a nadie, que si es un tío guapísimo y encantador...

Puede que mencionáramos que es guapo, pero no lo de encantador. Eso es aportación de Brina.

—Pues tienes razón —intervengo para ser justa—. Nosotras te animamos en su momento y ahora te apoyamos, ¿verdad, Sol? —Le echo una mirada que no da opción a réplica.

—Pues claro que sí... Es solo que ese acuerdo cogido con pinzas al que has llegado con Enzo me parece difícil de sostener en la vida real, y me da miedo que te acabe estallando en la cara. Puede que me equivoque, pero deberías estar preparada para que un tío que demuestra esa generosidad contigo se implique emocionalmente llegado el momento si tenéis un bebé.

Cuando espero una respuesta mordaz por parte de Brina ante un argumento que, por otra parte, tiene su lógica, esta estalla en carcajadas.

—¿Y ahora qué pasa, loca? —inquiere Sol—. Te estoy hablando en serio.

—Ya, ya. —Sigue riéndose y se lleva una mano al pecho—. Y es una respuesta de lo más coherente. Es que es justo lo que yo te habría dicho si fuera al revés y tú estuvieras en mi lugar.

—¿Y por qué te hace tanta gracia? —le pregunta indignada.

—Porque empiezo a creer que hemos entrado en una realidad paralela donde tú eres la más normal de las tres... —Sol y yo la

miramos sin entender nada—. Pensadlo: Aura, preñada y en paro; yo, asexual y tratando de que me fecunden desesperadamente; y Sol, con un buen trabajo, pareja estable y hasta una perra. —Se encoge de hombros—. Siento decírtelo, rubia, pero eres la personificación de la clase media tradicional.

Me uno a la teoría de Brina y, con las emociones revueltas como las tengo, acabo riéndome yo también.

—Os odio —nos deja claro nuestra amiga antes de dejarse caer en el banco de madera que tiene detrás—. Joder, qué bajona.

Y Marie Curie ladra a su lado, dándole la razón.

24

BRINA

Princesa de hielo y Baby Yoda

Cuando estás aburrida de contar la misma cantinela de siempre a tus alumnos de 17 años y ellos te devuelven la mirada con los ojos vacíos, porque, francamente, tampoco les emociona escucharte y Unamuno se la bufa, piensas que tu día no puede empeorar mucho. Clásico error. Siempre puede ser peor.

Al terminar tu última clase del día, y solo son las dos de la tarde, miras el móvil y ves otro *email* del abogado de tu ya exmarido cuyo asunto se titula: Liquidación contenciosa de bienes gananciales. Resoplas desencantada de la vida, coges tu bolso y te dices que ya lo leerás con atención cuando llegues a casa. Pero ya te ha hecho mella, como siempre, así que mientras caminas por el pasillo en dirección a la salida, vuelves a sacar el móvil y, aunque sabes de sobra que vas a encontrar un montón de palabrería legal sin emoción detrás de la cual irónicamente solo se esconden rabia y venganza, abres el correo. Lo que debería ser una operación jurídica sencilla de división del patrimonio común después del divorcio, se ha convertido en un procedimiento judicial cuyo resultado va a suponer un gasto enorme de energía emocional y de dinero. Ni que fuéramos Kim Kardashian y Kanye West. ¿Qué pretende dividir aparte de dos casas? ¿El edredón de Zara Home? Pero como he dicho: rabia y venganza.

Bajo las escaleras de la entrada del instituto acompañada de un guirigay de conversaciones y risas provenientes de corrillos de estudiantes que no tienen tanta prisa por irse a casa como yo y termino de leer el correo que culmina con un «Atentamente». Atentamente y una mierda, pienso justo antes de estamparme de boca contra un pecho duro como una piedra. Juraría que mi quejido lo amortigua un pectoral.

—Deberías mirar por donde vas —me advierte el dueño del pectoral atacante sujetándome por los hombros—. Quedarse sin dientes no le favorece a nadie.

Levanto la mirada desde su jersey gris hasta llegar a sus ojos,

prácticamente del mismo tono.

—¡Enzo! ¿Qué haces tú aquí? —Lo que pretende ser una pregunta sale despedida de mi boca como un ladrido.

—Soy el nuevo profesor de Mates… —Sonríe a su estilo príncipe encantador—. ¿Tú qué crees?

—No tengo ni idea —admito honestamente.

—He venido a verte, aunque por tu reacción asumo que no te hace mucha ilusión.

—Bueno, es que… no te esperaba hasta dentro de diez días.

—¿Hay alguna regla no escrita que diga que no podemos vernos si no es para…?

Le impido que acabe esa frase agarrándolo del brazo y me lo llevo a una esquina, a salvo de las miradas curiosas y bobaliconas de mis alumnas.

—Yo trabajo aquí —le recuerdo en voz baja—. No quiero que nadie se entere de lo que tú y yo hacemos en nuestros ratos libres.

—Brina, no llevamos un cartel en la frente anunciando nuestro acuerdo y te aseguro que nadie se lo va a imaginar. Visto desde fuera, lo más seguro es que den por hecho que soy tu novio o un pobre chico al que utilizas como esclavo sexual —bromea, aunque yo creo que con lo último ha dado justo en el clavo.

—En serio, Enzo, ¿qué haces aquí?

—Hablé con Sergio y me contó lo de Aura —responde circunspecto.

—¿Y?

—Y pensé, no sé, que igual te vendría bien algo de compañía.

—¿Por qué?

—Porque tu mejor amiga está embarazada, no sabe si va a tenerlo y supongo que te habrá dejado un poco tocada, pero a la vez no es algo que puedas hablar con ella.

—Estoy perfectamente —aseguro impasible—. Te podrías haber ahorrado el viaje si me hubieras llamado por teléfono para preguntar.

—¿Te refieres a ese teléfono que te está dejando los nudillos blancos de agarrarlo con tantísima fuerza? —Me señala con el dedo antes de cruzarse de brazos.

—Igual no es mi mejor día, pero lo de Aura no tiene nada que ver.

—Ya que he venido hasta aquí y dispongo de seis horas hasta que salga mi vuelo, puedes contarme por qué no es tu mejor día.

—Enzo, no te molestes, de verdad —le pido lo más amablemente posible—. No necesito desahogarme, no soy ese tipo de persona.

—¿Te refieres a humana?

—Me refiero a que yo resuelvo los problemas y ya está. No necesito hablar de ellos durante seis horas.

—Ya... Seguro que tú sola puedes resolver tus problemas, los míos y los de toda la humanidad. —Suspira—. Vale, pues... me voy entonces.

—Vale.

—Adiós... —Se despide, aunque suena como una pregunta.

—Adiós —confirmo.

Da media vuelta y empieza a alejarse a ritmo de caracol de jardín.

—Me estoy yendo.

—Ya lo veo.

Sigue andando y ladeo un poco la cabeza. Aunque sea desde un punto de vista objetivo y nada sexual, hay que reconocerle lo bien que le sientan los vaqueros.

—Vuelvo a casa —grita un poco más lejos y levanta la mano en señal de despedida.

—Buen viaje.

Camina cuatro pasos más, frena, se gira y regresa negando con la cabeza, está vez con más rapidez.

—Es que si sigo alejándome no voy a poder escuchar lo que deberías decirme.

—Que es...

—Enzo, no te vayas. Gracias por ser un buen amigo, montarte en un avión y recorrer mil kilómetros solo para venir a verme porque estabas preocupado por mí.

—¿Amigos? ¿Eso somos?

—¿Tú qué crees?

Creo que no lo conozco lo suficiente para llamarle amigo y a la vez me he metido con él de lleno en un asunto tan serio que se ha convertido en una de las personas más importantes de mi vida. Honestamente, no sé qué espacio darle en ella.

—Mientras lo resuelves contigo misma —comenta al ver que no respondo—, estaría bien que me llevaras a comer. Estoy desmayado y he visto un bufé libre oriental en la acera de enfrente.

***

Imagino que en este tipo de restaurantes de comida a granel expuesta tipo escaparate, alguien como yo compensa económicamente lo que es capaz de ingerir alguien como Enzo. Llevo un rato mareando en mi plato tres *gyozas* de verduras y algo de sushi acartonado frente a la estatua gigante de un buda sonriente con sobrepeso cuando él se sienta con su segunda ronda. En su plato hay dos rollitos de primavera, tempura de langostinos, arroz con gambas, ternera en salsa de ostras y...

—¿Tofu? ¿En serio?

Es el símil que utilicé en su momento para expresarle mi opinión sobre el sexo: insípido y sin gracia.

—Estoy intentando pillarle el gusto. —Se lleva un pedazo a la boca y lo mastica como si fuera corcho.

—Hay veces en la vida que no merece la pena insistir —digo con un suspiro alicaído.

—¿Hablas del tofu, del sexo o de nosotros?

—No hay ningún «nosotros» y lo sabes.

—Hasta donde yo sé los pronombres personales identifican a los participantes en una conversación, y en esta mesa estamos tú y yo. —Nos señala a ambos con los palillos—. Eso nos convierte en nosotros: primera persona del plural. Para ser profesora de Lengua y Literatura llevas la gramática regular.

—Tenía intención connotativa, no literal —respondo a la vez que descuartizo una inocente *gyoza*.

—Pues conmigo vas a tener que ser literal si quieres que te siga.

No tiene ningún problema en seguirme, de hecho, va por delante de mí.

—Cuando soy literal, tampoco consigo deshacerme de ti.

—Es que deshacerte de mí es una de esas cosas de la vida en las que no merece la pena insistir. —Me guiña un ojo.

Sé que se trata de un gesto recurrente en él e inofensivo para mí, pero me da la sensación de que ya no estamos comiendo, estamos pelando la pava. En mi cabeza se activa de inmediato una alarma silenciosa. O no tan silenciosa, ya que posee la voz estridente de Sol y me advierte de nuevo de los riesgos de la implicación emocional de Enzo en toda esta historia.

—Me refería más bien a mí. No merece la pena insistir conmigo. No tengo mucho que aportarte.

—¿Me dejas decidir eso a mí? —Posa los palillos sobre el plato —. ¿Por qué estás hoy tan a la defensiva?

—Me preocupa que terminemos confundiendo las cosas.

—¿Por mantener una conversación?

—Por pasar tiempo juntos.

—El mes pasado estuve tres días enteros en tu casa.

—Para tener sexo y con un objetivo muy concreto —puntualizo.

—También hablamos, cenamos, vimos películas en tu sofá y no supuso ningún problema. ¿Y ahora me vienes con que podemos tener un hijo pero no comer juntos? —Me mira como si estuviera como una cabra. Y no digo que no lo esté, pero...

—Creo que es mejor para los dos no intimar más allá de lo necesario.

—Muy bien. ¿Quieres también que me ponga una bolsa en la cabeza cuando follemos?

—¿Ves? Justo a esto me refería. No podemos mezclar... —Frunzo los labios y ni me molesto en continuar—. Da igual, es evidente que no va a funcionar.

Me levanto de la mesa, cojo mi bolso y salgo del restaurante, poniendo fin a nuestro acuerdo por las bravas. Tampoco le va a extrañar viniendo de mí. Soy un ser brusco y antisocial y, si lo pienso

bien, no debería ni reproducirme. Decidido: me compraré un bebé *reborn* y así no lo podré traumatizar.

—Brina, espera… —Enzo me agarra del brazo para darme la vuelta y al momento me suelta porque parece caer en algo—. ¡No me puedo creer que te esté persiguiendo yo a ti! —se reprocha a sí mismo cabreadísimo en medio de la acera.

—Yo tampoco lo entiendo si te sirve de consuelo. ¿Por qué lo haces? Deberías huir y alejarte lo máximo posible de mí. A Siberia como mínimo —le sugiero.

—¿Y qué pollas voy a hacer yo en Siberia si ni siquiera me pongo calcetines?

Y lo dice tan serio que no puedo evitar que se me escape la risa por la nariz. Él me mira fatal, aunque a los pocos segundos termina cediendo y se ablanda con un amago de sonrisa.

—Enzo, deberías alejarte de mí —le repito—. Esto no es una historia de amor y no va a terminar en beso. Menos aún contigo y conmigo criando un niño.

—Brina, entiendo esa parte, pero entiende tú también que no soy un tío anónimo de un banco de semen, y no voy a aceptar que me trates como tal. No te estoy pidiendo la custodia compartida de un bebé que aún ni existe, y no voy a hacerlo en un futuro. Te lo prometo.

—Una promesa es tan fácil de hacer como de incumplir. Yo tenía un marido que me prometió que nunca me haría daño y ahora intenta joderme de todas las formas posibles.

Suspira, aunque no sé si es por lástima o por hartazgo.

—La culpa la tienen tus ojos, creo. A veces son tan fríos que parecen capaces de desencadenar un invierno eterno a lo princesa de hielo. Pero otras veces son… vulnerables. Como los de Baby Yoda. Por eso no me alejo de ti. —Se mete las manos en los bolsillos delanteros y agacha un poco la cabeza. Es la primera vez que percibo un atisbo de timidez en él—. No siempre eres lo que pareces. Yo tampoco lo soy. Dame el beneficio de la duda.

No sé si estoy preparada para darle el beneficio de duda. La desconfianza es otro de mis defectos, y además acaba de compararme

con un alienígena de color verde y orejas como alas de avión. No obstante, como mínimo, le debo terminar la comida como dos seres civilizados.

Volvemos a la mesa del restaurante, comemos y me esfuerzo por ser un poco menos yo y un poco más… agradable.

—¿Cuántas horas tienes que pasar en el gimnasio para quemar todo lo que te metes en el cuerpo? —le pregunto al ver su plato vacío de nuevo.

—Bastantes, pero no me quejo, me gusta ir. Tú también vas, se nota.

—No por ganas. Preferiría mil veces quedarme en casa viendo *realities*. Son mi placer culpable.

—Nunca he entendido eso del placer culpable. —Arruga la nariz—. Si algo te gusta y no haces daño a nadie con ello, no debería avergonzarte.

—No es cuestión de vergüenza, se trata más bien de no tener que molestarte en dar explicaciones cuando pareces ir en contra de la opinión popular… Es un ahorro de energía. Por ejemplo, a mí no me gusta viajar, que parece ser el sueño número uno del noventa y nueve por ciento de la población. No veo la gracia en meterte horas y horas de avión, tren y autobús para terminar haciendo todavía más horas de cola como un borrego solo por tener la misma foto que tiene todo el mundo en un monumento que puedes ver gratis con Google Earth… Y eso no es algo que debas decirle a la gente en septiembre cuando vuelve agotada de sus carísimas vacaciones. Créeme, lo aprendí por las malas.

—Eres graciosa —responde con una sonrisa.

—No, qué va.

—A mí me lo pareces.

—Serás el único.

—Igual me gusta ser el único que ve determinadas cosas en ti.

—Enzo, que te pierdes e intentas ligar conmigo —lo reprendo con una ceja arqueada—. Si hasta se te pone la voz más grave.

—Vale, tienes razón, tienes razón… —Levanta las manos en señal de disculpa, aunque a juzgar por su gesto desvergonzado, dudo

mucho de su arrepentimiento—. ¿Y qué te gusta hacer en vacaciones? —me pregunta para reconducir la conversación.

—Tumbarme en una hamaca y vaguear.

—No eres tan original. A mí también me gusta vaguear.

—No es verdad, tú escalas paredes de roca a pulso en Tailandia.

—Solo a veces… ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Me has *stalkeado*? —inquiere con una mueca de sorpresa.

—Sí, vale, he espiado un poco tu Instagram. Lo admito. Tenía que asegurarme de que no eres un chalado.

—Como si las redes sociales fueran una fuente fiable de información. Ahí todos representamos un personaje.

—Yo no. Ni siquiera tengo foto de perfil.

—Porque tu mejor interpretación la haces en vivo y en directo.

¿Por qué si yo le hago un comentario demasiado personal parezco una gilipollas con mal carácter y él es capaz de insultarme y seguir pareciendo un encanto?

—Tengo muchos defectos, pero ser falsa no es uno de ellos.

—No digo que seas falsa, pero siempre finges que nada te afecta. Como cuando tu mejor amiga se queda embarazada.

—Y tú vuelas en círculos. —Pongo los ojos en blanco. Él gana por esta vez—. Me encantaría celebrar la noticia de Aura como se merece, pero no es feliz ahora mismo, así que estoy triste por ella. Y a la vez siento envidia de que se haya quedado embarazada y yo no. Eso me hace sentir una persona horrible. ¿Ya estás contento?

—Contento de que me lo cuentes, no de que te sientas una persona horrible —me aclara con ojos compasivos—. Porque alguien debe decirte que no lo eres.

Terminamos de comer, salimos del restaurante y empezamos a caminar. No hay ningún plan en mente, simplemente seguimos hablando y nos movemos a la vez. Al pasar por una tienda de yogur helado se me antoja uno de postre, con fresas y sirope de chocolate. Enzo asegura que prefiere no comer porque está demasiado lleno, pero prueba el mío y acaba zampándose la mitad.

A lo tonto, nuestro paseo se alarga casi cuatro horas. Creo que nunca he hablado por placer tanto tiempo con alguien, exceptuando a

las chicas, claro. Y la conversación fluye de manera tan natural que cruzo definitivamente la barrera de lo personal al confesarle cómo asumí que era asexual después de leer en un foro el relato de un chico que se definía precisamente así. Fue como si yo hubiera escrito su historia, de haber tenido el valor de hacerlo. Ocurrió poco antes de casarme y lloré hasta desgastarme en el salón de casa. Cuando Andrés entró por la puerta y me vio, le eché la culpa a la alergia. Él sabía que no tengo ninguna alergia, pero era más fácil mirar hacia otro lado y no a los ojos rojos e hinchados de su mujer.

A eso de las siete y media, cogemos mi coche y conduzco hasta el aeropuerto. Al llegar voy directa al parking. Ni Enzo me dice que no hace falta que aparque ni yo pongo excusas para irme. Lo acompaño hasta el control de acceso como si fuera lo más natural.

—Gracias por traerme.

—Qué remedio, si te llego a dejar solo por Madrid te hubieras ido con la primera que te ofreciera un caramelo con droga.

—Paso de caramelos, prefiero comerme tu yogur. Y que conste que no lo digo de una forma sexual.

Casi todo lo que dice suena de forma sexual. Y hablando de eso…

—¿Te veo en diez días? —me obligo a preguntar.

—Sí —me confirma sin rastro de duda en la voz.

—Vale. Hasta entonces.

—Adiós.

Se gira y coge su móvil para buscar el código QR de su billete.

—Enzo —lo llamo y se da la vuelta todavía mirando su teléfono —. Gracias por ser un buen amigo, montarte en un avión y recorrer mil kilómetros solo para venir a verme porque estabas preocupado por mí.

Me observa fijamente, juro que pestañea a cámara lenta, y me tenso. Creo que ve en mí más de lo que debería.

—Ahora estás teniendo un momento Baby Yoda, ¿verdad? —Asiente complacido.

—Vete a la mierda. —Y me río, porque el muy idiota me hace reír hasta cuando no quiero.

—No hay de qué, princesa de hielo.

Una certeza

Examino mis manos bajo la potente luz blanca de la sala de espera de Ginecología y Obstetricia. Mi piel fina y ya pálida de por sí ha adquirido un tono casi mortuorio. Seguramente a causa de la falta de hierro. Debería comer más carne roja, aunque pensar en un filete sanguinolento me da ganas de vomitar. Por lo visto, es culpa de las hormonas, que son las nuevas dueñas y señoras de mi cuerpo. A ellas les debo también mi hipersensibilidad al desagradable olor antiséptico e higiénico que flota por toda la planta de la clínica.

Sentadas esperando su turno a la vez que yo hay otras seis mujeres de edades comprendidas entre los veintipocos y los cincuenta y tantos. El silencio generalizado lo rompe el único hombre de la sala. Sergio está sentado a mi lado, con las piernas abiertas y golpeando la punta del pie izquierdo compulsivamente contra el suelo. La mujer de mediana edad que está frente a él levanta la vista de su móvil y arquea una ceja molesta. Supongo que es un acuerdo tácito; en las salas de espera está prohibido hasta respirar. Concédale la excepción, señora. ¿No ve que está lívido? ¿No se da cuenta de que parecemos una pareja de fantasmas descoloridos aquí sentados?

Miro el reloj de la sala, aunque soy consciente de que las agujas no van a moverse de donde están. El día que me hice el test de embarazo entré en una dimensión donde la ley del tiempo es distinta. Los diez minutos que llevamos aquí esperando equivalen a tres horas en mi dimensión. Y en las dos semanas que han tardado en darme una cita con mi ginecóloga, creo que habría podido sacarme la carrera de Medicina.

Aparte de esta nueva dimensión, estos días también he experimentado vidas alternativas. En una sigo adelante con el embarazo y en otra decido interrumpirlo. Y a partir de esas dos opciones, hay variables. A veces, Sergio y yo somos muy felices; a veces, somos muy desgraciados: y a veces, sencillamente, no somos.

La ley contempla la interrupción del embarazo por libre

voluntad de la gestante hasta la semana catorce. Me lo he aprendido tal cual de memoria de tanto leerlo, aunque no tengo intención de esperar hasta entonces para hacer o no hacer algo al respecto.

Sergio se ha mantenido en segundo plano, creyendo que es lo que necesito. Sin presionarme y sin intentar inclinar la balanza hacia el lado en el que él ya se ha posicionado. Pero al igual que mi cuerpo se ha revolucionado, mi estado mental también se ha visto alterado, con momentos de enajenación transitorios. Sin ir más lejos, ayer antes de cenar me preguntó si prefería vinagre de manzana o de Módena en la ensalada. Me quedé bloqueada, en blanco, sin voz. Después me entró un ataque de risa histérico, porque ni siquiera era capaz de escoger algo tan absurdo. Si no podía elegir el vinagre de la ensalada, nadie debería dejar en mis manos un asunto de importancia vital.

En la pantalla de la pared de enfrente aparecen las iniciales de mi nombre y apellido, así como la sala a la que debo dirigirme. Una de esas voces planas y generada por ordenador me avisa también, pero yo ya me he apresurado a hacer mi *sprint* por el pasillo con Sergio, y para cuando termina de llamarme, estamos entrando por la puerta de la consulta.

Nos sentamos en las dos sillas libres de color verde hospital colocadas frente a la mesa tras la cual se encuentra mi ginecóloga y le explico en pocas palabras el motivo de la visita. Al contarle que me he hecho un test de embarazo se me escapa una sonrisa nerviosa que ella interpreta como si fuera de felicidad, y me corresponde con otra. A continuación, me pregunta la fecha de mi último periodo, así como cuestiones sobre operaciones recientes, alergias a medicamentos, etc. Anota en su ordenador todos los datos que le voy dando para rellenar mi historia clínica y al terminar, me pide que me desnude de cintura para abajo y me tumbe en la camilla que tengo a mi izquierda.

Miro a Sergio de soslayo y me levanto arrastrando pesadamente la silla. Me quito las bailarinas, los pantalones y la ropa interior. Ahora viene la parte difícil. Me subo a la camilla y coloco una pierna a cada lado de los dos artefactos rectangulares y curvados que parecen ideados por la Inquisición como instrumentos de tortura hasta abrirme completamente de piernas y quedar expuesta. Respiro hondo y siento

una oleada de frío atravesarme el cuerpo. No es por la desnudez en sí, sino por los nervios. Me impregnan desde la piel hasta el centro de mis huesos.

La doctora apaga la luz del techo, se sienta a mi derecha en un taburete con ruedas y le dice a Sergio que puede acercarse si quiere. Él me mira, pidiendo mi aprobación antes de moverse y asiento. Es raro. Estamos raros. Nos hemos empeñado en aparentar normalidad cuando no la hay. Y nos hemos esforzado tanto en fingirla que nos hemos olvidado de la intimidad y la complicidad.

Sergio se coloca a mi izquierda, en el lado opuesto a la doctora, quien me explica que la ecografía va a ser vaginal y vamos a poder verla en la pantalla grande que tenemos enfrente. La visión de la sonda en su mano me hace tragar saliva y contraer la vagina automáticamente. No suelo ser aprensiva y estoy familiarizada con ese palo estrecho y alargado que se usa en revisiones ginecológicas rutinarias, sin embargo, esta situación es de todo menos rutinaria para mí. Sergio cubre mi mano con la suya y mi pulgar se aferra a él con desesperación.

Noto una leve molestia cuando me introduce la sonda y antes de que pueda tomar aire para acostumbrarme a la sensación, aparece en la pantalla la imagen del interior de mi cuerpo. Es un borrón claro y enorme de tejido alrededor del círculo oscuro de mi útero, a su vez ocupado por una mancha de forma indeterminada. Entrecierro los ojos como si lo único que me separara de discernir lo que tengo delante fuera un problema de miopía.

—Ahí está —sentencia la doctora.

«Ahí está», repite mi cerebro. Está. Existe. Es. Una pequeña flecha blanca aparece también en la pantalla y con ella señala el saco gestacional y dibuja en su interior la forma de un embrión que poco a poco crece en él. Miro a Sergio, aunque él no es consciente de que lo hago. Mantiene la vista fija en la pantalla y no parpadea, pero su mano sigue unida a la mía y ahora me agarra con más fuerza.

La doctora pulsa un botón y el sonido estalla en el aire con un clac. La pantalla se divide en dos y en la parte inferior aparece una línea horizontal que enseguida se llena de picos que suben y bajan al

ritmo de un latido cardiaco enérgico y rápido. Muy rápido.

—¿Es normal que el corazón vaya tan rápido? —pregunta Sergio con una nota de ansiedad en la voz y sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí, eso es porque acaba de moverse —asegura la doctora con mucha calma—. Tranquilo, papá. Es normal.

—¿Entonces está todo bien? —insisto yo pidiendo doble confirmación.

—Dadme un segundo, por favor —responde.

¿Recuerdas lo que he dicho antes sobre la nueva dimensión que rige la ley del tiempo? Mientras ella sigue mirando su pantalla con total atención a la vez que pulsa botones que no sé para qué sirven, pasan meses, estaciones, años, décadas, siglos, milenios, eras, la eternidad...

—Todo en orden. Mide quince milímetros y está estupendo —confirma—. Ya puedes vestirte.

Me pongo la ropa y nos sentamos de nuevo. Tras tomarme la tensión, la cual para mi sorpresa parece estar dentro de los límites normales, todo lo demás ocurre rápido. La doctora nos informa de que estoy embarazada de siete semanas más tres días, me entrega las fotos de la ecografía, unas muestras de suplementos vitamínicos y una carpeta de seguimiento del embarazo. Nos da la enhorabuena y nos cita para dentro de otras dos semanas. No digo ni que sí ni que no. No digo nada. Me limito a esbozar una sonrisa educada. Sergio ni eso.

Salimos de la consulta en silencio y de la mano. Solo nos hemos soltado cuando he tenido que bajar de la camilla para vestirme. En la calle nos recibe el sol de abril y un poco de polen suspendido en el aire.

—¿Estás bien? —me pregunta Sergio unos segundos después, de camino al coche.

—Sí —musito—. ¿Y tú?

—Sí... ¿Quieres que nos vayamos a casa o prefieres tomar algo? Podemos ir a merendar a ese sitio de tartas de la calle Hortaleza que tanto te gusta y siempre está lleno —sugiere—. No creo que un lunes haya tanta gente.

Mis pies deciden por mí y dejan de andar. Nuestras manos se sueltan y me quedo clavada en medio de la acera. Aprecio su esfuerzo, pero después de asomarme a la realidad, ya no soy capaz de mantener una conversación trivial. Esto es demasiado grande, demasiado importante.

—Aura, ¿qué pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Te duele algo?

—Sergio, no puedo hacerlo —hablo a su mirada cargada de pánico.

Parpadea muy despacio con esas pestañas largas y espesas que pasan desapercibidas bajo su pelo desordenado.

—Vale... Tranquila. No pasa nada. Buscaremos una clínica y pediremos cita cuanto antes.

—No. —Niego con la cabeza rápidamente. Qué torpe soy. No debería haber empezado así—. No es eso —le digo y ahora es él quien se queda inmóvil, reteniendo el aire en los pulmones—. No sé si ha sido poder escuchar su latido, que la doctora te haya llamado papá o su simple existencia dentro de mí, pero no puedo abortar. Quiero tenerlo. Voy a tenerlo. —Cojo su mano y se la coloco en mi vientre—. Vamos a tenerlo.

Su gesto de contención desaparece y sus ojos se llenan de brillo. Me coge por la cintura con las dos manos, me estrecha en sus brazos y me levanta unos centímetros del suelo con tanta efusividad que me hace reír.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo y creo que a la vez me has provocado una angina de pecho.

—Ya, es que no sabía ni cómo explicarlo. No lo he visto claro hasta este momento —Suspiro—. Sé que todavía no es un bebé como tal, sino un conjunto de células, pero... es nuestro conjunto de células. Lo hemos hecho tú y yo. Y es nuestro. Es muy fuerte, ¿no?

—Es enorme. Es todo —añade con la sonrisa más bonita del mundo y me da un beso lento, de esos que amenazan con estallarte dentro del pecho.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Te refieres a ahora mismo o en general?

—No lo sé —admito con una risa tonta.

—Pues en general, no tengo ni idea. Lo iremos viendo poco a poco. Y en cuanto a ahora mismo, nos vamos a casa a hacer el amor, porque hemos pasado quince días de mierda y necesitamos volver a tocarnos para sentirnos nosotros otra vez.

—Estoy de acuerdo con eso, pero ¿qué pasa con mi merienda? Me ha entrado antojo. Y no es por el embarazo. Sabes que mataría al primero que se me pusiera por delante por una tarta de queso con Nutella.

—Podemos pedirla para llevar, aunque te advierto que no es lo primero que vamos a comer al llegar a casa. —Se muerde el labio inferior.

—No le haremos daño, ¿no? —Me toco la barriga.

Lo sé, lo sé... Es una chorrada de pregunta. Creo que lo de ser padres lleva aparejada una avalancha de inseguridades ridículas.

—Como tengo un pene tamaño medio español y no un sable láser, seguro que no hay problema.

Nos reímos los dos y retomamos nuestro camino. Aunque, en realidad, se trata de uno nuevo, a estrenar, que se abre justo delante de nosotros. Ahora me entra la risa a mí sola. Sergio me pregunta qué pasa.

—Nada, que pensaba que ya no creía en las certezas.

—¿Tienes alguna? —me pregunta con curiosidad

—Sí. Tengo una de quince milímetros.

De 100 a 0

Las manos de Sergio suben mi camiseta hasta dejarla al borde mis pechos. Sus dedos no tardan en encontrar el nudo de la cinturilla de mi pantalón de pijama. Lo deshace y tira de la tela suavemente hacia abajo. Sonrío con los ojos cerrados y me muerdo el labio con anticipación contra la almohada. Me encanta despertar así. Mi pantalón se queda a la altura de mi cadera y no lo baja más. Noto algo frío posándose a ambos lados de mi barriga. No son las manos de Sergio ni ninguna otra parte de su anatomía. Abro los ojos y lo veo frente a mí colocándome con cuidado unos cascos grandes de diadema tipo DJ. A continuación, coge su móvil y empieza a trastear con él.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto medio somnolienta. Y medio excitada, para qué negarlo.

—Cosas de padre e hijo… o hija… —Arruga la nariz y me mira — ¿Cuándo sabremos el sexo?

Una lástima que lo de mi despertar sexual fuera solo cosa de mi imaginación. Me incorporo para apoyarme con los codos sobre el colchón y veo la claridad de la mañana colándose tímidamente por las rendijas de la persiana.

—Estoy de once semanas, así que dentro de unas nueve, en la ecografía de la semana veinte.

—Pues necesitamos ponerle un nombre provisional.

—Me he descargado una de esas *apps* para hacer el seguimiento del embarazo que te va diciendo su tamaño equivalente en frutas y verduras. Esta semana podemos llamarlo higo.

—Entonces vamos a tener un momento padre e higo… Joder, suena a chiste malo. —Niega con la cabeza.

—¿Le vas a poner música a nuestro higo? —Me río—. Sí que suena a chiste malo.

Me incorporo y me quedo sentada con los cascos en el regazo.

—Quiero que sea mi pequeña contribución. Tú eres la que lo hace todo en el embarazo. Le das una casa, cama, comida y lo

mantienes a salvo. Pero como tu útero debe ser bastante silencioso, he pensado en animarle un poco la estancia. —Esboza una pequeña sonrisa al mirar mi barriga y eso me hace sonreír. —Ayer leí un artículo que decía que los bebés pueden recordar la música que escucharon antes de nacer. No sé si es verdad, pero me apetece creérmelo. Y todas las mañanas voy a ponerle una canción para que con el tiempo se convierta en la nuestra.

—¿Qué canción?

—Había pensado en un clásico. Escucha.

Reproduce la canción en el móvil y la reconozco antes de que Sting empiece a cantar *Every breath you take*.

Sergio detiene la reproducción al verme torcer la boca unos segundos después.

—Dime que esa cara de asco es por náuseas y no por la música.

—¿Estás seguro de que quieres que vuestra canción sea la canción del acosador?

—¿Cómo que del acosador? —Levanta las cejas con confusión —. *Every breath you take* es básicamente el himno del amor.

—Es más bien el himno del acoso —le contradigo—. ¿Te has parado a pensar en la letra? «Cada aliento que tomes, cada movimiento que hagas, cada paso que des, te estaré vigilando… Todos y cada uno de los días…»

—Lo estás malinterpretando.

—Hay una parte en la que literalmente dice: «¿No ves que me perteneces?». Es una letra siniestra con una melodía bonita. Lo que la convierte en más siniestra aún… Puedes buscarlo en internet si no me crees.

—Eso no es… —Hace un mohín—. No quiere decir que sea… —Se queda callado unos segundos, aprieta los dientes y termina de expulsar el aire con fuerza por la nariz—. Puto revisionismo cultural. ¿Sabes que acabas de joderme una de las mejores canciones de amor de todos los tiempos?

—Lo siento. —Me entra la risa y él vuelve a buscar en su móvil.

—Tengo una segunda opción de The Police.

—Si es la de la prostituta mejor ni lo intentes —lo aviso.

—No es *Roxanne*, listilla... Es esta. —Hace sonar la canción que tiene en mente y esta vez Sting canta *So lonely*.

—Ah, vale, la del que está solo y deprimido en la vida es mucho mejor —no puedo evitar soltar cuando va por el décimo *I feel so lonely*.

—Me estás tocando las pelotas y no de la forma que me gusta —me advierte—. Sting queda descartado —bufa y se pasa una mano por la cara entre pensativo y agobiado. Pobrecito. Se lo está tomando tan en serio que ahora me siento fatal.

—Cariño, era una broma. —Alargo la mano hasta posarla en su mejilla—. Puedes elegir la que tú quieras. Es vuestra canción y vuestro momento.

—¡Espera, ya la tengo! —exclama entusiasmado—. La versión de *Stand by me* de Otis Redding. Es la primera canción que bailamos juntos —me recuerda, como si yo pudiera olvidarlo—. Y ahora será la canción de los tres.

Le digo que es perfecta, porque lo es, y me recuesto sobre la almohada. Sergio se apresura a colocarme bien los cascos sobre la barriga. Ajusta el volumen para que no suena demasiado alto y le da al *play*. Apoya la cabeza en la parte baja de mi vientre y yo le acaricio el pelo mientras Otis Redding canta «no tendré miedo mientras tú estés conmigo, así que cariño, quédate conmigo». No sé si a mi útero le llega algún sonido desde el exterior, pero a mí me va a encantar hacer esto todas las mañanas.

En cuanto la canción termina, me da un beso en la barriga, se incorpora y dice que va a ducharse.

—¿Ya te vas?

—Son las nueve y he quedado con Félix a las diez.

Si yo no estoy trabajando a estas horas es porque ya no tengo un trabajo al que ir. El viernes pasado terminé las prácticas en la agencia y me despedí de todos mis compañeros. Hans y yo acabamos llorando entre lágrimas negras; a los dos se nos corrió el rímel. Hoy es mi primer lunes oficial como desempleada.

—¿Y no puedes llegar un poco más tarde? —lo tanteo.

—No debería si quiero hacer las cosas con un mínimo de

seriedad.

—¿Ni un poquito tarde? —Mi pie se desliza por la cama, sube por la cadera de Sergio y llega hasta su entrepierna.

—¿Qué haces? —pregunta serio, aunque sin intención alguna de apartarme.

—Tocarte las pelotas de la forma que te gusta —digo con una sonrisa traviesa. Dejar la vergüenza fuera de esta cama ya se me va dando mejor.

—No seas mala. —Se ríe y se estremece a la vez.

—A veces te gusta que lo sea. —Muevo los dedos sobre la tela de su fino pantalón y le provoco un jadeo involuntario.

No sé cómo serán las cosas dentro de unos meses, cuando no pueda ni abrocharme los zapatos, pero ahora mismo todo mi cuerpo reclama el de Sergio con una intensidad desbordante y no pienso desaprovecharla. Eso me lleva a colocarme de rodillas sobre el colchón y deshacerme de su pijama. Su erección me saluda firme y coloco mis dedos alrededor.

—¡Ah! —sisea cuando comienzo a deslizar la mano arriba y abajo despacio.

Su cuerpo se tensiona y su polla busca alivio con el roce de mi mano. Se lo doy acercando mi boca y recorriéndola de la punta a la base.

—No pares —me pide y echa la cabeza hacia atrás cuando llego hasta el límite de mi garganta—. ¡No pares jamás!

Mis pezones se endurecen bajo la tela de mi camiseta con el sonido de sus jadeos y el placer que yo misma le estoy dando. Tengo la tentación de hacerle estallar. Bastaría con acelerar un poco más el movimiento, pero no quiero acabar tan pronto. Sergio tampoco. Entierra la mano en mi pelo y tira de él hasta romper el contacto entre mi boca y él.

—Haces conmigo lo que te da la gana —susurra con la voz ronca, pasando el pulgar por mis labios húmedos.

—Me tienes de rodillas —le recuerdo.

—Podemos fingir que es así y no al revés si quieres. —Tira de mí hasta colocarme sobre su regazo. Mi pijama vuela por el aire en

pocos segundos.

Como el condón también sobra, Sergio levanta mis caderas con las manos. Aunque estoy mojada, me sostiene, jugando con la punta de su erección en la entrada de mi sexo, reteniéndome con una lentitud enloquecedora antes de colarse en mi interior sin dejar de mirarme a los ojos. En los suyos hay tempestad y quietud a la vez. Es deseo mezclado con amor. Llámame anticuada si quieres, pero no hay nada parecido al sexo con amor.

Nos buscamos despacio, con las yemas de los dedos recorriendo la piel y las caderas meciéndose al vaivén de nuestras respiraciones pausadas. Pero el clímax me alcanza sin previo aviso y a traición; ni siquiera me alerta con un leve cosquilleo ahí abajo. Me fulmina tan rápido que se me escapa del cuerpo antes de poder salir de mi boca. ¿Qué ha sido eso? ¿Un orgasmo ninja o qué? Sergio se deja ir a continuación con un jadeo largo y ahogado.

—¿Ya? —exclamo estupefacta—. Pero si no hemos durado ni cinco minutos.

—Tú no has durado ni cinco minutos, eyaculadora precoz —se cachondea—. Yo solo te he seguido... Y ahora sí que voy a ducharme.

Se levanta y se larga al baño. ¿En serio? ¿EN SERIO? Debería recordarle que la vez que le pasó a él algo parecido no se fue tan contento y triunfante. Se fue y punto, dejándome a mí a medias. Después tuve que consolar a su ego masculino durante quince minutos.

Me tumbo medio enfurruñada. Parece que hemos follado con un GPS. A ver, que llegar al destino está muy bien, pero a una también le apetece disfrutar del camino. Y yo quería más. Más besos, más piel, más de todo lo que sabemos hacer tan bien. Además, no me apetece salir de la cama. Salir significa regresar al mundo real, y allí no tengo mucho que hacer. Pero mi estómago no está de acuerdo y protesta con hambre, así que me empujo a mí misma fuera de unas sábanas que, por cierto, aprovecho para meter en la lavadora.

Sergio sale de la ducha cuando estoy haciéndome una tostada con pavo y queso fresco.

—¿Te preparo algo para desayunar? ¿Una tostada? ¿Huevos

revueltos? ¿Un desayuno continental para cinco? —bromeo—. Tengo tiempo.

—No, tranquila, ya me tomo un café en el estudio. ¿Por qué no te quedas durmiendo un poco más? Aprovecha para descansar.

—Ya he descansado. He dormido ocho horas. Eso para mí son vacaciones.

—Pues haz algo que te relaje.

—Podría limpiar los armarios de la cocina por dentro —pienso en voz alta.

—¿Ese es tu concepto de relajación? —Se ríe a la vez que se abotona una camisa de perros surfistas.

—Es mi concepto de hacer algo productivo.

—Ya, doña perfecta... —Se acerca a mí ya vestido y revolviéndose el pelo húmedo con los dedos—. Pero es que no se trata solo de hacer algo productivo. Tienes un tiempo precioso durante unos meses. Afloja un poco. Diviértete. Vive.

—Sergio, hoy estoy algo tocada, así que no te me pongas *hippie,* por favor —le pido mustia—. Además, a mí lo que me mantiene viva es hacer cosas. Y deberías entenderme, porque antes de firmar un contrato para grabar un disco no tenías nada que hacer con tu vida y te querías tirar de un puente.

—Pero en tu caso estás haciendo algo alucinante, Aura. Estás creando otra vida, literalmente. —Las palmas de sus manos apuntan hacia mi vientre.

—Como muchas mujeres en el mundo todos los días, y ellas siguen haciendo más cosas.

—Vale... —Suspira derrotado—. Algún día conseguiré que entiendas que hay una diferencia entre mantenerse ocupada y vivir. —Me da un beso, le da otro a mi barriga, coge el casco de la moto y se va.

***

Después de desayunar, reviso ofertas de empleo y envío mi currículum —ese al que le faltan años de experiencia para ser considerado apto—

a varias empresas. Como no tengo ningún trabajo pendiente del máster, dedico un rato a navegar y leer artículos sobre el embarazo. Sergio llevaba razón al decir que crear vida es bastante alucinante. El proceso físico de un embarazo es brutal desde el inicio. Toda tu energía se focaliza en el desarrollo de otro ser y tu cuerpo realiza un trabajo descomunal para que pueda hacerse hueco en tu interior, desplazando órganos como el estómago, los riñones y los intestinos en el proceso, ya que el útero puede aumentar su capacidad hasta mil veces... Joder, venga ya, eso no es un bebé, es un Transformer y me va a partir en dos.

Con esa conclusión apago el ordenador y me decanto por otro tipo de lectura. Lo intento con un libro de poemas de Sergio. Mi problema con la poesía es que siempre trato de entender a quien la escribe y buscar un significado lógico a las palabras. Sergio dice que la poesía no hay que analizarla, que va de lo que te haga sentir a ti. A mí me hace sentir tonta, así que me rindo pasados cinco minutos.

Quedar con Brina, Sol o Teo está descartado. Todos están trabajando a estas horas. Pienso en llamar a mi amiga Manuela, aunque tiene menos sentido aún. Entre sus gemelas y su trabajo de abogada, está bastante más ocupada que yo. Llevamos unos meses sin vernos y me doy cuenta, con pena, de que la echo de menos. Y como estoy un poco moñas, se lo digo por mensaje. Porque, a veces, la vida se va interponiendo sigilosamente sin que te des cuenta entre tú y algunas personas a las que quieres. Por desgracia, cuando te percatas de ello, ya ocupan un espacio residual en tus pensamientos y tú en los suyos.

A eso de las doce ya estoy resoplando. Soy consciente, muy a mi pesar, de que solo sé apreciar el tiempo libre cuando carezco de él. Me lavo el pelo, con mascarilla en las puntas incluida, me lo seco con el secador y me hago ondas rotas con la plancha. Me maquillo, me pinto las uñas y todavía me sobra tiempo para comer con tranquilidad.

Las clases del máster me entretienen y animan la tarde, a pesar de que me he quedado un poco desconectada de cara a mis compañeros. Poco a poco, dejé de irme de cañas a la salida con ellos.

Invertí tanto tiempo en la agencia echando horas de trabajo con vistas al futuro que volví a olvidarme de esa cosa llamada «presente». Si es que la cabra siempre tira al monte… Y mi monte es el puñetero Everest.

Vuelvo a casa a las ocho y media, y dado que Sergio me ha enviado un mensaje para decirme que está liado con un tema y llegará tarde, ceno sola frente a la tele viendo *First Dates*. Al menos yo tengo suerte en el amor, me consuelo.

Me acuesto a las doce menos diez, más por aburrimiento que por sueño, pensando en lo mal que se me va a dar pasar de 100 a 0 de repente. Cuando Sergio vuelve a casa, un par de horas después, ya he sacado la sábana del colchón de tanto dar vueltas.

—¿Dónde estabas? —le pregunto mientras se desviste y juro que no hay reproche en mi voz.

—Con Félix en el estudio. Luego hemos cenado y nos hemos quedado tomando algo con unos amigos suyos que también son músicos.

—¿Hasta las dos? ¿Un lunes?

Vale, ahí sí hay un poco de reproche. Y no creas que no veo la ironía en el modo en que han cambiado las tornas.

—¿Me vas a reñir? —comenta sorprendido—. Eso es que ya te estás convirtiendo en una mamá. —Se mete en la cama, me da un beso en la sien y posa la mano en mi vientre—. ¿Qué tal tu día?

Lento. Soporífero. Un tostón absoluto.

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Genial.

Sonrío, le digo que me alegro y nos dormimos. Él mucho antes que yo.

27

SOL

Con un «no» hubiera bastado

Residencia principal de los Álvarez de Henestrosa y Ortiz un sábado a la una y media de la tarde. Protocolo a seguir: aperitivo informal en el jardín, donde se comentarán los logros profesionales, académicos o reproductivos de la estirpe, seguido de una comida en el gran salón con mis padres, mis cuatros hermanos, sus respectivos cónyuges y descendencia, en la que también se abordarán temas relacionados con la política, la economía nacional y algunos cotilleos de sociedad. Todo ello amenizado con el deporte familiar por excelencia: el tiro con arco. Yo siempre soy la diana, por cierto. Al menos cuando hago acto de presencia. Suelo saltarme las comidas familiares a menudo por esa razón.

Pero aquí estoy, con Teo como refuerzo —mi madre lo adora— y movida por un interés reivindicativo. Vengo a entregarles en persona a mis padres y hermanos las invitaciones a la inauguración de mi exposición de fotos y, con ello, a dejar constancia de que mi profesión no es ninguna patochada ni objeto de mofas nunca más. Aunque de momento no he convencido a nadie.

Todos andamos medio desperdigados entre la terraza y el jardín mientras mis sobrinos corretean por el césped, lo que me da la oportunidad de enfrentarme a las flechas en grupos reducidos. Mis padres han sido los primeros en verse abordados, junto a la mesa de los aperitivos. Leonor, mi madre, me ha dado la enhorabuena por mi exposición con una sonrisa educada y se ha excusado rápidamente para ir a la cocina a supervisar la comida. Ricardo, mi padre, no ha huido. Ese no es su estilo. Tras ignorar la invitación, dejándola tirada sobre la mesa, se ha encargado de recordarme que si algún día decido tomarme la vida en serio, mi sitio natural está en el imperio familiar del colchón. Especialmente ahora que la empresa está en plena expansión en el área sanitaria con la nueva fabricación de camas articuladas para hospitales y residencias geriátricas. Acto seguido, ha utilizado la invitación como posavasos para su Yzaguirre. Me

convenzo de que ha sido de modo inconsciente, porque aún es demasiado pronto para pelearme con esta gente que dice ser de mi sangre. Al cumplir los catorce, pedí por mi cumpleaños un test de ADN y se negaron, así que no puedo asegurarlo.

Teo, que ni siquiera ha escuchado nuestra conversación, pero se la ha imaginado, ha dejado de hablar con mis cuñados para acercarse a distraer a mi padre, proporcionándome una vía de escape. Él siempre se ha desenvuelto en mi familia con más soltura que yo.

Doy un paseo por el césped con mi botellín de cerveza en una mano y las invitaciones en la otra, oteando el panorama y sopesando si merece la pena siquiera hacer el intento con mis hermanos.

Julio, el primogénito y eterno sucesor de mi padre en la empresa, y Marina, la cuarta de la cola y madre de tres minidemonios, son inofensivos, dentro de un orden. Aunque no nos une una relación estrecha, en las reuniones familiares no suelen darme mucha cera. Pero Julio está ocupado hablando por teléfono junto a la piscina, mientras que Marina, de camino al interior de la casa, lidia con una rabieta de mi sobrino Germán, que llora como un poseso.

Decido probar con el eje de mal, compuesto por mis otros dos hermanos mayores: Guillermo y Sandra. Están juntos bebiendo *spritz* y riéndose como las hienas que son. Cuando me acerco a ellos y les entrego las invitaciones, lo primero que hacen es cruzar una mirada rápida en la que se dicen muchas cosas. Son mellizos y siempre han tenido una especie de conexión extrasensorial que les encanta utilizar para putearme.

—El 23 de junio no estoy en Madrid. Tengo un congreso en San Sebastián y soy ponente. Lo siento —dice mi hermana Sandra sin sentirlo lo más mínimo, devolviéndome la invitación y escaneándome de arriba abajo con sus ojos de superdepredadora.

Parece mentira que sea cirujana pediátrica. Si no salvara la vida a niños, me caería fatal. Qué coño, la vida de esos niños no depende de lo que yo piense de mi hermana. Me cae fatal. Desde siempre. Cuando éramos pequeñas se burlaba de mí y me llamaba marimacho porque odiaba ponerme vestidos. Eran incómodos y con ellos me raspaba las rodillas jugando. Un día me cansé de sus insultos, cogí

unas tijeras de pescado e hice trizas uno de sus vestidos favoritos. Si piensas que lo mío es mala baba, te aclaro que su venganza consistió en cortarme el pelo mientras dormía. Me dejó hecha tal cuadro que mi madre tuvo que llevarme a la mañana siguiente entre lágrimas a la peluquería. Salí de allí con el mismo pelo que Demi Moore en *Ghost*. Y te aseguro que a nadie que no sea Demi Moore le sienta bien ese puto corte de pelo a lo champiñón. ¿Qué coño? Ni siquiera a ella... Aún tenemos pendiente la reconciliación por aquello.

—¿Qué salida de tiesto nos traes ahora? —Se ríe Guillermo mientras echa un vistazo a la invitación—. *Incómodas*. —Lee el título de la exposición con sorna.

—No es ninguna salida de tiesto, expongo mis fotos en una galería —le explico—. Es una muestra sobre cómo las mujeres están permanentemente incómodas con sus cuerpos y a la vez son incómodas para la sociedad cuando deciden rebelarse contra los cánones de belleza establecidos.

—Creo que no, gracias —responde—. Huele a propaganda feminazi de la tuya a distancia.

Guillermo es director de marketing de una gran cadena hotelera. Trabaja muchas horas al día pero, aun así, siempre saca tiempo para ser gilipollas.

—Pues es una verdadera pena que te la pierdas. Hay unos cuantos desnudos que seguro que a un cavernícola pajillero como tú le gustarían.

Me largo, no sin antes escuchar cómo me llama ordinaria junto con Sandra. A veces lo soy. No lo niego ni me escondo. Igual que él siempre será un pajillero. Cuando vivíamos bajo el mismo techo se pasaba los días encerrado en el baño con revistas porno. No es que sea un hábito extraño en plena pubertad, pero Guillermo tenía baño propio y estoy segura de que su esguince de muñeca no fue de jugar al tenis. No tengo pruebas pero tampoco dudas.

Dar un trago a mi cerveza no me calma la sed ni aplaca la mala hostia que empieza a crecer dentro de mí después de tratar con esos dos. Necesito algo más fuerte. Cruzo el césped, paso por la terraza y entro en la casa por la puerta del salón. Voy directa al minibar y me

sirvo un vaso del *whisky* japonés de mi padre, de edición exclusiva y limitada a cien botellas.

Teo aparece cuando acabo de pegarle un lingotazo que me abrasa hasta el alma.

—Una cosa te voy a pedir… —Carraspeo y me doy una palmada en el pecho para rebajar el ardor—. Si yo muero antes que tú, me incineras, y con las cenizas plantas un olivo. Ni se te ocurra dejar que me metan en el panteón familiar o mi fantasma te perseguirá hasta que la palmes tú.

—Voy a enseñarte algo que te va a quitar el mal humor de golpe —me promete.

—Si estás pensando en sacarte aquí la chorra te advierto que hay cámaras de seguridad.

Se acerca sin inmutarse por la broma. Está demasiado acostumbrado a mí.

—Aura nos ha mandado su última ecografía. —Me muestra la misma en el chat de grupo que compartimos.

—¡Ay, mira! Pero si es como un cacahuete —digo con la voz medio idiotizada por la emoción y Teo asiente—. Va a tenerlo… Aura va a tener un bebé. Que va a ser madre, joder —espeto sin llegar a asimilarlo del todo. Y eso que ya ha pasado más de un mes desde que decidió seguir adelante con el embarazo.

—Lo sé. Es genial —responde él en un tono mucho más consciente y relajado.

Le devuelvo su móvil y sigue mirando la ecografía con gesto tierno. De repente, se le pone una cara de padre conductor de monovolumen que me veo en la obligación de pronunciarme al respecto.

—Teo, tú sabes que yo no quiero tener hijos…

—¿Ya estamos teniendo esa conversación? —Aparta la vista del móvil y se lo guarda en el bolsillo de su pantalón—. ¿En casa de tus padres?

—¿Qué más da? Aquí todo es de tamaño olímpico y nadie nos va a oír. Además, cuanto antes lo discutamos y despejemos las dudas, mejor. Porque por mucho que te quiera, parir bebés está descartado

para mí.

—Con una afirmación tan categórica entonces no hay mucho que discutir, ¿no? —Se encoge de hombros.

Trago saliva antes de decir lo que sé que debo decir. Aunque me cueste y deba empujar las palabras a la fuerza. Porque si bien mi decisión de no tener hijos es totalmente válida, también lo sería la contraria por parte de Teo, por mucho que eso nos hiciera incompatibles.

—Que yo no vaya a tener hijos no significa que pretenda privarte de ellos si es lo que deseas. Porque lo último que deseo yo es que un día me mires pensando que te he quitado algo que habrías querido de no ser por mí. Y tampoco quiero sentirme culpable por ello.

—Si yo quisiera tener hijos, ¿qué pasaría? —Frunce el ceño—. ¿Me dejarías?

—Teo, yo a ti no te voy a dejar nunca. —Niego con la cabeza—. Pero sí sería un problema para nosotros. Al menos para la versión de nosotros que se enamoró.

Teo coge mi vaso de *whisky* y se lo bebe apurando hasta el final. Contengo el aliento y casi puedo escuchar el latido de mi corazón galopando.

—Mi único problema sería perderte a ti. Lo demás es secundario.

Joder, Teófilo, no me des estos sustos...

—¿Estás seguro?

—Sí.

No veo duda en sus ojos ni ningún indicio que me haga pensar que miente. No obstante...

—Pero ¿seguro, seguro?

—Sol, ni yo he tenido nunca intención de ser padre ni tú me estás quitando nada. Y en caso de que algún momento cambiaras de opinión...

—Yo no voy a cambiar de opinión —sentencio.

—Muy bien, pero si cambiaras de opinión, creo que también podría adaptarme. Solo para que lo sepas.

Aunque Teo no soporta nimiedades como despeinarse o tener una arruga en la camisa, siempre me ha sorprendido su plasticidad para amoldarse a todo lo que se presente por delante.

—Vale, pues ya lo sé. —Me pongo de puntillas y le doy un beso —. ¿Volvemos al jardín o pillamos la botella de *whisky* y huimos? Si me amas de verdad, ya sabes la respuesta buena.

—Espera un momento. —Me coge de la mano y me mira fijamente con sus preciosos ojos azules—. Ya que nos ponemos serios, hay algo que sí quiero.

—Si es hacérmelo por detrás ya sabes que yo siempre estoy dispuesta.

Sí, hago chistes fuera de tono en los momentos menos oportunos. No tengo desperdicio en los funerales.

—Canija, quiero casarme contigo.

Esta vez el corazón se me sale del pecho y sale corriendo él solito por la puerta.

—Teo, dime que no me estás haciendo una pedida de mano en el salón de mis padres.

—Has sido tú quien ha abierto la veda de las conversaciones trascendentales en el salón de tus padres —me recuerda hábilmente—. Y no, no es una pedida de mano ni una petición formal ahora mismo. No tiene por qué ser el año que viene, ni dentro de tres… Pero no tengo ninguna duda de que quiero casarme contigo.

—¿¿Quéééé?? ¿¿Os vais a casar?? —Esa es mi hermana Marina apareciendo por la puerta del salón y boqueando como un pez—. ¡¡Mamáááá!! ¡¡Papáááá!!

—Marina, cállate la boca o te juro que te arranco la…

Pero mi hermana no me escucha, porque ya está saliendo al jardín con un altavoz por garganta pregonando a los cuatro vientos que Teo y yo nos casamos. La mato. Yo la mato. Dejo huérfanos de madre a mis sobrinos, pero me la cargo.

Aunque voy tras ella a toda prisa, es inútil, y en cuanto pongo un pie en el exterior, toda la familia se arremolina en torno a nosotros para felicitar a los futuros novios. Así comienzan los abrazos, las palmaditas en la espalda y las bromas rancias sobre el matrimonio. Y

en menos de un minuto mi madre y mis hermanas ya han organizado la ceremonia. Que si una conoce un catering espectacular, que si la otra va pidiéndome cita con una diseñadora para que me haga el traje de novia a medida, que si mayo es un mes ideal para una boda al aire libre... Aire es lo que empieza a faltarme a mí.

—Bueno, ¡ya vale! —vocifero para hacerme oír entre tanto ruido—. Teo y yo no nos vamos a casar. Ni soñéis que vais a verme hacer el paripé vestida de blanco como un merengue o pisando una iglesia. No pienso participar en ese circo social y ridículo llamado matrimonio. De ninguna manera. Nunca jamás en la vida. ¿Os queda claro? ¡No, no y no! —bramo.

Se hace tal silencio que hasta los pájaros se quedan mudos y, por una vez, me invade un sentimiento de triunfo al conseguir cerrar la boca a todos los miembros de mi familia. El sentimiento dura muy poco. Teo me mira con una mezcla de rabia y desilusión que no he visto en todos los años de nuestra historia en común.

—A mí me queda claro —responde seco—. Aunque con un «no» hubiera bastado.

28

SERGIO

La matona y el mamarracho

Termino de lavarme las manos en el baño del restaurante y cierro el grifo dorado mientras observo mi reflejo en el espejo de marco dorado iluminado bajo una luz también dorada. Deberían darte unas gafas de sol antes de entrar aquí para no quemarte las retinas.

El restaurante estilo rococó francés lo ha elegido Aura. No me importa comer aquí, he estado en muchos sitios pijos como este, lo que me molesta es que no le gusta ni a ella. A pesar de su educación y de haber crecido en ambientes así, se siente más feliz comiéndose un bocadillo de calamares en un bar al lado de la estación de Atocha, como hicimos ayer. Ella misma me lo reconoció. Pero hoy hemos quedado a comer con sus padres, así que le toca ponerse el traje de hija sumisa y sin personalidad propia.

Me froto la cara y resoplo para apaciguarme antes de salir. Llevamos aquí cinco minutos y ya estoy cabreado. He dejado a Aura en la mesa esperando a que lleguen sus padres. Todavía no sabe cómo va a plantearles el asunto del embarazo. Como si tuviera que buscar un argumento para justificarlo. No fue planeado, pero somos adultos y hemos decidido responsabilizarnos de ello de la forma que creemos conveniente. Es lo que le he dicho en casa mientras ella me ignoraba y se probaba vestidos sueltos que no dejaran a la vista su redondez, a pesar de que todavía está de trece semanas y apenas se le nota. Solo si te fijas en esa ligera curva que dibuja su vientre de perfil cuando está desnuda. Una curva que yo adoro y beso cada mañana, pero que ella trata de esconder hoy como si le avergonzara. Me ha sentado como una patada en el hígado.

Salgo del baño y me dirijo hacia nuestra mesa. Ya no está sola. Sus padres están sentados con ella y la tensión vibra a distancia. Según me acerco, puedo ver el gesto contrariado de Aura, que aprieta los puños sobre la mesa.

—¿En serio, mamá? ¿Ahora te dedicas a investigarlo? —inquiere indignada.

—No me has dejado otra opción. Tú no me cuentas nada. Y te has lucido, por cierto. Un alcohólico y drogata al que le va la farándula, viste como un mamarracho y no tiene dónde caerse muerto —espeta de espaldas a mí.

Aura abre la boca para responder, pero me ve de pie frente a ella y se queda muda tras darse cuenta de que lo he escuchado todo.

—Exalcohólico y exdrogadicto. Hay una gran diferencia, Elvira. —Me siento en la silla que queda libre junto a Aura y me apoyo en el respaldo—. Y de la farándula supongo que sí, porque, de hecho, ahora estoy grabando un disco. Aunque quizá tus fuentes ya están al tanto de eso. —Levanta la barbilla frente a mí con gesto altivo—. De lo que no te han informado muy bien es de mis finanzas. Están perfectamente. Y respecto a mi ropa de mamarracho… —Inclino la cabeza y echo un vistazo a mi camisa estampada de fresas, melocotones, uvas y demás frutas—. Es cuestión de gustos. Aunque si quieres saber por qué visto así te lo puedo aclarar. —Me incorporo y apoyo con los codos en la mesa—. Cuando me hice lo bastante famoso como para que muchas marcas se interesaran por mí, empezaron a decirme lo que tenía que ponerme cada vez que aparecía en público. Ganaba mucho dinero, pero al mismo tiempo sentía que estaba perdiendo mi identidad, así que cuando no estaba de gira o subido a un escenario, empecé a comprarme las camisas más estrafalarias que encontraba. Y ya ves, me empezaron a gustar. —Me encojo de hombros—. Puede que llamen la atención, pero me da igual. Y lo que quiero que entiendas con esto, Elvira, es que lo importante aquí no es mi ropa, sino que ya no permito que nadie me imponga nada. Porque hace tiempo decidí que iba a vivir mi vida sin importarme las opiniones ajenas. Sobre todo las de matonas con perlas que ya han decidido que soy un mamarracho antes de molestarse en conocerme.

—Esto es el colmo ya. Eres un sinvergüenza —responde con muy mala hostia pero susurrando, porque ante todo le importan las apariencias.

—Vamos a calmarnos un poco todos —pide el padre de Aura inútilmente.

—No necesito calmarme —le espeta su mujer—. Cuando tu hija

entre en razón que nos llame. —Se levanta digna—. No tengo ninguna necesidad de seguir tratando con este individuo.

—Yo diría que sí la tienes. —Me humedezco los labios y sonrío —. Y más ahora que tu hija está embarazada.

La vuelvo a sentar de golpe con la noticia. Su cara se convierte en una mueca de horror. Es como ver una metamorfosis de humano a monstruo. Y seré un maldito cabrón, pero joder, cómo lo disfruto. Al menos hasta que deja de mirarme a mí y centra su ira en quien sabe que puede manejar.

—Eres idiota. Idiota y una irresponsable —ruge fuera de sus casillas, sin importarle esta vez quién pueda escuchar—. ¿Cómo has sido tan estúpida de quedarte embarazada de este desgraciado?

—Elvira, por favor… —tercia su padre tenso, pero ahí se queda, mirándola acojonado y sin atreverse a seguir.

Aura está enfadada, todo su cuerpo rezuma tensión. Sin embargo, aprieta los dientes para contener todo lo que está deseando soltar por la boca. ¿Es que nadie aquí tiene intención de pararle los pies a esta señora? Pues vale.

—El desgraciado se va. —Me levanto de la silla—. Por tu nieto ni te preocupes, Elvira, porque no lo vas a ver. Y a tu hija tampoco si no empiezas a tratarla con respeto. Aunque eso debería decírtelo ella misma. —Miro a Aura, que no es capaz de devolverme el gesto, y me largo, pegando un manotazo a la puta puerta del restaurante.

Aura me alcanza unos segundos después. Tarde para mí. Me agarra del brazo, me para en mitad de la calle Velázquez y me mira con la respiración agitada, pero sin decir nada.

—¿Qué? Además, estarás enfadada conmigo y no con ella.

—Claro que estoy enfadada con ella… Pero me duele lo que acaba de pasar ahí dentro. Te pedí que me dejaras hacer las cosas a mi manera.

—Es que *tu manera* es no hacer nada mientras consientes que ella nos insulte de todas las formas posibles.

—Sé cómo es mi madre, Sergio, la llevo sufriendo toda la vida. —Suspira cansada—. Hablaré con ella. Te prometo que acabará entendiéndolo.

—No tiene que entender nada, solo tenía que alegrarse por nosotros. Y si no lo hace, al menos que disimule, joder. No es tan difícil.

No puedo evitar pensar en cuál habría sido la reacción de mi madre al enterarse del embarazo. Por mucho que su cabeza le gritara que nos estábamos precipitando, se habría acercado a Aura, incluso antes que a mí, para darle uno de esos abrazos que te estrujan hasta el puto corazón.

—Es mi familia. Es toda la familia que tengo —se justifica, y con eso me hace polvo. El tiempo no siempre es una medida efectiva para valorar el amor; los hechos sí lo son.

—¿Y entonces qué somos tú y yo?

—Tú y yo también somos familia, Sergio. Solo intento, no sé... —Se pasa los dedos por la frente—. Solo espero que algún día podáis estar en el mismo lugar sin lanzaros uno a la yugular del otro.

—Pues por ella puedes esperar sentada. Ya ha tomado su decisión respecto a nosotros y da igual lo que le digas. No me respeta ni te respeta a ti. ¿Y sabes quién te respeta menos aún que ella? Tú misma, permitiendo que te trate como una mierda.

—¿Podemos dejarlo ya? —Cierra los ojos sin querer escucharme más.

—No, no podemos, porque no soporto lo que te hace. Tu madre es tóxica, te anula, te convierte en una muñeca de trapo y tú no reaccionas. Y si vas a consentirle que siga ensañándose contigo es cosa tuya, pero te digo lo mismo que a ella: abuela no va a ser.

—Eso tampoco lo decides tú solo.

—Alguien va a tener que defender lo que tú no eres capaz.

Le hago daño, lo sé. Lo veo en sus ojos. Quiero a Aura, la quiero a morir, pero hay algo que debería estar por encima de nosotros. Y ella lo lleva dentro.

—¿Has terminado? —me pregunta esquivándome la mirada.

—Podría seguir...

—Yo no. No hago las cosas como tú. No soy capaz de escupir lo primero que se me pasa por la cabeza, que suele ser lo más dañino posible. No ametrallo y luego digo que lo siento mucho, esperando

que me perdonen automáticamente.

—No te preocupes por tener que perdonarme. Esta vez no pienso pedírtelo —le aseguro antes de largarme calle abajo.

Que vuelva a ser verano

Salgo del baño por tercera vez y me prometo a mí misma valorar más el control de mi vejiga. En un futuro, claro, cuando vuelva a recuperarlo. Resulta que el embarazo te lleva a hacer visitas turísticas por todos los servicios que encuentras a tu paso. Vuelvo junto a mis amigos, que no serán muchos, pero hacen bastante ruido. Brina, Sol, Teo, Hans y Manuela ríen a carcajada limpia apretujados en una mesa circular y consiguen contagiarme una sonrisa tonta en cuanto regreso a mi asiento. Mi ñoñez también será cosa de las dichosas hormonas, pero no puedo estar más agradecida de tenerlos a mi lado. Ellos son capaces de levantarme de una tumba. Aunque con el subidón de azúcar que llevo esta tarde, entre tarta y *cupcakes,* también podría hacer *twerking* sobre los sofás del local en el que estamos.

Nos hemos juntado para celebrar la fiesta de la vaina de guisante. Oficialmente, sería más bien la fiesta del bebé, pero así toca llamarlo esta semana. Ha sido idea de Manuela, quien no dudó en organizarnos diligentemente después de hablar por fin hace un par de semanas y contarle que estaba embarazada.

El sitio elegido es un *tea room* casi escondido en un sótano, con las paredes empapeladas en suaves tonos verdes y rosados, mesas cubiertas de manteles de florecitas y todo decorado con tazas y teteras de estilo victoriano. Parece la ilustración de un cuento en el que dan ganas de quedarse a vivir. Sobre todo hoy, porque no me apetece mucho volver a casa.

Sergio también ha sido invitado a la fiesta, por supuesto. De hecho, en la canastilla gigante de bebé que nos han regalado hay una camiseta para «el papá melenas más sexi».

Cojo el móvil y miro el mensaje que le he enviado hace un rato: «¿Vas a venir?» Llevamos aquí más de tres horas, así que deduzco que no.

—Chicos, yo me voy ya a casa —nos anuncia Manuela.

Unos cuantos y exagerados «Noooo» resuenan en el aire. Y eso

que estamos bebiendo té y no *gin-tonics*.

—¿Tienes miedo de que tus hijas hayan acabado con tu marido? —bromeo.

—Qué va, si a Mario solo le falta darles el pecho mejor que yo. —Abre sus ojos azules fascinada—. Y he dejado a mi cuñada de refuerzo. Bueno, no es mi cuñada, pero como si lo fuera. Es la mujer de mi primo Dani. ¿Te acuerdas de él?

Solo he coincidido con él una vez. Fue en la boda de Manuela.

—¿Te refieres al que es, posiblemente, el hombre más guapo que he visto en mi vida? —Finjo pensármelo—. Sí, me quiere sonar un poco.

—¿Dónde está ese hombre? —salta Hans, despegándose del respaldo de la silla como si le pegaran un empujón.

—No sé dónde está, pero lo que sí está es casado —lo informo.

—Me parece bien que otra se lleve la peor parte —replica—. A mí solo me interesa su cuerpo.

—Lo siento, Hans, lo tienes complicado —apunta Manuela levantándose grácil de su asiento y colgándose el bolso del brazo—. Está ridículamente enamorado de su mujer.

—Ay, de verdad, le queréis quitar a una la ilusión de vivir… —Hans pone los ojos en blanco y se acerca su taza de té a los labios.

—Adiós, cielo. Te llamo para comer la semana que viene —me promete mi amiga tras darme un achuchón cariñoso.

—Perfecto.

Nos hemos propuesto vernos más a menudo y tenemos la firme intención de que no quede solo en palabras.

—Espera, Manuela —le pide Hans cuando esta empieza a alejarse—. Subo contigo, que voy a la barra a ver si me alegran esto con un poco de orujo —comenta con su taza en la mano y ambos ascienden las escaleras enganchados del brazo como si fueran amigos íntimos.

Como soy una idiota que no aprende, vuelvo a mirar el móvil.

—¿Sergio? —adivina Brina al verme la cara toda mustia.

—No va a venir. Ni siquiera ha leído mi mensaje.

—¿Seguís enfadados? —me pregunta sorprendida.

—Llevamos tres días casi sin vernos ni hablar. Él pasa todo el tiempo que puede en el estudio o vete a saber dónde —digo con una mueca—. Solo sé que se asegura de llegar a casa cuando ya estoy durmiendo… Hemos tenido discusiones antes, pero esta es peor.

—Hay que reconocerle a Sergio que tiene un par —apunta Sol —. Elvira es capaz de acojonar a un cártel colombiano.

—Sé que tiene razón respecto a ella, pero también dijo cosas sobre mí que… —Aprieto los labios—. No es agradable escuchar tus peores defectos de la boca de la persona que más quieres. Por muy ciertos que sean… No sé, quizá darnos un poco de espacio para enfriarnos sea lo mejor.

—Pero esconderte en 40 metros cuadrados no arregla nada —opina la rubia—. Y callarte y agachar la cabeza como haces siempre tampoco.

—Déjala en paz —espeta Teo de golpe—. Lo último que necesita Aura es que la ataques tú.

—Pero ¿qué dices? Yo no la ataco, intento ayudarla.

—¿Con tu amplia experiencia en relaciones duraderas? —bufa él con ironía.

—¿Y eso a santo de qué viene? —Frunce ella el ceño mosqueada.

—A nada…

—No, no, Teófilo. Si tiras la piedra, no escondas la mano. O dicho de otro modo: Si tienes ganas de soltar mierda sobre mí, al menos ten la deferencia de no dejarme a medias.

Brina y yo nos buscamos con la mirada. La cosa ya no va sobre mí. Aquí todos llevamos nuestra mochila a la espalda.

—Las personas a veces se callan por no hacer daño, ¿sabes? —apunta Teo—. También hacen determinadas concesiones aunque no les entusiasmen. Y transigen porque para que una relación funcione debe haber equilibrio entre las dos partes.

—¿Ahora no hay equilibrio entre tú y yo?

—No, no lo hay, aunque puede que la culpa sea mía. Porque te he acostumbrado mal, a darte siempre todo lo que quieres. Y ahora estás tan cómoda desde tu posición que no estás dispuesta ni a ceder

un centímetro.

—Casarme es ceder más de un centímetro, me parece a mí. —La rubia arquea una ceja—. Sabes lo que opino sobre el matrimonio.

Brina y yo nos hemos quedado cada una pegada a su siento. No movemos un músculo y hasta contenemos el aliento para no estorbar.

—Sé lo que opinas sobre el matrimonio en general, no sobre el matrimonio conmigo en particular. Esperaba que pudiera haber alguna diferencia. Y de no haberla, hubiera estado bien que para expresar tu opinión no te burlaras de algo que es importante para mí. Pero supongo que es mucho pedir a alguien que no está acostumbrada a dar nada.

Ambos mantienen un duelo de miradas hasta que Sol lo rompe levantándose de la silla con un movimiento brusco.

—Voy a fumar un cigarro.

Brina y yo nos repartimos el trabajo telepáticamente. Ella sale inmediatamente detrás de la rubia y yo me quedo con Teo, que resopla y mira al techo.

—Teo…

—Perdona —se disculpa negando con la cabeza—. Te estamos estropeando la fiesta.

—Por favor, no digas tonterías. Soy yo. Y sois vosotros, joder. ¿Qué os pasa?

—Da igual, Aura.

—No, no da igual.

—Bastante tienes tú con lo tuyo.

—Tú siempre tan considerado pensando en los demás… Hasta es un poco irritante —bromeo.

—¿Como mirarse en un espejo? —Ladea la cabeza.

—Exacto. —Me río.

—Deberíamos habernos liado tú y yo. —Ahora bromea él, aunque no le haga gracia.

—Nosotros seríamos un muermo de pareja. Supereducados, nunca discutiríamos por nada y nos lo callaríamos todo hasta que nos salieran úlceras sangrantes.

Teo deja salir el aire del pecho y a la vez se hunde un poco en

la silla.

—No recuerdo no quererla. Llevo enamorado de ella toda mi vida. De su fuerza, de su intensidad, de su manera particular de ver el mundo… Pero a veces es como si me avasallara. Siento que casi tengo que desaparecer yo para que ella lo ocupe todo. Y me pregunto si… —Se frota la cara y se queda callado tras un suspiro.

—¿Si qué?

—Si los motivos que te llevan a enamorarte de una persona pueden ser los mismos que terminen por separaros.

No tengo ninguna respuesta para darle. Es más, me llevo el peso de sus palabras a casa conmigo.

***

Estoy desmaquillándome en el baño cuando llega Sergio. Lo escucho cagarse en todos sus muertos al tropezar con uno de los regalos que me han hecho en la fiesta y que me he visto obligada a dejar en el salón porque no cabe en otro sitio.

—Vale, ahora sí que tenemos que buscar una casa más grande —me habla por primera vez desde ayer—. Parece que tenemos Diógenes… ¿Qué es todo esto?

—Son los regalos que nos han hecho en la fiesta —respondo mientras me restriego por el ojo un algodón empapado en agua micelar.

—Ah…

—Tú también estabas invitado —le recuerdo.

—Son tus amigos, no los míos —responde con algo parecido al aburrimiento.

—Y ya no los necesitas porque tienes los tuyos, ¿no? —Tiro el algodón sucio a la papelera del baño y me quedo parada en el marco de la puerta.

—Estabas deseando que los tuviera, pero ahora tampoco te parece bien. ¿De verdad te extraña que no me apeteciera ir a esa fiesta?

—Yo tampoco estaba de humor, pero fui igualmente.

—Ya... —Chasquea la lengua—. Pero es que a ti se te da mucho mejor aparentar que a mí.

—Pues ahora no pienso aparentar que me apetece seguir hablando contigo. —Apago la luz del baño y salgo—. Era mejor cuando no nos dirigíamos la palabra.

Paso de largo delante de él para meterme directamente en la cama. Me da igual que sean las diez de la noche.

—Aura, espera. —Me agarra de la mano y me doy la vuelta. Cierra los ojos y expulsa el aire por la nariz antes de volver a abrirlos. —Una tregua, por favor. Un momento de tregua.

Esos ojos oscuros me matan. Parecen tan perdidos tratando de encontrar el camino de vuelta hacia los míos. Asiento ligeramente y se acerca más para rodearme con sus brazos. Apoyo la cabeza en su pecho y me acaricia el pelo hasta llegar a mi nuca. Se aferra a ella con los dedos. Y nuestros cuerpos, ajenos a la pelea, se acoplan como dos mitades perfectas de un todo.

—¿Qué nos pasa? —musito.

—No lo sé —dice apoyando suavemente la barbilla sobre mi cabeza—. Pero ya se irá.

No se irá, me digo, aunque pierdo el hilo de ese pensamiento cuando la mano de Sergio empieza a bajar por mi espalda. Decir que me sorprende lo que pasa a continuación sería mentir. La respiración contenida al sentir su mejilla raspando mi piel. Ese beso posado en mi mejilla de forma casi inocente pero que quema. Aspirar fuerte el olor de su pelo. Los labios entreabiertos y las lenguas muriéndose por salir, como si hubieran estado castigadas. Los chasquidos llenando la habitación al devorarnos sin poder esperar más.

—Así no lo arreglamos —me obligo a reconocer en voz alta cuando Sergio tira de mi labio inferior con los dientes. Los besos deberían hablar por sí mismos, no servir para callarnos.

—No quiero arreglar nada. —Jadea y coloca sus manos en mis mejillas—. Solo quiero estar contigo, quiero estar dentro de ti. Más que respirar.

Me agarra del culo, me levanta del suelo y enrosco las piernas alrededor de sus caderas. Me lleva en volandas hasta la cama y

aterrizamos en el colchón con las bocas hambrientas robándose el oxígeno. Es un polvo atropellado y desesperado. Muy desesperado. Como esa herida cuyo borde te pica insoportablemente y te rascas buscando alivio, aunque sabes que no debes porque luego será peor. Y a pesar de eso, también hacemos el amor.

Al acabar, me incorporo desnuda y me siento en el borde de la cama, en silencio. Aunque la ventana está abierta, hace mucho calor y nosotros hemos condensado todavía más el aire con nuestras pieles sudorosas y nuestros gemidos. Deduzco que también habremos dado un buen concierto a los vecinos, pero es lo último que me preocupa. Mis ojos reptan por la pared y se posan en nuestra foto de la repisa. El somier cruje un poco cuando Sergio se sienta detrás de mí.

—No lo digas —me pide y me da un beso en la espalda.

—Los problemas no se solucionan en la cama. Se empañan durante un rato, nada más.

—Lo sé, pero me da igual —reconoce con la barbilla apoyada en mi hombro—. Porque en esta cama, tú y yo paramos el mundo. Y durante ese rato que tú dices, no me miras como si te estuviera decepcionando.

—Sergio, tú no me decepcionas. —Me giro hacia él—. Y en tal caso nos estamos decepcionando mutuamente.

—Es que no lo entiendo. —Se revuelve el pelo ya despeinado—. No entiendo que nos queramos tanto y lo estemos haciendo tan complicado.

—Quizá nos confiamos demasiado después de todo… —Él entorna los ojos—. No sé tú, pero yo tengo un concepto bastante épico y romántico de lo nuestro por la forma en la que comenzó.

—Teniéndolo todo en contra —resume.

—Sí… Tal vez nos idealizamos pensando que éramos tan especiales que nada iba a poder con nosotros. Y al final, la realidad nos está aplastando un poco.

Ahora es él quien desvía la mirada y la clava en nuestra foto.

—¿En qué piensas? —le pregunto la cabo de unos segundos.

—En lo mismo que tú. En que quiero que vuelva a ser verano.

30

BRINA

La realidad es una hija de puta

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —me pregunta Enzo con impaciencia.

Está sentado en la mesa de mi cocina frente a mi ordenador portátil. Me lo pidió prestado para poder terminar su plan de negocio para el bar mientras yo preparaba una lasaña para comer, y al final ha acabado contándomelo con todo detalle mientras cocino. Lleva trabajando todo el mes en él para planteárselo mañana a Sergio con el fin de convertirse en su socio.

—Está genial, Enzo —respondo a la vez que doy vueltas con una cuchara a la carne en una cazuela—. Teniendo en cuenta que yo no sé nada de planes de negocio ni de cómo se gestionar un bar, lo he entendido todo. Y se nota que sabes de lo que hablas.

—No lo dices para regalarme los oídos, ¿no?

—¿Te parezco la clase de persona que lo haría? —Me río y él se queda conforme.

—Tampoco lo he hecho todo yo solo. Mi hermano estudió Empresariales y me ha echado una mano. Las dos más bien. —Se frota la nuca—. Y tú también me has ayudado.

—¿Yo?

—Sí. Tú me animaste a tomarme en serio a mí mismo y a aspirar a algo más. Y eso me recuerda que te he comprado algo en agradecimiento. —Se inclina para alcanzar su mochila del suelo. Es la que suele traer como equipaje para pasar tres días en mi casa al mes. De ella saca un paquete rectangular envuelto en papel de regalo.

Apago el fuego y así dejo reposar el relleno de la lasaña unos minutos. Me río al verlo acercarse hacia mí. La madre que lo parió.

—¿En serio? ¿Papel de dibujitos de Elsa la de *Frozen?* —Se encoge de hombros como diciendo: «No he podido evitarlo». Rasgo el envoltorio de un tirón y veo una caja de colores chillones cuyo interior esconde… —Calcetines. —Sonrío.

—Sí, pero no calcetines corrientes —me advierte con el dedo—.

Son calcetines desparejados. Ninguno tiene otra mitad, así que puedes combinarlos como te dé la gana.

Es cierto. Son seis calcetines, cada uno de distintos colores y con un estampado diferente.

—¿Y la gente compra esto? —pregunto con incredulidad.

—Claro que sí. A diferencia de lo que tú crees, los calcetines desparejados molan. Y al final terminan encontrando su sitio. O quizá otro calcetín con el que nunca imaginaron que podrían ser felices.

—Ya... —Tuerzo el labio.

—¿No te gustan?

—Sí.

—¿Y por qué pareces triste de repente?

—Es que... no creo que yo sea capaz de hacer feliz a nadie, Enzo. Nunca.

Sus ojos se abren con sorpresa, después llega la comprensión, y, finalmente, lo peor de todo, la compasión.

—Brina... —pronuncia mi nombre con ternura y me acaricia la mejilla.

—Olvida lo que he dicho, por favor. —Me aparto—. Me encanta mi regalo, muchas gracias. Y por cierto, yo también te he comprado una cosa. Voy a buscarla.

Salgo despedida de la cocina como si me persiguiera un asesino en serie con un machete. ¿Por qué he tenido que decir eso? Con Enzo me relajo tanto que dejo caer la barrera del filtro mental y acabo soltando tonterías. Todas ciertas, pero lo último que pretendo es inspirar lástima. Subo hasta mi dormitorio y saco su regalo del cajón de mi cómoda. Tardo un par de minutos en volver a bajar de la vergüenza que me da.

—¿Y qué tienes tú que agradecerme? —quiere saber en cuanto regreso con mi cara de «aquí no ha pasado nada» y le entrego una cajita cuadrada y pequeña.

—Aparte del posible fruto de mis entrañas, nada —bromeo—. Pasé por una tienda, lo vi y no me lo pensé mucho, la verdad —digo restándole importancia.

En realidad, sí me lo pensé. Mareé a la dependienta y le pedí

que me enseñara como 50 anillos antes de comprarle el que está sacando ahora de la caja. La semana pasada fui a una joyería buscando un regalo para el cumpleaños de mi madre y al ver los anillos de plata inmediatamente me acordé de Enzo. No es que signifique nada. Hay determinadas cosas que asocio con él. Cualquier canción de las Spice Girls, por ejemplo.

—Es de plata envejecida —comento mientras se quita un anillo del dedo índice para probárselo.

—Creía que mis anillos te parecían un horterada.

—Y me lo parecen, pero un regalo no se hace pensando en uno mismo, sino en la persona que va a recibirlo. De todas formas, si no te gusta o no es tu talla puedes devolverlo.

—Es mi talla. —Alza la mano para mostrármelo—. Y me flipa. Gracias. No me lo esperaba.

Se me queda mirando fijamente unos segundos de más y eso me descoloca un poco, así que rompo el contacto visual y le pido que me ayude a terminar la comida.

—Te ayudo, pero no me responsabilizo del resultado —me avisa—. Aparte de hacer tortitas, a mí en la cocina solo se me da bien comer.

—Voy a caramelizar cebolla para la ensalada. Al menos sabrás cortar en juliana.

—Juliana solo me suena a canción de Chayanne.

—Vaya tela contigo...

Coloco la cebolla en una tabla de madera sobre la encimera y empiezo a cortarla en tiras finas. Enzo me observa atentamente de cerca. Muy cerca. Tan cerca que siento su aliento en la nuca y me pongo nerviosa otra vez. —¿Crees que puedes seguir tú?

—¿Eh? —responde medio ido—. Sí, sí.

Medio minuto después escucho el golpe seco del cuchillo contra la tabla seguido de un «¡joder!». Giro la cabeza y veo la sangre resbalando por su dedo índice.

—Déjame ver. —Me acerco y le agarro la mano para examinar la herida. Enzo cierra los ojos con angustia y aprieta fuerte la mandíbula.

—La sangre es un poco escandalosa pero la herida es pequeña. ¿Te duele mucho?

—No, es que no soporto ver la sangre. Me pone enfermo.

—A ver, ven... —Le ayudo a acercarse hasta el fregadero con los ojos cerrados y coloco su dedo bajo el grifo del agua fría—. Déjalo unos segundos debajo. Voy al baño a por tiritas.

Al volver a la cocina, sigue con los ojos cerrados y el dedo bajo el agua fría.

—Ya puedes sacarlo. A no ser que quieras que se te caiga por congelación.

—No puedo mirar —dice negando con la cabeza.

—Pero qué exagerado eres.

Cierro el grifo y le cojo de la mano otra vez. Le seco el corte a toquecitos con una gasa y le coloco una tirita alrededor.

—Ya está, ya puedes mirar.

Por fin abre sus ojos grises, aunque no debe gustarle mucho mi cura, porque arruga la frente.

—No has terminado.

—Enzo, es un corte de nada. Te prometo que no vas a necesitar cirugía reconstructiva.

—Ya, pero tienes que darle un beso a la herida —señala con el dedo en alto y plantándomelo delante de la cara—. Si no, no se va a curar.

—¿Cuántos años tienes? —Reprimo una sonrisa.

—Eh, que es así. Lo sabe todo el mundo. Yo no hago las reglas —asegura convencidísimo.

—¿Mejor? —pregunto tras darle ese beso que me ha pedido.

—Sí —responde con una sonrisa pícara.

No debería parecerme tan encantador lo jeta que es. ¿Ensayará esa sonrisa frente a al espejo? Qué va. Le sale de forma natural al muy mamón.

—Muy bien, pues damos por concluida tu ayuda en la cocina. Aléjate despacio y siéntate lejos de los objetos punzantes para que yo pueda terminar la lasaña.

No me hace ni caso y abre el cajón de los cubiertos. Coge un

abridor de botellas y va hasta el frigorífico para sacar un par de cervezas.

—La felicidad puede ser esto, ¿sabes? —Me entrega un botellín ya abierto—. Cortar la cebolla en mariana, tener un accidente doméstico y que tú me cures con un beso.

No sé qué responder a eso, así que doy un trago largo, muy largo, a mi cerveza helada hasta que se me congela el cerebro. Soy incapaz de descifrar cuánto hay de broma y cuánto de verdad en esa frase.

—Cortar la cebolla en juliana —lo corrijo con una tos—. Mariana es la de Chayanne.

—¡¿Lo ves?! Sabía que era una canción.

***

Después de meter la lasaña en el horno tenemos que esperar unos quince minutos a que esté lista. Mientras, aprovechamos para hacer lo que toca, que no es otra cosa que meternos en la cama. Subimos hasta mi dormitorio sin ninguna ceremonia y nos desvestimos cada uno a un lado de la cama. Es un proceso que hemos convertido en mecánico después de cuatro meses. Pero enseguida noto que algo ha cambiado entre Enzo y yo. Es el aire. El aire entre nosotros es distinto. Lo percibo en cuanto me coloco a horcajadas sobre él y me mira, pasando sus manos por mi espalda desnuda. Es una extensión de lo que ha empezado en la cocina.

Trato de ignorarlo, de concentrarme en la tarea. El sexo es un medio para un fin y nada más. Los dos lo acordamos así. Por eso, en cuanto noto que está lo bastante duro dentro de mí, acelero el movimiento de mis caderas, como siempre, para poder terminar rápido.

Cuando está a punto de correrse, me sujeta por los muslos y me frena.

—Espera, Brina —susurra con el aliento entrecortado.

—¿Qué pasa?

—Deja que dure, por favor —me suplica con anhelo en la voz y

los ojos encendidos de deseo. Y digo deseo por no pensar en otra palabra más grande y que asusta mucho más.

No respondo con mi voz, aunque consiento agarrándome a sus hombros y adaptándome al vaivén lento que él nos marca. Le dejo hacer lo que su cuerpo le pide de manera natural, aun sabiendo que estamos cometiendo un error. Porque por un segundo quiero creer que es posible, que las cosas pueden ser diferentes con Enzo y que yo puedo ser diferente también. Sin embargo, la realidad es una hija de puta. Mi cuerpo no está por la labor y no responde como yo necesito que lo haga.

Cuando termina dentro de mí, la lasaña se ha enfriado y yo nos odio un poco a los dos. A mí, por no ser capaz de sentir; y a él, por hacer que vuelva a desear lo que tanto me costó asumir que no puedo tener.

Esa mentira universal

Aunque todavía falta una semana para inaugurar oficialmente el verano, Madrid ha decidido adelantarse y adaptar su temperatura a la del interior de un volcán. Si el calor es desagradable de por sí, patearse la ciudad en busca de un piso de alquiler no ayuda a sobrellevarlo. Tres visitas han sido suficientes esta tarde para ponernos a Sergio y a mí de mal humor. Empezamos a llevarnos la contraria nada más poner un pie en la primera casa que nos han enseñado y después de ver el resto, trasladamos la discusión a la terraza del bar donde estamos tomando algo con Enzo antes de que se vaya al aeropuerto.

—No puedes negarme que el último piso es perfecto para nosotros —me insiste.

—Claro que el piso es perfecto. Para nosotros y para cualquiera. Pero cuatro habitaciones y 140 metros en una de las calles más caras de Madrid me parece demasiado.

—Lo busqué pensando en ti. Estaba seguro de que te iba a encantar —replica contrariado.

—Y me encanta, te lo juro. Pero creo que deberíamos alquilar algo un poco más asequible de momento. Por ejemplo, dos habitaciones y 80 metros —sugiero, ya que los pisos que él ha elegido no bajan de los 2500 euros al mes.

—Con cuatro habitaciones podemos tener cada uno nuestro propio espacio para trabajar. Tú para dibujar y yo para componer.

Doy vueltas con la pajita al hielo ya medio derretido de mi vaso. Sonar, suena bien, y la casa es divina. Señorial, con techos altos, balcones tipo francés y contraventanas que al abrirlas permiten que la luz se disemine por todas partes. Por eso odio mi papel en esta fiesta: ser la que nos ponga los pies en el suelo mientras Sergio intenta volar. Volar en un avión casi sin combustible, desde mi punto de vista.

—Lo siento, pero sigue pareciéndome mucho dinero.

—Aura, ¿podrías dejar de obsesionarte por el dinero? Podemos

pagarlo sin problema.

—Yo no puedo pagarlo —puntualizo. Gano cero euros ahora mismo, lo sabe de sobra. ¿Es tan difícil entender que no quiero depender económicamente de él todavía más?

—Joder, ya estamos con lo de siempre.

Se frota la cara exasperado y yo giro la cabeza hacia el lado contrario para no tener que verlo. Y luego está Enzo, de quien nos hemos olvidado por completo, que permanece sentado frente a nosotros con cara de circunstancias.

—¿Podemos dejarlo para después? —sugiero con una sonrisa tirante—. A Enzo no le interesa nuestro tema de conversación y estamos dándole la tarde.

—Tranquila, vivo con mis padres. —Enzo se encoge de hombros como si eso lo resumiera todo—. Aunque si no os importa, voy a aprovechar este momento para cambiar de tema. —Abre la cremallera de su mochila—. Sergio, hay una cosa de la que quiero hablar contigo.

—Es que no entiendo qué problema hay en que yo pague el piso —vuelve a la carga ignorándonos a ambos—. Si fuera al revés, si fueras tú la que ganara más dinero, yo no tendría ningún problema en aceptarlo. No querría vivir peor solo por conservar un orgullo mal entendido.

—Mi orgullo no tiene nada que ver y si fuera al revés, yo tampoco alquilaría ese piso. No viviría por encima de mis posibilidades.

—Tengo un contrato discográfico firmado, dos propiedades inmobiliarias en la isla que puedo alquilar y además voy a vender el bar. ¿Te parece suficiente aval o necesitas que me saque las oposiciones a notario para quedarte tranquila?

—¡¿Vas a vender el bar?! —exclamamos Enzo y yo a la vez.

—Sí —afirma con una mueca de disgusto.

—No puedes vender el bar —protesta su amigo.

—Iba a decírtelo esta semana, Enzo. No veo la forma de llevarlo desde aquí y menos todavía en temporada alta.

—Sergio, no tienes por qué venderlo. Yo puedo encargarme del

bar mientras tú no estés —le propone—. Es precisamente lo que te iba a decir ahora.

—Servir cócteles y tontear con las clientas no se parece en nada a llevar un negocio.

No hay ánimo de maldad en las palabras de Sergio, pero sigue sin saber escogerlas cuidadosamente.

—Soy consciente y puedo hacer más que eso —responde Enzo muy serio—. Tengo un montón de ideas con las que creo que podríamos aumentar los beneficios.

—Para mí es un dolor de cabeza más —admite Sergio con cansancio en la voz—. Pero si te interesa comprarlo, tú tienes preferencia, por supuesto. Es lo que te puedo ofrecer.

Enzo no dice mucho más después de eso. Pasados cinco minutos se levanta con prisa y se despide de nosotros rápidamente porque no quiere llegar tarde al aeropuerto. Yo sé que su vuelo no sale hasta dentro de tres horas porque me lo dijo Brina.

***

Al regresar a casa, a nuestros asfixiantes 40 metros —y en este caso el calor no tiene nada que ver con la falta de aire—, Sergio y yo seguimos encendidos y dando vueltas a lo mismo.

—Ese bar es una parte importante de tu vida —le recuerdo mientras me desvisto en el dormitorio—. No quiero que renuncies a él sin pensarlo bien.

—Mi vida ahora es estar contigo —replica él cruzado de brazos y mirándome en el reflejo del espejo—. Por eso estoy haciendo todo lo que hago, Aura —. Y el tono que utiliza suena como si estuviera cumpliendo una penitencia.

—Nunca te he pedido que vendas el bar. Es una decisión que has tomado tú solo. Igual que hiciste al retomar tu carrera —añado sin poder evitarlo y arrepintiéndome al momento.

—No me vengas ahora con eso. Te pregunté si te parecía bien y dijiste que sí.

A lo mejor, el día que me lo preguntó, tras haber sido

despedida y descubrir que estaba embarazada, mi estado de *shock* también tuvo algo que ver en mi falta de reacción.

—Ambos sabemos que ya habías decidido firmar ese contrato cuando me lo contaste. ¿Qué querías que te dijera ya?

—La verdad, la puta verdad por una vez, y no tener que adivinarla para terminar discutiendo después por todo lo que te callas.

Da media vuelta y desaparece de mi vista. Lo escucho caer en el sofá como un peso muerto. Termino de ponerme los pantalones cortos del pijama y voy hacia él. Está sentado con los codos apoyados sobre las rodillas y se sujeta la cabeza con las manos. No me mira y casi es mejor así.

—Creo que estás frustrado y enfadado porque has perdido esa calma que tanto perseguías cuando fuiste a vivir a la isla. Creo que te sientes desarraigado aquí, que sigues sin encontrarte y estás buscándote en lugares donde quizá no debes… Y aunque puede que, de alguna forma, yo te empujara a ello, sigo siendo fiel al Sergio que conocí en la playa. Él tenía muy claro que no iba a regresar sobre unos pasos que nunca quiso dar realmente… Y sí, me callo cosas. Lo hago porque cada vez que discutimos parecemos alejarnos más el uno del otro, y me da miedo que al final lo único que nos una sea el hecho de ser padres. Porque eso no se sostiene… Esa es mi puta verdad.

El problema es que mi verdad no coincide con la suya y da pie a otra bronca. A seguir desgastándonos un poco más el uno al otro y a acostarnos agotados un par de horas después con más reproches que soluciones, dándonos la espalda en la cama.

El nudo de mi garganta, con el que llevo horas, quizá días, no encuentra otro momento mejor para desatarse y empiezo a llorar. No me preguntes por qué concretamente. Por todo en general, no sé…

Intento no hacer ruido, controlar mis hipidos, como si eso fuera posible. Tratar de disimular que lloras resulta más escandaloso que llorar en sí. Sergio se da la vuelta al escucharme. Me abraza por detrás, me dice que me quiere y que se muere al verme así. Me besa la frente y me promete, como siempre, que todo va a estar bien. Solo puedo cerrar los ojos y agarrarme fuerte a él. Y cuando ya estoy más calmada y las lágrimas se han secado, pienso que me gustaría

encontrar al cabrón que nos vendió esa mentira universal de que el amor puede con todo.

32

SOL

Una noche para recordar

He tenido muchas noches especiales. De esas que sabes que lo son mientras las estás viviendo. Noches alegres, como las que he pasado con mis dos mejores amigas bailando y riendo hasta hacerme pis encima; noches rebeldes, como aquella en la que decidí mandar a tomar por el culo la carrera de ADE; noches emotivas, como esa en la que miles de mujeres salimos a las calles a manifestarnos y demostramos que si nosotras paramos, se para el mundo; noches que cruzaron líneas que antes creía rojas, como la primera vez que hice el amor con Teo. Incluso podría incluir una noche psicotrópica en la selva peruana bebiendo ayahuasca con un chamán llamado Braulio y vomitando lo más grande.

Ahora mismo, paseando delante de mis fotos expuestas en una galería profesional, contemplándolas en paredes blancas desnudas bajo puntos de luz estudiados y calculados al milímetro, sé que esta es una de esas noches que recordaré siempre. Viene acompañada de familia y amigos, de vino y canapés, y de conversaciones con desconocidos que incluyen muchos elogios a mi obra. Pero ni siquiera es significativa por eso. Lo es por la emoción que la viste: la de sentirme orgullosa de mí y de las mujeres que me prestaron su intimidad y su confianza para hacerla posible. Mujeres cansadas de taparse, dispuestas a desmitificar la perfección. Mujeres que se pasan por el forro lo que la sociedad les dicta como normativo y que, irónicamente, suele ser lo menos común.

Para algunas de ellas no ha sido fácil dejarse fotografiar. Desnudarse emocional y físicamente, exponer las curvas que nacieron después de superar la anorexia, por ejemplo, o cortes en los muslos, resultado de años de autolesiones. O la marca de la supervivencia en forma de cicatriz después de una mastectomía total. Lo que yo veo en mis fotos —y en sus fotos, porque son más suyas que mías— es belleza. Dura, real, sin adornos.

No todos pensarán lo mismo que yo ni apreciarán intención

artística o reivindicativa en mi trabajo. De hecho, algunos ni se pararán a pensar. Solo verán coños, tetas y ganas de llamar la atención. Esa ha sido precisamente una de las críticas que he escuchado volar por la sala. La acepto. No puedes gustar a todo el mundo. Y si es así, es que como artista estás haciendo algo mal.

Sigo paseando por la sala y hablando con todo hijo de vecino que se me pone a tiro. La boca se me queda pastosa y la garganta seca, como si hubiera comido una bandeja de polvorones, pero es lo que hay. Para cualquiera que esté aquí, prensa incluida, soy una fotógrafa novel, así que debo encargarme de mis propias relaciones públicas.

Tras conseguir hidratarme con lo primero que encuentro a mi alcance, vino tinto no muy bueno, pero tampoco peleón, localizo a Aura y a Brina. Están cuchicheando muy concentradas con sus copas en la mano delante de una foto. Me apuesto toda mi fortuna —836 euros en mi cuenta corriente— a que están intentando adivinar si conocen a la protagonista.

—Os parecerá bonito… —las riño colocando una mano en la cadera—. Yo aquí intentando hacer algo serio y vosotras dos jugando al «¿Quién es quién»? de los chichis.

—¿Nos has escuchado? —pregunta Aura con cara de pillada total y ojos de besugo.

—Como si me hiciera falta…

—Es que estamos alucinando con la exposición —comenta Brina—. Tenías razón en eso de que no conocemos nuestros cuerpos como deberíamos. A mí me ha costado reconocer mi propia foto.

—Madre de Dios, Brina. —Me llevo una mano al corazón muy solemne—. Si te he hecho reflexionar a ti, ya he cumplido mi misión en la vida. Puedo morirme tranquila.

—Pues así es. Mañana seguirás siendo la misma petarda cansina de siempre, pero esta noche lo has logrado. Mis felicitaciones. —Me hace una reverencia.

—Gracias. —Asiento complacida con la cabeza—. Y hablando de tu foto. Ya tiene dueño.

—¿Alguien que está aquí ha comprado mi foto? —Echa un vistazo rápido por toda la sala—. ¿En serio?

—Y tan en serio. Tu vagina ha sido mi primera venta.

—Qué suerte, Brina. —Aura sonríe y le da un codazo—. Mañana tu chichi peludo estará decorando el salón de algún hípster. ¡Brindemos por tu chichi peludo!

—¿De verdad tenemos que brindar por todo? ¿Incluido mi chichi peludo? —se queja la del chichi peludo—. ¿Y podemos mejor no llamarlo chichi peludo?

—Venga, va, pues pongámonos serias entonces y brindemos de verdad —propone Aura levantando su copa de refresco de limón—. Por Sol, por su inquebrantable fuerza de voluntad, por hacer su propio camino y por no dejar nunca de perseguir su sueño.

—Más que perseguirlo, lo he acosado —puntualizo riéndome, aunque sus palabras me tocan un poco la fibra.

Las tres chocamos nuestras copas y bebemos.

—¿Y cómo te sientes siendo la gran protagonista de la noche? —quiere saber Aura.

—Bastante cómoda. Disfruto interactuando con mi público y mostrándome cercana. Soy un poco como Jesucristo.

—Menos mal que no tenemos que preocuparnos por tu autoestima —apunta Brina.

—Vale, estoy atacada de los nervios —confieso—. Tengo una cagalera que me ha llevado cinco veces al baño, pero... —Me giro y sonrío risueña al ver lo que he conseguido—. El esfuerzo ha valido la pena. Incluso mi madre se ha quedado impresionada. Me ha dicho que mis fotos son elegantes, a pesar de la temática, claro.

—¿Y dónde anda Teo? —pregunta Aura—. Todavía no lo hemos visto.

—Está por ahí, evitándome.

—¿Dónde anda Sergio?

—Por ahí, evitándome —responde ella con una sonrisa de labios apretados.

—Pues por los penes ausentes no vamos a brindar —tercia Brina bebiendo otra vez.

Otro pene entra por la puerta. El del capullo arrogante, condescendiente y paternalista de mi jefe. Y tengo la obligación de ir a

saludarlo. A él, no a su pene. Porque de no ser por Oriol Serra no habría exposición esta noche, las cosas como son.

—Chicas, tengo que irme.

—Tranquila, ve a atender a tu público —dice Brina—. Aura y yo vamos a salir a comer algo y volvemos después.

—Sí, me vendría bien comer, tengo un pelín de hambre. —Se acaricia su tripa de quince semanas, que ya se adivina un poco bajo su vestido plisado de tirantes.

—¿Un pelín? —Brina alza las cejas—. Llevas una hora cazando canapés por toda la sala como un velociraptor.

Aura arruga la nariz, le hace una mueca de «vete a la mierda» y las dos salen de la galería.

Vuelvo a ponerme en «modo trabajo» y me acerco a hablar no solo con mi jefe, también con cantidad de curiosos que siguen llegando y que él ha conseguido atraer haciendo una sola mención en sus redes sociales. Mierda, al final cuando gane el Pulitzer de fotografía voy a tener que agradecérselo a Oriol Serra por darme mi primera oportunidad.

Unos tres cuartos de hora más tarde, cuando el ambiente está más calmado, aprovecho para salir al exterior a tomar el aire. Bueno, más bien a inhalar el aire seco y calentorro de verano mientras mis pulmones se ennegrecen fumando un cigarro, que mi mono de nicotina también exige su protagonismo.

La acera de la calle es bastante estrecha y está colonizada por una sola persona que ha tenido la misma idea que yo. Solo que él no fuma desde hace años. Recae en ocasiones muy puntuales, cuando está estresado.

—¿Qué haces aquí tú solo? Te he buscado por toda la galería —le digo a Teo—. ¿Y por qué estás fumando?

Expulsa el humo con un soplido largo y lento bajo la luz anaranjada de la farola en la que está apoyado como un amante despechado.

—Me apetecía —responde con desgana y sin mirarme.

—¿Piensas seguir mucho tiempo castigándome en este plan frío y distante?

—Esta es tu noche. No vayamos a estropearla.

—Se va a estropear igual si te quedas aquí fuera en lugar de estar dentro conmigo porque no eres capaz ni de mirarme a la cara.

—Hablamos de eso en otro momento.

—Es que yo no quiero dejarlo para otro momento. —Me cruzo de brazos delante de él.

—Te lo digo en serio... —me advierte.

—Y yo también te lo digo en serio. Vamos a hablarlo ahora.

Teo lanza el cigarro al suelo con un movimiento seco y mala hostia.

—Por supuesto, su majestad. Porque todo tiene que ser siempre como tú quieres que sea, ¿verdad? —Me mira tan cabreado que casi prefiero la frialdad—. Estoy aquí esta noche apoyándote porque esto es importante para ti, te digo que no quiero discutir, y aun así te da igual.

—No me da igual, es que quiero arreglarlo de una santa vez para que podamos volver a estar como siempre.

—¿Y qué quieres arreglar exactamente? Me da que no sabes ni por dónde te da el aire.

—Tampoco soy gilipollas y no hace falta ser muy observadora. Sé que estás mosqueado porque no quiero casarme.

—¿Lo ves? No tienes ni idea. —Niega con la cabeza—. No es solo por eso.

—¿Entonces qué coño te pasa? —Pongo los brazos en jarra.

—Volví corriendo de Dubái porque a ti te daba miedo tener una relación a distancia. Querías un perro y ya lo tienes. Querías dar un fiestón, en el que, por cierto, nos destrozaron media casa, y lo tuviste. Quieres que no use plástico, pues vale. Quieres que me disfrace con unas mallas de leopardo, tus deseos son órdenes... Y son solo algunos ejemplos a azar, podría seguir hasta mañana.

—Yo no te he obligado a hacer ninguna de esas cosas.

—Las das por hecho, que es peor. Y yo encontraría la forma de bajarte la luna si me lo pidieras, porque estoy tan agradecido de que me quieras por fin que hago lo que sea. —Suelta una risa con desdén —. Qué lamentable soy.

—No eres lamentable, no digas eso. —Alargo la mano para tocarle el brazo, pero se aparta.

—Lo que me pasa es que yo quiero darte todo, que es demasiado, y tú siempre terminas aprovechándote de mí. Pensaba que era solo culpa mía, pero también es tuya. —Suspira harto.

—Vale, Teo, pues... lo siento. No sé, nunca me lo había planteado de ese modo. Supongo que estoy acostumbrada a hacer las cosas a mi manera. Luego tú me llamas jeta, sinvergüenza o algo así, nos reímos y punto. Es nuestro rollo.

—No debería serlo si a mí me hace sentir como una mierda.

—Sol, perdona, pero tienes que entrar —me avisa desde la puerta Ingrid, la galerista de la exposición—. Un par de periódicos digitales quieren entrevistarte.

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—Como veas, es tu carrera, no la mía —comenta con desidia.

Entendido, simpática.

—Ya voy —respondo y me olvido de ella al instante.

—Entra —me dice Teo con un movimiento de cabeza—. Me marcho ya.

Es lo último que quiero, pero no es momento de peticiones por mi parte.

—Hablamos en cuanto llegue a casa —me apresuro a decir.

—Creo que no voy a quedarme en casa esta noche.

—Vivimos juntos —argumento como una verdadera anormal—. ¿Dónde piensas dormir?

—Iré a un hotel. —Se frota la mejilla cansado—. Necesito alejarme unos días.

—No, Teo. No, me niego. No te puedes ir de casa.

—Esta vez no decides tú por mí, Sol —sentencia y mi nombre suena casi desgastado en su voz. No me gusta.

—Pero ¿qué dices? Que no puedes irte así sin más. No tiene ningún sentido... Tú y yo estamos hechos el uno para el otro —suelto como si esa frase pudiera tumbar cualquier argumento en nuestra contra.

—No estamos hecho el uno para el otro. Nadie lo está. Aunque

yo me esfuerzo más que tú porque lo parezca.

—No puedes hacernos esto —continúo diciendo en plena fase de negación.

—¿Qué nos estoy haciendo yo? —pregunta extenuado ya.

—Me lo prometiste —farfullo—. Me prometiste que no lo estropearíamos.

—No, te prometí que si lo estropeábamos, lo arreglaríamos... Y lo haremos, pero ahora mismo no sé cómo. Necesito un respiro.

—Un respiro de mí —musito con la garganta estrangulada.

—Sí. —Me da un beso en la mejilla justo cuando se me cae una lágrima.

Teo da media vuelta y se aleja de mí a paso lento mientras me quedo pegada al suelo, viéndolo distanciarse de todas las maneras que existen, hasta que desaparece al cruzar una esquina.

Al menos yo tenía razón en algo. Esta es una de esas noches que voy a recordar siempre. Aunque no por los motivos que pensaba. Podría quedarme aquí llorando desconsolada, o podría entrar y beberme todo el vino que queda en la galería. Pero ninguna de esas dos opciones es inteligente —en especial la segunda— ni resuelve nada. Y resulta que tengo cosas importantes que hacer. La primera, entrar, fingir mi mejor sonrisa y hacer esas putas entrevistas que me van a ayudar en mi carrera. La segunda, reconocerme a mí misma que soy gilipollas y la he jodido, pero bien, con el amor de mi vida. Y la tercera, encontrar la manera de que me perdone. Porque si a Teo no se le ocurre la forma de arreglar las cosas, yo la voy a encontrar. Como que me llamo canija.

Tres palabras

Cruzo la puerta de entrada del club y camino directa a los vestuarios para cambiarme y ponerme el bañador. No estaría aquí si no fuera porque mi ginecóloga me ha aconsejado hacer algo de ejercicio durante el embarazo, y como caminar bajo el sol abrasador de Madrid está descartado, incluso a las ocho de la tarde, he optado por la natación. Además, hoy me siento especialmente pesada y me duele un poco la espalda.

Con el objetivo de pasar desapercibida, llevo unas gafas de sol extragrandes y me he recogido el pelo en una coleta. Hasta me habría puesto sombrero y una gabardina para camuflarme si no estuviéramos a 35 grados. No quiero tener la mala pata de encontrarme aquí con mis padres. Corrijo: no quiero coincidir con mi madre. Mi padre me da igual, siempre ha sido un figurante en nuestra familia. Aunque, si lo pienso, esto último es bastante triste también.

No nos vemos desde hace un mes. Fue en aquel restaurante donde no llegamos a comer y en el que los únicos cuchillos que se usaron fueron voladores, en forma de insultos entre Sergio y mi madre. Ella y yo no hemos cruzado desde entonces ni dos palabras. Imagino que las está acumulando todas mientras espera mi llamada de disculpa para escupírmelas de golpe con la fuerza de las diez plagas de Egipto juntas.

No sé por cuántos pecados capitales se supone que debo pedir perdón, pero poco importa, porque no va a ocurrir. Esta vez, el enfado es recíproco. Solo que, en mi caso, el resentimiento se ha ido cociendo a fuego lento. Durante 30 años, tal vez. Y esa comida que no fue tal, en la que nos insultó a Sergio, a mí y a lo que intentamos construir juntos, fue la puntilla. Si callé en aquel momento es porque tengo la rara costumbre de pararme a pensar antes de hablar y nunca he infravalorado el poder de las palabras. Precisamente porque comprendo bien el daño que pueden hacer, la forma en la que se te meten dentro y erosionan tu autoestima poco a poco, a fuerza de ser

repetidas. También soy de las que creen que en la vida se consiguen mejores cosas diciendo «gracias», «por favor» y «lo siento». Bastantes más que con un «eres idiota» o un «lo vas a hacer así porque lo digo yo, que soy tu madre, y sé qué es lo mejor para ti». A ella el poder de esa frase le ha durado demasiados años y yo estoy cansada de ser considerada y no valer ni para ser querida. He crecido con su opinión como ley, siempre bajo la percepción de que nada de lo que hago está bien. Y aunque así fuera, soy su hija. Incluso siendo el mayor desastre del mundo, soy su hija. Debería quererme sin condiciones. Como yo quiero a un bebé al que aún ni conozco. Supongo que la maternidad te proporciona otra perspectiva, como madre y como hija. Eso, y que ahora tengo tiempo libre de más para reflexionar.

Guardo la ropa y el bolso en una de las taquillas del vestuario y salgo de él enfundaba en mi nuevo bañador. Meterme en mis bikinis del año pasado es misión imposible, a no ser que pretenda ir enseñando las tetas por todo el club y sacarle un ojo a alguien con mis nuevos pezones tamaño galleta campurriana.

Me dirijo a la piscina bordeando el lateral del edificio principal y lo veo antes de que él pueda verme. Óscar camina hacia mí mientras teclea algo en el móvil. Va vestido de calle, con un pantalón chino y un polo azul claro, aunque por su pelo húmedo deduzco que viene de ducharse tras un partido de tenis. No negaré que en ese breve margen de tiempo del que dispongo para huir, pienso en hacerlo, en darme la vuelta y salir pitando o esconderme detrás de un seto para ahorrarme el mal trago. Pero ni yo estoy en un momento de mi vida en el que me caracterice por mi agilidad ni Óscar se merece ese desplante.

Al levantar la cabeza, sus ojos verdes se cruzan con los míos y su rostro pasa por varios estados. Sorpresa, reconocimiento, alegría, desconcierto y… no sé si llamarlo dolor, finalmente, cuando su mirada se detiene en mi vientre. Con el bañador es difícil disimular. Tal vez hubiera sido mejor el desplante.

—Hola. —Me paro delante de él sin saber qué más decir.

—Hola —me saluda con una sonrisa que se ve obligado a forzar. Pero lo entiendo, cómo no voy a entenderlo…—. ¿Estás…?

—Sí.

—Os habéis dado prisa —comenta sin poder disimular una mueca de disgusto.

—Sí —repito. Cualquier otra cosa que salga de mi boca va a resultar violenta. Más si cabe. —¿Cómo estás? ¿Qué tal todo?

—Bien. Normal, supongo... —Parpadea muy rápido, como si sus ojos trataran de asimilar cuanto antes lo que están viendo—. ¿Y tú cómo estás? Aparte de embarazada, claro.

Pues aparte de la felicidad provocada por el embarazo, a los demás aspectos de mi vida convendría darles un repasito. Tras terminar el máster, no tengo trabajo ni expectativas de encontrar uno a corto plazo, y de mi vida sentimental podría escribir una novela... o dos.

—Todo bien también.

—No lo parece. —Frunce el ceño.

—¿No?

—No... He compartido cinco años contigo y todavía sé cuándo mientes. —Abro la boca para hablar, pero se me adelanta—. Y si ahora te excusas con que solo estás cansada, será la confirmación de que tengo razón.

Sonrío. Cazada. Cinco años dan para mucho.

—Entonces mejor te digo que me alegro de verte, porque eso sí es verdad, y nos despedimos así, ¿te parece?

—Si te apetece podemos tomar algo después, cuando termines de nadar. —Se mete las manos en los bolsillos. Está nervioso—. Si necesitas hablar, no se me da mal escuchar.

Óscar, por favor, no alarguemos esto más de lo necesario. No me hagas decirte que no. Se me da fatal decir que no.

—Te lo agradezco, pero es que sería un poco raro...

Él ni quiere ni debe escucharme hablar de mis problemas con Sergio. No le interesa saber que hace no mucho no podíamos pasar ni cinco minutos enfadados y ahora cuento los días que llevamos casi sin dirigirnos la palabra. Que somos una combinación difícil porque yo no siempre digo lo que pienso y él no siempre piensa lo que dice. Que cuanto más nos conocemos, menos parecemos entendernos. Y menos aún quiere escuchar que, a pesar de eso, estoy enamorada de él hasta

la médula.

—Sigo aquí, Aura. Quiero que sepas que todavía sigo aquí.

—No deberías. No es justo para ti.

—De vez en cuando me da por leer el último mensaje que me enviaste... Patético, ¿verdad? —Se ríe con tristeza.

A veces la vida nos obliga a pegar tal frenazo que resulta más fácil quedarnos donde nos ha dejado en lugar de continuar. Lo entiendo. Estancarse da menos miedo, pero a la larga es muy mala idea.

—No, no es patético. Pero aquel mensaje fue un error. Lo siento si te hice pensar algo que no era.

—Que lo escribieras significó algo —argumenta.

—Lo escribí porque... —Me detengo y sopeso mis palabras antes de hablar. No quiero malentendidos esta vez—. En cierto modo, siempre me diste seguridad. Siempre supe que pasara lo que pasara, estarías a mi lado. Porque tú eres así. Sólido. Como una roca... Aquel día tuve un momento de debilidad y necesitaba agarrarme a mi roca. Pero solo fue un momento y me arrepentí.

—¿Y él? —inquiere tenso—. ¿Es una roca también?

Él es un baño en el mar un día de mucho calor, pienso. Aunque no llego a responder. Ni eso ni nada. Me distrae un pinchazo fuerte en el vientre.

—¿Estás bien? —me pregunta Óscar agarrándome por el hombro al ver mi gesto de dolor.

Inspiro profundamente por la nariz y dejo salir el aire por la boca. Tal como llegó, el dolor desaparece.

—Sí... Ha sido solo un calambre.

—¿Seguro? Estás pálida.

—Porque sin maquillaje tengo cara de autopsia —bromeo.

—No digas tonterías, tú estás guapa de cualquier manera. —Y no son sus palabras, sino la añoranza que reside en su sonrisa la que me advierte que debo alejarme. Por su bien.

—Creo que lo de nadar lo voy a dejar para otro día y mejor me voy a casa.

—Te acompaño.

—Estoy bien, Óscar. No hace falta. —Le quito importancia.

—Puede que no, pero yo me quedo más tranquilo. Al menos hasta el coche —insiste y extiende el brazo para que pase delante de él.

Entramos en el edificio y vamos juntos hasta el vestuario femenino. Le doy las gracias en la puerta y le insisto en que ya puede irse. Como sé que no se va a mover de donde está, entro y saco mis cosas de la taquilla. Me meto en uno de los cubículos para cambiarme y al quitarme el bañador veo una mancha roja de sangre. No es enorme pero sí lo bastante grande para asustarme. Me visto tan rápido que me pongo el vestido del revés, meto mis cosas al rebullón en el bolso y abro la puerta. Salgo tan deprisa que el asa se me engancha en el pomo y todo el contenido de mi bolso vuelca y cae desperdigado por el suelo. Joder. Me agacho para recogerlo y entonces otro pinchazo, esta vez más fuerte que el anterior, me hace gritar de dolor.

Escucho mi nombre y veo los pies de Óscar corriendo hacia mí. Me ayuda a levantarme del suelo con cuidado y coge mi bolso.

—Tengo que ir al hospital.

—Te llevo.

Esta vez no se lo discuto. Salimos del vestuario y camino todo lo rápido que me permiten mis pies hasta el aparcamiento. Óscar intenta ayudarme a subir al asiento del copiloto, pero le aseguro que puedo hacerlo sola. No quiero perder ni un segundo. Se monta con rapidez, arranca el coche y salimos del aparcamiento.

Mientras conduce busco mi móvil en el bolso para llamar a Sergio. No lo encuentro. No está. Se me debió caer al suelo en el vestuario. Joder, joder, joder.

—Dame tu teléfono —le pido a Óscar con una mano mientras me agarro la tripa con la otra. Los calambres no son mucho más fuertes, pero sí más frecuentes y ahora el dolor se desplaza recorriéndome desde el abdomen hasta la parte baja de la espalda. Algo no está bien. No está nada bien.

Me pasa su teléfono y tengo que concentrarme para marcar de memoria el número de Sergio. Da varios tonos, pero no lo coge.

—¿Estás de parto? —me pregunta Óscar confuso, sin perder de

vista la carretera.

—Imposible —sentencio con el teléfono pegado a la oreja—. Solo estoy de diecisiete semanas. Es imposible. No puede nacer.

Y me lo repito una vez tras otra los 19 minutos exactos que tardamos en llegar al hospital. Bajo del coche, esta vez sí con ayuda de Óscar porque los calambres son más intensos, y entramos por la puerta de Urgencias. Volamos hasta el mostrador de recepción y le cuento a la mujer que me atiende por qué estoy aquí. A continuación, repito el mismo proceso con una enfermera, que es la que, tras escucharme y hacerme unas cuantas preguntas, me pide que vaya a la sala de espera. Tiene que estar de broma. Tiene que estar de puta broma. Le digo que puedo estar sufriendo un aborto, por si mis dolores evidentes y mi estado de nervios no lo han dejado bastante claro. Ella me agarra la mano y me promete con voz muy calmada que me atenderán en el menor tiempo posible. No me sirve de nada. No me tranquiliza.

Noto cómo Óscar me coge del brazo y tira de mí con suavidad hasta la sala de espera. Nos sentamos uno al lado del otro y continúo llamando a Sergio. Son más de las nueve de la noche y no sé dónde puedo localizarlo. No tengo el número del estudio de grabación ni de su productor. Nada.

Mis dedos empiezan a temblar sobre el teclado. No sé si es el aire acondicionado de este lugar o soy yo, pero empiezo a tener escalofríos. Óscar cubre mi mano con la suya, que noto arder en contraste y me agarra con fuerza. Mi roca, pienso por un segundo.

Un par de minutos después me llaman para pasar a la consulta. Sigo sin localizar a Sergio y ya no soy capaz de quitarme la tiritona que ha invadido todo mi cuerpo. Óscar me ayuda a levantarme. Ahora no es solo el dolor; me da miedo hasta moverme.

—Por favor, llámalo. Llama a Sergio, necesito a Sergio —le suplico atropellándome con la lengua al devolverle el teléfono.

Él asiente y yo entro en una sala pequeña donde me reciben dos personas: una ginecóloga y un chico joven. Ella me da las buenas noches, me pide que me quite la ropa interior y me tumbe sobre la camilla con las piernas abiertas. Al bajarme las bragas ya empapadas de sangre los ojos se me empañan. Aprieto los dientes que no paran de

castañetearme y me subo a la camilla. La doctora se sienta frente a mí y me informa de que me van a explorar y a hacerme una ecografía. Asiento con la cabeza y después de eso solo hay silencio. En la sala solo habita el silencio mientras ellos hacen su trabajo. No quiero hablar. No puedo. Solo necesito escuchar. Solo necesito saber que mi bebé está bien. Cuando él me coloca la sonda sobre el vientre cierro los ojos y espero que llegue el sonido más bonito del mundo.

No sé cuánto tiempo pasa. Diez minutos o una vida entera. No sabría medirlo. Y espero. Y espero. Y espero por ese sonido. Pero lo único que escucho son tres palabras. Bastan para partir el mundo en dos. «No hay latido».

34

SERGIO

Reventar

Sentado en un sofá de piel de la zona vip —menuda mierda de término, por cierto— del último garito de moda, mi gesto serio desentona entre las caras sonrientes y el ambiente relajado. Al menos los destellos de la luz azulada discotequera y la oscuridad del local disimulan mi careto. Eso y que aquí ya van todos como cubas, lo cual facilita mi invisibilidad.

He venido a celebrar con Félix y unos cuantos músicos que hemos terminado la fase de preproducción del disco. Las canciones ya están elegidas y hemos grabado los acordes básicos, las melodías y las letras. Aunque todavía queda mucho trabajo por hacer, esta gente no necesita demasiadas excusas para montar una fiesta. Les vale con que sea jueves o el cumpleaños de la prima de la camarera que sirve las copas.

Soy el único que no encuentra motivos para divertirse. No paro de pensar en Aura y en que nosotros ya no nos reímos, no bailamos y casi no hablamos con tal de evitar una discusión. Últimamente, hasta cuando nos besamos parece que estemos peleando con nuestras bocas. Incluso puedo calcular con exactitud cuántos minutos al día volvemos a sentirnos bien el uno cerca del otro. Dos minutos y 52 segundos. Es lo que dura *Stand by me*, la canción que le pongo en la barriga cada mañana con los auriculares. Debería haber elegido una canción más larga.

Por más vueltas que le doy, no sé cómo arreglar algo que no sé ni por dónde se nos está rompiendo. Tengo una teoría sobre ello, aunque no salgo bien parado. Empiezo a darme cuenta de que he presionado a Aura desde que nos conocimos. Porque yo soy así, cuando quiero algo, lo quiero al momento y sin medida. Ella no siempre ha sabido pararme los pies, así que no estoy seguro de si decisiones como dejar su trabajo, vivir conmigo y tener un bebé son realmente suyas o si soy yo quien la ha empujado, y demasiado fuerte, a tomarlas.

A veces pienso que al final sí ardimos como los cohetes amarillos de Kerouac. Ardimos tanto que nos quemamos. Y a mí me consume ver la tristeza reflejada en sus ojos como consecuencia de lo que digo, hago o dejo de hacer. Por eso evito pasar tiempo en casa. Claro que huir tampoco sirve; me la llevo a todas partes conmigo, me guste o no.

Me froto los ojos con cansancio y algo de aburrimiento. No pinto nada en esta fiesta. Las botellas salen y desfilan sin parar por la sala, y no es que me moleste, estoy acostumbrado a servir alcohol en el bar, sin embargo, la cocaína preparada y lista para consumir sobre la mesa redonda de cristal que tengo enfrente, invitando a cualquier a servirse como en un bufé libre, sí me hace sentir inquieto. Me recuerda demasiado a otra vida. Una que ya no me interesa. Con 20 años no tenía otro sitio mejor en el que estar, pero ahora sí. Ahora la tengo a ella y a mi bebé. Me levanto del sofá con la intención de largarme a casa y me encuentro de golpe con la peor de las coincidencias. ¿De todas las jodidas discotecas de Madrid ha tenido que venir a esta?

Se acerca a mí con una sonrisa en su boca pintada de rojo, envuelta en un vestido ajustado y moviendo las caderas con ese suave vaivén que domina a la perfección, encantada de arrastrar las miradas a su paso y poner firmes a todas las pollas del local. Excepto una. Es cierto eso de que la belleza está en los ojos de quien mira, porque Eva es la tía más espectacular que hay aquí y a mí no me parece ni guapa.

—Creo que estoy teniendo un *déjà vu* —pronuncia ya a un palmo de mí con una ceja arqueada.

—Y yo una pesadilla. —Chasqueo la lengua.

—Haz el favor, que vengo en son de paz. —Levanta las palmas de las manos con una inocencia que no ha conocido en toda su vida.

—Tú no tienes buenas intenciones ni dormida.

Sonríe como si fuera una broma.

—Eres la última persona que esperaba encontrarme —reconoce, esta vez con sinceridad—. Si no recuerdo mal, juraste que no volverías a pisar Madrid.

—Pues ya ves...

—¿Y qué haces aquí? —indaga con interés.

—Pasando el rato...

No quiero proporcionarle ninguna información que pueda convertir en munición en mi contra. Cuando quiere, Eva es muy creativa jodiendo al personal.

—Sí, ya veo que te diviertes... —Echa un vistazo a la mesa de cristal y deduce lo que no es. —¿Y qué te cuentas?

—¿Qué me cuento? —Me río incrédulo ante ese falso intento de conversación plana—. Poca cosa...

—Hablando de «poca cosa»... —Ladea la cabeza—. ¿Cómo está tu novia?

Podemos dar por concluida la paz.

—Está embarazada y feliz —suelto sin pensar y su gesto pasa de arrogante a desear romperme un vaso en la cabeza—. Siento que eso te moleste.

—¿En serio lo crees? —Se ríe exageradamente y parece una caricatura de sí misma—. Esa solo se ha quedado con mis sobras.

—Nunca has sabido perder con elegancia, ¿verdad? —respondo con desgana.

—Te aseguro que no tiene nada que no hubiera podido tener yo. Aunque fui bastante más lista que ella cuando me dejaste embarazada. Esquivé la bala a tiempo.

—¿Qué has dicho? —pregunto con la esperanza de haber entendido mal a causa de la música que está sonando demasiado alta. Pero es Eva...

—Ya me has oído —espeta altiva levantando la barbilla.

—No es verdad.

—Vale, pues no es verdad. —Se encoge de hombros.

—Eva, no juegues con eso. Tú nunca estuviste embarazada de mí.

—Puede que sí..., puede que no... Nunca lo sabrás —remata con un tono musical e intenta alejarse. Se lo impido agarrándola del brazo.

—Eres el ser más despreciable que he conocido nunca —le digo con la mandíbula apretada.

—Me encanta saber que sigo teniendo un papel tan importante

en tu vida. —Se suelta de un tirón y me lanza un beso con el dedo corazón antes de alejarse y perderse entre la gente.

Me dejo caer en el sofá con el corazón martilleándome el pecho. No sé ni si creerla. Es capaz de haberme ocultado un embarazo y de habérselo inventado. Me llevo las manos al pelo y tiro de él tan fuerte que no sé cómo no me arranco un mechón de cuajo. Hija de puta. Hija de puta. Qué hija de puta. Siempre ha tenido un interruptor para encenderme, para hacerme perder el control y sacar lo peor de mí. Aunque de lo que hago a continuación no puedo echarle la culpa a ella. Solo dura un segundo, no hace falta más, ese instante en el que me convenzo para irme al infierno un rato porque ya lo conozco de primera mano y tampoco es tan malo. Me inclino, me acerco a la mesa y me meto una raya en un movimiento que, a pesar de no haberlo practicado en años, sigue siendo familiar. Levanto la cabeza, la echo hacia atrás y cierro los ojos, esperando que la cocaína circule rápido por mi torrente sanguíneo hasta llegar a mi cerebro.

—Sergio —me llama una voz y abro los ojos. Félix está sentado frente a mí, mirándome como lo haría mi padre. No sé de dónde ha salido. —Mejor te vas a casa.

Casa. Aura. Vuelvo a cerrar los ojos, está vez con más fuerza. Anormal de los cojones. ¿Se puede hacer peor? ¿Se puede hacer puto peor? No me contestes, conozco la respuesta. Trato de pensar con claridad, al menos mientras sea capaz. La parte buena de ser un adicto reincidente —si hay alguna— es que sé lo que debo hacer ahora. Asumir las consecuencias, que empiezan por tener una conversación realmente jodida con Aura y buscar ayuda lo antes posible.

Me levanto del sofá y me palpo los bolsillos traseros. Tengo la cartera pero no el móvil. Debería ponerle una correa a ese chisme para no perderlo. Lo busco en el sofá y lo encuentro encajado entre el respaldo y el asiento. Al cogerlo veo en la pantalla bloqueada once llamadas perdidas de un número que no conozco. Salgo a toda prisa de la discoteca y llamo a ese número desde la calle.

—¿Hola? —responde una voz masculina antes de que suene el segundo tono—. ¿Eres Sergio?

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Óscar... Aura me ha pedido que te llame.

—¿Óscar? —Pero qué hostias...—. ¿Dónde está Aura?

—En el hospital. Empezó a sangrar y... —Se queda callado y siento que el corazón se me detiene—. Es mejor que vengas.

Me da la dirección y echo a correr por la calle hasta llegar a mi moto. Me subo, arranco y hago lo que no debería, conducir como un loco saltándome un par de semáforos, pero no me importa nada que no sea ella. La euforia provocada por la droga no llega ni a hacerme efecto, se la traga el miedo más grande que haya experimentado jamás. Llego al hospital en diez minutos y llamo a Óscar antes de cruzar la puerta, que me da las indicaciones para subir a la sala de la zona quirúrgica. Está en quirófano, está sola en un puto quirófano. No espero al ascensor, subo por las escaleras y corro por un pasillo infinito hasta llegar a la sala de espera. Reconozco a Óscar aun sin haberlo visto nunca antes. Se levanta de la silla mientras yo me acerco a él. Su cara desencajada debe rivalizar con la mía.

—¿Qué sabes? ¿Qué te han dicho? —pregunto impaciente y con la garganta seca.

—Sigue en quirófano, se la llevaron hace cosa de una hora.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que es mejor que te lo explique el médico cuando salga.

—El medico no está, así que explícamelo tú.

—Han dicho algo sobre... —Toma aire y suspira.

—¿Sobre qué? —Creo que se lo grito, pero me da igual.

—Un aborto incompleto. Tienen que hacerle un legrado y asegurarse de que... no queda nada dentro.

—¿Cómo que nada dentro? —Me paso los dedos por la frente —. No, no puede ser. Eso no es... —Mi boca pierde la fuerza.

Mi chica. Mi bebé. Estaban bien esta mañana. Lo estaban. Aprieto los puños y doy media vuelta para empezar a caminar de un lado a otro. Las sienes me palpitan y los dedos empiezan a picarme, como si la rabia estuviera buscando lugares por donde salir disparada. Necesito romper algo, estrellarlo contra la pared. Mi puta cabeza me parece la mejor idea, pero un momento de lucidez me advierte que a ella no le ayudaría estando donde está. Apoyo las palmas en la pared y

dejo salir el aire que llevo retenido en los pulmones desde que vi esas once llamadas perdidas. Y otra vez más, solo hace falta un segundo para que la vida te reviente en la cara. Una mano se posa sobre mi hombro y me aprieta fuerte. Es la del hombre que más debería odiarme en el mundo. Me desinflo y me echo a llorar como un niño. Sin disimular, sin contenerme. No podría aunque lo intentara.

Desintegrarse

En cuanto la puerta de casa se cierra, suspiro agotada. Y aliviada. Sergio acaba de bajar a por cruasanes de chocolate para merendar. Ha insistido mucho en comprar algo porque llevo tres días sin comer. Al menos eso dice él. Me da igual, no tengo hambre, solo lo he mandado a una pastelería que está a seis calles de distancia para poder quedarme 20 minutos a solas. No se ha despegado de mí desde que me ingresaron en el hospital, donde pasé 48 lacerantes horas, ni tampoco desde la vuelta a casa esta mañana. Intenta cuidarme y lo aprecio, pero lo hace a un ritmo para el que no estoy preparada.

Solo me apetece seguir tumbada de lado en la cama, mirando la pared, tapada hasta las orejas con una manta. Madrid debe estar ardiendo ahí fuera, sin embargo, yo no consigo sacarme el frío del cuerpo. Es como si se hubiera filtrado en mis huesos. Mientras, Sergio se empeña en hacer cosas, en romper nuestros silencios hablando, viendo películas o escuchando música, y en mantenernos ocupados, ya sea con un libro o abrazados en la cama. Intenta con todas sus fuerzas llenar un espacio que no se puede llenar. Uno que ya le habíamos dado a nuestro bebé y que se ha transformado en un agujero oscuro e insondable en el que no me importaría quedarme a vivir una temporada.

Los tres últimos días de mi existencia —no podría llamarla vida— se han amontonado y mezclado en una especie de neblina mental con retazos más o menos lúcidos de las cosas que sucedieron tras escuchar ese «no hay latido» en Urgencias. La ginecóloga me explicó que con un embarazo de diecisiete semanas no era posible expulsar el feto con medicación y debía pasar por quirófano. «Expulsar». Ese fue el término que utilizó. Nada que ver con dar a luz. La medicina no entiende de empatía.

Lo siguiente que recuerdo es que me sacaron sangre y me llevaron a quirófano. Dolor. Hubo dolor, como si me estuvieran abriendo en canal. Eran contracciones. Luego, nada. El efecto de la

anestesia, supongo. No sé cuánto tiempo duró la denominada expulsión, porque llegado el momento, yo ya había salido de mi propio cuerpo y todo me parecía ajeno. Cuando terminé, me advirtieron que era mejor apartar la vista. Por mi bien. No hice caso. Se merecía que alguien la mirara antes de que se la llevaran cubierta por una sábana. Era una niña, por cierto. Lo supe entonces.

Sergio apareció en algún momento de esa noche, entre el quirófano y la sala de reanimación, en un pasillo blanco con luces blancas demasiado brillantes. Estaba despeinado, más de lo habitual, y tenía los ojos rojos. Me agarró de las mejillas y me susurró que me quería. Me abrazó y lloró. Yo no pude. Seguía fuera de mi cuerpo. También había un médico. Comentó que todo había ido bien. Curiosa elección de palabras después de sufrir un aborto seguido de un legrado, pensé, pero no despegué los labios. Parecía que me los habían cosido. También nos informó de que debía pasar un par de días en el hospital para valorar el sangrado y la contracción del útero. Ingresé en la planta de maternidad junto a otras madres cuyos bebés habían nacido sanos. Los escuché llorar durante dos días.

En el tiempo que estuve en el hospital solo hablé una vez. Fue para responder a una auxiliar que me dijo: «No te preocupes, eres joven, aún estás a tiempo». Acompañó el comentario con una sonrisa que pretendía ser dulce y reconfortante, supongo. «¿A tiempo de qué?», espeté con una voz que cuando salió de mi garganta no pareció ni humana. Ella no tenía ninguna culpa de lo que me había pasado, pero tampoco tenía derecho a creer que la idea de un bebé de sustitución que quizá nunca pueda o quiera tener iba a poder consolarme.

Me giro hacia el otro lado de la cama y en la mesita de noche veo el móvil de Sergio. Perdí el mío en el club y llevo incomunicada tres días. Estiro el brazo y lo cojo. No tiene batería, por supuesto. Me incorporo y al sentarme sobre el colchón siento un pinchazo en la parte baja del vientre. No es muy fuerte, como un dolor de regla. Lo ignoro y saco el cargador del cajón de la mesita. Lo enchufo a la corriente y espero.

En el hospital me aconsejaron hablar con un especialista para

sobrellevar la situación, no dedicarme a buscar información sobre abortos en internet y sus causas, pero voy a hacerlo. No sé por qué la perdí ni si lo llegaré a saber. Sergio preguntó al médico y este le aseguró que analizarían los restos biológicos. Es el protocolo a seguir, aunque también le dijo que es más común de lo que parece y a veces no se llega a conocer el motivo.

La pantalla del teléfono se enciende y marco el pin. Enseguida saltan las notificaciones de llamadas perdidas de Brina, Sol, Teo, Enzo y Lola. De mi madre no hay ninguna. Nadie se lo ha contado y no tengo intención de hacerlo todavía. No me apetece hablar con ella. También hay unos cuantos mensajes de WhatsApp. Antes de nada, decido escribir a las chicas para dejarlas medianamente tranquilas. De lo contrario, son capaces de presentarse en casa. Abro la aplicación y entre todos los mensajes de Sergio veo uno de su exmujer. Él todavía no lo ha leído.

No lo pienso. Mi dedo va directo hacia él y lo abro. Es una foto de Sergio. Está sentado en un sofá, inclinado sobre una mesa de cristal. La imagen es oscura y está algo movida, aunque no necesito ver la raya de cocaína para deducir lo que está haciendo. Debajo hay un mensaje: ¿Sabe «poca cosa» lo que haces cuando no estás con ella?

***

Al volver a casa, Sergio me encuentra sentada en el borde del colchón. No he sido capaz de moverme del sitio y sostengo tan fuerte su móvil que los dedos se me han agarrotado.

—Mi vida... —pronuncia él con dolor en la voz al ver las lágrimas rodando sin control por mis mejillas.

—No te acerques a mí —le advierto en cuanto da un paso.

—¿Cómo? —pregunta desconcertado—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Levanto la mano y le enseño la foto. La parte de mí que lleva quince minutos aquí sentada intentando convencerse de que hay una justificación para esto pierde la esperanza ante la repentina contrición de la cara de Sergio.

—Pero, ¿de dónde has...?

—Eva —le aclaro.

Se lleva las manos a la cabeza y suelta al aire un «hija de la grandísima puta». Pero enseguida se percata de que hay cosas más urgentes que insultar a la hija de la grandísima puta de su exmujer y me mira.

—Iba a contártelo.

—Seguro que sí. —Me río irónicamente entre lágrimas.

—Iba a hacerlo aquella misma noche, pero entonces hablé con Óscar y... —Niega con la cabeza sin saber cómo seguir—. Yo no... Con todo lo que nos ha pasado... no he encontrado el momento, Aura. Pero iba a contártelo, te lo juro.

—Te envió esa foto hace tres días. A las once y cuarto de la noche. ¿Sabes lo que estaba haciendo yo mientras tú te colocabas? —musito y la voz se me quiebra un poco al final—. Abortar.

Es la primera vez que lo pronuncio en voz alta.

—Aura... —Se acerca con rapidez y se arrodilla frente a mí—. Lo siento muchísimo. Fue una estupidez, fui un gilipollas, pero no lo voy a volver a hacer.

Me limpio las lágrimas y cierro los ojos. Tomo aire con una respiración profunda y lo dejo salir. Necesito calmarme para decir lo que debo decir, porque quiero que lo entienda.

—Hemos terminado.

—¿Qué? —Sus ojos rasgados se abren más que nunca—. No...

—Vete.

—No, vamos a hablar y...

—No quiero hablar. No quiero saber nada más de ti.

—No, no voy a irme. —Niega con la cabeza—. No te voy a dejar así.

—Quiero que te vayas —repito aún más firme y apoyo las manos en el colchón para sostenerme.

—Déjame al menos que me quede contigo hasta que te encuentres mejor.

Araño las sábanas con las uñas y aprieto los dientes. No voy a estar mejor.

—Tengo gente para eso. No te necesito.

—Aura, por favor… —Apoya la cabeza sobre mis rodillas y se abraza fuerte a mi cintura—. No me dejes, por favor —suplica y la voz se le quiebra—. Por favor, mi vida. Sin ti me muero.

Muevo la mano e introduzco los dedos entre los mechones de su pelo negro. Siempre me ha encantado su tacto. Bajo por su mejilla y termino sosteniéndolo por la barbilla con el pulgar y el índice. Él alza la cabeza y me mira con lágrimas en los ojos.

—No soy tu vida. No somos nada. Métete una raya o métete cien. Por mí te puedes morir si quieres. Vete. No te lo pienso repetir.

Y ahora sí, el mundo que se había partido en dos, termina por desintegrarse.

36

BRINA

La historia de mi vida

La persona que sube las escaleras que conducen a mi casa se mueve como Aura y habla como Aura, pero no es Aura. La he convencido para pasar unos días conmigo, aunque lo de convencerla es mucho decir. Para ser más exacta, yo he tomado la decisión y ella se deja llevar de un lado a otro como un ser inerte arrastrado por la marea. Sin voluntad, sin importarle gran cosa. Lo noté en cuanto aparecí ayer en su casa y me contó que había terminado con Sergio, algo que yo ya sabía porque él me había llamado una hora antes, destrozado y con la voz rota, pidiéndome que fuera a buscarla y me quedara con ella.

Llegué a su piso a toda velocidad. Con todo lo que Aura lleva a cuestas, esperaba encontrármela llorando a lágrima viva o con un ataque de nervios, pero no. Se acababa de dar una ducha y estaba preparándose un té. Los motivos de su ruptura con Sergio salieron de su boca con desafecto mientras hundía la bolsa de la infusión en el agua con una tranquilidad inquietante. Era como si hubiera explotado hacia dentro y toda la devastación se quedara en su interior. Me lo tomé como una llamada silenciosa de auxilio.

Abro la puerta, arrastrando la maleta que he hecho con su ropa y unos cuantos artículos de aseo, y entramos al recibidor. Le comento que va a dormir en la habitación que está al lado de la entrada. Pensaba dejarle mi dormitorio, es el más grande y cuenta con baño propio, pero está en la planta superior y su cuerpo aún necesita recuperarse, así que prefiero evitarle la subida y bajada constante de escaleras.

—¿Quieres comer algo? —le pregunto mientras dejo la maleta en una esquina de la habitación.

—No tengo hambre.

—Puedo prepararte lo que te apetezca... o podemos pedir algo si tienes algún antojo.

Me mira y aparta la vista al segundo como si le doliera. Porque le duele. Joder, mala elección de palabras por mi parte.

—Estoy cansada, voy a acostarme un rato —responde con voz monocorde.

—Entonces prepararé algo de comer para más tarde por si tienes ganas. No hace falta que deshagas la maleta, luego lo hago yo.

—Vale —musita, se quita las zapatillas y se acuesta en la cama hasta acurrucarse haciendo un ovillo.

Me parece tan pequeña, tan frágil, que me entran ganas de llorar. Salgo de la habitación para no acabar montando un espectáculo a lo madre doliente que no me corresponde y subo las escaleras hasta mi dormitorio. Al entrar voy directa al armario para cambiarme de ropa y ponerme algo cómodo. Abro la puerta y ahogo un grito al toparme entre mi ropa con un bulto del tamaño de un maniquí de Abercrombie.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! —exclama Enzo con las manos en alto como si lo estuvieran encañonando en un atraco.

—¡¡Dios!! —Me agarro el pecho con las dos manos hasta clavarme las uñas—. ¡Qué susto me has dado! ¿Qué coño haces aquí metido? ¿Tú estás mal de la cabeza? —susurro tan fuerte que me raspa la garganta.

—Perdona... Te estaba esperando en el salón y cuando te he escuchado entrar y hablar con alguien, no he sabido qué hacer.

—¿Y te parece buena idea esconderte en mi armario como si yo tuviera un marido y tú fueras el butanero?

—La otra era saltar por la ventana, así que... —Se encoge de hombros como si su decisión fuera lógica y sale del armario tirándome un par de vestidos en el proceso.

En qué momento se me ocurrió darle unas llaves de mi casa, me pregunto. Me pareció la opción más práctica por si alguna vez él llegaba mientras yo no estaba, básicamente para no dejarle esperando en la calle como un perro, dado que me está haciendo el favor más grande de mi vida. Pero con todo lo que ha pasado, olvidé que venía hoy.

Me siento en la cama con un suspiro cansado.

—Siento haberte asustado —se disculpa otra vez.

—Da igual, eso es lo de menos... Es Aura con quien me has

escuchado hablar —le explico—. Se va a quedar unos días en mi casa.

—¿Aura? —Arruga la frente—. ¿Por qué se va a quedar contigo?

—Asumo entonces que no sabes nada… Sergio y ella ya no están juntos.

—Joder, no, no lo sabía. —Se sienta a mi lado con rapidez—. ¿Qué ha pasado?

—Pues… mejor no te lo cuento yo, no soy la mayor fan de tu amigo. Aunque deberías hablar con él —añado. Que tenga ganas de arrancarle las pestañas una a una no significa que no me compadezca de su dolor.

Enzo saca el móvil del bolsillo de sus pantalones cortos y lo llama. No hay respuesta.

—Si no me lo coge a mí es que no quiere hablar con nadie de momento —asegura volviendo a guardar el móvil.

—Siento haberte hecho venir hasta aquí para nada. Como comprenderás no podemos ponernos a… —Ni siquiera a estas alturas sé definir lo que hacemos Enzo y yo—. Nuestras cosas.

—Entiendo que quedarme en tu casa no es una opción, pero puedo ir a un hotel y nos vemos después allí.

—No es buen momento.

—Estás ovulando —me recuerda.

—Lo sé, pero Aura me necesita, y con todo lo que le ha pasado no puedo pensar en bebés ahora mismo.

—Ya… es lógico. —Agacha la cabeza y empieza a juguetear con el anillo que le regalé—. Pero podemos vernos antes de que me vaya, ¿no?

—¿Para qué?

—Pues no sé… para hablar, para cenar, para hacer las cosas que hacen las…

—¿Las qué? —lo invito a continuar.

Me mira y chasquea la lengua.

—Nada… No he dicho nada, da igual.

—¿Las parejas?

—¿No es lo que somos? ¿O lo que hemos empezado a ser

después de estos cinco meses?

—No, no lo somos. Creí que habíamos dejado las cosas claras.

—Te echo de menos —me suelta a bocajarro—. Cada vez que me voy de aquí cuento los días que faltan para volver. Y no te hablo de sexo, eso es lo que menos me interesa... Vale, no es lo que menos —se corrige a sí mismo—, pero ya me entiendes. Nunca me ha importado nadie tanto como tú.

Cualquier mujer se derretiría con esas palabras. Yo misma si pudiera permitírmelo.

—Nunca te ha importado nadie porque nunca has pasado más de una noche con la misma mujer. Es la primera vez que tienes cierta intimidad con alguien, nada más.

—No con alguien, Brina, contigo. Específicamente contigo —recalca clavándome sus ojos grises—. A ti también te pasa, lo sé. No es algo físico, pero está ahí, entre nosotros, y es mejor que una atracción sin más.

—No, nosotros no —sentencio en contra, a pesar de que hay cierta verdad en lo que dice.

—¿Por qué no?

—Lo sabes de sobra. Además, este no es el momento para hablarlo.

—Sí lo es, porque después de lo que acabo de decir, si salgo de tu casa, no vas a dejarme volver a entrar.

—No me hagas esto, Enzo, por favor —le pido en un murmullo.

—Podemos intentarlo, a nuestra manera —insiste—. Podemos... no sé, probar cosas, y quizá con el tiempo tú...

«Quizá con el tiempo yo pueda cambiar», termino la frase en mi cabeza, aunque escuece como si la hubiera pronunciado él. Pensaba que lo entendía.

—Me ha costado muchísimo no sentirme mal por ser como soy y no estoy dispuesta a dar pasos atrás.

—Entonces me adaptaré yo a ti.

—¿Adaptarte a qué? ¿A la abstinencia?

—Sí. Después de que te quedes embarazada, claro.

—O sea, que ahora quieres cargar con un bebé al que estabas

dispuesto a renunciar y además vas a dejar de tener sexo voluntariamente… ¿Tú te estás escuchando? —inquiero como si me fuera a estallar la cabeza de la impresión.

—¿Crees que no voy a ser capaz de controlarme? —replica ofendido.

—Lo que creo es que cuando te des cuenta de donde te has metido vas a salir corriendo, pero esa no es la cuestión. Tú no deberías tener que controlarte. No quiero que reprimas tus instintos por mí y yo no quiero forzar los míos. Es la historia de mi vida, ya lo he intentado durante años y te repito que no sale bien.

—Vale… —Se frota la sien nervioso, buscando un argumento con el que rebatirme—. Sé que no tengo ninguna experiencia en relaciones, pero no trato de forzarte a nada, Brina. Te acepto como eres.

«Te acepto como eres». Suena a resignación. Supongo que es lo máximo a lo que yo podría aspirar en una relación, pero él no tiene por qué. Y por mucho que trate de convencerlo, no está dispuesto a entenderlo.

—¿Estás seguro de que puedes vivir sin sexo?

La duda se manifiesta en el arco que dibujan sus cejas.

—Al menos estoy seguro de querer intentarlo.

Y lo conseguirá, por un tiempo, hasta que se canse de mí, de mi rechazo constante, de no sentirse deseado. Y después de eso, tras un mal día o una discusión absurda acabará en la cama de otra o directamente echando un polvo rápido en los lavabos de una discoteca porque no lo soporte más. Y ni siquiera podré culparlo. Solo me sentiré como una mierda por ser incapaz de darle lo que necesita. Lo viví con Andrés y no puedo volver a pasar por lo mismo. Menos aún con Enzo, quien empieza a importarme de una forma que no sé ni explicar.

Coloco una mano sobre su pecho y siento su corazón latiendo desbocado. Deslizo los dedos y bajo hasta cubrir su entrepierna.

—Brina… —Cierra los ojos cuando aprieto un poco. Le desabrocho el botón del pantalón y meto la mano. Tras un par de roces consigo ponérsela dura—. Para —me pide con voz muy débil.

Me inclino y me acerco más a él mientras sigo tocándolo.

—¿Quieres que pare? —le pregunto muy bajito con mi aliento rozándole la oreja.

Él apoya las manos en el colchón y se muerde el labio conteniendo sus jadeos.

—Sí —gruñe, pero todo su cuerpo exige a gritos lo contrario.

En un movimiento rápido me pongo de rodillas en el suelo, tiro de la tela de su bóxer para liberar su erección y comienzo a deslizar la mano arriba y abajo con más fuerza.

—No, lo que quieres es correrte en mi boca —lo provoco sin dejar de masturbarlo.

—Dios, sí... —Echa la cabeza hacia atrás y se rinde al instante.

Me empleo a fondo, con los labios y la lengua, y en cuanto noto que está muy cerca del orgasmo, freno en seco y me aparto. Enzo abre los ojos con la respiración agitada y medio desorientado.

—¿Qué...? ¿Qué haces?

—Dejarte con las ganas.

—¿Cómo? —parpadea confundido—. ¿Por qué?

—Porque esa frustración que sientes ahora es una muestra de lo que vas a vivir siempre conmigo. ¿Lo entiendes ya?

Tarda unos segundos en comprenderlo, el tiempo que su sangre necesita para recolocarse en su cerebro y dejar de pensar con la entrepierna. Me aparta con un bufido y se levanta de la cama, abrochándose los pantalones con muy mala hostia.

Me pongo de pie, asumiendo mi papel en esta historia. Si tengo que parecer mezquina, cruel y la zorra mayor del reino, que así sea. Él no lo entiende. Sé que tú tampoco lo entiendes, pero estoy haciendo lo mejor para Enzo. Se merece a alguien mejor que yo; alguien que pueda dárselo todo.

—Tu problema no tiene que ver con el sexo —me escupe cabreado—. Tu puto problema eres tú misma.

—Ya te he dicho todo lo que te podía decir al respecto. Y te lo he demostrado.

—Brina, si dejas que me vaya ahora, no pienso volver —me advierte en tono amenazante.

—Lo entiendo perfectamente.

Con todas las consecuencias que eso supone para mí. Porque yo sí soy una experta lidiando con la frustración.

—Muy bien. Que tengas suerte siendo una infeliz toda tu vida —me dice antes de irse.

También en eso tengo experiencia.

Sacar la basura

Estoy tomando el sol en el jardín de Brina, con los auriculares puestos y La Casa Azul sonando a todo volumen. La música amenaza con destrozarme los tímpanos, pero se me incrusta de tal forma en el cerebro que resulta útil para no pensar. Mantenerme en posición horizontal sobre la hamaca, vuelta y vuelta como un filete, es todo lo que he hecho esta mañana y todas las mañanas de la última semana. Curiosamente, no siento ningún remordimiento por ello. Tampoco por no tener trabajo ni por vivir de gorra en casa de mi mejor amiga, quien me da de comer, me hace la cama y hasta se ha encargado de comprarme un móvil al que no presto atención. Solo recibo mensajes de Sergio y los borro sin molestarme en abrirlos. No me interesa lo que diga, lo que haga ni dónde esté. Mi subconsciente, en cambio, va por libre, y por eso por las noches, cuando estoy medio dormida sigo alargando el brazo, buscándolo en la cama. Mi subconsciente puede irse a la mierda con él.

—Aura… —Brina me llama con voz suave y abro los ojos. Se acerca a mí extremadamente despacio. Me recuerda a uno de esos polis de las películas que tiene que convencer a un loco sudoroso de que no pulse el botón que está conectado a un chaleco bomba—. Tu madre está aquí.

—¿Qué? —me incorporo—. Joder, ¿has llamado a mi madre?

—Pues claro que no, pero ella ha estado llamándote a ti y como no consigue localizarte ha empezado a llamarme a mí sin parar y… al final, he tenido que decirle que estabas aquí y lo que te ha pasado.

—¿Y quién te ha dado permiso para contárselo? —inquiero con un cabreo que crece por segundos.

—Ya lo sé, lo siento, es que me acorraló —admite apurada—. Y pensé… No sé, que era mejor que se desquitara conmigo primero, pero se ha presentado sin avisar. Dice que no se mueve de aquí hasta que te vea.

Con el carácter que maneja Brina y hasta ella es incapaz de

plantarle cara. Me levanto con un resoplido, me pongo un vestido corto sobre el bikini y me dirijo hacia el interior de la casa con la intención de despacharla cuanto antes. A medida que me acerco, escucho sus tacones pisando el suelo de parqué de un lado a otro del salón. Aunque pese 50 kilos, no engaña a nadie. Ese es el sonido de la bestia.

—¡Eres increíble! —me suelta en cuanto me ve, omitiendo el saludo—. ¿No te da vergüenza ignorarme así?

Con lo educada que es de cara a la galería y la facilidad que tiene para perder los modales conmigo.

—Aquí estoy… —Abro los brazos—. Ya me has visto. Ya te puedes ir.

—Haz el favor de no ser tan infantil —suelta su bolso de Carolina Herrera sobre el sofá y me observa de arriba abajo con su desaprobación habitual—. Estás hecha un desastre.

—Me conmueven tus palabras de aliento, mamá. Es justo lo que necesito escuchar en este momento.

—Las palabras no solucionan nada y lo que te ha pasado no tiene vuelta atrás. Yo también aborté cuando tú eras pequeña.

—¿Qué? —Abro los ojos y por un instante me aferro a la esperanza de que por fin pueda existir una conexión entre ella y yo—. Nunca me lo has contado.

No es que sea poco frecuente. Leí que entre el 10 y el 20% de los embarazos terminan en aborto espontáneo. Es como si, de repente, formara parte de un club secreto del que nadie habla y al que nadie quiere pertenecer.

—No tiene mayor importancia. Lo superarás, no se acaba el mundo.

No hay rastro de afecto en su cara perfectamente maquillada.

—¿Ni siquiera ahora puedes entenderme? ¿De verdad? Tú eres madre.

—No por elección.

—¿Cómo? —Parpadeo y juro que hasta el suelo parece moverse un poco—. ¿Qué significa eso?

—A las mujeres antes no se nos preguntaba si queríamos ser

madres, se daba por hecho que era nuestra obligación.

—¿Has venido a decirme que, básicamente, mi existencia te jodió la vida? —Me río por no llorar. Tengo hasta la culpa de haber nacido.

—No he dicho eso, y menos aún me he expresado con esos términos.

Mi mente, que ha estado nublada unos cuantos días, encaja todas las piezas de golpe.

—Tanto esforzarme por ser una hija modélica, la hija perfecta de la que estuvieras orgullosa, y nunca había manera… Porque era imposible, no me querías ni como concepto.

—Tienes 30 años, deja ya de ser tan melodramática —suspira con desgana.

He sido obediente, sumisa y una reprimida toda mi vida, pero melodramática, no.

—¿Volverías a tenerme? Si ahora pudieras elegir. Dime la verdad.

—Lo que está hecho no se puede deshacer —responde apartando sus ojos de mí.

—Me lo tomaré como un «no».

—¿Quieres sinceridad? Yo no tuve la posibilidad de decidir. Antes tenías hijos porque era lo que había que hacer. Y también dejé mi trabajo por qué era lo que había que hacer cuando me quedé embarazada de ti. Pensé que cuando te pusieran en mis brazos todo cobraría sentido, pero no ocurrió. Después tuve lo que creo que fue una depresión posparto que no me traté, porque nadie nos contaba que eso podía pasar, y después seguí esperando que llegara ese… —Tuerce el gesto—. Ese instinto que dicen. Esa conexión, o como lo quieras llamar.

—Pero nunca llegó —sentencio segura de mis palabras—. Tiene sentido. La forma en que me miras no se parece en nada al amor.

—No te confundas, no soy ningún monstruo. Claro que te quiero, aunque no del modo sentimental que tú siempre me has pedido.

—¿Sabes que no recuerdo ni un solo gesto de cariño por tu

parte? —Niego con la cabeza—. Por mucho que lo piense. Ni un abrazo espontáneo ni un beso que no fuera por educación. Nada.

—Te vestí, te alimenté y procuré que tuvieras la mejor educación posible para que pudieras valerte por ti misma sin depender de nadie. Te he dado todo lo que podía darte y no voy a disculparme por eso.

—De las carencias emocionales entonces no hablamos, ¿no?

—Por Dios... —bufa exasperada mirando al techo—. Siempre has sido demasiado sensible. Siempre intentando que todos te quieran. Por eso acabaste liada con ese macarra de tres al cuarto.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? Porque crees que tenías razón y te encanta poder restregármelo.

—Lo que sé es ya no hay nada que te ate a él, gracias a Dios.

—¿Te alegras de lo que me ha pasado? ¿Es eso? —pregunto sin inmutarme, ya estoy curada de espanto.

—No me alegro, pero la naturaleza es sabia... No tener un hijo con él es lo mejor que te ha podido pasar.

Dicen que ser madre es tener el corazón fuera del cuerpo, pero supongo que para eso deberías tener uno.

—Podría llegar a entender la parte en la que te viste presionada para ser madre, pero no comprendo tu falta de humanidad. Y por cierto, sí la tuve. Tuve una hija con Sergio. No te permito que niegues que existió.

—Vale, muy bien. Coge tus cosas, te vienes a casa conmigo —me ordena zanjando la discusión.

—¿Perdona?

—¿Tú te has visto cómo estás? Si tengo que tratarte como una niña y volver a encaminarte, lo haré. Otra vez.

—No voy a ninguna parte contigo.

—No tengo tiempo ni ganas de discutir —me advierte.

—Yo tampoco. De hecho, ya he perdido demasiados años intentando complacerte. Eres una madre horrible, así que te voy a regalar lo que siempre has querido. Te descargo de tus obligaciones. Ya no tienes una hija. Felicidades.

¿Debería dolerme lo que acabo de decir? Porque no lo hace. Ni

un poco.

—Eres una desagradecida —me espeta al considerarse profundamente ofendida—. Eso es lo que tampoco te cuentan sobre ser madre, que los hijos solo te quitan y no te dan nada, que son unos egoístas y no merece la pena el sacrificio.

—Cierra al salir —le pido con un movimiento de cabeza.

Coge su bolso, da un golpe digo de melena y sale pegando un portazo. Vuelvo a preguntarme si debería sentir algo. ¿Debería?

—Aura, ¿estás bien? —Brina baja las escaleras a toda prisa.

—Perfectamente.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Que he sacado la basura.

Me doy media vuelta y regreso al jardín.

38

SOL

Si el amor es ponerse unas mallas de leopardo…

Inspiro y espiro. Inspiro y espiro. Inspiro y aguanto el amago de vómito que me sube por la garganta. Me paso los dedos por la frente sudada. Joder, hay estatuas en museos de cera con menos brillos que yo. Pero cómo no voy a sudar, hace un calor de mil demonios y estoy atacada de los nervios. Lo que tiene una que hacer por amor… Vale, bueno, lo que tiene una que hacer por amor después de haber sido una desconsiderada de mierda. Porque lo he sido, lo admito.

Y como consecuencia de ello, aquí estoy esta tarde, en el parque del Retiro, temblando como un flan y rodeada de gente por todos lados que, sin saberlo, está a punto de presenciar el ridículo que estoy a punto de hacer. Hasta los patos del estanque se van a descojonar a mi costa en cuanto Teo aparezca. Porque va a venir. Casi seguro. No me dejará tirada, ¿no? No, él nunca me haría eso.

Vuelvo a inspirar y espirar. Le pedí vernos aquí después de pasar tres semanas casi sin hablar. Las tres semanas más largas de mi existencia. En este tiempo, él solo ha pasado por casa algunos días para recoger a Marie Curie y llevársela de paseo. La echa de menos, y ella a él, y eso solo me hace quererlo todavía más. Pensaba que era imposible, que mi amor por Teo era como una maleta a punto de reventar y en la que ya no cabía nada, pero estaba equivocada, aún quedan bolsillos sorpresa con los que rellenarla.

He hecho mi mayor esfuerzo en estos días por no presionarlo, por darle su espacio, aunque ese espacio se esté convirtiendo en el puto abismo de Helm. Si no entiendes la referencia por no haber leído —o al menos visto— *El señor de los anillos*, no sé si podemos ser amigas… Ay, no me hagas caso, hoy no me soporto ni yo.

Cuando lo veo llegar caminando hacia mí suspiro aliviada, sin embargo, la tranquilidad se evapora enseguida y mi corazón se revoluciona. Joder, me cago en mi puta estampa, al final voy a tener que hacerlo de verdad. Teo me encuentra con la mirada y en su cara se dibuja una sonrisa comedida de labios apretados. Al llegar y

detenerse frente a mí, me saluda con un «hola» bajito.

—¡Hola! —respondo tan alto que asusto a tres palomas. Rebaja el entusiasmo, Sol.

—Querías verme... Tú dirás. —Se mete las manos en los bolsillos porque no sabe muy bien qué hacer con ellas. Está nervioso. Después de tantos años, los dos lo estamos.

—No creo que ahora mismo sea capaz de hablar sin vomitarte sobre los zapatos —confieso—, y tus zapatos son caros, así que, por favor, espera a que termine de hacer lo que voy a hacer y hablamos después, ¿vale? —Él frunce el ceño por respuesta—. Por favor, Teo, esto es importante. Te lo prometo.

—Vale —asiente y pestañea.

Camino de espaldas a él y me alejo unos cuantos pasos hasta colocarme en posición. Giro el cuello hacia la derecha y con un movimiento de cabeza doy la orden para que empiece la función. De todas mis ideas peregrinas, quizá esta no sea la más original, pero me juego mucho, así que deséame suerte. Allá voy.

La música empieza a sonar a través de unos altavoces y comienzo a moverme con ella. Muevo la pierna izquierda primero, llevando el ritmo, continúo con la derecha. Levanto el brazo izquierdo y dibujo un arco con él, hago lo mismo con el derecho. Detrás de mí aparecen dos personas, bailarines concretamente, que empiezan a seguir mi coreografía. Bruno Mars empieza a cantar:

It's a beautiful night, we're looking for something dumb to do
Hey baby, I think I wanna marry you

Otros dos bailarines se unen a nosotros y Teo me mira cual liebre asustada en la carretera, pero debo centrarme en mis pasos para no tropezar y romperme la cadera. Sí, esto es un *flashmob*, y no, no hemos viajado a 2010, que es la época en la que esto estaba de moda. Es mi pequeño homenaje a todas esas veces que «obligué» a Teo a acompañarme en los *playbacks* del colegio.

Dos bailarines más se unen en mi camino hacia el bochorno. Y todavía quedan otros seis, que van entrando conforme avanza la canción. Muevo los brazos, la cintura y los pies con una coordinación

bastante aceptable, ya que he estado ensayando la coreografía durante dos semanas. Mientras, la gente empieza a arremolinarse a nuestro alrededor y sacan sus móviles para grabarnos. Perfecto, encima va a constar como documento para la posteridad.

Tras tres minutos y medio de coreografía, los doce bailarines que me acompañan desaparecen. Me acerco despacio a Teo y me quedo parada frente a él. Bruno Mars canta la estrofa final y pone voz a lo que intento decir:

Is it the look in your eyes or is it this dancing juice?
Who cares, baby, I think I wanna marry you

La música acaba y se hace el silencio a nuestro alrededor. Hasta los putos patos se quedan callados. Me falta el aire, por la coreografía y los nervios, pero saco fuerzas para hablar.

—¿Y bien? —le pregunto.

—¿Y bien qué? —Me observa con gesto indescifrable, y eso que me conozco cada una de sus muecas.

—¿Cómo que qué? Pues que ¿qué me dices?

—¿A qué?

—¿Me estás vacilando? —Pongo los brazos en jarra—. He contratado un cuerpo de baile, he aprendido la puñetera coreografía y mañana voy a tener agujetas hasta en el paladar. ¿No me vas a dar una respuesta?

—¿Cuál es la pregunta? —Se encoge de hombros.

—¿La canción *Marry you* no te dice nada?

—Si te refieres a la letra, dice específicamente: «Creo que quiero casarme contigo», que implica una intención bastante vaga y, desde luego, no es una pregunta.

Y el pedazo de mierda seca se pasa la mano por la barbilla y disimula una sonrisa mientras medio parque nos observa expectante. Quiere el espectáculo al completo. En fin, pues ya que estamos, hagámoslo a lo grande. Me agacho e hinco la rodilla derecha en el suelo.

—Te quiero, Teófilo, y si algo tengo por seguro es que te voy a querer siempre. ¿Te casas conmigo? Porque yo me he dado cuenta de

que quiero casarme contigo, y quiero todo lo que venga contigo. Ni siquiera me importa tu disfunción eréctil —vocifero para todos los presentes y, a continuación, lo miro con cara de «te jodes». Se lo merece.

—¿De verdad quieres casarte conmigo? —me pregunta muy serio.

—Sí.

—¿Qué ha cambiado?

—Yo. He entendido que si el amor es ponerse unas mallas de leopardo, también lo es vestirse como un merengue y caminar por un pasillo en el que tú me estés esperando disfrazado de pingüino y llorando como un idiota.

—Te apuesto lo que quieras a que tú también lloras.

—¿Eso es un sí? Porque me está empezando a doler la rodilla.

—Canija… —Me da la mano y me ayuda a levantarme—. Eres lo más grande de mi vida. Es un sí.

Doy un salto, me agarro a él como un mono y lo beso. Una lluvia de aplausos nos rodea en la escena más moñas de la que ha sido testigo este parque, pero me da igual. Él es feliz y yo soy feliz. Separo mis labios de los suyos con una sonrisa.

—Y que sepas que también he entendido todo lo que me dijiste —le aseguro—. Aunque me lo vas a tener que recordar de vez en cuando, porque a veces soy un poco apisonadora.

—Te lo recordaré —asiente devolviéndome al suelo.

—Entonces nos vamos a casar… —Resoplo—. Joder, qué fuerte. Mi familia va a flipar.

—Sol, podemos casarnos o no. Con que estés dispuesta a hacerlo me vale.

—Teo, no recules ahora —le advierto con el dedo—. No te muevas de tu posición o al final volveremos a las andadas.

—Vale, es verdad, es verdad —admite—. Mañana mismo empezamos a organizar la boda.

—Perdonad —nos interrumpe una sonriente mujer de mediana edad—. No quiero molestaros, solo daros la enhorabuena. Hacéis una pareja preciosa.

—Gracias —respondo. La señora lleva toda la razón.

—Y también quería deciros… —susurra esta vez y se acerca un poco más, como si fuera a vendernos droga—. Que no os preocupéis, a mi marido también le pasaba eso… —Abre mucho los ojos y dirige la mirada a la entrepierna de Teo—. Ya sabéis… No le funcionaba bien… pero con unas pastillas que le recetó el urólogo ahora está como un toro.

—Ah, pues probaremos con pastillas, claro que sí —afirmo dando unas palmaditas a Teo en el pecho y sonriendo a la buena mujer—. Porque ya voy necesitando yo un buen meneo. Que a este lo quiero mucho, pero la situación se me está haciendo muy dura… Bueno, usted ya me entiende, porque dura, dura, lo que es dura pues…

—Muy amable, gracias. —Teo me coge de la mano y tira de mí —. Nos tenemos que ir ya.

La mujer nos desea mucha felicidad y nosotros nos vamos dando un paseo por el parque cogidos de la mano.

—¿A dónde vamos ahora? —le pregunto.

—A casa.

—¿Y qué vamos a hacer en casa? —Arqueo una ceja insinuante —. Y no te cortes con los detalles, que necesito oírlo. Llevo casi un mes a palo seco.

—Pues pensaba hacerte el amor como un loco, pero dudo que se me levante dado mi problema.

—Tranquilo, toro, que de eso me encargo yo.

No tendré miedo mientras tú estés conmigo…

Antes, cuando veía a una persona comiendo sola en un restaurante o viendo una película en el cine, pensaba que no sería nunca tan valiente como para hacer algo así. Ahora creo que no es una cuestión de valentía, sino de necesidad. Quizá esas personas están huyendo de otras personas. Personas que las asfixian. Como estoy haciendo yo esta tarde en la barra de un bar cualquiera, mareando un Dry Martini con tal de evitar un par de horas a Brina. Ha pasado toda la mañana intentando convencerme para ir a la piscina, o a comer, o a un spa, o a tirarnos por un puente si eso me va a hacer feliz. Nada lo hace, por mucho que se empeñe. Ayer fueron Sol y Teo quienes intentaron mantenerme ocupada llevándome a un cine de verano al aire libre. Sospecho que han establecido turnos para encargarse de mí.

Mis amigos están llenos de buenas intenciones, pero lo que no entienden es que yo estoy vacía de ganas. Y más después de haber hecho una limpieza personal que se ha llevado por delante a mi familia, en el más amplio sentido de la palabra.

—Pensaba acercarme a ti con la excusa de invitarte a otra copa, pero llevas con esa media hora y me estás estropeando el plan.

Sé que me habla a mí porque el bar está casi desierto y no hay nadie más en la barra. Giro la cabeza hacia la izquierda y lo veo. Madre mía, es imposible no verlo. Pelo castaño corto, ojos azules, músculos que se intuyen bajo la camisa de su traje y pinta de desayunar testosterona.

—A lo mejor debería invitarte yo a ti a esa copa, porque así vestido en agosto corres el riesgo de deshidratación severa.

—Lo sé. —Se ríe con una carcajada grave y se sienta a mi lado —. El traje es política de empresa y yo vivo en Oslo. Solo he venido a Madrid un par de días por negocios.

Asiento sin más. La antigua, agradable y complaciente Aura le preguntaría qué negocios son esos con el fin de mantener una conversación educada, pero la antigua, agradable y complaciente Aura

me aburre tanto como la posibilidad de que un desconocido me cuente su vida, por muy bueno que esté.

—Acepto esa copa, por cierto. Me llamo Héctor.

Hasta su nombre suena masculino, como de guerrero espartano. ¿O era troyano? Bueno, qué más da... Levanto la mano y aviso al camarero, quien se acerca al momento.

—Para él... —lo señalo con el dedo.

—Hendricks con tónica —responde el clon de Christian Grey.

—Y para mí la cuenta.

El camarero se aleja para preparar la bebida y saco la cartera del bolso.

—No pensarás dejarme aquí bebiendo solo, ¿no? —me pregunta alzando las cejas y adivinando mi intención.

—Te he dicho que te invitaba a una copa, no que fuera a acompañarte —le aclaro, aunque lo hago en un tono sospechosamente coqueto.

—Pero deberías.

—¿Por qué? No te conozco, no tengo ninguna obligación contigo.

—¿Y si estás dejando atrás al hombre de tu vida?

A ese ya lo conocí, me digo, aunque bloqueo su recuerdo inmediatamente.

—No lo eres —respondo entre dientes y aparto la mirada.

El camarero vuelve con su gin-tonic y la cuenta. Pago su copa y la mía, que me salen por un ojo de la cara, y hago amago de levantarme de mi taburete.

—¿Y qué te parece si soy simplemente «aquel tío guapo del bar»? Uno que no tiene ninguna relevancia en tu vida, pero del que te acordarás siempre con una sonrisa porque con él echaste el mejor polvo de tu vida.

El sonido de mi propia risa me sorprende. Hace semanas que no me escucho reír. Un punto para el tío guapo del bar.

—Menuda confianza en ti mismo.

—Eh, que también estoy confiando en ti, esto debe ser trabajo en equipo.

—¿De verdad consigues ligar así? —Arqueo una ceja divertida.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Lo estoy consiguiendo? Nunca he hecho nada parecido —asegura con ojos inocentes.

Anda ya… Este se ha acostado con todo Oslo y la mitad de los países nórdicos. En cambio, a mí no se me pasaría por la cabeza enrollarme con un desconocido en un bar a media tarde. Espera, a la antigua, agradable y complaciente Aura no se le pasaría por la cabeza. Y en lo de que es guapo tiene razón, aunque se esfuerza un poco de más por aparentarlo. No se parece en nada a… Bloqueo el recuerdo, otra vez.

—¿Dónde decías que estaba tu hotel?

—No te lo he dicho —Sonríe con descaro—. A la vuelta de la esquina.

***

Tras una charla superficial de unos 20 minutos y altas dosis de tonteo, el tío guapo del bar y yo estamos subiendo en el ascensor de su hotel. Ya ni nos molestamos en hablar, preferimos meternos la lengua hasta la campanilla, que es lo único que nos motiva en realidad. Estoy empotrada contra el espejo y él me clava una erección de caballo mientras sus manos se mueven ansiosas por todas partes. Al llegar a la sexta planta, salimos del ascensor y las risas nos acompañan por el pasillo de camino a su habitación. La mía es de incredulidad por lo que estoy a punto de hacer.

Nada más entrar por la puerta, me agarra de la cintura y del pelo y me vuelve a besar. Tira de la tela de mi vestido con intención de llevarme a la cama, pero lo retengo. Una cama, aunque sea la de un hotel, resulta demasiado íntima. Solución: le pido hacerlo contra la puerta. Accede con una mirada hambrienta y seguimos besándonos en el sitio. Después de unos cuantos sobeteos preliminares, me bajo las bragas, dándole a entender que ya estoy lista. No tarda en sacar un condón de su cartera y colocárselo. Me levanta del suelo sin esfuerzo, dejando patente que la suscripción al gimnasio le sale rentable, y me penetra con un jadeo hondo que amortigua el sonido de mi quejido de

dolor. Quizá no estaba tan lista.

Aprieto los dientes mientras mi cuerpo se va acostumbrando a las embestidas y, aunque deja de doler poco a poco, la cosa no mejora. Se mueve diferente a... Cierro los ojos tratando de bloquear otro de mis recuerdos. Me agarro más fuerte a su espalda y entierro la cara en su cuello. Su olor a colonia es como un bofetón. Huele diferente a... Joder. Trato de concentrarme en lo que estamos y le pido que acelere el movimiento, pero al escuchar sus jadeos aumentar, me doy cuenta de que también suenan diferentes.

Mis barreras mentales de desmoronan y caen tan fuerte que se hacen añicos. Sergio toma el control. Sus manos, moviéndose por mi piel, erizándola; su pelo, haciéndome cosquillas en el cuello; sus ojos, mirándome como si yo fuera lo más importante del mundo; sus labios, pegados a los míos, esbozando un «te quiero, mi vida».

—Para, para, para, para... —le pido y el tío guapo del bar deja de moverse.

—¿Qué pasa?

—No puedo. —Desenrollo mis piernas de sus caderas con torpeza y vuelvo al suelo.

—Vamos a la cama —propone, malinterpretando mi incomodidad.

—No, no puedo seguir —lo corto antes de que vuelva a besarme otra vez.

No puedo correrme con su recuerdo, que sería la única forma de conseguirlo. Me niego.

—Eh, ¿estás bien? —Me pone una mano sobre el brazo y juro que quema.

—¡No me toques! —le grito sin darme cuenta y me aparto con brusquedad. No es con él con quien estoy enfadada, pero parece que lo va a pagar igualmente.

—Eh, oye, tranquila —Se aleja un par de pasos de mí con las manos en alto—. Eres tú la que ha querido venir, yo no te he obligado a nada.

—Sí, he querido venir y ahora quiero irme —sentencio mientras me pongo las bragas.

Abro la puerta y salgo de la habitación sin despedirme, no sin antes escucharlo murmurar «puta loca». Me da igual. Salgo del hotel y cojo el primer taxi que encuentro. No estoy para permitirme más gastos extra, pero las piernas apenas me responden. No sabía que el cuerpo podía temblar tanto de rabia.

Cuando llego a casa de Brina, rezo para que ella haya salido. No me apetece dar explicaciones de mi mal humor. Por supuesto, no tengo esa suerte. Desde la puerta de la entrada la escucho hablar con alguien en el jardín. Estoy tentada de escabullirme y encerrarme en mi habitación, pero entonces la escucho pronunciar mi nombre. Supongo que estará hablando con Sol, puesto que soy su tema favorito de conversación últimamente. Me puede la curiosidad por saber qué es lo que están diciendo sobre mí, así que, en lugar de huir, me aproximo sigilosamente por el lateral de la entrada que da acceso directo al jardín. Brina está de pie, pero no hay nadie con ella. Está al teléfono. En realidad, está escuchando a la otra persona que le habla en este momento al otro lado y no se percata de mi presencia.

—Lo siento —tercia ella unos segundos después con una sombra de tristeza y agacha la mirada—. Es que no sé qué más decirte, Sergio...

Y escuchar su nombre es la estocada definitiva de hoy.

—¿En serio? ¿No sabes qué más decirle? —intervengo y Brina levanta la vista de golpe—. ¿Por qué no pruebas con «vete a la mierda»? —sugiero y su cara es un poema. Aprovecho su desconcierto para acercarme a ella y quitarle el teléfono. Estoy a punto de colgar, pero me lo pienso mejor—. Creía que eras más inteligente y que sabías interpretar el silencio —le digo a Sergio.

—Aura, por favor, solo quiero saber cómo estás —me suplica y su voz arde en mi pecho.

—Vengo de follarme a otro, así que ya ves, estoy genial, y tú estás más que superado. He seguido con mi vida, haz lo mismo con la tuya.

Ahora sí, cuelgo sin esperar una respuesta.

—No vuelvas a hablar con él —le advierto a Brina, devolviéndole su móvil. Acto seguido, me largo del jardín. Lo malo de

vivir en su casa es que puede perseguirme hasta mi habitación.

—Lo siento —se disculpa entrando detrás de mí—. A veces me llama y no sé muy bien qué decirle... Parece bastante desesperado por hablar contigo.

—¿Y a ti qué más te da? Sergio nunca te gustó.

—Al principio no —admite—, pero han pasado muchas cosas desde entonces. Ahora solo veo a dos personas que no encuentran la forma de estar juntas a pesar de lo mucho que se quieren... Quizá si hablas con él una última vez, os serviría a los dos para poder cerrarlo.

—No me interesa.

—Aura, él también la ha perdido.

—Te he dicho que no me interesa —repito en un tono gélido que hace juego con mi mirada.

—¿Has estado con alguien o solo se lo has dicho para hacerle daño?

—He estado con un tío —le aclaro mientras me desabrocho el vestido. Voy a ahorrarme los detalles del encuentro.

—No creo que eso sea lo más conveniente para ti ahora mismo.

—Tampoco te he preguntado tu opinión —replico, hartándome ya de esta conversación.

—Vale, muy bien, como quieras. —Suspira dándome por imposible—. Cambiando de tema... Andrés y yo hemos conseguido ponernos de acuerdo por fin y vender la casa de la sierra, así que Sol y yo hemos pensado que podemos pasar allí un último fin de semana. Teo también se apunta y había pensado en decírselo a Hans. Dice que ha estado llamándote, pero no se lo coges. Tiene muchas ganas de verte.

—Tú ahora gestionas mi agenda telefónica, así que supongo que me puedes organizar también el fin de semana —ironizo y tiro el vestido sobre la cama. Debería lavarlo. O tirarlo, no sé.

—Aura... —El agobio se refleja en su voz—. Puedo seguir intentándolo, pero no va a servir de nada.

—¿El qué?

—Sacarte de donde te estás metiendo... Estoy preocupada por ti, y no soy la única.

—Pues deja de preocuparte, estoy bien. Además, tú y yo tenemos un acuerdo estupendo. Como mandaste a la mierda a Enzo y de momento no se te va a arreglar lo de ser madre, puedes dedicarte a cuidar de mí, porque es evidente que no sé valerme por mí misma.

—Ser cruel conmigo, y contigo misma ya que estamos, no te va a ayudar. Necesitas hablar con alguien, necesitas procesar todo lo que te ha pasado.

—Ya... —Chasqueo la lengua—. ¿Sabes qué pasa? Que yo ya no hago cosas que no me apetecen. Y ahora, si no te importa, voy a ducharme. Necesito quitarme de encima el olor de ese tío.

Salgo de la habitación sin darle oportunidad de contestar y subo hasta el cuarto de baño. En lugar de darme una ducha, decido prepararme un baño con mucho jabón. Así tardaré más en reencontrarme con mi psicóloga de guardia. También pongo música. Opto por una de esas listas que Spotify mezcla para ti según tus canciones más escuchadas. Empieza con *Shake it out*, de Florence + The Machine, y me vale.

Cuando el agua está perfecta, es decir, a una temperatura con la que se podría fundir estaño, me sumerjo en la bañera y me recuesto con el fin de rebajar la tensión muscular que me acompaña y relajarme. Cierro los ojos y emito un largo suspiro. Pasan los segundos, pero no funciona demasiado. No consigo dejar la mente en blanco y empiezo a pensar. Debería volver a mi piso. Ya llevo más de un mes viviendo en casa de Brina y la comodidad no me compensa. Está empezando a ponerme de los nervios.

Aunque no se trata solo de la comodidad, reconozco. No he vuelto a casa porque sé que esos 40 metros son irrespirables para mí, porque en ellos se concentran todos los recuerdos que estoy intentando enterrar. Y si creía haber terminado con ellos por hoy, me equivocaba. Spotify decide que la siguiente canción de la lista sea *Stand by me*, de Otis Redding. En cuanto empieza a sonar, me llevo la mano al vientre en un gesto automático. Sergio ponía esa canción cada mañana con aquellos auriculares gigantes. Y la asociación es inevitable. Su mejilla pegada a mi barriga y él cantando bajito: «No tendré miedo mientras tú estés conmigo, así que cariño, quédate

conmigo». Mi mandíbula se tensa y aprieto los puños hasta clavarme las uñas. Me incorporo y me siento abrazada a mis rodillas, tratando de respirar con normalidad, pero no puedo. Mi cabeza se acelera. No soporto esa canción. No la soporto. No la soporto. No soporto esa puta canción. El sentimiento se transforma en una ira incontrolable que necesito expulsar y se manifiesta con un alarido tan violento desde lo más profundo de mi ser que creo que va a romperme las costillas. Y así es como regreso a mi cuerpo.

—¡Aura! ¡Aura! —Abro los ojos y veo a Brina arrodillada delante de mí, alarmada, pero sin entender nada de nada— ¡¿Qué te pasa?!

—La música —consigo decir con la voz ahogada y me doy cuenta de que también estoy llorando—. Haz que pare, por favor.

Lloro tan fuerte y tan alto que no escucho nada de lo que Brina dice a continuación. Solo siento el agua salpicándome y su cuerpo pegándose al mío.

—Ya está, ya está ... —Me abraza con fuerza. Se ha metido vestida en la bañera—. Ya está. Ya no hay música, Aura. No pasa nada.

Me agarro a ella con todas mis fuerzas y me sostiene en silencio mientras me derrumbo.

—La he perdido —musito casi sin voz.

—Lo sé, cariño.

Y sigo llorando hasta que el agua se enfría.

Yo decido

—Aura… —me llama él con voz templada pero firme.

—Perdón —respondo y vuelvo a mirarlo.

Estoy sentada en una silla, con las piernas juntas y la espalda muy recta. La temperatura de la sala es agradable, pero mis manos están heladas como de costumbre. Entrelazo mis dedos y juego con ellos mientras él me observa desde su sillón negro. Solo nos separa una mesa en la que descansa un tarjetero y un bote con unos cuantos bolígrafos. Está esperando a que responda a su pregunta. Parece una pregunta sencilla, es la primera que me ha hecho. La razón por la que estoy aquí, en su consulta. En la consulta de un psicólogo para ser más explícita.

—Aura, nuestro único objetivo hoy es que nos conozcamos un poco y que tú te sientas a gusto para poder contarme qué te ha traído hasta aquí.

Nunca me he sentido muy cómoda hablando sobre mí, pero para eso he venido, ¿no?

—Sufrí un aborto, rompí con mi pareja, no tengo trabajo y hace unos días tuve una especie de crisis nerviosa en la bañera de mi mejor amiga, con la que, por cierto, he sido bastante capulla últimamente, a pesar de que me está haciendo el favor de acogerme en su casa porque soy incapaz de dormir en mi cama. —Lo he soltado de carrerilla, como si así fuera a doler menos—. Tengo un buen arsenal —añado y se me escapa una risa floja—. Perdón… estoy nerviosa. Nunca he hecho esto —admito, echando un vistazo general a la habitación.

La sala es luminosa, a pesar de que la ventana está tapada con un estor, y huele bien, a limpio y con un leve toque a flores. En la pared cuelgan unos cuantos diplomas y hay una estantería con libros. Eso es todo. Supongo que la austeridad en la decoración tiene su razón de ser en estos sitios.

—Los nervios son muy normales —asegura él—. Y quiero que entiendas que eres valiente por haber dado el paso de pedir ayuda.

—Es curioso... yo lo siento como un fracaso. No digo que lo sea. —Levanto las manos—. Quizá para otras personas no, pero a mí me enseñaron que debía arreglar todo por mí misma... Lo que pasa es que ya no me veo capaz y salir de la cama por las mañanas empieza a hacerse cuesta arriba. Y ya que estoy siendo sincera, tampoco sé si sabré hacer esto bien. —Me froto la cara para despejarme—. Me cuesta poner en orden mi cabeza. Cualquier tontería me provoca un recuerdo, y ese recuerdo parece desencadenar otro, y así se van multiplicando.

—No pasa nada, aquí no necesitas un guion. Eres libre de contar lo que tú quieras y hasta donde tú quieras. Ahora mismo no estamos haciendo terapia, solo estamos hablando. Iremos poco a poco, sin presión. ¿Te parece bien?

Admito que su voz es relajante. Suelto el aire por la boca y me siento un poco menos rígida.

—Vale.

—De todo lo que acabas de decir, ¿cuál crees que ha sido el detonante que te ha hecho venir?

Debo concentrarme para proyectar la voz y pronunciarlo en voz alta. Todavía cuesta.

—El aborto... Desde ahí todo fue a peor. A mucho peor.

—¿Cuándo ocurrió?

—El 9 de julio. Hace casi dos meses. —Lo apunta en su libreta rápidamente y vuelve a mirarme—. Justo después de eso, Sergio, mi pareja... Él y yo... Nuestro bebé no sobrevivió y nosotros tampoco —resumo como puedo.

Ayer por fin volví a mi piso. Sergio se había llevado todas sus cosas, como es lógico. Su ropa, sus discos y hasta el dibujo que le regalé del mar después del viaje exprés a Valencia por su cumpleaños, y que también había enmarcado para colgarlo en la pared junto al cuadro de su madre. Es como si nunca hubiera estado allí. Excepto por la flor silvestre, ya marchita cuando la encontré, que había dejado sobre mi escritorio antes de irse. Una de cinco pétalos de color azul claro y centro amarillo. «Nomeolvides».

—Aura... —vuelve a llamarme.

—Perdón —me disculpo otra vez—. Últimamente también me disperso un poco.

—Tranquila, lo entiendo. Tómate tu tiempo... Decías que sufriste un aborto y después de eso terminaste la relación con tu pareja.

—Sí... —Él me mira para que continúe—. Después de eso... me apagué. No sabría describirlo de otra forma. Todo dejó de importar, y me pareció bien. Era mejor que la culpa.

—¿De qué piensas que tienes la culpa?

¿De todo? Qué difícil va a ser esto.

—De que mi cuerpo no funcionara como debía para mantener a salvo a mi bebé. Muchas mujeres llevan sus embarazos a término todos los días —Me encojo de hombros—. Yo no pude.

—¿Y pensarías eso de otra mujer que está pasando por la misma situación que tú? ¿Le echarías la culpa a ella?

—No, claro que no —respondo automáticamente—. Eso es horrible.

—¿Entonces por qué lo haces contigo?

Buena pregunta. Y jodida también.

—Porque tiendo a ser mucho más comprensiva y complaciente con la gente que conmigo. Pero eso no es nuevo... Suelo anteponer las necesidades de los demás a las mías.

—¿Puedes darme algún ejemplo en concreto?

En este caso, no necesito rebuscar mucho. Los tengo a pares.

Estudié la carrera que mi madre consideró que era la mejor opción para mí. En mi antiguo trabajo permitía que mi jefe me cargara con más trabajo que a mis compañeros porque nunca era capaz de negarme, cosa que no me dejaba dormir por las noches y hacía que se me cayera el pelo por el estrés. Tuve un novio al que no le contaba que me aburría en la cama porque prefería negarme mi propio deseo a herir su sensibilidad. Y en mi última relación tampoco lo hice mejor... Él quería que viviéramos juntos y yo no estaba segura de que eso fuera lo que necesitábamos, pero aun así terminé pidiéndoselo yo.

—¿Por qué se lo pediste tú?

—Porque me aterraba perderlo.

—¿Y qué crees que es lo que te motiva a hacer todas esas cosas por los demás?

—Que soy una excelente persona —bromeo, pero él no se ríe, solo espera. Y cobra por hora, así que...—. Es más probable que me quieran.

Se me cae la primera lágrima y deduzco que vamos a tener mucho trabajo por delante. Después de eso, sigo hablando, salto de un tema a otro, me pierdo y noto cómo él va reconduciéndome. Me deja hablar y hablar y hablar. Y termino por desbordarme. Para cuando acabo, no puedo decir que me encuentre bien, aunque sí un poco más relajada. Hasta mi postura corporal ha cambiado y me siento más cómoda en la silla.

Hacia el final de la sesión, me explica cómo va a funcionar la terapia y me asigna mi primera tarea.

—Date permiso para divertirte. El malestar va a venir por sí solo, así que los buenos momentos hay que crearlos. Quiero que hagas algo, alguna actividad por placer, solo por y para ti.

Por placer. Solo para mí, repito mentalmente.

—¿Es raro que no se me ocurra nada?

—Piénsalo. No lo tienes que decidir ahora mismo, aunque es importante que lo hagas. Aura, vamos a trabajar juntos si estás dispuesta. No va a ser fácil y llevará tiempo, no te voy a decir lo contrario. Pero puedo ayudarte, y con el tiempo conseguiremos que te sientas mejor.

—Tendré que fiarme de ti, tienes buenas referencias. Manuela siempre te pone por las nubes.

—¿Conoces a mi prima? —Es la primera vez que veo genuina sorpresa en sus ojos azules. Y lo de «azules» se queda corto en su caso. Es como me imagino el color del mar de una isla paradisiaca que solo existe en mi imaginación.

—Somos amigas —le explico—. Estuve en su boda.

—Perdona, no te he reconocido —se disculpa Dani.

—No te preocupes, no tienes por qué. En aquella boda había como 400 invitados...

—Y fue bastante accidentada. En mi defensa puedo alegar que

estuve muy ocupado.

—Es verdad, al cura le dio un infarto —recuerdo.

—Sí, y te prometo que no fue lo más surrealista de aquel día —sonríe para sí mismo.

—Una cosa… No le he dicho a Manuela que iba a venir aquí.

—Lo sé. Si lo hubieras hecho, me habría llamado veinte veces innecesariamente para asegurarse de que te trato especialmente bien.

—Preferiría que no le contaras nada de momento.

—Aura, no hace falta que me lo pidas. Te aseguro que todo lo que hablemos tú y yo será confidencial. —Sus ojos también me lo confirman—. Y ya que estamos, cuantas menos opiniones ajenas escuches sobre lo que debes o no debes hacer, mejor. Incluida la de mi prima… Es maravillosa y tiene las mejores intenciones, pero no todo en la vida se arregla con un abrazo y una caja de minipalmeras de chocolate.

—No, pero ojalá fuera así…

Concertamos otra sesión para dentro de dos semanas y nos despedimos en la puerta.

—Patinar… —brota de mi boca justo antes de irme—. Cuando era pequeña me encantaba patinar. Hace como mil años que no lo hago y a lo mejor es un poco infantil —dudo—. Además, era un poco torpe y hasta mi madre terminó prohibiéndomelo porque me desollaba las rodillas y eso no era nada femenino… Aunque ahora soy adulta y ya no me hablo con ella —razono y me doy cuenta de que estoy empezando a divagar—. Pero eso mejor lo dejamos para otro día…

—Aura… —Dani me sonríe—. Patinar es una buena idea siempre que a ti te apetezca hacerlo. Tú decides.

No sé si me apetece. No sé si me apetece hacer nada, pero al menos debería intentarlo. Por mí. Esta vez, por mí. Yo decido.

41

SERGIO

La vida que le robé

He estado a punto de subirme a un avión cada día de los últimos tres meses. Y cada uno de esos días me he echado atrás en el último momento. Podría decir que soy un cobarde, pero se trata más bien de vergüenza. ¿Cómo te disculpas cuando no crees merecer el perdón?

Lo que me ha empujado, por fin, a comprar hoy un billete nada más levantarme de la cama, volar hasta Madrid, alquilar un coche en el aeropuerto y conducir hasta casa de Brina puede resumirse en los retazos de un sueño. La pasada noche soñé con Aura. Ni siquiera recuerdo los detalles, solo la sensación de tenerla a mi lado. Al despertarme esta mañana, seguía con esa falsa percepción en la mente, y los tres o cuatro segundos que precedieron al bofetón de realidad fueron mi momento más feliz de los últimos tres meses.

El día que me echó de su vida con unas palabras que nunca voy a ser capaz de olvidar, fui a casa de mi padre. Le conté lo que le había pasado a Aura, y también lo que andaba haciendo yo mientras eso pasaba. Sorprendentemente, de su boca no salió ni una mala palabra. Tal vez porque me vio destrozado y no quiso echar más leña al fuego, o tal vez porque ya me dediqué yo mismo a insultarme como un puto tarado. De todas las fases del duelo, la ira es la que se me da mejor.

Una semana más tarde, cedí a la discográfica mi parte de los derechos de las canciones que había escrito con Félix, recogí mis cosas del piso, regresé a la isla y busqué ayuda. Mi adicción no es problema que pueda permitirse esperar, y aunque no he vuelto a meterme nada desde aquella noche, lo que hice fue un serio recordatorio de que nunca debo bajar la guardia. Antes de irme intenté ver a Aura, pero no me cogía el teléfono ni leía mis mensajes. En ese momento no me quedó más opción que aceptarlo.

Ahora sería un buen momento para salir del coche, me digo. Llevo media hora repitiéndomelo. Agarro el volante como si se me fuera a escapar de las manos, tratando de encontrar el valor para caminar los veinte metros que me separan de la puerta. Sé que sigue viviendo con Brina. Ella sí responde a mis mensajes. Lo hace por

lástima, pero me conformo con eso.

Esta vez no traigo una cápsula del tiempo ni una proposición romántica de película. Después de lo que hemos vivido Aura y yo, supondría faltarnos al respeto a los dos. Además, llegados a este punto, también me conformo con una conversación.

Sigo buscando las fuerzas para bajarme del coche cuando lo veo aparecer por la acera. Él sí se atreve a detenerse frente a la casa y llamar al timbre. Se pasa la mano un par de veces por el pelo, aunque no lo necesita. Al contrario que yo, Óscar va perfectamente peinado.

Nunca llegué a preguntarle a Aura por qué estaba con él aquel día. En primer lugar, porque hubiera parecido un reproche y eso me habría convertido en un cabrón miserable. Y en segundo lugar, porque, fuera como fuera, no puedo hacer otra cosa que agradecerle que estuviera con ella cuando yo no lo hice.

Aura no tarda más de un minuto en salir. Diría que el corazón se me para al verla, pero ya lleva tres meses en pausa. La última imagen que guardo de ella es sustituida por otra que me alivia un poco la presión del pecho. Se ha cortado el pelo y ahora apenas le roza los hombros. Lleva un jersey blanco, unos vaqueros y se ha pintado los labios de rojo. Está preciosa. Es preciosa.

Saluda a Óscar con un abrazo largo y sentido. Al separarse de él le regala una sonrisa. No una de esas que utiliza por educación. Es una sonrisa sincera. Y al momento soy consciente de que en cuanto me vea, esa sonrisa se extinguirá y le joderé el día. Lo cual no quita para que todo mi cuerpo me exija a gritos bajarme del coche, pegando una sonora hostia a la puerta, y salir detrás de ellos como un jodido loco. Porque yo siempre he sido de los que aprenden por las malas... En cambio, desobedezco a mi instinto y los veo alejarse juntos por la calle sin moverme del asiento. Parece el orden natural de las cosas.

Quiero a Aura. La quiero como no sabía que se podía llegar a querer. Y con ello comprendo que lo mejor que puedo hacer es devolverle la vida que le robé al cruzarme en su camino. Por eso, aunque me siento morir aquí y ahora, arranco el coche y me voy al aeropuerto.

La última palabra

Alzo la vista hacia el cielo encapotado de enero y resoplo antes de llamar a la puerta. Más que resoplar, relincho como un caballo. Lo hago para descargar la tensión.

—¡Está abierto! —me responden con un bocinazo desde el interior que me hace dar un paso hacia atrás.

Estoy nerviosa por haber vuelto. «Histérica» define mejor mi estado, para qué engañarme. Llevaba más de un año sin pisar la isla. «Y hace seis meses que no lo ves a ÉL», recuerdo de manera involuntaria. Lo de mi subconsciente no tiene arreglo.

Abro la puerta de entrada y cruzo el recibidor. Conozco bien la casa, ya que viví un tiempo aquí. Aun así, camino a paso lento. No solo estoy nerviosa, también preocupada. No tengo ni idea de qué es lo que me voy a encontrar. En su mensaje mencionó una enfermedad, pero no me explicó con detalle. Parecía seria y no me atreví a preguntar por teléfono. Sencillamente, me pidió que viniera y, 24 horas más tarde, aquí estoy, entrando en su salón. Huele a incienso y sigue pareciendo un rastrillo *vintage*. La veo sentada en una silla, detrás de esa mesa circular con mantel de ganchillo que siempre me recordó a la consulta de una vidente. Abro los ojos con sorpresa.

—Lola… ¿Ese es tu concepto de enfermedad grave? —le pregunto señalando su brazo derecho escayolado.

—No, reina… —Levanta la mano del otro brazo en señal de advertencia y su ristra de pulseras tintinea—. Mi enfermedad grave se llama tercera edad y es un asco, ya te lo voy adelantando. Iba caminando por la calle y tropecé. Así, sin más. ¿Te lo puedes creer? —me informa con dramatismo.

—Lo que no me puedo creer es que tuvieras la poca vergüenza de enviarme un mensaje en el que dabas a entender que estabas al borde de la muerte —respondo indignada.

—Y cada día estoy un poco más cerca. Primero la menopausia —indica con el pulgar y empieza a contar con los dedos—, después las

pérdidas de orina. Y ahora me falla hasta la coordinación... Estuve a punto de romperme la cadera como un vejestorio. Oye, ¿y tú desde cuándo eres tan maleducada? —Hace aspavientos con la mano—. Haz el favor de venir a darme un beso.

Me acerco a ella, le doy ese beso y lo acompaño de un abrazo. La quiero estrangular, pero sigo teniéndola mucho cariño y resulta un alivio comprobar que no está enferma.

—Que conste que me alegro de verte, pero ¿me explicas qué estoy haciendo aquí? —pregunto con los brazos en jarra.

—¿Aparte de gozar del placer de mi compañía?

—Lola...

—Hace mucho que no hablamos. —Me hace una seña con la cabeza para que me siente frente a ella.

—Hablamos hace menos de un mes —replico mientras tomo asiento y dejo el bolso sobre la mesa.

—Me refiero a una conversación de verdad, mirándonos a los ojos. —Me clava los suyos—. Quiero saber cómo estás.

—Estoy mejor.

—Las frases educadas las dejas para los vecinos en el ascensor. A mamá Lola le cuentas la verdad.

No puedo evitar sonreír. La echo de menos.

—Es la verdad. Estuve muy mal, pero ahora estoy mejor.

—Vivir con una pérdida así es una habilidad que nadie debería tener que poner a prueba.

Estoy acostumbrada a que me miren con lástima, sin embargo, Lola no lo hace. En sus ojos hay más reconocimiento que otra cosa. Hace tiempo me contó que perdió a su hija, aunque lo mencionó de pasada.

—Lo dices por propia experiencia...

—Sé lo que es la tragedia. Somos compañeras de vida —reconoce con una sonrisa amarga—. Olivia sufrió un infarto cerebral. No pudimos hacer nada. Tenía 18 años.

—Lo siento mucho.

Si algo he aprendido del proceso de duelo es que no hay nada bueno que decir al respecto. No hay consuelo que valga y ante eso, lo

más sincero es un simple «lo siento».

—Gracias... —Me coge la mano y me la aprieta fuerte—. Yo también lo siento, cariño.

—Estoy mejor. —Suspiro—. Pero antes de estar mejor me hice polvo. Del que soplas y se esparce en el aire hasta desaparecer. Y ahora estoy recomponiéndome, poco a poco y con ayuda... Esa respuesta se ajusta más a mi realidad.

—Cada uno lo hace lo mejor que sabe. Mi marido y yo tuvimos formas distintas de afrontarlo cuando nos pasó. Yo quería pararme a llorar y él quería seguir adelante, así que me dejó atrás. —Se encoge de hombros y aprieta los labios con resignación.

—Supongo que yo también me quede atrás.

—La diferencia es que él hubiera querido quedarse a tu lado —tercia y me doy cuenta de que me he metido yo solita en este jardín.

—Lola, no... —Niego con la cabeza—. No puedo hablar de eso contigo. No puedo... hablar de Sergio. —Y mencionar su nombre me quiebra un poco la voz.

—No lo has olvidado.

—«Sergio» y «olvidado» son dos palabras que no pueden coexistir en la misma frase.

—¿Y entonces qué vas a hacer con todo lo que quieres a ese idiota? ¿Dónde piensas guardártelo?

—No lo sé, todavía estoy en ello.

—El amor romántico nos engañó y nos jodió la vida, ¿sabes? —Chasquea la lengua con desaprobación—. A nosotras y a ellos también. Nos enseñaron que los hombres deben ser hombres, que no pueden flaquear ni equivocarse. Pero Sergio es humano como el que más. Volvió roto y también necesitó ayuda como tú. Y aunque ha superado muchas cosas, ese camino suyo dura siempre... Aura, sé que no es fácil, y con esto no intento justificarlo, pero no puedes juzgarlo solo por la piedra con la que tropezó. Y dicho esto, acércame el tequila del minibar.

—Son las dos de la tarde. ¿No es un poco pronto para el tequila? —pregunto, aunque agradezco el cambio de tema y me levanto para coger la botella y un vaso de chupito.

—Entiendo que, con tu edad, todavía busques excusas para hacer lo que te dé la gana, pero yo soy mayor y no lo necesito.

Se sirve un chupito, se lo toma del tirón y vuelve a llenar el vaso hasta el borde.

—Bebe —me ofrece—. Tú también lo vas a necesitar.

—No me apetece.

—Hazme caso y bebe. Te va a hacer falta —insiste.

—No quiero beber y estás empezando a asustarme. Lola, ¿qué pasa?

Se mueve algo incómoda en la silla y me da que no es por el brazo.

—Quería que vinieras por algo más que todavía no te he contado… Tengo una cosa que no es mía pero que deberías leer. Es una carta.

—No quiero una carta de Sergio. Si quiere decirme algo, que me lo diga él… Ya sé que yo no he facilitado precisamente la comunicación, pero…

—La carta no es para ti —me interrumpe.

—¿Entonces? —Frunzo el ceño.

Lola se levanta, se acerca al escritorio de madera que descansa en una esquina y saca un papel del cajón. Se acerca a mí y me lo tiende.

—Léela, Aura —me aconseja.

—¿Tú la has leído? —pregunto antes de cogerla con la mano temblorosa.

—Soy una metomentodo en lo que se refiere a vosotros dos porque os quiero y creo que vuestra historia merece ser vivida, pero tengo un límite. Nunca me atrevería a leer esa carta… Te dejo un poco de privacidad. —Me acaricia la mejilla con cariño y sale del salón.

Tomo aire, agarro el vaso de tequila y me lo bebo de un trago. Me quema la garganta, el esófago y creo que hasta me deshace por dentro, pero me da un valor imaginario para darle la vuelta al papel. Reconozco la letra de Sergio. Dejo escapar el aire por la boca y empiezo a leer.

Hola, Diana:

Me he permitido ponerte el nombre de tu abuela. Tu madre y yo ni siquiera tuvimos tiempo de darte uno. Pero creo que es un buen nombre. Tu abuela era una mujer muy especial. Cariñosa, generosa y con muy mala hostia cuando la ocasión lo requería, que en mi caso era casi siempre. Intentaba llevarme derecho como una vela, pero me empeñé en torcerme y le puse las cosas bastante difíciles. A menudo me decía que cuando fuera padre me acordaría de ella y la entendería. Tenía razón. Siempre la tenía…

Ahora comprendo su miedo por mí. Supongo que los padres conviven con una especie de terror constante respecto a sus hijos. A que alguien les haga daño, o a que ellos puedan hacérselo a sí mismos, como era mi caso. Pero ¿te cuento un secreto? Yo no tuve tanto miedo cuando me enteré de que ibas a llegar. Porque sabía que por muy mal que hiciera las cosas, y créeme que me equivoco mucho, tú ibas a tener la mejor madre del mundo.

Es injusto que no hayas tenido una oportunidad y que un tipo como yo, que ha despreciado tantas veces la vida, siga aquí. Hubiera dado la mía por ti sin pensarlo. Los dos lo hubiéramos hecho… No sé cómo es posible querer tanto a alguien que no has llegado a ver ni a sostener en tus brazos. Aun así, todavía intento hacerme a la idea de que nunca voy a ver tu sonrisa, a caminar contigo de la mano o a enseñarte a nadar en el mar. O que tú no vayas a vivir tu primer beso. Incluso que no vayan a partirte el corazón por primera vez.

No soy creyente, no pienso que te hayas ido a un lugar mejor, porque tengo claro que el mejor lugar del mundo son los brazos de tu madre. A pesar de eso, le he puesto tu nombre a una estrella. Te mereces tener tu sitio y yo necesito un lugar donde poder verte cuando mire al cielo por las noches. Siempre vas a ser luz, mi niña. Te quiero.

Pensaba que había sido yo quien había dicho la última palabra, pero no. También creía haber agotado mis lágrimas por Sergio. Hasta en eso me equivoqué.

Esto no es un final feliz

Tras leer la carta necesito un poco de aire fresco para renovar el que se me ha quedado atascado en el pecho. La casa de Lola está lejos del centro, así que doy un largo paseo. No voy a fingir que me dedico a caminar sin rumbo por la isla porque tú y yo sabemos donde van a terminar mis pasos.

Cuando llego a la playa me acerco hasta la orilla del mar. La brisa invernal me hace estremecer y me agarro fuerte a mi chaqueta de lana. También se debe a la impresión que me produce ver el bar a pocos metros de distancia. Está abierto. Me pregunto si él estará dentro. Podría entrar a comprobarlo. Quiero hacerlo. Quiero verlo. Pero antes necesito un momento. Dirijo la vista hacia el mar y respiro hondo buscando un poco de serenidad en el murmullo rítmico de las olas. Entiendo que lo echara tanto de menos. Una vez que este lugar se te mete dentro cuesta desprenderse de él.

No lo escucho acercarse, pero, no me preguntes cómo, siento su presencia detrás de mí.

—Hola.

Lo pronuncia casi con tono interrogante y el susurro ronco de su voz hormiguea por mi columna vertebral. Me giro y lo veo. ¿Conoces ese subidón en el centro del estómago cuando caes en picado en una montaña rusa? Pues eso es lo que siento aquí de pie, con él mirándome fijamente. Está despeinado, como siempre, lleva unos vaqueros claros y un jersey azul marino que no reconozco. Demasiado simple para su gusto, pienso. Pero está guapo. Siempre lo está.

—Hola.

—Me he acercado pensando que eras una alucinación. —Parpadea como si todavía no se creyera lo que tiene delante—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Lola.

Me guardo para mí el motivo de la visita y la historia de su

inminente —y falsa— muerte.

—Ah… —Hace una mueca y trata de contener, sin éxito, su decepción. Siempre ha sido más transparente que yo—. Me alegro de verte igualmente.

Señalo el cartel del bar con un movimiento de cabeza porque es más sencillo que mirarlo a los ojos.

—Al final no le cambiaste el nombre. Sigue llamándose Y el mar.

—Se suponía que íbamos a cambiárselo juntos… Y cuando volví estaba… —Se queda callado, pensando cómo seguir—. No tenía ganas de nada.

Lo entiendo. Yo tampoco tuve ganas de nada durante un tiempo.

—Pero se te ve bien. Estás bien, ¿no?

—¿Quieres que te responda realmente o solo preguntas por educación? —Me mira suspicaz.

—¿Y qué más da? Tú siempre dices la verdad.

—Estoy limpio. Y estoy todo lo bien que puedo estar sin ti… ¿Cómo estás tú?

—Bien, estoy bien… Aunque procuro ir día a día.

—¿Día a día? —Alza las cejas sorprendido y se mete las manos en los bolsillos traseros—. La chica que conocí hace año y medio no vivía día a día. Tenía un millón de planes.

—Tengo comprobado que hacer planes no sirve de mucho… Y esa chica no siempre te gustaba —añado.

—No te equivoques. A veces podía no estar de acuerdo con esa chica, pero me volvía loco.

Maldito corazón que se me va a salir del pecho para irse corriendo por la playa. Aunque me lo tengo merecido. He empezado yo.

—No he escuchado nada sobre la vuelta a la música de Sergio Velasco —comento para conducir la conversación hacia un tema más neutral. Si es que la neutralidad existe entre nosotros. Lo dudo mucho.

—La música y yo tuvimos una conversación bastante seria. Decidimos separarnos de mutuo acuerdo y sin guardarnos rencor.

—Una decisión muy madura. —Asiento impresionada—. Me alegro.

Los dos nos quedamos callados mientras las olas siguen rompiendo en la orilla. Ninguno de los dos sabe cómo seguir y nuestros silencios ya no son cómodos.

—¿Qué tal te va con Óscar? Sé que no tengo derecho a preguntar, pero… ¿estás bien con él?

—¿En serio quieres hablar de Óscar? —La sorprendida ahora soy yo.

—No, solo quiero saber si eres feliz con él.

—Sergio, no sé de dónde has sacado que estoy con Óscar, pero no es así.

—Pensaba que vosotros… —Parece confundido.

Quedé con Óscar una vez. Lo hice para darle las gracias por haber estado a mi lado en el peor momento de mi vida. Eso fue todo. No he estado con nadie desde aquel absurdo amago de polvo con aquel tío del bar. ¿Para qué? Lo que yo necesitaba para estar bien no era un hombre, sino a mí.

—Hace meses que no veo a Óscar —le aclaro—. ¿Tú… estás con alguien?

—Bueno… —Hay duda en su voz y trago saliva. Nunca hagas una pregunta cuya respuesta no estás preparada para escuchar—. Lo más parecido que tengo a una novia es Enzo. Ahora somos socios y parecemos un matrimonio.

—Pues tienes suerte. Vestido de mujer está cañón. —Me río y en parte es por puro alivio.

—No sabes cuánto echo de menos esa risa. Es bueno saber que no te la quité.

—Sergio, tú no… —Agacho la cabeza, abrumada, incapaz de sostenerle la mirada. Los ojos se me llenan de lágrimas. Mierda, no pensaba que fuera a ser tan rápido.

Él da un paso hacia mí, pero se lo piensa mejor y se queda donde está.

—Joder, Aura, perdona. —Se lleva la mano al pelo y tira de él.

—No, no pasa nada. Ahora lloro bastante más —reconozco

limpiándome la mejilla—. He aprendido que retenerlo no ayuda. No es culpa tuya.

—Sí, sí lo es. No llevas aquí ni cinco minutos y ya te he hecho llorar… —Comienza a alejarse caminando de espaldas—. Es mejor que me vaya.

Tal vez sea lo mejor, pero no quiero que lo haga.

—Me gustó tu carta —suelto y eso le hace detenerse y a continuación volver a acercarse.

—¿Qué carta? —Frunce el ceño—. No te he escrito ninguna carta.

—Se la escribiste a Diana.

—¿Cómo sabes tú eso? —Arruga aún más la frente y cuando lo comprende echa la cabeza hacia atrás y resopla cabreado—. Jodida Lola… No sé para qué le cuento nada. ¿Me ha robado la carta?

—Más bien te la tomó prestada e hizo una fotocopia.

—Voy a matarla.

—No te enfades con ella —le pido al verlo cerrar los puños—. Sé que no era para mí, pero me alegro de haberla leído. Es muy bonita.

También pensé en escribir una, como parte del duelo. Al final decidí plantar un árbol. Me acompañaron Brina, Sol y Teo.

—Fue mi forma de pedirle perdón, aunque no sirva de mucho.

—Tú no tienes que pedir perdón. Lo que pasó no fue culpa tuya.

—Si hubiera estado contigo…

—Si hubieras estado conmigo no habría cambiado nada. No fue culpa tuya, ni mía tampoco. Sufrí un aborto y ninguno de los dos hubiera podido hacer nada por impedirlo.

Y al verbalizar ese pensamiento me doy cuenta de que no solo busco consolarlo; creo en mis palabras.

—Tampoco estuve a tu lado después.

—Porque no te lo permití. Y viéndolo con perspectiva, fue lo mejor. Tú tenías que encargarte de ti, yo tenía que encargarme de mí misma de una buena vez y los dos necesitábamos hacerlo por separado. Me ha costado tiempo y la ayuda de un psicólogo

comprenderlo. Estaba agotada de aparentar que todo estaba bien.

—Lo siento. —Aprieta la mandíbula—. Siento mi parte en todo eso.

—No somos perfectos, Sergio. Tú intentaste que lo entendiera muchas veces.

—No lo somos, pero hay gente que se equivoca menos que yo.

Al verlo machacarse a sí mismo con tanta insistencia estoy a punto de preguntarle si ha hablado de todo esto con alguien, pero me doy cuenta de que con quien tenía que haber hablado era conmigo para empezar. Y se lo negué.

—Yo también me equivoqué. He estado a punto de llamarte muchas veces, pero... —Me encojo de hombros.

—Fui a buscarte —me confiesa.

—¿Cuándo?

—Hace tres meses. Fui a casa de Brina y te vi con Óscar. Saqué mis propias conclusiones y entendí que estabas mejor sin mí.

No es así. Encontré a Sergio antes de encontrarme a mí misma, y eso ya era un problema para empezar. Aunque no llego a responder, una ráfaga de aire me provoca un escalofrío y me abrazo a mí misma.

—¿No has traído un abrigo?

—Sí, pero lo he dejado en casa de Lola. Se suponía que aquí los inviernos son suaves.

—Es por la humedad —me explica—. Puedo traerte mi cazadora, la tengo en el bar.

Aunque aprecio el gesto, soy consciente de que él se empeña en alejarse tanto como yo siento la necesidad de que se quede.

—¿Te acuerdas de lo que hacíamos siempre que tenía frío?

—Metías tus manos heladas por debajo de mi jersey. —Sonríe—. Era lo único que me gustaba del invierno en Madrid.

—Ya sé que tenemos una conversación pendiente. Muchas conversaciones pendientes en realidad —corrijo—. Y sé que lo que estoy pensando está fuera de lugar, pero...

—¿Pero?

—Pero lo único que quiero hacer ahora mismo es meter mis manos heladas por debajo de tu jersey.

Sergio da tres pasos hacia mí y se queda quieto, tan cerca que veo su pecho subir y bajar al ritmo de su respiración agitada. Está tan nervioso como yo. Me acerco para reducir el poco espacio que hay entre nosotros e introduzco las manos lentamente por debajo de su jersey. Levanto también su camiseta y al rozar mis dedos por la parte baja de su espalda noto como su piel se eriza. Porque nosotros siempre hemos sido piel. Apoyo la mejilla en su pecho y cierro los ojos. Me abraza fuerte. Huele a limón y hierbabuena. Ya no tengo frío. Estoy en casa.

No sabría decir cuánto tiempo pasamos abrazados el uno al otro, tocándonos, respirándonos, sintiéndonos. Solo sé que no el suficiente.

—Aura...

—Mmm... —Es todo lo que soy capaz de responder.

—¿Esto qué se supone que es? ¿Una despedida? —La burbuja se rompe y la realidad se impone.

—No lo sé. —Busco sus ojos sin separarme de él.

—Debería serlo, ¿no?

Ahora sí me aparto y rompo el contacto.

—Puede serlo si es lo que tú quieres.

—Yo quiero lo mejor para ti. Y el exdrogadicto y exalcohólico de tu exnovio no es tu mejor opción —declara con una mueca.

—Eso solo es una parte de ti, y no es lo que yo veo cuando te miro. Además, ¿soy yo tu mejor opción? —Levanto las cejas—. Porque vengo con una lista de traumas de lo más completa. Otra cosa es que tus sentimientos hayan cambiado. Eso puedo entenderlo.

Dolería, pero lo entendería.

—Aura... —bufa exasperado.

Se da la vuelta y cuando creo que me va a dejar aquí plantada, se levanta el jersey por detrás, casi hasta la altura de los hombros, y me muestra una vista completa de su espalda. En su omóplato derecho reconozco el tatuaje de siempre, el de los dos caballitos de mar que se hizo por su madre. Ahora luce uno nuevo en la parte izquierda. Es un tatuaje del mar. Espera...

—¡Es mi dibujo!

—Sí, es tu dibujo. —Se coloca el jersey de nuevo y se gira hacia mí—. A las personas más importantes de mi vida las llevo en la piel.

Me reafirmo. Siempre hemos sido piel.

—Eso no se parece en nada a querer despedirse.

—Ya me alejé una vez y me costó un mundo —responde muy serio—. Incluso si tuviera la seguridad de que va a salir mal, volvería a tu lado. Porque en lo que a ti respecta no tengo cordura ni raciocinio. Eres la pared contra la que me estrellaría mil veces.

—Lo de ser una pared suena regular —bromeo.

—Lo siento, estoy nervioso... —Se pasa la mano por la cara—. Lo que quiero decir es que si no estás segura, vas a tener que ser tú la que renuncie a nosotros de una vez. Porque yo nunca lo haré, Aura. Nunca te diré que no.

—Sergio... ¿Por qué no dejamos de ser tan intensitos?

Una carcajada inesperada brota de su garganta y me hace reír a mí también.

—Vale, muy bien. —Asiente con la cabeza—. ¿Y qué propones?

—¿Y si no decimos ni que sí ni que no? ¿Y si esta vez ninguno dice «quédate» ni hacemos promesas que nos estamos seguros de poder cumplir? ¿Y si dejamos de correr y empezamos a andar?

—Entonces... —Entorna los ojos—. Esto no es un final feliz, sino un...

—Un... iremos viendo —propongo—. Sin prisas. Dosificando las expectativas.

—Pues sí que han cambiado los cuentos —sonríe él.

—Es que esto tampoco es un cuento —le devuelvo la sonrisa.

—Parece que tampoco va a ser un final.

EPÍLOGO

Nueve meses más tarde

No, aquel día no supuso el final para nosotros. Demos gracias, porque hubiera sido un cierre para nuestra historia de lo más descafeinado. Ni siquiera nos besamos, a excepción de un tímido roce en la mejilla al despedirnos la tarde siguiente en el aeropuerto. Estuvimos de acuerdo en que ninguno debía renunciar a todo para hacer feliz al otro, así que yo regresé a mi vida en Madrid y Sergio se quedó en la isla. Y aunque esta vez no nos hicimos promesas, las cumplimos de algún modo. Dejamos de correr y empezamos a andar, cada uno desde un lugar diferente, pero ambos en la misma dirección. A más de mil kilómetros el uno del otro comprendimos que enamorarnos había sido muy fácil, pero nuestra asignatura pendiente era aprender a querernos.

El amor no es un acto de magia, tiene mucho más que ver con la voluntad. Suena poco romántico, no obstante, la realidad no desprende tanto brillo como los cuentos. Precisamente, esa voluntad fue la que nos empujó a seguir unidos en la distancia.

Durante meses no faltaron los viajes en avión, los mensajes, las videollamadas y el sexo telefónico. Mucho sexo telefónico, tanto que podríamos haber montado nuestra propia línea erótica. Pero también mantuvimos conversaciones serias, y a ratos se hizo difícil. Discutimos y nos enfadamos más de una vez. Sergio pensaba que yo era demasiado cuadriculada —tenía razón—, y yo opinaba que él era demasiado brusco —también tenía razón.

Ambos nos desahogamos, por fin, cuando hablamos sobre lo que supuso perder a Diana y coincidimos en que aquel día fue un cúmulo de casualidades horribles. Me contó su encontronazo con Eva en la discoteca. No lo hizo para justificarse, pero lo entendí un poco mejor. Los dos comprendimos que una recaída no es una sentencia para nosotros, aunque siempre deberemos estar atentos a las señales.

Por otra parte, la terapia me ayudó a conocerme mejor. Tenía varios asuntos que resolver: dificultad para tolerar los conflictos, necesidad de ser aceptada, un constante sentimiento de culpa, miedo al rechazo… Tuve que trabajar a favor de mi salud mental y sigo

haciéndolo. Porque lo de quererse a una misma también es un camino largo.

Con mi madre sigo sin hablar. Ahora es mi padre quien intenta ser el nexo de unión familiar, sin mucho éxito, la verdad. Tendemos a idealizar el amor maternal, a asociarlo con el cariño y la protección, pero también existen madres como la mía: exigentes, manipuladoras y con poca empatía. Daniel, mi psicólogo, me aconsejó que no me volviera loca intentando entenderla. Mis opciones consistían en aceptarla como es, siempre que eso no me causara dolor, o en imponer distancia. De momento, he optado por la segunda opción. Quizá algún día podamos tener una conversación, no solo como madre e hija, sino como mujeres, aunque todavía no estoy en ese punto y no tengo ninguna prisa.

Siete meses después de que Sergio y yo nos reencontráramos en la playa vine a vivir a la isla. Él no me lo pidió, fue cosa mía. Aunque su expresión radiante de felicidad al contárselo me ayudó a reafirmarme en mi decisión. Nos mudamos a mi antigua casa de verano, la redecoramos y en ella pensamos cimentar nuestro hogar. Por el momento vamos bien. Yo me esfuerzo más por no callarme las cosas y Sergio cuenta hasta diez antes de soltar cualquier barbaridad. Aun con todo lo aprendido en estos dos años, soy consciente de que siempre voy a ser un poco insegura y de que él seguirá siendo vehemente. Ambos tenemos nuestras luces y nuestras sombras y eso incluye nuestro derecho a meter la pata de vez en cuando. Al fin y al cabo, a la gente no se la quiere por partes, sino por el todo.

En cuanto a mi situación laboral, trabajo como diseñadora gráfica e ilustradora gracias a los contactos que conseguí a través de Hans, que, por cierto, ahora está saliendo con Armario empotrado. Por lo visto, el chico ha aceptado por fin su homosexualidad, y lo ha hecho, palabras de Hans, por la puerta grande. Solo diré que ha pasado a llamarse oficialmente Armario empotrador.

Sé que no voy a hacerme rica trabajando como *freelance*, pero tampoco lo necesito. Estoy tranquila y me gusta mi trabajo. Tengo tiempo libre, que a veces empleo en ayudar a Lola con sus talleres para mujeres, y además Sergio y yo hemos montado un negocio

online. Hace unos meses empecé a plasmar en papel algunas de sus ideas más locas de vestuario y terminamos diseñando unas cuantas camisas que subimos a una web casi a modo de broma. No creíamos que se fueran a vender, pero resulta que el mundo está lleno de horterillas como él y lacamisamasfeadelmundo.com está resultando ser un pequeño éxito.

Me estoy enrollando un montón. Imagino que te interesa saber dónde andan Brina y Sol. Las echo muchísimo de menos en mi día a día, aunque este fin de semana las tengo junto a mí. Ahora mismo las tres estamos en Nuestra isla. Así es como Sergio y yo rebautizamos el bar hace meses, con el beneplácito de Enzo.

Estoy sentada cómodamente con mi vestido de fiesta en uno de los sofás de la terraza y observo a la rubia bailar con su marido. Sol se casó con Teo en la playa hace un par de horas. Lo hizo finalmente con un vestido largo y blanco de estilo *hippie* y un ramo de flores moradas. Se negó a montar un bodorrio, por lo que solo hemos asistido los amigos y los familiares más cercanos de los novios. La celebración consiste en una pequeña fiesta en el bar con algo para picar y amenizada con el repertorio musical de Sol. Pero no vayas a creer que tomó esa decisión sola. Consultó y planeó cada uno de los detalles con Teo. Se ve que ella también ha aprendido algo sobre relaciones en los últimos tiempos. Ah, y su recién estrenado marido acertó. Sol lloró en la ceremonia. Él también. En realidad, lloramos todos.

—¿A ti te parece normal? —gruñe Brina plantándose delante de mí con su vestidazo y muy mal humor—. Solo les falta montárselo en plena pista de baile.

Sigo la dirección de su mirada hasta ver a Enzo agarrado a la cintura de una pelirroja. Solo están bailando y tonteando un poco, pero ella ya se los imagina en una película porno. Mi respuesta consiste en observar a mi amiga con una ceja arqueada.

—Que sí, que sí, ya lo sé, no me digas nada —espeta cabreada como una mona y se va hacia el interior del bar.

Sabe lo que opino. Se lo llevo repitiendo un año y no lo quiere escuchar más veces. Comprendí su miedo a que las cosas no salieran bien con Enzo, pero negándose a darle una oportunidad ella misma se

aseguró de que no funcionara. Ahora se arrepiente, aunque no lo admita, y no se atreve a arreglarlo.

La música cambia. Daddy Yankee deja paso a Fleetwood Mac y comienza a sonar *Landslide*. Esta regresión a los años 70 es obra de mi chico, estoy segura. Me lo confirma él mismo cuando lo veo acercarse desde la cabina del DJ. Al mismo tiempo escucho a Sol quejarse amargamente porque se terminó el perreo.

—Te quiero, rubia —le suelta Sergio mientras camina hacia mí—, pero te juro que no soporto un minuto más ese puto reguetón.

—Ya somos dos —coincide Teo.

Sol frunce el ceño y abre la boca para volver a protestar, pero su marido la engancha de la cintura y le da uno de esos besos largos y húmedos que te apagan el cerebro. Joder con Teófilo.

—¿Bailamos? —Sergio me tiende la mano.

Va descalzo y lleva unos pantalones azul turquesa con una camisa del mismo color y corazones estampados en miniatura. Ese conjunto debería estar tipificado como delito grave, y aun así está guapísimo. Agarro su mano para levantarme del sofá, me quito los zapatos, nos alejamos un poco de las demás parejas y hacemos de la arena nuestra pista de baile.

—¿Ya has terminado? —le pregunto mientras nos mecemos al ritmo de la música. Se ha encargado de organizar y coordinar toda la fiesta.

—Toda la comida ha salido ya y a partir de ahora se ocupa Enzo, así que soy todo tuyo —me promete.

—Ya que habéis ampliado el negocio con comidas y cenas podrías dedicaros también a organizar bodas.

—Por encima de mi cadáver y el de Enzo. Y el suyo es muy grande.

—¿No te gustan las bodas? Esta es preciosa. Sencilla y perfecta —comento con una sonrisa radiante. Sergio me observa con gesto divertido—. ¿Qué pasa?

—¿Quieres una?

—¿Una boda? —Abro los ojos con sorpresa.

—Sí.

—No, no, para nada. —Quién me lo iba a decir…—. ¿Y tú?

—No la necesito, tengo mis votos bastante claros.

—Ah, ¿sí? Pues me encantaría escuchar esos votos. Valen mucho más que cualquier ceremonia.

—¿Ahora?

—No se me ocurre mejor momento.

—Vale…

Carraspea exageradamente para aclararse la voz y a los dos nos entra la risa tonta. Me parece que estamos más nerviosos de lo que vamos a reconocer. Sergio toma aire para hablar.

—Eres la mujer más fuerte, valiente y preciosa que he conocido y es un privilegio compartir la vida contigo. Siempre he presumido de vivir el presente, pero me encanta construir el futuro poco a poco a tu lado. Un futuro en el que sigamos bailando y haciendo el tonto. Te quiero, mi vida, y voy a seguir esforzándome por hacerte sonrojar cada día y que me sigas llamando guarro. Y espero que dentro de diez, veinte y treinta años sigamos follando en las escaleras porque nos puedan tanto las ganas que no nos dé tiempo a llegar a la cama.

—Guarro…

—¿Ves? —Alza las cejas—. Ya estoy cumpliendo mis votos.

—Menos mal que no tengo intención de llevarte delante de un cura. Estoy convencida de que repetirías palabra por palabra.

—¿No te han gustado mis votos? —Finge ofenderse.

—Son los mejores del mundo. —Lo miro como la pánfila enamorada que soy y él me dedica otra mirada igualita.

—Ahora te toca a ti.

—No, yo no he podido pensar en mis votos —me quejo.

—Aura, no necesitas pensarlo. Di lo que te salga y ya está.

Lo que me salga y ya está… Me muerdo el labio y sonrío ante mis ridículas dudas. Yo también lo tengo bastante claro.

—Cuando llegué a esta isla hace un par de años era una zombi que vivía por inercia, y la primera vez que te vi, con esas greñas y esa camisa horrorosa de aguacates, no imaginé que ibas a convertirte en uno de los grandes amores de mi vida.

—¿Tienes muchos amores? Igual sí que deberías pensarte un

poco el discurso —bromea.

—Tengo a Brina, a Sol, a Teo, y contigo hacen cuatro. Soy una chica con suerte. —Sergio asiente dándome la razón—. Yo también quiero bailar siempre contigo, seguir sacándote de la cama para ver amanecer frente al mar, que me cantes canciones cuando te apetezca, que me beses y me muerdas el labio de esa forma que me vuelve loca... Ah, y también quiero que me sigas riñendo cuando me olvide de vivir la vida.

—Eso puedo hacerlo —me asegura convencido.

—Si tuviera que guardar mis predicciones en otra cápsula del tiempo, tengo claro que, pase lo que pase, dentro de diez años seguiré escribiendo tu nombre. Te quiero. —Me pongo de puntillas y le susurro al oído—. Y ahora vamos a irnos disimuladamente a tu despacho.

—¿A qué? —me pregunta entornando esos ojos felinos que siguen acelerándome el pulso.

—A seguir cumpliendo nuestros votos. Vamos a hacer el tonto un buen rato.

Sergio me agarra de las mejillas, me da un beso lento y me muerde el labio inferior como él sabe. A continuación, entrelaza su mano con la mía y caminamos juntos hundiendo los pies en la arena de la isla. Nuestra isla.

***

Tres horas después

—Si alguien tenía todas las papeletas para huir de su boda eras tú —le dice Brina a Sol.

—Eh, de eso nada, esto no cuenta como huida —protesto situada en medio de las dos—. Brina, has perdido la apuesta.

—¿Habéis apostado a que huiría de mi propia boda? ¡Seréis cerdas! —exclama la novia.

—La cerda es ella —me excuso apuntando con el pulgar a Brina —. Yo aposté 20 euros a tu favor.

—No he huido, me he casado felizmente y he bailado con mi marido en nuestra boda —puntualiza Sol—. Después ha venido Aura y me ha liado para venir aquí, así que le he dado un beso a Teo y le he dicho que volvería en un rato. A ver si os creéis que voy a faltar a mi noche de bodas.

—Si te espachurras contra las rocas, lo mismo te la pierdes y Teo se convierte en el viudo más rápido de la historia —tercia la morena.

Las tres nos asomamos un poco al borde del acantilado y observamos los quince metros de caída hasta el mar.

—La verdad es que un poco de vértigo sí que da —reconoce la rubia.

—Ya estamos aquí las tres con el bikini puesto, y si no saltamos todas pierde la gracia —argumento.

—Estas cosas se hacen en verano y no en pleno otoño —alega Brina poniendo los brazos en jarra.

—Es octubre y estamos a 27 grados —le rebato.

—Llevo meses ahorrando para la fecundación in vitro y por fin tengo cita para el próximo jueves. Si me muero va a ser una putada.

—Vale, vamos a hacer una cosa —propone Sol—. Brina, tú puedes librarte de saltar, pero con una condición. Tienes que admitir que te has puesto celosa al ver a Enzo con esa pelirroja tan mona.

—Estoy celosa —musita ella con retintín.

—Hija, pero pon un poquito más de intención —le pide la rubia —. Que nos los creamos y eso, si no quieres ir de cabeza a las rocas.

—Vale, joder, estoy celosa —reconoce con un bufido—. Me hierve la sangre al ver a Enzo con esa tía. Solo quiero agarrarla del moño y arrastrarla por toda la playa, aunque ella no tenga la culpa de nada.

—¿Y en vez de arrastrar a nadie por qué no hablas con Enzo? —la animo.

—Ha pasado más de un año, Aura. Él ya no piensa en mí, evidentemente, y yo estoy bien sola.

—Estar sola es perfecto si es por decisión propia, no porque te hayas convencido a ti misma de que no puedes estar con Enzo —

replico.

—Da igual, no tengo nada que hacer. Él se merece una relación normal.

—Y dale con lo normal… —Sol resopla harta y pone los ojos en blanco—. Lo normal es solo algo que sirve como regla general. Lo normal es ordinario, Brina, y tú no eres ordinaria. Eres extraordinaria. Nosotras tres los somos, así que lo normal se puede ir a tomar por el culo. Olvídate de esa palabra de una vez.

—Cuánta sabiduría cabe en ese cuerpo tan pequeño —reconozco.

—Vale, chicas, voy a ir meditando todo lo que me habéis dicho y os espero en el bar.

—No, no, tú tienes que saltar —le advierte Sol en cuanto ve sus intenciones de escapar.

—Has dicho que no tenía que saltar.

—Te he mentido. Solo quería que admitieras lo de Enzo.

—Eres lo peor.

—Venga, Brina, yo he saltado con Sergio y es una pasada —le prometo dando palmas.

—¿Y no podemos dejarlo para el año que viene? —intenta negociar.

—El año que viene está muy lejos y quién sabe lo que pasará —alego—. Podrías estar embarazada… o podría estarlo yo.

—¿Tú? —preguntan mis dos amigas al unísono.

—Sí, no sé… —Me encojo de hombros—. Sergio y yo hemos estado hablando y queremos intentarlo. No ahora mismo, pero sí en algún momento. No se puede vivir con miedo, ¿no?

Las dos me abrazan a la vez, me dicen que me quieren y que están muy orgullosas de mí. Sol afirma que soy valiente. Sonrío y se me escapa una lágrima. Es la segunda vez que me lo dicen hoy.

—Somos tres valientes —aseguro.

—Y anormales. Por lo visto, también somos anormales —espeta Brina.

—He dicho extraordinarias —la corrige Sol—. Métetelo en esa cabeza de zopenca que tienes.

No puedo querer más a estas dos. Sé que no soy nadie para darte consejos, pero hay uno que debería ser universal. Rodéate de buenas amigas. Creo firmemente en su poder curativo.

—Vamos, chicas. —Me coloco al borde del acantilado—. ¿Juntas?

—Siempre —responde Sol agarrándose a mi mano izquierda.

Las dos miramos a Brina con una sonrisa. Sabe que no vamos a hacerlo sin ella.

—Joder, vale —bufa y se acerca para agarrarme de la mano derecha—. Siempre. —Y termina sonriendo con nosotras.

Tomamos aire y contamos a la vez.

—Una, dos… ¡¡tres!!

Espera, no te vayas, que el día no ha terminado…

BRINA

Llego a mi hotel a las doce menos cuarto de la noche y cuando paso delante del recepcionista, este me da las buenas noches y me escanea de arriba abajo sin cortarse un pelo. Debe rondar los 20 años. No pienses que me observa por mi atractivo. Creo que se queda con las ganas de pedirme el contacto de mi camello. Es lógico. Con el pelo enmarañado, el maquillaje hecho un desastre y el vestido arrugado parezco recién salida de un *after*. Subo en el ascensor y me entra la risa al verme en el espejo. Más que de un *after* tengo pinta de haberme escapado de un contenedor.

A pesar de eso, no cambiaría nada de este día. Ver a Sol y Teo casarse ha sido precioso. Vale, sí, aposté dinero a que la rubia se marcaba un «novia a la fuga», pero nunca me he alegrado tanto de perderlo. Y debo reconocer que hasta saltar de ese acantilado ha merecido la pena. Necesitaba el subidón de adrenalina. Lo único que me altera el pulso últimamente son los estrenos de los viernes en Netflix.

Salgo del ascensor y mientras avanzo por el pasillo, abro mi bolso para buscar la tarjeta de mi habitación. Podría haberme quedado esta noche en casa de Aura y Sergio, pero es que soy especial para todo. Incluido lo de dormir en casas ajenas. Además, no me apetece nada escucharlos retozar. Las paredes son finas y esos dos, unas bestias pardas.

Saco la tarjeta, levanto la vista y me detengo de golpe. Imaginé mi reencuentro con Enzo muchas veces. De hecho, apenas he dormido esta última semana solo de pensarlo. Cuando nos hemos visto en la boda esta mañana, me ha saludado con dos besos educados y no hemos vuelto a cruzarnos. Ambos hemos puesto de nuestra parte para evitarnos, aunque ahora va a ser difícil teniendo en cuenta que está delante de mi habitación.

Retomo el paso y me acerco hasta quedarme a un metro de

distancia de él. Si yo tengo mal aspecto, el suyo no es mejor. Está sentado en el suelo, despatarrado para ser más precisa, con la cabeza apoyada en la puerta y se ha quedado dormido sosteniendo una botella medio vacía de Johnnie Walker.

Lo llamo un par de veces, pero no se entera. Me acerco un poco más, me agacho y me coloco en cuclillas. Su proximidad me perturba un poco, y eso que huele a *whisky* que tira para atrás y está hecho un trapo.

—Enzo… —Le doy un par de toques en el hombro y abre los ojos sobresaltado.

—¿Brina? —Arruga la nariz y entorna los ojos intentando enfocar—. ¿Qué haces aquí?

—Eso debería preguntarte yo a ti. Estás en la puerta de mi habitación.

—Ah, sí, es verdad. —Parpadea todavía medio adormilado tratando de ubicarse—. Quería decirte una cosa… Una cosa importante…—La lengua se le atasca un poco—. Pero no me atrevía, así que me he bebido esta botella. —Levanta la causa de su cogorza monumental—. Y ahora no me acuerdo muy bien de lo que vine a decirte.

Suspiro. No puedo dejarlo aquí tirado en semejante estado.

—Sea lo que sea, no lo vamos a hablar en el pasillo. Venga, arriba.

Lo ayudo a levantarse y se ve obligado a rodear mi cuello con su brazo para buscar un punto de apoyo. Joder, es como mover un barco. Consigo abrir la puerta con serias dificultades y entramos en mi habitación.

—Ya me acuerdo de lo que venía a decirte… Te odio. —Asiente exageradamente con la cabeza y ese movimiento me hace tambalearme un poco—. Sí, eso era. Te odio.

—Muy bonito.

Me entran ganas de soltarle de golpe y que se rompa sus perfectos dientes contra el al suelo. Sin embargo, lo siento en la cama como puedo.

—Pero solo te odio porque tú no me quieres. Así que en

realidad no te odio. —Pega un largo trago a la botella y cuando termina me mira con los ojos más tristes del mundo.

—Ahora vuelvo.

Me meto en el baño y cierro con el pestillo. Voy hasta el lavabo, coloco las manos en la encimera y respiro hondo. Que no lo quiero, dice. Las piernas me tiemblan. Estoy nerviosa. Eso es nuevo para mí. Un hombre jamás ha conseguido trastornarme de esta forma. Vale, ¿qué hago ahora? El espejo responde por mí.

En primer lugar, desmaquillarme porque parezco un oso panda. Saco de mi neceser un par de toallitas y me las restriego por la cara con la misma fuerza que rasco la vitrocerámica. Me peino un poco, lo justo para deshacerme los nudos del pelo y me hago a la idea de que con mi vestido no hay nada que hacer. Respiro hondo tres veces y salgo del baño.

Me encuentro con el bello durmiente tirado en mitad de la cama, medio descamisado y abrazado a su botella. Me siento a su lado y en su pecho veo una cadena plateada de la que cuelga un anillo. No puedo evitar sonreír. Es el anillo que le compré. Y yo que me sentía ridícula por llevar los calcetines que él me regaló en la maleta...

Le doy un beso en la mejilla, le quito la botella y la dejo en la mesita de noche. Me meto en la cama junto a él, pego mi pecho a su espalda y lo abrazo por la cintura. Solo un rato, me digo, y mi conciencia se adormece antes de reconocer que esto está no está bien.

***

Tengo calor. Mucho calor. Como si estuviera abrazada a una manta de pelo. Abro los ojos algo desorientada, pero me ubico con rapidez. Mi manta no tiene pelo sino abdominales. Estoy acurrucada contra el pecho de Enzo y agarrada a él como un mono. Aprieto los dientes y levanto la cabeza despacio, rezando para que siga dormido.

—Buenos días —me saluda somnoliento.

—Buenos días. —Me aparto de él y me siento en la cama. La luz entra con fuerza por la ventana. No sé qué hora es, pero tarde, muy tarde...—. Ayer te quedaste dormido y no hubo manera de despertarte,

así que no me quedó más remedio que compartir la cama.

Pero no seas tan brusca. Eres humana, deja de comportarte como un robot.

Enzo se incorpora con toda su ropa arrugada y me mira.

—Brina, ya sé que no debería haberme presentado aquí, y menos aún borracho, pero tengo algo que preguntarte… Y es importante que seas sincera.

Respira, anda, que te vas a ahogar.

—Dime.

—Espero que esta noche no se te haya ocurrido aprovecharte de mi cuerpo —expone muy serio.

Levanto las cejas hasta lo que yo creo que es el techo y se empieza a reír. Quien se bajó ayer una botella de *whisky* fue él, pero la que está espesa hoy soy yo. El humor es su forma habitual de quitar tensión a los momentos incómodos.

—Tranquilo, tu virtud, si es que te queda algo de eso, está a salvo.

Se le da bastante mejor que a mí.

—Pues una vez aclarado, me voy.

—¿Ya? —inquiero ansiosa al verlo poner los pies en el suelo y levantarse.

Se da la vuelta y me mira extrañado.

—No te sorprendas tanto. Desde que nos conocemos me has estado echando de tu vida.

Desde que nos conocemos igual me he estado comportando como una idiota.

—Puedes quedarte un rato si te apetece.

—¿Para qué?

—Pues para… Para…

—¿Para seguir haciendo el ridículo? —apunta con una mueca —. Brina, no recuerdo lo que te dije ayer, pero estoy bastante seguro de que fue alguna tontería que no debía… Me voy a mi casa.

No lo pienso, actúo por instinto. Salto desde mi lado de la cama, llego hasta el borde y agarro a Enzo para volver a sentarlo de golpe. No creo que vaya a tener otra oportunidad como esta.

—Mira, yo no suelo admitir que me equivoco, pero tú tenías razón. El problema era yo. Tenía miedo.

Sus ojos grises pasan del estupor a la duda. Debate consigo mismo si debe participar en esta conversación o salir pitando de aquí.

—¿Y de qué tenías miedo exactamente? —pregunta por fin.

Vale, Brina, tú puedes. Puedes hacerlo. Llevas meses rumiándolo. Solo dilo.

—Nadie me ha querido nunca por lo que soy porque nunca he podido ser yo de verdad con nadie. Con Andrés al menos tenía esa excusa para consolarme. Él no podía quererme porque no me conocía realmente. Pero contigo se me acabaron las excusas. —Agacho la cabeza y me tomo mi tiempo. La sinceridad duele un poco—. Tú me conociste y viste todo de mí, incluida la parte que oculté tantos años por vergüenza. Creía que si estábamos juntos, al final te iba a perder igualmente, y esta vez iba a ser por lo que sí soy.

—¿Y ya no lo crees?

—Lo sigo creyendo —admito.

—Entonces nada ha cambiado en todo este tiempo —responde con desánimo.

—Tú y yo nos acostamos muchas veces, pero no nos besamos. Ni una sola vez, porque yo no quise, claro. A veces... me pregunto cómo sería. Y eso ya es algo, ¿no? Significa que siento algo por ti.

—No lo sé, no deberías preguntármelo a mí. Deberías saberlo tú.

No le convence. No es suficiente.

—Te echo de menos, Enzo. Estaba segura de que se me pasaría, pero el tiempo y la distancia solo han conseguido que vaya a más. Pienso en ti, mucho, y en todas las cosas que me gustaría hacer contigo... Quiero que lo intentemos, aunque no tengo ni idea de cómo. A nuestra manera, tal vez, como tú dijiste, y ya descubriremos cuál es... —Me mira, pero sigue alarmantemente callado—. Por favor, di algo o me voy a morir de la vergüenza ahora mismo. A mí estas cosas no se me dan bien y odio sentirme tan vulnerable.

—Me encantaría besarte, Brina, me muero por hacerlo, pero tendrás que dar tú el primer paso si eso es lo que quieres de verdad.

No me vale que hagas nada por obligación o porque creas que debes hacerlo por mí.

Es ahora o nunca. No se puede vivir con miedo, es lo que dijo Aura.

Me acerco despacio y lo beso. No es una explosión de pasión. Es suave, dulce, y va acompañado de un leve cosquilleo en el estómago que me hace sonreír. Nunca me he sentido así con nadie. Es un comienzo prometedor, al menos para mí.

Me separo de él y espero una sonrisa de vuelta por su parte, pero en lugar de eso frunce el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal lo he hecho? Y recuerda lo de mi vulnerabilidad antes de contestar.

—No lo has hecho mal, es que me estoy acordando de algo que me dijiste una vez. Que lo nuestro no era una historia de amor y no iba a terminar en beso. Me parece que vas a tener que comerte tus palabras —remata, ahora sí, con una sonrisa de gallito.

—Yo de ti no me pondría tan chulo. Vas a necesitar grandes dosis de paciencia conmigo. Te voy a desesperar —le advierto.

—Ya, ya... No eres ni la mitad de dura de lo que aparentas, Baby Yoda. Te tengo comiendo en la palma de mi mano.

Le doy una colleja en respuesta.

—Ay, joder, en la cabeza no, que tengo resaca. —Se frota la nuca—. Mejor dame otro beso a ver si se me pasa. —Me guiña un ojo.

Lo agarro de la cadena que cuelga de su cuello y lo acerco a mí. Esta vez el beso dura más y mi cosquilleo se vuelve más intenso.

Al final la tarada de Sol va a tener razón. No somos normales, y Enzo y yo tampoco lo vamos a ser. Supongo que nos tocará ser extraordinarios.

Nota de la autora

Los caminos de la autopublicación son inescrutables (o sea, chungos), así que si dejas una valoración o comentario en Amazon después de leer, te estaré muy agradecida.

Y por cierto, si te ha gustado Aura, te prometo que también te gustarán mis otras chicas.









Agradecimientos

A ti, por leer y llegar hasta aquí. De otra forma no estaría escribiendo mis agradecimientos por tercera vez.

A Laura, por ser siempre mi RAE (aunque tu molas mucho más) y ayudarme en este caso con la conversaciones fantasmagóricas. Siento que tuvieras que comerte ese *spoiler*.

A Merce, por comerse otro *spoiler* más grande todavía, pero que con ello me ayudó mucho a tratar una parte delicada de la historia con el respeto que se merece.

A Alba, por aguantar mis infinitos audios con dudas y darme el punto de vista psicológico de otra parte también bastante complicada.

A Elena, porque su corrección siempre me deja dormir más tranquila.

A Marta, porque mi fan número uno no puede faltar nunca.

A mis chicas: @lara_blanc_escritora, @biri.biankis, @aneleamme, @villa.arish, @noemibermudezescritora, @yosoyanacalderon, @marthaperezoficial y @esther.jaurri. Por el apoyo mutuo y por hacer que el camino de la autopublicación sea menos solitario. Si no las conocéis todavía como escritoras, no sabéis lo que os perdéis. Entre ellas, tengo que hacer una mención especial a Lara, que ha terminado por convertirse en amiga (y un poco en mi community manager/mente pensante) y me ha demostrado que todavía hay gente en el mundo que es capaz de ayudar sin esperar nada a cambio.

A Soraya (siempre serás Sory para mí), por prestarse a ser mi lectora cero sin dudar, por devorar los capítulos y darme su opinión sincera siempre con esa rapidez. También por nuestras recomendaciones literarias, audiovisuales y de potingues varios para el pelo. Valemos para todo, amiga, recuérdalo.

A Mge, por ser mi editora de guardia y apreciar mi matrioska de tramas. Por sus «jajajajaja» y sus «JAJAJAJAJA», que no son iguales. Por estar siempre conmigo, aunque sea en la distancia, y alegrarme la vida como mejor amiga. No sé qué haría sin ti. Además,

es mi *influencer* de cabecera. Si no la seguís en Instagram, ya estáis tardando: @mgemil.

A mi marido. ¿Qué más te voy a decir si ya te he dedicado el libro, tío jeta..? Pues que eres mi segundo hombre favorito del mundo y no me canso de decirte que te quiero. Gracias por mi maravillosa portada, por ayudarme tanto y tener tanta fe en mí. Más de la que tengo yo la mayoría del tiempo. Hasta guardo un audio que lo demuestra.

A mi madre, por empujar el carrito de Daniel mañana y tarde en verano para que yo pudiera escribir. A mis suegros, por tomar el relevo en septiembre y darme tiempo para terminar la novela.

A @loslibrosdearoa, @abookinmybag, @lamagiadeunbuenlibro y @librosdelai, por ponérmelo tan fácil cuando todo era muy difícil, querer a mis chicos como si fueran suyos y por compartir a Cam conmigo. (Lo compartimos entre las cinco, aquí queda por escrito).

Y, por supuesto, a todas las que me habéis escrito en algún momento para contarme lo mucho que os ha gustado alguna de mis novelas o si os habéis tomado el tiempo y la molestia de escribir una reseña en Instagram, poner un comentario en Amazon o recomendarme como autora. MIL GRACIAS.

Sobre la autora

Carmen Arteaga (León, 1984) es licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad CEU San Pablo de Madrid, tiene un máster en Guion por Globomedia y la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y un máster en Marketing Digital por la Universidad Camilo José Cela de Madrid. Ha trabajado como guionista de entretenimiento y redactora jefa en una empresa de contenido digital. En 2020 autopublicó en Amazon su primera novela La banda sonora de Vera junto a M.Eugenia Matesanz. En 2021 llegó la bilogía de Aura y las cosas se pusieron más serias. Pero solo en el terreno profesional, para lo demás sigue siendo una mamarracha. No concibe la vida sin música y GIFS de gatos.

Puedes seguirla en Instagram: @entremiticoylamentable

Indice